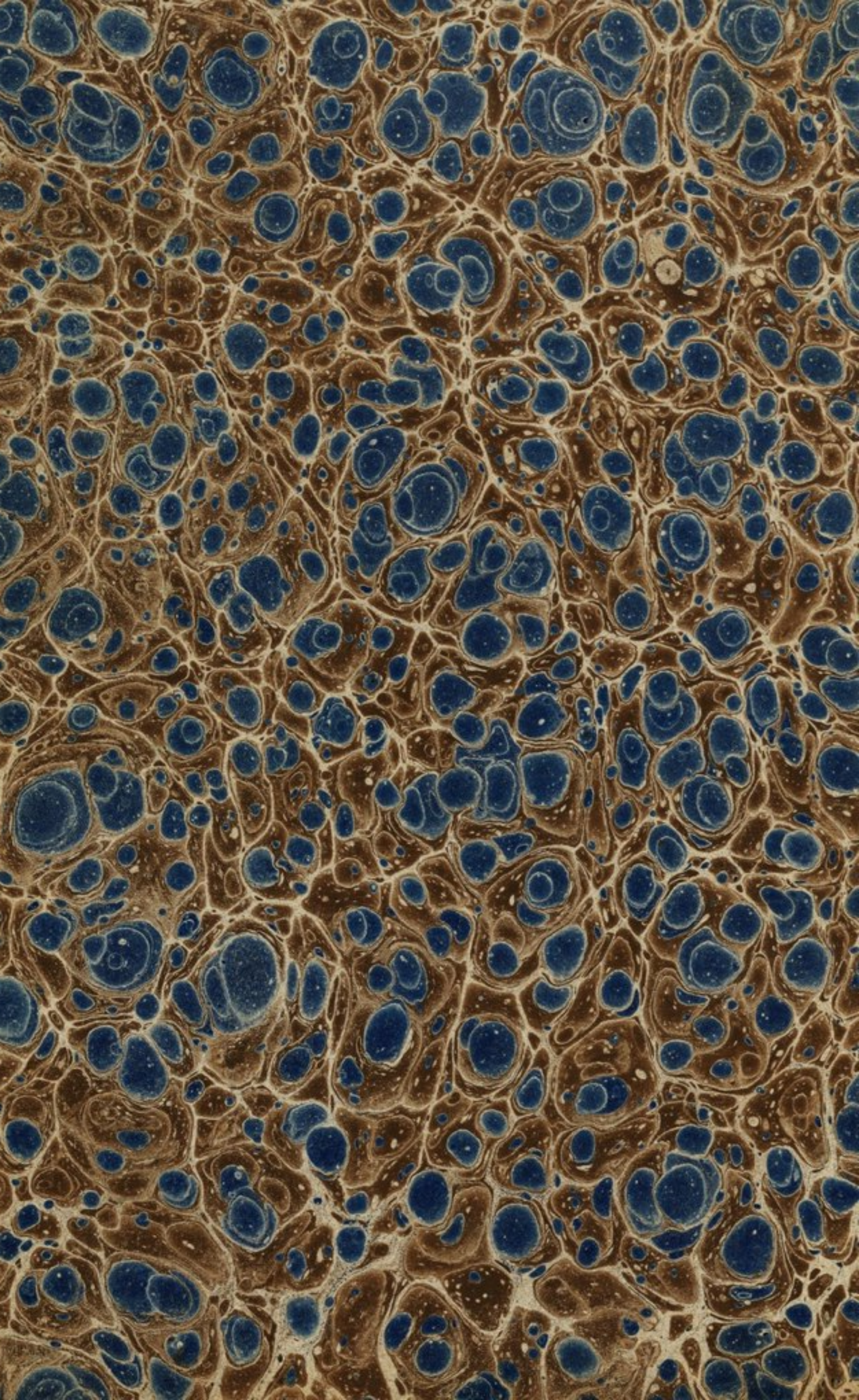
SERMONS
SERMONS
SERMONS
2
0H432
4

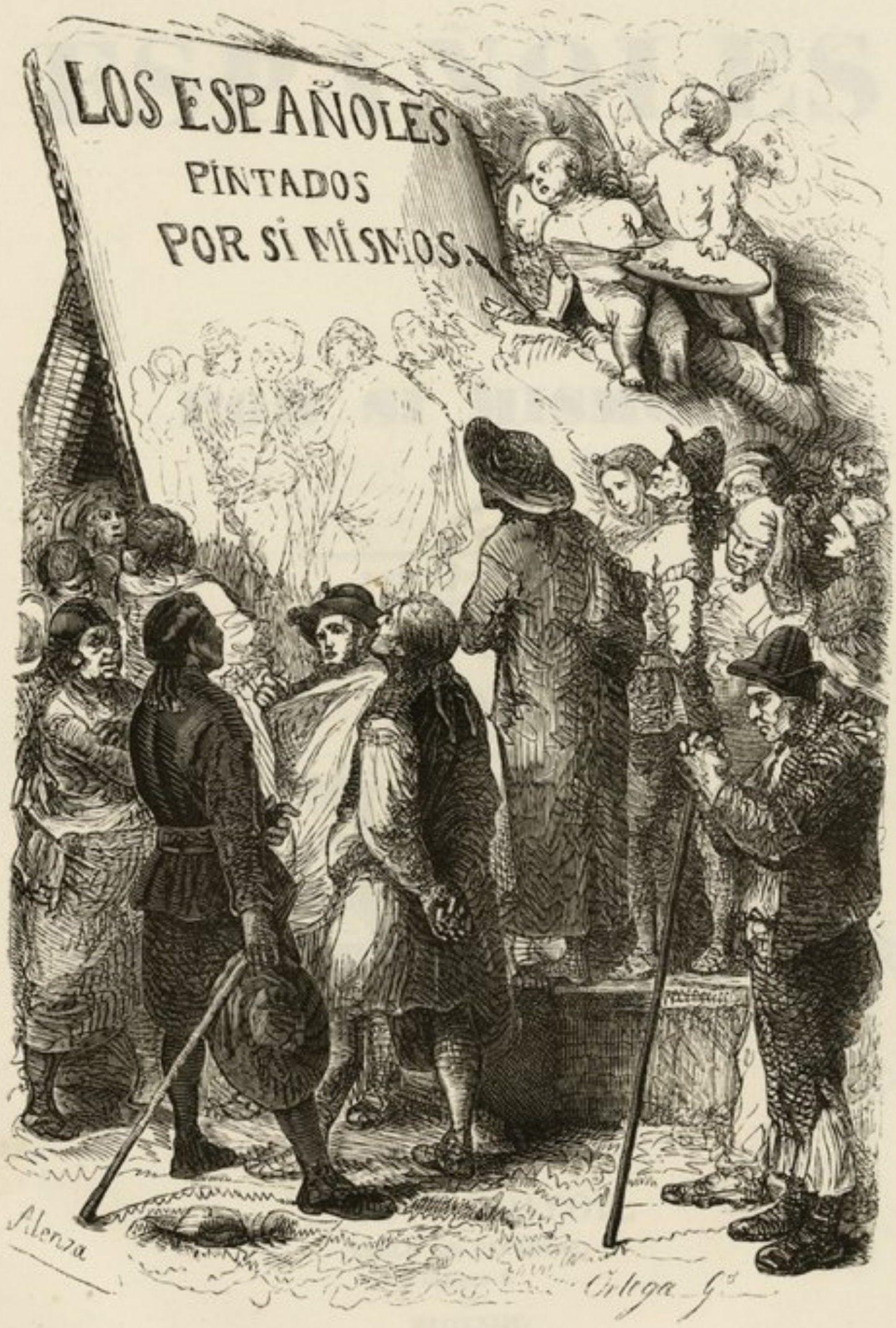
R
36440

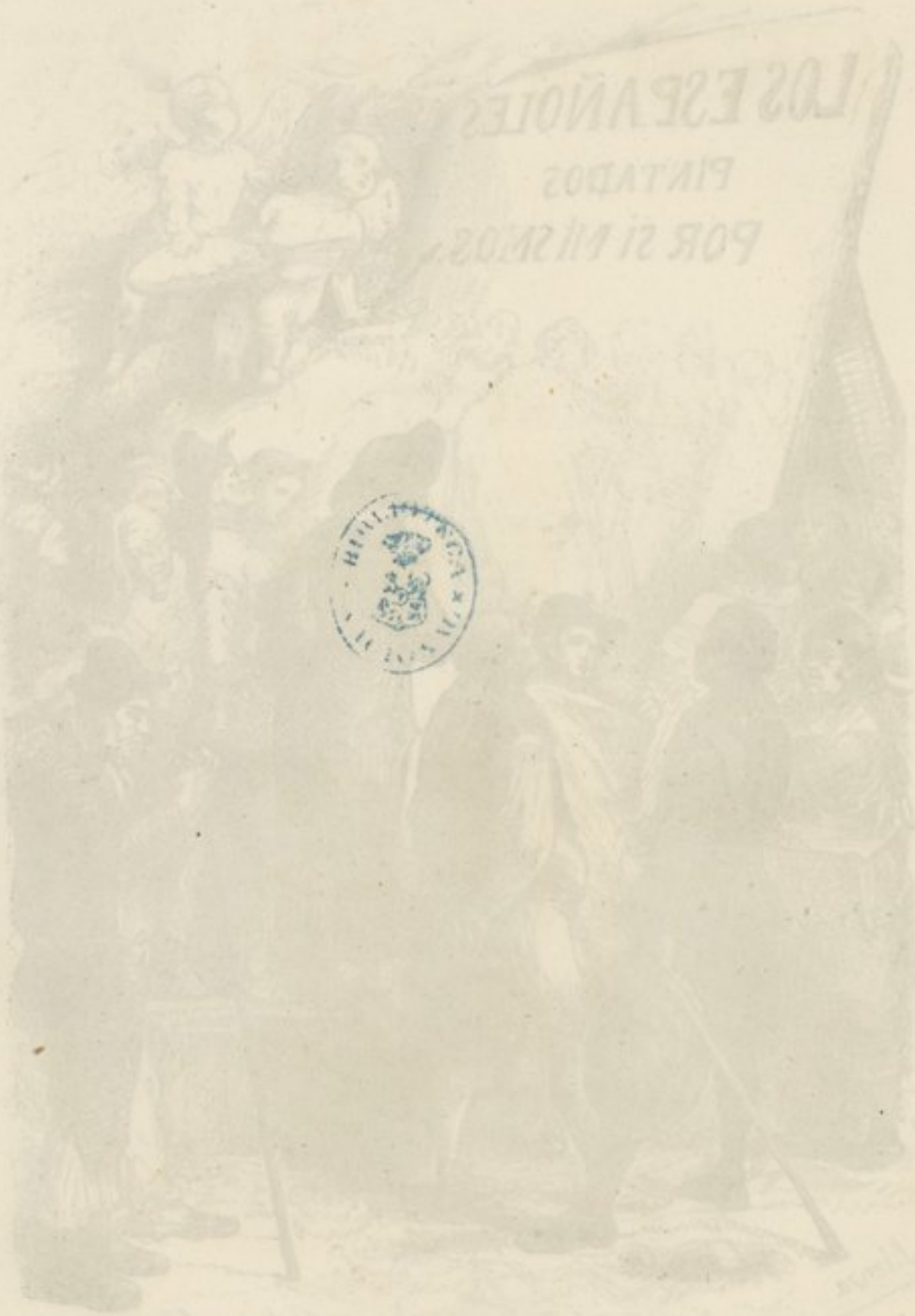


R
36440

LOS

ESPAÑOLES.


LOS ESPAÑOLES
PINTADOS
POR SI MISMOS.
Alenza
Ortega G.



17.788

LOS

ESPAÑOLES

PINTADOS

POR SÍ MISMOS.

TOMO SEGUNDO.

BIBLIOTECA NACIONAL

MADRID,

I. BOIX EDITOR,

CALLE DE CARRETAS,

NUMERO 8.

MDCCCXLIV.

Esta obra es propiedad de **D. I. Boix.**

ORTEGA

LA CELESTINA.

ELICIA. Y hermana mia que mi madre Celestina parece: ay válame la virgen María, ay no sea alguna fantasma que nos quiere matar.

CELESTINA. Ay bovas y no hayais miedo que yo soy: Las mis hijas y los mis amores, venidme á abrazar y dad gracias que acá tornar me dejó.

ARETUSA. Ay tia Señora, espantadas nos tienes en ver cuanto dices sino que vienes mas vieja y mas cana.....

CELESTINA. Sabed hijos mios que no vengo á descubrir los secretos de ella: sino á enmendar la vida de por acá, para con las obras dar el ejemplo, con aviso de lo que allá pasa, pues la misericordia fué de volverme al siglo á hacer penitencia.....

SEGUNDA COMEDIA DE CELESTINA. ESCENA IX.

Allá cerca de los muros,
Casi en cabo de la villa,
Cosas han de maravilla
Una vieja con conjuros;
Porque tengamos seguros
Los placeres cada el dia,
Llámase Mari-Garcia,
Hace encantamentos duros.

Una casa pobre tiene;
Vende huevos en cestilla;
No hay quien tenga amor en villa
Que luego á ella no viene;
Hagamos que nos ordene
Pues que sabe tantas tramas,
Para que de nuestras famas
Que nunca nada se suene.

Está en misa y procesiones,
Nunca las pierde contino;
Misas d'alba, yo imagino
Jamas pierda los sermones:
Son las mas sus devociones
Vísperas, Nonas, Completas;
Sabe cosas muy secretas
Para mudar corazones.

Trae estambre de unas casas
Dálo á otras á hilar
Y con achaque de entrar
Ir preparando las masas;
Finje que anda á vender pasas
A las dueñas y doncellas
Por tener parte con ellas
Con su rostro como brasas.

Coplas de las Comadres, por RODRIGO DE REINOSA.

Si Feliciano de Silva, para llevar á buen cabo los amores del caballero Filides y de la hermosa Poliandria, supo resucitar y tornar al mundo, con mas caudal de astucias, con mayor raudal de razones dulces, y con número mas crecido de trazas y de ardides, á la famosa Celestina, para asediar mas estrechamente la honestidad y el recogimiento, embebecer y enlabiar la crédula hermosura, y para enredar entre los lazos del amor liviano y desenvuelto, la inocencia y la virginidad, antemuradas y defendidas con el rigor de los padres y hermanos y la vigilancia de las dueñas y madres, no semejará por cierto extraño que al cabo los años mil vuelva á dar muestras de sus tocas y de su siniestra persona, la primera y mas famosa, comienzo, fin y epílogo de las andantes y tratantes en tercerías y tratos y enredos de amor. Y no diremos, pues, que Celestina ha resucitado, sino que Celestina nunca murió, y que de siglo en siglo, de edad en edad, de generacion en generacion, la vemos prolongar su endiablada vida, renovando sus trazas y dándoles otros y mejores aliños, al son y compás que las costumbres y usos se renuevan. Con efecto, si recordamos todas aquellas aventuras, y el continente y talante de aquellos personajes, que con su apacible estilo nos pone ante los ojos despues de tanto tiempo, la inmortal tragi-comedia de Calisto y Melibea, no podremos menos de conferir las unas y cotejar las otras con los sucesos por donde uno ha pasado, y con muchas de las personas que en ellos intervinieron, sacando en claro una semejanza admirable, ya que no sea una identidad justa y como de molde. Y no es mas, sino que tal semejanza está inherente al propio sér y naturaleza de las cosas; porque si los fuegos nocivos del amor siempre han de mortificar y consumir el pecho de los mancebos, y mas de los que divierten la vida en recreaciones y entretenimientos de la vanidad ociosa; y esta enfermedad, como de gérmen intenso y semilla poderosa, ha de querer contaminar é inficionar á la causa y principio de ella; no hay mas que para llegar á tan malvado y punible fin ha de valerse de los mismos medios por

donde siempre se comunicó y llegó á inocular su fatal ponzoña; es decir, á emplear y hacer ministros de sus furores y liviana intencion á las viejas interesadas, á los aviesos sirvientes, y á las criadas mas continuas y familiares de las principales damas y doncellas. Y de tan feas cataduras como llevan y parescen estos instrumentos de la liviandad y del desordenado amor, ninguna presenta bulto mas siniestro ni rasgos mas elocuentemente malvados como la vejez femenil, que apoyando su máquina cascada y su magra y repugnante persona en un bordon encorvado, para no caer en la fosa de la sepultura á cada paso, toma placer incalificable y recóndita y maldita voluptuosidad en dar al traste con la entereza de las vírgenes, y en descalabrar las honras y la fama de las doncellas. Solo en la especie humana es en donde se encuentra ese tipo de maldad y de reprobacion. Ni en las aves que pueblan los aires, ni en las alimañas que corren por el suelo, ni aun entre los reptiles que se arrastran entre el lodo y el cieno de las infectas lagunas y esteros, se hallará hembra alguna entre tantas y tan diversas especies, que tome á su cargo el amaestramiento y enseñanza que en la familia humana desempeña tan gustosa cuanto espontáneamente la Celestina. Y es la causa, que como la inteligencia de los animales tiene un límite y un vallado estrecho impuesto y levantado por la misma naturaleza, tambien ha de ser de reducido alcance y de términos conocidos los instintos de su perversidad; pero como la razon humana, al contrario, abarca esos ámbitos inmensos por donde vuela y campea segun sus propias inspiraciones, si estas, por móviles que no son del caso explicar, llegan á contaminarse con los hálitos del mal, son tambien inconmensurables y no sujetos á dimension ni cálculo, los grados de reprobacion y maldad que llena y puede alcanzar. La mujer desenvuelta que en sus primeros años cumplió el oficio vil que solo puede ser vencido en vileza por el empleo diabólico que ha de ejercer despues; que borrando en su ánimo todas las nociones de lo bello y de lo noble no obedece ya mas leyes que las impresiones mas groseras y feroces; que familiarizada en fin con todos los vicios y con todo el cinismo de la gente mas perdida y baladí, de los galeotes, de los rufianes y demas fruta de cuelga que se cria y amamanta en las galeras y cárceles, es de derecho y por juro de heredad, la llamada á desempeñar en su vejez el papel de *Celestina*, si antes la muerte no ha venido á sorprenderla, ó con los horrores de enfermedades espantosas, ó con la catástrofe del puñal ó del cordel, que son las arras y dote que de sus desastrosos y desventurados amantes suelen alcanzar y poseer. Mas para que la *Celestina* produzca la fascinacion que en sus operaciones y oficios ha menester, para que ejerza ese imperio en la imaginacion de los dolientes y rendidos de amor que á ella acudan, pidiendo antídoto y consuelo, y para que su autoridad por una parte, y sus suaves razones por otra, logren abrirse las puertas de las clausuras, disipar las sospechas de guardianes, porteros, madres y tias, y ablandar la condicion dura y zahareña de las solitarias viudas, de las apartadas esposas y de las recogidas doncellas, se necesita que en el pueblo ó ciudad en donde haga teatro de sus artes y hazañas, nadie sepa de dónde vino; nadie pueda fijar fecha á su bautismo; todos duden si es santa ó si es hechicera;

cuenten muchas historias fabulosas de ella; diga aquel que una noche la vió cabalgando en una escoba escuadronada entre diez zánganos y cien brujas; refiera por el contrario otro, que en la ermita del monte la encontró orando en arrobamiento divino á cuatro palmos del suelo y sirviéndole de pedaño y escabel un celaje de gloria y ambrosía; y todos, al encontrarla, salúdenla cortesmente si es de dia, y prueben un sentimiento indefinible de curiosidad y de horror si de noche la encuentran, vagando temerosamente por las calles solitarias, por los átrios de las iglesias y en las afueras del pueblo, al rayo de la luna por entre alamedas ó cementerios.

Establecida de tal manera la opinion y fama de nuestra heroina insigne, es estar ya la miel en su punto, y presto el telar para la labor y menester. El tener en el magin los nombres y condiciones de las damas y caballeros principales de la villa, el conocer cuales sean sus hábitos y flaquezas, el saberles sus aficiones presentes y las inclinaciones de antaño, el no ignorar las historias y aventuras de sus peregrinaciones y mocedades, son aditamentos, noticias y armas auxiliares que no deben faltar nunca de la memoria de Celestina para sacar fruto cumplido de sus trazas y poder llevar á bueu cabo sus empresas. La compostura en el rostro y en los ademanes, la humildad en las tocas y sayas, y sobre todo un hablar dulce y compasado, ora amoroso y roncero, ora sentencioso y plagado de refranes y adagios pusieran el sello de perfeccionar el tipo universal que retratamos, si no se nos quedára en el tintero la parte mecánica y manual de que debe ser diestra operaria y consumada maestra. Hablamos de los afeites, de los untos, de las lejias y de las yerbas que ha de saber confeccionar, de las poderosas artes, suertes y conjuros que ha de echar, y de la habilidad estupenda en que ha de ser sola, para retrotraer á vírgen la que fué mártir diez veces. Con la baraja en la mano ha de averiguar la vida pasada de cualquiera, los azares y sucesos que le han de sobrevenir y los toques y encuentros en que al presente se halla, trabajando tales suertes la astuta vieja, bien por la manera del culebron ó bien por el poder de la Cruz de Malta. Por el cedazo ha de encontrar y hacer hallazgo de toda prenda que se haya hecho perdidiza entre sus vecinas y comadres, y sendas nóminas y oraciones debe tener en la memoria para los aojamientos, madrejon, mal caduco y otros accidentes y dolencias. En su compañia no ha de ser ni hospedar mas que esta ú aquella sobrina que por mas estrechar el parentesco, no han de comunicarse sino con el tierno cuanto mentido ramoquete de la *mi madre* la *mi hija*. En fin, la casa ha de ubicar un paraje apartado, conlindante con los campos y ejidos, y no lejos de las torres y campanarios en donde se dejan sentir á deshoras de la noche el reñir de las espadas y los acentos tristes y siniestros del Buho y del Cárabo.

Supongamos pues que á tal nido y con huésped tan endiablado dentro, cuanto nos imaginemos á Celestina, dirije sus pasos allá algun mancebo enamorado, de ánimo levantado, de riquezas muchas, de airosa persona y agraciado gesto, y para quien cada su capricho y fantasía es una ley irrevocable

y deuda que trae aparejada, pronta é inmediata ejecucion sin haber alegatos, ni fórmulas que la pueda evitar, entorpecer, ni aplazar aunque quieran hacerlos valer todos los abogados de la chancillería y los mas fervorosos predicadores de todas las órdenes mendicantes. Finjamos pues que llega á la boca del infierno, queremos decir, á la puerta de la caverna en donde reside y tiene asiento el hórrido serpenton de quien hacemos estudio y anatomia. Suenan los golpes repetidos en la puerta y dice el mancebo:—Maldicion á la vieja. Mucho le dura la audiencia con su amor y señor el que se viste de encarnado y negro, y muy embebecida debe estar con la infernal vision pues de otro modo la sacarán de su éxtasis los redoblados truenos, que no golpes con que le bataneó la puerta. Mas apelemos á otro medio. Dejemos el guijarro y los golpes, y hagámosla oir y escuchar el sonido de los reales de á ocho y escudos que en esta bolsa se encubren y disfrazan, que si á su májico estruendo no despierta y abre la trampa de esta cueva la malvada vieja, cierto es y no dudar, que ya bajó á servir de ascua y tizon á la caldera de Pero-Botero, en donde con boca de sierpe mordera los dientes de las ruedas que atormenten, martiricen y dilaceren los miembros malditos de su cuerpo. Sonó el dinero y ya creo escuchar algo de fragor por dentro.

Célestina. Al punto voy, quien quiera que sea, allá voy, bajo al punto ¡qué sueño el mio! Vieja, pobre y sola sueño de modorra. Entrad, entrad, señor gentil-hombre, que la noche es húmeda y las siete cabrillas ya parescieron y corre un relente que asaz embaraza y entorpece los miembros. Y creí haber escuchado algo del argen que caia. Dejádmelo buscar, señor, ante el lindar de la puerta. Buenas almas sin duda que habrán querido socorrer á la pobre viuda.

Mancebo. Cierra la puerta, maldita, que apacible está la noche para recibir el vaho de noviembre con sus nieves y ventisqueros, y mas, hombre que como á mi me has tenido hincado en el lodo de la rua como astil de almotacen, y ya sabes tu brujidiabla que el dinero no cae ni bulle por los tejados y ventanas como el granizo que nos azota, sino que se encuentra solo en las ahuchas y escondrijos tuyos y de tus iguales, ó en los bolsillos de los caballeros. Hélas, hélas aquí esas gallardas piezas de plata y oro que son para tí, si tus servicios me son en ayuda y tan presto como mi voluntad requiere.

Celestina. Líbreme Dios de alboroto de pueblo y de ira de señor, y Dios me guarde de lanza de moro izquierdo y de mano de hidalgo de buen talle, y cornudo y apaleado y hacerlo bailar, y como dijo el otro si os acuden con la vaquilla llegad eis con la soguilla, y blancas manos no ofenden, y de vos no se diga que sois como la zarza que dá su fruto espinando, y antes cuéntese de vos que si abrió la boca, la bolsa no la cerró, y hablad señor que aunque humilde y pecadora, todavia tengo para mis bienhechores muchas romerías que dedicarles y grandes devociones orales y mentales para aplicacion suya y de sus pecados, pues....

Mancebo. Calla traidora, y no me mientas ni finjas. Si tengo paciencia para

sufrir ante mis ojos tu maldita catadura, ¿no he de tener valor para sufrir en todo su desnudo la fealdad de tu alma? Aparte que no quiero ni pretendo por ahora cosa de mayor marca, pues ni pienso en robar esposa, ni otorgada á hidalgo alguno de las cercanías, ni menos el escalar convento ni monasterio en busca de amores místicos. Quiero solo hablar inocentemente con Teodora, la hermosa hija de Jacinto el labrador, que pronto va á casar con Anton el estudiante.

CELESTINA. ¿Y qué quereis decir á esa paloma sin hiel? Arrullos sin duda que ella aprenderá para repetírselos á su prometido despues, celando empero el nombre del primer maestro. Ah! ah! ah! Es muy picante en verdad el pensamiento de endonarle á un estudiante ladino, y con sus bártulos y baldos en la mollera, una esposa ya bien enseñada y amaestrada: esto me indujera á servir á otro cualquier garzon de ingenio vivo y de donaires, cuanto mas á caballero que tan de antiguo obligada me tiene con sus graciosas palabras y dádivas ricas. Y no tardaré en visitar á Teodora y en volvérosla flexible como un guante de ámbar y azucarada como manjar de alcorza. ¡La otorgada de Anton! El sabiondo estudiante, el que con sus cálculos y astrolábios pretende defraudar la veracidad á mis pronósticos y buenaventuras, y que sus almanaques y horóscopos tengan mas autoridad que mis profecías y conjuros. Allá veremos si su astrología le advierte la flor que le preparo, y si el horóscopo que ha de levantar sin duda la noche de sus bodas le avisa del anzuelo que vá á tragarse y de la obra que vá á desbaratar, toda forjada y edificada por las artes, cuidado y traza de su amiga la Celestina. Hi! hí! hí! Qué burla tan extremada, y mas cuando nos juntemos en corro á recordarla y reirla los tres personajes de la escena, la Teodora, este su enamorado, y yo la desventurada vieja, que de tales regocijos solo puedo haber noticias apartadas, y de ningun útil ni provecho para este cuerpo ya desierto y deshabitado para las glorias del amor..... Y la infernal meguera, dejando desvanecido entre sus imaginaciones licenciosas al desacordado mancebo, se lanza como saeta envenenada á dar en el blanco de su perverso intento.

Y si estos ó muy semejantes son los intróitos de tales aventuras, y en la que ofrecemos por ejemplar, hemos visto los pensamientos que animan á Celestina, los móviles que la deciden y los resortes que la disparan, conviene verla cual milano que cierne el vuelo sobre su inofensiva presa, cual ronda ella tambien á su presunta víctima, cual la fascina, cual la convence y conviene, y cual, primero con aliento suave, vá prendiendo en el pecho de la doncella las primeras llamas del amor, hasta que viéndolas alzarse con ahinco y cresta encendidas, las atiza y aviva con soplo desesperado y rabioso, hasta convertir en pavesas todos los obstáculos que el recogimiento y la honestidad pudieran oponer á tanto furor, y la conduce paciente y embebecida á la última perdicion.

¿Y quién no ha de sentirse aguijado de curiosidad viva por oir á la embajadora de la maldad, cuando puesta en escena, se sabe abrir las puertas de los altos palacios, adormecer la vigilancia de los argos que custodianla honestidad, y acercándose á la hermosura depositaria de tanta virtud y excelencia, primero la hinche con vanagloria y soberbia encareciendo sus perfecciones, despues le

despierta la compasion por los fingidos tormentos del galan enamorado, luego la escandece y concita maligna y diestramente su rivalidad y femenil orgullo, hablándole de la aficion que otras doncellas sus amigas ó parientas abrigan por el embaidor temerario, cuya causa desordenada y licenciosa amadrina y procura; y al fin, cuando observa todas aquellas maquinaciones y trazas á punto, en dia cierto y á plazo dado, hace hundir en el oprobio y vilipendio, todo aquel sagrado, hasta allí inviolable, de altivez, de nobleza, de belleza y de virginidad? Héla aquí á la infernal harpía en su obra de iniquidad, y empleando embelecos de mayor y mas subida traza, como que van encaminados á empresa en donde con el riesgo que se corre se pide habilidad grande, secreto mucho y ánimo muy sereno. Camina á hacer su presa en la honestidad de unas grandes señoras y dice:

Celestina. Allí se parescen y encuentran los palacios encumbrados en donde ha de conquistar ese vellocino que tanto valor tiene para este necio del garzon enamorado, pero gallardo y dadivoso á fé. Mas las puertas me las tienen tomadas aquellos dos sayones de criados, que acaso querrán oponerse á mi pacífica entrada.

Un Portero. Es aquella la mala mujer de quien tantas hechicerías y malas artes se cuentan.

Otro Portero. ¡Cómo, mala mujer! Esa es la honra de la villa. Despues de vísperas la encuentro todas las tardes encendiendo candelas en los cementerios.

Otro Portero. Es que vá á ejercitar sus horribles misterios rebuscando dientes por la boca de los últimamente ajusticiados y.... mas ya llega.

Celestina. Sé de lo que tratábais entre vosotros. Mas la caduca vejez cierto nunca alcanzó loores; y de mozos y de rufianes jamás le vino sino males; y en verdad que por eso os huyo tanto á vosotros y á vuestros iguales. Y si hoy toco por estos umbrales, fuérzame la voluntad, el mandato de vuestra señora, que al darme algo de limosna el dia de la Epifanía, por mano de su bellísima hija en la capilla, me encargó con mucho encarecimiento ciertos recaudos, de que la traigo buena cuenta. Y tú, Sigeril (á un portero) no te andes á deshoras de la noche, dando músicas por la calle de San Roman á la sobrina de Silveria, que los que mal te quieren, arman celada contra tu vida. Y tú, Pobeda (dirigiéndose al otro) tén mas recaudo en las sisas que haces en la despensa y en las sangrías que cometes en la bodega, que ya el mayordomo tiene ojos fijos en ti, y sus ventores y sabuesos, gente de tu propia ralea y catadura, están ya á tu alcance, y mia fé si muy pronto no te desenzarcen y salteen, con gran placer de Doroteo, que avizora tu plaza y racion, y ansía por ser tu sucesor y heredero....

Los dos Porteros. Entrad, madre, entrad.... Al diablo con la vieja, y qué punto por punto nos sabe la vida, y qué noticias tan cabales tiene para escribir nuestras crónicas. Y la Celestina, que ya dentro de aquel alcázar de la virtud y la inocencia se considera, prueba el mismo gozo que la garduña, cuando á duras penas y trazas se vé y mira poseyendo y dominando un vivár de cándidas palomas: y encontrando en la próxima estancia á la matrona noble, que como

águila poderosa resguarda y custodia con sus alas el fruto de sus amores de las asechanzas de la sierpe, se arroja á sus pies y la dice: Ah, señora, báculo de la vejez, apoyo en la horfandad, amparo de los desvalidos y antem ural y defensa de las doncellas, ¿cómo atreverme á ofrecer ante tus ojos persona de achaques tantos como la mia, y vestiduras tan humildes como las que traigo, si tu benignidad de un lado y el traerte ocasion de emplear santamente los raudales de tu liberalidad cristiana no me dieran valor para salvar los umbrales de tu casa, y para llegar hasta donde puedan mis lábios besar la tierra que tus pies tocan? Hé aquí, señora (sacando un curioso canastillo de bajo sus faldas) hé aquí en matizadas madejas de rico estambre, el arco iris de todos los colores mas vivos, y el delgado viento hilado y puesto á punto de ser tejido en telas finísimas y transparentes. Obra es toda ella de dos recogidas y hermosas doncellas, que combaten la liviandad y la seduccion con el fruto de su rara habilidad y la tarea de sus manos. Y conociendo yo el peligro en que su estrechez ahora las arriesga; y contemplando tambien la astucia y deshonesta codicia de sus enamorados, que como lobos hambrientos las rodean y acechan para traerlas al trance vil de la deshonra, he querido anteponer y atravesar mis buenos oficios para desviar tamaño mal, y recogiendo de entre su labor y tarea estas ricas muestras de su cuidadosa habilidad, os las traigo, para que adquiriéndolas, ampareis aquellas pobres hermosuras, y se logre con el fruto riquísimo de tanto esmero la sin par beldad de vuestra hermosísima hija.

Y en verdad que estas palabras y sentidas razones halláran acogida y buen recibimiento del corazon mas desabrido, cuanto mas de una principal señora tan amorosa y compasiva. Y divertidos sus ojos y embebecida su atencion con el dibujo y variedad de los colores, ó con el artificio y extrañeza de cualquiera presente que le ofreciera aquella mensagera de la deshonestidad, ó mas bien queriendo hacer partícipe de su maravilla y gusto á la hija de sus entrañas, que por otras estancias mas recónditas vagára distraida, ó recreándose entre las flores de los vergeles y jardines, quién duda que diligentemente la hiciera llamar, poniendo así inadvertidamente la simple avecilla á tiro del veneno de la maligna sierpe? Y ya las cosas en tal estado, cuán fácil no debe serle á ella, el comenzar su obra de perversidad, y producir el efecto que se propuso, fin, blanco y objeto á donde han ido enderazadas todas sus trazas y arterías. ¡Oh ángel en hermosura (diria), oh cielo estrellado en todas horas, oh sol siempre suave y sereno, oh beldad sobrehumana, oh mujer celestial ante quien son lodo y barro todas las bellezas del mundo, oh flor, en fin, á cuyo lado se mustian y marchitan cuantas otras flores y rosas se mecen y ufanan con su necia hermosura en los demas alcázares de la villa y por los otros ámbitos de esta espaciosa provincia! Y ni el ébano es mas negro que estas crenchas que bajan de tan gentil cabeza, y ni los ramos del lloroso sauce bajan con mas copia y riqueza que estos rizos, que casi quieren besar el suelo, sin reparar los necios que antes han pasado por tal garganta y por tal luciente espalda, de donde nunca debieran desenredarse amorosamente. Y dejadme, bellísima doncella, ya que la importunidad de estas

criadas distraidas es ahora menos asídua, que me llegue mas de cerca á contemplar tanta belleza, que la hermosura sin ser vista y admirada, loada y apetecida, fuera lo propio que dejar siempre en noche oscura las perfecciones que Dios derramó por la naturaleza. Mas ¡oh qué talle delgadísimo, tomado con tal aire y gentileza, y que descendiendo con perfiles de agradable y voluptuoso incremento hasta llegar á su asiento gracioso y lleno de donaire, conmueve al arrobamiento y á la adoracion! ¡Y qué pié tan imposible por breve y tan breve, por su donosa figura y planta, para sostener templo tan arrogante de hermosura; y sin embargo, lo sostienen con señorío tal, que no parece sino que cuando huellan el suelo son emperadores de la tierra. Y no quiero relatar con mi lengua lo que esos nexos de morbida encarnacion me revelan de inefable belleza y de angélical estructura, hasta enlazar miembros tan perfectos con el sagrario divino y con el sér todo de tanta belleza; porque si su vision matára de placer á la mitad del mundo, la relacion de tantos misterios matára de envidia á la otra mitad.

Si tales ó semejantes razones no hayan de despertar ideas inusitadas en el pecho de mujer que se encuentra en la aurora de su vida y que percibe vagamente el placer de amar y ser amada y la satisfaccion dulce de oirse celebrada y encarecida, son cosas que pueden dejarse á la consideracion de la menos entendida. Y de aquí á deslindar y tocar los primeros propósitos de amor y á presentar, como vision entre celajes, la imágen de algun noble caballero cuyo nombre sea bien familiar y conocido por su gentileza y gallardía, ya no hay mas que un paso, porque tales cosas se tocan como eslabones de cadena eléctrica y como esta, rápidamente comunican sus ideas é impresiones. Por lo mismo no haya miedo que defraude con su pereza la Celestina la buena ocasion que su diligencia supo procurarse.

Y no fué ciego no, sino lince y muy lince, (proseguiria la vieja) el garzon gentil que os alcanzó á mirar no ha mucho, una de estas mañanas cogiendo lirios y rosas en el jardin, pues hasta las mínimas y ápices mas remotos de tanta hermosura me las supo referir punto por punto el otro dia que vino á encargarme algunas sus limosnas que él compasivamente distribuye todos los viernes, siendo yo el indigno instrumento que escoje para hacerlas llegar á los necesitados y cercados de pobreza. Y no sé como no le conozcais, pues es el caballero justeante que tanta gloria y prez ganó en el último torneo y que despues con tanta gala y bizarria rindió dos toros, con sus rejoncillos y espada llevándose el aplauso de la fiesta, concitando la envidia de los caballeros y cautivando la voluntad de las damas. Pero de estas no hay ninguna que fijar pueda caballero tan cortesano y que á prendas tan cumplidas, añade tanta riqueza y tales mayorazgos, sino es que la celebrada Ramira vuestra prima y que locamente presume contender con vos la palma de la hermosura, logra alguna correspondencia y hace venturoso señuelo de su amor, del liston verde bordado con su mano que le dejó caer al caballero cuando desalojaba la plaza.... Desde este punto avanzado y ya en el interior recinto de la fortaleza, el éxito y final de la aventura, ya se deja adivinar

y cualquier crónista podrá poner fin á la historia, sin que nosotros tomemos á nuestro cargo relacion tan lastimosa.

Pero alli en donde la Celestina demuestra su condicion verdadera y donde le bulle y salta el gozo infernal que le procura ver la triste condicion á que ha reducido sus víctimas, es cuando alguna de estas, recobrada de su sorpresa, burlada acaso en las esperanzas que habia concebido de mirarse colmada del preses y de dádivas y despechada al contemplarse humillada sin poder salvar del naufragio en que ella misma ha puesto su honra, se presenta rabiosa, en cabellos, mesado el rostro, cárdeno con los golpes con que ella misma lo ha castigado, los ojos encendidos, el llanto convertido en globos de fuego, la vista traspuesta, y torciéndose las manos, se presenta digo á grito herido y con sollozos lastimeros delante de la infernal y regocijada vieja, que la recibe con estremos de amor y con palabras de miel que encubren, como ponzoña en flores, la ironía mas amarga asi como el placer mas diabólico.

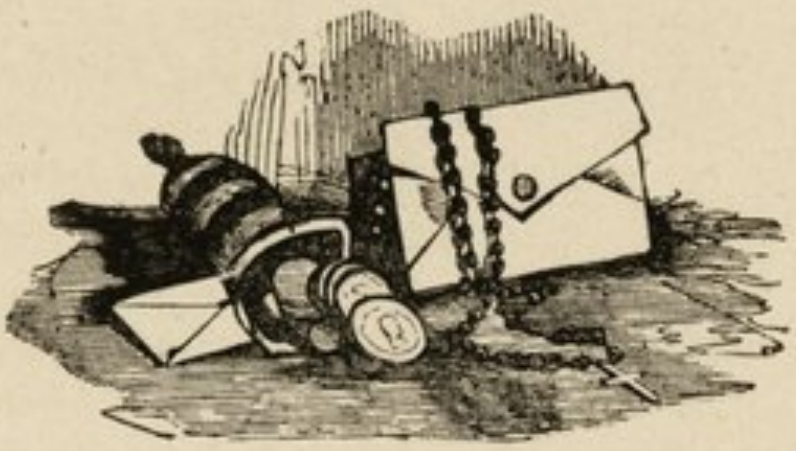
Por amor de mi vida, la dice, que no me llores de tan amarga manera. Mal sientan las lágrimas en las bodas y bodas tan dulces y regocijadas cual las tuyas lo han sido, que aun todavia recuerdo ayer noche (pues tu me dejaste ver por el horado que para tales casos dejo en la puerta del teatro de tales bodas) todavia recuerdo, loquilla, que andabas colgada de la mano de tu enamorado para que volviese á alhagar los alidares de tus cabellos, que por ser tan rizos y copiosos tienes gran vanidad y soberbia en ellos. Bien lo provocabas á nuevas obras, sin darte por vencida en tan agradable lucha, y tus ayes y lastimerías de muy diversa son eran, y por distinto tono se dejaban sentir que las presentes. Sin duda él, desvanecido con su triunfo, no te habrá cumplido la promesa de te volver á ver hoy; pero déjalo llegar, bobilla, que antes ha de tornar á tí, que no tú al estado que ayer tenias; que yo por mis artes sé y bien alcanzo, que pájara quincena es mejor reclamo que canto de sirena, y los gustos del agráz gustos son para apurar, y lo que bien supo cuando empezó nunca luego ni presto se dejó: con que así, ovejuela mia, paloma sin hiel, toma huelgo y soláz aquí al par mio y al orete del fuego, y oyendo mis buenos preceptos y enseñanza, atiende á tu enamorado, que no tardará en parecer; que gato cominero presto halla al mur en el agujero; y en tanto, asienta bien las crenchas de ese pelo, que por ser tan luengo casi te lo atropellas, mete órden en esas tocas, refresca el rostro con agua de la fuente, y toma un continente señoril y reposado para sobresaltar la atencion y saltear la voluntad de aquel á quien aguardas, que cierto al verte con tal sosiego y tan lejos de las locuras y graciosidades picantes de la noche, muy mucho se le ha de regocijar la sangre en las venas, y muy mucho se le han de despertar mil gustosas imaginaciones; pues á pernil, pernil, múdale la salsa y te sabrá á perdiz; y en tal estrañeza y en hacer la acometida por donde no hay gola ni coracina, es como se vence y sojuzga ese capricho voluble de los hombres. Aprende, aprende, la mi hija, que doctrina y ejemplos te lloveré sobre tu cabeza como si fuesen arena; y si de poco acá comenzaste á saber y deprender, bueno es que pronto tomes borlas, si no de Salamanca ó de Alcalá,

al menos de las que en Sevilla, Valencia, Granada y Madrid ponen las Garduñas, las Floras, las Elisas y otras doctoras, mis hermanas y mis iguales.

La desconsolada moza, que entre tal oleaje de palabras y malas razones, y por en medio de tanta burla y crueldad no acierta ni á dar significado á las frases, ni á descubrir en dónde está el sarcasmo ó la verdad, la flecha envenenada de la burla ó el bálsamo consolador de la esperanza, incierta en lo que ha de decir, conociendo su humillacion, pero dudando de hallar tanta infamia en mujer, se deja caer sobre el asiento mas inmediato, y prorumpiendo en frenético llanto, exclama: ¡He perdido mi honra, me han engañado vilmente!....

Innumerables fueran los cuadros que de sucesos tan trágicos y lastimosos pudieran sacarse á luz, para escarmiento de los unos y aviso saludable de los otros. Y no nos hemos detenido mas en ellos, casi por creerlos, si no de entera superfluidad, al menos de un lujo innecesario é inoportuno; porque felizmente, en los tiempos que alcanzamos, las costumbres han adelantado lo bastante para que la Celestina se considere como un peon que sobra y como pieza que no tiene aplicacion. Las negociaciones de amor suelen hacerse ahora directamente y sin necesidad de mandato ó procuraduría. Dénos Dios larga vida para ver hasta dónde en este ramo podemos llegar progresando.

EL SOLITARIO.



ENTRADA A LAS
TRIBUNAS DE LOS
SRE SENADORES
ORTEGA

EL SENADOR.

Hay un artículo en la Constitucion política de la monarquia española que dice lo siguiente: «*El número de los Senadores será igual á las tres quintas partes de los Diputados.*»

Desde luego sabrá nuestro lector sin mas esplicaciones sobre este punto, que el Senado se compone de 145 notabilidades, que las leyes y el pueblo designan con el nombre de *Senadores*. Pero lo que en verdad no habrá llegado á su noticia y lo que es de grande interés, sino para la causa pública, al menos para el conocimiento exacto de la sociedad del siglo presente, es la fisonomía particular de un español elevado por la voluntad del pueblo y eleccion de la corona, á dignidad tan esclarecida. Nosotros, pues, que nos hemos propuesto enterar á los hijos de Pelayo, de todas las categorías y de todas las

gentes que bullen y se revuelven, se agitan y se levantan, se bambolean y se desploman, no hemos querido dejar para mas adelante la pintura fiel del hijo del pueblo y del ahijado del trono, que lleva el nombre de *Senador*; nombre, dicho sea con perdon de las Cortes constituyentes, exótico en esta tierra de próceres y de procuradores. ¡Un *Senador*! Hé aquí el objeto de este articulo, cuyo tono sino punzante y festivo, será al menos mesurado y decoroso, como conviene á nuestros principios de escritores comedidos, y al alto respeto que se merece una dignidad, que despues del *trono*, *del gobierno*, *de los ayuntamientos*, *del congreso de Diputados*, *de la revolucion* y *del pueblo*, ocupa el lugar mas distinguido en la escala de las categorías políticas. Asi lo entendemos nosotros en la poquedad de nuestro talento y en la rigidez de nuestra conciencia. Nos esplicarémos.

Inútil nos parece, por de pronto, referir minuciosamente el origen de una institucion, porque asi nos cuadre llamarla, que tal vez se pierda en las primeras páginas de la historia de los pueblos. Bástenos saber que creció vigorosa y robusta en la conjuracion de *L. J. Bruto*; que en los tiempos de *Ciceron* y de *Trebatius Testa* daba maravilloso impulso á las legiones republicanas; que reducia á la humilde condicion de esclavos, con la ley de su voluntad vencedora, á pueblos distantes y belicosos; que los emperadores romanos domaron despues el orgullo de los patricios que se pavoneaban con el manto senatorial, y que algunos de los Césares, de costumbres poco buenas y de instintos brutales y vergonzosos, se atrevió á decir de los padres de la patria, lo que en tan elegantes versos ha reproducido despues de la manera siguiente, el célebre poeta *Dumas*.

«Les Sénateurs
«Sachant de mon cheval le merveilleux merite,
«Sout venus l'autre jour lui faire une visite;
«Le president alors á ce noble animal
«A dit un long discours et qui n' etait pas mal;
«Mais auquel, à défaut d' avoir apris le nôtre,
«Nous n' avous pu, ma foi, répondre l'un ni l'autre.»

Andando el tiempo desapareció el senado romano de entre la lista de los gobiernos y las conquistas de la república se perdieron en la marcha civilizadora del imperio; y los festines y grandezas de los emperadores, y sus palacios de mármol y granito, y sus bacanales y sus sacrificios acabaron por sepultarse en el mar de sangre inocente con que los mártires cristianos robustecian el dogma de la religion católica; dogma perfumado con las rosas de Jericó y las palmas de Jerusalen, y cuya verdad y grandeza sellaba con su muerte el Crucificado.

¡Asi las generaciones futuras paguen su tributo de admiracion y respeto á la gran ciudad de los Césares, convertida hoy en religiosa basílica de los Papas! ¡Asi imiten en este punto nuestra humilde conducta! ¡Salud conquistadora del mundo! Las reverentes oraciones de la iglesia, la huella ensangrentada de tus

n vasores, y la severidad del claustro sucediendo á la pomposa magnificencia de tus gentílicas ceremonias, no podrán borrar de la historia de los pueblos tus hazañas, ni de la memoria de los hombres tu grandeza! ¡Salud, tribuna popular en que resonaba ardiente y robusta la voz de *Marco Bruto*! Salud, pueblo de Sila y de Pompeyo, de Augusto y de Neron, de Virgilio y Quintiliano, teatro inmenso de crímenes y virtudes, de nobleza y de bastardías, de humillacion y de poderío! ¡Gloria al Senado! No confundas, lector querido, el Senado de Roma con el Senado español; este es naturalmente apático, y de condicion pacífica y bonachona.

Si desde aqui lanzamos una mirada sobre el resto de esa tierra sembrada de flores, de recuerdos de gloria y de poesía, «*Che 'l superbo Apennin segna è di parte*,» tropezarán nuestros ojos con el leon de San Marcos y la orgullosa ciudad que tiene su asiento al pié del Adriático. No penetremos en los oscuros rincones de la historia de ese pueblo, ni leamos una sola página de las muchas que componen el libro de su Senado. ¡Tambien hubo en Venecia un Senado misterioso pero fuerte, injusto pero grande; que ostentaba en sus banderas e signo de la Cruz y que humilló mas de una vez sobre el indómito piélago de los mares la selvática arrogancia de la media luna! ¡Salud, Senado de Venecia! Nunca levantarán nuestras manos los ropages ensangrentados de tus jueces, por mas que debajo de ellos se escondan las glorias de Damieta y los grillos de Ferrara y de Rávena!

Otro Senado tenemos nosotros, que puede apostárselas con cualquiera de los anteriores; es verdad que no ha dado todavía señales de vida en ninguna ocasion y eso que estas no han faltado, pero el las dará, que todo no ha ser callar, aunque al buen callar llaman Sancho. El Senado español, que no es Sancho ni puede serlo, porque tiene mucho de discreto y poco de villano, ha de hacer con el tiempo una magnífica ostentacion de sus fuerzas, y del maravilloso influjo de su prestigio. De este Senado pues, lector querido, y de estos *Senadores* hemos de hablarte, sin temor de que nos desmientan, porque hartas pruebas tienen dadas de que no se atreven á decir: «Esta boca es mia.»

Has de saber primero, que para llegar á tan sublime dignidad se necesita, ademas de la eleccion del pueblo y nombramiento de la Corona, como antes indicamos, tener 40 años cumplidos, 30,000 rs. vn. de renta, y ser ciudadano español en el libre ejercicio de tan hermosa prerogativa. No te asustes, lector mio, por la última cualidad. Esto de ser ciudadano español es cosa fácil en el dia. Algun resultado positivo debia proporcionar á las gentes el triunfo del partido parlamentario. No importa que se violen las leyes del decoro y de la dignidad nacional; nada significa que el Gobierno se tome facultades que las pragmáticas no le conceden: de una plumada hace un ciudadano español; y así como le viste á su antojo de diputado, puede encajarle, si mejor le cuadra, el ropage de los *Senadores*. Tu habrás creido para ti, como creyeron otros en épocas menos ilustradas que las nuestras, ser bueno y ajustado á los sanos principios de gobierno que el elemento moderador de la máquina del Estado, representase el

saber, ó los servicios eminentes prestados á la causa pública, ó la limpieza del nacimiento y distinguida alcurnia de las razas, ó la aristocrácia, en fin, mas envidiable por cierto que otras aristocrácias, de las grandes posiciones financieras. Pero esto tenia graves inconvenientes. El primero, el insoportable de que viniera á ser el Senado una Cámara hereditaria, si al nacimiento se atendiera; y el segundo, si los otros estremos fuesen una ley votada en cortes, que no pisarian jamás las alfombras del salon de doña Maria, muchos de los que hoy son el ornamento del Senado y la esperanza de la patria! Asi que nuestros sábios legisladores dijeron, sino para su capote, que mas valiera, «formemos un Senado de eleccion popular, porque el pueblo, como sábio que es, debe entender de todo, y dejemos á la corona la libre eleccion entre los elegidos del pueblo.» De aquí nace la homogeneidad de los Diputados y de los *Senadores* en las opiniones que sustentan y en la marcha politica que se proponen seguir. De aquí resulta muchas veces el gran ejemplo de moralidad que se dá al pueblo cuando los *Senadores* aprueban unas actas y los diputados las desechan: cuando los primeros dicen: el «*Gobierno es justo*,» y los segundos *Es traidor*. Bien es que los últimos estan acostumbrados á ganar en la contienda, porque apelan á la educacion constitucional de los no electores y sublevan las provincias, pero lo hacen siempre en nombre de la constitucion y de las leyes que tienen por un crímen cualquier atentado contra el Gobierno establecido y esto basta. El derecho de insurreccion es una prerogativa de los pueblos libres y los pueblos pagan el beneficio de tan santo privilegio despedazando uno de los mas importantes artículos de la misma ley, que tan estimable derecho les concede.

Artículo 19. «*Cada vez que se haga eleccion general de Diputados, por haber espirado el término de su encargo, ó por haber sido disuelto el Congreso, se renovará por órden de antigüedad la tercera parte de los Senadores; los cuales podrán ser reelegidos.*»—El *Senado* ha sido renovado en su totalidad.

Ya ves, lector querido, que la cualidad de ciudadano español es fácil de lograr, que no es dificil ser elegido y nombrado *Senador*; que el Senado no representa el saber, ni el nacimiento, ni la riqueza; y que de todas las circunstancias que la ley reclama, la única que en pié queda es la de la edad, porque la de la renta, podemos asegurarte que cualquier amigo te proporcionará 30000 rs. *negativos*, que hacen en el senado el papel de *positivos*. ¡Algun *Senado*, conocemos nosotros de este género! Quede, pues, asentado, que para ser *Senador* no se necesita mas circunstancia importante *que la de tener «40 años de edad»*.

¡Cuarenta años de edad! Esta garantia vale poco; los pueblos han conocido la verdad de esta proposicion y procurado enmendar el desacierto de sus legisladores, buscando en la experiencia que siempre á los años acompaña, la salvacion de tantos intereses en esta revolucion creados y en el triunfo de esta revolucion comprometidos. Así que, puedes asistir á la asamblea de los *Senadores*, sin temor ninguno de que las viruelas emponzoñen tu sangre. Lanza una mirada escudriñadora por aquellos bancos inmóviles como sus dueños, y una onza te doy por cada uno de los ojos senatoriales que esten mirando al techo del augusto

recinto. Miralos bien; los párpados superiores se desploman sobre el inferior; la encorvada cabeza descansa sobre el pecho, la mano temblona apenas tiene fuerza para llevar un polvo á la prolongada nariz, y la blanca y espaciosa calva es un testimonio solemne de la profunda reflexion en que dormitan. Aunque asistas diariamente al Senado, nunca tendrás el gusto de ver reunidos á todos los *Senadores*. El *Senador* necesita baños en el verano, y estufas y chimeneas en el invierno. El *Senador* es de constitucion tan delicada, como el vidrio; cualquier golpe le hace polvo, cualquier vientecillo le quiebra. ¡Achaques de la vejez! El *Senador* gasta por lo regular coche, porque las piernas le flaquean. La gota es enfermedad de ricos y de viejos. Un *Senador* sin gota, es un revolucionario sin cabeza. Un *Senador* sin cabeza es moneda corriente. La gota y el coche son las mejores y mas bien templadas armas del *Senador*. Pero como no todos lo tienen, puedes sin recelo alguno asegurar á tus amigos, que el *Senador* debe tener por lo menos gota, ya que no tenga coche.

Prosigamos, lector paciente, con calma y serenidad en el análisis de este tipo nuevo de la sociedad española, como nacido en el año de 1836. Nosotros creemos, y con algun fundamento, que el *Senador* no debe pensar, y asi lo ha creido tambien el *Senador* y sigue al pie de la letra tan saludable creencia. El *Senador* no piensa. Demostracion al instante. Su historia nos proporcionará pruebas irrecusables. ¿Y de qué le serviria pensar? Nadie se cura de lo que dice; nada importa lo que hace. Parémonos un instante en la revolucion española. Nace la Constitucion de 1837, y por cierto que ya hemos enterrado su cadáver de seis años, y nace con ella el *Senador*. Fórmase un ministerio parlamentario: este ministerio cae, á pesar del *Senado* y del Congreso cuyas mayorías le sostienen, y el *Senado* y el Congreso callan. ¡Y callaron, porque no pensaban! Desmanes de gran tamaño hicieron notables los años de 39 y 40, y el *Senado* calló, y calló porque no sabia pensar. Llega la cuestion de Regencia y el *Senado* medita un poco tan enmarañado asunto y lo equivoca. ¡Entonces sí que pensó! Puede esclamar con nuestro *Guzman* en una comedia moderna. «*El no tuvo mas que un encuentro en su vida, pero se portó*¡» Corren los tiempos, la revolucion crece y el *Senado* calla, porque no piensa. Arrójase indebidamente de las sillas ministeriales al gabinete Lopez, y el *Senado* piensa y habla y le silban y le apedrean, y el pais no le hace caso y responde con una magnifica revolucion á sus palabras. ¡Siempre Don Desiderio! Triunfa la revolucion y el Gobierno pone á los *Senadores* la cuenta en la mano y se van sin hablar, porque no piensan. Y hace bien el *Senador* en no pensar, porque nadie le entiende, y porque él mismo no se entiende. De todo lo cual sacamos nosotros la consecuencia, lector querido, de que siendo el *Senador despues del trono, del congreso, de los diputados, de los ayuntamientos, de la revolucion, del gobierno y pueblo, la mas distinguida dignidad en la escala de las categorías políticas*, el *Senador* no debe pensar, porque nunca ha pensado á tiempo, ni ha hecho lo que mas convenia á los intereses públicos.

Tenemos averiguado, pues, las tres circunstancias mas indispensables para ser *Senador*: «*tener cuarenta años, tener gota, y no pensar.*»

Sigamos adelante; analicemos la importancia personal del *Senador*. Ninguna. Repasemos una por una las circunstancias de su vida pública. La privada es un santuario para nosotros y un crimen penetrar en el interior de las familias.

Para mas claridad de esplicacion, trasladaremos algunos párrafos de cierta misiva de uno de ellos, que ha venido á nuestro poder; dice asi:

«Desengáñese V., amigo mio; los pueblos se equivocan, cuando se figuran que hemos de hacer algo en *beneficio suyo*. Gracias que podamos hacerlo en *provecho propio*. Me duelen las piernas, y eso que voy en coche, de mis viajes al ministerio de Hacienda. *Fernando* está cesante y seguirá por mucho tiempo en tan dulce ocupacion. Amigo mio, los diputados son una plaga; todo lo invaden: el ministro tiene miedo de los representantes de la provincia, y como yo pienso—*¡Ola!*— que vale mas callar—«*Buen Senador*»— he determinado cerrar los ojos y coserme la boca, porque no daria pie con bola en este asunto—«*¡Siempre lo mismo!*»—Voy á la secretaria y el ministro no me recibe, y delante de mí penetran en su despacho 40 diputados: le hablo en la sala de conferencias y nada adelanto. ¿Cómo quiere V. que con estos antecedentes emprenda el trabajo que V. me indica?

¿Qué te parece, lector amado? Ya conoces por un lado la fisonomía politico-personal del *Senador*. Vuelve los ojos á otro punto de mayor consideracion, y has de parar mientes en una consideracion que ha pasado desapercibida en estos tiempos de trastornos y de revueltas. Has de saber que hay otro artículo en la ex-constitucion de 1837, ó sea debajo de la piedra primera del futuro congreso, que dá á la corona la facultad de nombrar los ministros á su antojo y capricho, siempre que estos sean españoles limpios de toda mancha fea, ya pertenezcan al senado, ya al congreso, ora habiten un magnífico palacio á la márgen del Guadalquivir, ora vegeten pacíficos y morigerados en un honrado caserío orillas del Urumea. Sucedió á principios de este año la aparicion de un fenómeno raro: hablamos del ministerio Rodil. Casi todos sus individuos eran miembros del Senado y todo el mundo dijo que era un ministerio mónstruo, en lo que todo el mundo tuvo razon, y que faltaba á las condiciones de un gobierno parlamentario. Ahora bien, lector querido, si quisieras echar un minuto á los perros, si no á difuntos, leerias el artículo 62 de aquella cosa tan bonita y nos dirias francamente tu opinion acerca del *Senador*, en esta privilegiada condicion de su vida. Un *Senador* no pertenece al parlamento, desde el instante mismo en que un ministerio de *Senadores* no es parlamentario. ¡Cuando te hemos dicho que los *Senadores* no piensan y que hacen muy bien en no pensar! ¡Cuando te hemos asegurado que el *Senador* no se entiende y que el mejor ha de ser el que tenga gota y no piense! ¡Vive Dios que no nos paramos á hablar mas detenidamente sobre este asunto porque no nos tomen por periodistas, y porque hemos de seguir al pie de la letra lo que en cierta ocasion oimos á un honrado procurador á córtes, que recibió por mas señas una embestida algo dura de un *caballero del Toison de oro*. Vaya, pues, de cuento.

Asistiamos nosotros con harta frecuencia al café de Levante y allí nos entreteniamos en jugar al ajedrez. Formaba parte de nuestra pequeña tertulia

un honrado individuo del estamento de procuradores, que nos ponia, por lo regular, al corriente de lo que allí pasaba. Preguntámosle una tarde: «¿Qué tal la sesion.»—«Magnífica, nos respondió; el tal era progresista. *Martinez de la Rosa* me ha convencido.»—«Entonces, replicóle uno de nosotros con tono burlon y malicioso, hoy habrá V. votado con la mayoría?»—« Amigo, eso no, respondió el procurador con una franqueza y naturalidad encantadoras, porque algo se ha de hacer por el partido.»—Aplica el cuento, lector, y hallarás la razon de que nuestra pluma se haya detenido en el punto en que lo hizo.

Empero no haremos nosotros punto final en la materia de este articulo, porque algunas cosas faltan en el indispensables para conocer á fondo al protagonista si puede llegar á ser protagonista un *Senador*. Abiertas las sesiones de ambos cuerpos colegisladores, el *Senador* es poco mas ó menos lo que nosotros te hemos dicho, lector amado. Un hombre que tiene cuarenta años cumplidos, un representante del pueblo que necesita la aprobacion del trono, un enfermo con gota en los pies y con gota serena en la cabeza, un don Desiderio en fin de la política. El *Senador* pertenece al parlamento, y cuando es ministro, no puede ser parlamentario, segun la opinion de mucha gente razonadora y entendida. El *Senador* como no representa nada, en nada piensa, y como en nada piensa, nada hace, y como no piensa, cuando se mete en libros de caballeria, lo equivoca con la fé mejor del mundo y el pueblo le sílba con singulares muestras de diversion y con toda la pompa de la algazara popular. Pues veamos al *Senador* despues de una de estas benevolencias constitucionales, cuando vuelve á su casa desalentado y mohino, cansado de no haber hecho nada y de haber pensado menos. No hablaremos aqui de demostraciones de afecto doméstico, porque estas para nada sirven á nuestro propósito, como no sea para respetarlas con toda la franqueza de nuestro corazon.

Mírale ya instalado en su albergue solariego, los ojos clavados en la puerta de la sala, esperando con ansia la aparicion de algun incauto ciudadano que contribuyó con su voto á levantarle á tan suprema dignidad. Ya entra uno, otro, otro..... ya son cuatro..... ya son diez.... la sala está completamente llena. El *Senador* entonces lanza una mirada de orgullosa afabilidad á los que le rodean y entabla desde luego la conversacion que gira, como es natural, sobre el estado del pais, sobre la marcha de los negocios, sobre los grandes trabajos administrativos del cuerpo á que ha tenido la honra de pertenecer. Por supuesto, lector querido, que de vez en cuando suelta la frase de que el ministro le consultaba en las cuestiones de alta política, en aquellas que por lo delicadas no descendian á la arena de la discusion pública. El *Senador* se entretiene entonces en referir alguna que otra idea confusamente leida en un periódico y mas confusamente en su memoria conservada, y acaba siempre por indicar que por una casualidad y por intrigas de corte, no ocupó la poltrona ministerial. A esta frase que revela una mina de oro y una esperanza dulcísima pára los que la escuchan, todos le prodigan en voz baja sus alabanzas y las noticias favorables á su mérito de

que estaba inundada la provincia. Y aqui pagarémos un tributo de gratitud á la *Postdata* reproduciendo los siguientes versos:

«¡Oh turron, turron, turron!
¡Qué grande es tu omnipotencia!»

Envanecido el *Senador* con las buenas palabras de aquellos honrados electores con renta, ó sin ella, porque para ser elector basta y sobra con el buen deseo y voluntad firme de un diputado provincial, sale á la calle en busca de felicitaciones y de aplausos, de vivas y de serenatas. A todos cuantos encuentra, á todos saluda: á todos dá la mano con afectuosa importancia; á aquel habla de una pretension que le encomendó, á este de un buen negocio, al de mas allá de sus esfuerzos para simplificar el sistema de contribuciones; con uno se lamenta de la miseria escandalosa de las vírgenes del Señor, con otro anatematiza la importancia del clero en las cuestiones religiosas, con este en fin se pierde en los espacios imaginarios, señalando la realizacion de la felicidad española en la próxima declaracion de la mayoría de la Reina. ¡Dios cumpla los votos del buen *Senador*, y frustre y engañe nuestras opiniones, que tienden á averiguar los nombres de los que dentro de un año han de ser tutores de S. M.!

Llega la noche y el *Senador* se coloca, como un mono, en la ventana de su cuarto, esperando una manifestacion ruidosa y constitucional que le inmortalice y le haga figurar entre los nombres ilustres que con el tiempo han de ennoblecer las páginas de nuestra desinteresada y patriótica revolucion. Míralo allí, lector querido, pequeño de cuerpo, hinchado de mofletes y de barriga, colorado como un pimiento, y discreto, activo como un cangrejo: sus ojos chispean, sus dedos tocan involuntariamente sobre la barandilla del balcon, ora el himno de Riego, ora la marcha triunfal de Pizarro, porque este es un *Senador* que anduvo toda su vida entre dos aguas. El gran alfiler de brillantes se distingue desde la calle al través de la sombra oscura de la noche.» ¡Las doce! esclama; ya es tarde. Nadie aparece.» ¡Ni siquiera le han silbado! ¡Qué injusticia!

El *Senador* entonces..... No queremos proseguir, lector carísimo: por lo dicho puedes conocer el personaje. Nació en el año 36, y no hay en España quien pueda explicar *su mision en este mundo.*

Ligeras son las indicaciones que te hemos hecho, pero exactas. No hay sal ática en nuestra relacion, pero sí mucha verdad. *Un Senador sin gota, es un revolucionario sin cabeza: un Senador sin cabeza, es moneda corriente.*

J. M. DIAZ.

LA CASERA DE UN CORRAL.

Como esto de desollar al prójimo ha sido siempre una cosa tan gustosa, en todos tiempos ha habido Juvenales que se ejerciten en hincar el diente en la honra ajena cebándose de preferencia en el sexo femenino. No diré yo que una templada censura de las malas costumbres, deje de ser úti hasta cierto punto como correctivo que mantiene el movimiento social hácia una creciente perfectibilidad. Mas lo que no puedo llevar en paciencia es que se dirijan principalmente los tiros contra ese bello sexo tan interesante y tan amable. Tengo por una especie de descortesía poco caballerosa, y aun me parece injusta la facilidad y complacencia con que se sueltan diatribas contra las mujeres, olvidando á tantas que han sido célebres, y pasándolas á todas por un rasero. Dicen estos satíricos de profesion que las hembras por su

volubilidad natural han ofrecido desde la antojadiza Eva materia abundante para reputarlas mas débiles que la otra mitad del género humano, que en su larga barba, lleva la señal caracteristica de su estabilidad y firmeza. Añaden metiéndose á fisiólogos que se descubre en el sexo imberbe, algunas veces, cierta rareza de carácter, ciertas estravagancias, ciertas singularidades, que las asimila á las telas, que cambian de colores segun por el lado que reciben la luz, ó segun la mezcla que tienen en el tejido, y por eso se ven en ellas á cada momento esos arranques, esos arrebatos, esas humoradas, esa continua movilidad, y esa palabrería indiscreta, por lo que andan siempre voltigeando sobre la superficie de todos los objetos, deslumbradas con el brillo de las cosas presentes, sin penetrar nunca en el fondo de su naturaleza, de modo que á no ser por su esquisita sensibilidad y otras amables gracias de que se hallan abundantemente provistas, no serian buenas para nada y seria preciso huir de su trato por inconsecuente é insustancial.

No tanto, señores mios, les diré yo: cuidado que esa sentencia.... *Varium et mutabile semper fœmina* repetida desde la antigüedad, claudica por demasiado general y absoluta. Si han existido y existen mujeres en cuyos meollos nada entra sustancial, tambien las ha habido, las hay y las habrá que pueden dará los hombres mas agudos de ingenio y de carácter mas firme, lecciones en todas materias. Ellas sobresalen en las ciencias, las letras y las artes, y muestran toda la firmeza y solidez que se requiere para ejercer autoridad, como lo comprueba la historia de la que me seria facil sacar un millon de ejemplos. Mas no siendo mi objeto mostrar erudicion, voy á presentar solamente un tipo ó modelo que actualmente existe en nuestra España, y vale por todos los demas que omito, pues no se limita á un individuo aislado, no es Doña fulana la literata, ni Doña mengana la pintora, ó la abadesa de las Huelgas. Este tipo lo componen las Caseras de los Corrales de Sevilla, que ya ves, mi sesudo lector, pues tal debo suponerte, hallarás una clase entera, la cual nos da diariamente pruebas de lo que son las mujeres en el mando.

¿La Casera de un Corral? ¿qué clase de ente social es una Casera? ¿qué viene á ser un Corral? ¿Son estas Caseras de la familia de las Patronas de las casas de huéspedes? ¿Son directoras, regentas ó cosa tal de algun establecimiento público? Supongo, amigo lector, que tu natural curiosidad te estimulará á hacerme estas y otras preguntas semejantes, sobre todo si eres estranjero. Mas la dificultad está en la contestacion, porque es preciso tengas entendido que el epígrafe de este artículo donde se encuentra ese titulillo, encierra la significacion de una de las maneras de vivir, que tienen nuestras andaluzas, la mas original, y la mas digna de observarse y estudiarse detenidamente, como que resuelve por completo la cuestion indicada en lo que antecede. Asi que para que puedas formarte cabal idea de este negocio, debes leer con detencion hasta la última linea de esta especie de apuntes ó noticias selectas de lo mas sustancial que importa saber acerca de las Caseras. Pero te prevengo que la materia es algo tediosa, y no se presta á la sal ática, ni puede llevar el saborete de ciertos escritos, donde el

feliz autor encuentra recursos para excitar la ilaridad de sus lectores.

Confieso que para salir del paso y salvar dificultades podria limitarme á dar la definicion completa ó incompleta de la Casera, diciendo que «es la matrona fuerte que en Sevilla está al frente de un grupo vecinal de los que llaman Corrales;» y despues de haber soltado esta definicion en tono magistral á estilo de catedrático improvisado, daria una noticia muy superficial del mecanismo de las Casas Corrales, del teje maneje de los Corraleros y Corraleras ó animales bipedos que habitan aquellas madrigueras, y de la conducta que observa la Directora de la asociacion. Empero esto seria vender gato por liebre, dejando apenas desflorado el asunto, y trazados solos los primeros lineamentos del retrato de la Casera, con lo que quedarias lector benévolo del todo en ayunas, y con tanta boca abierta, sin poderte formar una idea exacta de los fenómenos humanitarios que se ocultan en esos famosos y nunca bien ponderados Corrales, donde tanto tiene que estudiar el político y el moralista, ni llegarias á comprender tampoco el superior genio gubernamental de las Caseras, y la constancia con que saben mantener la policía corralera en su mayor perfeccion, sin variar en un punto de su pristino instituto, guardando y haciendo guardar sus estatutos, y dándoles siempre ajustada aplicacion á las circunstancias. Preciso será pues que yo siga otro camino para salir de mi empeño, en términos que quedes contento y plenamente enterado de lo que es una Casera.

Existen en la sociedad ciertas combinaciones que arrostran imperturbables los fuertes embates de los huracanes revolucionarios, asi como la robusta palma del desierto se mantiene siempre firme resistiendo el furioso ímpetu de los desencadenados vientos, que asolan aquellas áridas llanuras, porque aquellas combinaciones están aseguradas por su propia naturaleza, como se encuentra asido en la tierra por la profundidad de sus raices ese árbol gigante que los desafia. Las Casas Corrales pertenecen á este género de combinaciones: son una especie de antiguos fanlesterios que nosotros los españoles tuvimos la feliz ocurrencia de inventar hace muchos siglos. Estos fanlesterios podrán no ser como los recientemente proyectados por el célebre utopista Fourrier; pero mucho será que no le hayan suministrado la primera idea, pues al cabo en los Corrales de Sevilla, asi como en esta Corte en la Casa de Tócame-Roque se ven reunidas bajo un mismo techo muchas personas y familias de todas las clases de la sociedad que forman lo que se llama primera materia, estando estas reuniones sometidas á la vigilancia de la Casera. El orígen de estos hormigueros se pierde en la obscuridad de los tiempos, no faltando quien asegure habia ya Corrales en la antigua capital de la Bética, bajo la dominacion sarracena, y es indudable que si por fortuna hubiese habido quien se dedicára á escribir sus crónicas, contendrian un curioso repertorio de hechos notables, en que hallarian mucho que aprender nuestros modernos proyectistas, y algunos buenos desengaños.

Un Corral es una casa espaciosa de muchas vecindades, y su distribucion interior facilita toda comodidad para inspeccionar cuanto en ella pasa. Despues de la entrada ó zaguan, donde se vé un retablito con una cruz, ó un cuadro con

la imágen de la Vírgen del Carmen, y un farolillo colgado del techo, que sirve para alumbrar aquel recinto en las primeras horas de la noche, hay un gran patio, que por lo regular es cuadrilátero, con una fuente en medio de agua potable, y corredores altos y bajos por sus cuatro lados. Algunas de estas casas suelen tener otros patios interiores; mas en todas las puertas de los cuartos ó habitaciones dan salida á los corredores. Por estas dos solas particularidades de la distribucion del edificio se descubre que un Corral es una especie de pannóptica, que forzosamente ha de tener su director. Asi es que el cuarto de la Casera, á la que exclusivamente está reservado este delicado cargo, se encuentra siempre en medio de uno de los testeros del piso bajo, y por lo comun en el que está al frente de la puerta de la calle.

Decia Feijoo que nuestros refranes dejaban de ser exactos por demasiado generales y solian contener un error vulgar. Esta calificacion la encuentro confirmada en unos casos, aunque en otros estoy por los refranes. Cuando se me dice, por ejemplo, «que el hábito no hace al monje,» asi de una manera absoluta y demasiado general, tengo por errónea esta proposicion, porque encuentro una notable tendencia en el hombre á identificarse con el vestido, y me cuesta dificultad reconocer á un amigo ó representarme en la mente su imágen, si no se me presenta con el mismo traje que solia llevar cuando le ví otras veces, asi como en la tortuga solo vemos la concha y nunca lo que está dentro. Que se nos ponga delante un magistrado, un general, un ministro, sin sus respectivas condecoraciones, vestidos simplemente el uno con los harapos de un pillo de playa, el otro con la zamarra del pastor, es seguro que entonces no veremos al general, ni al magistrado, sino al pillo ó al pastor, y por esta causa son tan apetecidas las decoraciones, porque el hombre lo forma el vestido. Luego el hábito hace el monje, ¿y si no, cuántos monjes se pasean ahora entre nosotros, y no podemos decir ese es un monje desde que largaron la concha? Aplicando esta doctrina, que no tiene falencia, á nuestra Corralera, mientras no vea yo el traje alto de las manolas, la limpia media, el zapato bajo ó de escarpin muy recortado y sin cintas ó galgas, el pañuelo de percal color de punzon, y el pelo recogido detrás de la oreja, no me será fácil reconocer á la Casera. Esta es su forma exterior que tanto respeto infunde á sus subordinados, cuando vá acompañada con aquel aire de taco y un cierto aquel propio de su complicada autoridad.

A la inversa, cuando se me dice que el adorno interior de una casa, la clase de muebles que hay en ella, y su colocacion, da á conocer qué clase de pájaro es el que allí se enjaula, confieso y reconozco que esto es muy cierto, como lo demuestra en nuestro caso el menaje del cuarto de la Casera La puerta y la ventana de esta estancia se ven adornadas por la parte interior de unas cortinas de muselina blanca: las paredes cubiertas de muchos cuadritos con estampas, moños y ramos de flores contrahechas, interpolándose alguna que otra cornucopia dorada, y con su luna ó espejo. (Una de estas está colocada mas baja porque sirve á la Casera de tocador): varias sillas de asiento fino; una mesa y sobre

ella un tintero, el libro de cuentas y otros trevejos. Hay otra mesita mas pequeña en que descansa una urna que tiene dentro un San Antonio, una Vírgen del Carmen ó una Cruz. Detrás de la puerta del cuarto se encuentra un tallero, con muchas tallas ó jarras, vidriadas de verde para el invierno, y de las que no tienen vidrio para el verano. Entre talla y talla hay un juguete de barro, ó un vasito con flores, y al pie del tallero está la tinaja del agua. En la alcoba interior hay una ó dos arcas de pino, y una cama de banquillos y tablas con dos ó tres jergones de paja y un colchon de lana, lo que hace tenga mucha elevacion. Si la Casera tiene hijos, reserva para dormitorio de estos otro cuartito en el piso alto, lo que suele dar lugar á varias escenas cómicas.

Tal es el adorno y menaje del cuarto de nuestra Semíramis, que si bien dan indicios de su pobreza no muestran menos su disposicion y aseo. No tiene muebles lujosos; mas los referidos y su colocacion están diciendo que es amiga del órden y arreglo en todas sus cosas.

Si la Casera es casada suele estarlo con un soldado cumplido, ya entrado en años ó con algun zapatero remendon. En el primer caso hay mas quietud en el matrimonio, porque el cumplido trabaja fuera de casa, casi siempre de peon de albañil: ú otra ocupacion semejante. Pero cuando pertenece á la hermandad de San Crispin, tiene colocada su banquilla en el portal ó en el corredor cerca de la puerta del cuarto, quiere mezclarse en todo, y los lunes dedicados á la holganza segun costumbre inmemorial, anda la paz por el coro, pues consigue apurar la paciencia de la consorte, que como acostumbrada al mando absoluto, no se encuentra muy dispuesta á sufrir sus impertinencias.

Sentados estos preliminares indispensables, y dejando de referir para no ser prolijo otras varias circunstancias particulares relativas á la educacion de los hijos si los tienen; educacion que suelen recibir en el matadero, ó en las plazas de comestibles, dondé les sobran ocasiones de ejercer todas las mañanas la destreza de los jóvenes esparciatas, agilitándose en el gran arte que inventó Caco, y desenvolviendo su talento fullero, ya es tiempo de acercarnos á lo fundamental de este asunto.

En todo cuanto tiene relacion con la administracion de la Casa Corral, no hay que decir, como se supone en los demas matrimonios, que la mujer obedece y el marido manda, pues la ley sálica no ha podido estender su perniciosa influencia hasta la Casera, que ha conservado sus fueros, libre de la insercion gálica.-En el contrato celebrado con el propietario, ó dueño de la casa hace ella el principal papel, como mujer de respeto y formalidad. El marido inspira poca confianza. Unas veces toma la casa en arriendo con facultad ámplia de subarrendar, otras viene á celebrar un contrato sin nombre, quedando encargada en todo lo relativo al subarriendo de los cuartos, conservacion del órden y cobranza de alquileres. En estos subarriendos y á la cobranza suele auxiliarla su marido, haciendo veces de intendente, y por la noche cuida tambien del alumbrado, siendo ademas el que cierra la puerta de la calle y la abre por la mañana. Lo que es el gobierno y direccion interior, lo reserva esclusivamente en sí la Casera, y en ello consume

la mayor parte del tiempo, quedándole apenas alguno libre para sus quehaceres domésticos, y para ganar algunos cuartejos ribeteando zapatos ó lavando y aplanchando ropa de las sacristías de las iglesias.

De todos cuantos puestos de mando se conocen en la sociedad, ninguno mas delicado y difícil que el que ocupa esta andaluza. Los corrales son el *refugium peccatorum* donde van á acogerse cuantos en las clases ínfimas de la sociedad no tienen hogar conocido. Si todos fueran jóvenes y solteros, podria ser una especie de nueva asociacion fácil de arreglar. Pero es la desgracia que la vida de los que acuden á ennicharse en estas casas ofrece antecedente materia para historias muy peregrinas. Ya es un sastre solteron que ha pasado de los cuarenta años, refiere haber servido con este oficio en el ejército, y haber hecho varios viajes de ultramar, con otras cosas peregrinas; ya en el cuarto inmediato se aposenta una remilgada de treinta abriles, que no descuida aun el tocador, se dice viuda de un capitan, y suele tener largos ratos de paroli con su convecino, amen de otros momentos que consume en recibir ciertas visitas nocturnas y misteriosas, que ella dice son parientes del difunto. En otro cuarto viven un peon de albañil con su mujer y una hija moza, que son lavanderas; mas allá una setentona, con otras tres hijas, todas aves sin nombre, que dejan juntas el nido por la mañana temprano y vuelven cuando ya el sol raya en el ocaso, se meten en su cuarto, cierran la puerta y ¡buenas noches! El traje de estas incógnitas no ofrece particularidad que de contar sea; sin duda para no llamar la atencion. Otros cuartos los ocupan personas de uno y otro sexo que viven solas y descubren por su traje y maneras ser pobres vergonzantes, ó que pertenecen á la gran cofradía de testigos falsos, que giran en torno de los juzgados, dispuestos á prestar servicio al primer escribano, procurador ó alguacil que los ocupe. Otra porcion de estancias las ocupan las lavanderas con sus maridos peones de albañil, poceros, empedradores, vendedores de pajuelas, de melcocha, de aceitunas, altramuces, turrados y otras chucherías. Hay por temporadas habitados algunos cuartos por ciertas notabilidades de incógnito; pero estos vuelven á criar alas y remontan otra vez su vuelo á mayor altura social.

Conocido ya el pueblo que está bajo el régimen policiaco de nuestra heroina, vamos á ver cómo se las aviene para traer metidas en ajuste todas estas castas de gentes de un pensar tan vario como mezquino. Aquí es donde ella luce todo su talento y firmeza varonil. Tiene formado un pequeño código de leyes administrativas, donde muchas cosas tendrian probablemente que aprender algunos gefes políticos; y otro prontuario de leyes penales. Para hacer que obedezcan y cumplan puntualmente estas leyes, se reviste de cierta autoridad corraleresca, que no falta quien imite fuera de estas casas. La Casera no es záfia ni desvergonzada en su trato particular; mas en el de directora de su vecindad lo es en estremo, por aquello de que quien se hace miel las moscas se lo comen, y porque á cada uno le ha de hablar en su idioma, y las palabras blandas son buenas para las monjas.

El primer punto de policía consiste en que la puerta del corral se cierre

constantemente en el invierno á las diez de la noche y en el verano entre once y doce. Este precepto nunca se infringe, y ninguno lo olvida impunemente pues el que no ha entrado á estas horas se queda en el meson de la Estrella y suele muchas veces tener que pasar el resto de la noche en la casa de poco pan.

Luego que se cierran las puertas se apagan las luces y cada mochuelo se recoje á su olivo, procurando guardar el silencio posible.

Por la mañana se levanta temprano el Casero y abre la puerta, á fin de que cada uno pueda salir á sus quehaceres.

Antes de acostarse avisa la Casera por el órden que tiene prefijado á las vecinas que les toca barrer al dia siguiente la puerta de la calle, los corredores y el patio, y los sábados las escaleras. Esta distribucion de trabajos dá márgen á varias disputas, que la Casera resuelve de plano y sin forma de juicio, haciendo desaloje el corral la que desobedece ó se muestra demasiado renitente ó se levanta tarde.

Cada vecino tiene obligacion de encender el farol del zaguan, y los de los patios la noche que le toca el turno.

Tambien toma razon por las noches de las que necesitan las pilas para lavar al dia siguiente, y las distribuye por su órden, haciendo igual distribucion de los tendederos, y cuidando á la tarde de que lo dejen todo fregado y corriente para el dia siguiente.

No permite que los hijos pequeños de las Corraleras tiren piedras dentro de casa, ni en la puerta de la calle, ni que desconchen ó tiznen las paredes, haciendo á sus padres responsables de las faltas y travesuras turbativas del órden que estos cometen, por lo que aquellos procuran darles dimisorias bien temprano, y salen á inundar las plazas de la ciudad, y á aprender el camino que conduce á los correccionales.

Cuando alguna vecina recibe en su cuarto de noche alguna persona sospechosa, espera que todos estén recojidos y de improviso se presenta en aquella habitacion acompañada de su marido, los coje infraganti, y á la mañana siguiente tiene la inquilina que mudar de casa, y aun de barrio, ¡tanta es la autoridad de una Casera!

En los casos, no muy raros, de riñas y refriegas entre los vecinos, aunque sean entre hombres con uso de armas, acude mas veloz que el rayo, y mientras su marido ú otro vecino pacífico va á llamar la justicia, ella despliega todo su carácter varonil. No solo los reprende y contiene con la mayor severidad, sino los separa y desarma; muchas veces con grave detrimento de su persona, pues suele salir contusa, cuando no herida.

Para reprimir y prevenir estos y otros desórdenes semejantes aplica por sentencia definitiva y sin súplica las leyes penales de su prontuario que son muy sencillas. Primero la reprimenda en voz alta y descompasada para que la oigan todos los de puertas adentro y aun los de fuera. Esta especie de apercibimiento es un medio eficaz, porque ofende el amor propio del que la lleva, y deja resultas poco gratas. La Casera no se contenta con vituperra ni ponderar la culpa

ó falta cometida, sino suele tambien regalar un apodo, que conservará el que ha decaido de su gracia, aunque se traslade á otra parte, con la particular circunstancia que estos apodos retratan con mas viveza que lo hizo Murillo con sus divinos pinceles, pues para poner apodos nadie como las Corraleras.

La segunda correccion se reduce si es hembra la culpada, á un recargo en los trabajos del barrido y limpieza, y si es varon á costear la luz del farol una noche mas de las de su turno, tomando de aquí ocasion para aliviar á los mas pobres y á las menos fuertes ó enfermizas, y aun para complacer á sus amigas.

A la tercera va la vencida, como suele decirse, pues á un reincidente tan protervo é incorregible no le queda recurso. Sin detencion van sus trastos á la calle; es decir, que la ejecucion acompaña siempre á la sentencia. Con esta inflexibilidad conserva la Casera su autoridad intacta, viéndola crecer de dia en dia, y llegando á veces á adquirir renombre entre los de su categoria. Es muy frecuente oir decir á la gente que se agazapa en esas localidades: en el Corral de la Parra, de los Panecitos ó el del Conde (este tiene tantos cuartos para vecinos como dias el año) *no se puee haora respiraa. La Zeñora Tereza gasta cada dia peor jenio y á naide deja resollaa; tiene siempre puezta una carita* de *jué* que mete *mico*. Esto prueba que la tal Teresa lo entiende y sabe bien como ha de manejarse para que se guarden sus ordenanzas. Es verdad que en estos últimos tiempos ha habido algunos vecinos, particularmente los que son guardias nacionales, que se han empeñado en querer introducir ciertas modificaciones en el mando de las Caseras. Mas estas se mantienen firmes· *¡Vaya*, dicen con resolucion, *seria cosa de ver, que el nacionalito me viniese á calentaa el meollo con su costitucion ó sarandaja! Esas noveaes son güenas paa los que viven solitos en sus casas. Allá se las compondrán ellos como puean; lo que es aqui naa mas se ha jacer que lo que yo mande y al que no le acomoe que se plante en la calle*. Esta es la palabra atronadora que aplaca todo espiritu de novedad é independencia. ¡Feliz Casera que tan puro é intacto sabes conservar tu poderío!

Si hasta aqui hemos visto á la Casera por el lado mas adusto y en el ejercicio de sus funciones gubernamentales mas peliagudas, en las que nos ha hecho conocer el inestimable precio de su carácter sostenido, bueno será examinarla tambien por otro aspecto mas agradable. Durante el dia y las primeras horas de la noche tiene mucha indulgencia con todos, hace la vista larga y deja que cada uno respire á sus anchas. Las lavanderas del patio se las pelan cantando: los mozuelos, hijos de los vecinos salen y entran con sus guitarrillas; en algun otro cuarto suele haber alguna visita misteriosa. Todo este ruido, esta baraunda y la chacota que es consiguiente lo tolera la Casera sin decir esta boca es mia, porque conoce que á la buena gente se le ha de dejar algun desahogo. Hay además dos dias en el año de gran jaleo: el de la Cruz y el de S. Juan. En las noches de estos dias se cierra muy tarde la puerta del Corral, y la Casera permite que entren á bailar y cantar los mozuelos y mozuelas de otros Corrales, que tienen conocidos en el suyo.

El dia de la Cruz se forma en uno de los corredores del patio un altar adornado todo de flores y cintas y con relicarios y alhajas de plata y oro. Los gastos

y adornos de este altar para la Cruz, se hacen á escote entre todas las vecinas.

La fiesta se forma siempre en el patio, reinando la mayor alegria. Las mozuelas y mozuelos cantan y bailan las rondeñas, las malagueñas, las manchegas, algunas veces la jota y con mas frecuencia las *Corraleras*, que es música de su esclusiva invencion. Tambien bailan el fandango y no falta quien eche una copla de bolero. En estos dias gusta ver aquella juventud con sus graciosos adornos, tan alegre y tan chistosa. La reunion dura hasta bien tarde; pero á su debido tiempo la directora manda que termine y cada cual se retira, unos á sus cuartos, y los forasteros á la calle, cerrando el Casero las puertas principales.

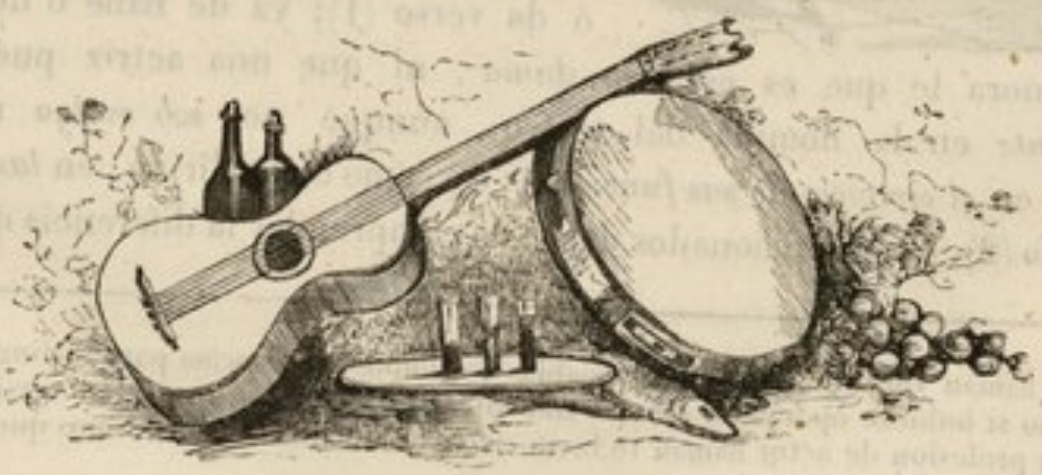
No omitiré decir, porque es importantísimo, que la Casera tiene mucha caridad con los pobres y les agencia todos los alivios posibles, principalmente cuando estan enfermos, lo que prueba que el genio zafio que se le atribuye, es una especie de compostura aparente, hija de la clase del mando que ejerce.

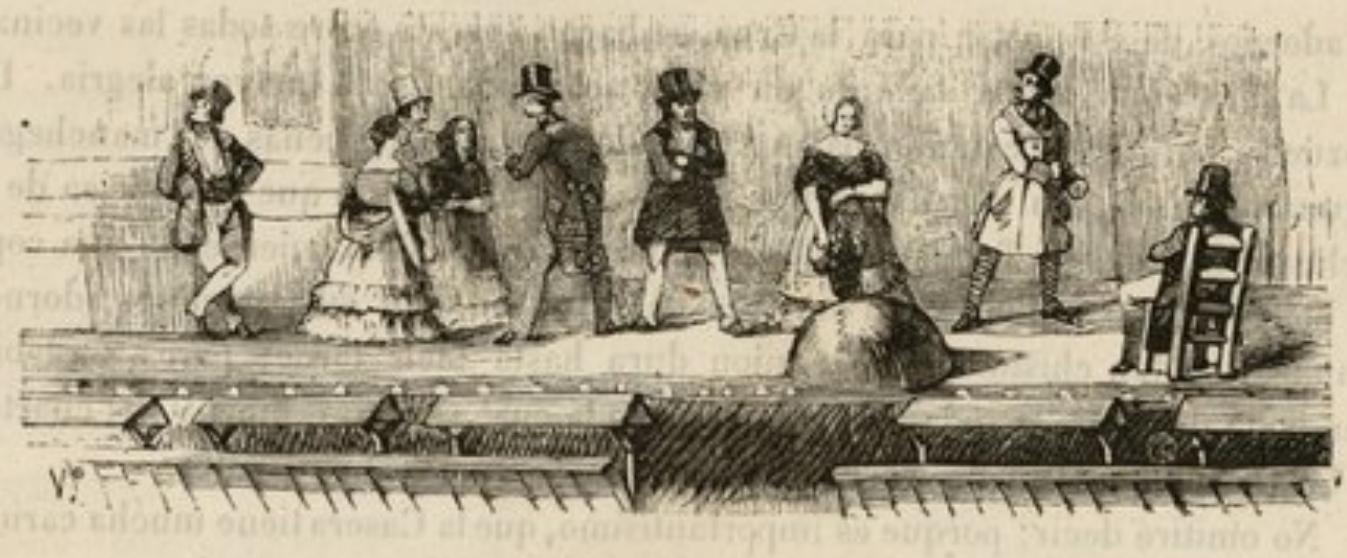
Por último entre todas las vecinas hay dos ó tres que son el ojo derecho de esta matrona; las agracia y prefiere siempre, anda todo el dia de secretillos con ellas, y las admite de tertulia en su cuarto á todas horas, si está desocupada. Allí reunidas no dejan hueso sano á los demas inquilinos, y se saborean á su placer con la gustosa murmuracion que las engorda y anima, para el trabajo. No me estenderé en la narracion de estos animados diálogos porque seria preciso escribir tomos enteros y este articulillo se va haciendo demasiado largo. Téngase solo entendido que para quitar la honra con el salero del mundo no hay otras como las Corraleras.

La Casera no se dá por vencida hasta que llega á ser muy vieja, que sostituye su autoridad en una de sus hijas, si las tiene. Cuando no tiene hija ni nuera se reduce á la clase de simple Corralera, aunque la que la sucede en el mando suele tener con ella y su marido ciertas consideraciones; algunas mas que las que se tienen ahora con los empleados jubilados.

He terminado mi tarea. Ya ves lector que no he burlado tu espectativa, conoces lo que es un corral de Sevilla, primitiva idea de los modernos fanlesterios: ves como en las raices del árbol social no penetran los embates politicos; descubres que la ley sálica nunca fué planta española, porque entre nosotros han sabido siempre mandar las mujeres con mas tino y garbo que los hombres, y quedarás convencido de que España abunda en tipos originales.

JOSÉ MARIA TENORIO.





EL AVISADOR.

o por menos conocidos y popularizados dejan de ser merecedores de figurar en el catálogo de los tipos españoles algunos cuya importancia y originalidad es tan indisputable como honrosa y meritoria la modestia que distingue á las personas en ellos comprendidas.

La fama pública, auxiliada con las listas que publican en *sábado santo* todos los periódicos de la Península, con los avisos particulares insertos en los pisos bajos de dichos periódicos, y con los anuncios de los carteles, hace al público sabedor de los diferentes empleos y diversas gerarquías que constituyen una compañía de actores; ya sean estos de ópera ó de verso (1); ya de baile ó de gimnástica. Nadie ignora lo que es *primera dama*, ni que una actriz puede titularse *sobresaliente* en la nómina del teatro, aunque no *sobresalga* mucho, que digamos, en *el ejercicio de sus funciones*; ó, como otros dirian, en *las funciones de su ejercicio* (2). Pocos aficionados dejan de comprender la diferencia que hay entre

(1) Asi llaman vulgarmente á las compañías de simple *declamacion* para distinguirlas de las de *canto*, como si hubiese óperas en *prosa* ó solo fuesen dramas los que estan versificados.

(2) A la profesion de actor llaman todavia *ejercicio* muchos de los mismos que están dedicados á ella.

BIBLIOTECA NACIONAL

prima donna y *altra prima*, y que no es lo mismo ser *prima donna assoluta* que serlo á *perfetta vicenda* con otra *prima donna* que, aunque es *otra*, no es *altra*, porque es inútil advertir que la llamada *altra prima* tiene obligacion de suplir á aquella, y aquella no suple á esta. Ningun cristiano confunde ya á la *caracteristica* con la *graciosa*, ni al *primer galan* con el *galan joven*, por mas que para ser asi clasificados no siempre se consulte su respectiva fé de bautismo; y por último, toda empresa cuida de hacernos constar los nombres y atribuciones de *coreógrafos* y *maquinistas*, *caractéres ancianos*, y *maestros al cémbalo*, y *partiquinos* y encargados de la *guardaropia*. (1) Solo es un secreto para los *profanos* la existencia y ocupaciones de cierto fámulo, ó dependiente, ó funcionario, ó como ustedes quieran calificarle, sin el cual, no obstante, funcionaria muy mal, ó de todo punto seria inerte y escusada la ingeniosa y complicadísima máquina teatral; como que es su mas eficaz resorte; y no decimos su principal y mas poderoso agente, como en otras máquinas el vapor ó el agua, porque no se agravie el *dinero*, que es la fuerza motriz *sine qua non* de todas las empresas humanas. Este individuo, á quien vamos hoy á sacar de la injusta oscuridad y del ingrato olvido en que yace, se llama el *Avisador*.

¡Miren qué salida! dirá algun pio lector. ¡Miren que *Maiquez* ó que *Rita Luna* se habian dejado en el tintero los empresarios!.... ¿Y qué quiere decir *Avisador*? —Yo se lo diré á usted con el diccionario de la lengua castellana. AVISADOR, s. m. *El que avisa*.—¡Pues! como si dijéramos el diario de *Boix*.—Eso viene á ser, poco mas ó menos. Un diario; pero no impasible, estacionario y mudo, sino activo, inteligente, infatigable de todo género de recados y anuncios con aplicacion al arte del teatro y demás que le son anexos y conexos.—¡Acabára usted! Ese *Avisador* viene á ser un corre-ve-y dile semejante á los mozos ó criados de compañia en la Milicia Nacional.—Si, señor; alguna analogía hay entre ese hombre y el mio; pero las tareas del mozo que usted dice, si bien requieren en quien haya de practicarlas alguna destreza, cierta dosis de paciencia, y no poca agilidad de pies, no tienen comparacion con las del *Avisador* de teatro, que son mucho mas variadas, árduas y espinosas, y cuyo buen desempeño exige dotes no comunes de cuerpo y de alma.

Hacer saber á ciento ó mas individuos cuándo les toca la guardia ó la patrulla, el reten ó la revista, y si han de acudir de gala ó sin ella, y con pantalon de verano ó de invierno, y si ha de ser el martes ó el miércoles, no es cosa del otro jueves. Con dejar en cada casa la papeleta en que se marca el servicio que se exige del miliciano, asi como la pena en que incurre si falta á él, y con decir, si alguno se considera

---

(1) El que no esté iniciado en el dialecto de bastidores no creerá que por *guardaropia* se pretende entender en los teatros lo que en todas partes se llama *guardaropa*; esto es, oficina destinada para custodiar *la ropa*; antes juzgará que alli se guarda *arropia*, ó *melcocha*, que es lo mismo. Pues no, señor; ni es esto ni es aquello, porque en la *guardaropia* de los teatros ni se guarda *arropia* ni se guarda *ropa*, sino cucuruchos de dulces figurados, huevos de hieso, pavos de carton, candeleros, cornucopias y otra infinidad de baratijas de las que suelen emplearse en el servicio de la escena.

agraviado, «yo no tengo que ver con eso; yo soy mandado; acuda usted al capitan ó al sargento primero,» sale del paso; si Pedro le da un sofion, Juan le da una propina; váyase lo uno por lo otro, y á poco que haga valer la aptitud en que se halla de ser útil en un dia de alarma al que menos piense necesitar sus servicios, seguro está de tener en la compañia amigos y valedores. Pero lidiar con la heterogénea multitud que depende de una empresa dramática, sabiendo que él está muy lejos de tener en su apoyo las leyes de una disciplina militar mas ó menos estricta; subir y bajar escaleras todo el dia desde casa del *consueta* á la del *buffo caricato*, desde el taller de pintura al almacen de vestuario, desde el cuarto del *alumbrante* al aposento del conserje, del despacho de billetes á la contaduria, del médico al contratista de muebles, de *Monsieur quidam* á la *signorina quædam*, del Cuerpo de Coristas á la *Virgen de la novena*....¡Santo Dios! ¡Siempre hecho un azacan, siempre oyendo escusas, murmuraciones, reniegos!.. .¡Siempre en un pié como las grullas!.... ¡*Avisador!* este oficio á los Sres. regidores de la comision de espectáculo: ¡corriendo! ¡*Avisador*! vaya usted á casa del *Ingenio* y que le de á usted con mil santos la décima consabida para pedir al final una palmadita. –¡*Avisador*! que *saquen de papeles* este melodrama.–¡*Avisador*! que vengan mañana al ensayo la lujuria, la gula y demas *Virtudes* de acompañamiento.—¡*Avisador*! diga usted al de la imprenta que tire carteles *de Visperas*. ¡*Avisador*! Al cabo de comparsas, que necesito para el Domingo veinticuatro *salvajes*.—¡Oiga usted! Vea usted de paso al médico, y que visite de oficio á la primera bailarina, con toda escrupulosidad. Ya me tiene hasta aqui con sus crispaturas de nervios, y será preciso que rescinda la escritura ó sea menos intercadente. ¡*Avisador*! Que aparten un palco para quien dice esta esquelita. ¡Ah! Cite usted al *Comité* para leer mañana un drama en quince cuadros, con prólogo y epilogo.—¡*Avisador*! Diga usted de mi parte á Fulanita que, si no quiere arruinarme, me haga el obsequio de no parir hasta despues de ferias.—¡*Avisador*! Haga usted poner un remiendo á cada cartel diciendo que, por indisposicion repentina....¿de quién diremos?..... del *segundo barba*, no puede hacerse hoy la funcion anunciada, y en su lugar se ejecutará *El Enfermo de aprension* y el fin de fiesta ¡*Casualidades*!

Asi va el infeliz con estas ó semejantes embajadas de Ceca en Meca y de Herodes á Pilatos, sin perjuicio de los avisos ordinarios para el ensayo de cada mañana y la representacion de cada noche. ¡Cuánta memoria no necesita para retener y no confundir tantos y tan diversos encargos! ¡Cuánta prudencia y circunspeccion para darlos y recibirlos! ¡Cuánta píldora tiene que dorar! ¡Cuántos chismecillos se ve forzado á oir.. y olvidar! ¡Cuantos obstáculos allana! ¡Cuántos repedios improvisa! ¡Cuántas tempestades conjura!

El que sirve algunos años de *Avisador* podria brillar despues á poca costa en la carrera diplomática; y no es broma. Un *Avisador* que no fuese muy sufrido, muy dúctil, muy conciliador, seria inútil.—¿Qué digo? Seria sumamente perjudicial. Por su causa habria cada quince dias en el mundo teatral una de esas crisis fatales, desesperadas, que frecuentemente representa el gobierno español al mundo político. Dificultades que el buen *Avisador* sabe vencer con

solo *saber callar*, llegarian á hacerse insuperables, y si los teatros principales de España se mantienen abiertos casi todos los dias, cuando no hay epidemias y pronunciamientos, ó cuando el Calendario no señala los viernes de cuaresma, la Semana Santa y el jubileo de la *Porciúncula*, á la longanimidad, á la diligencia, á la diplomacia del *Avisador* se debe. Verdad es que en observar esta laudable conducta consiste su propio interés tanto como el de la empresa, de quien es el mas célcso y leal servidor. Por poca leña que él echase al fuego; con solo trasmitir exactamente, palabra por palabra, lo que oye de una parte y otra, armaria cada dia una zambra de mil demonios, y á la segunda ó tercera caeria víctima de su indiscreta charla y de su impertinente veracidad. Actores, músicos y poetas son, generalmente hablando, asaz impresionables y quisquillosos. Acostumbrados, unos en la escena, otros en su gabinete, á desarrollar y á poner en pugna, tal vez con exageracion, toda clase de pasiones, suelen ser muy vivas y vehementes las suyas. Prorumpen en quejas amargas cuando creen mortificado su amor propio; quejas que muchas veces olvida el corazon tan pronto como el labio las articula; ó bien, como gente de chispa, sueltan á lo mejor un epígrama incisivo, acaso con menos intencion de zaherir y agraviar al prójimo que de oir celebrar la agudeza de su ingenio. Ahora bien: ¿qué sucederia si el *mensagero escénico* llevase y trajese como arcaduz de noria tales denuestos y tales rehiletes? Que, dejándole quizá por embustero, tarde ó temprano se reconciliarian los que él involuntária, pero neciamente hubiera enemistado, y él lo pagaria, porque es la parte flaca, sufriendo ásperas reprimendas y acabando por ser despedido con toda la pompa de la ignominia.

¡Y este sumiso y perdurable correo pedestre, por cuya mano pasa el estipendio del cochero que conduce á las actrices de su casa al teatro, y vice-versa en cada ensayo y en cada comedia, ópera ó baile, no solo no es admitido ni aun á la zaga del venturoso carruaje, sino que apenas gana para las botas que rompe y para un triste puchero comido mal y de prisa, y ningun dia á la misma hora que el anterior! Y para él no hay aplausos, ni bravos, ni artículos *de amigo*, ni beneficios, ni licencias temporales; ni para él se construyen coronas de laurel en la calle del *Patriota Manzanares* (antes de la Montera) ni se crian palomas ó se componen sonetos acrósticos en las boardillas.

Todos los dependientes de la empresa, artísticos, científicos ó mecánicos, tienen dias de asueto y de descanso, ménos el pobre *Avisador*. De planton en todos los ensayos, incluso el *paso de papeles*, en cuya operacion suple por lo regular á mas de un actor inasistente, y perenne entre bastidores durante la representacion, cuando no toma parte activa en ella, si hay falta de capataces ó corifeos inteligentes para dirigir *las masas*, allí está á disposicion de todo el mundo, y de cuantos viven del teatro es, seguramente, el primero que se levanta y el último que se acuesta.

Para dar vado á tantas comisiones, no basta que sea mas vigilante que Argos y que esceda en ligereza y volubilidad á la liebre y á la ardilla: necesita ademas poseer vastos conocimientos, y tal vez superiores á los que suelen exigirse en

España á un jefe político y á un intendente. Precisado á auxiliar su memoria, por feliz que sea, con diferentes y continuos apuntes, no puede dispensarse de escribir, sino con muy elegante forma y muy correcta ortografía, al menos con claridad y prontitud. Pagador ó interventor nato de ciertos menudos gastos, no puede menos de tener algunas nociones de aritmética. Sin riesgo de cometer á cada instante un *quid pro quo* trascendental, no le es dado ignorar los fueros, privilegios y exenciones de cada clase y de cada individuo, ni sus obligaciones respectivas. Ha menester estar impuesto en todos los ribetes y tiquis miquis de la cortesanía para tratar con las notabilidades del teatro, especialmente con las que pertenecen al bello sexo, y no ser ageno á la jerga vulgar y semigermánica con que se producen los comparsas y los *arrojes*. Como nada puede desmembrar de su mezquino sueldo para pagar intérpretes, y cuando hay ópera y baile tiene que entenderse cotidianamente con franceses é italianos, forzoso es que siquiera sepa chapurrear cierto número de frases en italiano y en francés. Siendo tantas y tan distintas las personas á quienes frecuentemente *avisa* de algo, debe saber al dedillo las calles de Madrid, cosa no muy facil ahora que las Excmas. Municipalidades han dado en la flor de mudar sus nombres cada lunes y cada martes. Finalmente, se vé tambien obligado á ser una especie de celador de policía (dicho sea con perdon) para saber las *querencias* de cada quisque, y poder hallarle fuera de su casa cuando no le encuentra en ella para hacerle una notificacion urgente. Porque en este punto es inexorable. El actor, el cantante, ó quien quiera que sea el sugeto á quien busca, podrá despues hacer lo que deba, ó lo que le dé la gana; pero no espere salvarse alegando ignorancia. Siquiera se oculte donde haya que echar hurones para sacarle; siquiera se refugie en el asilo de la culpa ó se acoja al de la penitencia, ¡allí el *Avisador*! Nada se esconde á sus ojos inquisidores y perspicaces. Sus avisos son tan inflexibles y seguros, aunque á veces tan infructuosos, como los de la conciencia. Aun mas: podrá acontecer que la persona á quien se dirige esté *in articulo mortis*... No importa: ha de oir el inevitable recado; ha de saber que «mañana á las siete de la noche se ejecutan *Las memorias del Diablo*» aunque con los mundanos acentos del *Avisador* se confundan las pias exhortaciones del padre de almas que recomienda á Dios la del enfermo. Mas todavia: no sé si injustamente desconfiado nuestro protagonista de su propia memoria, ó de la atencion é inteligencia del *avisado*, le reitera el mensaje cuantas veces le echa la vista encima, sin perjuicio de dejárselo escrito, si es de importancia, en su casa, en el café de su devocion y en la portería del teatro, queriendo antes ser acusado de molesto é importuno que exponerse á cometer la mas leve omision.

El oficial que tibiamente se limita al cumplimiento de su obligacion, *vale muy poco para mi real servicio*, dicen las ordenanzas militares, y esta máxima, cuyo espíritu puede hacerse estensivo á todo género de empleados, habla con particular elocuencia al corazon y á la mente de un *Avisador*. *Muy poco vale para mi particular servicio*, dirá con sobrada razon el director de una empresa,

muy poco vale el *Avisador* que solamente sea órgano maquinal de mis mandatos y disposiciones. ¡Pobre de mí si es tan poco *avisado* que no sabe adivinar lo que yo omito, recordar lo que yo olvido y correjir lo que yo yerro! Penetrado de esta verdad el *Avisador*, sin que nadie se la inculque, y solo por efecto de su buena índole que tan felices corazonadas suele inspirarle, ó de su larga esperiencia de las cosas y casos teatrales, enmienda mas de una vez la plana á su amo, pero con tal moderacion y sagacidad que no le deja lugar á resentirse, ni aun quizás á apercibirse de ello. En los casos de remedion (1), sobre todo, es cuando la pericia y *erudicion* del *Avisador* suelen ser de mas utilidad al empresario. Improvisar la representacion de una comedia es negocio mas dificultoso y peliagudo de lo que á primera vista parece. El empresario, por sí solo, ú asociado de algunos actores, hojea y consulta en vano una y otra vez el registro de las funciones ejecutadas en lo que vá corrido del *año cómico*.—Esta... no puede repetirse, porque ha pasado mucho tiempo desde que se estrenó y para no aventurar á los actores á fulminar una blasfemia en cada frase, seria necesario ensayarla siquiera un par de dias. Aquella... fué estrepitosamente silbada, y hay que renunciar á ella; la otra no está corriente, porque uno de los actores que trabajaba en ella obtuvo licencia para los baños de *Panticosa* y los está tomando en el teatro de *Barcelona*; la de mas allá tiene mucho *teatro*, y no queda tiempo para traer y colocar tantos trastos; en tal y tal y tal tiene papel el mismo individuo cuya dolencia nos pone en el presente conflicto. ¿Qué harémos?... Esta seria buena á no haber variado las circunstancias políticas bajo cuya influencia se escribió. ¿A ver la que sigue?... Se suspendieron pocos dias há sus representaciones; reproducida hoy repentinamente no daria un cuarto, y dejándola dormir un par de meses en el archivo, dará dos ó tres entradas decentes en tiempo oportuno.—Fulano, ¿por qué no repite usted *El Verdugo de sí mismo*? —Porque no quiero aplicarme el título. Mi papel es muy *fuerte*, me afecto mucho, mi salud es delicada y ademas, estoy sin *carnes* (2) y con el manto de emperador me está haciendo el sastre una dalmática y unas trusas.

Aburrido con tantos inconvenientes y mortificado con tantas contradicciones, el empresario se desespera y, á solas ya con el *Avisador*, le manda anunciar que la funcion de la noche será *Soledad de bancos y paseo de ratones*: esto es, ninguna. Pero condolido entonces el *Avisador* le da, con el debido respecto, consejo, provechosos y le abre caminos desusados que le saquen del atolladero. Mudos pero atento observador de los caractéres y genialidades de todos los actores de ambos sexos, y sabiendo por lo mismo de que pié cojea cada uno, insinúa cautamente al director los resortes que conviene mover para triunfar de resistencias ó impedimentos que media hora antes parecian invencibles. El mismo

---

(1) Entre actores se llama familiarmente *remedion* el espectáculo que de pronto sustituye á otro ya anunciado, y que no puede verificarse por algun accidente imprevisto.

(2) El pantalon y corpiño de seda que, ajustados al cuerpo, marcan las formas figurándolas desnudas.

pone rápidamente en ejecucion las ideas que ha sujerido, hablando y gestionando en nombre suyo, ó en el del empresario, sègun conviene. Resignado á sufrir el castigo de culpas agenas, carga, sí es menester, con toda la *responsabilidad* de una *situacion* que él no ha *creado*, y ve con estóica conformidad que otros se atribuyen los méritos que él ha contraido. El ha hecho el milagro y otro: santos reciben las gratulaciones y las ofrendas; pero, lo que él dice, *sálvese el teatro* y mas que yo sea su *víctima propiciatoria*.

Tal vez en unos de esos dias de *remedion* aprovecha nuestro héroe la feliz coyuntura de adelantar en su carrera á algun *racionista*, que otros llaman *parte de por medio*, oscurecido y postergado, ya por su escesiva cortedad de genio, ya por falta de proteccion, ó porque su mala estrella no le ha deparado una ocasion favorable en que mostrar al público que sirve para algo mas que para galancetes de entremés, ó *toros embolados*. (1) Con estos actores, que no por su ínfima categoría escénica dejan de ser acreedores á la consideracion pública, suele tener el que *avisa* trato mas frecuente y familiar; sea porque, como trabajan mas á menudo, se roza mas con ellos, ó porque juzgue su amistad menos incompatible que la de otros con el espíritu de humildad y subordinacion que constantemente le guia. Si habia oido decir á uno de ellos que en el año de tal y en la provincia H, siendo parte, y no *de por medio*, en cierta compañia ambulante, ó miembro de alguna sociedad dramática de aficionados; por ejemplo, la de la calle de *Noramala*, desempeñó con aplauso un papel principal; ó si sabe de otro que tiene mucha memoria, ó facilidad y frescura para recitar de improviso y al *apunte* cuatro ó cinco pliegos de prosa ó verso, recuerda el *Avisador* cuando viene á cuento que la empresa tiene aquellos ignorados elementos de que disponer. El empresario, á falta de otros, los utiliza; y, si bien los buenos y amistosos oficios del *Avisador* pueden ser inocente causa de que, recibiendo el neófito una grita desaforada donde esperaba bravos y palmoteos, reniegue de la fatal ambicion que le aconsejó en mal hora salir de su tranquila oscuridad, tambien es cierto que muchos actores han debido á esos casos fortuitos y á la próvida intercesion del *Avisador* benéfico la buena suerte de figurar con gloria en lo alto del escalafon teatral, cuando acaso se consideraban condenados para siempre á no salir, como suele decirse, de azotes y galeras.

De todo loque llevo dicho es natural inferir que el ciudadano una vez investido con el interesante cargo de *Avisador*, ó á los pocos dias deja de servirlo, si muestra no ser apto para él, ó lo desempeña durante su vida. Del primer estremo creo que haya habido muy pocos ejemplares, porque regularmente cada

---

(1) Con este apodo tan gracioso como significativo se designan aquellos entes subalternos que aparecen en las situaciones mas criticas de los dramas para dar una noticia, por lo regular funesta, ó para prender ó matar, ó cometer otro cualquier desafuero contra el personaje por quien el público está mas interesado; papeles de mucho peligro y poco lucimiento, y confiados por lo mismo á los últimos actores.

Avisador tiene un sota-*idem* ó adjunto, asi para ayudarle en sus quehaceres, como para que se vaya instruyendo en el oficio, y este suplente, ó llámese *meritorio*, es el que hereda la plaza cuando su *principal* pasa *á mejor vida*. La clase de *Avisadores* es acaso la única en España que no conoce la prolija nomenclatura y la plaga asoladora de *cesantes*, *escedentes*, *jubilados*, *espectantes á retiro*, *reformados*, *suprimidos*, *suspensos*, *agregados*, *depositados*, *adictos*, *capitalizados*, *disponibles*, *indefinidos*, *inválidos* y *dispersos*. El *Avisador* muere *avisando*, y hay teatro que en todo lo que vá de siglo y parte del anterior solo ha tenido dos *Avisadores*, de los cuales el segundo, supervivente del primero, por supuesto, todavia puede ser el brazo derecho de muchos empresarios. Actores, maquinistas, sastres, alumbrantes, asistencias, (1) todos son dependientes mas ó menos amovibles y eventuales que ogaño puede funcionar en Madrid y en el próximo año cómico pasar á Cádiz ó á Valencia; pero el *Avisador*, es artículo que se nombra en todos los inventarios, como la campana chinesca, ó como si fuese parte integrante del edificio. Su proverbial honradez y su *indispensabilidad* (permítaseme la espresion), le ponen á cubierto de ser arbitrariamente licenciado cuando la empresa cambia de manos, al paso que su apego á la casa en que ha envejecido y su habitual parsimonia le hacen inaccesible á toda especie de seducciones. El no puede desasirse de sus queridos bastidores, cuyas multiplicadas metamorfósis de carcel á jardin, de calle larga á casa pobre etc. ha presenciado, ni de sus amados cuadernos que contienen la estadística de la escena y las efemérides de la literatura dramática; páginas preciosas sobre cada cual podria hacer, siquiera, mas de un curioso comentario. El nuevo director, por su parte, perderia la brújula y fluctuaria en un mar de confusiones si se privase de tan poderoso auxiliar, que ademas de poseer importantísimos documentos, es el depósito vivo y semoviente de infinitas tradiciones orales y leyes consuetudinarias.

Nadie, pues, mejor que un *Avisador* veterano pudiera escribir la historia secreta del *ejercicio*, amenizada con picantes anécdotas y filosóficas observaciones. Sus memorias serian mas completas, variadas y entretenidas que las de *Rios* y *Pellicer* entre nosotros, ó las de *Talma* y la *Clairon* entre los franceses. Nadie desconfia del *Avisador*. Asi puede sin riesgo dársele á guardar oro molido como el mas leve y tentador secreto. No hay lince que vea ni tísico que oiga tanto como él, pero sabe ver sin mirar y oir sin atender. Jamás echa su cuarto á espadas cuando se murmura de los ausentes, como no sea para defenderlos. Si en su presencia se encrespa una disputa, procura apaciguar á los contrincantes, y si no lo consigue, se retira. Reservado y prudente por obligacion, por conveniencia y por carácter, no suele tomar la palabra sino *para rectificar algun hecho* ó corregir sin acrimonia alguna siniestra interpretacion. Incapaz de traspasar los límites de

---

(1) *Asistencia* no es en los teatros lo que en el Diccionario de la lengua; en este es sustantivo femenino; en aquel es masculino y se aplica á cada uno de los operarios que bajo las órdenes del tramoyista ó del pintor, mudan los bastidores, suben y bajan los telones, etc.

su *posicion social*, nunca abusará de la benevolencia de sus superiores, ni será cómplice de ninguna burla pesada; ni, aunque él sea la víctima, se creerá autorizado á usar de represalias.

La sobriedad, en toda la acepcion de esta palabra, es otra de las virtudes que adornan al *Avisador*. Su buen sentido le advierte los graves inconvenientes que pudieran seguirse de una conducta menos ejemplar que la suya. A bien que, por un lado su nunca interrumpida laboriosidad, y por otro su respetable pobreza, son bastantes á precaverle contra las tentaciones de la crápula y los estímulos de la concupiscencia.

Por último, el *Avisador* es una alhaja de inestimable valor en los teatros, y los que esten con ellos relacionados y conozcan sus interioridades no dirán que el presente retrato es infiel ó apasionado ni pondrán en duda el desinterés de mi panegírico.

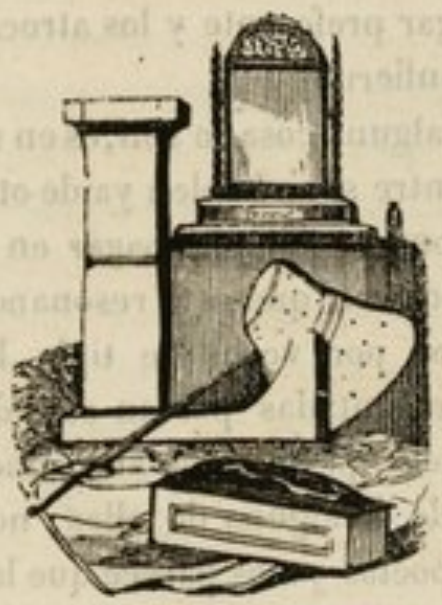
Si el dia de mañana tuviese yo á mi cargo la direccion de un teatro, cosa que ni espero ni ambiciono, antes que lindas actrices y tenores *de Cartello*, y barbas estentóreos, y autores acreditados, y hábiles perspectivos, y sastres *históricos* y bailarinas voluptuosas, cuidaria de hacerme con un *Avisador* digno de este título, porque estoy seguro de que, despues de Dios, él seria mi providencia.

Y con esto concluyo, complaciéndome mucho de haber dado con un *tipo* cuyos rasgos característicos convidan al elogio, como otros á la caricatura.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

ORTELL

LA POLÍTICO-MANA.



A Política es la gran enfermedad de nuestra época. Semejante á esas epidemias que se desprenden, y se desgajan de tiempo en tiempo de aquellas comarcas lejanas en que los antiguos colocaban la boca del infierno, y caen sobre un pais y diezman una poblacion, y luego ceden de su intensidad y se convierten con el tiempo en enfermedades comunes, la política que ha salido como las otras pestes de la boca de un infierno, de la boca del infierno revolucionario, empieza por un periodo de contagio y de destrózo y acaba por convertirse en una enfermedad endémica de todos los paises en donde penetra. Pero la política es una epidemia de peor especie que todas las demas. El cólera, por ejemplo acaba por no ser contagioso, y en estado de epidemia ó de enfermedad comun, mata ó sana y punto concluido. La política no: la

política, cuando no mata, queda como enfermedad crónica. Peor tambien en esto que otras epidemias, la política ataca siempre las partes mas nobles del cuerpo, la cabeza y la lengua, y aun pasados los periodos en que mata, como el periodo de la guillotina en Francia y el de los pronunciamientos en España, deja en un estado de debilidad perpetua las partes que ataca, trastornada la cabeza como una olla de grillos y suelta la lengua como un reloj sin cuerda. Esto se ve en la mayor parte de los que padecen esta enfermedad, y la estadística prueba que desde el advenimiento de la política se ha aumentado infinitamente el número de los maniacos y de los oradores. ¡Terrible y ridícula enfermedad es la política!

Y al fin; si fuese como otras epidemias morales que atacan solamente á los hombres! pero acomete tambien á las mujeres; no sucede con tanta generalidad; pero cuando sucede, causa en ellas mayor estrago. La razon es muy clara. Las partes que ataca la política son mas débiles en la mujer que en el hombre; su cabeza no resiste tanto, su lengua es mas movible; y una vez acometido su cerebro de la fiebre que produce la política, y una vez acometidos sus órganos orales del azogamiento en que los pone la política..... ¡infeliz mujer! ya no hay remedio, ya no hay alivio para ella. La mujer, la pobre mujer, la mujer acometida de la fiebre de la política, se convierte en la viva imágen de los antiguos endemoniados; el furor de la política la poseé, el vértigo de la política la agita; el delírio de la política la saca fuera de sí; su imaginacion delirante la finge trasgos y vestiglos políticos en todas partes; sus labios espumosos profieren terribles anatemas y fatídicas profecías sobre la cabeza de los hombres políticos; su actitud es la actitud de la antigua Sibila cuando quemaba en su lámpara los libros de los oráculos romanos; no hay filtro, no hay virtud, no hay exorcismo para desposeerla del demonio, que la ha hecho su presa. ¡Infeliz mujer! está endemoniada. Mientras viva, la política manará de sus labios á borbotones; cuando se muera, todavia se oirá murmurar discursos de política en su tumba; y si el Dante volviese al mundo, él nos diria el lugar preferente y los atroces tormentos que le aguardan á la mujer política en el infierno.

En pocas cosas son justos los hombres; pero si en alguna cosa lo son, es en su horror á la mujer Político-Mana. ¿No basta que ellos entre sí no hablen ya de otra cosa, sino de política? ¿Es forzoso que cuando un hombre vaya á apagar en la sociedad de la mujer los ecos de la maldita orquesta política que está resonando perpetuamente en sus oidos, haya de oir repetidas por voces de tiple las maldecidas canciones que todo el dia ha estado oyendo cantadas por un coro de bajos? No sabemos si será aprension; pero es tal la preocupacion que abrigamos contra las Político-Manas, que cuando estamos al lado de alguna de ellas, nos figuramos por reaccion, la mujer ideal que pintan los poetas y nos parece que las Político-Manas no tienen siquiera fisonomía de mujer. Su frente no es aquella frente en que Byron veia transparentarse los pensamientos de amor, sino una frente preñada como la de un íncubo y arrugada como la de un viejo; sus ojos no son de esos ojos en que otro poeta romántico veia oscilar la llama del amor como en

una lámpara alimentada con esencias, sino unos ojos desencajados como los de un energúmeno y amarillentos como los de un bilioso; su boca no es una boca entreabierta con la sonrisa de la voluptuosidad, es una boca entreabierta sí, pero entreabierta como la de un orador impaciente por el turno de la palabra; sus facciones todas, son facciones rígidas y ocasionadas á las caricaturas de la irritabilidad tribunicia. No hay duda en ello. La manía de la política aterra el rostro, especialmente en la mujer. Lavater hubiera confirmado su sistema con la observacion de la mujer política. El cráneo no se lo hemos observado á ninguna de ellas; pero será desigual y protuberante como una cartera por pulir, y Gall y Spurzhein habrian pasado horas enteras con las manos en la cabeza de mujer política. Decididamente, la fisonomía de la mujer política, no ofrece los caractéres de la belleza femenina.

En verdad sea dicho tambien, la Político-Mana no ha sido nunca muy hermosa. Antes por no serlo es por lo que ha caido en su tremendo pecado. Ya se sabe la teoría que reina en el mundo acerca de las mujeres feas; de ellas se dice que tienen talento porque se obstinan en tenerlo, y porque no teniendo hermosura ¿qué han de tener? Esto es verdad hasta cierto punto, y la experiencia de la Político-Mana lo confirma. La Político-Mana, hablando con generalidad, es una mujer originariamente fea cuyos órganos intelectuales se han desarrollado con la idea constantemente fija de su fealdad, que ha buscado con que suplir los atractivos que le faltan para brillar en el mundo, y se ha hallado con el atractivo postizo de la política, que ha dejado las novelas por los periódicos, el amor por la patria, los héroes de los torneos por los héroes de la plaza pública, y ha concluido por entregarse en cuerpo y en alma á cosa pública. No se culpe empero á esta pobre mujer que no es ella sola la que especula así con la política: ¿qué serian muchos hombres en el mundo si no se hubiesen metido á Político-Manos? La mujer hermosa cae muy rara vez en la mono-manía de la política; bien es verdad que cuando cae, es la mas peligrosa de las mujeres, porque hace cometer muchas apostasías. Los emperadores romanos enviaban mujeres hermosas á descatequizar á los catecúmenos del cristianismo.

La historia de la mujer política empieza en España por los años de 1808 ó 1812; la independencia, la Constitucion y las Político-Manas son contemporáneas entre nosotros. La mujer de aquel tiempo es la mujer liberal ó patriota, el tipo mas pronunciado de cuantos ha producido la Político-Manía femenina, y el tipo mas encocorante de mujer que se ha visto desde que el mundo es mundo. ¡*Fugite partes adversæ*! exclamaban nuestros padres al sentir al demonio de los rayos y de los truenos. ¡Huye, mujer condenada! es preciso exclamar cuando se tropieza con la mujer liberal; huye y escóndete no te vean los ojos de los vivientes. ¿Todavía no te has muerto tú, cuando tu generacion ha pasado ya en autoridad de cosa juzgada? Que vivan y persistan en sus trece los hombres de la escuela doceañista, pase; á los hombres les es permitido anticuarse; pero anticuarse las mujeres...! Llamarse todavía liberal una mujer, cuando ya no hay liberales ni serviles por el mundo, cuando á las antiguas denominaciones de liberal y servil,

se han sustituido las denominaciones modernas de absolutista, de constitucional y de parlamentario! Llamarse liberal una mujer, aunque el epíteto haya estado en boga alguna vez, aunque estuviese en boga todavía! Inconcebible parece liberal, liberalismo, liberalidad..... sospechosas, sospechosísimas son estas etimologías. No hablemos empero de la liberalidad de las mujeres del liberalismo, y contentémonos con observar, primero, que el epíteto liberal aplicado á la mujer es mal sonante, y segundo que la moral del liberalismo es la moral elástica por excelencia. Llamaremos pues á la mujer liberal la mujer patriota, y correremos un velo sobre el cuadro de sus liberalidades.

Sprit fort en 1812 como empezaba á ser moda en aquella época, la mujer patriota se dió á sí misma una educacion completa, aprendió francés é hizo una vasta lectura. En materia de religion leyó el *Citador* y se hizo atea, si el ateismo se concibe siquiera en la mujer. En moral leyó la *moral universal* de Holbach, sacando en consecuencia con una lógica superior á la del filosofista que la moral era lo que á cada cual le diese la gana, y el *libro de la educacion* de Helvecio, cuya lectura le sugirió la idea de resucitar á Esparta en su familia. En literatura leyó....¿qué leyó en literatura? Leyó ya en un género muy en moda entonces la *Pucelle de Orleans* y otros libros tan famosos como este, ya en un género mas elevado, las tragedias de la muerte de César y Roma libre, de cuyas traducciones aprendió largos trozos en la memoria. En política, en fin, leyó el contrato social y proclamó la soberanía del pueblo. Rousseau fué su ídolo; no leyó solamente el Contrato social; leyó la *Julia*, leyó las *Confesiones*, leyó el discurso sobre la desigualdad de las clases; leyó hasta los borradores de Rousseau, en cuya conmemoracion, sea dicho de paso, llamó luego á su hijo primogénito Juan Jacobo. Desde aquella época, desde la época de Juan Jacobo, no se ha publicado nada digno de pasar por los ojos de la mujer patriota, y desde entonces no ha leido ella sino lo puramente necesario en su posicion; es decir, la historia de la revolucion francesa que es su poema y todos cuantos periódicos se han dado á luz en España que han sido sus libros de misa.

No bien concluida esta educacion que la ponia en aptitud para regir un estado, la mujer patriota cayó envuelta en la proscripcion de 1814. Si su padre estaba muy comprometido por el sistema, como se decia entonces, emigró con su padre y completó su educacion *liberal* en el extranjero; sino, se quedó en España envidiando con toda su alma la suerte de la emigracion, y guardó un ejemplar de la Constitucion encuadernado en tafilete. De todos modos, en España ó en el extranjero, la mujer patriota estuvo oyendo durante aquellos seis años una voz que le decia á todas horas.

Tu dors, Brutus, et Rome est dans les fers? La mujer patriota ha estado siempre llamada á un gran destino patriótico, y aunque la historia guarda silencio todavia, es muy probable que representase algun papel en la conspiracion de la isla.

Vino 1820; entonces volvió á relucir la Constitucion en tafilete, y aquella fué la grande época de la mujer patriota, ella abrazó y besó muchas veces á Riego en

los bailes constitucionales que se daban en todas partes al héroe; ella se empavesó con los colores de la época, verde y encarnado; ella se puso al pecho el lema masónico como el de *primero morir que casarse con un servil*, y otros lemas inverosímiles en la preocupacion de lás costumbres del dia; ella trató de introducir á su sexo en las sociedades secretas; ella peroró en las sociedades patrióticas, porque ya se supone que la mujer patriota es oradora; tuvo tertulia de ministros, diputados y gente del bronce, fué una madama Roland en toda la extension de la palabra ¿Qué calaveradas no hizo la mujer patriota en aquella larga calaverada revolucionaria de los tres años.? Durante el sitio de Cádiz ella fué quien sopló el espíritu de independencia en los matones políticos que desafiaron á toda la Europa; y cuando se rindió el Trocadero, y cuando se hundió la patria, entonces la mujer patriota á quien las simpatías políticas habian proporcionado un marido digno de ella, no tuvo ya mas remedio que emigrar. ¿Como el genio de España habia de dejar de imponer en la frente de esta gran mujer el sello de la emigracion, el sello de todas las grandes ilustraciones españolas del siglo? Si antes no habia emigrado, en 1823 emigró; si antes habia emigrado, volvió á emigrar en 1823. Las columnas de Hércules la oyeron interrumpir el silencio del mar con una cancion patriótica y cuando en Francia ó en Inglaterra le nació el primogénito de sus hijos, se la vió muchas veces entretenerle con una cosa encarnada. Aquella cosa encarnada era la Constitucion en tafilete que la mujer patriota se habia echado en el bolso al salir de Cádiz.

Durante la década ominosa, Fernando VII no tuvo mayor enemigo que la mujer patriota, y cuando en 1833 volvieron á España los emigrados, la patria les abrió los brazos y ella se arrojó en los brazos de la patria. Pero esta época corresponde á la historia contemporánea y exije gran miramiento de parte del historiador. En ella, á pesar de las mudanzas de las cosas y de los hombres, la mujer patriota ha permanecido en el fondo la misma mismísima que en las épocas anteriores. Bien que ha habido una causa muy poderosa para semejante estacionamiento. A cierta edad no se desaprenden ciertas cosas, mucho menos las máximas de Rousseau. La mujer patriota nació el dia de la toma de la Bastilla y sería injusticia exigir que reformase sus doctrinas de medio siglo. Lo que le ha sucedido es caer en el escepticismo político. En sus buenos tiempos habria creido desespartanizarse con saludar á un servil ó á un afrancesado. En el dia no; en el dia hablará hasta de política con los afrancesados y con los serviles, en el dia transige, en el dia pastelea, en el dia ¿qué mas? es acaso moderada, ó mejor dicho, conservadora por el destino de su marido. Por ahí la vereis, sola por esas calles, con su sombrero y su manton doceañistas, que no parece sino que va hablando de política con las piedras, tristemente desengañada de los hombres. Acercaos sin embargo, mentadle la política y vereis como el fuego sagrado no se ha estinguido en su corazon, como nunca ha sido mas digna de llevar una tribuna en cada dedo.

¿Quién no ha tenido el placer y el honor de tratar este prototipo de las Político-manas? Si habeis concurrido al congreso el dia de alguna discusion

tormentosa, allí la habreis visto en la presidencia de la tribuna reservada; si os habeis parado en la puerta del Sol la víspera de algun gran acontecimiento, allí la habreis encontrado dando y tomando nuevas de la salud ó de la enfermedad de la patria. Una pregunta, una noticia, el mas leve incidente político os habrá puesto en relaciones con ella, y á poco que danzeis en la cuerda floja de algun partido, se os habrá abierto el antro de la Pitonisa. El desórden del genio, he aquí lo que os dará en cara al entrar por la puerta; el periódico ó los periódicos de la mañana; hé aquí lo que hallareis sobre la primera mesa; los grabados del dos de mayo y los retratos de los héroes de la Isla, hé aquí los cuadros que adornan y consagran las paredes; un olor que trasciende á **1812** y á **1820**, un sello, un aire particular que distingue á todas las cosas de aquella época, hé aquí lo que acabará de confirmaros en que estais en casa de la heroina del doce-añismo. Esta gran mujer se os presenta arrebujada en un gran pañolon; ha estado leyendo los papeles y le ha faltado tiempo para el tocador; pero en cambio está al corriente de todas las novedades de la circunstancia, de todas los sucesos pasados, presentes y porvenir. La noticia que os dá es indudable; la sabe auténticamente; el comentario que hace es positivo; la noche anterior estuvo hablando con un alto personaje. No os permitais la mas mínima observacion, no hagais el mas pequeño gesto de duda; antes, si quereis juzgarla respondedle á todo que sí y abrid ancho cauce al torrente removido de su elocuencia. ¡Oh! ¡qué magnífico discurso vais á oir! ¿De que empezó hablando? ¿De la última sesion de las córtes? Pues ya ha volado con su imaginacion á la guerra de la independencia. Entonces conoció ella al personaje de que se trataba; luego le vió en Londres atando los hilos de la conspiracion de Mina; luego en Paris de espia de Calomarde; luego otra vez en España tomando destinos de los moderados, de los exaltados y aunque fuese de los musulmanes. Eso sí; la conversacion de la mujer liberal es una crónica inacabable, ella sabe todo lo que no está escrito, lo que nunca se escribirá; sabe toda la chismografia politica de treinta años á esta parte; sabe la vida y milagros de todos los hombres altos y bajos, grandes y pequeños que han figurado desde que figuran los hombres en España, y el que haya de escribir la historia de la revolucion necesita frecuentar el trato de la mujer liberal, mucho mas que revolver la coleccion de la Gaceta. ¿Y la parte que ella ha tenido en los sucesos de su época? Ella fué quien convenció á los jefes del ejército de Aranjuez de la necesidad de proclamar la constitucion, ella quien descubrió la conspiracion del 7 de julio, ella quien avisó al gobierno de los planes de los comuneros y á los comuneros de los planes del gobierno, ella quien escondió en su casa á todos los ministros, diputados, generales y periodistas que tuvieron que esconderse en aquella y otras épocas de escondite.

Oh, y si en graves circunstancias se hubiese hecho lo que ella decia, si al rey le hubiesen echado al mar desde la muralla de Cádiz, si hubiesen volado el palacio de Madrid al asomar los de Mina por el Pirineo.... entonces habria sido otra la suerte de la patria, entonces se hubieran salvado la libertad y la independencia. ¡Independencia! ¡libertad! Estas sonoras palabras así como

otras palabras sonoras que han venido á parar en populacheras, conservan para ella la antigua significacion, el antiguo prestigio, la antigua resonancia. Al oirlas se eleva, al pronunciarlas se enardece. Moderada ó exaltada, retrógrada ó progresista segun su posicion, no importa, conserva siempre su estofa revolucionaria. Y ahora vereis el vuelo del águila. ¡Que dia aquel en que sean libres todos los pueblos de la tierra! ¡que dia aquel en que hasta la sombra de los tiranos desaparezca de la haz de los pueblos.....! Napoleon.... ¿quién ha dicho que Napoleon era un grande hombre? ¿Como habia de ser grande hombre quien cayó en la vulgaridad y en la ridiculez de ser un tirano? ¿cómo habia de ser grande hombre quien dijo que la mujer mas grande del mundo seria la que tuviese mas hijos? Esta espresion bárbara, esta groseria etrusca, no se la perdona ella á Napoleon, porque Napoleon condenó con ella á todas las Políticas-manas del mundo. Asi es que desde que leyó en un periódico un paralelo entre Washington y Napoleon, aprovecha todas las ocasiones de hacer el paralelo á su modo para dar á Washington la preferencia; Washington!!!! Washington es el hombre mas grande que han enjendrado los siglos; de él no se sabe que dijese nunca nada contra la mujer patriota, y la mujer patriota habria sido Washington de muy buena gana. Por estas y otras escabrosidades politicas é históricas, atañentes á si misma, atañentes á España, atañentes al mundo entero os llevará la mujer patriota en su inagotable oratoria, hasta que aprovechando un momento en que vaya á tomar respiracion os despidais dejándola en el uso de la palabra. No hayais miedo de que se pique con la descortesía; cuando os vuelva á encontrar os volverá á espetar otro discurso. En vano huireis de ella; es inevitable como la fatalidad, y no hay mas que un modo de espantarla, contradecirla. Pero ¿sabeis á lo que os esponeis? á que ejerza sobre vos el derecho femenino de humiliros á fuerza de improperios. Si sois jóven, os dirá que desprecia á la juventud sedentaria y cobarde que ahora se estila; si sois viejo, os llamará viejo, que siempre es una injuria, y os llamará apóstata que en su boca son muchas injurias juntas; os llamará en fin tales cosas que si por casualidad entra á punto el marido, tendreis que pedirle una satisfaccion por las injurias de la mujer, y entonces ¡pobre de vos! entonces os espeta un nuevo discurso contra los desafios, materia que ella ha leido tambien en sus libros, y que aprendió de memoria para cuando le desafiasen á su marido.

No podemos pasar en silencio otras dos particularidades de la mujer liberal ó patriota. Mas no se crea que vamos á escribir el capítulo de las eróticas; ya hemos dicho que nuestra jurisdiccion es diferente. El que necesite noticias de esta especie para la biografia de la mujer patriota, que se las pida á las notabilidades patrióticas de su tiempo. Entre estas hay alguna ó algunas que, habiendo escuchado siempre sus oráculos como Troya los de CASANDRA, con una veneracion supersticiosa han penetrado, al decir de las gentes, en todas las profundidades de su afecto; pero haya en esto lo que quiera, no por eso será menos verdad que todo es política, todo revolucion, todo patria en la mujer patriota.

Una de las particularidades de que hablábamos es el odio de la mujer patriota á la diplomacia. La diplomacia es un arte nacido en la corrupcion de las antiguas cortes de los reyes, el arte de todas las malas artes, el arte de vender y comprar los déspotas á los pueblos. ¿Es menester mas para que una mujer digna de marchar á la cabeza de los pueblos rechace de sí la diplomacia? No, no. La mujer de patriota, la espartana moderna, conserva puro en su corazon el culto de sus principios; ella opina siempre por la guerra, nunca por los tratados; ella retiraria de las cortes extranjeras á todos nuestros embajadores, y deja para otra clase de mujeres los perfumes venenosos de la diplomacia. Así como Napoleon es odioso, Talleyrand es despreciable para ella; y decir que ha habido un diplomático hombre de bien en el mundo es para ella la última prueba de la corrupcion ó de la estupidez política.

La otra particularidad de su carácter la asemeja á la raza de las *incompris*. La mujer liberal vive con el sentimiento de haber nacido mujer, sentimiento profundo de desprecio hácia los hombres, hácia este sexo esencialmente pastelero á quienes Dios cometió un error en confiar el destino de las revoluciones humanas. Si ella hubiera nacido hombre, hubiera sido hombre de gobierno, tribuno, general, dictador, conquistador de Portugal, todo lo hubiera sido. Los destinos de la revolucion española, de esta revolucion raquítica que ella ha visto pasar á sus ojos como una larga procesion de pigmeos, se hubieran engrandecido en sus manos, y ella se hubiera levantado á las nubes como el hombre de España, como el hombre del siglo. Pero nació mujer y no ha sido nada. Los hombres, esta envidiosa mitad del género humano, en vez de ceder á la superioridad de la mujer el gobierno del mundo, no le han dejado mas carrera que el estado antisocial del matrimonio. En vano la mujer superior ha luchado con la suerte; en vano ha aspirado á la independencia del hombre, en vano ha afectado las despreocupaciones del hombre, en vano ha despreciado la sociedad de la mujer y ha vivido en la sociedad del hombre. Nada; *pas meme academicien* ni siquiera diputado, la ley electoral no se ha acordado de ella. Esta idea está pesando incesantemente sobre la imaginacion de la mujer liberal y arrancándole muy á menudo esta exclamacion: si yo fuese hombre... Ah! Si fuese hombre, seria menester fusilarla.

¿Fusilarla? y ¿por qué? verdad que es excesiva nuestra manía contra las Político-Manas. Allá en los tiempos en que toda España tomaba chocolate á la oracion, cuando la Gaceta era una cuartilla de papel malamente impreso, cuando todo lo que se sabia de la Europa era el envio de nuestros buques á cumplir el pacto de familia con la Francia y á celar los galanteos de los ingleses á nuestras posesiones de ultramar, cuando los empleos se heredaban de padres en hijos, cuando las pretensiones y las carreras, todo era permutario y consuetudinario en España, cuando una madre de familias no tenia para qué acordarse de mas gobierno que del de su casa, entonces era bien natural que las mujeres no hablasen de política; pero hoy que todo el mundo es ciudadano, ahora que el desayuno general es la lectura de un periódico, ahora que la imprenta

y otros cien conductores de la electricidad política hacen sentir todos los dias á todo el mundo, hasta el modo de mirar de todos los gobiernos, ahora que la revolucion ha hecho pasar á un español si y á otro no por los diferentes estados y categorias de capitan de la milicia, de representante del pueblo, de diputado provincial, de candidato para alguna cosa grande, ahora que el padre y el hijo, el marido y el hermano son hombres de partido y empleados cesantes y aspirantes á ministros ¿cómo no se han de ocupar de política las mujeres? —Es mucha verdad. La política está en la atmósfera, y las mujeres tambien la respiran; la política es interés inmediato de todo el mundo, y las mujeres tambien tienen interés en ella. ¿En que ha de pensar, de que ha de hablar la mujer del ministro sino de la duracion del ministerio, la mujer del asentista sino en la aprobacion del contrato, la mujer del candidato á córtes sino en el triunfo electoral, la mujer del miliciano nacional sino en las alarmas? Es mucha verdad, volvemos á decir; pero eso no es ser mujer política: de ocuparse de la política como mujer de su casa, ó como mujer de su marido, ó como mujer de sociedad, á ocuparse de la política como hombre de gobierno y por la política misma, hay gran diferencia; y digan lo que quieran la mujer patriota y las otras especies de Político-Manas nosotros insistimos en nuestra opinion, y confirmamos nuestra sentencia; que se las fusile, que se las fusile.—Hombres al fin, exclamará alguna de ellas; tiranos, tiranos, y factores de la tiranía. Fusilar por delitos políticos,...—Cállese usted, señora, cállese usted; no haga usted mas discursos en su vida.

Ademas de la mujer patriota existen otros tipos de mujer política; pero no igualan á este en singularidad ni en importancia. La índole de nuestra sociedad y de nuestra revolucion nos ha privado hasta ahora de un tipo tan caracterizado, tan aristocrático, tan tónico como la legitimista; y por lo que hace á la mujer intrigante, ya sabe todo el mundo sus hazañas, en la policía secreta, y lo consumados que ha hecho á su marido y á sus hijos en el arte de medrar y de hacer carrera, un nuevo tipo se ha introducido recientemente en España, la mujer socialista, mujer filósofa mas bien que política, de alas de fuego que atraviesan de un vuelo la infinidad, de ojos de águila que sondean de una mirada el porvenir, mujer profunda, mujer sublime, mujer de genio, sacerdotisa y profetisa de la emancipacion futura de su sexo. El cielo sabe si esta mujer es digna de una fisiologia de un tomo; pero nosotros rehuimos todo lo contemporáneo y encomendamos á otro el trabajo de colgar ese retrato en esta galeria.

GABRIEL GARCIA Y TASSARA.

EL CANÓNIGO.

OBRE ascuas diz que caminaba cierto amigo mio al describir el tipo del Ama de Cura; temblábanle las carnes de poner sus manos profanas en gente, que por cierto, no es ningun erizo, y que si por concomitancia puede tener algo de sagrada, le falta mucho para ser *inviolable*; y ¿qué haré yo, pobre de mi, con quien goza del privilegio del cánon, y se escuda con la famosa escomunion de *si quis suadente diábolo*? Por fortuna alcanzamos unos tiempos en que sin el menor escrúpulo nos tragamos privilegios, cánones y escomuniones, que son el pan nuestro de cada dia: afortunadamente me ha precedido el retratista del Clérigo de misa y olla, que sin dengues ni merengues, ha dado felice cima y remate á su empresa sin pararse en barras, ni andarse en chiquitas. Alentado con su ejemplo, soy hombre al agua y salga pez ó salga rana, he de decir lo que se me ponga en la mollera, y á quien Dios se la dé S. Pedro se la bendiga.

Al paso que los obispos y curas párrocos, dicen algunos, sirvan de piedra angular y de columnas en la iglesia de Dios, los arcedianos, Canónigos racioneros y capellanes de honor son muebles de puro lujo y ostentacion como esos cachibaches y chucherías que para ejercitar la paciencia de los criados yacen amontonados en las mesas de un gabinete. Esto es desconocer el antiguo

VALLEJO
GASPAR

y venerable origen de los prebendados, coadjutores del diocesano en sus apostólicos trabajos, y consejeros suyos permanentes: otra cosa fuera compararlos á uno de esos muñecos de china rechonchos, colorados, frescos, carrilludos, tersos y lucidos, de enorme y abultado vientre dentro del cual se aposentan dos razonables cuartillos de *l' eau veritable de colonia*.

Pero es menester distinguir tiempos, clases, órdenes, familias, géneros y variedades y concordar comparaciones. Busque Vd. hoy un Canónigo, nó digo ya lúcio y obeso, ni aun de medianas carnes: busque Vd. uno que nó sea *tantum pellis et ossa*, como el difunto caballo de Gonela, y no lo hallará por un ojó de la cará: entre V. por una de esas catedrales y colegiatas que á duras penas se sostienen en pié; huertos donde se criaban aquellas sanísimas prebendas, gordas como sandias valencianas; y se encontrará con que tan solo producen mustias y escuálidas acelgas.

Ni todos los individuos de esta gran familia vegetal fueron tan orondos, suculentos, hinchados, sustanciosos y melífluos como vulgarmente creemos; el Canónigo es planta indígena de los monasterios: nacida bajo el sombrio techo de los claustros, y en la ingrata arena de los desiertos; escasa de jugo nutritivo, se crió flaca y macilenta: poco á poco fué saliendo al aire libre: las brisas regaladas del Océano del mundo le fueron dando mas animados colores; con el abono de las ofrendas de los fieles, diezmos, votos y donaciones de los reyes; con el botin de los moros, y herencias de los celibatarios adquirieron vigor y lozanía; y, por último, con el cuidado y cultivo de las amas de gobierno, llegaron á reventar de exuberancia. Muchas sin embargo, en medio de las brisas, abonos y cultivos, conservan aun su pristino ser y estado de amarillez y flaqueza; porque son plantas que conforme van recibiendo la sávia ó jugo nutritivo de la tierra, asi se rezuman y la vuelven á dar á los pobres que están á su alrededor. Ambas producen delicados frutos; el de la primera es abultado, fofo, pero algo insípido; el de la segunda raquítico pero sustancioso. La primera variedad se llama *Canónigo regalon*, y *buen Canónigo* la segunda. Otra existe tambien que participando algo de las dos, estas nada tienen de ella. Es planta selvática, y brota tan solo entre las breñas; se riega con sangre humana: se arme de puas como el espino, y se le caen asi que se trasplanta á las iglesias. Esta variedad fué conocida en los siglos medios: vinieron luego tiempos mas tranquilos, y desapareció absolutamente, como si un vendabal de ilustracion la hubiese barrido de sobre la haz de la tierra; pero en el año de 1808, tornó á germinar con grande asombro de los naturalistas, que tenian por cosa averiguada que semejantes plantas solo pueden vegetar entre las nieblas de la barbarie. Se llama el *Canónigo guerrillero*; y hoy en dia está aclimatada casi exclusivamente en España. Todas tres tienen propiedades comunes. Mas ó menos fuerte, todas despiden buen olor, y son sus flores de lujo, como tulipanes en el norte.

Dejando á un lado otras divisiones y subdivisiones menos autorizadas, como si dijéramos de *pandilla*, y sobre todo, ese enfadoso estilo botánico-herbolario que debe fastidiar á los lectores que recuerden el inimitable Figaro, pintarémos

el *buen* Canónigo, como Dios nos ayude, y despues de dar cuatro brochazos al *guerrillero*, concluirémos en un santiamen con el *regalon*; sin que en este órden haya mas lógica de la que observa el que se come un plato de cerezas, que deja siempre para lo último las peores.

EL BUEN CANÓNIGO.

«En la suposicion de tocar las castañuelas, dice un profundo y conocido autor, mas vale tocarlas bien que tocarlas mal.» Y si esto es una verdad de Perogrullo aplicada á la ciencia *crotológica* con respecto á la canonical, es una cuestion muy *cuestionable*, como ha dicho alguien que yo me sé. La *buena vida* suele estar reñida con la *vida buena* y la mayoría de los prebendados se decide generalmente por la primera, dando al diablo la segunda. Existen sin embargo y no en pequeño número en las catedrales, varones llenos de sabiduría y de virtud; lustre y ornamento de su iglesia. Cervantes, que no acertaba á pintar malos caractéres, nos dejó un retrato de este Canónigo en la primera parte del Quijote. Fino y cortesano en sus maneras, sabe unir la ciencia á la virtud, y la cultura al espíritu evangélico. Suele ser de familia honrada y de mediana fortuna; y ha ganado su prebenda, si es una de las cuatro de *oficio*, por rigorosa oposicion; y si es Canongía lisa y llana, á fuerza de méritos, trabajos y virtudes en la cura de almas. Reina en su casa el órden y la abundancia; pero no la prodigalidad y el despilfarro; y se contenta con tener para sí y dos sobrinos carnales de distinto sexo, á quienes educa con esmero, un ama sesentona que reparte con la sobrina el cuidado de la casa, y un estudianton que sirve de indispensable paje al prebendado.

Es el único consuelo de su anciana madre, el paño de lágrimas de su familia, y padre de los pobres, para los cuales recibe su prebenda en administracion. Su vida es una continua série de ocupaciones apostólicas, en que alternan el coro, el púlpito y el confesionario. Su semblante sin embargo rebosa dulzura, alegría y cordial satisfaccion; su genio es divertido, franco y generoso; y sin aspirar nunca á lucirse en los salones, tampoco se desdeña de pisar sus recamadas alfombras. Como siempre ha sido pobre (porque pobre es el que dá todo cuanto tiene) y jamás sus labios se han abierto á la queja y á la murmuracion, las revoluciones le han respetado siempre, y hoy en dia solo se nota esta diferencia en su modo de vivir: diez años há mantenia á sus sobrinos y á su familia, ahora los sobrinos acomodados, gracias á su protector, holgada y honradamente le mantienen á él; y tranquilo, querido de todos, predicando siempre la caridad, como san Juan en sus últimos dias, vive caduco, pero feliz, alegre, robusto y laborioso.

El escollo de los Canónigos buenos, pero tontos de capirote y de cortos alcances, son los escrúpulos: los escrupulosos salen de la esfera y categoría de los buenos, y entran en el gremio y claustro de los peores. A nadie pueden sufrir y no puede sufrirles nadie. Les llaman Santos sin duda por que padecen martirio: como leprosos y apestados viven separados del comercio

de los hombres, y tan solo un ama hipócrita les entiende la monita, y al cabo de algun tiempo se alza con el *Santo* y la limosna.

Los cánones le prescriben como obligacion cantar en los oficios divinos, y á él le parece que no cumple con ella, sino suelta su voz de gaita gallega con toda la fuerza de sus pulmones, por mas que le advierten que desentona, y que la gente de timpano delicado se marcha de la iglesia, y se queda sin misa por no oirlo. Lleva en cuenta los minutos ó segundos que una tos ó un estornudo le impiden cantar en el coro, para restituir la parte de su renta que corresponde á aquellos compases de silencio. Hay en algunas iglesias la costumbre de gozar á la semana una tarde de asueto á que se llama *barba*; pero nuestro héroe, perdona lector amigo si abuso de un nombre ya tan profanado, nuestro héroe, mas agudo que punta de colchon y con sus *puntas* de etimologista, ha llegado á discurrir que si se ha concedido esa tarde de descanso es para que los canónigos se rasuren ó hagan la *barba* con toda pausa, comodidad y sosiego; pero dá la casualidad de que si no le faltan pelos de tonto, no tiene pelo de barba, y jamás se le ha visto hacer uso de la licencia. Aunque vaya de viaje á Pekin ó á las Californias, nunca abandona el solideo, alzacuello, calzon corto y zapato de boton: la hebilla de plata le parece un abuso que no autorizan las sinodales.

EL CANÓNIGO GUERRILLERO.

Que se dan grados y se inventan nuevas cruces, amen del interminable calvario militar existente, para recompensar unos cuantos tajos y mandobles dados en el campo de batalla, ó tal cual paliza aplicada por via de patriótico desahogo en un pronunciamiento; es cosa sobre sabida y notoria, experimentada ademas; pero que se den canongías en cambio de algunas fazañas fechas en tierra de cristianos, es cosa que no supieron los siete sabios de Grecia, y que no ignora el clérigo mas zote de la montaña.

En efecto, de algunos años á esta parte, se ha inventado el conquistar las iglesias del Señor, á trabucazos, *viribus et armis*; se han refundido en uno los dos géneros opuestos, religioso y militar, y un mismo ciudadano

lleva *ya* la capa al coro,
y el pendon á la frontera.

Esta casta de caballeros andantes *á lo eclesiástico* durará mientras á los sacristanes coroneles se les haga Canónigos por real órden, y los Canónigos no sean tan modestos como Tomé Cecial, el narigudo escudero que juzgaba *satisfechos sus servicios con un Canonicato.*

El Canónigo Guerrillero en tiempos *normales*, es un árbol trasplantado á un clima y terreno extraños; es una fiera encerrada en mezquina jaula. La agitacion, la libertad y los peligros son su elemento; arcabucear, sacar raciones, echar bandos bajo *pena de la vida y cinco ducados de multa*, son

sus placeres: el humo del incienso le atosiga, el de la pólvora le embriaga; el órgano le ensordece, el tiroteo le arrulla; el hábito talar es para él la túnica de Deyanira; la Catedral un calabozo; el latin que no entiende le da náuseas; el trato fino de sus compañeros le afrenta, y por mas que procura llevar una vida agreste y bebe y fuma siempre de lo puro, y siempre está cazando por el monte, su rostro tostado; pero encendido y barbudo, pierde poco á poco la color, se apaga el brillo de sus animados ojos, y muere de tedio y consuncion á la vuelta de un par de años.

Pero ha muchos que, por la misericordia de Dios, no se conoce tan largo periodo de *normalidad* en Españа, y entonces el Canónigo guerrillero empuña su tizona y crucifijo tira al diablo el bonete y se encarama por rocas y vericuetos, hasta que una bala pérfida abate tanta ufania.

EL CANÓNIGO REGALON.

Pero figurémonos por un momento que la nacion no tiene mas bienes propios, ni mas raices que las de las muelas de los ciudadanos, á quienes cada contribucion arranca una de raiz; figurémonos que los ex-diezmos, son diezmos mondos y lirondos, y que los paga el que quiere; que los ministros duran seis meses tan siquiera, y que los chiquillos no sueñan que son diputados, y que está prohibido leer casi todo lo que se escribe, y que no se lee mas que lo prohibido; pues bien en aquellos tiempos nacian los canónigos de regalo. ¿Y para que nacian? Para resolver nada menos que el árduo problema de la duracion de la vida de un hombre que goza de todas las conveniencias y comodidades posibles. Por eso Dios les ha quitado la carcoma de la mujer y la polilla de los hijos, aunque el Diablo les dé sobrinos: no tienen otro oficio que cantar, oficio alegre y divertido si los hay, y que, como dice Galeno, y si no lo dice Galeno lo dirá otro, ayuda á la digestion, circunstancia inapreciable para quien se *yanta* todo cuanto *canta*. Ha nacido ademas para desmentir á los enciclopedistas del siglo pasado que suponian inherante la zafiedad á los clérigos.

El Canónigo regalón es buen mozo, robusto y colorado como un flamenco, anchas espaldas, pescuezo corto y doble cerviguillo. Cuando se viste una ropa talar, no le vereis alicaido, ú prosaicamente embozado, como Clerigo de misa y olla; arrollados ambos estremos del rico manteo de Sedán, debajo del brazo izquierdo; descubre el anchuroso pecho guarnecido de la sotana de raso sobre la que campea una cruz verde ó roja, mientras la mano derecha juega con cierta coqueteria, con las borlas del fiador.

Este Canónigo suele serlo desde muy temprana edad, y á veces desde los catorce años en que los cánones permiten disfrutar del beneficio ecclesiastico. Un tio Obispo suele hacer estos milagros: en este caso todos los hijos varones de la familia, nacen predestinados y con vocacion de Canónigos. La madre era una bendita á quien se le caia la baba de ver el hijo de sus entrañas, como un sol de Dios, con su sobrepelliz y bonetito; y se lo comia á besos, y le hacia

rosquillas de leche y huevos que el Benjamin guardaba para el coro, y allí se las iba engullendo lindamente, no sin ponerse el bonete delante de la boca para mayor disimulo. Le enviaron luego á la universidad y le compraron las *súmmulas* y la *súmma* de las que *restó* algunas hojas para envolver los naipes, y en diez años de no interrumpido estudio, y de quebraderos de cabeza, aprendió á tocar una rondeña punteada y á jugar al sacamete, méritos mas que suficientes para que con una epístola recomendaticia del tio, le diesen una certificacion de prueba de cursos y de buena conducta, y tras de ella las órdenes eclesiasticas.

Con todo, la imparcialidad histórica nos obliga á confesar que si bien nuestro *curilla*, que asi le llamaban, nada aprendió en los susodichos diez años de *ciencia media*, ni de *predestinacion*; á lo menos consta que no ignoraba lo que *in illo tempore* valia el ser Canónigo, ni el modo de invertir alegremente una pingüe renta; llegando por último á comprender clara y distintamente que no necesitando de nadie en este mundo, no tenia que pensar mas que en si mismo. En efecto, asi que tomó posesion de su prebenda á son de campanas, y sentándose en silla del coro y del Cabildo propias y esclusivamente suyas; arregló el personal de su administracion, poco mas ó menos en los términos siguientes: para el gobierno interior de la casa, con inmediato mando en cocinas y dispensas buscó un ama de llaves que frisaba en el medio siglo: para el manejo *financiero* un mayordomo de corto sueldo, hombre íntegro si los hay, como nada le faltaba, antes le debia sobrar para mantener á su mujer é hijos *legales* y otras mujeres é hijos *estralegales*: para coser y aplanchar y consejo *camarillesco* del jefe de la casa, una doncella de cinco lustros: para mortificacion del tio, un sobrino calavera, y un page, compañero de glorias y fatigas del sobrino; un cocinero á las órdenes del ama, un criado á quien todos mandan, y un antiguo mozo de mulas que manda en todos.

Por lo espuesto debemos inferir que nuestro Canónigo no es muy ducho que digamos en eso de *castigar* los presupuestos: bien que, como en la *summa* de santo Tomas nada se habla de derecho público constitucional, ni de economia política; ni en tiempos de Canónigos regalones habian venido al mundo nuestros padres de la pátria, no es de estrañar la completa ignorancia de aquellos de una materia en que hoy tan adelantados estamos.

Una vez hecha esta dificil operacion, toma un polvo, enciende luego un puro; porque nuestro héroe tiene todos los vicios conocidos y por conocer, y se tiende en el sofá, mas tranquilo que un rey constitucional que tiene por oficio reinar sin gobernar, que es no tener oficio ninguno.

Pero los cánones que son la pesadilla de los Canónigos, como las constituciones de los ministros responsables, les obligan á cantar, no á los ministros, que nunca cantan á lo menos *claro*, sino á los Canónigos que procuran cantar lo menos posible, para lo cual se componen de esta manera. Tres meses tienen de vacacion al año: una *barba* semanal suman cincuenta y dos barbas anuales; añádanse, chica con grande y echando por lo corto, sesenta indigestiones de una á otra navidad, que por leves que sean exigen dos dias de purga, y sacaremos

en limpio que aunque la nave de la iglesia se vaya á pique, no debe naufragar en ella el prebendado.

Pero cate V. que un ciudadano llamado Ibon de Chartres inventó contra estas faltas de coro, una cosa que se llama *distribuciones cotidianas*, ó *interpresentes*, y son ciertas reparticiones de frutos ó de dinero para los que en señalados dias asisten al coro, y no para los que faltan. Se conoce que el tal ciudadano, sin haber leido á Jeremías Bentham, estaba persuadido de que la utilidad y el interes son el móvil de las acciones humanas, y de que *all' idea di quel metallo*, nuestro Canónigo habia de abandonar la mullida cama ó regalada y opípara mesa y con la mayor puntualidad y edificacion del mundo, arrastrando su inmensa capa de coro, entonaria con voz robusta el *Domine labia mea*.

Pocos minutos antes de volver á casa ya le barrunta el ama que pone la chocolatera en el hornillo, la sopa en la mesa, ó la copa de jerez orlada de tiernos bizcochos en la bandeja, porque el Canónigo regalon solo entra en casa para comer y no sale sino para digerir. En el primer caso todo se pone en movimiento, sueltan los naipes mozo y criado para abrirle de par en par las puertas; suspenden las hostilidades el paje y la doncella, y el uno se coloca en la antesala para quitar el manteo de los hombros del señor, y la otra en el gabinete para limpiarle el sudor y aflojarle las cintas del alzacuello, si es en verano, ó echarle encima un balandran de pieles en invierno. Un constipado de su señoría fuera un trastorno espantoso, un cataclisma, un pronunciamiento para la casa; por eso nuestro amigo, que debe ser de opinion de que mas vale sudar que estornudar, lleva debajo del manteo la sotana, y luego la chaqueta de paño con solapas, forrada en lana, y la almilla de bayeta, y la camisa de lienzo, y la de franela, y la piel de liebre sobre el pecho, y los calzones, y los calzoncillos, y la faja que rige, enfrena y gobierna el *abombado* vientre, y las calcetas canonicales por esencia que al gigante Goliat servirian de calcetines y á nuestro héroe llegan a medio muslo, y las medias de estambre ó seda, y los zapatos forrados de piel de conejo, y los chanclos para la humedad, y el gorro y el infierno!.... Qué sudor! Qué fatiga, Dios mio! Aquello no es hombre, es una saca de lana, es una prenderia portátil, un guarda-ropa ambulante.

Arrellanado en una silla de Moscovia, consulta con su íntimo consejero las cuestiones mas árduas, graves, difíciles y terribles que le ocurren en el largo transcurso de su vida:

—Qué te parece, Catalina, ¿tendré apetito? Asómate á la ventana.... ¿está dia de ir á coro? ¿Dormiré siesta? ¿Tendré ganas de beber tan pronto? ¿Me pondrán la mula?

Los canónigos por mas que lleven vida de inmortales están muy lejos de serlo, antes los esquisitos medios que ponen para dilatar su vida, suelen acelerar su muerte, que de ordinario les sorprende en forma de apoplejía al pié de su cañon, como al buen artillero, es decir, en la mesa. Por mucho que hayan derrochado en esta vida, la herencia que dejan suele no ser floja, porque la *gallinita*, que asi llaman á la prebenda, es la verdadera gallina de la fábula, y

sus huevos dorados dan para sostener la constante partida de tresillo en la tertulia del intendente, los perros de caza y mulas y caballos de regalo, y toda la numerosa familia racional é irracional de que hemos hecho mencion en párrafo aparte.

Cuando menos, los ricos y elegantes muebles, la maziza bajilla de plata, las huertas, quintas, y tenencias que en las sagradas manos del Canónigo agricultor aumentan el presupuesto de gastos: en las manos legas del marido de la doncella, de la mujer del sobrino, ó del hijo improvisado del ama, pueden acrecentar el de ingresos.

Estos tres personajes amigos en la apariencia se disputan la privanza del señor, como los diputados las ingratas sillas ministeriales, y solo se ponen de acuerdo en conspirar contra el amo. La doncella al parecer, ó (para no dar lugar á equivocadas y malignas interpretaciones,) al parecer la doncella es la favorita, pero el ama no desconfia de la victoria. Posee recursos superiores á los mimos de su rival. Las municiones de boca, la despensa y la cocina son sus arsenales: las salsas y los buenos bocados los excitantes y tónicos son un género de ataque al que no resiste un estómago canongil. El ama, aunque no ha estudiado fisiologia, sabe muy bien las relaciones que existen entre el estómago y la cabeza, y entre la cabeza y el corazon, y si la buena Emeteria se arremanga un dia hasta los codos, y se prende atras las faldas del guardapiés, y se planta un delantal como la nieve, y comienza á batir huevos, á menear sartenes, á atizar la lumbre, aquel dia tirios y troyanos, todos tienen que enmudecer; *conticuere omnes*, que dice el profano, y solo el señor, saboreando un riquísimo pastel, ambos carrillos hinchados, risueños los ojos, exclama lipiámdose los relucientes labios:

—Que venga aquí la buena Emeteria, quiero darle las gracias... sin ella soy hombre perdido.

¿Y qué hará el sobrino entre dos enemigos tan poderosos? El sobrino conoce su debilidad, y mañosamente se *coaliga* con la doncella para destruir al rival temido. Es buen mozo, calavera, despejado; dá en requebrar á la niña, que repetidísimas veces ha manifestado no ser de bronce ó peña, la promete casarse con ella si hace que su tio le instituya universal heredero, y sucede que al fin de la jornada el sobrino toma de la doncella, lo que tal vez ha respetado el tio, muere este, se calza el otro con la herencia, y la ex-doncella y el ama se van con la música de sus llantos y gemidos á otra parte.

¡Venturosos mil veces los dignidades, canónigos y racioneros á quienes una apoplejía trasladaba del seno de la abundancia al sepulcro, sin haber gastado mas botica que algunos vomi-purgativos! ¡Dichosos de ellos si no han llegado á conocer estos ilustres tiempos, en que á fuerza de luces, se hubieran quedado á obscuras! Ya no hay herencias, ni pajes, ni mozos de mulas, ni doncellas, merced á los que suprimieron el diezmo, porque no se pagaba, para sustituirlo con otra cosa que no se cobra; merced al aumento de bienes nacionales que no disminuyen los males de la nacion! Estamos de consiguiente en una época de

transicion canonical, en que luchan los malos hábitos, es decir, las buenas costumbres antiguas, con el hambre moderna; el recuerdo de los faisanes, pollas, y salmones, con los comisionados de amortizacion; *il dolce far niente*, con no tener nada.

El Canónigo regalon acostumbrado á morirse en dos minutos yace allá consumiéndose lentamente, en un rincon de su aldea, abasteciendo de judías y patatas constitucionales la inmensa concavidad de su mal educado vientre, ó tal vez gime desterrado en las Islas Ca narias, por haber hablado mal del gobierno representativo: delito enorme de que ah ora hacen gala los mismos que firmaron su destierro. Allí yace, aban donado de todos....menos del ama; concha pegada á la roca, yedra al olmo, perro fiel que sufre las privaciones de su dueño, y lame su sangre en el suplicio, y muere de t risteza sobre la losa de su tumba.

De todo su antiguo boato ya no quedan al Canónigo mas que sus muebles, que reducidos primero á maravedís, y de maravedís á berzas y legumbres, van desapareciendo..... en vapor. A su casa suele ir un esclaustrado á tomar por recurso una jicara de chocolate con abundancia de pan tostado; mas por el pan, sábelo Dios, que por el chocolate: júntase á ellos un escedente del convenio de Vergara, un organista cesante, un antiguo corregidor y entre todos están suscritos al *Católico*, y para aprontar á peseta mensual por barba, tienen que pasar cuando menos un dia al mes con el estómago de claro en claro, y la vista de turbio en turbio. Pero el dia que atrapan la *Cotidiana* ó la *Gaceta de Francia*, se dan un atracon de notas y protocolos, de *memorandum* y *ultimatum*, de abdicaciones y casamientos, de entradas y salidas. El ama compungida que observa con horror el hundimiento geológico del vientre canonicál, consulta en cónclave pleno un árduo caso de conciencia.

—Dios me lo perdone, dice, y su divina Magestad no me lo tome en cuenta; pero desde que veo á usia de esa manera estoy en pecado mortal....

—¡Doña Emeteria! esclaman todos aterrados.

—Es imposible que deje de tener odio y mala voluntad á esos herejes... No permita Dios que me muera...

—Pues no tardará V. mucho....

—¡En morirme! replica asustada el ama...

—No, mujer; no es eso: escuche V... Y le encaja tres columnas de la *Gaceta de Ausburgo*.

Al ruido de la olla que se sobra á la lumbre, y mas consolada ya, pasa buena Emeteria á dar una vuelta á las patatas, berzas y tocino que están en pacífica y no interrumpida posesion .. de aquella misma olla ¡gran Dios! donde por tanto tiempo hirvieron juntos al rico jamon de Caldelas, la crasa y amarillenta gallina, el sabroso chorizo estremeño, y los suculentos garbanzos de Fuente Sauco. A tal espectáculo brota otra vez el inagotáble manantial de lágrimas de la Señora Emeteria, que esclama sollozando,

O dulces prendas por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!

¡Oh canonicales ollas que me habeis traido á la memoria los sabrosos tiempos de mi mayor regodeo! Y por ahí siguiera el ama parodiando á D. Quijote y plagiando á Garcilaso, si al infrascrito, muy conocido mio y servidor de Vds. no le pareciese oportuno terminar su artículo temeroso de haber abusado sobrado tiempo de la paciencia de sus lectores.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

LA MAJA.

GRANDES é infinitas vueltas han dado el mundo y las costumbres desde que el célebre Don Ramon de la Cruz fijó en sus inolvidables sainetes el tipo y las costumbres de las *Majas españolas*. Hubo, es verdad, un tiempo en que las mas encopetadas damas lucian sus buenas ó malas formas bajo los estirados pliegues de un vestido de alepin con pesados flecos y caireles de seda. Entonces las enjutas de caderas no encontraban su remedio en los miriñaques y polisones, y el traje provincial de las Andalucías, con sus ventajas y sus defectos, se erigia en traje nacional y resistia victoriosamente los caprichos de las modas de Paris y Londres. Vestiamos á la española, comíamos á la española, dormíamos á la española, y si entonces nos faltaban *paletots* y *soirees*, en cambio andábamos vestidos como palmitos, y cansados de gozar nos moriamos de puro viejos. ¡Dichosos tiempos de *Paca la Salada*, ¿por qué no habeis de volver con vuestras comilonas y vuestros fandangos, vuestros sermones y vuestros toreros?... Pero basta de prefacio y vamos á la materia.

Ahí donde ven Vds. á las Majas españolas con sus cortos y airosos *guarda-piernas*, sus blancas medias, sus zapatillas de color y sus mantillas de tira; ahí donde Vds. las ven brotando alegría por todos sus poros é incitando al amor y al placer con todas sus miradas, no es oro, ciertamente, cuanto reluce. Nace y vive, una, sin padres conocidos y sin otro recurso que la caridad pública hasta

J. Vallejo

los doce ó catorce años; á esta edad, y no antes, excita la compasion de una vieja vecina, protectora nata de las muchachas lindas y menesterosas; mas tarde un respetable y virtuoso caballero se encarga de los adelantos de la huerfanilla, y no ha cumplido esta diez y ocho abriles cuando es el consuelo de sus protectores y el encanto de la corte toda.—Otra, menos desgraciada, conoce á su madre, lavandera ó vendedora de frutas verdes y secas en los arrabales de la capital; junto á las faldas de su madre aprende á pregonar rábanos, ó á lavar camisas y calzoncillos; por la mañana asiste al puesto ó lleva la ropa sucia al rio; los dias festivos devuelve la ropa limpia á casa de sus dueños: en este tráfago sigue, cerrando sus oidos á las insinuaciones amorosas del barbero del barrio y del tendero que la vende el jabon, hasta que un parroquiano de su madre la hace advertir que su cara es demasiado graciosa y su talle demasiado lindo para sufrir los rigores de la estacion, ni para vestir sucios harapos: la niña cree á pies juntos cuanto la dice su consejero, y el cariño de su madre y la tranquilidad de su pacífico hogar valen, para ella, menos que los amigos y las galas de un amor y de una vida independiente. Otra Maja, en fin, ahijada ó sobrina de un rico prendero, viste y triunfa sin pena ni gasto, su posicion, respecto de sus pobres vecinas, la hacen el coquito de las fiestas, y los continuos cambios y repetidos empeños de las señoras de alto bordo la proporcionan las mas ricas y modernas galas.

Pero, ¿cómo comparar dignamente estos miserables engendros de la necesidad y del vicio con las opulentas y graciosas Majas del siglo pasado? La invasion francesa, en 1808, fué una verdadera invasion de nuestras costumbres. Los cortos guarda-piés se alargaron ante las maliciosas y escrutadoras miradas de los oficiales franceses, y la estudiada cortesanía y la falsa modestia de nuestros vecinos bastaron á desterrar de los hombres y los puños de nuestras hermosas los flecos y los caireles de hilo de oro ó de flamante seda. Sucedieron á los bulliciosos paseos de campo las aristocráticas *giras*, y los *soirées* á los graciosos bailes de castañuela y guitarra. Otras costumbres dieron, necesariamente, otro giro al gusto español, y si algunos celosos *anti-reformistas*, de coleta y calzon corto, conservaron, hasta la segunda invasion, sus hábitos y costumbres, pronto los abandonaron ante las desdeñosas y burlonas sonrisas de las *fashionables*. Nadie puede negar el influjo de las modas en las mujeres, ni el de las mujeres en las costumbres: hé aquí cómo se justifica sin trabajo el destierro del traje nacional, y por qué, en nuestro concepto, el tipo de la verdadera Maja pertenece á la historia.

Decididos, no obstante, á bosquejar la *Maja española*, bien ó mal parada, como la época nos la presenta, seguiremos, sin mas digresiones, tan ingrata tarea.

A las diez de la noche en invierno y á las once en verano empieza el dia para la Maja: estas son las horas que consagra á su mayor trabajo si es pobre, estas las que dedica á sus mas gratas ilusiones si disfruta de comodidades. Ocupada su imaginacion por los placeres que ha disfrutado ó por los que espera disfrutar al siguiente dia, ya pega las cintas á su zapato, ya lava sus únicas medias, ya

pega un corchete á su vestido, ya acicala en fin todos sus trapos, y se duerme, con la sonrisa en los labios, tal vez al mismo tiempo que la bujía de sebo, colocada sobre el cuello de una botella, deja á oscuras el aposento.

La Maja no es perezosa. Antes que el sol dore los tejados de su bohardilla se la observa, frente á un pedazo de vidrio, dando la última mano á su peinado. En vano la incansable moda se entretiene con los cabellos de nuestras damas; la Maja siempre consecuente con las viejas tradiciones, profundamente convencida del peinado que hace mas favor á una nariz chata y á una cara relamida y hocicona, reduce su tocador á la antigua castañeta y á los grandes rizos cruzados de numerosas horquillas. El trabajo de la noche anterior es, en seguida, objeto del mas escrupuloso exámen, y no pocas veces de la mas rigurosa correccion. No es la Maja mujer que se echa al mundo sin estar satisfecha de su modesto *toilet*.

En los pueblos donde los vicios, elevados á necesidades, han creado las fábricas de tabacos, la Maja es regularmente cigarrera; donde no existen semejantes establecimientos, frie pescado ó asa castañas en la puerta de una taberna, ó no hace nada, lo que sucede con mas frecuencia. La comida de la Maja adolece de las infinitas vicisitudes de su nómada existencia; hoy come jamon en plata y damasco, y mañana limita su gula á los asquerosos potajes de un figon sobre una rodilla sucia y una mesa desvencijada. En verano la sangría ó la horchata de chufas y en invierno el aguardiente ó el moscatel, son las bebidas ordinarias de las Majas. Una cochera ó un desvan, dos sillas, una mesa de pino, un pedazo de espejo y una arca apolillada bastan á cubrir sus necesidades de oficio. Pero largo camino nos queda que andar antes que volvamos á contemplar la Maja en su caramanchon y entre sus viejos trastos.

Si la Maja no ha nacido para el placer bien puede decirse que su vida, mientras no envejece, es una no interrumpida cadena de dulces y amargos placeres. ¡Amargos placeres! hé aquí una frase imposible de comprender para los necios, generalmente dichosos. Basta á un hombre soñar la felicidad para temer la desgracia; la gloria, las riquezas no se consiguen sino á fuerza de disgustos y trabajo; y ¿por qué hemos de suponer, que la gloria y los placeres de la Maja no han de producir tambien amargos rutos?...

Entre todos los placeres la Maja dispensa su predileccion á los paseos en rueda, á los bailes de candil y á las funciones de toros. Siempre que necesita carruaje elige una calesa, siempre prefiere al rigodon el bolero, y la gente de cuernos á toda la demas gente. Cuando arrellanada en su calesin y al lado de su majo recorre la calle de Alcalá de Madrid, ó el Arenal de

Sevilla, ó los Ventorrillos de Cádiz,ó la playa de Málaga, no cambiaria su suerte por la de una reina, ni su asiento por un trono. Dos billetes para el tendido, una calesa y cuatro cuartos de avellanas bastan, á veces, para vencer los mas duros corazones, siempre que sean corazones de Majas. El amante desdeñado está seguro de ser bien recibido en un dia de toros, y algunas pesetas de menos comprometen la pasion y los sacrificios de los mas idolatrados amantes. Oigámoslos sino un momento.

MAJA. Curro, vamos á los toros?...
MAJO. Solo el dinero mos farta.
MAJA. Ya estoy de probesa jarta.
MAJO. Por qué, Pepa?...
MAJA. Malos moros
me tajelen, si á tu sorna,
aunque bajé al mesmo infierno
no pongo espolin é cuerno....
Mal hombre, ¿no tabichorna,
que nos queemos en casa,
solo por farta é dinero,
cuando el barrio toito entero
esta tarde vá á la plasa?...—
MAJO. Pepa, por sincuenta coros
dárcargeles te soplico,
que, si pués, cayes el pico:
pieeme en cambio....
MAJA. Quiero toros.
MAJO. Toros? te cansas en barde,
con que basta de entredichos...
ya irémos á ver los bichos
otra funcion.
MAJA. No; esta tarde.
MAJO. ¿Cómo, si no tengo un chavo?--
MAJA. Empeña el reló: qué asperas?..
quién si camela é veras
se para en barras?—
MAJO. Alabo
tu memoria. ¿No chanelas,
que mi probe reló anda,
por tu culpa, en *Peñaranda*?....
MAJA. Pues, aunque vendas las muelas,
yo quiero toros.
MAJO. Pepiya,
no me regüelvas las jieles

no meresen mis quereles
pago tan malo!...

MAJA. Esa es griya.
Si me amáras, endinote,
y el dinero te faltára,
lo robáras....

MAJO. Lo robára
si no tuviera cogote,
pero no me gusta chansa
con el buchí....

MAJA. Só cobarde!..

MAJO. De ver toros esta tarde
pierde Pepa la esperansa.

MAJA. Poco tapura mi honra.

MAJO. Eso Pepa no es verdá.

MAJA. Qué dirá la vesindá?...

MAJO. Que el no tené no es deshonra.

MAJA. Hoy que mata el Sombrerero....
hoy que pica el Montañés....

MAJO. Mira Pepa lo que es,
hoy no tengo yo dinero.

MAJA. Qué, no vamos?—

MAJO. No.

MAJA. ¡Arrastrao.
Ya verá tu alma de nieve
si encuentro yo quien me lleve?..

MAJO. Pepa!

MAJA. Lo dicho, salao.

MAJO. Siempre ha é ser tuya la palma.

MAJA. Porque aquí triunfos son oros.

MAJO. Pepa, vamos á los toros.

MAJA. Bendita sea tu alma!...

Ya pueden suponer nuestros lectores que una diversion tan combatida ha de ser completamente disfrutada. Desde el momento que pone los pies en la plaza empieza la funcion para la Maja. Los requiebros de los aficionados forman su primera y mas sabrosa comidilla; pero dicho sea de paso, para escarmiento de malas lenguas, que no todas las Majas prestan fácil oido á las adulaciones del prójimo masculino, ni todas suben precipitadamente las andamiadas para lucir las ligas, aunque tengan buenas piernas. La sensibilidad de las Majas padece sobremanera durante la corrida. Nadie, como estas mujeres, manifiesta el influjo y las consecuencias de la simpatía. Acostumbradas, desde los primeros años, á dar rienda suelta á sus naturales emociones, nadie como ellas se interesa por la

vida de los banderilleros y picadores, sobre todo cuando lidian bien ó son buenos mozos. Si el público aplaude, aplauden con toda su alma, y si silba, reniegan del público. Una vara en los rubios ó una estocada en la cruz son, para la Maja, hazañas superiores á las del Cid Campeador, y en su entusiasmo tauromáquico diera por la divisa de un toro, un abrazo y otras menudencias mas. Digna es de observar la fisonomía de la Maja en el instante crítico de una suerte arriesgada. Sus ojos fuera de la órbita, sus mejillas inyectadas de sangre, sus labios comprimidos, la violenta agitacion de su pecho, todo revela el interés, el entusiasmo con que aguarda el final de la suerte para coronarle con un grito de triunfo ó de espanto. La funcion termina, y todavía aguarda la Maja el *toro de gracia* cuando la noche llega y abandona por fuerza la plaza. Entonces sale á pié y entra en la botillería.

La botillería es la segunda y precisa estacion de un dia de toros. Allí con el vaso en la mano y la sonrisa en los labios se discuten los lances de la corrida, dando la razon á quien la tiene y á cada uno su merecido. Donde está una muchacha de gracia y nervio, está la alegría de la casa, la venta del vino y la ganancia del tendero. Hemos observado que las Majas, *siempre* desganadas para beber, *nunca* hacen desaire á las copas ni á las botellas: son muy corteses las Majas.

De la botillería al baile, y esta es la última estacion. A ejemplo de las mujeres de gran tono, la Maja no se presenta en el baile sino despues de principiado. Su presencia causa una verdadera revolucion. Los hombres la alaban, las mujeres la tildan, y hasta el *tocaor* de vihuela suspende unas seguidillas punteadas para recrear su vista en todo lo bueno que Dios cria para perdicion de los hombres. El amo de la casa ofrece á la Maja el mejor sitio entre los mejores mozos, y el baile sigue en medio de requiebros y murmuraciones. Tambien como las dengosas niñas de nuestros aristocráticos salones, las Majas alegan mil frívolos pretextos antes de ponerse en baile; pero luego que sueltan la mantilla, y se plantan en jarras, y suenan las castañuelas, allí pueden acudir todos los físicos del mundo á observar el movimiento continuo. No son los bailes de candil donde ejercen menos saludable influjo un talle gracioso y dos ojos de azabache. La Maja anima á los tímidos, templa á los valientes, alegra á los tristes, saca de casillas á los perezosos, y reparte por su mano la mistela y los buñuelos de ordenanza. Suele suceder que el baile se convierte en camorra y la sala de la funcion en campo de batalla; pero no hay miedo que llegue la sangre al rio si anda por medio una Maja. Su voz basta para envainar las *teas* y ahogar entre el vino los resentimientos.

La Maja concurre pocas veces al teatro, y esto en dias de fiesta y cuando la empresa ha condecorado su cartel con gruesas letras y espantosos figurones. No se dá tanta prisa para estas funciones como para los toros, mas siempre acude de las primeras y muda quince veces de sitio y pisa á treinta personas é incomoda á todo bicho viviente con sus preguntas y risotadas. Todos los actores la parecen buenos cuando gritan, y si en la comedia hay tiros y ladrones es una excelente comedia.

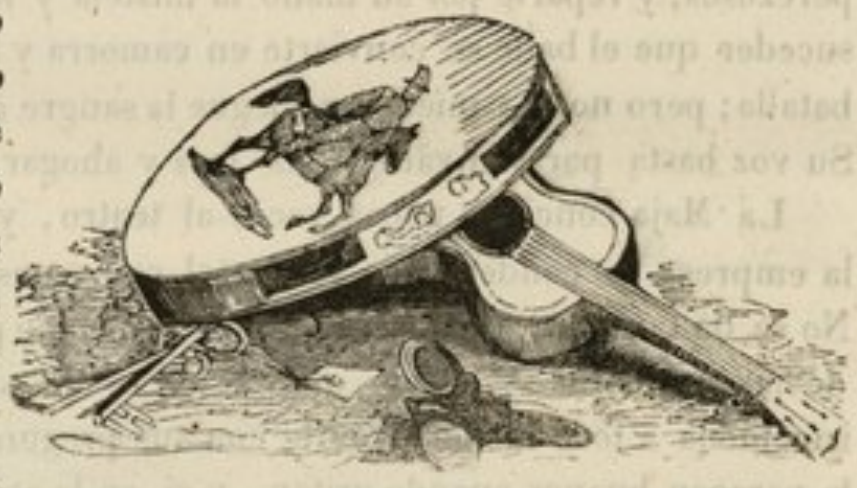
Tambien asiste la Maja á los oficios divinos, por lo que tienen de bulla y de

concurrencia. Cualquiera al verla con los ojos arrasados en lágrimas supondrá que la hacen mella los cantos sagrados ó los gritos del padre predicador. Nada hay de eso. La Maja llora, y llora seguramente porque está en la iglesia y porque escucha la palabra divina; pero tal vez en el mismo instante que el orador ensalza el pan de la Eucaristía, se acuerda que no tiene pan para la cena y piensa en sus profanos medios de buscarlo.

Las corridas á caballo, los almuerzos en los cortijos, las cenas en los melonares, las ferias y las veladas proporcionan á las Majas nuevas y dulces distracciones, pero mas allá de todos los placeres existe para la Maja una necesidad imprescindible, una pasion sin fruto, ni límites, árbitra única de su felicidad ó su desgracia; esta pasion es el amor, aquella necesidad es la de ser amada. Justo es, sin embargo, no confundir el amor de la Maja, caprichoso y hasta cierto punto desinteresado, con las pasiones venales de la *mujer de mundo*. Una y otra forman del amor su presente y su porvenir, pero la Maja obedece solo á su corazon, mientras la *mujer de mundo* oye solo á su cabeza; los favores de una Maja pueden recompensarse, pero comprarse nunca; en el modo está la diferencia.

Sucede, alguna que otra vez, que la Maja se enamora y por último se casa. ¡Horrible profanacion!... ¡Escandaloso robo que el último sacramento hace á las obras de misericordia!—Una Maja casada es una aberracion en la nataraleza. es la luz oscura, el fuego frio y la vida muerta. Si la Maja pronuncia un *si* ante el cura y el sochantre, no por esto se casa. Sus gustos como sus costumbres no varian jamas. Mientras duran el pan y los trapos de la boda el matrimonio es un cielo, pero pronto las necesidades, que empiezan, lo mudan en purgatorio, y la miseria, que sigue, acaba por convertirlo en infierno. Por cada Maja casada hay divorciadas cincuenta, y si encuentran mis lectores un hombre triste y cubierto de andrajos, ese es el marido de una alegre y lujosa Maja.

Poco ofrece, últimamente, que narrar la viudez de la Maja. Despues de haber agotado todos los placeres y todos los pesares, despues de disputar palmo á palmo el campo de sus primeras glorias, comienza para la Maja una vida, si menos brillante, acaso mas útil. Como en sus juveniles años asiste á todas las diversiones; pero al verse sin prestigio ni adoradores, murmura de las fiestas sin brillo, de los hombres sin gusto y de las mujeres sin gracia. Ya no tiene quien la lleve á los toros á pié ni en calesa. Trabaja para vivir ó vive de su antiguo trabajo. Los desengaños siguen rápidamente á los años; y al terminar su carrera, si nó ha aprovechado los buenos tiempos ó recogido, á su vez, alguna muchacha abandonada, cosa es frecuente ver depositados todos los encantos de una *Maja española* sobre la sucia cama de un hospital.



MANUEL M. DE SANTA ANA.

BIBLIOTECA NACIONAL

EL GRUMETE.

s bello desde una torre ó azotea de una ciudad marítima ver una fragata á toda vela que se bosqueja en el extremo del horizonte como una dudosa bruma proyectada en el azul del cielo, y que á medida que se va acercando se va desprendiendo de la bóveda celeste y destruyendo del todo la contigüidad aparente que notaba el observador. Mucha práctica se requiere para distinguir la realidad entre las sucesivas ilusiones ópticas con que seducen las distancias. Cuando á un observador vulgar le parece el barco una bruma, el marinero consumado adivina que es un barco de cruz, conoce que es una fragata, y bien pronto os dirá si es de guerra ó mercante, si navega ó no en lastre, si es ó no velera, y echando sus cálculos acerca de la direccion y de la fuerza del viento, de las ventajas y menoscabos de las corrientes, elevacion de los palos y número de velas, por minutos os sacará la cuenta del tiempo que tardará en fondear. Conoce ademas si pertenece el buque á la carrera de América, y mientras vosotros los legos no habreis notado todavia ninguna bandera de seña, él os habrá dicho el consignatario á que viene dirigido.

Aunque nada os vá, ni os viene en el cargamento de la fragata, porque no sois comerciantes, ni cosa que se le parezca; aunque no teneis en ella ningun

hermano, ningun amigo, ni un compañero siquiera, ni siquiera una pacotilla insignificante, deseais con ansia que hienda el tajamar las mansas aguas del suspirado puerto. No os acordais de que los que componen la tripulacion son hombres como vosotros, no pensais quizás en que el buque tenga tripulacion, y con todo su suerte os interesa sobremanera, y teneis necesidad de un esfuerzo de raciocinio para haceros cargo de que aquel inmenso maderámen es una materia inanimada, que ni piensa, ni siente, ni goza en las bonanzas de un mar de placeres, ni padece en las borrascas de un golfo embravecido. Si veis alguna vez un barco barado en la arena que abandonado de la tripulacion permanece mordiendo el arrecife hasta que las olas le destrozan y, como una mesnada de tiburones, se disputan y reparten sus mutilados despojos, esperimentareis una sensacion dolorosa, desgarradora, inesplicable; una lágrima se desprenderá de vuestros párpados, y apartareis vuestras miradas de aquella desahuciada victima que lucha impotente como un náufrago moribundo. Un barco escita nuestro entusiasmo, porque no acertamos á considerarle como una cosa insensible é inerte, y por esto sentimos todos una especie de satisfaccion cuando vemos entrar en el puerto la vela que hemos divisado desde lejos. Hasta el nombre que dan á las embarcaciones cuando las *bautizan*, al mismo tiempo que prueba el entusiasmo de los *padrinos*, contribuye á aumentar el nuestro. Las unas llevan como nosotros un nombre sacado del almanaque y se las llama *Antonio ó Diego*, *Santa Maria ó la Divina Pastora*. A los buques de guerra se les designa en general con el nombre de algun rey ó con otro que marque su procedencia ó indique alguna época política, como el vapor *Isabel II*, el *Manzanares*, el *Guadalete*, la fragata *Córtes*. Los corsarios, los piratas, los negreros y los contrabandistas espresan con el nombre de pila que dan á sus barcos sus atributos imponentes, llamándoles el *Trueno*, el *Rayo*, el *Invencible*, el *Incansable*. Los capitanes jóvenes y fogosos recuerdan con el nombre que dan á sus buques el de alguna querida ó el de alguna heroina de novela, como *Mercedes*, *Matilde*, *Eloisa*, *Elvira*, ó bien les vuelven famosos con el apellido de algun personage ilustre, como Rodrigo, Cervantes, Lord Biron, Wasington. Esto no sucedia en otro tiempo en que las creencias religiosas dominaban mas profundamente los espíritus y el arte de navegar estaba mas atrasado. Entonces el valiente que desafiaba las tempestades en un frágil leño tenia mas confianza en Dios y en los Santos que en el timon y en la brújula, y para propio resguardo canonizaba su buque. Todos á la sazon se llamaban *San Narciso*, *San Bartolomé*, *San Pedro ó los siete dolores de Maria Santísima*. Esto no conjuraba, sin embargo, los vientos de próa, ni impedia que lo mismo que ahora las embarcaciones permaneciesen estacionarias en las calmas chichas, ni se oponia á que zozobrasen en una virada mal entendida, ó á que se averiase su quilla si daba contra un bajo. Pero dejémonos de preámbulos, y no perdamos de vista la fragata que hemos divisado en el estremo del horizonte, porque ó mucho me engaño, ó en ella he de encontrar el GRUMETE que es el tipo que me propongo describir.

En efecto, la fragata es de guerra y está ya en la boca del puerto. Es una fragata como un navío, y su entrada ha de ser una perspectiva agradable. Entre las maniobras de un buque de guerra y uno mercante hay úna notable diferencia. En el primero todo se ejecuta con precision; las maniobras reconocen un punto de partida único y se hacen todas con prontitud, igualdad y compás. Entre los buques de guerra y mercantes se nota la misma diferencia que entre el ejército y la milicia nacional. No se oye en los primeros una sola voz, no se oye mas que el silbato del contramaestre que dirige todas las operaciones, y de vez en cuando el chasquido de un rebenque ó de un chicote que es el mas acreditado antídoto de la torpeza de los marineros. La causa de esta igualdad y prontitud en los movimientos no la busqueis mas que en el chicote ó en el rebenque, así como la causa de la maestría en el manejo del arma, con que mas de una vez debe de haberos sorprendido un regimiento, no se puede encontrar mas que en la vara de los cabos ó en el ceño de los oficiales.

¡Mirad! todas las velas se han cargado á la vez, todas á la vez se han aferrado. La fragata ha tomado entre andanas el puesto que la corresponde; cae el áncora, describiendo un círculo que se va ensanchando hasta perderse en los murallones del muelle, y hasta que llega al fondo la acompaña el estrepitoso rumor de una cadena. Los cañones dan á la plaza sus saludos de ordenanza y contestan las fortalezas. El capitan y los oficiales, hambrientos de tierra, con todo el orgullo que caracteriza á la gente de mar están ya de pies en los bancos del bote, absorbiendo las miradas de un sin número de espectadores. ¿No veis mientras tanto los flechastes cubiertos de marineros, no veis marineros en las vergas y marineros en la batallola? ¿Y no veis entre esa turba de intrépidos, que seria capaz de asaltar el cielo con solo tener un cabello de que asirse, uno mas ágil que todos, que se os presenta al trasluz del espeso humo que han levantado los cañonazos á la manera de los alados espíritus que nos pintan suspendidos en el aire y envueltos en una nube? Vedle en el topé del palo mayor donde parece que se ha puesto de reemplazo de la grimpola ó del cataviento. Aguardad que el humo se haya disipado para distinguir mejor esa armoniosa y complicada armazon de cuerdas que suben y bajan y se ramifican y se cruzan en distintas direcciones, como las ramas y raices de un inestricable bejucar de las Antillas ó como las venas y arterias del cuerpo de un animal. Aquel que vísteis poco ha izado en el tope del palo mayor es el Grumete; vedle tan pronto saltar de cuerda en cuerda, como un pájaro de rama en rama, tan pronto pasearse por la estrecha superficie del estai desde la popa al masana, desde este palo al mayor, desde el mayor al trinquete, y luego montar á caballo del bauprés cabalgando sobre el abismo. Inquieto como un mono, como una ardilla, como un vicivilin, como un torbellino, da vueltas y revueltas por aquel laberinto de cuerdas, sin equivocarse jamas, sin asirse jamas de ninguna que esté arriada en banda. A cierta distancia parece una araña que se columpia y encarama y trepa por las delgadísimas hebras de su red. Y estos ejercicios gimnásticos con que, desde el tranquilo puerto en que la fragata permanece

inmóvil y dormida, admira á los chiquillos, absorbe las miradas de los montañeses y hasta cautiva la atencion de los que estan acostumbrados á ver á Ratel; son practicados por el Grumete con igual limpieza y velocidad en el canal de Bahama, en el golfo de las Yeguas ó en el Cabo de Hornos, estando tal vez hambriento y abrasado de sed, cansado, enfermo, cayéndose de sueño, enmedio de un temporal que hace beber el agua del mar hasta á las vergas de los juanetes, mojado, entorpecido por el chubasco, por la contínua lluvia de que está empapado hasta los tuétanos, con toda la jarcia resbaladiza, de noche, sin mas luz que la escasisima de la bitácora que arroja apenas delante un medio círculo que no llega de mucho al palo mayor, y el resplandor intermitente, deslumbrante y dudoso de los rayos y relámpagos que se pintan en las nubes como sangrientas heridas.

Pero hasta aquí en el GRUMETE, del modo que le hemos presentado, no hemos visto un tipo español, sino un tipo genérico y universal, cuyos caractéres se avienen lo mismo al inglés, que al francés, que al ruso; y lo mismo al Norte-americano que al nacido en el Ferrol ó en el puerto de Santa Maria. Para *nacionalizar* este tipo es preciso que examinemos el Grumete *in fieri*, el estudiante y no el doctor, la semilla y no la planta, la crisálida y no la mariposa. Veamos lo que era el Grumete antes de serlo, antes de sufrir la transformacion, antes de ser conocido con otro nombre que el de *pilluelo de playa*.

En todas las ciudades marítimas pulula entre la pillería una pillería mas asquerosa, mas hedionda y repugnante que la demas, que es la crápula de las crápulas, el pus corrosivo de la llaga. Por la mañana y al anochecer tropezais en los mercados con una turba espedicionaria que se abre en guerrilla y obliga á las verduleras á poner un ojo en cada lechuga, en cada cebolla y en cada albaricoque. Esta turba no está compuesta mas que de chiquillos, terror de las vendedoras y revendedoras, flexibles todos como culebras, con unos dedos como pinzas y pies que párecen alas. Sus ojos son penetrantes como los de todas las aves de rapiña con las cuales tienen infinitos puntos de contacto, y vuelven supérfluos los telescopios y los anteojos de larga vista. Conocen á un alguacil aun que se vista de cura, y le descubren hasta con el olfato. Esto no impide, sin embargo, que su codicia escesiva y demasiado atrevimiento de vez en cuando les haga dejar algunas plumas en las garras del gavilán de justicia, pero este percance es poco frecuente, y ademas es muy raro que su agilidad y perspicacia no les emancipe de las uñas del alguacil antes de llegar á las del alcaide. A menudo cuando el alguacil se apercibe de que no tiene en sus manos mas que un harapo, el héroe que se lo ha dejado está contrayendo nuevos méritos en el campo de sus glorias, al cual os aconsejo no acudais durante la refriega, sobre todo si estais resfriados, porque os esponeis despues de un estornudo á no tener mas que la manga ó los faldones de la casaca con que secar las humedades del bigote. Si creeis que los tales pajaritos solo tienen cariño á frutas y á verduras, os engañais de medio á medio; son hervivoros, carnívoros, omnívoros; cargan lo mismo con un bacalao de Escocia que con un solomo de ternera; os pescarian un pañuelo de batista ó de Indias aunque tuvieseis cada bolsillo como un golfo, y os estraerian

sin sentirlo un doblon de á cuatro aunque consiguieseis alzarlo en el agujero de una muela cariada ó detrás de la membraua del tambor. Bien es verdad que tan maravillosa destreza no es esclusiva de los héroes de las poblaciones litorales, pues nada tienen que envidiarles mas de cuatro espadachines que, sin uniforme ni aguardar relevo, están perennemente de centinela en la Puerta del Sol.

«Rio revuelto ganancia de pescadores,» dice el adagio: y nuestra pilleria ha tomado á su cargo dar una aplicacion práctica á este rancio refran que acaba de acreditarle. A menudo al rededor de una verdulera se agrupan asistentes y criadas, y entre unos y otros se cuelan cinco dedos mas sutiles que el aire de Guadarrama que, como si tuviesen ojos, constantemente se dejan caer sobre la fruta mas nutrida y mejor sazonada. ¡Desgraciada verdulera si aquellas animadas tenazas son cogidas en fragante! Mientras ella se empeña en hacerlas soltar la presa, mientras llama á los alguaciles en su auxilio, antes que estos acuden los camaradas del *ingenioso* muchacho, como la tropa á un toque de llamada. Un médico diria que se establece allí una *sinergia* de pillos. En efecto, todas las guerrillas se replegan, todas las fuerzas se agolpan en aquel punto para triunfar de la verdulera; hay un pronunciamiento en masa, y al fin y al cabo la coligacion sale victoriosa. La verdulera grita, chilla, se desgañita, y ocupada solamente en el rapaz que ha tenido la desgracia de coger, no repara en los mil rapaces que se están repartiendo cuanto tiene, y le despachan toda la mercadería ¡cosa rara! con mas prontitud de lo que ella quisiera. Cuando llegan los alguaciles, los pronunciados se han disuelto ya, y han tomado tole, quedando solo en poder de la justicia el único que se hallaba bajo el de la verdulera, el cual sino consigue ganar el barlovento á sus conductores por medio de una rápida virada, fondea en la alcaldía y es la víctima espiatoria de las propias y las agenas fazañas, pero si logra evadirse, deja á los agentes de la municipalidad con un palmo de narices, y vuela al encuentro de sus bravos y gloriosos camaradas á quienes reclama la parte que le toca en el botin. Si se la niegan, hay un nuevo pronunciamientos, y él es el único que se pronuncia porque es el único que ha quedado *descalzo*, y es sabido que el que en un pronunciamiento no se *calza* ó se *calza* de una manera que no satisface su ambicion, queda siempre dispuesto á nuevos pronunciamientos.

Pero no son los mercados, donde hemos visto á nuestro protagonista confundido con otros héroes de la misma catadura, el lugar mas á propósito para tomarle las filiaciones. Veámosle en la plaza ó en el arsenal, cuando se halla el sol en su cenit, en aquellos momentos en que hasta nos compadecemos de las piedras heridas por sus rayos de fuego; veámosle horas y horas tirando de las redes de los pescadores, sin mas recompensa que unas cuantas sardinas que las mallas han magullado; veámosle á la sombra de una lancha ó de un místico que están carenando, sentado en un cañon de hierro ó en una áncora de navío, con una baraja en la mano, cuya fe de bautismo ó procedencia se pierde en los anales de la historia de los fulleros, y con unos cuantos cuartos,

que solo Dios sabe á qué legítimo posesor los está guardando. Contemplémosle, si es que sus continuas vueltas y revueltas no nos marean y consienten que fijemos en él nuestros rayos visuales, saltando de una á otra lancha, brincando entre las rocas del muelle y zambulléndose en el mar como un buzo, en busca de un aparejo que ha perdido un pacientisimo pescador de caña. Alli es, entre los cangrejos y los pulpos, donde se vuelve anfibio, donde sus manos y pies empiezan á curtirse y encallecerse, donde se hace insensible á los cierzos de enero, á los ardores de la canícula y á las humedades de todos los tiempos, y donde aprende las primeras nociones de esa gimnástica admirable, con que nos ha sorprendido recorriendo en un momento todas las cuerdas de la jarcia.

Cuando una tempestad arroja en la playa los miserables despojos de alguna nave destrozada, y cuando el mar escupe con desprecio los deplorables restos que le regalan los turbiones y rios salidos de madre, vereis con qué avidez se clavan los ojos del pilluelo en todos los objetos que flotan sobre las olas, vereis como nadando les sale al encuentro y con qué sangre fria despoja de sus vestidos, si no se lo impiden los dependientes de sanidad, al cadáver del desventurado naúfrago. Si Dios consultase sus filantrópicos deseos, diariamente habria un naufragio, y en verdad que motivos tienen para desearlo igualmente las verduleras, porque solo dejan de vivir á su costa los pilluelos, mientras pueden vivir á costa de las espantosas reliquias que les ofrecen las tempestades.

Tambien por muchas razones son los pescadores de caña enemigos del insigne personaje que me ocupa, al cual á menudo le da tambien la ocurrencia de ser pescador de caña. Mas para ser pescador de caña se necesita caña y el buen muchacho no tiene caña; pero cuando Dios dá para todos dá, y en esta ocasion mi héroe es un San-Simoniano perfecto; hay un pescador que tiene dos y sin su permiso el pilluelo se apodera de una. Ya tiene caña, pero ademas para pescar se necesita un aparejo, se necesita cuando menos un torzal ó bramante con un anzuelo y un poco de plomo. El mismo que le proveyó de caña, ú otro, le proveerá sin saberlo de aparejo. Ya tiene caña y aparejo, pero ademas para pescar se necesita cebo. El mismo que le proveyó de caña ó el que le proveyó de aparejo, ú otro, le proveerá de cebo. Con que, ya se ha hecho san-simonianamente el reparto de bienes, ya tenemos á nuestro gallardo infanzon armado pescador. Se vá á pescar á alguna distancia, de sus proveedores, y pesca ó no pesca. De todos modos siempre ha pescado. Pero supongamos á todos los pescadores marrajos y escarmentados, y que sea de consiguiente su vigilancia superior á la perspicacia del pilluelo; en este caso si alguno pesca no se va el pilluelo sin pesca. En lugar de pescar los instrumentos de pescar, pesca la pesca. Espia un momento en que el corcho absorba toda la atencion del pescador, y cuando le observa en aquella especie de éxtasis que solo son capaces de comprender los pescadores de caña, con la sutileza y agilidad que le son características pesca en un instante la pesca que al pobre pescador le ha costado estar pescando todo el dia, y le deja desahogándose en los tristes soliloquios y horrendas imprecaciones que salen de su boca desde el momento en que echa de

ver el incomprensible rescate de sus bien guardados prisioneros. Si no es pescador de oficio, sino de aficion, no quiere irse á su casa *in albis*, porque teme las rechiflas y burlas de su familia, y asi es que primero pasa por la *pescaderia* y le sucede alguna vez pescar con anzuelos de plata la misma pesca que habia antes pescado con anzuelos de acero. Y aunque esto no sea, tan preocupado se halla su espiritu, que no ve sargo, boga, ni mero que no le parezca alguno de los mismos que él habia tenido bien guardaditos en su cesta. ¡Y tiene que comprarlos!

Hé aqui, pacientísimo lector, los preliminares del Grumete, el periodo de incubacion que sufre la larba antes de llegar á ser imágen. ¿Qué puedo decirte con respecto á su traje, prosopografia y demas caractéres que fisicamente le distinguen? ¿Su género de vida no te ha revelado ya la desnudez de sus pies y de sus piernas, y las brechas de sus calzones, y los colgajos de su camisa tan fraccionada casi como el partido liberal? ¿Has visto en todo el tiempo que le estamos siguiendo la pista que se haya peinado una sola vez? ¿Le has visto una sola vez cortarse las uñas? Dejo pues á tu consideracion sus greñas y sus zarpas. Igualmente deseo que tu penetracion me releve de manifestarte cual es e color de su cútis, espuésto á todas las intemperies, al viento, al calor, al frio, al relente de la noche, curtido, abrasado, quemado, y que se vuelve á curtir, á abrasar y á quemar todos los dias, todas las horas, hasta que el aire y la temperatura no pueden imprimir en él ninguna modificacion. Aquel color no tiene nombre; no pertenece á ninguno de los siete primitivos, ni á ninguna de las infinitas combinaciones de que estos son susceptibles. Los rayos del sol se han mezclado, se han identificado con todas las partes del pilluelo de playa; si su cuerpo se esprimiese, tal vez entre las tinieblas arrojaria luz.

En esta disposicion se encuentra cuando dá un adios á sus queridos camaradas y va á representar su papel en un teatro mas vasto donde le adquieran mayor renombre sus talentos. El pollo ha adquirido ya dentro del huevo todo el desarrollo necesario; ahora es preciso que el huevo se rompa y que de él salga un Grumete ó cuando menos un presidiario. Mucho le gustan á mi héroe las hazañas del intrépido salteador de caminos, cuyo nombre circula de boca en boca, y se lee escrito en letras de molde en jácaras, romances y periódicos, y cuyas atrocidades y trágico fin son cantados por los ciegos, por los Homeros modernos, al son del violin y de la guitarra. Pero su corta edad no le da todavia las imponentes barbas con que ha de helar de espanto y de terror á los pasageros; y por otra parte la admiracion que causan los Grumetes cuando entran en el puerto le llena de una secreta envidia. Resuelve pues ser Grumete; pone en accion todos los medios que están á sus alcances para vencer los obstáculos que se oponen á sus deseos, y por fin se sale con la suya. Su agilidad y denuedo le recomiendan bien pronto, porque el verdadero mérito se recomienda á si mismo, por otra parte, su permanencia en la playa y su roce con pescadores y marineros le han instruido en los términos técnicos del arte, y esto es una grande ventaja. Ya es Grumete. El contramaestre le obliga á limpiarse y cortarse el pelo, y luego le dá un vestuario cuyas prendas consisten en una camisa de lienzo sumamente grosera

con cuello azul, pantalones del mismo género que se sujetan á la cintura con una faja de algodon que es azul tambien, zapatos con muchas cintas y una gorra de varios colores con una áncora ó con unas letras chillonas que publican el nombre del buque á que pertenece. Es inútil decir que necesita mas de dos dias para acostumbrarse á este trage, sobre todo á los zapatos de los cuales tarda mucho en hacer uso en sus ejercicios gimnásticos. Sin embargo, su uniforme le llena de orgullo, y escita la envidia de todos sus antiguos camaradas, entre los cuales se pasea por los andenes del puerto con ínfulas de manifiesta superioridad. Antes de zarpar el buque, vá á despedirse de los compañeros que tiene detenidos en la alcaldía ó en alguna casa de correccion, y con esto acaba de hacer desear á los pobres cautivos el aire libre de que se ven privados.

Aunque nuestro neófito está asaz acostumbrado á los movimientos de los buques, si arrecia el tiempo á los pocos dias de hacerse á la vela, no deja de marearse mas ó menos. Pero el mareo se pasa pronto si no se le tienen consideraciones. Al Grumete, aunque no pueda tenerse en pie, se le obliga con un rebenque á cumplir su obligacion, y asi es que en breve se vuelve indiferente á todos los balances por bruscos y por ingratos que sean. Aprende á sortearlos, y no le impiden en la mas desecha borrasca ejecutar con limpieza las difíciles y peligrosas habilidades de que solo él y un mono son capaces.

No se crea que al embarcarse haya dejado en tierra su mala índole y los perversos hábitos que contrajo desde que le destetaron. Conserva todavía una aficion desmesurada á todo lo ageno; pero esta aficion se quita bien pronto en un buque de guerra donde las lágrimas de arrepentimiento no enternecen á nadie, y donde las uñas tienen las nalgas por editores responsables. La infraccion mas mínima del septimo mandamientos se castiga con un *cañon*, que esplicaré lo que es para que me entiendan los profanos. Se coloca al infractor de bruces en cualquiera de los cañones de babor ó estribor, y se le amarra reciamente de suerte que queda pegado al cañon como una lapa á la roca. Se le destacan los pantalones, y á discrecion del comandante la tripulacion le aplica los chicotazos suficientes para que por espacio de algunos dias no pueda estar echado panza arriba. Se le suelta luego, y se le pone á disposicion del cirujano ó del barbero del buque, quien le rehabilita en el uso de las asentaderas tan pronto como puede. Este remedio, que pertenece á la clase de los heróicos, está probado, y produce un efecto tan maravilloso y radical que raras veces tiene lugar la recaida. Si en lo sucesivo se enamora el muchacho de los bienes del prójimo, las uñas se asesoran inmediatamente con las nalgas, tienen con estas un rato de conferencia, y mis lectores pueden adivinar fácilmente cual es el dictámen de las pobrecitas. Un buque no es como un mercado, donde se evoluciona como se quiere, y la estension del terreno favorece la retirada. Bien pronto conoce el Grumete esta notable diferencia entre la topografia del terreno que pisa y la del antiguo teatro de sus escursiones.

Al noble cargo de Grumete casi siempre van unidos el de ayudante del cocinero y asistente del comandante y de los oficiales. Este último le grangea algun influjo

y hasta cierta familiaridad con los señores de popa, quienes obligados á no ver mas que las fisonomias salvages de los marineros, miran con una especie de interés las facciones siempre mas dulces de un chiquillo. Con esto el Grumete, ademas de poder pasearse del alcázar al castillo, de la cámara del comandante á la de los guardias-marinos, de la bodega al sollado y de la batallola á los ¡opes, no se ve tan espuesto á la cuaresmal abstinencia que aflige á los demas marineros, pues se puede alimentar con las sobras y relieves de la mesa de los oficiales. Su roce continuo con los que mandan le dá una especie de jurisdiccion sobre los que obedecen, á cuyos ojos se hace odioso con su empeño de parecer grato á los de aquellos. En efecto, para aparentar un extremado celo, el Grumete se vuelve chismoso, enredador y soplon, y se convierte en una especie de agente secreto de policía. Los marineros le aborrecen, pero le miman porque le temen. A pesar de esto y de todas sus precauciones, tienen en él un fiscal que presenta á cada paso una denuncia ó una acta de acusacion que le vale á algun infeliz marinero unos cuantos chicotazos cuyos cardenales se borran mucho mas pronto de la piel que del corazon. Maquina la víctima proyectos de terrible venganza, aguarda una ocasion propicia en que poder ejercerla, y entonces ¡ay del Grumete! un dia ú otro al lado de su delator tomará rizos ó aferrará un juanete, y cuando esta ocasion llegue, le empujará prevaliéndose de su fuerza, y le servirá de escandállo para sondear la columna de aire que media entre la verga y la cubierta. Esta es una de las trájicas catástrofes con que termina el Grumete su gloriosa carrera.

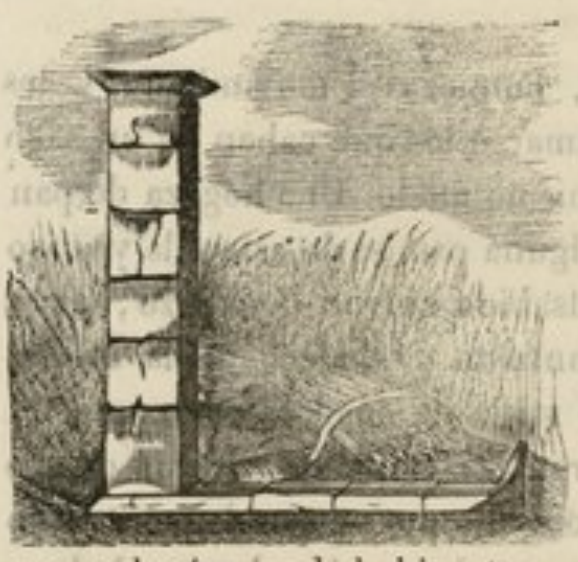
Pero no faltan ademas otras muertes igualmente dignas de su vida. Alguno perece al llegar á la América en brazos del *tifus icterodes*; otro es víctima de una herida que se abrió con una astilla ó con el roce de un cable, y dejándola abandonada, se le enconó, y le sobrevino el tétano ó el *pasmo*; otro distraido y precipitado se enhebra por la escotilla y se cuela hasta el último pañol; otro en fin es regalado á un tiburon por un golpe de mar que barre la cubierta. Mas no todos mueren en el ejercicio de su *noble profesion*. No pocos apenas dejan de ser Grumetes lamentan los extravios de su vida pasada, se arman de un chinchorro y de una lancha, y convertidos en pescadores, viven pobres, pero independientes y honrados. Muchos, al contrario, echan de menos los atractivos y borrascas de sus primeros dias, y de nuevo emprenden la carrera del crimen ó, por mejor decir, la empiezan en el punto donde la habian dejado, y se convierten en piratas, negreros ó contrabandistas, distinguiéndose como *hombres de proa* por su inteligencia en las maniobras, su intrepidez en las tormentas y su ferocidad en los abordajes.

Concluiré diciendo que tampoco faltan en algunos barcos mercantes chiquillos ágiles y traviesos que sirven á la mesa al capitan y á los pilotos, asisten á los pasageros y cuidan á los mareados. Pero estos son mas bien parodias ó, cuando mas, variedades del tipo que verdaderos Grumetes. El Grumete genuino es característico de los buques de guerra, tiene señalado su puesto en los combates y mira con desprecio á los de los buques mercantes que usurpan su nombre.

Desgraciadamente este tipo en España va desapareciendo al igual de su marina, con cuya suerte está tan íntimamente enlazado, y de temer es que desaparezca del todo, si pronto los españoles no nos acordamos de que tenemos una patria, y de que en la actualidad las consideraciones de toda nacion son principalmente debidas al número de sus buques de guerra.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

EL SEGADOR.



os que hablan de la despoblacion de España y se lamentan de los muchos páramos y eriales robados á la benéfica mano de la agricultura, seguramente no han visitado ni aun de paso el antiguo reino de Galicia. Tan fértiles son las entrañas de esta tierra, tan fecundas sus hembras y tan parca y llevadera la vida, que los gallegos parece que nacen como el heno de los prados, ó como las hojas de los árboles, segun el número de habitantes que bullen y se agitan en las playas del Océano, orillas de sus rias deliciosas, y en las cumbres y valles de sus frescos y empinados montes. Una familia que en cualquier otra parte abrumaria cualquier casa medianamente acomodada, no pasa en Galicia de una cosa ordinaria y corriente, y son muchos, muchísimos los hogares á cuyo alrededor se sientan con sus padres diez ó doce robustos renuevos á comer la *conca* de caldo ó leche *mazada* en las noches de invierno. Añádase á esto que las poblaciones se tocan unas á otras, y fácil será venir en conocimiento de que sin las frecuentes sangrías que sufre el pais, con solo media docena de años que la gente se estancase, no cabrian de pie, como suele decirse.

Afortunadamente Galicia provee al resto de España de gente que si no desempeña altos cargos en la república, no por eso deja de ser útil y aun necesaria en todo el mundo. De allí salen la mayor parte de los mozos de cordel que sostienen las esquinas de la capital, cuando no van con algun tercio sobre sus

anchos y fornidos lomos: de allí gran parte de los criados de almacen que se emplean en los comercios; de allí porcion no pequeña de tahoneros y gente de otros oficios que exigen asiduidad en el trabajo y fortaleza de fibra; y de allí finalmente una nube de trajineros y un enjambre de Segadores en cuanto los extendidos campos de Castilla, Extremadura y la Mancha comienzan á coronarse con los dorados dones del verano.

En el gallego está vinculado desde tiempo inmemorial el trabajo de despojar á Castilla de sus mieses y enviarlas á la faena de la era, y como con cada cosecha vuelve irremediablemente la misma tarea, es esto causa de que entre los diversos alivios y desahogos que proporciona la emigracion á aquella tierra, ninguno sea tan perenne y al mismo tiempo mas corto que el de la siega. Por abril y mayo sale el Segador de su casa y en agosto y setiembre da la vuelta, al paso que los demas gallegos que á otras ocupaciones se dedican, suelen salir por tiempo indeterminado y solo vuelven á su pais con su capital hecho. Sin embargo, la siega es el beneficio tal vez mas positivo, aunque modesto, que semejante sistema acarrea á aquella comarca, porque son muchos los que de él participan y disfrutan. Con los tres meses que pasan viviendo sobre pais ageno y lo poco que á costa de su ímprobo trabajo se granjean, descargan su casa del peso de su mantenimiento y á la vuelta compran algunos artículos de vestir con que se cubren la mayor parte de sus necesidades.

Con el mes de mayo, segun dejamos dicho, empieza el movimiento y los preparativos del viaje, si preparativos pueden llamarse los que caben en un saco y vienen á cuestas de su dueño para volver del mismo modo. Una hogaza de pan de centeno con algunos torreznos por entrañas, alguna camisa de estopilla y acaso tal cual otra prenda de vestuario dentro del consabido zurron de lienzo, y por fuera un mal sombrero portugués, chaqueta, pantalon y chaleco de la misma tela que la camisa y unos zuecos ó zapatos con suela de madera componen el atavío de un gallego que va á la siega. Sin embargo, si el piadoso lector quiere darle la última pincelada, debe añadirle el garrote de que suspende su tasado equipaje, la hoz, símbolo de su oficio, y mas que todo un aire desmazalado y flojo, con unas facciones en que no se sabe si es la humildad ó la malicia la que predomina, y unos miembros en que bajo cierta languidez aparente se esconden fuerza y vigor no pequeños. Con todo, Segadores hay que, un poco acomodados, suelen ayudarse en este viaje, ya por sí solos, ya entrando á la parte con sus compañeros, de algun objeto de comercio como son: lienzos, jamones ó pescado seco, lo cual suele ir en alguna *haca galiciana*, descendiente por línea recta de las que por demasías de Rocinante dieron tal motivo de pesadumbre al caballero de la Triste Figura; y que á su vez es tambien artículo de especulacion. Los gallegos que van á Extremadura suelen introducirse en Portugal y los que se encaminan á las dos Castillas echan en derechura por el Bierzo. De estos los que por primera vez hacen el viaje, muchachuelos aun por lo comun, se ven obligados por sus compañeros á echar una piedra mas en el monton inmenso que tiene al de la Cruz de Fierro, punto culminante de la cordillera de Foncebadon y desde

el cual á un tiempo se distinguen las peladas y espaciosas llanuras de Castilla por delante y los frescos valles y frondosas laderas del Bierzo que quedan á la espalda. Semejante uso que sin duda viene de los peregrinos que en los siglos medios iban á visitar el sepulcro del apóstol Santiago por el camino francés, se tiene por de buen agüero para el viaje.

No hay porque nos detengamos á contar los incidentes de este, porque no lo merecen, y démonos prisa por llegar con nuestras pobres gentes á los sitios donde tienen que meter su hoz en mies agena, aunque no contra la voluntad de su dueño. Su primer cuidado es vender, si ya por el camino no lo han hecho, lo que para vender traian desde su tierra, y luego con todo desembarazo y buen ánimo entran de lleno en su penosa faena. En aquellas inmensas llanuras donde no hay un árbol á cuya sombra refugiarse, ni un hilo de agua con que mojar los labios, es insoportable el calor en mitad del dia; pero el Segador atento á dar pronto remate á su trabajo si ha ajustado por alto, y aguijoneado por el amo si siega á jornal, hace poco caso de los rayos del sol y mientras con su hoz va abatiendo las mieses, otro inferior en clase y salario, asi como tambien en años, las va recogiendo en gavillas para cargarlas en los carros y del campo llevarlas á la era.

Hay en el Escorial en la habitacion dicha de «las amas de cria» un tapiz cuyo carton se atribuye á Goya, y que representa una francachela de Segadores gallegos que han dado ya fin á su trabajo. A la derecha uno de ellos que por la estólida alegría de su semblante, ropa descompuesta y calzones medio caidos descubre el estado de su cabeza, tiene en la mano una escudilla que un compañero está llenando de vino enmedio de la risa de todos. Hácia el medio una mujer de agraciado aspecto, está dando la papilla á un niño que la mira con un gesto lloroso, dificil y regañon. A la izquierda un viejo duerme la siesta en una pila de gavillas y unas yeguas trabadas andan espigando por el suelo, mientras por el fondo se extiende un campo segado, llano y monótono. Este tapiz que como todos los de aquel eminente pintor descuellan por la chispa, verdad y escelente composicion, es, exceptuando la mujer y el niño, una viva copia de la escena que ofrecen los Segadores por conclusion de sus fatigas, siempre que por su buena dicha dan con un amo amigo de ver correr esta fuente de alegria solo con dejar correr por su parte durante unos pocos minutos la espita de una cuba. Esta es condicion precisa, pues si le ha de costar el dinero, el Segador sabrá abstenerse con sin igual fortaleza y ser parco como los mismos padres del yermo.

Por fin tras de mucho afanar y mucho calor y sed y cansancio saca el Segador de su faena sus pantalones y chaqueta algo menos blancos, su cutis algo mas tostado, su bolsillo algo mas cargado y, como es de presumir, el ánimo algo mas cuidadoso con el amor de aquellos maravedises á tanta costa granjeados, y á los cuales tantas asechanzas aguardan hasta llegar en especie ó en equivalencia á su patria de adopcion. Porque en efecto con su riqueza empiezan en el ánimo del pobre gallego dos mil afanes y congojas, y toda precaucion le parece poca para conducirla á puerto de salvacion. Los hemos visto llegar á Castilla dos á dos y

tres á tres como gente á quien su pobreza sirve de escudo, porque todo lo que entonces pudiera arrebatárseles de entre las manos, suele ser cosa de bulto y de poco valor ademas para tentar la codicia de los encargados de restablecer el equilibrio de las fortunas, como dice Schiller, ó de los caballeros de Diana, segun los apellida Shakespeare; pero á la vuelta los aficionados á ver la cara del rey tienen ocasion de satisfacer sus inclinaciones, y esto cabalmente es lo que desea impedir el Segador muy aficionado tambien por su parte á la numismática. De aquí el juntarse cuadrillas numerosas que muy á menudo suelen elegir por capataz una persona de esperiencia muy ducha en la vida de los caminos: de aquí reducir siempre á oro ú plata por lo menos su corto caudal: de aquí el desmigajarlo en seguida y repartirlo ya en el mugriento sombrero, ya en los zapatos de tres puentes, ya sirviendo de hormilla á los botones, ya entre el tamo de las esquinas del chaleco: y de aquí finalmente cuantas tretas, astucias y marrullerías pudieran ocurrirse al mas hábil forjador de novelas.

Por fin atados los cabos todos con tanta prolijidad, pónese en camino la cuadrilla y entonces es cuando el drama que se acerca á su desenlace llega á cobrar mas interés. La tierra mala para nuestros hombres es, como pueden suponer nuestros lectores, la que media entre su punto de partida y las cordilleras de Foncebadon, es decir, los llanos estendidos de Castilla. En ellos, con efecto, á favor de lo abierto del terreno pueden descubrir desde lejos un par de ladrones montados la desarmada y tímida cuadrilla y desbalijarla impunemente. Al gallego no le ha cabido en suerte aquel valor presto y determinado que distingue á la mayor parte de las provincias de España, y por otro lado la humildad de los oficios que fuera de su pais desempeñan y la condicion dependiente en que por lo general viven, no contribuyen á desatar este noble gérmen; pero la poca resolucion que generalmente le caracteriza, desmaya enteramente en tierra estraña. Asi pues, todo su afan es salvar los puertos y verse por lo menos en las orillas del Sil y del Burbia, vecinas ya de su patria. Con tan poderosos estímulos figúrese cualquiera si el Segador llevará alas en los pies. Las marchas son con efecto forzadas de todas veras, y llegan á hacer una diligencia increible. Este pavor y ansiedad contínua producen á veces resultados repugnantes, pues ha sucedido que al cruzar un rio han dejado ahogar á un compañero de miedo de llegar tarde á su socorro y verse envueltos en procedimientos judiciales, y todos los dias se observa que el que enferma por el camino queda abandonado á la caridad agena. El único obsequio que le hacen sus camaradas, es recogerle el dinero para entregarlo á su familia.

Lo peor del caso es que no por mucho madrugar amanece mas temprano, y como los ladrones tienen todo el tiempo por suyo, pueden apostarse donde mejor les convenga ó seguir la pista al pobre Segador hasta llegar al paraje mas conveniente para aliviarle de su peso. Fácil es de imaginar el llanto, plegarias y gemidos que acompañan á semejantes lances, asi como el poco provecho de que sirven los escondites y trazas ingeniosas de que se ha servido el pobre Segador para guardar sus amados maravedises de aquellos ojos de lince y de aquellas manos tan ágiles y ejercitadas en buscarlos; pero lo que no es fácil de

comprender es como veinte ó treinta hombres se dejan robar de dos, aunque viniesen armados de punta en blanco como los caballeros de la Mesa Redonda. No hace mucho tiempo que una de estas desdichadas cuadrillas entraba en un lugar mustia, desemblantada y cadavérica. Averiguado el caso resultó que dos solos ladrones eran los autores de la fechoria.—Pero hombres, les dijo un vecino, ¿de dos pícaros nada mas os habeis dejado maltratar?—Ya vei siñor, respondieron ellos, como veniamus solus, nus encojimus!!—Por este hilo pueden sacar nuestros lectores el ovillo de la energía moral de estas pobres gentes á quien nadie que no esté dejado de la mano de Dios es capaz de quitar el valor de un alfiler. Asi es que este robo se tiene por de calidad mas vil y ruin que todos los demas, y de Chafandin que era en su tiempo el Robin Hood ó Diego Corrientes de Castilla, nunca se contó semejante cosa.

Afortunadamente no siempre acontecen tales desventuras, y lo mas comun y ordinario es llegar nuestros Segadores sanos y salvos, bien molidos y malandantes al puerto de Foncebadon. En cuanto pasan de la Bañeza las cuadrillas hasta allí unidas y compactas comienzan á aflojarse y esparcirse, y los mas cansados á rezagarse, de manera que el camino viene á ser una cuerda de gallegos. A la bajada del puerto y á la cabecera de la fresca encañada de Molina, hay un santuario de Nuestra Señora de las Angustias, donde en agradecimiento del buen viaje solian dejar los Segadores sus hoces y nosotros hemos visto infinidad de ellas amontonadas en el centro de la iglesia como muestra de su devocion. En el dia ya son pocos los que cuelgan allí sus armas.

Aunque ahora encuentra ya el Segador por el camino bastantes mercados en que dejar el fruto de su trabajo, sin embargo por mas vecina de su pais y posesionada de mas antiguo, suele ser la villa de Ponferrada el paradero de sus capitales. El mes de agosto es el mas animado del año por el sin fin de gallegos que por allí cruzan y por la actividad del comercio, verdaderamente notable para un pueblo de tan poca importancia y apartado de camino real. Los soportales de la plaza se llenan de bancos y mostradores portátiles y altas perchas con clavos donde flotan infinidad de pañuelos de algodon y se estienden bayetas de diferentes colores junto con buen repuesto de sombreros portugueses ó del reino, que son los artículos mas del gusto del Segador. En la mayor parte de Galicia gastan las mujeres dengues encarnados de bayeta y pañuelos de color á la cabeza, y de aquí dimana el gran consumo de estos géneros. De la bayeta de Manchester hay quien llega á la media grana y del algodon pasa á la seda, pero tan galan proceder raya en prodigalidad y encuentra por consiguiente pocos imitadores entre esta económica gente.

El general mas prudente y previsor no reconoce con mas escrupulosidad el campo en que vá á dar la batalla que el Segador la tienda que ha de ser sepulcro de sus ochavos. Por fin, despues de muchas idas y venidas, despues de mucho mirar y remirar el género y cotejarlo en su imaginacion con el del comercio vecino, se resuelve á dar el salto mortal y entra en ajuste. Del comerciante puede decirse con verdad que si buen dinero gana, buena paciencia le cuesta,

porque contar todas las tretas, ardides y regateos de que se vale nuestro comprador para sacar su mercancía un cuarto y aun un ochavo mas barata, seria cosa de nunca acabar. Por último al cabo de infinitos dares y tomares se cierra el trato y entonces es ver salir del forro del sombrero algun escudito de oro de veinte reales, unas cuantas pesetas de á cinco envueltas en trapito que dejan un rincon de la chaqueta, y alguna otra moneda prisionera con igual traza y estilo, y de las cuales, aunque bien empleadas, no dejan de despedirse con pesadumbre.

Despues de tan importante operacion templa el paso el Segador y hace con descanso el resto de su viaje, si ha comprado sombrero, con el nuevo por encima del viejo, y con el resto de su mercado á la espalda dentro de su saco blanco. El desenlace de este drama es siempre tranquilo y sosegado como la vida doméstica en que van á perderse hasta otro año todas estas penalidades y zozobras, á la manera que un riachuelo turbulento se pierde en un lago apacible. Para muchos de los gallegos solteros este término suele ser el de nuestras comedias antiguas, es decir, una boda cuyas galas se compran con el dinero de la siega, y que con el tiempo viene á dar por fruto abundante número de otros nuevos Segadores. Y supuesto que el que no tiene ya compañía, se la busca por este camino, nuestros lectores no tomarán á mal privemos ó por mejor decir libremos á nuestro héroe de la que hasta ahora con tanta puntualidad le hemos hecho en todas sus alegrías y sinsabores, deseándole en todo caso buena siega para el año que viene y pote colmado hasta entonces.

ENRIQUE GIL.

EL JUGADOR.

Ahora, yo podré poco ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales.

(*Sancho Panza*, en el capítulo 49 de la segunda parte del *Quijote*.

De serpents mon coeur est dévoré.

(*El Jugador*, comedia de Regnard.)

ENTRE los caractéres determinados que constituyen la fisonomía de las naciones, hay algunos que son en el fondo comunes á todas ellas. Pero cualquier extravío de la humanidad, cualquier tendencia general de ella se reviste en cada pueblo de aquella forma particular que le dan sus hábitos, sus tradiciones y su manera peculiar de existir.

El juego, esa agitadora aficion á las sensaciones del temor y de la esperanza, esa funesta inclinacion á las vicisitudes del azar, es sin duda uno de los resortes mas poderosos con que la Providencia quiso remover el corazon humano en el desasosiego de la vida. Homero, Tácito y casi todos los grandes monumentos históricos que han trasmitido á nuestros dias las costumbres de la antigüedad mas remota, dan testimonio de aquella tendencia fatal.

Mas como quiera que las pasiones del hombre reciben siempre en el modo de manifestarse la influencia de las épocas por donde pasan, de ahí es que las formas del juego han debido variar hasta lo infinito de su borrascosa carrera. ¿En qué se parece el rudo y sencillo juego de *la morra* ya conocido en tiempo de los

antiguos romanos (1) al *monte* ó á la *bonillotte*, juegos de moderna invencion y abundantes en combinaciones y lances? El sello de los tiempos y de las costumbres se manifiesta con suma claridad en las diferentes clases de juego que prevalecen en el dia en España. Desde *la bolsa* hasta *el cané* ó *las chapas*, polos de la escala gerárquica del juego, todas las variedades de esta pasion que entre nosotros se conocen, llevan en si ó el carácter rápido y agitado de la actual sociedad española, ó el carácter rudo ó insubordinado de las clases ínfimas del pueblo.

En una sola cosa no varia ni puede variar el juego por ser inherente no á su forma sino á su esencia: en los efectos perniciosos que produce, esto es en las desgracias que acarrea, y en la desmoralizacion que engendra. Hará la friolera de unos seis siglos que el Rey Don Alonso el Sabio creyó conveniente mandar formar el *Ordenamiento de las tafurerias* (casas de juego), y en él se manifiesta claramente que el desenfreno de costumbres de los jugadores de profesion no era menor en aquel siglo que lo es en el nuestro. Despues andando el tiempo, si no creció la fuerza desmoralizadora del juego, creció al menos el refinamiento de sus formas y la variedad de sus especies. El licenciado Francisco Luque Fajardo, escritor sevillano, en su *Fiel Desengaño contra la ociosidad y los juegos* esplica una suma inconcebible de frases, palabras, mañas, estafas y prácticas ruines, que forman un cuadro espantoso y no poco complicado de la inmoralidad que en punto á juego reinaba en el siglo XVII, á pesar de las pragmáticas prohibitivas.

Y ahora que de pragmáticas hablamos, no queremos omitir, como prueba de que ese apetito desenfrenado de la variedad, que no es una de las peores plagas de los tiempos modernos, ha alcanzado hasta el juego de azar, que por cierto no lleva pocos lances en sí mismo, que una ley de la Novísima Recopilacion hace mérito y espresa prohibicion de los juegos mencionados en la siguiente curiosa y respetable lista:

La banca ó faraon.
La banca fallida.
La baceta.
La carteta.
El sacanete.
El parar.
El cacho.
La flor.
El quince y treinta y una envidada.
El birbis, oca ó auca.
Los dados, tablas y azares.
El bolillo.

(1) Marco Varron, Ciceron en el libro *De divinatione* y otros escritores hablan de la morra llamada en latin *micatio*; y es tenido por tan antiguo este juego, que no ha faltado quien pretenda que á él alude el profeta rey en aquellas palabras del Salmo 30: *In manibus tuis sortes meæ*. Véase la obra manuscrita titulada: *Dias Geniales ó lúdricos*, atribuida al Doctor Rodrigo Caro, la cual contiene singulares explicaciones sobre muchos juegos de la antigüedad.

El trompico, palo ó instrumento de hueso, maderas ó metal, ó de otra manera alguna que tengan encuentros, azares ó reparos.

Taba.
Cubiletes.
Dedales.
Correvuela.
Descarga la burra.

Y otros de la misma especie, añade la ley, como temerosa y con razon de no poder seguir en su vuelo invasor á la imaginacion creadora de los adoradores de la *ciega casualidad*, ó á los sacerdotes del *fraude*, divinidad menos ciega y aventurera.

No es ciertamente la armonia prosódica de los nombres lo que mas se recomienda en la lista anterior, y si á ella se agregan las antiguas voces y frases de *tablajeria*, *leonera*, *mandracho*, *coymeros*, *gotera en payla*, *modorros*, *doncayres*, *sayes*, *vivandores*, *templones*, *etc.*, y los modernos de *pipiol*, *gancho*, *momio*, *hacer la oreja*, *levantar muerto*, *pito*, *rentoy*, *ruleta*, *tute*, *truquiflor*, *cané* y comparsa, tendremos una nomenclatura salvaje, una repugnante germania, un idioma satánico que nos obligará á repetir lo que hablando de los estragos del juego dice el Padre Guzman en su *Tratado de los bienes del honesto trabajo*.

«Cierto, ella y sus nombres parecen invencion propia del demonio y salida del infierno.»

El primero de todos los Jugadores, el *Jugador soberano*, como acaso le hubiera llamado el Dante si en su dichosa edad hubiese podido siquiera concebirse este monstruoso y peregrino adelanto de nuestra civilizacion, es sin disputa el *Jugador de bolsa*. Esta planta venenosa, aunque como toda mala yerba pronto arraigada en nuestro suelo, crece en él raquítica y macilenta, sin dar sombra ni abrigo, pero sin perder nada de la ponzoña de sus frutos. Los españoles de los antiguos tiempos, los españoles que descubrian mundos, y conquistaban pueblos, y avasallaban mares, contentábanse para sus tratos con modestas *lonjas* donde se vendian ó trocaban honradamente y en inmensas cantidades las producciones y artefactos de todos los puntos del globo. Los españoles de ahora, gigantes solo para el mal, ni descubren mundos, ni conquistan pueblos, ni avasallan mares; pero tienen en cambio *bolsa de comercio* donde en vez de comerciar *se juega*, donde no son objeto de las operaciones oro ó mercancías sino *papel*.

Los Jugadores de bolsa aunque blandamente mecidos todos por la halagadora cuanto fantástica esperanza de levantar en un dia, en una hora, el ostentoso edificio de un caudal millonario, son en su mayor parte hombres sin responsabilidad ni dinero, que se lanzan osados al fluctuante mar de *la alza* y de *la baja*, ni mas ni menos como antes se lanzaba un aventurero desvalido en las inmensidades del Océano para *probar fortuna*, es decir, para aplacar su sed

de riquezas, para realizar sus dorados ensueños, que como los de los especuladores de bolsa en ensueños solian quedarse

Los Jugadores de bolsa se parecen á los Jugadores comunes en el afan roedor que les devora, en esa agitacion febril que gasta su sensibilidad y les da una indiferencia glacial para las demas impresiones de la vida, y sobre todo en la inclinacion irresistible que sienten á dar ayuda á la fortuna con artificios y falaces manejos. Entrad por un momento en la bolsa de Madrid, en ese templo de la fortuna y del ardid. Con cuánta dificultad se respira en aquel angustioso recinto! El aturdimiento ó la desconfianza están pintados en el semblante de los Jugadores noveles. Los mas expertos y familiarizados sonrien manifestando indiferencia; pero un observador perspicaz podria columbrar fácilmente en una ligera contraccion de la frente, en una inquietud vaga y mal escondida, y en cierta expresion sardónica indefinible que se mezcla á aquella sonrisa, que ella es solo una engañosa máscara destinada á ocultar la turbacion del alma. Escuchad las palabras que dice al oido á un agente *marron* que se le acerca, sorprended la seña de inteligencia que dirige á otro individuo que parece confundido entre la muchedumbre, interpretad el designio que oculta en las noticias que refiere con aparente indiferencia, y no os quedará duda de que aquel hombre de exterior tan sereno y desinteresado está empleando en favor de sus codiciosas miras todos los resortes de la astucia y de la mentira. Si le interesa la baja de los fondos públicos, siempre tiene medios de alarmar á los tenedores: ya esparce rumores de una crisis ministerial, ya presenta cartas de amigos fidedignos en que se refieren menudos pormenores de algun motin ó pronunciamiento; ya se lamenta con rostro afligido de algun revés militar. Si por el contrario funda sus esperanzas en la alza de los fondos, inventa cuanto puede animar la confianza y robustecer el crédito del Estado.

Las ventas y compras de papel simuladas, el arrojo de algunos especuladores pobres pero desesperados que no poseen las cantidades que venden ni el valor de las que compran, y el cúmulo de estratagemas que componen la táctica del juego de bolsa, hacen que en este como en todos los juegos del mundo la pérdida y la ganancia no estén sujetas sino á medias á los caprichos del azar. Entre los Jugadores de los llamados sin duda por irrision *fondos públicos*, sucede, generalmente hablando, lo que entre los peces del mar: que los mas poderosos devoran á los mas pequeños.

En fin el juego de bolsa con muy limitadas escepciones nace de la avaricia, crece y se alimenta con el charlatanismo y la astucia, y termina por lo comun en ruina cuando no en fuga ó en suicidio.

Pasemos ya al Jugador comun, al Jugador de pasion que es en su especie el tipo matriz del cual no son mas que variedades los otros. Este no sale de una clase única de la sociedad, ni requiere cualidades particulares de carácter ó de temperamento. La educacion viciosa, el desenfreno de la vida y á veces la casualidad misma deciden é impulsan por lo general la propension del juego; siendo tal la diferencia de móviles que la producen, que las casas públicas de juego

presentan un cuadro singular por la variedad é incoherencia de tipos y de organizaciones que en ellas se reunen. «Pregúntanme á veces, dice el Doctor Gall en uno de sus escritos, cuál es el órgano de la pasion del juego. Lo he buscado en jugadores de profesion muy apasionados, y nada he podido encontrar que sea constante y fijo.»

En unos la pasion del juego es el deseo desenfrenado de los goces que produce el dinero, la esperanza de una vida alegre y sensual, al paso que en otros menos vulgares es una lucha frenética contra la fatalidad ó la seduccion irresistible que ejerce en ciertas almas audaces la aficion natural á las vicisitudes desconocidas é incalculables de la fortuna. El Guido, Benjamin-Constant y otros hombres célebres en artes y letras, se han entregado sin freno á esta devoradora pasion. Pero en todo marca el juego, ora exterior ora interiormente, el sello profundo de agitacion que le distingue. En el semblante lleva escrita el Jugador su desdicha, y segun la observacion delicada de un antiguo escritor español: «como es desdicha buscada no causa lástima sino enojo.» Algunos momentos hay en que la fisonomía del Jugador se dilata: sus ojos hundidos en las órbitas pierden su habitual é indiferente melancolía: sus lívidos labios se coloran algun tanto; y todo su continente resplandece con un desusado barniz de contento y afabilidad. Esos momentos son los falsos halagos de la fortuna que cual engañosa sirena engrie y atrae las víctimas que intenta sacrificar. No tarda en volver á ser juguete y mártir de su pasion: el embate continuo de sus emociones desconcierta la armonía necesaria para la salud: su humor se exacerba y entristece; su pensamiento se circunscribe al estrecho límite de una sola idea, de un único deseo, y los afectos blandos y los sentimientos nobles van desapareciendo uno á uno de su corazon para dejar lugar al egoismo, al despecho, al hastío, á la desesperacion. Su desgracia se extiende á las personas que le rodean. Si es esposo y padre, el desarreglo de su vida destruye la paz y la moralidad doméstica. Las palabras de su muger le irritan, y aun las inocentes caricias de sus hijos le amargan; que rara vez está el corazon tan depravado que no abrigue ni remordimiento ni escrúpulo. Si alguna muger cautiva sus sentidos, esta impresion no llega nunca al corazon: su amor subordinado á la imperiosa dominacion del juego no alcanza jamas á ser una llama ardiente y purificadora, sino cuando mas una distraccion. Crece ó mengua á par que crece ó mengua su fortuna, y como dice Hector en *El Jugador* de Regnard, su bolsillo es:

Un thermomètre sûr, tantôt bas, tantôt haut,
qui marque de son coeur ou le froid ou le chaud.

La pasion del juego coloca al hombre en una pendiente insuperable que le va lanzando de un abismo en otro. El Jugador en el mero hecho de serlo, no puede dejar de ser envuelto en una cadena de extravíos que son consecuencias necesarias de la situacion en que se coloca. Por ejemplo, no hay mas que un solo paso del *Jugador* al *deudor*. En efecto, cuando un hombre ha jugado y perdido

el dinero, el reloj, el carruaje que le aguarda á la puerta, la cosecha de un año, y aun el crédito, que de todo hay ejemplares, ¿qué estraño es que arrastrado por la fuerza tentadora de su pasion, se dirija á casa de algun *honrado* usurero que en vista de su apuro le preste generosamente alguna suma al treinta por ciento de interés mensual? ¿Quién repara en la magnitud de la usura cuando ve que le dan en el acto oro en cambio de un simple *pagaré*?

Y en verdad, si alguna vez puede ser disculpable la usura, lo es sin duda cuando se presta á un Jugador, esto es, á un hombre que no presenta mas hipoteca que la casualidad. Accion meritoria es por cierto la de un hombre que entrega su oro á gentes que no respetan mas deudas que las formadas en el juego mismo, y que creen de mal agüero invertir el dinero que ganan en satisfacer las que fuera de él han contraido. *El Jugador* de Regnard, tipo lleno de verdad porque su autor era Jugador y se copiaba en su obra á sí mismo, esclama lleno de fé y de conviccion:

Rien ne porte malheur comme payer ses dettes;

y menester es confesar que este axioma que adoptan de buen grado á menudo hasta las personas que no juegan, no es el mas adecuado para inspirar confianza á los acreedores.

Dejemos ya al *Jugador de pasion*, sér desgraciado, cuyos *dineros* al revés que los del sacristan:

llorando se vienen y llorando se van,

y pasemos á otro sér, si mas abyecto, menos aventurero é intranquilo. Este es el que llamaremos *Jugador de oficio*, el cual mal avenido con los vaivenes de la fortuna, se sienta en el eje de su rueda, y desde allí inmóvil y ageno de sobresalto, ve á los demas subir á las nubes y bajar al abismo, cifrando todo su artificio en aferrarse bien para no ser arrebatado por el impulso de aquella fatal rotacion.

Como el *Jugador de oficio* es casi siempre una degeneracion del *de pasion*, de ahí es que tiene por lo comun todos los defectos naturales de este, sin contar los suyos propios, cuyo número no es escaso. Sus medios de triunfo son la actividad, la prevision, y la habilidad práctica. Atisva con sagacidad admirable las ocasiones de ejercitar su industria, y no hay ferias, baños, ni otra ninguna reunion de gente ociosa donde no vaya á devorar sus víctimas; siendo de advertir que en aquellos parajes suele presentarse con un mes ó dos de anticipacion un desconocido que es ó pasa por ser fabricante de naipes, y que vendiéndolos á un precio moderado, surte, ó por mejor decir, infesta para largo tiempo á los desdichados consumidores de tan funesta mercancía.

Hemos dicho que la habilidad es uno de los medios de éxito que emplea el *Jugador de oficio*. Los lectores candorosos y felices que no se hallan iniciados en los misterios del *arte* y que no respetan ni han oido acaso mencionar en su vida

la autoridad del Padre Toranzo, tendrán dificultad en concebir que quepa la habilidad donde todo parece obra del azar. Sin embargo es una verdad; y no consoladora por cierto, sino la mas amarga y costosa de todas las verdades. La habilidad de que hablamos ha sido siempre el arma ofensiva y defensiva de los Jugadores de oficio; por eso sin duda se llamaban antiguamente *tahures*, y por eso hay hoy dia quien sostiene que deben designarse con el único y significativo nombre de *tramposos*. Un mal coplero ha dicho:

Ya el Jugador de España
su esperanza no fia
en el incierto azar, sino en la maña.

No sabemos hasta qué punto tendria el tal coplero sus razones para asegurar que los Jugadores de estos tiempos son mas *mañosos* que los antiguos. Lo cierto es que como en todas materias se adelanta y se alambica, las trampas del juego son ahora mas dificiles de ejecutar, pero tambien incomparablemente mas dificiles de conocer. Los medios groseros y arriesgados de *marcar* las cartas y de trabarlas con *pegote*, y los mas dificiles y menos groseros de recortar los naipes para barajar *de tiron*, *dar el salto* y otros del mismo jaez, están casi abandonados en el dia y solo tienen uso entre Jugadores de infima esfera. En las altas regiones del juego todo el arte de la trampa consiste en manejar las cartas con una destreza casi fabulosa, para poder verificar los *amarres* con limpieza y expedicion. Esta destreza es para los Jugadores de oficio objeto de un estudio tan detenido y constante, que se han visto algunos en la calle y en el paseo llevar la baraja debajo de la capa, y ejercitarse con ella automáticamente y sin intermision para dar á las manos todo el tacto y agilidad posible. Esto unido á la sagacidad de los *ganchos*; á la estrategia y disimulo de los demas confidentes del *banquero*, y al estudio que este hace de la inclinacion de los *puntos* á tal ó cual carta, decide generalmente el triunfo en favor de la banca, no obstante las probabilidades naturales de pérdida que esta lleva cuando se juega de buena fé. Pero la buena fé debe ser sin duda moneda sin curso entre Jugadores, cuando han establecido el siguiente axioma, que debiera servir de aviso á los incautos:

De enero á enero,
el dinero es del banquero.

La condicion social del Jugador es poco mas ó menos tan desventurada como su condicion moral. Ya apure hasta las heces la hiel del escarmiento en una miserable bohardilla, ya habite por un capricho efimero de la fortuna aristocráticos salones, siempre es á los ojos de la sociedad un sér extraviado, ó segun la expresion vulgar pero significativa, un hombre *dejado de la mano de Dios*.

El autor de este bosquejo no puede menos de recordar aqui una impresion suya que tiene de fecha algunos años, pero que viene muy al caso. Hallábase

recien llegado á esta coronada villa de Madrid, y se paseaba en e Prado con un amigo suyo antiguo habitador de la corte, el cual como iniciado en esa estadística de cosas y personas que solo el tiempo puede enseñar en las grandes poblaciones, satisfacia cumplida y frecuentemente á las repetidas preguntas que son consiguientes á la curiosidad de un forastero.

—Quién es aquel caballero? pregunté al ver pasar con la rapidez de un relámpago un elegante tilburí que guiaba con arrogante ademan un jóven muy bien vestido. Es algun banquero? Es el hijo de un grande?

—Nada de eso, respondió el amigo con tono desdeñoso: es un Jugador.

Poco despues llamó mi atencion un hombre sentado en un banco de piedra de uno de los extremos del paseo. Su exterior era pobre, pero habia en sus miradas y en su fisonomía no sé qué expresion de descontento y altiva aspereza que contrastaba singularmente con la humildad de su traje. Parecia que solo el acaso le habia llevado allí, y conociase que su alma gastada ó concentrada en un sentimiento profundo, era insensible á las impresiones externas.

—¿Quién es ese hombre, pregunté con interés, que parece abrumado por el mas amargo infortunio?

—Un Jugador, me volvió á responder mi amigo con tono de desprecio.

—¡Un Jugador! exclamé sorprendido. Triste es sin duda su condicion entre los hombres: ni alcanza consideracion cuando prospera, ni inspira lástima cuando la desesperacion le abate. Y retiréme tristemente del Prado pensando cuán insondable arcano es el corazon del hombre, que insiste y persevera en aquellos hábitos que labran su desgracia, y que no le ofrecen paz, ni compensacion de ningun género.

Hay en la gran familia de los Jugadores una especie mas inocente que las demas, que no se arraiga con tenacidad como las otras, y que se agosta y muere al mas leve impulso. Esta especie constituye el tipo que podria llamarse *Jugador accidental*. Este Jugador no lleva en su temperamento ni en su corazon el instinto del vicio. La ocasion sola es causa de su falta. Generalmente la escasez aumenta su fragilidad, y por esta razon el Jugador accidental suele encontrarse en un oficial subalterno, en una viuda, en un cesante. Ascended al oficial ó mudadle de guarnicion, casad á la viuda y reponed al cesante, y vereis como se olvidan de un ejercicio que era únicamente para ellos un asidero en su mala fortuna. La variedad de fisonomías que puede presentar este carácter eventual, y las circunstancias que de ordinario le acompañan se deben estudiar mejor que en ninguna otra parte en esas tertulias características de la clase ambigua que llaman *medio pelo*, designadas familiarmente con el espresivo título de tertulias *de trueno*. Allí el banquero está autorizado á hacer trampas porque *paga el tapete*: allí se confunden todas las clases, y suelen verse juntos un marqués, un estudiante de medicina, un cadete, un ayuda de cámara: allí algunas viejas con el pulso vivo y febril, los ojos fijos y el tono impertinente, pierden los ahorros miserables de una viudedad mal pagada, y despues se entretienen en *levantar muertos* ó pedir un par de pesetas *para*

armarse, mientras que sus hijas ocupadas en otro juego no menos trascendental, conversan con sus galanes en la habitacion inmediata, casi siempre mal alumbrada, ó bailan un rigodon al son raedor dél violin de un ciego, ó al no menos duro y vibrante de un salterio cascado que llaman piano.

Las variedades del Jugador que ya hemos apuntado bastarán á dar una idea de las que omitimos, pues no hay duda de que todos se asemejan en la esencia, ya jueguen en casas de *alto tono*, ya en *garitos*. ya en las tabernas y sitios inmundos de que habla *Rinconete* á *Monipodio* en la inmortal novela de Cervantes. Pero no queremos dejar de espresar para consuelo de los lectores, que así como hay adoradores natos del azar, hay tambien quienes le aborrezcan con fervorosa conviccion, y no por escarmiento sino por instinto. El que esto escribe pertenece á este número, y lleva su fé tan adelante que odia hasta el *juego* de lotería, á pesar de ser el mas inocente de todos, porque tal se llama, y porque al cabo bien mirado no es otra cosa mas que una esplotacion disfrazada de la credulidad popular, una venta pública del humo de la esperanza.

Antes de concluir queremos advertir que hay en el mundo muchos caractéres, que aunque con distinto nombre pertenecen á nuestro tipo. Algunos capitalistas, diplomáticos, proyectistas y hombres políticos, ¿son por ventura otra cosa mas que jugadores con fortuna?

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

EL BANDOLERO.

Quid non mortalia pectora cogis
auri sacra fames?

VIRG.

¡MENGUADO yo, y cuán infeliz debe ser la estrella mia que así me fuerza á andar siempre con las manos en la masa entre escribanos y alguaciles, presidiarios y Bandoleros, toda gente de muchos puntos de contacto en razon *del oficio*! Y es lo peor, que así estoy en ocasion próxima de caer en sus garras y que den conmigo donde acostumbran, como de que las personas concienzudas y timoratas mientras huelgan en su lecho entre un jicaron de chocolate y las noticias que mi temerario empeño les regala, me apliquen santamente lo de «dime con quien andas y te diré quién eres;» ó á lo menos y por bien de paz que «quien con lobos anda á ahullar se enseña.» Pero á fé que puesto en la demanda no la he de abandonar por poco; y pues ha de ser, no hay sino manos á la obra y digan lo que dijeren, que yo confio en ti solo, lector, que no has de pensar con ellos en esa parte.

Quisiera yo deslindar ahora la debatida cuestion de si hay ó no hay sinónimos en nuestra lengua; y si las voces Bandolero, foragido, facineroso, tienen idéntica significacion en castellano, ó manifiestan órdenes y grados en cierta gerarquía social. No me atrevo á decidir; pero cuando la autoridad de la Academia me enseña que por foragido he de entender al *que huye de la justicia*, tentado estoy á creer que todos los hombres son sinónimos

GRIEGA.

En fin; apartemos escrúpulos, que yo puedo aplicar la que mas me cuadre, y cada uno pensar como su buen juicio le dicte.

El Bandolero, tengo para mi que ha de ser una derivacion de los antiguos Vándalos, segun lo indica el nombre y principio que profesa. Decian aquellos que era mengua del hombre andarse todo el año de Dios tras de un arado, para que viniese luego la tormenta y en un santiamén diera al traste con sus fatigas y sudores; siendo mucho mas honroso y mas cómodo y seguro, ganar el sustento á cuchilladas. Para mis barbas sino decian muy bien los señores Vándalos; y con ser gente de suyo poco ilustrada y pensadora vino á dar en el punto que despues y á vuelta de tantos siglos, ha sancionado este de civilizacion y cultura: porque al fin, aquel sistema de vivir á cuenta del prójimo, encaja como de molde á toda la caterva conocida de *Bandoleros* y *Bandoleras*, ó sea de *Bandoleros con sus Bandoleras*.

Digo pues que dejando á un lado etimologias y relaciones, no es cosa hoy de tan poco mas ó menos el entrarse en la profesion, como lo era *in illo tempore*; porque entonces el ejercicio formaba á la persona, y ahora esta forma al ejercicio: para lo cual es indispensable que nazca dotada de muchas pr endas y facultades que no legó Adan á todos sus hijos.

Por fortuna en nuestra época de adelantos, la instruccion puede suplir en parte á la disposicion; y las *bellas letras* que todo lo van invadiendo hasta los esquinazos de la capital, son lo que se dice aplicables á todos los estados y condiciones. Veamos sino á un andrajoso muchacho de curtida piel y travieso semblante, que ha gritado media mañana por las calles de esta muy heróica villa, destinar el resto de ella á los disformes carteles de la Puerta del Sol, contemplándolos de hito en hito, mientras otro rapaz le tira disimuladamente del pañuelo y lo saca sin ser notado: colocarse despues en su lugar para nacer del paciente mientras aquel repite el ensayo, y adiestrarse en tan buena escuela (que en su género puede pasar como de párvulos) á escamotear el del mas estirado pisaverde, y digaseme si la clase baja no saca partido de la literatura.

Pero por vida mia que hemos tropezado sin pensar con el tipo en su verdadero orígen; y pues tan buena coyuntura se presenta no hay que desampararle, pues si mayor vuelo toma, no tendremos tan aina por donde volverle á coger. Nos abstenemos de dividir en diferentes secciones ésta benemérita clase, porque cada una de ellas constituye un nuevo ramo, distinto, separado, independiente de los demás; tan independiente acaso como la direccion de negocios forenses de la abogacía; pero sí diremos en obsequio de la claridad que estas secciones se enlazan y eslabonan, sirviéndose como de grados y antecedentes, y el Bandolero pasa por ellas al modo que las mariposas cruzan por los diversos estados de crisálida y larva antes de salir á volar por el mundo.

Mientras permanece nuestro aspirante en el estado que llevamos dicho y podemos llamar de incubacion, conserva su propio nombre de *ratero*; y no

porque cace ratas como pudiera creerse, ni tampoco por despreciable y ruin en su oficio puesto que muy seriamente fija la atencion de la autoridad, y tiene un lugar destinado en los parajes públicos y solemnes; sino mas bien á lo que yo entiendo porque hace *ratos*, dando treguas á personas mas respetables para consumar sus fechorias. Y otra razon le encuentro al dictado no menos principal y heráldica; entendiendo lo del blason en su primitiva sencillez, y solo por analogía del geroglífico con el suceso, tal como se gastaba por los tiempos de Osiris: que siendo uno de sus primeros cargos el apuntado, preciso es distraer la atencion de los alguaciles dejándose perseguir de ellos; y los tales perseguidores, desde el bueno de Quevedo, si ya no quieren pasar por ángeles de las tinieblas, preciso es que se dejen clasificar en la familia de los gatos.

Durante este periodo de su existencia el nuevo Espartano se ocupa en vender arena ó los fijos de la loteria, como medio seguro de estar en perpetuo roce y contacto con todas las cocinas, entradas y tabiques de la Corte: ó bien se arrima á los cuerpos de guardia á ejercitar el *floreo*, ó se descuelga á boca de *sorna* por los arrabales de la ciudad ajobando matute, ó sirve de trainel entre las señoras de casa llana y los caballeros de fortuna, donde va creciendo en ánimo, destreza y agilidad, andando á la que salta.

Un par de vueltas por la *trena* le acaban de formar. La gimnástica que allí aprende desarrolla sus fuerzas físicas, y las zumbas y cantaletas despejan el entendimiento. Sale el mancebo del garlito para volver á sus antiguas trazas, mas reflexivo en las empresas, mas astuto en las disposiciones; bien como el que ha corrido mundo y consultado á la esperiencia. Lo primero que hace es procurarse *su respeto* entre aquellas mismas que fueron sus señoras; los ahorros de la *galima* ó los productos de la *raspa*, le colocan á su propio nivel, y son circunstancias que nunca saben desdeñar tan delicadas personas. Hé aquí el medio por donde se relaciona con los hidalgos que á la casa concurren, y es admitido á *garbear* en la compañia de la *hampa*.

Ya tenemos al hombre en el segundo estado, y como si dijéramos en estudios mayores para hacer carrera. Sus ocupaciones apenas se diferencian de las que tiene acostumbradas; solo si en lo elevado de sus miras, que recogidas antes á la altura regular de un bolsillo, se estienden ahora hasta la de un cuarto principal y dende arriba. Por otra parte es seguro que colocado en tal círculo las proporciones se le multiplican y repiten, como es consiguiente á las ventajas de la asociacion: y mas se adelanta en un año de práctica viva que en diez de cálculos y ejemplos. Son ademas variadas y entretenidas y de mayor ingeniosidad en la combinacion; cuándo se le encomiendan los *guzpataros* de una pared maestra, cuándo la paliza de encargo ó las puñaladas en comision; ya es buscar arbitrios para seducir á la criada que haga paso ó entregue las *aellas*, y ya mover alarmas por las calles de la ciudad. Pero en cambio se *pia el turco adunia, se embucia*, se viste y se *garlea* que es un portento, y tenemos á un mozo hecho un alfaquí en cuatro dias,

Peró sintiéndose con fuerza y elementos para ascender, presto le lleva su aficion á abandonar el pueblo, y caer entre dos luces á *pulir* por sus contornos; progresando con mas ó menos lentitud hasta que de una vez se propone alojar fuera para siempre. Aquí el rumbo de sus ideas cambia, su conducta se altera, nada resta del primer hombre que en un arrojado vuelo se lanza á una region de todo punto diversa y aun contraria.

Empieza por dejar que se ostente la espesa patilla corrida de sien á sien por debajo de la barba; al paso que oculta su cabello entre los radiantes colores de un pañuelo de seda, cuyas puntas colgando sobre la espalda, han de dar mayor realce al recogido calañés y al airoso jubon de hombrillos. El ajustado calzon revela el vigor de sus pronunciadas formas, y el botin de caidas añade arrogancia á su figura. Cubre la amarilla faja un vistoso cinto, sosteniendo el peso de un cuchillo y dos pistolas sobre el de las balas que encierra; un puñal oculto, y un lujoso trabuco de cañon de metal, terciado sobre el siniestro brazo ó colgado del arzon trasero completan su atavío. En tal disposicion oprime los lomos de un caballo de alzada mas corredor que maestro, de mas brío que presencia: envuelto le lleva entre los flecos y madroños del costoso albardon que besan sobre los bordes de la herradura; y al redoblado paso de andadura que hábilmente le saca, cruza por intrincados matorrales y desusadas veredas á buscar la cuadrilla de Bandoleros: ¿quién le pedirá el pasaporte?

Apenas descubre sus avanzadas, cuando la voz de *alto* agrupa en torno del que la dió á toda la banda.

—¿Quién vá á allá? pregunta el centinela con voz erizada y ronca.

—Quedo tó el mundo, señores, que naide de nuevo llega á la honrá compañía.

—Alto ahí; grita segunda vez el vigilante, mientras el recien venido se acerca á sosegado paso: vengan el santo y seña.

—El santo?.... San Blas que es abogado de las gargantas: la contraseña la traigo en el cañon de mi trabuco; quien la quiera registrar que se aparte conmigo. Al mayor busco, y á él solo le daré mis motivos.

—Ruido tienen las campanas y toito se lo lleva el viento; dice el vigía amartillando su arma: el movimiento es seguido de todos con rapidez.

—Menos trae un hombre y de mas provecho; replica el forastero imitando la accion.

—Paso, caballeros; interrumpe el capitan colocándose entre ambos; y otra vez mas cortesía, que bien se le conoce por los modos que es presona é suposicion.

—Digo que su mereé se pone en lo justo, señor almirante, acude el detenido; y hagáseme rancho franco que yo hablaré como quien soy á lo que se me pregunte.

—Con mil amores, compadre; péro sin aparejos.

—No haré tal, que estos son mis fiadores; pero yo empeño mi palabra que sí no se les chapa no muerden.

—Si eso hay, adelante: y en hora buena, que estamos cortando la cólera.

Con tales preliminares se ingiere nuestro héroe entre la turba, y doblando una colina que tienen á su espalda, observa tendidos por tierra los preparativos de un almuerzo. Desmontados de sus alfanas y colocado *un posta* junto al camino que á distancia queda, se entregan el nuevo bandido y sus compañeros á los goces de la gula; por mantel la fresca yerba ó la agostada paja, el cielo por toldo, y los árboles por únicos testigos de sus placeres, siempre mezclados de sobresalto y zozobra. Así empieza el recien llegado á disfrutar la anchura, libertad y alegría de la vida que abraza.

La conversacion recae muy luego sobre su designio; en cortas palabras manifiesta sus méritos y precedentes: la licencia de presidio le sirve de certificado en forma, y su aire resuelto de poderosa recomendacion: queda sin embargo á prueba su bravura. Abrázanse mútuamente satisfechos, dánse palabra de fidelidad, y este abrazo es harto mas sincero y fecundo que los abrazos mas célebres, y esta palabra mas obligatoria y mejor guardada que un tratado internacional. Y ello ha de consistir, ó soy un porro en que allí no hay leyes de responsabilidad; y en que á la primera interpelacion, queda un hombre fuera de estado de escuchar la segunda, y aun hacer rectificaciones sobre aquella, porque *los órganos* de la comunidad cuando alzan el tono en aquella asamblea, le tienen algo mas sostenido que los órganos de Móstoles; hoy *órganos de la Nacion*.

De esta suerte contentos y preparados, beben, rien, descansan ó retozan, sobre los despojos del queso, del salchichon y otras viandas secas, que no permite otra cosa su profesion ambulante. Pero así llegarán á embriagarse, como á decir su verdadero nombre que tratan de olvidar á toda prisa sustituyéndole con un apodo: y si diera alguno en ese extremo (no diré vicio porque no han inventariado todavía las virtudes) bien pronto quedaria ó corregido por completo, ó agregado en el inmenso catálogo de los *ex* que infestan al mundo, haciendo la oposicion á la nueva ortografía que se empeña en desterrar las *x* cuando mas falta nos hacen.

Levantados los restos del banquete y en poder de quien corresponde por riguroso turno, sigue el hacer tiempo fumando, á que pasten ó coman un pienso las caballerías, mientras se llega la ocasion de emplearle mejor. Mas un amanerado silbido del vigilante, impone repentino silencio á los foragidos. Saltan precipitadamente sobre sus caballos, preparan las armas y marchan en órden hasta una distancia prudente de su reclamo. El moderno alumno vá en el centro por precaucion, y todas las miradas le observan; pero su rostro es animado, su mirar inquieto, su expresion audaz.

—Mi capitan, adelante; exclama al ver la detencion: y dos bocas de fuego se apoyan en el acto sobre su espalda.

—Despacio, señores; grita el jefe apagando la voz: despues dirigiéndose á él añade, aquí se calla y se obedece. «Pero yo diré lo que hay, compañero, porque me va llenando la pinta. Lo que se ve no se teme, si vienen muchos, cargan; si vienen pocos, vuelven grupa y escurren el bulto: con que dejarlos venir.»

No tarda en oirse la señal de llegada, y dos de los extremos parten á carrera

y ocupan cerrando el camino: resuena la voz de alto, y entonces los restantes se lanzan sobre él, rodean á su presa, y poniendo al pecho de los viajeros sus trabucos les intiman la rendicion. Ninguna resistencia se les opone; el aturdimiento que produce la inesperada embestida les favorece; y así tendidos en tierra y boca abajo los acometidos, liados los brazos sobre la espalda y puesto el nuevo profeso de observacion á su lado, desbalijan prontamente el equipaje, recogen la parte mas preciosa, y amenazando á los despojados con la muerte si durante media hora gritan ó intentan moverse, parten á gran galope hácia la soledad.

Estas escenas son cuotidianas; tal vez repetidas en breve espacio; acaso tambien una misma se prolonga con la llegada de otros nuevos personajes, viéndose á la par sembradas ó en hilera una multitud de personas que sufren la misma suerte.

El nuevo Bandido perdió desde el primer momento la ruindad y villanía de corazon que marcaba en su anterior época todas sus acciones. Retirado de los hombres, no ve mas enemigo que el que tiene delante, y confiado en la superioridad de sus fuerzas le despoja con grandeza ó le combate con lealtad. Rara vez acontece que maltrate á los rendidos, porque no los teme, porque nada quiere con sus personas, porque su delacion no le espanta, resuelto como lo está á defender su gruta y su botin á costa de la vida. El arrojo sustituyó en él á la perfidia siempre hija del miedo, y la serenidad á la astucia: sus sentimientos libres de aquella vergonzosa traba recobran el natural vigor, y una súplica no siempre es perdida con el Bandolero.

Una de las cosas en que se muestra mas delicado y generoso, es en la observancia del noveno mandamiento: no desearás la mujer de otro. Se guardará él de infringirle como de dormir en poblado y ¿quién cargaria con semejante responsabilidad? antes por el contrario quisiera y es su propósito sacar al prójimo de agonía y evitarle toda zozobra sobre el asunto. Especialmente si la costilla apóstata ó exclaustrada, que digamos, tiene mas atractivos de los que buenamente se requieren para dejar de *ocupar la cabeza* al descostillado, entonces es preciso, de absoluta precision ofrecerle garantías y tranquilizarle en debida forma: ¿cómo hacerlo? En España para conciliar extremos no hay como echar mano á las doctrinas del foro; y nadie tiene mejor proporcion que el Bandolero por su roce é intimidad con él, y por ser cosa tan conforme á su ejercicio lo de echar mano á cuanto se le presenta. Hé aquí por donde sabe que la posesion forzada de una cosa estingue todo derecho á ella: por consiguiente la ocupacion violenta y deliberada aunque sea breve, equivale á una renuncia esplícita y solemne de todo ulterior deseo conforme al Decálogo. Esta es la norma de su conducta relativa á la *fruta del cercado ageno*; y aunque tambien haya oido no sé que de qué el poseedor hace suyas las producciones de lo poseido, como él solo trata, segun dicho es, de una cesion en beneficio de tercero, las abandona sin repugnancia al provecho *del prójimo*.

Fuera de esto, llega su generosidad hasta socorrer á los mismos que acomete

con la parte del despojo que necesitan para llegar al término de su viaje, donde se procuren qué volver á quitar. La rigidez de sus principios se estiende á querer evitar toda culpa en los actos de su profesion: escuchadle despues de un asesinato, y os dirá: «bien sabe Dios que no fué mi intencion mas que asustarle.» Si solo ha arrebatado la hacienda, fácilmente se salva diciendo «se lo pedí de buena gracia y me lo alargó de corrido.» Lo que esto prueba es que consideramos como la felicidad de la tierra, el hacer propia una parte del gran caudal que por ella circula; mayor ó menor segun la ambicion de cada uno: y encontrado el medio, le tenemos sin escepcion por legítimo. Por lo menos el del Bandolero, lleva ventaja á los demas conocidos, en lo franco.

Como soberano absoluto del paraje en que se encuentra, él tiene impuesta contribucion á todos los carruajes públicos que transitan por su territorio: y cuando á pesar de ella necesita dinero, no se embaraza para decir al postillon «en la venta é la sabandija me dejarás diez onzas.» Pero en cambio el resto vá seguro: no se atentará al coche ni á los transeuntes por cuanto hay; el Bandolero es el símbolo de la confianza; su palabra empeñada por ningun caso deja de cumplirse, y tan fijo es de su boca un «y sino te abraso,» como un «vaya Vd. sin pena.»

No se limita á esto solo; lleva su punto hasta proteger de cualquier estraña tentativa á sus pecheros, evitarles un insulto, defenderles en él y vengarles por su propio brazo. El salvo-conducto del Bandolero reducido á un simple nudo en la punta de un pañuelo ú otra seña equivalente, tiene con mucho mayor valimiento que los de la autoridad con todos sus registros, rúbricas y sellos: porque aquel es respetado siempre de los bandidos, y gran parte de veces por las autoridades de cortos vecindarios; al paso que los últimos no evitan un atropello ni de unos ni de otros, ni por ventura del mismo que le espidió sin saber lo que se espedia.

El agradecimiento es otra de las cualidades que mas le caracterizan. Bien al contrario del hombre de sociedad que asi como llega al poder desdeña á los mismos que le elevaron, el Bandolero semejante al dogo de presa, guarda la fiereza selvática para el estraño, y la constante fidelidad para el amigo de quien se ayudó. Un servicio remoto, un auxilio prestado, imprimen en su pecho un reconocimiento indeleble, cuyos rasgos se manifiestan siempre que el caso lo exige. No necesita para ello de recuerdos ni entrevistas; él es quien indaga primero, quien recuerda agradecido, quien defiende seguro al que una vez le sirvió.

Mírase un asombrado caminante tendido en tierra, tapada la boca con su propio pañuelo, trabadas las manos y agarrotados los pies: un mosquete amenaza su existencia reposando sobre su sien, los puñales que le sirven de asiento en el pecho del bandido acaban de turbar su vista: la congoja se apodera de su frente, la sombra de la eternidad empieza á cubrir su rostro. De repente el apostado cambia de actitud, retira su arma, y suavizando en cuanto puede el acento, le pregunta: ¿No reconoce su mercé esta cara? y es que una sombra de sospecha ha herido su imaginacion; en tal caso la indiferencia es imposible: su conciencia

le obliga á disiparla ó confirmarla porque la gratitud es un instinto, y en él obra el sentimiento, no la egoista reflexion. El requerido puede apenas balbucear un *no* temeroso; cree tal vez que la pregunta es siniestra y que un testigo cierto no puede sobrevivir á su confesion. El Bandolero no se satisface con poco, y asi torna á preguntar.

—¿No ha pasado su mercé en toa su vida por los presidios de la Gomera?

—¿Quién oculta la verdad ante un juez tan tremendo? ¿pero cuál es el pasmo del acometido? aquella voz en toda su terrible aspereza se levanta para decir: «Caballeros, no hay que pasar adelante que el señor es cosa mia.» Aquella voz tan poderosa allí como la de Josué en la pendiente de Bethor on, interrumpe la comun actividad: su efecto mágico es tan seguro cuando procede del jefe, como del último subalterno de la cuadrilla; las miradas de los restantes se fijan acordes en el que la dió. Su ademan es sosegado; pasea tranquilo una ojeada por las frentes de sus compañeros, y añade con resolucion. «Señores, lo dicho dicho, y de mi palabra yo respondo.» Asunto terminado: esta clase de proteccion jamas se desatiende: el acosado se vé instantáneamente libre de sus ataduras y dueño de su ajuar; solo la parte tomada hasta allí queda propia de los agresores; (á los derechos adquiridos nadie atentaria impunemente) y esto con esclusion del bizarro mediador que ha renunciado por el mismo hecho á toda participacion en la *ganancia*.

Despues de sus correrías el Bandolero se retira á su gruta, donde en amable paz y compañia huelga, goza, y reparte lo entrojado con maravillosa legalidad. El botin se divide por de pronto en tres porciones iguales que luego se deshacen en fragmentos: la primera con aplicacion al superior, de cuyo cargo son las atenciones de la cofradía; la segunda para el resto de los congregados; y la tercera para..... defenderse por pobres en los aprietos de Justicia.

Las mujeres para nada cuentan en aquella sociedad, no precisamente conyugal, pero al menos *copulativa*: sus funciones allí se reducen únicamente á proveer al hombre de aquello mas necesario en la vida. Y en efecto ¿cómo la pasaria aislado, y la costumbre adquirida de aprovechar las comodidades sociales, sin esta precisa mitad de su existencia? Porque es cierto; hay menesteres domésticos a que el hombre se pliega, pero que se acomodan naturalmente á la mujer; y me parece muy conforme que allá cuando las aves se venian á la mano, Adan cazase á Eva, y Eva se las pelara porque volviese á cazar.

Y no es en verdad el aseo y cuidado de las habitaciones, ni el aderezo de los manjares, ni la atencion de la familia lo que consume su tiempo: la caverna no tiene gabinetes, aunque si secretos; los enseres se limitan á algun dornajo, capacho ó seron que se utiliza al derecho y al revés segun lo pide el caso, como artículo de Constitucion, y no exige grandes afanes; los manjares aunque regalados y esquisitos, nada tienen que agradecer al hogar; y en cuanto á la familia, el Bandolero jamás conoce á sus hijos: nunca se ven crecer en derredor del árbol sus retoños; nunca empiezan á adiestrarse al abrigo del

halcon sus polluelos. Las formidables hijas del bosque, únicas compañeras de sus placeres y desgracias, no ostentan en su guarida la fecundidad aterradora de las tigres ó la envidiosa emulacion de las cortesanas: sin duda *el género de vida* las hace exentas de este natural tributo, y en aquellas hordas errantes, no cabe la bendicion del Señor (para algunos anatema) «creced y multiplicaos» habiéndose de sustituir precisamente con la proverbial sentencia de nuestros mayores: «Dios los cria y ellos se juntan.»

Pero en cambio sus desvelos por el aumento y prosperidad de la congregacion no conocen límites; ella es la segura atalaya que defiende sus tesoros; es en la ciudad reclamo y cebo con su atezada hermosura y gentil donaire, á los incautos que las multiplican; es el conducto certero por donde se comunican los caidos en la trampa con sus hermanos de la sierra; el mediador irresistible para con sus cazadores, y el templado broquel contra sus enemigos. Tan bien se la entiende la eliminacion de un rizo si la provoca una maldiciente, ó el solfeo de una tanda al compás de su zapato, como el delinear de un mapa á buril, ó el taracear de un mosaico á chinarrazos sobre el rostro de un atrevido; si ya no mide con la tienta la profundidad de sus corazones. Es al mismo tiempo el buque de esportacion para los productos de la *industria*, la letra de cambio para la recaudacion de sus valores, y el almojarife de los fondos y riquezas.

Alguna vez acompaña á la banda en sus incursiones y trabaja á la par de los esforzados, como espía, ojeador y retén. Pero donde mas brilla su utilidad es en aquellos trances que presentan dudoso el resultado, ó tienen consecuencias mas ó menos funestas. Una escaramuza con la gente de guerra que les persigue, ó una conquista verdadera de lo que se proponen apandar, son los campos de gloria en que la Bandolera recoge sus laureles. Impávida y pronta como un deseo irritado, á todas partes acude saltando veloz entre los abrojos, trepando cerros y salvando precipicios: ora se esconde junto al perseguidor como la astuta serpiente, y atisba, y con venenosa intencion hace ruido que le distraiga; ora fácilmente se desliza entre la espesura, y recorriendo su línea da saludables y rápidos consejos á los emboscados: «gazapo, salta de ahí, que vienen los gozques por el crucero; Gitanillo, dáles pulé que debajo los tienes;» y perdiéndose como el eco de los alaridos atraviesa nuevamente hácia los sitiadores, sin temer á los cruzados fuegos ni conmoverse á los ayes del que sucumbe.

Durante el calor de la refriega, la aguerrida Amazona, por nada se divierte del propósito que la ocupa; y no es raro que á su presteza, actividad y espíritu, se llegue á deber el resultado de la accion. Pero concluida, su celoso afan toma distinto rumbo; y si todos los confederados no se reunen á la señal de socorro, torna infatigable á registrar los puntos hasta dar con el que falta. Acaso le encuentra reclinado á la sombra de un arbusto, el trabuco por cabecera, exhalando sordos lamentos al dolor de sus heridas: entonces el ángel del consuelo se acerca llamándole por su propio nombre, y sola su aparicion reanima al moribundo y mitiga sus padecimientos. La compasiva mujer le incorpora, le

venda, llama en su auxilio y le acompaña á su guarida, donde con fraternal ternura le asiste, cura y atiende sin descanso hasta que la salud ó la muerte concurren á completar su obra.

Esto no obstante, cuando el tédio ó el capricho, ó cualquier otra razon de mas ó menos peso exige la separacion de estos séres armonizados, la verifican sin estruendo, llevándose mútuamente por grata memoria algun chirlo en los semblantes, ó por lo menos un consistorio cabal en sus personas: esto sin perjuicio de la acostumbrada *sarta de cornerinas* que se anticipan por via de galanteo, con su correspondiente broche *de lengua de víbora y batiente*, y la cifra de sus amores en arañazos. Por lo demas siempre se hace de comun acuerdo y conformidad de las partes, sin que para ello hayan de acudir al juicio de Mario, ni se conserven ojeriza ó rencor en lo futuro.

Hemos sentado que el Bandolero se aparta de la sociedad, mas no por eso se ha de entender que reniega de ella. Frecuentemente se le vé en su seno disfrutando sus delicias; y los pueblos mezquinos, de que tanto abunda nuestro fértil suelo, son los arrabales, que digamos, de su solitaria jurisdiccion. En ellos ejerce un imperio de diferente especie, pero no de menor valía que en los caminos y despoblados. Su presencia en la taberna, punto marcado de reunion, cautiva las voluntades; todos le miman y regalan; es lo que se llama una persona influyente, y en mas de cuatro apuros nos daríamos con un canto en los pechos por pescar su voto, henchido así de los votos mas principales. El, segun dice, á naide quiere mal; á tó el mundo respeta, (salva la bolsa); dentro del caserío jamas se propasa; quien le busca, le encuentra lo mismo pá un fregao que pá un barrio; ¿qué mas se puede pedir á cualquier cristiano?

Y en efecto, el Bandolero siempre llega de paz á los umbrales; bien que armado con los bélicos pertrechos, porque no se necesita mucha retórica para aprender que hombre prevenido vale por dos: conversa en buena amistad con los vecinos y autoridades, participa de sus fiestas y regocijos, y generalmente guarda ley á sus relaciones. Agrégase á sus cariñosos modales el desprendimiento y garbo que luce en todas partes; acostumbrado á la abundancia nada escasea en sus visitas que pueda aumentar su prestigio: despilfarra y malgasta con sus *intimidades*, como pudiera un Ministro de Hacienda, lo que pertenece á otros: el pánico terror que infunden los ruidosos escarmientos con el que se desmanda, acaban de consolidar su poder; y de este modo se hace inexpugnable en su montaña, sostenido por los poderes circunvecinos.

Llega una requisitoria mandándole prender; y el mismo dia que se fija en público tiene la debida noticia de lo que pasa. Al siguiente con toda la solemnidad del caso, se presenta el Bandolero al frente de su cuadrilla, en los contornos del lugar: asústase la gente, cierran las puertas, abren las ventanas, escóndense las viejas, aprovechan la confusion las mozas, y olvidando provisionalmente al novio que *ara con sus bueyes*, salen á recibir y festejar á sus galanes. No hizo mas famosa entrada el capitan Gonzalo Fernandez que la que hace el Bandolero en esta ocasion; ni mas obedientes cayeron los muros de Jericó al sonido de la

trompeta, que cae á su voz la soberbia requisitoria mutilada por las cuatro extremidades. Allí quedan aferradas con sus cuatro obleas en las puertas del templo, para escarnio y terror de moradores y transeuntes, como quedarian los miembros del conquistador clavados en vigas por el camino si le llegasen á echar la zarpa. Hecho asi, el caudillo abandona la poblacion llevando engastada en su puñal á la prisionera, sin que nadie tome á su cargo el vengar la injuria; vuelvo á su retiro seguido de su gente, y desmontando la clava en el primer tronco que se le presenta, á guisa de murciélago. Alzase confuso estruendo de gritos, risotadas y sarcasmos, siguen las burlas, los insultantes dicterios sin traba ni reparo alguno; se celebran mútuamente sus ocurrencias, se brindan por sus intenciones, y tomándola al fin por blanco la fusilan por la espalda ejercitando su destreza para emplearla si posible fuera en los autores. De esta manera respeta el Bandolero las disposiciones de la sociedad, dejando á cubierto á los amigos.

Gánase una batalla, y se recoge el botin: en seguida, como es de suponer, se levanta un ruidoso proceso para averiguar lo que todo el mundo sabe; y en él son llamados á declarar los pueblos mas cercanos al hecho: pero nuestros pueblos ni oyen, ni ven, ni entienden si no su propia utilidad y conveniencia; por consiguiente lo mas que resulta es, que los ladrones se llevaron el dinero y los robados se quedaron sin él. El mismo Bandolero acaso se presenta como testigo, y observa, y tantea, y registra, formando con lo que vé su composicion de lugar: si la cosa ha de parar en condenarle en rebeldía, se vuelve á su manada y aguarda tranquilo el momento de asesinar á la sentencia: pero el débil que dió márgen á ella con su inocente dicho, paga harto cara la inocentada, sin que lo estorben sus buenos servicios anteriores. Asi nadie trata de malquistarse con él, mucho menos cuando nada espera por galardon de su arrojo; y en resúmen cada cual prefiere las visitas del Bandolero á las del escribano.

De tal suerte, este hijo emancipado se llama de la familia cuando bien le cuadra, y aprovecha sus ventajas y placeres; considerándose espurio y borde en cuanto á lo demas. No hay feria ni funcion á que no asista, ni moza á quien no asedie, ni diversion que desperdicie. Comunmente le acompañan hasta llegar los cofrades y su galana pareja, ostentando con el lujo de sus vestidos la gentileza de su persona; mas luego se desvian todos, y apenas se dan por conocidos, tomando parte en ese frivolo aparato que llaman trato de gentes, aunque por diverso fin. Cada uno se dedica solo á sus faenas ¿quién vá á la feria simplemente por gozar? pero siempre dispuesto á socorrer á los restantes en caso de necesidad. En tales lances, abandona las armas de grueso calibre para presentarse en público; aunque un par de cachorrillos y una tercera de muelle, poco peso hacen en la faltriquera. Su rumbo y boato son allí mas estremados que en parte alguna; y el juego es en nuestros dias la señal mas evidente del rango y la importancia del individuo. El Bandolero pues que á nadie cede y á muchos aventaja en pomposa ostentacion y en medios de sostenerla, juega por de contado, y juega fuerte: pero gana sin interrupcion, ó por lo menos no pierde nunca; porque avizorando en donde para el dinero, y disponiendo una caceria para el primer

dia de campo, recobra su desembolso con mas aumento que un contratista del Estado.

En los ratos de ocupacion se dedica á chalanear vendiendo lo ajeno, y haciendo propio lo que no compra. Apenas hay mercado en que no varie de palafren, y esto por calculado sistema, pues entiende que «por el rostro se distingue á la presona, y por el *almifor* y el vestio se la barrunta.» Cuando vé alguna cosa *que lo merece*, se arrima haciendo la desecha, y empieza á tratar con frialdad el ajuste.

—Tiene cosquillas?

—No señor, es un cordero.

—¿Duro é boca?

—Con una hebra de seda le maneja un niño.

—¿Y qué tal escapa el animalito?

—Como caballo de apuesta; y saltador, no se diga.

—Compadre; tiene pena é la vida el que hable mal de su género.

—No hay mas que á la prueba; y si miento yo, le doy de balde.

El Bandolero con la gracia del mundo, se pone de un brinco á horcajadas sobre el lomo; aprieta con fervor ambas espuelas, y el caballo arrancando de un largo salto parte á carrera tendida y asombra á los circunstantes. El dueño le contempla embelesado, y recostando sobre su vara una cadera, calcula el aumento de precio que tan lucido ensayo le promete: mas temiendo luego que puede reventarse, empieza á gritar con todo su pulmon, eh! ola! vuelta! vuelta!

—La del humo, contesta á media voz el ginete; y picándole de nuevo desaparece con la velocidad de un relámpago.

El método no puede ser mas sencillo; pero no obstante prefiere por lo comun aguardarle en su terreno, y reserva sus hazañas y proezas para el campo raso.

En esta vida activa y laboriosa, alegre y matizada de sobresaltos, pasa el Bandolero sus dias, excepto aquellos en que caido en el lazo, divierte su ocio con experimentos teórico-prácticos para lo futuro, y proyectos de mejoras sobre el arte. Como todo hombre de posicion, adquiere orgullo, se hace exclusivo, y no puede tolerar émulo ni rival de sus glorias. Apenas sabe que cerca ó lejos de su permanencia despunta otro capaz de fijar la atencion aterrando, le busca y persigue con afan, tan solo por el gusto de probarse las fuerzas y rajarse el corazon á puñaladas. A veces se atraen desde los parajes mas remotos, y emprenden largas peregrinaciones sin mas intento ni motivo de queja: y es tan arraigada y severa la costumbre, que gana mucho en opinion el que acude al territorio ajeno; y perderia toda la suya quien sabiendo que un beduino ha conseguido por apodo *mil hombres*, no acudiera solícito á departirlos con su navaja.

De este modo llega á cobrar fama y extender su nombradía por todo el ámbito de su pais; haciéndose objeto de conversaciones y artículos. Entonces ya se le

puede pronosticar, segun los tiempos que corren y sin necesidad de acudir á los astros, que su destino le lleva como un rehilete á figurar sobre las tablas: si es afortunado, en las del coliseo; si nó, en las de algun armatoste á las afueras de la capital.

BONIFACIO GOMEZ.

EL COLEGIAL.

PARA que haya Colegiales preciso es que haya colegios, (¡quién lo duda!) y para que haya colegios es necesario que haya Colegiales. Esto parece indudable, por la regla de los correlativos, y seguramente lo calificaríamos de tal, si en esta tierra de garbanzos, donde tres y dos no son cinco, pudiera haber cosa cierta. Asi es que en España hay colegios sin Colegiales, (traslado á los colegios electorales) y tambien Colegiales *in partibus*, aun prescindiendo de los abogados, escribanos y zapateros, cuyas asociaciones se titulan colegios en algunos pueblos, y que asi son Colegiales como por los cerros de Ubeda.

Siguiendo pues las fórmulas parlamentarias, antes de *abordar* la cuestion debo hacer la *salvedad (lenguaje castizo,)* de que no es mi ánimo meterme en nada con los dichos Colegiales, *que no son Colegiales*, sino solamente con los que viven reunidos en comunidad; bajo cuyo nombre se comprenden no solamente los individuos de los colegios mayores y menores, sino tambien de los seminarios conciliares y de la Escuela Pia, pues á los alumnos de todos ellos se da indistintamente el título de Colegiales.

Bien quisiera yo saber cuántos y cuáles eran los colegios que habia en España en tiempo de Gerion y del rey Brigo, pero nada dice el Beroso acerca de ellos, y no es cosa de añadirle un capítulo. Queda pues como Colegial mas antiguo de España su patron Santiago, individuo que fué del

colegio Apostólico, pues aun cuando no era de origen Español, por sus servicios patrióticos obtuvo hace ya tiempo carta de naturaleza.

Hubo posteriormente un señor arzobispo de Toledo llamado el señor don Gil de Albornoz, y no pareciéndole sin duda esta tierra la mas á propósito para Colegiales, labró allá en Bolonia un colegio mayor, que ha producido muchos y célebres bolonios, y no valga por insulto. Pero otros mudaron de parecer y se pusieron á construir colegios en España, entre ellos don Diego de Amaya Maldonado el de san Bartolomé de Salamanca, el cardenal Mendoza, el de santa Cruz de Valladolid, Fr. Mortero el de san Gregorio, y el célebre Fonseca el de su nombre en Santiago y el del Obispo en Salamanca. En seguida Cisneros conoció que la tierra de Alcalá era buena para Colegiales, y en virtud de ello fundó el colegio mayor de san Ildefonso y otro para gramáticos y el de filósofos con 70 plazas; en memoria de los 70 discípulos, (fortuna fue que no se acordára de santa Ursula y las 11000 vírgenes) y luego el de la madre de Dios para teólogos, y luego el de san Pedro y san Pablo, y luego..... échense Vds. á contar hasta 8 ó diez colegios.

Vinieron en seguida los obispos del concilio de Trento y se echaron á fundar colegios y seminarios á porfia, y otros que no habian asistido al concilio, no por eso quisieron ser menos. Duró esto por mucho tiempo, hasta que se hizo mas de moda el fundar capellanías, porque es de advertir que en esto de fundaciones influye mucho la moda.

Vino por fin la generacion actual con su ilustracion y su jamancia, y de un papirotazo echó abajo conventos, capellanias, mayorazgos y colegios, y hasta los seminarios han quedado en el aire, como el alma de Garibay. En cambio llegó la moda de los liceos, y no hubo pueblo de Madrid á Belchite inclusive, que no tuviera el suyo: cuando ya se iban agostando ha entrado por fin la moda de los Institutos, que..... déjelos Vd. estar.

Para considerar pues al Colegial bajo sus diferentes fases vamos á seguir sus pasos en la Escuela Pia, el Seminario y el Colegio, hasta que esta crisálida literaria se trasforme en oidor ó canónigo, segun el camino por donde Dios le llame.

PRIMERO.

Ab initio et ante sæcula.....

No quiero decir que el Colegial haya existido desde el principio del mundo, si no que voy á considerarle desde su origen y nacimiento. Bien es cierto que aquel bonachon de Horacio dijo, que no se tomaran las cosas desde sus principios remotos, ni el sitio de Troya desde el huevo de Meleagro; pero aquel poeta era un clásico de los de tres al cuarto, y como dijo Fr. Blas: «*nosotros llevamos la contraria con el Ilustrísimo Barradas.*»

Digo pues, que á fuerza de varias y profundas investigaciones se han convencido los que han tratado la materia, de que el Colegial nace como los

demas hombres, opinion que confirmaria quizá con mi propia experiencia, si me acordara algo de la época á que me refiero. Con todo en las poblaciones donde habia colegios mayores, acostumbraban las mujeres marcharse á parir en algun pueblo distante de aquel establecimiento, cuando menos una legua. Esto lo hacian para eludir la ley ó estatuto que prohibia entrar Colegiales mayores en casi todos ellos, á los naturales del mismo pueblo ó sus inmediaciones.

Erase pues un muchacho nacido á mas de una legua del Colegio mayor, y por tanto predestinado por su madre para Colegial. Con todo, no hubiera entrado tan pronto en esta profesion, si las continuas travesuras no hubieran decidido á su familia á confiarlo á los Escolapios, como quien lleva al picadero un potro cerril. En efecto, el chico *prometia mucho*; pues á la edad de siete años era ya conocido por sus fazañas, en todas las callejuelas y encrucijadas del pueblo, y hasta los perros al verle á cierta distancia huian con el rabo entre piernas y haciendo el cojo. En vano el maestro descargaba sobre sus posaderas sendas zurras *á telon corrido*, y sus padres le encerraban en el cuarto oscuro y le amenazaban continuamente con el hospicio, pues nada servia para que dejara de hacer novillos y tomarse mas asuetos que los concedidos por el maestro; siendo ademas aficionado á las pedreas, de las cuales salia con frecuencia sino herido, al menos contuso. Tales fueron los motivos que obligaron á sus padres á sacarlo cuanto antes de la casa, por quitarse de ruidos, que no los hacia pequeños.

A pesar de todo hubo por parte de la madre una despedida sentimental y patética, en comparacion de la cual fué la de Fontainebleau, tortas y pan pintado. No asi de parte del chico, que se consoló bien pronto, y pasó aquel mal rato á fuerza de dulces. Una vez dentro del seminario, el bullicio y la algazara de los otros muchachos que salian de las clases alborotando y triscando desterraron bien pronto su melancolía, y una hora despues jugaba al toro con los otros chicuelos, como si toda su vida se hubiera criado con ellos. Por otra parte la dulzura de aquellos buenos religiosos, que se convierten á veces en niños, para alternar con ellos, y las caricias, que como á nuevo le prodigaban, hicieron que se olvidase bien pronto de las dulzuras de la casa paterna.

De este modo principió á sentir los goces y privaciones de la vida colegial, que para un niño criado entre el mimo y el regalo tiene mas de las segundas. Levantarse temprano, hacer las cuatro comidas á golpe de campana y casi siempre de una misma clase de alimentos, pasar largas horas sobre el libro y en el mas profundo silencio, y en seguida cinco en la clase, constituyen una vida enteramente contraria á la que habia tenido hasta entonces en su casa.

Llegó por fin un dia de salida, y despues de cantar el Oficio Parvo á coros y en comunidad, oir misa y vestirse el uniforme, ó traje del Seminario, pudo marchar á su casa en compañía del criado que apenas podia seguirle. Aqui fueron los abrazos de la mamá, de los abuelos, tios, parientes y amigos, que acudian á ver al chicuelo, como si viniera de Tetuan. Aquel dia hubo arroz y gallo muerto, pero se aceleró la comida para asistir á la comedia de la tarde en un palco segundo, donde se encajonó toda la familia, y el primero el Colegialito;

el cual se apoderó al punto de la silla mas alta y del lugar que le pareció mejor.

Pero segun se acercaba la hora fatal de regresar al colegio, se disminuia gradualmente su alegria y vivacidad, de modo que al llegar el momento temido, le atacaron casi repentinamente dolores de vientre y de cabeza. El padre que era hombre formalote y chapado á la antigua, desestimó las quejas del muchacho y las plegarias de la mamá, y con rostro impasible dió la órden para marchar. En virtud de ella el enfermo fué remolcado hácia el colegio por aquel mismo criado, que por la mañana apenas podia seguir sus pasos.

Al dia siguiente se quedó en cama, y el director le echó de menos durante la misa, por lo que acudió al punto á su alcoba para tomarle el pulso. Como práctico en los achaques de sus alumnos recetó sobre la marcha lavativas y dieta, remedios los mas eficaces contra la pereza y la indigestion, que suelen atacar á los Colegialitos, al dia siguiente de la salida. El suceso demostró cuán acertadas habian sido las medicinas, pues aquella misma tarde se levantó el enfermo con unos ácidos espantosos y á trueque de no quedarse sin cenar protestó, que ya no tenia nada, lo cual creyó de buena fe el bueno del maestro.

Pasaron dias y meses, y los meses llegaron á formar dos años, en los cuales nuestro muchacho se fué perfeccionando en la gramática latina y demas elementos que constituyen la educacion escolapia, sino brillante y variada, al menos sólida y concienzuda. Pero al paso que iba desarrollándose el muchacho crecia tambien con él cierta inclinacion á la holganza, á la cual diz, que somos muy propensos los españoles. Asi es que durante la vela en vez de estudiar la leccion, se entretenia en pintar monos en las hojas de los libros, viniendo estos á ser por este medio una especie de ediciones pintorescas, con el texto adornado de dibujos: y á fe que si quisiéramos llevar adelante la comparacion, entre los monos que pintaba el Colegialito y las aleluyas que decoran algunas publicaciones... pero mas vale callar.

Por otra parte era camorrista, y andaba siempre al morro con los otros compañeros, los cuales en despique le abrian sendas trincheras en la cabeza, ó cuando menos burujones como puños. Crecian los castigos en proporcion de su petulancia, y la palmeta amenazaba de contínuo á su mano: en despique, los dias de salida referia á su mamá los castigos de que era, (segun él decia) inocente víctima, pintaba con los mas negros colores la crueldad de sus maestros, y aseguraba formalmente bajo su palabra, que pasaban de cincuenta los heridos de palmeta que habia de contínuo en la enfermería. Pero se guardaba muy bien de referir sus diabólicas travesuras y lo mucho que en otras ocasiones lo halagaban, porque es de notar que los mayores enemigos de los Escolapios son sus discípulos mas mimados. Lloraba la madre á lágrima viva al oir tan trágicas relaciones, pero el padre mejor informado de las tretas del chicuelo, se desentendia de sus cuitas.

Llegó por fin el dia del cumpleaños de la mamá, y el muchacho se presentó á cumplimentarla con una hoja de papel marquilla bien orleada, que contenia una décima de circunstancias compuesta y escrita por el Colegial, no sin ayuda

de sus maestros. Admirada la mamá de tan gran adelanto decretó en el acto que se colocara la décima en el testero del salon, con su correspondiente marco dorado. Aquel dia estuvo feliz el muchacho, tradujo un trozo de Cornelio Nepote con tal seguridad y maestría, que dejó admirado á un capellan tio suyo que tenia las letras como las del Misal, pocas y gordas. En seguida sintiéndose inspirado á la vista de unas nueces, principió á recetar subido sobre una silla la fábula de la mona:

subió la mona á un nogal,
y encontrando una nuez verde, etc.

pero al decir «arrojóla el animal. ..» tiró tal castañazo á una hermana suya, que sus lamentos le obligaron á suspender el recitado, con no poca risa del auditorio.

Aquel dia la madre repitió los ataques, y apoyada por el capellan decidió á su marido á que sacara al chico del colegio, contra el dictámen de sus maestros. Tambien se acordó enviarle á principiar la filosofía en un Seminario conciliar, para que conservase mejor la inocencia..... si aun era tiempo.

SEGUNDO.

Cadit in Scylam, etc.
Por huir de la sarten cayó en las ascuas.

Al que no quiera caldo taza y media: asi dice un piadoso refran castellano, y asimismo le sucedió á nuestro Colegialillo, que huyendo de los Escolapios vino á dar en un seminario conciliar. Practicadas las debidas diligencias entró de aquel establecimiento el mismo dia de todos Santos para principiar primero en filosofía. Presentóse al rector, que era un canónigo de los de *in illo tempore* y á presencia suya se vistió el manto de paño oscuro y una beca de color mas claro: advirtiendo que se veian los pantalones por bajo del manto mandó al nuevo alumno, que en lo sucesivo se abstuviera de usar aquella prenda profana, ó cuando menos subírsela hasta la rodilla, aunque seria mejor usar calzones, lo cual reputaba mas meritorio en la presencia de Dios.

En seguida tomando un polvo y sentado *pro tribunali* (el tribunal era un sillon de Moscovia con clavos como platos) le dirigió sobre poco mas ó menos la siguiente plática. «Vas á entrar, hijo mio, en esta *santa casa*, donde tu talento será cultivado y tus costumbres reformadas con la ayuda del Señor. El traje sencillo y humilde, que acabas de vestir, te recordará que debes ser modesto en presencia de tus superiores y sufrido con tus compañeros; cuidando mas bien de ajustar tu conducta, que no escudriñar las ajenas: no obstante si observares en ellos algun vicio ú desórden, tendrás cuidado de avisarlo á los superiores, porque como dice la Escritura, *facientes et consentientes....*»

—Y á todo esto, hijo mio, á cuántos estás de latin?—Bastante bien: ya traducia aquello que principia *Barbara piramidum.*

—¡Profanidades!.... yo no sé qué gusto tienen esos padres Escolapios de

enseñar á los chicos esas heregías, sabiendo que á san Gerónimo le dieron los ángeles una zurra por leer á Ciceron. ¡Como sino tuvieramos ahi los santos nuevos y los himnos!.. Al decir esto, abrió su breviario, y el muchacho tradujo á satisfaccion la antífona que principia: *¡Oh doctor optime!*

Concluida la recepcion pasó el nuevo seminarista á instalarse en su cuarto, que tendria escasamente 12 pies de largo por 8 de ancho: tres sillas, una cama de tablas, una mesita y un cofre formaban su menaje, un crucifijo y la oracion de san Francisco de Asis contra las malas tentaciones completaban su adorno; todo ello á espensas del nuevo. Despues de arreglados sus chismes y libros salió este al claustro donde ya le esperaban los otros seminaristas.

Yo quisiera conocer algun anticuario, que me sacára de la ignorancia en que estoy acerca de quién fué el que inventó las vejaciones que sufren los nuevos en casi todos los establecimientos, y lo que usaban los egipcios y los babilonios sobre este particular. Lo que sí puedo asegurar es, que en nuestra patria se acostumbra desde tiempo inmemorial recibir sus compañeros á los nuevos obsequiándolos con algunas barbaridades á estilo de Sacedon. Ahí está la historia del gran Tacaño, que no me dejará mentir: véase en ella el recibimiento que hicieron los estudiantes de Alcalá al hijo del barbero de Segovia.

Respecto de nuestro héroe se contentaron los seminaristas con quitarle el bonete, que corrió de mano en mano, ora tropezando en las maderas de los techos, ora lamiendo el polvo de los ladrillos, hasta que volvió á manos de su dueño, víctima de una vejez prematura. En seguida colocaron al nuevo sobre una escalera de mano, y en esta forma le condujeron procesionalmente por los claustros, como al sacristan en el sainete del santo, cantando con voces asochantradas:

Alegrémonos, alegrémonos,
porque justo es que nos alegrémonos.

Sudaba el pobre novato la gota gorda, y en su turbacion no advirtió que le conducian á tropezar con un farol suspendido del techo por una cuerda. Temeroso de romperlo trató de dar un salto, al mismo tiempo que los conductores conociendo la intencion soltaban los estremos de la escalera, la cual vino al suelo con grande estrépito. En tal conflicto se agarró á la cuerda del farol y quedó por un momento en el aire haciendo piruetas, pero la cuerda harto endeble para tanto peso se quebró al punto, y el burlado jóven vino al suelo aplastando el farol, y recogiendo en su manto el contenido de la lámpara. Entonces se le acercó un seminarista bizco, y ayudándole á levantar le dijo, parodiando aquellas palabras del Apocalipsis: *dignus est agnus*: «digno es ya este pobre español de alternar con la gente del bronce: su manto y su bonete principian desde hoy á caminar hácia la venerable antigüedad.»

En aquel momento se oyó un grito agudo que decia: *¡¡el pasante!!* La

presencia del pasante causó en aquella reunion una escena muda parecida á la del casero en la casa de *Tócame Roque*: cada uno se guarece en su madriguera. Solamente el inesperto nuevo quedó á pocos pasos del sitio de la catástrofe, y hubo de sufrir sus reconvenciones á vista de los sucios despojos de la refriega. En vano trató de sincerarse nuestro *delincuente honrado*, y para salir del apuro tuvo la debilidad de acusar al bizco, pues probó este á poco rato con el testimonio de una porcion de colegiales, que cuando se oyó el ruido estaba tomando el sol en la azotea.

Una avalancha trae otra avalancha, (palabras del Han de Islandia) y una broma trae otra en pos de sí. El pobre novato que tuvo la debilidad de acusar al bizco hubo de purgar bien pronto su pecado, á la manera que Sancho por no pagar en la venta. A cada vuelo que daba sobre la manta le preguntaba el bizco si volveria *á cantar*, hasta que molido y mohino juró el pobre mancebo por las puntas de su bonete ser en lo sucesivo antes mártir que confesor.

Durante el primer año nuestro seminarista como lógico y como nuevo hubo de sufrir un noviciado harto triste. No solamente sufria las calaveradas de los antiguos, que solian divertirse á su costa, sino que ademas cargaba con todas las culpas, segun aquello, de que siempre rompe la cuerda por lo mas flojo. El servia de atalaya mientras los otros jugaban en algun claustro retirado, hacia de testigo falso en obsequio de los antiguos, y les contribuia con parte de su racion, cuando ayunaban por alguna calaverada. Si era preciso interpelar al mayordomo, para que sustituyera otro almuerzo á la cuotidiana chanfaina, ó exigiera la responsabilidad al inmundo pinche, que hacia servir en obsequio de sus narices el mismo mandil en que cortaba las sopas, en tal caso el nuevo era uno de los destinados á llevar la embajada. Por resultado de ella al ocupar su puesto en el refectorio solia hallar vacío el sitio donde habia de estar el postre, y cuando en seguida alargaba la mano para tomar el plato apartaba el fámulo la tabla donde los traia: esta pequeña accion, y la risita con que la acompaña el fámulo, indican al pobre seminarista que por aquel dia se queda sin comer.

Jamás vió un preso con tanto placer acercarse el fin de su condena, como el seminarista llegar el dia de San Juan. Asi es que desde el primero de mayo contaba por dias y por horas las que le faltan para salir. Llegó por fin el anhelado instante, y salió nuestro jóven tan aturdido y precipitado, que ni aun se despidió del rector, ni de sus compañeros. Al llegar á la posada donde le esperaban la mula y el criado dió á este tanta prisa, que aquella misma noche durmió á seis leguas del seminario.

Pero al acercarse el formidable dia de San Lucas, vuelven á renovarse las llagas que un verano feliz apenas habia logrado cicatrizar. A pesar de eso el segundo año de seminario es ya mas tolerable que el anterior. Al regresar allá se encuentra el Colegial en tierra de amigos, y para entonces han acordado ya otro nuevos en los cuales piensa ensayar las lecciones prácticas que recibió en el curso pasado. Con todo su desarrollo está reservado para el tercero.

Efectivamente en este año es cuando concluye de formarse el carácter del seminarista, mientras el catedrático trata de enseñarle filosofía moral. Ya no es entonces aquel jóven pavoroso y tímido, que se quitaba el bonete al aproximarse el pasante, y temblaba como un azogado mientras el rector le dirigia la palabra. Al paso que se ha desarrollado su físico, han tomado incremento su petulancia y sus pasiones. Lejos de temer al pasante ni á los catedráticos los insulta y les responde con altivez, los castigos solo sirven para aumentar su procacidad: si le quitan la racion está seguro de que comerá mejor, porque cada compañero le guardará una parte de la suya, y si llega el caso de meterlo en el cepo, pasa un dia feliz fumando y tumbado á la bartola. Nada hay seguro en el seminario ni aun dentro del cuarto del rector: pero sus tiros mas frecuentes son contra la dispensa. Unas veces quebranta su cerradura, otras ensaya el modo de abrir con una llave de madera construida á fuerza de industria y de paciencia, y al último recurso mete por el agujero de la puerta al gato mimado del rector y al verle pasar por encima de las uvas tira del bramante con que le tiene sujeto, y arrastra hácia la puerta al quejumbroso animal, que de paso trae dos ristras de uvas entre sus crispadas uñas.

Si el rector tiene corral de gallinas (como suele suceder) el seminarista trata de pescárselas sirviéndole de caña una escoba, de sedal un bramante, de anzuelo un alfiler encorvado, y de cebo un pedacito de pan. ¡O vosotros pescadores de agua dulce, que despues de un dia de paciencia, lograis pescar una suela de zapato y unas tercianas! ¿Tendréis todavia valor para negar la posibilidad de pescar en seco? (prescindiendo de las oficinas).

Viérais al través de aquella alta reja los malignos semblantes de aquellos improvisados pescadores, al contemplar la ascension de la gallina, que se sube por el aire aleteando y cacareando en falsete. A falta de estos despojos, cuyo grato sabor es dificil comparar á otros manjares, el seminarista de pelo en pecho soborna al portero, (que viene á ser el carabinero de aquella costa) ó se vale de los estudiantes esternos para meter sus contrabandos, por cuyos medios rara vez carece de vino, frutas y sobre todo de tabaco, porque el seminarista que no fuma, es una especie de salamandra cuyas alas no se han chamuscado en el fuego.

Cuando el seminarista ha logrado introducir un buen contrabando convida á sus camaradas, y una hora despues de tocar á silencio, ya que el rector y los catedráticos han atrancado sus puertas y duermen profundo sueño, se reunen los amigachos y tienen su orgía. A veces al salir de ella el calavera se divierte en sorprender algun nuevo y echarle entre las sábanas los restos del festin. Y ya que nombramos al calavera, es de notar, que en aquella pequeña sociedad tambien hay gente *crua*. Pero allí sus fechorías se reducen á zurrar á los que son inferiores en fuerzas, hacer por la noche la fantasma arrastrando por los claustros algun palo, ó entrar en el cuarto de algun nuevo, para arruinar vilmente su inocencia. A veces sorprendido por el pasante, ó algun catedrático en estas escursiones nocturnas paga su delito

con algunos dias á media dieta, otras logra burlar su persecucion ocultándose en algun rincon del oscuro claustro.

Una de las anécdotas mas vulgares en las crónicas seminariales, (que se conservan por tradicion, por no haber sido aun redactadas) refiere, que habiendo sorprendido cierto rector á un calavera que andaba haciendo ruidos por el claustro, y no pudiendo reconocerle por la oscuridad sacó unas tijeras y le cortó un rizo de pelo, *ó chorizo*, que llevaba en la cabeza, y del cual le tenia sujeto. A la mañana siguiente al entrar en el oratorio los seminaristas para oir misa se colocó á la puerta, y quedó no poco admirado al ver entrar sin el correspondiente rizo al mas beato y morigerado de todos los teólogos. Iba ya á echarle en cara su hipocresía cuando observó otros varios, que entraban igualmente trasquilados. Efectivamente, el pilluelo se habia entretenido en cortar el pelo á varios Colegiales, sorprendiéndolos mientras dormian.

Luego que un calavera se ha remontado á tal altura, solamente le falta idear un medio para evadirse alguna noche del colegio, ora saltando ventanas, ora trepando á los tejados. Si logra volver felizmente de su expedicion, puede hacer cuenta de que ha conquistado el vellocino, y ya no hay mas que buscar un toison y colgárselo.

Pero todas las cosas tienen un término en este mundo, y á la manera que la enfermedad, pasada la crisis principia á declinar, así tambien el seminarista pasado el tercer año (la crisis) suele entrar en juicio, y á fuer de teólogo y antiguo se hace respetar de los filósofos y de los nuevos. Y ¿quien sabe? quizá aquel muchacho qne tanto hizo rabiar al rector y demas superiores, llega á ser un seminarista formalote, con honores de pasante, catedrático y *gimnasiarca* (ó heresiarca como decia la tia Catuja madre de Fr. Gerundio de Campazas), lo cual tampoco impide, que á veces el diablo tire de la manta y descubra las antiguas mañas.

Por lo que hace á nuestro jóven (á quien dejamos olvidado desde su regreso al seminario) no esperó á verse condecorado con tantos honores, y concluida la filosofía manifestó que no queria seguir en el seminario, sino estudiar leyes ó cánones en la universidad. Al oir esta decision un P. Lector, que era el oráculo de la familia, echó la capilla sobre su cabeza, metió las manos en las mangas, y exclamó con aire compungido: ¡está visto! este muchacho principió sus estudios *por las declinaciones de los nombres*, y acabará *por las inclinaciones de los hombres*.

TERCERO.

Imberbis juvenis, tandem custode remoto.
El desbarbado jóven entra en un colegio
donde no hay pasantes, ni centinelas de vista.

No llevaron muy á bien sus padres que tratara el exseminarista de echar á volar por el inmenso espacio de las universidades; y entre el extremo de

suspender su carrera, ó dejarle á sus anchuras, idearon un justo medio cual fué introducirle en un colegio. Se trató el asunto con un patrono, el cual se encargó de presentar al jóven para una beca, gratis, aunque autores hay que afirman otra cosa.

El colegio al cual se le destinaba era uno de los muchos que se fundaron durante los siglos XVI y XVII, los cuales se subdividian en mayores ó menores, segun que los rectores eran anuales ó perpetuos y los Colegiales graduados ó estudiantes. La influencia de los primeros llegó á ser bastante pesada á mediados del siglo pasado: el lujo y la ostentacion, con todas sus consecuencias, habian reemplazado á la sencillez y gravedad primitivas; y el espíritu de fraternidad habia degenerado en pandillaje. Sucedió entonces lo que por una ley general sobrevendrá á todas las instituciones, que pretendan ejercer una influencia desmedida en la sociedad. Los postergados principiaron á murmurar contra aquellos establecimientos, hiciéronse ostensibles sus abusos, y concluyeron por desacreditarlos. Tratóse entonces de reformas, pero las que se hicieron en algunos de ellos (y especialmente en el de San Ildefonso de Alcalá, como mas inmediato á la accion del Gobierno) fueron como las que se usan en el dia, que consisten no en mejorar la institucion, sino en echarla abajo. Por otra parte sus riquezas eran muy considerables, para que no atrajeran sediciosas miradas.

Por lo que hace á los menores, su número era excesivo en muchas universidades, especialmente en Alcalá y Salamanca, y la pobreza de algunos tal, que apenas sustentaban dos ó tres Colegiales. Por esta razon el ministro Roda refundió muchos de ellos, ó los agregó á otros mas observantes y mejor dotados. Pero las reducciones consecutivas de censos y juros, los trastornos políticos y rentísticos, que desde aquella época ha sufrido nuestra patria, los han ido destruyendo casi en su totalidad, ó aniquilando sus rentas, hasta el punto de poder apenas sostener un número insignificante de Colegiales.

En uno de estos moribundos colegios fué donde le tocó entrar al ex-seminarista, para hacer de tercero en discordia, á tiempo que se componia la comunidad de dos individuos, uno que hacia de rector y otro de secretario. Y á pesar de eso ¡oh desgracia parlamentaria! no fué posible que se le admitiera por unanimidad porque el secretario, (la oposicion), no convenia en ideas con el rector (el gobierno) y siendo este favorable al pretendiente, el secretario protestó la admision.

—Aseguro á V. S., señor rector, que ese jóven no entrará Colegial.

—Póngase el caso á votacion.

—Yo voto en contra.

—Pues yo en pro.

—Hay empate.

—En tal caso mi voto dirime.

—Protesto, y ya el secretario cogia el tintero de bronce, (que era de los de á 16 reforzado) y el rector empuñaba la salvadera en actitud de rechazar la protesta, cuando quiso Dios que entrára en la sala de juntas un Colegial antiguo,

y logró ponerlos en paz apoyando al rector y calmando al secretario. Quedó pues nuestro jóven admitido por Colegial, prévia la informacion de limpieza de sangre, para cuya revision fué comisionado el secretario; y despues de hacer los juramentos de estilo, el rector le dió posesion pasándole la beca del hombro izquierdo al derecho.

Tambien aquí hubo de sufrir el nuevo Colegial algunas vejaciones, y no fué la menor endosarse unos larguísimos manteos de cola, á lo cual se llamaba *arrastrar bayetas*. Este espectáculo proporcionaba siempre á los chicos de la ciudad la agradable diversion de pisarle al nuevo la cola, con grave riesgo de sus narices, por lo que en algunos colegios fué preciso determinar que fuera un paje á retaguardia sosteniendo la cola. En esta forma visitó por órden del rector varias casas, sin hablar palabra, ni reirse, pues ambas cosas se le prohibieron. Figúrese el piadoso lector qué papel haria el pobre *arrastra-bayetas* entrando en una casa sin hablar palabra, permaneciendo allí media hora sin desplegar los labios, y salir por fin de allí con la gravedad que un asno de la cuadra, sin decir á Dios, lo cual se llama despedirse á la francesa.

Una vez instalado en el colegio, bien pronto se acostumbró á esta nueva vida, algo mejor por cierto que la del seminario, atendida la benignidad de las constituciones, y las interpretaciones aun mas benignas que sufrian. Es cierto que aquellas prescribian que al anochecer, en rezando la salve, se cerráran las puertas, pero esto se entendia de las principales, no de otra escusada, para la que cada Colegial tenia un picaporte. Es cierto que las constituciones mandaban que pidieran al rector permiso para salir, pero tambien es cierto que este nunca lo negaba, y por tanto le ahorraban la molestia de darlo saliéndose sin él. Tambien prohibian tener refrescos: pero nada decian de comilonas, que tuviesen espada y rodela, pero no privaba la escopeta; que entrasen mujeres, pero esto hablaba con las malas, no con las honestas, parientas y conocidas.

Todo esto duraba mientras en el colegio habia union y paz; pero si estas llegaban á faltar, y los Colegiales se dividian en parcialidades, entonces el colegio mudaba de faz, y se ponian en práctica hasta las mas pequeñas menudencias y ceremonias. El rector se veia precisado á dejar de asistir á la tertulia, so pena de hallar á su regreso atrancadas las puertas y dormir fuera del colegio; bajaba á comer al refectorio, y se sujetaba á todos los actos de comunidad. En cambio los Colegiales tenian que salir de dos en dos, oir misa diariamente, acudir por la noche al rosario y la salve, los sábados á las conferencias ó conclusiones y los domingos primeros de mes á comulgar en el oratorio. Desaparecian las armas y los galgos, se cerraba la puerta escusada del colegio, y en la cocina no se admitia ni se guisaba mas racion, que la cantidad designada por los estatutos. La menor infraccion se castigaba con alzamiento del cuaderno, que equivale á suspension de alimentos, y privacion de voz activa y pasiva, por cuyo medio podia el rector cercenar á la oposicion algunos votos, en caso de tener que celebrar junta ó capilla.

Por fortuna, esto era muy raro, y las pequeñas rivalidades que llegaban á

estallar (principalmente cuando se habia de admitir algun nuevo), mediando entre jóvenes bien educados, rara vez turbaban hasta tal punto la armonía y fraternidad, tan necesarias en estos establecimientos. Por el contrario, apenas se hallará un Colegial que no refiera en tono de égloga ó idilio las dulzuras de la vida colegial. En efecto, aun prescindiendo de la jovialidad estudiantil y de la franqueza amistosa que reinaba en tales establecimientos, los estudiosos hallaban alli las ventajas de poseer una buena, cuando menos mediana biblioteca de su respectiva facultad, el poder consultar y repasar con los antiguos que habian concluido ya su carrera, y finalmente, los ejercicios y conferencias que se practicaban á puerta cerrada dentro del colegio.

Todo esto contribuia á que el Colegial mirase á su colegio con el cariño y entusiasmo que el militar á su bandera, y que al presentarse en público, lo hiciese con el mayor decoro y gravedad, aun cuando dentro del colegio fuese un botarate. Aquel mismo jóven que no dejaba títere con cabeza en el colegio, que al menor descuido merodeaba en los cuartos de sus compañeros como en pais conquistado, y por la noche salia de música con los estudiantes sus amigotes, apedreando vidrieras y faroles, y aun al corregidor y su ronda; al salir de dia por la ciudad, se revestia sin violencia de un aire grave y magestuoso. Al verle pasar los forasteros con aquel aire de provisor y su traje de colorines, se quitaban presurosos el sombrero y admiraban con la boca abierta á aquel jóven, á quien calificaban por lo menos de aprendiz de obispo.

Con todo, no siempre el Colegial usaba el mismo porte. El nuevo solia llevar el bonete hácia la region occipital (en castellano, el cogote), el manto caido, las manos en la vuelta de la beca, y el pantalon recogido hasta la rodilla, á riesgo de que sus medias negras le hicieran pasar por caballero de punto. El antiguo por el contrario, y mas en graduándose de licenciado, inclinaba el bonete chato hácia la oreja derecha, llevaba su manto terciado bajo el brazo, guantes blancos y el pantalon caido y con trabillas charoladas. Pero su vanidad principal estaba en llevar el manto tan raido y deslustrado, (en señal de antigüedad) que apenas se conociera si el color primitivo fué verde, azul ó encarnado: porque es de notar, que aun cuando los colegios solian pasar un tanto anual para vestuario, era muy raro el Colegial que usaba mas de un manto, mientras durase su colegiatura. Al verlo con aquella facha tan profana, los nuevos se escandalizaban, suspiraban al pasar junto á él los padres graves, y á veces ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! suspiraba tambien alguna liviana comadre.

Bajo este punto de vista se hizo muy notable nuestro anónimo Colegial, cumpliendo al pie de la letra el vaticinio del padre lector. Asi es que á poco tiempo de haber salido del colegio, y habiendo obtenido buena colocacion en una Audiencia, determinó asociarse á una jóven á la cual hubiera hecho anteriormente Colegiala, si las constituciones del colegio no lo hubieran prohibido de un modo terminante.

Mas no por eso deja de mirarse como Colegial, y considerarse hermano de los que le han reemplazado: cuando se encuentra con alguno de ellos se

informa minuciosamente no solo del estado del colegio, sino que tambien de los muebles y enseres, y en seguida pasa á referirle por menor todas las calaveradas y reyertas que hubo en su tiempo, las botellas que escamotearon al rector, la travesura con que engañaron á unos frailes en un dia de Inocentes, y la reyerta que hubo con un rector intruso, nombrado por el Consejo, al cual echaron de la sala rectoral á bonetazos, haciéndole abdicar en seguida *espontáneamente*. En cuanto á proteccion no hay nada que decir: nuestro magistrado refiere con mucha gracia la contestacion de aquel catedrático moribundo, que preguntándole si le remordia algo la conciencia en materia de grados y honores académicos, respondió con un candor angelical, *no padre, pues yo siempre estuve por mi colegio.*

Hemos procurado bosquejar al Colegial, como era en aquellos aciagos tiempos en que no habia ni libertad ni motines, ni turron ni patriotismo. Y decimos *era*. porque este tipo está ya agonizando, y á la vuelta de pocos años el presente artículo podrá servirle de sermon de honras. En unos puntos la falta de rentas los ha reducido á inanicion, en otros las juntas, las diputaciones provinciales ó el gobierno les han dado el *golpe de gracia*; ora para cargar con el santo y la limosna, ó bien para improvisar con sus despojos raquíticos institutos, ó mezquinos establecimientos de beneficencia.

Quizá á la vuelta de pocos años vendrá algun publicista á revelarnos en tono magistral la noticia de que el sistema colegiado es útil para la educacion de la juventud, doctrina que en el dia es una blasfemia literaria. Entonces se calificará de ostrogodos y jamancios á los *reformadores*, que no supieron utilizar los establecimientos colegiales, que aun subsistian en España, durante el primer tercio de este siglo, y..... ¿quién sabe? ¡quizá vuelva la moda de fundar colegios! porque como dice nuestro refran, *al cabo de los años mil, van las aguas por donde solian ir.*

VICENTE DE LA FUENTE.

EL BARATERO.

mi me gustan los hombres *crudos*, pero de lejos; y aun cuando me despepito como suele decirse por ser espectador de una riña á *navajaso*, la verdad, sino hay un balcon ó un andamio donde pueda colocarme, haz cuenta, lector de mi alma, que dejo mi puesto vacío para el primer prójimo curioso que acierte á pasar y quiera relevarme. No, sino andarse cerca de dos *mosos ternes que se están diñando mojás* ó meterse á separarlos, y sacará algun *javeque* el caritativo mediador..... sin poderlo remediar por supuesto. Y si esto es lo probable con dos *mosos güenos* de la tierra de María Santísima ¿qué no habrá que esperar de la flor y nata de los valientes, de ese hombre con el alma negra, con mil rajas en la piel, con el brazo derecho cansado de mandar bravos á los cementerios, del BARATERO en fin? Confieso que si me pongo á reflexionar seriamente y pienso en que estoy cara á cara con el BARATERO, siento tal dósis de *canguelo* discurrir por mi individuo, que estoy por asomarme al balcon y dar voces á la guardia pidiendo socorro. Y hé aqui que la guardia me hace recordar que hay tropa, y ésta que hay cuarteles, y estos que hay cantinas, donde por mucho que me pese será fuerza buscar al *respetable* tipo que tú ¡oh lector! y yo,

MUNDO
NUEVO
VALLEJO.
ORTEGA

traemos entre manos y entre ojos. Seis, ocho, quince soldados, y entre ellos aquel, miradle, con un mechon largo de pelo sobre la frente recogido en un rizo tras de la oreja izquierda, la gorra de cuartel sobre el ojo siniestro, un pico del pañuelo fuera del bolsillo del pantalon y el de la navaja asomándose por entre dos botones de la casaca: su cuerpo descansando sobre una sola pierna, una mano en el cigarro y la otra en la cintura, y la mirada mas insolente y desvergonzada de la mas descarada criatura. De muy pocos amigos es la fisonomía de este hombre *poeroso*: moreno bronceado, con hondas pintas de viruelas, cejas pobladas y dos chirlos repartidos entre la sien y el carrillo, forman un conjunto de prójimo tan feroz y de un feo tan subido que hace saltar las lágrimas.

El servicio que corresponde al *Baratero soldado* en su regimiento, es sumamente dulce, porque está relevado por el sargento 1.° de su compañía del penoso ejercicio de cuartel y de las formaciones; solo asiste á las revistas ó á alguna guardia cuando vá el sargento primero cuya proteccion se aplica porque son paisanos, ambos del Perchel de Málaga, y porque entre los dos no hay cuentas nunca. El *Baratero* cede su prest al sargento, le hace tambien algunos regalos y le anticipa algunas pesetas, quedando siempre en paz porque el paisano es hombre de rumbo; ademas acompaña de noche al sargento en todas sus espediciones, hace cara á cualquier riña, y con esta mutua proteccion obtiene el sargento fama de muy valiente, aunque dice para sí el *Baratero* que *ez un mala gayina*.

El Baratero suele ser cabo lego, es decir, que no sabe leer ni escribir, y en este caso se llama el cabo Martinez, el cual llegó reclutado al regimiento por una *esgrasia; porque se le espuntó la navaja en un güeso de un amigo y tuvo q'acojese á lasarmas juyendo é los acólitos é la sevéra*. De guarnicion con su regimiento en Sevilla jugaba sus ahorros con los chindos del matadero, y harto ya de perder su dinero dijo un dia que se lo ganaban malamente, se trabó una disputa, medió *el alfile é dos mueyes, mojó á dos*, huyeron los demás, y hecho dueño del campo recogió el dinero de todos y se marchó al cuartel. A cubierto ya de las persecuciones de la justicia ordinaria, partió el dinero con el sargento, éste ayudó á cubrir el espediente respecto de las reclamaciones, y desde este dia el sargento Gutierrez fue el padrino y el protector del cabo Martinez, á quien tambien estiman los oficiales porque en los dias de accion lo ven siempre delante de las guerrillas, y los que tienen un ánimo valeroso hallan fácilmente simpatías.

Echada ya la suerte de su primera jugada y con la proteccion del sargento Gutierrez, *el Baratero* recorre las compañías de su batallon, se hace lugar en los corros donde juegan los soldados, toma cartas como fullero, arma camorras cuando pierde, y si sale vencedor en otra pendencia le cobran miedo, y desde entonces se hace abonar un tanto por baraja, y por derecho señorial del terreno. En los círculos donde no le conocen exige este derecho clavando su navaja al lado de los naipes del que tira el cané: tiene tres ó cuatro lances

todos los dias: vive de sus rentas: fuma puros: viste de paisano, y si cumple su tiempo de servicio sin que le maten ó le condenen á presidio vaga por el mundo el resto de sus dias acometiendo toda clase de empresas arriesgadas y nunca se le ocurre acometer la mejor de todas, la de ser hombre de bien.

Y ahora si á bien tuvieras, lector carisimo, seguirme hasta la no menos superlativa en belleza Málaga peregrina, á fé que te lo agradeciera, porque seguramente tropezariamos con otra edicion del cabo Martinez, y yo tengo por muy cierto que los duelos con pan son menos, es decir, que en lances de peligro cuanta mas gente mejor, y si nos ha de suceder alguna desgracia, mas vale que se reparta entre todos, porque aun cuando suele decirse que mal de muchos consuelo de tontos, el adagio es el que yo tengo por tonteria rematada. El alma generosa que vé padecer á cuantos le rodean, olvida una gran parte de sus penas propias por compadecerse de las ajenas, y ademas, el amor propio no padece cuando las calamidades no son esclusivamente nuestro lote y esto no solo es algo, sino aun algos en punto á la seguridad individual. Esto supuesto, sígueme, daremos un paseo por la puerta del mal y observarás alguno que otro grupo de muchachos descamisados á quienes conocemos con el nombre de *granujas*, sentados en el suelo, disputándose con una mugrienta baraja hasta dos reales en cuartos subdivididos en monedas de menor entidad. Están en la academia; asi principia su educacion, y alguno de entre ellos mas valiente que los otros, ó mas palabrero, ó peor intencionado, ya oculta bajo los sucios harapos que forman su atavío una navajilla con la que amenaza á los demás sino le pasan sus fullerías, porque el *Baratero* suele empezar casi siempre por tramposo. El que ha de revestirse con este carácter conócese ademas, en que media en todas las disputas, transige las diferencias, se hace respetar, presenta una baraja señalada para que tallen con ella y es, por ultimo, el mas atrevido y el mas diestro en apropiarse la hacienda ajena contra la voluntad de su dueño. Por la tarde se entretiene en *centralizar* en su poder los pañuelos de los viandantes para venderlos y jugar su valor, y por la noche y por la madrugada recorre los puntos del mercado *chorando*, como él dice, *lo que ce puee, y poniendo las cozas e su sitio.*

Cuando una guerrilla de estas se despliega desde la calle Nueva hasta la Alameda no hay pañuelo seguro en los bolsillos, y por mas prevencion y cuidado que se tenga, usan de tales mañas y sutilezas, que pierde cualquiera transeunte la comunicacion con sus narices. Estoy oyéndote dudar, lector benévolo: te veo fruncir los labios, manifestando con tu sonrisa un «que se acercasen á mi» y para convencerte de que no hay prevision suficiente para ello, quiero contarte un lance ocurrido allí no ha mucho tiempo que un arriero á quien le robaron una onza, teniéndola metida en la boca porque no se la quitasen.

—Un domingo en el momento de tocar á misa de doce, apuraba un arriero á un compañero suyo que se encontró en la puerta del mar, para que lo

acompañase á la iglesia, á lo que el desconfiado palurdo se negaba, dándole por pretesto que no queria meterse en bullas porque traia una onza de oro en la faja. El otro le hizo ver que no era razonable escusa para perder la misa: volvió á instarle, y para que se tranquilizara completamente: *métete*, le dijo, *la onsa en la boca, que de hay no te la sacarán.* Asi lo hizo el mal aconsejado mancebo, y satisfecho de la ocurrencia encamináronse los dos á la iglesia. Un grupo de *granujas* oyó la conversacion; observaron la operacion del cambio de bolsillo, y destacáronse tres como de unos diez y ocho á veinte abriles, y siguieron á los arrieros hasta la iglesia. Se despojaron de zapatos y sombreros, tomaron entre dos un pañuelo por los cuatro picos, echaron dentro algunas monedas de cobre y plata, y como si fueran dos marineros que iban pidiendo por cumplir un voto para decir una misa á la virgen del Carmen, se introdujeron en la iglesia colocándose al lado del arriero que estaba con su onza en un carrillo observando al través á cuantos estaban á su alrededor. Los dos fingidos marineros no quitaban la vista del arriero, conservando al mismo tiempo la actitud mas hipócritamente devota. Llegado el *ite misa est*, y al inclinarse como los demas fieles para recibir la bendicion, soltaron uno de los picos de trapo y derramáronse las monedas por el suelo. *Naide ce mueba, cabayeros, to este dinero es de la virgen zanticima; ¡cudiao con la onsa! ¿á onde está la onsa!!* Miraron todos al suelo, teniendo buen cuidado de no bajarse los fingidos devotos de la virgen, y volvió á repetir el otro: *la onsa pa mizaz pa la virgen no paese ¿quien ha tomao la onsa? Este picaro la cojió y ze la metió en la boca,* dijo uno de los oyentes que era el otro compinche, señalando al arriero. Este, echóse mano al momento, y al vérsela sacar de la boca todo el auditorio se indignó contra el improvisado ladron: arrebatáronsela los supuestos marineros ayudados por muchos circunstantes, y mientras el infeliz arriero juraba y perjuraba que era suya, ya estaba la onza muy lejos de la iglesia en poder de sus nuevos dueños, quienes se escabulleron de entre la muchedumbre con la rapidez que se desliza un pez en el agua.

Todos estos ardides no tienen otro objeto que sostener el vicio del juego en el que poco á poco vá formandose *otra clase de Baratero* que asienta sus reales en la *pescadería* y en el *muelle nuevo*, riñe en la playa tras de las barcas, y ya hecho hombre se halla en completa posesion de los goces de su destino, juega y gasta en las tabernas, mantiene una querida, y obtiene las rentas de su profesion.

Cuando esta clase de Baratero llega á ser conocido y temido, se establece en la casa de su querida que vive en el *mundo nuevo*; tiene por aprendices algunos barbilampiños que le sirven de espías al par que de echadizos para sus riñas premeditadas; y en tal estado ya el *Baratero* es un *temeron*, vive de su propio crédito y hasta los alguaciles lo respetan.

Cuando el *Baratero* necesita mas dinero del que le traen sus aprendices de los corrillos de juego establecidos en su demarcacion, porque suele acontecer que cada barrio tiene su *Baratero*, sale de mal talante de casa de su *chai*, y

dispuesto á entrar en lid, se derriba el sombrero sobre los ojos, se echa la chaqueta por delante del pecho, se acomoda por debajo de la camisa en el brazo izquierdo un manguito tejido de cañas, en el pecho un cuchillo, y una navaja en la faja, sujeta con una cadeneta prendida de un boton de los pantalones gasta poquísimas palabras y vá determinado á *armarla* en una parte fija. Dirígese como una hiena por el lienzo de la muralla, llega al Guadalmedina, discurre solitario por el hondo cauce del seco rio, y aparece de improviso tras de unas tapias donde se esconde una cuadrilla de charranes, soldados, granujas y marineros, toda gente perdida, desalmada, deshonrible y sin camisa.

—*Guarde Dios á loz cabayeroz y jente güena.*

—*Y á zumesé tamien, zeñó Curro*, contestan algunos, fijas en el nuevo interlocutor las miradas de todos. No se interrumpe por esto el juego, sino que afectan indiferencia, pero no por esto dejan de recelar de las buenas intenciones del *zeñó Curro*. Este empieza generalmente por hacer un par de puestas, previa informacion de los fondos existentes, y apenas las ha perdido, coge la baraja y la rompe presentando otra en seguida, acompañada del cuchillo que clava sobre la manta en que juegan. Si no hay quien le chiste, el dinero es suyo; mas si hay en la reunion algun *Baratero* de aquel barrio que estaba ya cobrando el piso á aquellas criaturas, recoge el cuchillo y lo tira diciendo: *aquí no nos azustan arfileres.*

—*Compae Juan, échece osté ajuera.*

Y entrambos se dirigen á la playa seguidos á distancia de algunos prosélitos aficionados. Despues de escogido el terreno apropósito, se lian al brazo izquierdo las chaquetas, cogen el sombrero en la misma mano, con la derecha el cuchillo, y empieza el uno:

—Ea, vamoz á ver los mosos güenos.

—Tire oste! Y empiezan á girar al rededor, manteniendo sobre poco mas ó menos este diálogo.

—Vente á mi, Curriyo, zin canguelo, no tarretires.

—Párece oste, zeñor Juan, quez osté un periquiyo saltaor.

—Anda aqui chavalejo.

—Ea, Dioz mio, encomiéndeze oste á Dioz.

—¿Te jeri?

—No ha zio ná.

—Poz voy á rematarte: Isioriyo, ayégate po el zantolio.

—Me gie osté ya zeño Juan; juy!..

—Juya oste por Dioz, que ya eztoy ensima, y le voy á abrí un boquete mas grande que el ojo é un puente.

—Ay Maria Zantízima! zujetáme, muchachoz, que me voy á quear con él, y zerá una láztima eze moso.....

Y aqui intervienen por una y otra parte los amigos, y en este caso el dinero del barato se gasta en la taberna y la reputacion de los *Barateros* se aumenta en sus respectivos barrios.

No suelen terminar del mismo modo las cuestiones entre el *Baratero* y un desconocido cualquiera que se oponga á la exaccion del dinero, sino que entonces sucumbe éste quedando mal herido, porque el Baratero tiene una inmensa ventaja en el arte de tirar al cuchillo y á la navaja, armas que maneja con mucha superioridad sobre un sable ó un florete en manos de un buen diestro.

Tambien acontece, aunque rara vez, que por antigua enemistad ó por negocios en que median mujeres, dos Barateros se desafian, y ambos valientes se meten (como ya ha sucedido) en el zaguan de una casa, cierran la puerta de la calle, y en aquel reducido espacio se dan tantas puñaladas sin poder defenderse, que mueren entrambos. Esta catástrofe horrorosa se ha visto reproducida en Málaga y en Sevilla en distintas ocasiones; pero no son muy comunes semejantes atrocidades, porque el *Baratero* despues de habérsele seguido diferentes causas por heridas y asesinatos, suele parar en presidio de donde sale para la horca si ejerce alli su oficio.

El *Baratero de la cárcel* se desvia del carácter de los anteriores, y su posicion es tan triste y desgraciada que si bien no escita el llanto, porque no hay quien llore por las penas ajenas desde que murió el Corregidor de Almagro, que diz falleció de pesadumbre por haberle sacado el sastre unos calzones cortos de tiro á un compañero suyo, al menos debia escitar la pública conmiseracion. Tal vez estarás aguardando á que yo me formalice habiendo llegado á la descripcion del tipo en el *maximum* de sus cualidades características pero ahí está la dificultad; porque yo soy mas alegre que unas sonajas, mas apropósito para una boda ó un bautizo que para un entierro. Verdad es que considerado el asunto en toda deformidad, con poco que se reflexione, con poco que se fije la imaginacion en el hombre criminal que cumpliendo su condena no hace mas que reproducir y multiplicar sus crímenes, tendriamos que deducir tristísimas consecuencias, porque á poco que investigásemos, hallariamos culpable á la sociedad misma, que sin haber admitido en su seno ciertas clases de hombres, les hace pagar con la vida los desvios de sus leyes. En efecto ¿qué garantías ofrece la sociedad al hombre salvaje á quien sin embargo priva de sus libertades? Si la ley del fuerte contra el débil se hace prevalecer, esta misma tiene en su abono el *Baratero*; y segun hemos visto, el *Baratero* que se forma del *granuja*, *el Baratero charrán*, este hombre en su esencia, no debe á la sociedad mas que el borron que cubre de infamia su nacimiento. Salió de la casa de espósitos quizá para socorro de una nodriza; por hogar tuvo el campo, por alimento el que se proporcionaba con su propia industria, y por porvenir la miseria presente de su vida. No ha reclamado en su favor las leyes ni las protecciones socia'es, y guiado por su propio instinto ha crecido con la miseria, lo ha robustecido la desnudez, y dotado de un corazon valiente, usa de la ley natural para conservar su vida. La sociedad lo creyó perjudicial, y no autorizando sus duelos verificados en buena lid, lo condena á presidio, y este sér inculto, que no reconoce otras leyes que su propia fuerza,

en la cárcel misma, con los grillos en los pies y la cadena en la cintura, sigue ejerciendo la baratería. Espulsado de la comunion social, como miembro corrompido, ella le coarta sus facultades sin darle en cambio ventaja alguna, y cuando lo ahorcan por un nuevo crimen, no hace otra cosa que valerse de la ley natural!...

Pero olvidábaseme, lector amigo, que habias tenido la condescendencia de seguirme, y si no lo llevas á mal, entraremos en la cárcel y nos asomarémos al patio, mediando por supuesto entre nosotros y los presos una gruesísima reja, especie de garantía constitucional, que es el límite ó barrera que separa á los criminales del mundo civilizado, del mundo moral, del mundo religioso.

Desde allí veremos al *zeñó Curro* no entorpecido con las calcetas de Vizcaya ni agobiado con las cadenas, sino risueño, alegre, diciendo chanzonetas, haciendose obedecer y *cobrando el barato* á los demas presos. Le verás osado dirigirse al que acaba de entrar, que parece afligido por su desgracia saltándose de su ojos gruesas lágrimas arrancadas por el horror y el sentimiento de su posicion: á ese, pues, llega el *Baratero*, le pide el dinero que traiga para *guardárzelo á zumersé de eza gente perdia*, y si el infeliz no lo tiene y está decentemente vestido, el Baratero propone á los demás la venta de aquella ropa, ajustándola prenda por prenda.

Para hacerse respetar el *Baratero* de los otros presos, conserva siempre alguna herramienta, algun arma peligrosa, burlando la vigilancia de los carceleros que hacen la requisa, y si no, forman una cuchilla de hoja de lata que esconden pegándosela con cerote á la planta del pie, ó inventando cualquier otro espediente no menos ingenioso. Los accidentes de su oficio son ahora lo mismo que antes, y si el *Baratero* se encuentra con otro en la cárcel,. no aviniéndose á partir las utilidades, riñen, y la muerte de uno de los dos es inevitable. La sociedad se encarga de vengar al culpable que queda vivo, porque entrambos lo son igualmente, y porque ha tenido la desgracia de sobrevivir á su compañero, lo ahorca, y aun cuando no lo quiso reconocer como miembro para que optase á sus beneficios lo condena á muerte, por propias culpas de su mala organizacion, de su falta de armonía y buen acuerdo.

Podriase añadir á este tipo el del marinero y el del contrabandista, pero deben considerarse estas clases como hijuelas del tipo principal, y sus descripciones además no presentarian variedad alguna. Y aun cuando el Baratero no es hijo esencialmente de Andalucía, puesto que en otras provincias se encuentra tambien, no por esto se diferencia en sus hábitos, y seguramente el *Baratero andaluz* sino es el tipo en su origen, por lo menos es el mas generalmente conocido.

Y en verdad, que siento el fin desastroso de este mozo *cruo* por mas que haya estado con sobresalto y recelo hasta la trágica escena en que forzosamente debia venir á parar por sus desaciertos y violencias. Dios le perdone sus culpas como yo le perdono el susto que me ha dado, aunque mucho desconfio que asi suceda en bien de su alma, indómita y feroz hasta en sus últimos momentos.

Así por lo menos me lo ha demostrado á mi uno que ví ajusticiar, el cual, habiendo pedido con mucho empeño hablar al público, lo que le fué concedido, se dirigió á los espectadores, que en silencio le escuchaban curiosos, y dijo: «Hermanos, la advertencia que tengo qne haceros en este mi último trance es, que cuando vayais á comer un huevo pasado por agua, no le descascarilleis antes de partir el pan, porque se encuentra un hombre muy embarazado con el huevo en la mano sin saberse que hacer.» Lo cual segun lo interpretó un ompañero suyo, quiere decir que nadie se meta á *Baratero* sin contar antes con los escribanos.

ANTONIO AUSET.

EL PATRIOTA.

t á Napoleon no se le hubiese antojado en uno de sus vértigos guerreros hacer el regalo del trono de España á su querido hermano José, es muy verosimil que no se conociese en ella el Patriota, planta exótica desconocida hasta la invasion francesa y que desde entonces acá ha pasado por mil vicisitudes ya prósperas ya adversas. Con efecto, la cuarta edicion del Diccionario de la Academia publicada en 1803 dice: «Patriota, lo mismo que compatriota, el que es de la misma patria:» prueba evidente de que en lo antiguo no tenia aquella palabra la acepcion que en el dia, y de que nuestros abuelos no conocieron por su dicha esta casta de gente tal como hoy existe. Posteriormente durante la gloriosa lucha que esta Nacion magnánima sostuvo con tanto denuedo contra las huestes francesas, fué cuando varió de significado la palabra Patriota, aplicándose á los que por sus heróicos sacrificios de todas clases en favor de la independencia merecieron una calificacion honrosa que los designase á los ojos de sus conciudadanos como hombres que habian merecido bien de la patria en razon á los importantes servicios que habian prestado. Pero esta calificacion era muy rara, la merecian poquísimas personas, y no habia nadie tan osado que de su propia autoridad se atreviese á darse el título de Patriota libre de todo gasto con tanta facilidad como se dan ahora las cruces de Cárlos III.

En nuestros dias ya es otra cosa, los hombres han desechado la modestia por inconducente, y los Patriotas de motu propio son tan comunes entre los españoles como los ministros, los generales, los cesantes ó los dones. Decimos de motu propio porque en cuanto á verdaderos patriotas se perdió la casta casi enteramente, siendo tan contados los que se logren ver entre nosotros, que no parece sino que sean oradores, frailes ó pueblos que no se hayan pronunciado.

El Patriota tal como hoy lo consideramos, ha tenido sus épocas como los trajes y como estos ha mudado de nombre segun aquellas, aunque su uso haya sido siempre uno mismo. Asi como el frac moderno y la casaca antigua se diferencian en el nombre y no en el objeto para que sirven; el Patriota de 1820 y el de 1843, aunque con diferentes denominaciones, han servido siempre maravillosamente para desorganizar el pais, apoderarse de los empleos, engañar á los tontos, quebrantar el sétimo mandamiento y conducirnos por término de sus desbarros al mas intolerable despotismo. Es verdad que á sus mercedes (perdónenme el tratamiento) les importa poquísimo este fin de fiesta, pues una de tres, ó se van unos á pais estranjero con el riñon bien cubierto hasta que una amnistía ó una nueva revolucion les deje espedito de nuevo el teatro de sus hazañas; ú otros mejor avenidos bailan al son que les tocan, reconocen su error y se postran ante el dominador como los persas de 1814, los regatos de 1823 y los recientes ayacuchos; finalmente los terceros, que aunque constituyen la fuerza de la clase son unos meros instrumentos para la elevacion de los otros, unos patriotas *patatas*, digámoslo asi; se quedan tranquilos en su casa, si es que la tienen, sin otra variacion que mudar el collar al perro, y gritar que muera lo mismo que pocos dias antes vitoreaban con entusiasmo. A esta numerosisima especie pertenecen los tragalistas de 1820, los que apedrearon al infortunado Riego en su marcha al cadalso, los que apaleaban en aquel tiempo á cuantos llevaban cachuchas, melenas ó cintas verdes, los que gritaban muera la nacion y vivan las canas, los que mas tarde en nuestros dias se pronunciaron contra los jaiques y sombreros blancos, y los que últimamente sin decir agua va ni cosa que lo valga, aflojaron últimamente la friolera de 15 ó 20 trabucazos á la berlina del general Narvaez. Habrán variado en el nombre y aun si se quiere en las formas, pero la esencia es una misma. Comuneros, realistas ó patriotas, de cualquier modo que se llamen, no dejan de ser por eso los mismos perros con distintos collares. Y ya que se trata de diversos nombres que ha recibido la especie desde que existe, diremos como de paso lo que acerca de su exactitud nos ocurra. El de Patriota es el menos adecuado para calificarle como habrán inferido nuestros lectores de lo que va dicho, y no sabemos en qué se habrá fundado nuestro tipo para apropiársele, á no ser en que de viento y agua bendita cada uno toma lo que quiere. El de realista tampoco le cuadra, porque este significa en su verdadero sentido el súbdito de un gobierno monárquico puro mas ó menos suave pero firme y estable, y no puede haber estabilidad ni firmeza en ningun gobierno que consienta los entes de que nos ocupamos. Resta pues, la denominacion de comunero, la cual es sin duda la que viene de molde á esta

tercera clase, primero: porque comunero significa el que tiene parte con otro en alguna hacienda, ó bienes raices; y nuestros patriotas, si bien es verdad que no tienen parte con nadie por carecer de otros bienes y raices que sus bigotes, quisieran tenerla en todos y con todo el mundo; y segundo: porque segun ellos mismos decian eran quinientos mil los que estaban resueltos en 1820 á defender heróicamente nuestra libertad contra el poder de la Europa entera; mas al entrar el ejército francés desaparecieron los bravos, y segun afirman algunos autores se metieron en un.... de donde es fama que pasados los instantes de mayor peligro

Salieron torciendo el gesto
mirándose á todos lados
y esclamando amostazados
¡Ay valor, cuál nos has puesto!

No queremos decir ni remotamente con esto que los patriotas de ogaño hicieran lo mismo que los actores del malhadado drama, cuyo fatal desenlace acabamos de referir: nada de eso: aqui no hacemos mas que el papel de meros historiadores sin pretensiones de adivinos, y por lo tanto no nos es dado presagiar lo que sucederia en casos dados. Creemos sin embargo, que aquellos no cederian el campo como los otros, ni se dejarian arrebatar su esclusiva libertad tan fácilmente, atendiendo á la energia y bravura que han desplegado en los infinitos motines que se repiten diariamente para bien y prosperidad de nuestra amotinada patria. ¡Bonitos son nuestros patriotas para que nadie les pase la mano por el lomo! Por quítame allá esas pajas y en menos que se dice cerrojo, como el ejército esté de su parte y sepan que no hay quien los hostilice, arman ellos un glorioso pronunciamiento que no hay mas que ver. Pero es requisito preciso, indispensable, *sine qua non* para que sea nacional y glorioso que la tropa lo apoye, que se cuente con ella, valiéndonos de la espresion técnico-patriótica: si no es asi, si por un fenómeno poco comun en los tiempos calamitosos que alcanzamos se empeña en permanecer fiel á sus deberes; entonces la cosa varía de aspecto: los patriotas de valía no dan la cara, contentándose con escaramuzar en terreno menos espuesto y tientan fortuna por medio de sus fieles jamancios, dispuestos siempre á lanzarse á la arena revolucionaria como hombres que nada tienen que perder y sí mucho que ganar por aquello de: á rio revuelto, etc. En el supuesto de que el glorioso salga mal, nada importa: el que pudo pescó y nuestros héroes se meten en su casa bajo la garantía de una capitulacion honrosa, que nunca deja de concederles un gobierno débil, y hasta otra si Dios quiere, que sí querrá, porque en materia de perseverancia no hay quien igualarse pueda al patriota.

En vista pues de cuanto llevamos espuesto acerca de las pequeñas diferencias que se notan entre el Patriota de antaño y el de ogaño, no nos atrevemos á decir si pertenecen á dos razas distintas ó si forman una misma y única especie: nos inclinamos sin embargo mas al segundo aserto, y creemos que son una misma

cosa con la sola modificacion que el progreso, la civilizacion y las luces han impreso en el carácter del primero para transformarlo en el segundo tal como hoy se nos presenta. Con efecto, mientras que el Patriota antiguo se contentaba con cantar el trágala, ó algun responso, ó con parodiar un entierro completo frente á la casa de la autoridad ó individuo que le era antipático, el moderno mata, arrastra, y despedaza á todo el que se opone á sus caprichos, lo que no deja de ser un pequeño adelanto producido por las luces de nuestro siglo, porque es indudable que muerto el perro se acabó la rabia. El Patriota de ogaño ha deslindado ademas con un tino admirable sus atribuciones y poderes que andaban en lo antiguo mezclados confusamente con los de otras clases de la sociedad sin límite fijo y constante de donde se originaban estas limitaciones perjudiciales á los derechos de aquel y de estas, como por ejemplo que el Patriota cantase responsos entremetiéndose en las atribuciones clericales y que los curas se atreviesen á correr usurpando de este modo los derechos de los buenos Patriotas. Este era seguramente un absurdo que la civilizacion moderna no podia tolera sin imprimir un borron eterno en las mas bellas páginas de nuestra historia: por cuya razon el Patriota ha resuelto que los curas queden autorizados para cantar cuanto quieran; reservándose empero para sí la administracion y usufructo de sus bienes que les corresponde en virtud de la ley mas poderosa y enérgica del mundo.

Tales son las principales variantes que se advierten entre los patriotas pasados y presentes, las cuales son como ya hemos dicho mas que diversidad en el género, efecto del espíritu del siglo que aunque insensiblemente al parecer comunica su influjo á todo vicho viviente: no es pues de estrañar que nuestro tipo se resienta de esta influencia, y que siendo este el siglo de lo positivo y de la asociacion, esté aquel por lo material y se asocie con otros de su clase para llevar á cabo la grande obra de la regeneracion de la especie humana.

Quede pues asentado que consideramos á todos los Patriotas co no pertenecientes á una misma familia, de no sabemos que reino de la naturaleza y dejando ya de ocuparnos de los atiguos trataremos solo del de nuestros dias en lo que resta de este artículo.

El Patriota es un sér material y palpable muy semejante al hombre, del que solo puede distinguirlo un observador muy esperto por la fiereza. Tiene en el principio de su carrera mucha analogía con el caracol, porque comunmente como este lleva á cuestas cuanto posee. Parécese tambien al gusano de seda que al nacer se arrastra penosamente; pero convertido despues en mariposa vuela que es una maravilla: tiene mucha semejanza con el pino, á cuya sombra no medra ninguna otra planta, y finalmente goza de las propiedades del hierro, pues es duro, tenaz, maleable y ductil. Pruébase que es duro porque no lleva trazas de arrepentirse del mal que sus teorías y revoluciones han causado al pais; tenaz porque nada aprende de la esperiencia propia y ajena que demuestra claramente lo irrealizable de sus ideas. Maleabilidad es la facilidad que tienen los metales de entenderse y acomodarse á las formas que quiere dárseles, el

Patriota se presta á todas y asi se saca de él un togado, un jefe politico, un general, ó un ministro, como un escribiente, portero ó editor responsable; finalmente ductilidad es la propiedad de estenderse en alambres delgados pasando por agujeros muy pequeños, y es evidente que en tratándose de alcanzar un empleo se cuela el Patriota por el ojo de una aguja.

Resulta pues de todo lo dicho que no es fácil designar con certeza á cuál de los tres reinos pertenece nuestro tipo supuesto que se parece al hombre en la figura y á la ballena en las agallas; al hierro en varias cualidades y al pino en su mala sombra.

No tenemos noticia de que Buffon, ni otro algun naturalista hayan observado y definido á este sér impermeable y anómalo con la detencion y exactitud convenientes, y como no tenemos pretensiones de sabios dejamos á nuestros lectores de su cuenta y riesgo la libre facultad de colocarlos en el reino y lugar que sea mas de su agrado: respecto á nosotros los colocariamos aunque fuese en el reino de los cielos y en el lugar de los bienaventurados á trueque de vernos libres de sus travesurillas.

Esta especie se divide en infinito número de variedades que no podriamos analizar individualmente en lo que da de si un artículo, por lo que nos concretaremos á tratar de las tres principales en las que resalta mas la belleza de nuestro tipo: á saber: el Patriota aristócrata, el de la clase media y el Patriota plebeyo ó jamancio propiamente dicho del verbo jamar, que en gitano ó caló quiere decir comer mucho y con ansia.

El Patriota aristócrata es el resultado de la industria aplicada á una primera materia, que suele ser un médico, un oficial subalterno ó mas comunmente un abogado de provincia. Esta última clase es la mas á propósito para la confeccion de nuestro modelo que diremos como se elabora, y los diferentes estados porque pasa hasta llegar á la perfeccion. Dispuesta de antemano nuestra primera materia con el dificil conocimiento de nuestros inmensos códigos, que si no indica talento supone á lo menos una memoria poderosa y ejercitada, empieza á tomar interiormente un color politico con la lectura de las obras de Filangieri, Bentham y otras que no conozco; por este tinte ó barniz no se manifiesta todavía á los ojos de los no inteligentes, ni nuestro mismo artefacto puede preveer la perfeccion á que llegará algun dia. En este estado y con gran copia de ideas adquiridas, aunque ninguna propia, empieza nuestro Patriota su camino emitiéndola magistralmente en las reuniones de sus estupefactos amigos, que escuchan admirados aquello de que el clero y los ejércitos permanentes son la polilla de las naciones, con otras muchas frases vacias, tanto mas aplaudidas cuanto menos entendidas son del estólido auditorio, y aun quizá del mismo que las pronuncia. Prodúcele no obstante esto un tributo unánime de admiracion y respeto; corre su fama de boca en boca, se hace popular, concluye por elevarlo al encumbrado puesto de alcalde, regidor ó comandante de la M. N. y cátate ya á Perico hecho fraile.

Ya está en carrera nuestro héroe y no es dificil presagiar que subirá tan alto

como la luna. Efectivamente en tal estado y pertrechado además de las sutilezas y sofisterías forenses, con su poquita costumbre de hablar en público y la buena fe proverbial de nuestros curia'es, empieza nuestro Patriota á echar de si tal copia de alocuciones, profesiones de fe política, proclamas, etc., etc., etc., que no parece sino que sea un furioso puerco espin lanzando puas en todas direcciones. Con esto y con tomar parte activa en alguna asonadita de éxito seguro, sin descubrir demasiado el bulto por si van mal dadas, y con algunas intriguillas electorales conducidas con esa sagacidad raposil de que tantas pruebas da continuamente nuestro dechado, consigue por fin la honra de representar á sus comitentes en la legislatura próxima y con este melon se llenó el seron. Trasládase desde luego á la corte donde se asocia y pone de acuerdo con otros de su calaña, y empieza una nueva época de su vida, mas fecunda en grandes acontecimientos que lo han de elevar á secretario del despacho, ministro del tribunal supremo, ó cuando menos á jefe político ó togado de alguna audiencia, segun su capacidad ó fortuna que de todo hay en la viña del Señor.

El Patriota aristócrata recien llegado de su provincia y el que lleva algun tiempo de residencia en la corte; si bien tienen puntos de contacto ó semejanza, tienen tambien diferencias esenciales que apuntaremos ligeramente para inteligencia de nuestros lectores. Parécense por ejemplo como un huevo á otro huevo en sus discursos ó peroratas: las mismas ideas, el mismo tema, el eterno prurito de manifestar un valor cívico y aun guerrero incontrastable que á fuerza de preconizado se convierte en ridículo, y que dará lugar con el tiempo á que los andaluces pierdan su fama de baladrones y ponderativos.

Se diferencian en que el Patriota recien llegado es comunmente jovial, francote, campechano y accesible á sus amigos por muchos dias, pero despues es cosa de ver cómo se va desprendiendo de su rústica corteza, procurando elegantizarse y queriendo tomar las maneras cortesanas, y el tono de los grandes señores hasta hacerse la ilusion de que es un soberbio diplomático, sin tener en cuenta que aunque la mona se vista de seda, lo demás que es consiguiente. Entonces pierde la alegría provincial, se hincha, da antesalas cumplidas al que necesita verle, se convierte por decirlo de una vez en un señor (por mal nombre) con mas ínfulas y orgullo que pudieran tener en sus tiempos Guzman el Bueno ó Gonzalo de Córdova. Cuando los vemos contonearse con ademan forzado aparentando la esmerada finura que no se adquiere sino en la niñez y que ellos han aprendido demasiado tarde, nos da gana de gritar como á los muchachos que en el carnaval ponen rabos á las personas descuidadas; *lárgalo que no es tuyo*. El Patriota aristócrata se distingue de las demas clases de su misma familia, en que no gasta barbas en ningun caso, ni aun bigote generalmente á pesar de la abundancia de esta mercancía: tiene una predileccion marcada hácia el frac negro, hasta el estremo de que algunos no lo sueltan jamás y parece que duermen en bandeja; gasta sombrero de penúltima moda, rara vez lleva los guantes en su sitio, y últimamente se distingue en su semblante risueño y cariacontecido que indica un ente satisfecho de sí mismo y del onnímodo poder que ejerce sobre las otras dos clases

de que nos ocuparemos en seguida, las cuales están sujetas á una disciplina mas rígida que la que observaban las estinguidas órdenes mendicantes.

El Patriota de clase media puede tener mil orígenes distintos pero por lo comun es el producto de un empleado subalterno de administracion, de un escribiente de gobiernos políticos, amortizacion ó diputaciones provinciales, de un sargento del ejército, de un señorito revoltoso de lugar, de un jugador tronado, de un cesante nulo, de un abogadillo de mala muerte ó de un tuno libertino. Imposible nos es detenernos á esplicar cómo se forma el Patriota de cada una de estas individualidades, por no permitirlo la estension de este artículo. Baste decir que los pulmones de cada cual desempeñan un trabajo importantísimo en la confeccion de esta obra y que son de consiguiente una parte esencial de la clase.

Los trámites que sigue su elaboracion son parecidos, aunque en menor escala, á los de la variedad anterior, diferenciándose solo en que mientras los unos llegan á ministros, quedan los otros de administradores de rentas, secretarios de intendencias, ó cuando mejor va la suerte de jefes políticos ú oidores. Pero para que se verifique esto último es necesario haber sido diputado provincial y ganado algunas elecciones á favor de sus protectores, ó representante del país en alguna legislatura, cargo que no está reservado esclusivamente al Patriota aristócrata, si no que muchas veces cabe en suerte al de la clase media en virtud de una de esas intriguillas electorales á que apenas se presta la ley que rige en la materia.

La elocuencia del Patriota de clase media se diferencia bastante de la de la especie anterior: comunmente está reducida á decir que si quieren meterle miedo no lo conseguirán, que derramará hasta la última gota de sangre por las libertades patrias, que allí está él para defender los derechos del pueblo soberano, que se trata de imponerle militarmente, que los militares son unos verdugos, y que sus contrarios meditan una reaccion espantosa. Esta oratoria tiene bastante de comun con el fandango de Cádiz, pues como á este puede aplicársele aquello de patilla y cruzado y volverá empezar, y tambien es muy semejante al cuento de la buena pipa que nunca se acaba.

Así como varia la elocuencia varia tambien el aspecto esterior de esta especie, cuyos individuos usan siempre bigote y han usurpado á los capuchinos el derecho de dejarse crecer la barba: son muy inclinados á los chalecos amarillos y gabanes blancos, suelen llevar guante verde, sus sombreros pueden compararse segun sus dimensiones á los bombos de las músicas militares.

Su oficio es mas arriesgado que el de los aristócratas, pues si han de conseguir el objeto de sus desvelos necesitan azuzar á las masas con su poderosa palabra y esforzados ademanes en los gloriosos y nacionales pronunciamientos, á fin de que triunfen los sanos principios y se salve la patria mudando á todos los empleados que son unas sanguijuelas voraces.

Finalmente el Patriota plebeyo es un ente mecánico destinado por la suerte á ser el mero ejecutor de los planes que concibe y dirige el aristócrata segun sus fines, el cual comunica sus órdenes por el conducto del de la clase media, seguro

de que han de ser ejecutadas fielmente y tal vez con exceso de celo. Esta especie carece de facundia, su elocuencia la constituyen pocas pero enérgicas palabras, y como anda en dos pies por la misericordia divina y habla por un milagro palpable, se insinúa de una manera bastante indicativa, valiéndose en todos casos de los argumentos convincentes de los secuaces del Corán. Dios con su infinito poder nos libre de caer en manos de estos séres privilegiados en su raciocinio y persuasiva contundente.

El traje del Patriota plebeyo se reduce á una levita gris ó chaqueta con caireles, gorra de cuartel ó sombrero calañes, faja y navaja ó sable de los que usa la infanteria del ejército. Lleva bigote largo y bronco unido á la patilla de boca de jacha, y conviene únicamente con las clases anteriores en ser baladron y *cruo*, y en el vehemente deseo de salir de la esfera donde lo colocó la suerte, consiguiendo encontrar la verdadera piedra filosofal de nuestros dias; vivir sin trabajar: he aquí su fin, he aquí el objeto de sus inocentes desaguisados. Suele sucederle sin embargo que despues de haber destrozado sus pulmones alborotando las plazas en beneficio ajeno, despues de correr los peligros propios de quien se dedica á estas inocentadas, empeñándose en hacernos libres y felices á palos y sablazos, despues de haber salvado la patria por unos dias, se queda en el estado que estaba antes, sin haber sacado otro fruto de sus hazañas que el trago de vino y la pesetilla que ha recibido durante la bullanga. Esta pobre patria, que segun se ve esta destinada á correr mas peligros qne Penélope durante la ausencia de Ulises, vuelve á esta en riesgo al poco tiempo, y nuestro Patriota acude nuevamente á su defensa, se exalta, se agita, suda y se afana creyendo que tan repetidas salvaciones han de conducirlo al fin al item de la dificultad: todo en vano, jamás alcanza nada y á nadie puede aplicársele con mas propiedad aquel retazo de un cuento que dice: «Si te hallares en la presencia de Dios, hijo, que no te hallarás porque al paso que vas te condenas: etc.»

El Patriota plebeyo se forma de cualquier cosa y espontáneamente; es decir que no pasa por los diferentes grados de elaboracion que los otros, porque tanto en su origen como en su apogeo es siempre una primera materia en bruto con gran cantidad de *carpanta* que lo convierte en jamancio, animal mas perjudicial y dañino que todas las plagas de Egipto, pues estas fuerón pasajeras y por sola una vez, y el otro es una calamidad permanente y funesta que tendrá término sabe Dios cuando, por la sola razon de que no hay nada eterno. ¡Ojalá que la suerte nos deparase un hombre que con el genio de Cervantes se dedicase á escribir el *Patriota andante*, y acabara de una vez con estos entes tan ridículos como los caballeros de aquel y mucho mas nocivos á la sociedad que los tolera!

IGNACIO DE CASTILLA.

LA DONCELLA... DE LABOR.

Aqui yace una doncella.
—y han borrado, *de labor*....
Siempre es bueno hacer favor.

M. de la R

Llamado han al siglo XIX siglo de progreso y de luces. Notoria injusticia!... Llamáranlo siglo de egoismo y de hipocresia, de farsas y de mentiras, y en cada suceso, en cada hombre podrian presentar una prueba de semejantes titulos. ¿Por qué sino el escándalo con que esta sociedad corrompida escucha las palabras mas inofensivas é inocentes?... ¿Por qué ese empeño de cubrir los mas asquerosos objetos con los nombres mas agradables?... Cuando la sociedad se queja en masa de la anarquia moral que amenaza destruirla; cuando el cálculo triunfa constantemente de la virtud; cuando el amor y las demas pasiones nobles del corazon se compran y venden, las mas veces, á precio de oro, entonces precisa y ridículamente los hombres del progreso y de las luces se ruborizan de una frase mal sonante en el teatro ó en la sociedad, y por un refinamiento de hipocresía llaman *Doncellas* á todas las mujeres, que colocan junto á las esposas ó junto á sus hijas, como si el

hábito formase al monge... como si en todos los estados de la vida no pudiera encontrarse la virtud, aunque sea en mujeres!..... No seremos nosotros sin embargo, los que, á fuer de rigoristas, despojemos á las Doncellas de un nombre que tanto debe envanecerlas. Acostumbrados á dejar el mundo como lo encontramos, nosotros espondremos nuestras ideas sin mas reflexiones ni comentarios; trabajo superfluo al trazar el tipo de la Doncella... de labor, instructivo por si mismo y altamente filosófico.

Mujeres nacen al parecer destinadas para doncellas. Desde los primeros años su única ocupacion, su primer intento es peinar á sus hermanos, hacer gorras y vestidos para sus muñecas, colocar cada cosa en su sitio y servir de fiel tercera en los amores de sus tias ó de sus hermanas. Aunque la mujer, predestinada para Doncella, nazca en asquerosos burdeles ó viva en miserables boardillas; aunque su madre lavandera ó planchadora de oficio gane apenas para sostener su numerosa familia; aunque el hambre y los pesares disminuyan su salud y sus gastos, la futura Doncella se distingue entre mil mujeres por la limpieza de su rostro, por el aseo de sus ropas, por la amabilidad en fin de sus palabras. Para ascender al elevado cargo de Doncella basta, á veces, la recomendacion del aguador ó de la lavandera; pero en otras ocasiones, son indispensables los informes de familias ricas y numerosas.

A primera vista no distingue, no penetra el vulgo toda la importancia, ni todo el trabajo que pesa sobre las Doncellas, verdaderas columnas del edificio doméstico. Tampoco comprenden los profanos todas las minuciosas y hasta ridículas cualidades que forman una Doncella. El nombre que lleva desde la pila es regularmente su primer sacrificio. Hay doncellas *Bernardas*, *Sinforosas ó Quintilianas*; pero estos nombres son de mal tono, de imposible pronunciacion para muchas señoras: fuera su nombre. Si tienen parientes pobres deben renunciar á sus visitas; el espectáculo de la miseria ofende á los poderosos: fuera sus parientes. Las horas de comer, de dormir, de pasear, los placeres como las costumbres son infinitos en la clase de la sociedad á que la Doncella pertenece por adopcion: fuera sus costumbres. ¿Puede exigirse mayor abnegacion?... No, seguramente. Y son menores los servicios de la Doncella en el uso de sus particulares funciones? Observémosla por breves instantes.

La verdadera Doncella no sirve sola. La mujer que pasa alternativamente del fogon al estrado, de la alcoba á la cocina puede ser virgen, pero nunca Doncella... de labor. No faltan señoras con mas presuncion que dinero, respetabilísimas señoras que condecoran á la única y haraposa sirvienta con el título de Doncella!... Horrible profanacion!... Poned en manos de esas asquerosas servidoras un prendido de encajes ó la media caña del peluquero... mandadles que den curso á un perfumado billete de vitela con bordes dorados... y entonces vereis su nulidad, y entonces conocereis la inmensa distancia que separa á una fregona de una Doncella... de labor. Lo repetimos: la verdadera Doncella no sirve sola. Una cocinera y un criado al menos forman con la Doncella el temible triunvirato, cuya tiranía debe y tiene que sufrir toda casa medianamente acomodada.

En los ignorantes y pícaros tiempos de nuestros abuelos, cuando cada uno trabajaba para vivir honradamente; cuando el robar era pecado y no habia empleados de amortizacion; cuando los menestrales, contentos y satisfechos con su posicion no abandonaban su oficio por un empleo, cuando los curiales tenian la misma conciencia que ahora, y está todo dicho, en aquellos tiempos de necedad y desórden solo necesitaban Doncellas... de labor, los comerciantes, los propietarios y los mayorazgos; pero en el feliz é ilustrado siglo que alcanzamos ni los empleados, ni los escribanos, ni los menestrales ricos pueden pasar sin Doncellas: veamos porqué. La Doncella del empleado sabe cuando se cobran las pagas, y reniega del gobierno que no paga al contado, y busca empeño para la capa del amo, ó los dijes de la señora, en circunstancias azarosas y críticas; la del escribano conoce el nombre de todos los curiales y clientes y retiene con admirable memoria las citaciones y despacha con sorprendente instinto á los litigantes pobres; y la del menestral rico enseña á sus amas los usos y las modas de las mujeres de tono. Pero no terminan aquí su importancia y sus servicios. En los apuros domésticos el voto de las Doncellas suele ser oportuno y decisivo. Tambien parten con sus señoras los trabajos del matrimonio: si el amo riñe disculpan á sus amas; si los niños lloran, duermen á los niños. En las ausencias y enfermedades de sus dueños la Doncella tiene su mayor orgullo, su único placer, en mantener por sí sola el edificio doméstico. Siempre amable, siempre tolerante la Doncella escucha sin ruborizarse las chanzas mas picantes y coloradas, pero convencida de su honrosa posicion prescinde de bromas con el mozo de casa y solo entrega su corazon al barbero del amo, á falta de señorito jóven y travieso.

Cuando el espíritu innovador y revolucionario arrancaba de las manos del clero sus cuantiosas y productivas propiedades, no presentía seguramente que iba á descargar un golpe terrible y e terminador sobre las Doncellas, (a) sobrinas, de los curas y canónigos.—La Doncella del cura duerme precisamente en la habitacion mas apartada de su dueño: regla de moral, cuya gloria pertenece, mas que á los curas á sus concienzudas amas de gobierno. En la inalterable quietud de la casa de un eclesiástico la Doncella concluye su tarea de la mañana, (reducida á limpiar el polvo de los santos del oratorio), bastante pronto para asistir á la misa mayor de la catedral ó de la parroquia; mientras el *padre* duerme la siesta, entre once y una de la tarde, cose ó plancha las sobrepellices y corporales, ó borda un mantel para la iglesia, y el santo de su mayor devocion; antes de comer reza las oraciones del dia, para tener, segun dice el ama del cura, algo adelantado; despues del refectorio sigue la siesta de la Doncella tan larga como el paseo del *Padre*, y apenas ha oscurecido enciende dos velas á Santa Gertrudis ú otro santo cualquiera de la corte celestial, y hace medias ó zurce calcetas, mientras reza en coro el rosario y de rodillas las letanías. La Doncella del cura se casa pocas veces; su escala regular es la mayordomía de llaves en casa de un prebendado, y si el demonio la tienta y si piensa en amores, da regularmente su preferencia al sacristan lego de un oratorio acreditado ó al portero de unas monjas. S'empre con la iglesia!...

Hay casas, medianamente acomodadas, que solo mantienen dos servidores del sexo femenino; una cocinera fregona y una Doncella... de labor. En semejantes casas, muchas en número, las funciones de la Doncella son tan variadas como infinitas. Ella es la única que entra en la alcoba de sus amos antes y despues que salen de la cama; ella la que lava, viste y acicala á la familia menuda; ella la que quita el polvo á la china y á los espejos; ella la que hace las camas y arregla los dormitorios; ella la que repasa la ropa sucia y lleva cuenta de la limpia, y plancha, si es preciso, una camisa urgente; ella la que peina á la señora, y escoge, y coloca, y guarda las flores sobrantes del tocado; ella la que ayuda á vestir á las señoritas, y las trae billetes color de rosa, y cobra el porte á las respuestas, y se entera de la alcurnia y riquezas de los galanes, y protege únicamente á los dadivosos; ella la que entretiene á la señora con la chismográfia del barrio; ella la que murmura con el criado de las faltas de los amos, si el criado es jóven y buen mozo; y ella la que exagera á sus amos las faltas del criado, cuando es viejo, feo ó descontentadizo; ella en fin, á falta de visitas, acompaña á su señora en las interminables noches de invierno y en las pesadas siestas del estío.

Con el mismo número de sirvientes otra familia mas reducida, un matrimonio ó una viuda rica por ejemplo, ennoblece mas y mas á su Doncella. Hija de un empleado cesante *ó difunto*, sobrina de un reverendo ex-prior, emigrado por carlista en Francia, ahijada tal vez de un virtuoso caballero, que visitó á su madre tantos años como tiene la muchacha y que murió sin testar, esta Doncella entra á servir por recomendacion, y despues que sus parientes quedan satisfechos de la bondad y religiosidad de los amos. Si como suele acontecer el matrimonio no tiene hermana ni madre que alborote sin arreglar la casa, la Doncella es quien tiene cuidado que no falte fuego en la chimenea del escritorio, ni en la pieza de tocador: á su celo, á su actividad, á su gusto se debe siempre la blancura de las cortinas, el brillo de los espejos y fanales, y el aseo de las alfombras: en los asuntos matrimoniales, su voto, anunciado ya con confianza y hasta con orgullo, inclina, casi siempre, la balanza hácia la opinion de la señora, y ¡pobre del aguador, de la cocinera ó de la modista que escite la cólera de la Doncella!... mas tarde ó mas temprano encontrarán su castigo. La adulacion es para estas Doncellas, y para las que mas adelante bosquejaremos, el primer elemento de su existencia social.—Conforme la señora, especialmente si es viuda, se acerca al equinoccio, como ha dicho con su natural gracia un poeta contemporáneo, empieza un trabajo de nueva especie para sus Doncellas; esto se entiende si el mentir puede ser alguna vez trabajo para las mujeres.

—Qué tal me sienta este prendido punzó?...

—Perfectamente.

—Sin embargo, como soy morena... A ver este azul... qué te parezco?...

—Encantadora.

—Será así... pero no quisiera engañarme... Esta blonda me cae mucho mejor.

—Quién lo duda?...

—Pues bien: llevaré la blonda. Trajo la modista el vestido de terciopelo granate?...

—No, señora.

—Entonces qué vestido llevo?... sobre que no tengo un vestido... El de gró está anticuado, el de moaré deslucido, el de muselina charro y comun en demasía... no hay cocinera que no lo lleve...

—Por qué no se pone V. aquel de seda, con listas color de romero?

—Lo he sacado tantas veces...

—Pero ninguno la sienta á Vd. mejor.

—De veras?

—Pregúntelo Vd. al señorito don Fernando que dice no haber visto otro traje de mas gusto.

—Eso ha dicho?.

—Y algo mas...

—Cómo?

—Cuando habla de Vd. no sabe cómo acabar. Alaba el talle... la suavidad de las manos... el color del rostro... Nunca se cansa de elogiar á Vd...

—Don Fernando es un atrevido... semejantes observaciones ofenden mi decoro... Las mujeres, hija mia, debemos de tener á cierta distancia á todos esos mozalvetes holgazanes cuyo único entretenimiento es seducir á las mujeres hermosas para deshonrarlas despues... Ea, acaba con el peinado y traeme un vestido cualquiera...

—El de moaré?

—No, el listado.

—Y si don Fernando llega á creer.....

—Yo me encargo de desengañarle... pero traeme el traje color de romero..... ¡No faltaba mas, que los hombres contrariasen con sus gustos hasta nuestro adorno!...

—Dichoso don Fernando murmura, por lo bajo, la Doncella, y concluye esta escena, una de las mas frecuentes en el tocador.

Otras casas hay mas ricas, mas considera.las, mas bulliciosas que las anteriores, donde el cargo de Doncella es tambien mas importante, mas desocupado, mas productivo.—En las casas de los títulos y en los palacios de los grandes las Doncellas desempeñan funciones codiciadas por clases de superior gerarquía, y sus trajes, sus modales y aun sus palabras no desdicen jamás de la posicion original y dramática en que se ven, no pocas veces, colocadas.

—La señora condesa está recogida, dice la Doncella á su amo, que tuerce el gesto desconfiado y, por pública honestidad, se retira sin hablar palabra.

—Hoy no está visible la señora marquesa: contesta la Doncella al menestral importuno que trae la cuenta de un año por la centésima vez.

—¡Cuánto padece la señora duquesa por Vd.!.. añade la Doncella, en tono de lastimosa conviccion, al dar un billete ó al recibir una propina.

En el oficio de Doncella, como en todos los oficios de la sociedad, el producto

está siempre en razon contraria del trabajo. Donde solo hay una Doncella que lleva sobre sus hombros el peso de toda una monarquía doméstica, el trabajo suele ser mucho y la soldada no escede de treinta á cuarenta reales cada mes.—No tiene la Doncella mayor paga con el escribano, el empleado, matrimonio rico, ni la viuda; pero ya logra mejor trato, y lo que no aumenta en metálico lo ahorra en vestidos.—La Doncella del cura ó del canónigo no tiene sueldo fijo; sin embargo viste con mas aseo que las anteriores.—Si nosotros hubiésemos de escoger colocacion para una Doncella; sin duda dariamos la preferencia á las viudas ricas y sin hijos. Con estas señoras no gozaria grandes sueldos, pero sí, en cambio, todas las comodidades de la vida. Si las viudas viajan, si pasean en carruaje, si concurren á los espectáculos públicos, nunca van solas: las Doncellas de las viudas son sus verdaderas sombras; sepan desaparecer á tiempo y cuenten desde luego con toda la proteccion y todos los derechos de sus señoras.—Finalmente, las funciones de las Doncellas aristocráticas (permítasenos la espresion) son, tan reducidas como grandes son sus emolumentos.

La Doncella aristocrática duerme regularmente á poca distancia, si bien en habitacion independiente de su señora. Como la nobleza se acuesta tarde, la Doncella no se levanta hasta las diez. Antes de todo revisa su persona porque seria grave desacato aparecer de trapillo á la señora: tampoco debe presentarse con lujo, las señoras saben porqué: «decente y aseada:» es la órden y la obligacion. Despues que la Doncella cumple con este primer precepto de su decálogo, pasa al tocador de la señora; aquí, sin hacer ruido, limpia los diamantes, guarda las flores y el traje de la noche anterior, y prepara el vestido que la señora ha designado para la mañana; aguarda todavía hasta las once y suena la campanilla.

—El chocolate:—pide la señora á la Doncella.

—El chocolate:—pide la Doncella al lacayo.

—El chocolate:—pide el lacayo al cocinero, y pocos momentos despues la señora ha tomado el chocolate.—La señora sale de la alcoba liada en su bata de cachemir ú olan, con chinelas de terciopelo cortado color de fuego, y la Doncella empieza su tocador.

—Qué desmejorada estoy!—dice la dama mirándose con desden al espejo.

—Nunca me ha parecido V. S. tan hermosa.

—Ja! ja!. ja! .. Lo mismo me decia anoche el marqués de' y el vizconde de''... sobre todo el vizconde. Qué causado estuvo anoche!...

—Sí, señora: es muy cansado.

—Quién manda á Vd. meterse en semejantes calificaciones? El vizconde es mi amigo y debe Vd. respetarle.

La Doncella enmudece hasta que la señora gusta hablar de nuevo.

—Que me haces daño... vamos, hoy estás inaguantable. Echame el pelo tras de la oreja. Asi me agrada... No se como hay mujeres que se sacrifiquen desde por la mañana á las exigencias de la moda... Una elegante sencillez basta para agradar, y aun para atraer, cuando no se está, como yo, fuera de combate.

La señora dice las últimas frases con cierta sonrisa que parece aumentar sus propias palabras.

—Vistes anoche á la marquesa de R?....

—Si señora.

—Qué te pareció su traje de baile?...

—Así, así.

—Pues yo no he visto cosa mas detestable.

—Seguramente.

—Y la *linda* duquesa de T?..

—Como siempre.

—Es decir, tonta, orgullosa y mas que todo fea?...

—Quién lo duda?—V. S. fué la reina del baile.

—Qué aprensiones tienes!..—Tráeme la bata color de lila;.. Jesus!.. y qué ajada está!..Zelmira tiene la culpa...es tan juguetona!..despues el vizconde se divierte en sofocarla...pobrecita, hija mia!..(*La hija regularmente es una perra.*) Vamos, guarda esa bata y que no vuelva á verla yo mas.

La señora acaba de vestirse y la Doncella no cesa de moverse. Ya estira la bata de su ama, ya la presenta una flor del tiempo para la cabeza, ya se acerca y se retira una y otra vez como gozándose en su obra. Cuando la dama se encierra en su gabinete ó pasa, por precision, á la sala, la Doncella esconde los cosméticos, tapa las esencias y limpia y fumiga el tocador. Desde este momento hasta la hora de comer las funciones de la Doncella se reducen á revisar el vestido que la señora ha destinado para el teatro ó el baile de la noche inmediata. Mientras la señora come con el señor, la Doncella habla y murmura con sus compañeras. A la hora del teatro ó de la *soirée* es cuando brilla el talento de una Doncella.

—Nunca sabes hacerme otro peinado.

—Ninguno hace á V. S. mas gracia. (*Concedido.*)

—El corsé me oprime demasiado..... asi está muy flojo.....

—Qué importa? tiene V. S. una cintura tan pequeña! (*Concedido.*)

—Saca otro traje: el color de este no me sienta.

—A V. S. sientan bien todos los colores. (*Concedido.*)

—Reniego de Dubost! qué guantes tan anchos!

—Para la mano de V. S. no pueden encontrarse estrechos! (*Concedido.*)

—Voy descontenta de mí misma.

—Pues nunca ví á V. S. tan encantadora!—Tambien la señora concede tácitamente la última observacion de su Doncella, y al dar la última ojeada al espejo no puede menos de decir: qué guapa muchacha!..... ya procuraré sus adelantos!.....»

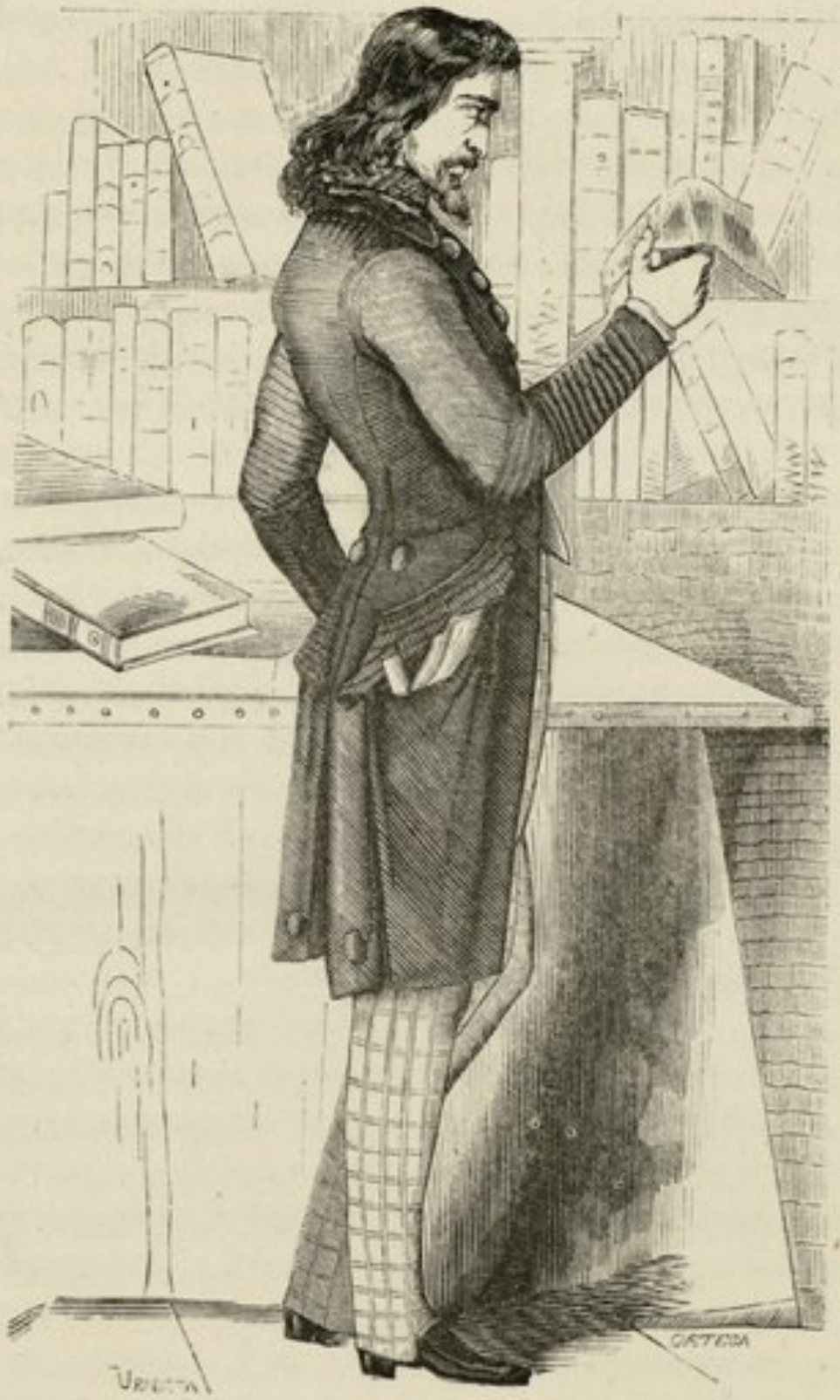
La Doncella ... de labor es mortal y vive expuesta, por tanto, á quebrantar cualquiera de los diez mandamientos, segun al demonio le es servido tentarla. Comunmente la Doncella es curiosa, entremetida y embustera; pero á semejanza del camaleon muda de defectos como de color en los vestidos. Con los menestrales es puerca; con los empleados murmuradora, con los curas gazmoña,

condescendiente con las viudas y aduladora hasta el servilismo con las señoras de alto rango. Pero cuántas y cuántas virtudes no encontramos entre esos mismos defectos!... Curiosa llaman á la Doncella!... y ¿pueden calcularse los ópimos frutos de su curiosidad? Si la Doncella no conociese á punto fijo el momento en que las señoras reciben mal á sus maridos, ¿no se alteraria mas de cuatro veces la paz doméstica, conservada solo por el despejo con que la Doncella dice á su dueño, la señora está indispuesta, está recogida?... ¿Ha de hombrearse en lujo la Doncella con sus amos, cuando son ricos menestrales?... No: por eso es puerca. ¿Ha de ver con paciencia las trampas del gobierno cuando sus amos son empleados?... No: por eso es maldiciente. ¿Ha de escandalizar con palabras ú obras á sus dueños cuando son eclesiásticos?... No: por eso es embustera y gazmoña. ¿Ha de insultar la vanidad ni ajar el amor propio de una señora, cuando sirve á damas de alto rango?... No: por eso es aduladora y servil. Vean nuestros ectores como todos los defectos de las Doncellas son una emanacion precisa de su embarazosa posicion y de sus acreditadas virtudes.—El amor, como las demas pasiones, tienen cabida en el corazon de las Doncellas.. de labor, pero todas sus afecciones modificadas por los desengaños vienen á reducirse á dos como los preceptos del decálogo: la Doncella ama el dinero sobre todas las cosas y al ayuda de cámara como á sí misma. La clase media dá á sus Doncellas, ya provectas, un lugar en su lumbre y un asiento en su mesa: las Doncellas aristocráticas, que envejecen en el servicio, pueden contar con el empleo de ayas ó amas de gobierno.

MANUEL M. DE SANTA ANA.

EL POETA.

Úpome en suerte, carísimo lector, escribir el artículo del Poeta, tipo y personaje harto fácil de confundir con muy diferentes personajes y tipos, que figuran en el teatro de nuestra sociedad actual, y de entre los cuales procuraré sacártele cuanto necesario sea para que aparezca á tus ojos representando su verdadero papel.—Agrádame tanto mas esta tarea, cuanto me proporciona mas favorable coyuntura para rendir un justo y sincero homenaje á los que con honra ganaron en nuestra España semejante renombre. — Famosa ocasion era esta para hacer alarde de moderna erudicion en una de esas largas introducciones filosóficas que ahora se usan en los artículos de los periódicos; y á ser esta mi voluntad remontaríame á buscar el orígen de los Poetas en los tiempos fabulosos, ó ante-diluvianos, ó subiendo aun á mayor altura iria tal vez á parar en los serafines que cantan el Hosanna, dándolos por los primeros músicos y poetas del orbe conocido y por conocer.—Mas pláceme seguir distinto rumbo



y voy á entrar en materia con la franqueza de un castellano viejo, ya que en tal lugar de la tierra me tocó nacer. Asi pues, voy á delinear el tipo del Poeta tal cual existe hoy entre nosotros, sin mas introducciones ni preámbulos; y sin meterme en lo que han sido, ni debian ser los Poetas, me ceñiré á lo que son, es decir, á lo que al presente debemos entender en este pais por un Poeta.

Sin embargo, como no habrá quien se atreva á negarme que todos los hombres somos hijos de nuestra madre, tampoco habrá quien me niegue que nuestra generacion de Poetas es hija de la generacion de Poetas del inmediato siglo anterior: por lo cual me veo en la necesidad de decir dos palabras sobre estos últimos para entendernos mas fácilmente cuando tratemos de los primeros. Todas las épocas tienen sus especiales creencias, teorias, aficiones y costumbres, á las que pagan necesariamente tributo los hombres especiales que en ellas nacen. El siglo pasado fue esclavo del demonio de la filosofía, y el presente del de la poesia: en aquel para ser hombre de pró era preciso filosofar, y en este para valer es forzoso poetizar. No sé en qué consiste que la ciencia y el oro rara vez caminan juntos, pero ello es una verdad de la que todo el mundo está convencido: los filósofos pues de la pasada centuria tuvieron tan poco dinero como los Poetas de la presente. Existe sin embargo una notable diferencia entre aquellos y estos. Aquellos tenian prurito por patentizar su pobreza y no se avergonzaban de mendigar los desperdicios de los ricos, al paso que estos arrostran la suya con fiereza y aparentan mas de lo que poseen. Y este es uno de los mil caprichos con que nacemos, porque en el siglo pasado *corrian* de mano en mano las buenas onzas y doblones de Carlos III y en este ni aun siquiera *andan* esas malditas monedas de cinco francos, en que los señores franceses nos convierten nuestros pesos mejicanos. Los Poetas que vieron la luz antes del mil ochocientos, enviaban la musa á dar dias, á pedir aguinaldos, á solicitar empleos, pensiones, ó favores como hoy dia los repartidores de nuestros periódicos, los cajistas de nuestras imprentas, y los serenos de nuestro barrio para pedirnos la propina de año nuevo. Complacianse en exagerar su mala situacion, celebrándolo sin vergüenza alguna, y aun elevando á virtud aquella misma miseria en que acaso no vivian, y ridiculizábanse en fin á sí propios sin piedad, como los mendigos que laceran sus miembros para escitar mejor la compasion del prójimo poniéndole ante los ojos su repugnante deformidad. Entonces la poesia era un adorno secundario en un legista, en un curial, ó en un clérigo, que destinaba sus ratos de ocio á hacer cuatro composicioncillas amatorias, muy apreciables sin duda para la mujer que las inspiraba, pero muy insipidas para el lector juicioso, que no hallaba en ellas mas que copias de copias, de cuantos versos amatorios se habian escrito desde Anacreonte hasta aquellos dias: (téngase entendido, y lo advierto con tiempo que no hablo aquí de D. Nicolas Moratin, Cienfuegos, ni de otros varios en quienes brillaron dotes reales de Poetas, por mas que cediesen al mal gusto del tiempo en que vivieron) ahora es una carrera como cualquiera otra que conduce á una posicion social decorosa, y aun á destinos honoríficos del estado, y que produce lo suficiente para vivir sin lujo, pero sin estrechez. Entonces se decia por lo bajo: yo soy un

miserable Poeta, hoy se dice con orgullo, la poesía me ha hecho independiente. Entonces un Poeta escitaba la compasion, ó era buscado en las sociedades de la clase media para gozar con sus dichos agudos (vulgo bufonadas) y hoy escita la admiracion y el aplauso, y es recibido sin dificultad en las mejores sociedades donde no le resisten la mas esmerada educacion, ni el mas estremado decoro. Entonces podia aspirar á una plaza de escribiente en las oficinas de un grande, en la mayordomía de alguna colejiata, ó en casa de un escribano, si tenia buen carácter de letra, y ahora un tomo de poesías, una buena comedia, un poema bien escrito introduce á un Poeta en la secretaría de Estado ó de Gobernacion, en la Biblioteca Real, ó en una legacion al extranjero, donde al paso que goza el premio de su trabajo y talento los perfecciona y enriquece con nuevos y necesarios conocimientos. Entonces se creia que el abandono y desaliño de la persona era una señal evidente del talento, y que para ser sábio, filósofo, ó Poeta inspirado, era preciso ser súcio, grosero, distraido y cínico; hoy por el contrario la juventud que se dedica á la poesía, viste con elegancia, frecuenta la sociedad, y no avergüenza á sus amigos, á sus protectores, ó sus apasionados con manchas y desgarrones. Entonces los poetas, se mordian con encarnizada furia, desacreditando con palabras y escritos las obras agenas en los términos mas injuriosos y descomedidos, sin ocultar su envidia, su pesar ó su enemistad: ahora las producciones afortunadas de un Poeta son aplaudidas por los demas, juzgadas con recta severidad, y criticadas con noble indulgencia. Entonces un Poeta que llegaba á cierta buena situacion esquivaba las ocasiones de proteger y favorecer á otros Poetas, porque los miraba como sus enemigos naturales; y ahora un Poeta en la fortuna presenta ventajosamente á los demas en todas partes, y se llama amigo suyo; lo cual sino es adelanto del talento es adelanto de la educacion y hombría de bien.

De aqui nació la justa ojeriza que nues tros padres tomaron á la poesía y á los Poetas, en quienes no veian sino miseria, envidia y relajada conducta: de aquí los disgustos que los hijos hemos dado á nuestros padres con este malhadado afan de poetizar, en favor del cual tenian tan pocos buenos ejemplos que traer á la memoria. Verdad es que la mayor parte de estos malos ejemplos son debidos no á los verdaderos Poetas, sino á la turba de aficionados á la poesía, que no los imitan en las vigilias, los estudios y los trabajos, sino en las estragadas costumbres que el vulgo les atribuye continuamente; porque hablando en plata, amigo lector, tengo para mí, que los aficionados son la polilla del arte á que se aficionan; sea esto dicho de paso y con perdon de los aficionados, que se las tienen de críticos y profesores, sin mas conocimientos que su aficion. Con estos antecedentes vamos á entrar de lleno en el artículo del Poeta del siglo XIX, separándole de otros tipos ó caracteres que pueden en algun punto semejársele.

No hablo de aquel muchacho de diez y seis años que viene á Madrid fugado de la casa paterna á sentar plaza de Poeta porque ha oido decir que Byron y W. Scoott lo hicieron así, y alcanzaron grande reputacion. A este despues de vagar algunos meses sin dinero ni domicilio, haciendo y diciendo necedades de muchacho

le caza un dia algun individuo de su desconsolada familia y le vuelve á llevar á su provincia, donde al cabo se convence de la mala suerte que acompaña al talento, y especialmente al de la poesia; se hace abogado, ó médico, ó boticario, y conservando su afecto á las bellas letras concluye por ser un mal boticario, ó médico, ó abogado, y mas decididamente un detestable aficionado á la poesia. Este entra pues en el tipo del aficionado y no en el del Poeta.

No hablo tampoco de aquel otro mancebito de barberia que en vez de aprender á conocer los simples, pasa el tiempo escribiendo coplas á las criadas de sus vecinos; y dejándose crecer su indomable pelo de la dehesa, su áspero bigote y desigual perilla, pone en comedia la vida y aventuras del sacristan de su lugar. y se lanza á presentarla á las empresas de teatros y á los autores perdonándoles la vida si se la ponen en escena.—A este le ofende su amor propio el verse desairado por aquellos á quienes se dirige, y vuelve á su tienda á cantar sus coplas en la vihuela, á afeitar á sus parroquianos y á mudar el agua á las sanguijuelas; teniendo para sí, que los empresarios y los Poetas estan envidiosos de su saber, y de las buenas partes de sus obras. Guarda pues su comedia cuidadosamente en su baul, y vuelve á su pueblo diciendo que es Poeta; créenle los palurdos bajo su palabra, y le convidan á las bodas de los pueblos del contorno para echar bombas á los postres, á la salud de los novios y los padrinos. Este tampoco entra en el tipo del Poeta sino en el del cirujano romancista.

No hablo tampoco de aquel imberbe muchacho que se presenta en las redacciones de los periódicos de literatura, que no pagan, á escribir lo que necesitan los redactores ó el dueño del periódico. Este anuncia con la mejor buena fé que escribirá de todo; artículos de artes, de critica, poesias sobre todo: que escribirá los articulos de teatros si las empresas le mandan gratis su correspondiente luneta; que traducirá novelitas del frances al gascon, y aun las hará originales á pedir de boca.—Si consigue su objeto inunda el periódico de sus peregrinos artículos, que nadie lee; se dá con sus amigos, en los cafés y en los sitios públicos la importancia y el nombre de Poeta; se hace sensible con las damiselas de equívoco carácter y las lee sus versos en tono lastimero, recordándolas la buena amistad que le une con las notabilidades literarias de la capital—«Hoy como con Rubí, *chez Mr. Prosper*, esclama inocentemente. ¡Oh! Rubí es un buen muchacho:! tenemos corridas algunas trifulcas juntos, vaciadas algunas botellas de Champagne.—Algunos dias nos acompañan otros Poetas, literatos y periodistas de buen humor.—Doncel y Valladares, los redactores del Laberinto, varios articulistas de los Españoles pintados por si mismos,— oh! gente toda de buen humor, bebedores y calaveras si los hay.—¡Qué vida, amigas mias, qué vida! eso es gloria y lo demás patarata.—Y así esplicándose toma su sombrero y parte á la plazuela de Santa Ana á pasarse por la fonda de Próspero: pero no á comer con tal compañía, si no á mirar por los alambrados que dan á la calle, si hay en las salas de comer alguno de los citados, á quienes mira y escucha desde fuera para poder mañana contar con quien comió ayer. Este llega al fin á creerse el mismo grande amigo de todos los Poetas: cuenta sus vidas como las oye de bocas

tan fidedignas como la suya, embelleciéndolas siempre con alguna circunstancia que las marque mejor; y cualquiera que oiga concluirá por creer que los Poetas son una raza de hombres perjudiciales en todos sentidos que pasan sus dias y sus noches en largos festines, en ridículas disputas y desafios, y continuos y escandalosos espectáculos. A estos imbéciles deben la mayor parte de los poetas una crónica escandalosa de que jamás han sido los héroes, y de ellos hay que oyo contar su propia historia sin conocer siquiera el lugar en que nació ni los lances y escenas en que su nombre figura. —Estos tampoco son individuos que pertenecen al tipo del Poeta, sino al del tonto.

Tampoco hablo de aquel otro mancebo que hace diez años que se ha plantado en los veinte y cinco, que ha hecho una ó dos escursiones hasta Paris, donde ha adquirido un modo de hablar, de vestir, de andar y de vivir en fin, sino muy acomodado á las costumbres del pais en que nació y vive, muy á propósito para hacerse *remarcable*. De allí ha importado consigo una ciencia universal infusa y el título que mas de moda le pareció, el de Poeta. Conoce á Alejandro Dumas se cartea con Chateaubriand, ha comido mil veces con V. Hugo, ha enseñado á su esposa (de V. Hugo) varias canciones andaluzas (que ni ella, ni él, ni V. Hugo han entendido jamás); ha tomado el té en varias ocasiones con la elegante Mme. de Devant (Jorje Sand); ha dado algunos útiles consejos á Frederic Soulié, sobre sus *Memorias del diablo*, y se ha visto suplicado por los empresarios del teatro francés para que se estableciera en el mismo Paris, con el objeto de que les ayudase á dirigir su teatro. Escribe en todos los periódicos por amistad con sus directores, por darles reputacion firmando sus columnas. Todas las hermosas de Madrid le confian su ALBUM, el cual se encarga de llenar por la estrecha amistad que le une á todas las notabilidades. Dá exactas noticias de cuanto pasa en la capital y provincias de España con respecto á las artes, y conoce todas las *joyas* que encierran los liceos y teatros caseros de la nacion; es decir, todas las muchachas bonitas que desgarran tan lindamente las comedias, que solo debieran *ejecutarse* en los teatros, á quienes perjudican estas hermosas, mágicas é inspiradas actrices, que siendo muy poco para elevarse á ARTISTAS, se consideran mucho para descender á CÓMICAS.—(Y sea dicho de paso, ahora que estamos en ello; todavía no hemos visto salir de estas sociedades artísticas ningun actor que se haya ganado para el arte). De estos teatros caseros es el panegirista este mancebo de quien voy hablando: y él es el que hace aparecer en los periódicos los artículos laudatorios de sus sacrílegas representaciones, cuyos artículos vienen generalmente á parar en unas detestables coplas á los ojos de la fulanita, al cabello de la menganita, y á la deliciosa sonrisa de la citanita, que serán á mi ver los mejores dotes de actriz que poseerán, cuando por ellos solo se les encomia. Este no entra tampoco en el tipo del Poeta, sino en los tres juntos del *aficionado*, del *artista* y del *mentecato*. Réstame ahora, lector pacientísimo, decirte lo que es un Poeta, segregado de estos otros entes de quienes te he hablado y con los cuales no es justo que le confundas.

El Poeta, pues, es un individuo de nuestra raza humana, que ve la luz en el

lugar que el sumo Hacedor le destina para nacer, en la aldea ó en la corte, en la tierra ó en el mar, y en medio de una familia noble ó plebeya, opulenta ó miserable, como todos los demás hombres. Recibe la educacion que le dan, y vive sujeto á todas las vicisitudes de la fortuna, ni mas ni menos que el resto de sus hermanos; pero dotado de corazon fogoso y brillante imaginacion empieza á ver y juzgar las cosas con alguna diferencia de lo que las ve y juzga el comun de las gentes. Sus padres ó tutores le dedican á la carrera que mejor les parece, poniéndole bajo la direccion de los mejores profesores, pero él adelanta poco en los estudios graves y echa mano de otros libros que no son los de su facultad. Poco á poco su lectura despierta en su imaginacion ideas nuevas cuyo gérmen habia siempre sospechado y poco á poco se decide á estender sobre el papel sus informes pensamientos, reduciendo á palabras sus deseos, sus esperanzas, sus ilusiones de muchacho. La historia, la retórica, la geografia... todo lo que aprendió en el colegio, ó á solas con los libros y escritos que le cayeron en las manos, viene entonces en su ayuda. Pronto concibe que sus ideas pueden espresarse propia y elegantemente; que la riqueza y armonia de su lengua pátria le está brindando con una fácil versificacion, cuyo desempeño no le embaraza mucho, porque su propio instinto hace brotar de su pluma sus conceptos en versos de todas medidas, que él va reconociendo conforme los va viendo escritos delante de sus ojos. Desde aqui su aficion á la poesia, desarrollada completamente, le hace imponerse modelos que imitar, estudios que cultivar, y obras que emprender. Aqui tienen principio sus dudas y desconfianzas: algunos versos ó discursos suyos han sido celebrados ya por amigos, ya por estraños, pero siempre como pasatiempos de chico; y esto que no satisface su corazon, le obliga á avanzar con ansia y fe por el camino que él mismo se ha trazado. Lee cuantas obras literarias encuentra, asiste á cuantas sociedades artísticas conoce, escucha á cuantos cree con reputacion de literatos y Poetas, y ensaya á sus solas la manera de poner en práctica las teorías que ha aprendido de ellos, ó la imitacion de las obras que han sometido al fallo del público y que han sido de este bien recibidas. Desde este momento solo le falta ya un cuarto de hora de buena suerte: y si le busca con asidua tenacidad le encontrará seguramente. Un amigo que le presenta en un liceo, una señora que le recomienda á un empresario de teatros, etc. etc., le ponen en estado de mostrar al mundo modestamente una obra de su ingenio. La sociedad le escucha con gusto, ó tal vez le aplaude con entusiasmo; el empresario se paga de la obra y se la hace leer en una reunion *ad hoc*, y hé aqui su momento feliz. Su produccion agrada á este comité, se determina su representacion, (ó su impresion segun el género de la obra); por medio de ella establece su conocimiento con las personas cuyos nombres está acostumbrado á venerar, y el muchacho pasa á ser hombre, y el estudiante á Poeta. En este dia empieza para él una nueva era.

El teatro es en este siglo el objeto de la ambicion del Poeta, porque una obra dramática reporta mas gloria y mas utilidad que otra alguna, y el jóven ha echado ya sus cuentas para el porvenir. Este es el Poeta; el que cuenta con hacer de la poesia su profesion y su ocupacion de toda la vida. Ansioso de reputacion

y del aplauso en su pais canta sus glorias en inspirados poemas, ensalza sus héroes en históricas producciones dramáticas, y celebra ó critica en satíricas comedias las virtudes y ventajas, ó los vicios y manias de las costumbres de su sociedad y de su siglo. El público recompensa sus fatigas con sus aplausos, y su pais le agradece lo que hace por su gloria, en nombre de los héroes que celebra y las hazañas que canta, colocando su nombre entre los nombres que darán honor á su centuria.

Por lo demás el Poeta no se distingue en nada del resto de los hombres. Sus costumbres están en armonia con sus afecciones, sus caprichos, ó sus convicciones como las de todos los demás. Tal vez (lo que sucede á menudo) sus escritos estan en oposicion con su caracter; y un hombre grave metódico, severo y de buenas costumbres se complace en pintarnos las escenas mas bulliciosas, mas cómicas ó mas desordenadas, al paso que otro alegre, feliz é inconsecuente nos retrata al vivo grandes cuadros trágicos y profundas y misteriosas pasiones, en que la virtud y el heroismo juegan los principales papeles. Como todas las personas que ejercen una profesion se disgusta de las que continuamente le cuestionan sobre la suya y le hacen hablar de ella en lugares y horas incompetentes.

No usa de sus facultades poéticas sino en las ocasiones y asuntos que lo requieren: y jamás emplea sus conceptos en adular al poder, en celebrar la injusticia, ni en favorecer sórdidas ambiciones. Recibe modestamente las recompensas ó distinciones con que las academias, las autoridades ó los gobiernos premian sus talentos y parte su gloria como su bolsillo, con los que valen tanto como él sin mirar jamas si les da la parte mas considerable. Alegre ó melancólico, juicioso ó calavera, bueno ó malo en una palabra el Poeta es siempre Poeta, por mas que sea su vida sedentaria ó activa, su educacion esmerada ó abandonada, sus gustos y costumbres ejemplares ó reprensibles, y borrascosa ó monótona la historia de sus pasados dias. Esta historia corre generalmente entre el vulgo desfigurada por los mentecatos que creen que por conocer á los hombres célebres, se colocan á su altura: como si el comer con un gran general, vivir con un gran orador, tratar con un gran músico pudiera infundir valor en sus mezquinos espíritus, dar elocuencia á sus lenguas infamadoras, ó hacer producir á su estéril talento una brillante sinfonia, ó un solemne miserere. Pero este es riesgo que corren todos los hombres que se distinguen en algo, y que le toca al Poeta no por Poeta sino por hombre distinguido.

Este articulo se alargaria demasiado si nos detuviésemos mas en él; haré no obstante una última observacion, y es, que casi todos los Poetas alcanzan fama de calaveras y disipados, y la mayor parte de ellos con razon; pues como sus trabajos son mas de inspiracion que de conviccion frecuentemente les ocurre pasar largos dias en la inaccion y en la holganza, en cuyos dias no siempre son santas sus ocupaciones, arrastrados por su caracter voluble y sus exajerados pensamientos, aunque esto no pasa de una vaga teoria desmentida por muchos ejemplos.

Y aqui concluye mi articulo del Poeta ¡oh lector benévolo! el cual ya que no

satisfaga mi conciencia, puede acaso darte una idea ligera de los Poetas; si es que no te han hecho dormir sus periodos desaliñados. En cuanto á los nombres de los que hoy viven en este trabajado suelo de España, tu los podrás deletrear si has tenido la bondad de leerme con atencion. Quiero, sin embargo de esto que sepas que los autores de *Guzman el Bueno*, *Detras de la Cruz el diablo*, *Los amantes de Teruel*, *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, *No ganamos para sustos*, *el Diablo Mundo*, (poema) *Simon Bocanegra* y otros largos de enumerar serán siempre tenidos como verdaderos Poetas, sea cualquiera su vida, su reputacion y su fortuna; y por mas que sus envidiosos y detractores les disputen los derechos á semejante título, sus nombres pasarán con sus obras á la posteridad, y no les faltarán tarde ó temprano ni una corona de laurel para su sepultura despues de su muerte, ni un admirador durante su vida mientras pueda latir el corazon de

J. ZORRILLA.

EL VENTERO.

VENTA. *La casa establecida en los caminos y despoblados, para hospedaje de los pasajeros.—El sitio desamparado y expuesto á las injurias del tiempo, como lo suelen estar las ventas.*

VENTERO. *El que tiene á su cuidado y cargo la venta, y el hospedaje de los pasajeros.*—(Diccionario de la Academia.)

LA venta y el Ventero son tal vez la cosa y la persona, que no han sufrido la mas mínima alteracion, la modificacion mas imperceptible desde el tiempo de Cervantes hasta nuestros dias. Pues las *ventas* de ahora son tales cuales las describió su pluma inmortal, aunque hayan servido alguna vez de casa fuerte, ya en la guerra de la independencia, ya en la guerra civil, ya en los benditos pronunciamientos. Y los Venteros que hoy viven, aunque hayan sido alcaldes constitucionales, y sean milicianos y electores y elegibles. Son idénticos á los que alojaron al célebre don Quijote de la Mancha.

Y lo mas raro es que se parecen como se parecian dos gotas de agua en los desiertos de Siria y de la Arabia, tienen á su cuidado los caravanserails: esto es, las ventas donde se alojan las caravanas, en aquellos remotos paises; si es

que son exactas las descripciones de Chateaubriand, Las Casas, Belconi y Lamartine.

Lugar era este en que uno de esos prolijos investigadores del orígen de todas las cosas podia lucir su erudicion y la argucia de su ingenio, manifestándonos que las ventas de ahora son los *Caravanseralis* de tiempo de moros; y acaso el nombre de *Carabanchel* le ofreceria un argumento inexpugnable. Pero quédese esto para los que siguen la inclinacion y buen ejemplo del estudiante, que acompañó á don Quijote á la cueva de Montesinos, y que se ocupaba en escribir la continuacion de Virgilio Polidoro; y ocupémonos nosotros del Ventero, pues es tipo de tal valia que el curso de dos siglos no lo ha variado en lo mas mínimo.

Antes de describir el contenido, describiremos el continente, antes del actor la escena, como parece natural, y como lo verifican los naturalistas que hablando v. g. de la nuez, nos pintan primero el erizo, luego la cáscara, y en último lugar la parte clara y comible. Hablemos pues de la venta antes que del Ventero.

La definicion que de la palabra venta dá el Diccionario de la Lengua, y que sirve de epígrafe á nuestro artículo no deja que desear: y seria insistir en esplanarla, hacer agravio al consejo de mis lectores. Porque, ¿cuál de ellos no habrá pasado una mala noche, y comido detestablemente en alguna venta, cuando haya hecho un viajecillo de media docena de leguas? La venta pues es conocida de todos los españoles, y de todos los extranjeros que hayan viajado en España. Pero es preciso no confundir la venta con el *parador* que es un progreso, ni con el *ventorrillo* que es un retroceso; pues por lo comun, el ventorrillo sube á venta si le sopla la fortuna, y a venta pasa á ventorrillo cuando esta ciega, caprichosa y antojadiza le niega sus favores. Y en cuanto al parador advertirémos, que aunque pudiera ser venta en su primitivo orígen, hay muchos que nacieron paradores hechos y derechos. Y que su casa no es de veredas y encrucijadas, sino de caminos reales y carreteros; como si dijéramos la alta aristocrácia de la especie.

Conservan el nombre de ventas muchas que lo fueron y ya no lo son porque se han convertido en otra cosa, sobre todo en los grandes caminos. Asi se llaman venta de la Portuguesa, venta de Sta. Cecilia, de casa de Posta, que fueron venta cuando no habia carreteros establecidos en los parajes en que se fundaron. Y cuando el sitio en que hubo una se ha convertido en pequeña poblacion arrimándosele otras, se designa con el nombre en plural: v. g. *ventas* de la Pajanosa, ventas del Puerto Lapiche, etc., etc., etc. La venta pues verdadera, genuina, *propriement dite*, es la que está aislada, lejos de toda poblacion, y principalmente en caminos de travesía.

Suelen ser ya grandes y espaciosas, ya pequeñas y redondas; pero siempre de aspecto siniestro, colocadas por lo general en hondas cañadas, revueltas y bosques; en sitios en fin sospechosos, y de modo que sorprendan, como quien dice, al viajero poco experto que con ella tropieza. Las mas comunes se componen de

zaguan-cocina, despensa, un cuartucho para el Ventero y su familia, si es que la tiene, un corralillo, una mala cuadra y un pajar. Y hasta los nombres apelativos con que suele designárselas indican á veces todo lo que son: como por ejemplo, *la venta del Puñal*, *la del Judio*, *la del Moro*, *la de la MalaMujer*, *la de los Ladrones* y otros tales de que no me acuerdo, ni importa para nuestro propósito.

Pasemos pues al Ventero y cumplamos con el título de este articulo.

El Ventero, aunque habitador del campo, no ha pasado generalmente sus primeros años en el campo, ni ha sido gañan, ú hortelano, ni ayudado de un modo ó de otro al cultivo de la tierra. Por lo regular fué en su juventud soldado ó contrabandista, esto es, hombre de armas; y si no nació con temperamento belicoso y bajo la influencia del planeta Marte, fué sin duda en sus años mozo, calesero, arriero, ó corredor de bestias, que el vulgo suele llamar *chalan*. No quita esto el que el Ventero haya podido ejercer antes alguna otra profesion. El que escribe estas líneas encontró años atrás en lo mas recóndito de Sierramorena un Ventero, que habia sido piloto, y que hablaba en términos marineros y náuticos, que sonaban estravagantísimos en aquel paraje tan lejano del mar. Y topó con otro en los montes de Leon, que habia sido ermitaño. Pero estas son escepciones. Y al cabo sea cual sea la anterior profesion del Ventero, en llegando á Ventero ya toma una fisonomía particular.

Mas de cuarenta años de edad. Traje segun el del pais en que está la venta, pero un poco exagerado, y siempre con algun folili ó ribete del de otra provincia. Aspecto grave, pocas palabras, ojos observadores, aire desconfiado, ó de superioridad, segun son los huéspedes que llegan á su casa: son condiciones que deberia tener presentes un pintor que quisiese hacer el retrato de un Ventero.

Su vida que parece debia ser monótona y sedentaria es por lo contrario, variada y activa, en los ratos de ocio se ocupa en aguar el vino, en poner algunos granos de pimienta en los frascos del fementido aguardiente, en picar carne de alguna muerta caballeria, ó en adobar una albarda. Cuando tiene huéspedes no sosiega, del fogon á la cuadra, de esta al pajar, de allí al mostrador, luego al corralillo por leña, luego á la despensa por aceite, anda hecho un azacan. Si tiene huéspedes parece que de noche no duerme, o s vigila, si está solo tiene el oido alerta al menor ruido, muchos dias los pasa en el monte, otros en la ciudad vecina. Conoce á todos los arrieros que transitan aquella tierra y sabe sus gustos y sus condiciones, y á dó van y de dó vienen, y bebe con ellos y come tambien con ellos, y á unos les habla mucho á otros poco, pero á todos les pregunta algo al oido, conoce tambien á todos los labradores y propietarios de la redonda. Y como si fueran suyas todas las reses que pastan en aquellos contornos, y todas l:s caballerias de la provincia.

Si á media noche se oye un tiro, sabe si es de uno que está á espera de conejos, ó de javalíes, ó si es otra cosa. Se oye el estallar de una honda á deshora, y dice el nombre del vaquero que la estalla y el de la res á quien se dirige la piedra. Adivina por el tin tin de las esquilas, ó por el tomb tomb de las zumbas, de quiénes son las recuas que pasan por otra encrucijada vecina; pero á quien conoce por

instinto particular propio del oficio de Ventero, es á los contrabandistas y los individuos del resguardo. A veces entra en la venta á hora inusitada con las manos ensangrentadas, porque viene de una alqueria inmediata de ayudar á abrir un cerdo ó á degollar una ternera: y si estando sentado al fuego oye un silbido ó hecha tarancas secas para que se levante llamarada y salgan chispas por la chimenea, ó abre un yentanuco por donde se vea la lumbre ó la luz del candil, ó sale con su escopeta á rondar la venta, ó se queda sério y alerta ó atranca la puerta súbitamente, ó va á avisar á la cuadra ó al pajar á algun arriero, ó acaso á algun huésped que se esconde en el desvan, y que no gusta de gente y de conversacion.

En una de tantas trifulcas en que los hombres de bien han tenido en esta última época que tomar las de villadiego para no ser victima de la turba desharrapada, que en nombre de la patria y de la libertad, y capitaneada ó instigada por unos cuantos voceadores, instrumento de tres ó cuatro solapados é hipócritas ambiciosos, esgrimia fanática el puñal contra el verdadero patriotismo y acrisolada virtud; un amigo mio tuvo que escapar disfrazado á media noche de una de las primeras capitales de España, para dirigirse á una frontera, poniendo su suerte en manos y bajo la direccion de un contrabandista.

Este tal iba pues por sendas y vericuetos con su diestro conductor para evitar algun mal encuentro, y al terminar una encapotada tarde de otoño, y despues de atravesar espesos matorrales y quebradas lomas, llegó á una venta, que en medio de un despoblado y en la encrucijada de dos malos caminos, uno de ruedas y otro de herradura, sobre una hondonada habia. Soplaba recio el viento agitando la maleza y las copas de algunas encinas que de trecho en trecho se erguian en el raso que la venta ocupaba, el cielo parecia de plomo atravesado de siniestras ráfagas de color de leche, últimos esfuerzos de un sol moribundo: por una cañada ó rambla se descubria á un lado y á lo lejos en el remoto horizonte, una gran poblacion cuyas gigantes torres se dibujaban distintamente sobre una lista roja que marcaba el ocaso. La hora, el sitio, y lo destemplado de la atmósfera, y el aspecto de la venta hicieron una impresion indefinible en el ánimo ya harto combatido del viajero, que involuntariamente tiró de las riendas al caballo y lo paró. ¿Vamos á pasar ahí la noche? preguntó con un acento particular al contrabandista. Y este le contestó, advirtiendo el tono de la pregunta. Dificil era pasarla en mejor paraje, ¿quién ha de dar aquí con nosotros? Y el viajero sin replicarle clavó los ojos en la gran poblacion que ya se descubria apenas en el borrado horizonte, lanzó un suspiro, y avanzó hácia la venta. Un enorme perro mastin salióle al encuentro ladrando y meneando la cola, y una vieja de fisonomía estúpida y de traje sucio y miserable, y un hombre de cincuenta años, alto, recio, con una cara cetrina á cuya tez obscura y áspera daban realce dos enormes patillas grises, y un pañuelo de colores brillantes rebujado á la cabeza, asomaron á la puerta de la venta. Llegó á ella nuestro prófugo al tiempo en que empezaban à caer gruesas gotas, cerrando casi la noche. Y aquellas dos figuras de mal agüero, que se dibujaban y sobresalian por obscuro sobre el fondo rojizo del interior de la venta, iluminada con la llama del hogar, y que aun de frente recibian la última incierta claridad del crepúsculo,

le inspiraron profundo terror. Pero viendo que el contrabandista se habia quedado un tanto atrás como oteando desde una alturilla toda la comarca, preguntó resuelto hay posada?—Miráronse el Ventero y la Ventera, que eran los personages que estaban á la puerta, y aquel con tono desabrido, pero no muy resuelto, contestó: Lo que es esta noche no la hay... porque... continuó la viéjezuela... Porque es imposible... no hay nada en la venta... y... en esto llegó el contrabandista, dijo dos ó tres palabras que no entendió su compañero de viaje, porque no eran castellanas. Y como por encanto hubo al instante posada, y el Ventero vino á tener el estribo al encubierto huésped, y la Ventera ayudó al contrabandista á descolgar las escopetas, y á recoger manta y alforjas y tomando un cándil llevó á los huéspedes á la caballeriza donde ambos acomodaron sus cabalgaduras, para las que trajo inmediatamente recado el Ventero.

Volvieron al zaguan-cocina, que estaba lleno de humo, los cuatro actores de esta escena. La ventera echó retamas secas en el hogar, cuya llamarada lo iluminó todo, y se vieron al otro estremo del zaguan-cocina reunidas en un rincon seis ú ocho escopetas, lo que llamó la atencion del contrabandista. Mi amigo se sentó en un poyo junto á la lumbre, y el Ventero salió á la puerta y llamó al perro que aun ladraba fuera.

La noche empezó obscurísima, la lluvia arreciaba, el viento aumentaba su fuerza, y el humo de la cocina era intolerable. El contrabandista preguntó á la vieja: qué se podrá aviar para la cena? Nada hay en la casa, respondió aquella, sino vino y aguardiente, pan y pimientos.—No hay huevos.—Tampoco.—Bacalao, arroz?...—No hay nada. Medrados estamos, dijo el encubierto, y tengo un hambre como nunca.....

Volvió en esto el Ventero con el perro, dejando atrancada la puerta. Y le dijo el contrabandista, dando otra ojeada á las escopetas, y mirándolo con aire socarron. Y la chica?... que salga, no la escondas, que es lo único bueno que hay en tu casa. Y saltó la ventera y dijo: no está aqui: se fué esta mañana con la burra á la villa, vino por ella el Rojo... Y continuó el Ventero, el criado del señor administrador.—¿Y el Chupen? preguntó el contrabandista.—Se fué esta tarde al huerto, y allí dormirá.—Con que estais solos.—Solos estamos, dijeron á un tiempo el Ventero y la Ventera, pero el contrabandista volvió los ojos, con una espresion tan ladina hácia el monton de escopetas, que la vieja se fué al corral por leña, y el Ventero despues de un momento de turbacion muy marcada le dió una palmada en el hombro al contrabandista y le dijo... ¡qué pollo!... y tomando un frasco cuadrado de un vasar, y un vasillo de vidrio, llenó este de aguardiente y se lo presentó á su interlocutor diciéndole: vaya por la gente dura.

Ajeno de cuanto pasaba en derredor de sí estaba mi amigo, cansado, hambriento, y embebido en dolorosos recuerdos, y en poco lisonjeras esperanzas, humeaba maquinalmente un cigarro y halagaba el carnudo cuello del enorme mastin con quien estaba en perfecta amistad y armonia.

Bebió el contrabandista, bebió el Ventero, y empezó entre ambos un diálogo

muy animado, en una especie de gerga ó algarabía, en que los nombres y los verbos eran de otro idioma muy estraño, pero los artículos, conjunciones y particulas, enteramente de nuestra lengua. Nada entendió el viajero encubierto, ni se curó de ello. Y concluida la conversacion de los otros, que no fué larga, el contrabandista dió la mano muy apretada al Ventero, y volviéndose á mi amigo con gran impaciencia le dijo.—Vamos, vamos á cenar cualquier cosa, y á dormir, que mañana tenemos una jornada mayor que la de hoy, que no ha sido floja. Ya he dispuesto que en un cuartito arriba se le ponga á V. una cama, que con el colchon del tio Trabuco, que es nuestro hostalero, y con las jalmas de mi jaca, y con la manta y ese capote podria servir para un intendente... pero pronto, pronto. Y viendo entrar á la ventera con un haz de leña.—Vamos, tia Veneno, ponga V. la sarten y fria unos ajos, que yo le daré pan, y chorizos para que nos haga unas sopas... no es verdad nostramo.—Si, me conformo con cualquier cosa, dispóngalo V. á su gusto.—Vivan los hombres duros, cuidado que no lo es poco su mercé. Dijo el contrabandista y corrió á sacar de sus alforjas el repuesto.

La tia Veneno puso una sarten enorme al fuego, mi amigo le preguntó para qué tan grande, y respondió la bruja: mientras mas gracia de Dios, mejor. El contrabandista la miró con malignidad, dijo otra palabra en su gerga al Ventero que estaba desmenuzando el pan y cortando los chorizos con una navaja de á vara, y tomando sus escopetas, les quitó el cebo, acomodó la piedra, las volvió á cebar, y las puso á su lado en un rincon, diciéndole al Ventero con una sonrisa de inteligencia: ya estamos listos.

En un santiamen se hizo la cena, y en un santiamen se engulló por mi amigo, su conductor, el tio Trabuco y la tia Veneno; echando sin embargo sopas para una comunidad. El vino de la venta que era una verdadera zupia, y el aguardiente de pita de la misma, que era una verdadera ponzoña, se espendieron en abundancia; y sin dejar á mi amigo mas tiempo, que el de encender su cigarro, y el de tirar un zoquete al mastin, con quien habia simpatizado, le dijeron los otros tres en corro: ea, á dormir, á descansar y Dios dé á su mercé buena noche. Y mientras la Veneno subia arrastra al sobrado un colchon miserable, y el contrabandista la alumbraba con el candil llevándose tambien las jalmas y mantas de su caballeria; el Ventero picando un cigarro, y balbuciendo un poco, porque el aguardiente le trababa la lengua, y queriendo dar á su fisonomía de suela una espresion de bondad y de sencillez, que le daban un aire muy grotesco, dijo á mi amigo: Aquí su mercé con toa confianza. No estará como merece, pero yo y mi probeza estamos pa lo que guste mandá, á dormir á dormir, ni tenga su mercé cudiao. En esto volvió el contrabandista, diciendo: al avio, al avio, tiene su mercé una cama como la de un obispo, á dormir á dormir.

Subió mi amigo una escalerilla como el cañon de una chimenea, y entró en un estrecho camaranchon tan rodeado de grietas y mechinales, que corria en él el mismo viento que en mitad del campo; siendo tantas las goteras, que de la mas segura techumbre caian, que se hubiera debido entrar allí, con paraguas, sin

ventanas, sin puertas ni vidrieras daba franco paso á una corriente de aire con que hubiera podido moler un molino de viento. Notado lo cual por el contrabandista, tapó, ayudado del tio Trabuco, aquel inoportuno respiradero con una antigua y jubilada albarda que en el desvan yacía.

Acurrucóse mi amigo lo mejor que pudo en aquel fementido y apocado lecho, y dándole las buenas noches con encargo de que se durmiese pronto, el Ventero, la bruja, y el sagaz conductor se retiraron con el candil, cerrando por fuera con cerrojo la puerta, esto es, dejando encerrado al huésped. Notólo este, y aun quiso oponerse con buenas razones, que cortó el contrabandista diciéndole: que por dentro no habia pestillo, y que si se dejaba la puerta sin sujecion estaria golpeando toda la noche. Ademas, que él vendria á despertarlo á la hora de la partida. Con lo que quedó mi amigo convencido. Por los resquicios entró la luz del candil dibujando en las toscas paredes rayas irregulares que fueron disipándose hácia el techo, sonaron las pisadas por los escalones abajo, y todo quedó á obscuras y en silencio.

El viajero disfrazado llevaba ya seis dias de penosa marcha y habia andado aquel dia catorce leguas en un caballo troton, por recuetos y vericuetos; circunstancias que bastan para que se crea que pronto quedó dormido. Y aunque en el breve tránsito de la vigilia al sueño y estando ya como se dice vulgarmente traspuesto, oyó abrir una puerta y luego otra que le pareció la del campo y ruido de gente, y de herraduras y de relinchos, sin dársele de ello un ardite se abandonó en los brazos de Morfeo.

Cuatro horas largas de sueño llevaria, cuando los tenaces ladridos del perro le despertaron. Como estaba vestido se incorporó pronto en el lecho, y como notára que el reparo puesto al ventaneo habia venido al suelo, (cosa que advirtió porque la luna habia salido, y aunque velada de opacas nubes difundia alguna claridad; se levantó resuelto á volver á tapar aquel boquete. Al acercarse á él, creyó ver á lo lejos cuatro ó seis fogonazos, de que oyó inmediatamente las detonaciones, fijó los ojos á aquel lado pero nada vió, ni oyó mas que el confuso rumor del galope de algunos caballos. Hubiera permanecido curioso en su atalaya, si el frio, y el no haber vuelto á oir rumor alguno no le obligaran á volver á tapar el ventaneo, y á regresar tiritando á su lecho, no sin formar mil conjeturas, precisamente las propias de su extraña posicion.

No volvió en todo el resto de la noche á hacer sueño de provecho aunque despues de cavilar un rato recobró el cansancio su imperio y lo dejó traspuesto, en cuyo estado, y sin saber si era ensueño ó realidad oyó nuevo tropel de caballos, voces roncas y confusas, ladridos, quejidos y carcajadas, y como los golpes de un azadon que abrian algun hoyo en el corral, pero todo tan vago, tan inconexo, tan confuso, que en el casi sueño en que se mantuvo hasta el amanecer no le dejó formar ninguna idea distinta y clara.

Ya empezaba el crepúsculo de la mañana, cuando el contrabandista entró á despertarle, y á decirle que era la hora de ponerse en marcha, preguntándole qué tal habia pasado la noche. Muy mal, contestóle mi amigo, amen de las pulgas

que me han devorado, y de las ratas que se han paseado á su sabor sobre mi y del viento y de las goteras, el ruido ha sido infernal... ¿Qué diablos ha habido esta noche en esta venta?.. ¿han llegado mas pasajeros? ¿se ha dado en ella una batalla? ¿qué demonios ha ocurrido?... replicó el contrabandista ¿pues qué ha oido usted?.., y repuso el otro, no es cosa de cuidado, tiros, carreras, ladridos, voces, lamentos.. ¿qué se yo? A lo que el contrabandista con afectada serenidad dijo: vaya, usted bebió anoche un traguito mas; nada ha habido, ni nadie ha entrado en la venta, sin duda usted ha soñado esas cosazas.—¿cómo sueño? saltó el viajero. No señor, estaba muy despierto cuando empezó la algarada, he visto y oido los tiros, he conocido la voz del Ventero... y aun la de usted...—Pues si es así (le interrumpió el contrabandista) crea, porque le conviene, que ha soñado.. Y no se dé por entendido, y diga aquí abajo, y en todo el mundo que se ha pasado la noche de un tiron, durmiendo á pierna tendida como un bienaventurado.—Pero hombre, es terrible, dijo mi amigo.. y atajóle su conductor mas bajo. Os importa la vida.. no conoceis lo que son ventas y venteros... y continuó en voz alta, vamos, vamos, basta de sueño: caramba, y qué pesadez!... al avío, al avío, que ya es tarde.

Bajaron ambos del camaranchon y se dirigieron á la caballeriza, donde tenian ya sus cabalgaduras listas. Pero notó mi amigo que habia otros dos caballos atados á la pesebrera, fatigados, mustios y enlodados. Sacaron los suyos al zaguan-cocina nuestros viajeros, y el disfrazado advirtió temblando que en el suelo habia sangre reciente, que en vano se habia querido hacer desaparecer á fuerza de agua. El monton de escopetas no estaba en el rincon, la bruja encendia el hogar. El tio Trabuco andaba como desatentado. Pagóle el contrabandista, y cambiaron varias palabras fuertemente acentuadas en aquella jerga con que se comunicaban. Cabalgaron al fin los huéspedes, y al alargar el Ventero un vaso de aguardiente á mi amigo, advirtió éste en la velluda y tosca mano manchas de sangre, y manchas de sangre en la camisa....

Partieron de la venta los viajeros al momento en que el sol asomaba por el oriente, anduvieron como media legua sin decirse una sola palabra. Cuando al atravesar una estrechura se encontraron con un reguero de sangre que iba á perderse en un espeso matorral. Llamóle la atencion á mi amigo, y quiso seguir el rastro: pero su compañero le detuvo apresurado.—¡Señor! ¿Qué ha sido esto? ¡Yo me horrorizo! esclamó aquel, y este le dijo ¡cachaza! ¡cachaza! estas son cosas de mundo, y no me pregunte su merced nada porque mi oficio es callar.... ¿Pero hombre, callar una cosa así? dijo mi amigo. Sí señor, contestóle su conductor: del mismo modo que no diré aunque me hagan pedazos ni el nombre de vd. ni las desgracias que le obligan á andar por estos vericuetos, porque se ha fiado vd. de mi, y esto basta, tampoco diré á nadie aunque me hagan pedazos lo que ha pasado esta noche en la venta, porque se ha fiado de mi el Ventero y esto basta; por lo tanto no me pregunte mas su merced que será en valde.

Tres dias mas duró el viaje, al cabo de ellos llegaron á la frontera, en ella se despidió el prófugo ya en salvo de su fiel conductor, y al ir á gratificarle con

unas monedas de oro, las rechazó el contrabandista y le dijo: no quiero mas recompensa de lo que he hecho por su merced sino que me jure y me dé su palabra de caballero de que jamas nombrará la venta de marras, ni contará lo que en ella soñó. Prometióselo mi amigo, se separaron, y volviendo ambos al perderse de vista para despedirse, el contrabandista con una espresion singular, puso el índice de la mano derecha en los labios, y gritó á su compañero de viaje: *Sonsoniche.*

EL DUQUE DE RIVAS.

LA COMADRE.

Casta face, Lucina.....
VIRG. EGLOGA. 4.ª
¡Oh tú Lucina, abogada del os partos! pón tiento en sus manos, y en las mias.

Cada dia progresa mas la moda, pero limitando sus adelantos al estrechísimo círculo de los vestidos y de alguna que otra costumbre; y á pesar de eso nada avanza en otros ramos, ni logra tampoco ahuyentar varias antiguallas, que si lo consiguiera, habiamos de calificar á la moda de humanitaria. Tal es v. g. la antigualla de comer, cosa que han intentado ya muchos suprimir, aunque hasta de ahora con mal éxito; pues de casi todos se refiere que desistieron de la empresa, ó murieron antes de llegar al exámen. Otra antigualla y la peor de todas, es tambien el morirse, manía que han tenido los hombres hasta el presente, y en la cual probablemente los remedaremos nosotros, á pesar de toda nuestra ilustracion.

Pero lo que mas admira es cómo las mujeres, que tanto discurren para encontrar cosas nuevas continúan con la antigualla de parir, ni mas ni menos

que lo hicieron sus abuelas, á pesar de ser esta una costumbre tan de mal tono, que hasta del nombre hacen melindre, en especial las solteronas. Estoy tentado por decir que me causa estrañeza el que no hayan logrado endosar á los hombres tal incumbencia, siendo tan sagaces para cargar al sexo-feo casi todas las penalidades de la vida. Y no hay que venirse con imposibles, porque, prescindiendo de que en el dia desde la invencion del vapor y los fósforos, no hay cosa insuperable, hay razones para demostrar la posibilidad del parto humano. El año 38, sin ir mas lejos, vendieron los ciegos de Madrid á voz en grito un papel, que habia salido, en que se daba cuenta y razon del parto de un sargento de la Reina Gobernadora. Ademas en una vida de S. Vicente Ferrer escrita por un padre grave, y llena de noticias muy curiosas (por el estilo de la muestra), se dice, que el santo parió á medias por una devota suya, sufriendo parte de los dolores. Por fin si queremos romontarnos á tiempos mas remotos tropezarémos tambien con el caballero Júpiter, (dios cesante) divirtiéndose en parir á la diosa Minerva por la cabeza, lo cual segun los mitólogos era tan solo un ensayo, para introducir un método puramente nuevo. Hasta el lenguaje mismo conspira para probar la posibilidad del parto humano: asi v. g al ver un hombre apurado, se dice, *que le han puesto á parir* y en la conversacion vulgar se avisa á cada paso que tal profesor *concibe muy bien*, que un poeta va *á dar á luz*..... un soneto, ó cosa semejante. Esta frase equivale á parir, porque es de notar, que la generacion actual, que se escandaliza mas de las palabras que de las obras ha desechado esta palabra como de mal tono y ha tenido á bien sustituirla con aquella.

Las Comadres, que han estudiado la historia de su profesion y se hallan á la altura *de la filosofia* de su ciencia, tratan de remontar su orígen al principio del mundo, refiriendo el castigo de Dios á los primeros padres, por aquello de la manzana; segun refiere el Génesis de Moises. Pero nosotros sustituyendo á este libro el infalible del Contrato social de Juan Santiago, que habla de aquellos tiempos, poco menos, que como testigo de vista, no podemos menos de reconocer otro orígen, haciéndola con arreglo á la teoria anterior objeto de una convencion particular entre hombres y mujeres, al tiempo de redactar las tablas de los derechos y obligaciones. En virtud de este contrato quedó á cargo de los hombres el *pronunciarse* y sufrir á las mujeres, cargando estas con la obligacion del parto, para restablecer el equilibrio entre ambos sexos, sin perjuicio de poner á parir á los hombres cuando á ellas se les antoja pronunciarse. Tal es nuestra teoría obstetri-social cuya calificacion dejamos á juicio de nuestros lectores, contando por supuesto con su aprobacion.

Las Comadres siguiendo el antiguo texto sagrado hablan de las parteras israelitas, á quienes mandó Faraon, (un rey de Egipto á quien habrán visto Vds. en la ópera de Moises con dos plumas de avestruz en la corona) que matasen á todos los hijos de los israelitas segun fueran naciendo; mandato que cumplieron aquellas mujeres, como acostumbran, haciendo lo contrario y dejando al buenazo del rey gitano con una cuarta de narices. El texto no dice si aquellas Comadres eran matronas examinadas, ó simplemente aficionadas, punto que será

preci so dejar en manos de algun anticuario, hasta su completa averiguacion.

La primer Comadre examinada y en el uso de su oficio, que nos refieren las historias, es una tal Agnodice Ateniense, la cual, sabiendo que las leyes de su pais prohibian á las mujeres estudiar medicina, sintió vivos deseos de infringirla (¡cosa muy natural!) y disfrazándose de hombre asistió á la escuela de un célebre médico, llamado *Hierofilo*, dedicándose principalmente á la obstetricia, hecho lo cual es muy probable, que obtuviera su patente del protomedicato y alquilara bombé, aunque esto no lo dicen las historias. Bien pronto principió á estenderse con rapidez la fama del imberbe mediquillo especialmente entre las damas, algunas de las cuales tenian conocimiento del secreto. Los médicos admirados al ver la mucha parroquia que habia hecho su lampiño practicante en tan poco tiempo, formaron un complot para echarlo á pique, acusándolo ante el Areópago de ilícitos tratos con las señoras de Atenas. Apurado el ambiguo médico, tuvo que descubrir el secreto de su sexo, pero entonces sus contrarios hicieron presente al tribunal la infraccion de la ley. Dícese que lo hubiera pasado mal la pobre Agnodice si noticiosas sus parroquianas del suceso, no hubieran intervenido á su favor, y obtenido su perdon, aunque esto último no era necesario advertirlo, pues en todas épocas la espada de la justicia se ha enredado en las faldas.

Pero todas las Comadres de quienes hasta el presente hemos hablado eran estranjeras y nosotros tenemos que dar una ojeada sobre las españolas. Bien es verdad que en la época á que nos referimos nuestras historias nada nos dicen sobre la materia, pues de lo contrario habiamos de tener el gusto de avisar á nuestros lectores, cómo se llamaba la Comadre de la mujer de Tubal, y las leyes que regian sobre el particular, en tiempo de los sapientísimos reyes Gerion y Brigo. Entre los celtíberos parece que no debian gozar de muchas consideraciones las Comadres, segun podemos inferir de la costumbre que tenian aquellos ciudadanos de meterse en la cama luego que parian sus mujeres y recibir las visitas por el feliz alumbramiento de la parte contraria, lo cual en lenguaje vulgar se llama descalabrar y ponerse la venda. Bien que si los viajeros romanos eran tan verídicos como los que ahora se estilan, no dejaremos de quedar medrados con sus relaciones.

Pero principiaron á venir á España unos en pos de otros, los fenicios y cartagineses, luego los romanos y los godos, y por fin los sarracenos que segun la cancion vulgar *nos molieron á palos*: por supuesto venian todos ellos decididos á dar la felicidad á España, cosa santa y buena, y que asi cuidaran ellos de cumplir como si fueran economistas del siglo XIX. Aquellos pobrecitos tenian tan ocupado el tiempo en aprender el manejo del arma, que ni aun se acordaban de que habia Comadres en el mundo. Pero asi que los españoles pudieron respirar un poco y hacer entrar en razon á los que los molieron á palos, cuando al punto principiaron á dar algunas leyes para arreglar la casa que habia dejado don Rodrigo tan desbaratada, y entre ellas algunas relativas á las Comadres, como no podria menos de suceder.

En efecto, en las Partidas se habla en varios parajes (1) al tratar de partos y embarazos de «mujeres sabidoras, que sean usadas de ayudar á la mujer cuando acaesce:» por cierto que si yo reprodujera aqui testualmente algunas de las frases que usa aquella ley, seria suficiente para que principiara á figurar melindres algun licenciado vidriera.

Pasados algunos siglos vino el rey Fernando VI, y á falta de otro entretenimiento, dió una ley relativa á las parteras en 1750 que dice asi: «el tribunal del Protomedicato me ha hecho presente que de algun tiempo á esta parte, acontecian en esta corte y en las ciudades y principales poblaciones de las Castillas muchos malos sucesos en los partos *provenidos* (este participio merecia estar clavado en el mostrador de la Academia) de la impericia de las mujeres llamadas parteras, y de algunos hombres que para ganar su vida habian tomado el oficio de partear.» Por aquella ley quedaron las Comadres sujetas al Protomedicato.

No contento con esto Cárlos IV, quiso concluir de arreglarlas y lo hizo á las mil maravillas: no hay mas que ver la Novisima un poco antes de llegar á los albéitares y herradores. Allí se dispone que las Comadres ó matronas, hayan de haber estudiado 3 años en colegio, ó con matrona examinada; que sepan administrar el bautismo y en qué casos, y que traigan certificacion de limpieza de sangre. Esto último sobre todo que no se olvide, no, sino dejar que ejerzan por ahí la profesion algunas judías y herejotas, que á un volver de cabeza le tuerzan el pescuezo al *rocin nacido* como diz que hacian *in illo tempore* los médicos judíos que mataban uno de cada diez cristianos que asistian, lo cual no era á la verdad mucho matar para lo que se estila ahora entre buenos cristianos.

Por aquí podrán venir en conocimiento nuestros lectores de lo mucho que vale un oficio, que tanta consideracion merece á las leyes: todo esto va muy bien, pero como segun nuestro refran, puesta la ley está puesta la trampa, de ahí es que por lo comun la ley está demas. A la manera pues que hay todavia curanderos ambulantes, y ensalmadores y no pocos cirujanos, sin título ni estudio alguno, asi tambien siguen aun no pocas parteras, sin mas título que la esperiencia y la rutina, mezcladas con las mas ridículas preocupaciones.

Por el contrario la Matrona, es una verdadera profesora que reune por lo comun al conocimiento de la teoría, la esperiencia en su misma persona, pues por las leyes se manda que solo puedan serlo las viudas ó casadas. A la verdad creemos en caso necesario puedan las solteras manejar el *forceps*, lo mismo que las casadas, pero por razones de honestidad y decoro se permitió solamente á estas ejercer la profesion. Ademas debieron tener presente los legisladores que las solteras solo podian llegar á ser matronas (como si dijéramos *madrazas*) por una ficcion de derecho. El P. Feijoó en una de sus cartas eruditas trató sobre esta materia, bajo el título de uso mas honesto del arte obstetricia

(1) Part 6.ª tit. 6.º ley 17.

abogando por las Comadres, con esclusion de los Comadrones, á no ser en casos sumamente árduos. En apoyo de su parecer, trajo varios testimonios de mujeres que habian profesado esclusivamente la obstetricia y con el mayor acierto, ejecutando afortunadamente la operacion cesárea y otras no menos dificiles. Nada pues añadiremos sobre las matronas y mucho menos sobre su profesion.

En cambio echaremos una rápida ojeada sobre la Comadre que ejerce su profesion sin título ni práctica, sino en clase de aficionada ó mas bien inficionada, y que á pesar de eso suele abrogarse el respetable titulo de matrona que indica una mujer grave y fornida; siendo asi que por lo comun es una viejezuela acartonada, de cuya lengua nos libre Dios, ya que estamos exentos de sus servicios y ayuda.

Figúrate pues, carísimo lector, que á la parte contraria, (vulgo la parienta) de tu vecino, por si acaso no la tienes, se halla *en dias de gracia*. Aqui deseara yo hallarme con suficiente caudal de erudicion para poder manifestar á mis lectores el origen de donde vino llamar *dias de gracia* á los mas desgraciados que tienen las mujeres, á no ser por aquella regla que dice: al que no tiene pelo pelon, al que no tiene rabo rabon.

Los lamentos y quejidos de la paciente, indican que se aproxima el trance fatal que reclama por momentos la intervencion de la Comadre. En las ciudades populosas nunca falta un cirujano acreditado especialmente para los partos ó cuando menos algun barbero teórico-práctico que tenga un rótulo encima de la puerta con estas ó semejantes letras: *don Simeon Retascon, cirujano comadron*. (El don en la muestra es de todo rigor.) No asi en los pueblos pequeños y aun en ciudades subalternas, allí la Comadre campa por su respeto y se considera á sus anchuras dueña del campo.

A veces el futuro ciudadano se hace esperar largo tiempo, con no poco sentimiento de su madre, entonces la partera viene á constituir una parte de la familia durante aquellos dias, porque seria muy espuesto el que faltara un momento del lado de la paciente. Pero como es preciso *matar el tiempo* lo mejor que se pueda, la Comadre suelta su lengua y á pretesto de distraer á la parturiente desenvuelve minuciosamente toda la crónica escandalosa del lugar antigua y moderna, y gracias que no lleve apéndice ni comentarios. De este modo la Comadre usurpa sus atribuciones á la Divinidad misma, trayendo á juicio todas las generaciones presentes y pasadas. Esto ha dado márgen á que se tome á la Comadre por tipo de locuacidad, formando terna con las cotorras y los sacamuelas hasta el punto de que se diga de un hombre parlero *habla mas que una Comadre*! ¡Oh, bien hayan los sabios varones que al arreglar las carreras curativas, no quisieron obligar á las profesoras de obstetricia á recibir el grado de *Bachilleras*!

Y con todo, lo menos malo que hay en esto es que la Comadre hable de chismografia al lado de la pacienta los ratos en que esta se halla en disposicion de oirla. Pobre de ella si á la Comadre se le ocurre, para sugerirle una alta idea de su reputacion y mucha práctica, referirla por menor los riesgos á que va á verse espuesta, lo dificil del éxito, especialmente en las primerizas, y las

diferentes ocasiones en que mudando de atribuciones ha tenido que prestar á sus pacientes el último servicio.... amortajarlas. Y toda esta relacion, que hace dar diente con diente á la infeliz que la oye, va salpicada ademas con punzantes anécdotas sobre la inmoralidad de los comadrones, y su poca destreza, citando nombres y casos de haber sacado los bofes en vez del feto tirándolos debajo de la cama. A continuacion de estas caritativas conversaciones viene como de molde una oracion pronunciada por la partera y repetida por la paciente á devocion de San Ramon, abogado de las parturientas, á quien llamaron *Nonato* por haber sido extraido del vientre de su madre mediante la operacion cesárea, como si por falta de parto dejara de haber nacimiento.

Estos coloquios y otros por el estilo, que obligan á la parturienta á temblar por su existencia, son los mas á propósito para adelantar el parto. Principian los ayes y los alaridos, los hombres son espulsados de la alcoba y hasta del gabinete si lo hay, y hasta el marido es sacado por los amigos fuera de la habitacion con los ojos arrasados en lágrimas, no sin echar antes una tierna mirada sobre su abandonada Ariadna. Enciéndese á la estampa de S. Ramon la vela que ardió en el monumento la cual tiene virtud especial contra truenos y granizos: las mujeres rezan y los hombres fuman y hablan en voz baja en la cocina, ó en la sala. Solamente se oyen los gritos de la paciente y las esclamaciones de la gangosa Comadre como el pito del contramaestre entre los silbidos de la tempestad. Todo estaba ya preparado de antemano, hacia muchos dias, y á pesar de eso nada se encuentra, lo cual da márgen á continuas reclamaciones. Que traigan una luz *encendida*, una jícara con aceite, una botella para soplar, las fajas, las vendas, la tohalla... por lo visto los preparativos se reducian á la envoltura del niño, atada con muchas cintas, en cuya costura y la de la falda para el bateo, ha empleado la madre los nueve meses del embarazo.

Salgámonos tambien nosotros, carísimos lectores, hasta con la imaginacion de aquel aposento, y ni aun nos aproximemos á él, hasta tanto que habiendo cesado los lamentos y los apuros, nos sea permitido asomar la cabeza por la puerta entreabierta y preguntar á la partera en voz baja ¿qué es? Entonces ella suspendiendo por un momento la envoltura del recien nacido vuelve la vista y esclama en tono magistral ¡*macho*! ¡Infeliz niño! apenas ves la luz y ya tu sexo es un apodo en boca de una Comadre.

Sus funciones no se limitan solamente á la asistencia durante el parto, sino que se prorogan por algunos dias mas, durante los cuales envuelve al niño, le acalla, preside las comidas de la enferma y dirige sin apelacion su régimen higiénico: á vueltas de esto sorbe por su parte pocillos de chocolate, destroza los pollos que sirvieron para el caldo de la enferma, y á cada bocado se queja de inapetencia.

Otra de las cosas en que la partera luce sus facultades y atribuciones, suele ser en lo concerniente al bautismo, y en todo lo que á él toca y atañe. En partos peligrosos, ó bien si la criatura ofrece pocas esperanzas de vida, la partera se apresura á conferir el sacramento del bautismo, echando el *agua de socorro*, y

profiriendo las palabras sacramentales acompañadas con una prolija invocacion de todos los santos de la córte celestial, que en aquel momento se le vienen á las mientes. Porque la Comadre, eso sí, es mujer piadosa, y muy apurado ha de ser el caso, para que se escape de sus manos ninguna criatura por el camino del limbo. Y si acaso á quien socorrió sale del apuro y llega á ser *hombre de pró*, y personaje de *campanillas*, jamás oye su nombre la partera sin advertir al punto á sus oyentes, que aquel sugeto tiene con ella parentesco... es decir, cognacion espiritual, de resultas de haberle ella bautizado *ob eminen peligrun mortes*, (*ob emminens periculum mortis*) palabras que aprendió de oirlas al cura.

Pero si la criatura sale rolliza y sanota, y la partera no tiene motivo para intrusarse en las atribuciones del cura, no por eso deja de tomar una parte mas ó menos activa en la administracion del bautismo solemne, formando parte de la comision encargada de *cristianar* al niño y dirigiendo las operaciones antecedentes y concomitantes.

Concluida la peliaguda operacion de elegir nombre para el recien nacido, pasando y recorriendo el alfabeto segun el sexo: v. g. Adela, Batilde, Celia, ó bien Alfredo, Arturo, Conrado, (la B es de mal tono en principio de nombre) y señalados padrino y madrina rompe la marcha aquella comitiva compuesta de todos los chiquillos de la casa vestidos de gala sin uniforme, los tios, parientes, amigos y bienhechores de la familia de ambos sexos formando diferentes grupos y secciones sin confundirse. Al frente de la comitiva marcha la madrina ó la nodriza llevando en sus brazos al *morito*, (en algunas provincias todos son moros hasta que se les bautiza) vestido con una gran falda blanca adornada de talcos y encajes y ceñida con una anchísima cinta, que quizá prestó á su abuelo igual servicio. Al lado de la conductora marcha la Comadre para inspeccionar las operaciones, como práctica en la materia. Una turba de chicos recien escapados de la escuela asedia la comitiva y la aturde con sus gritos, pidiendo el bateo y repitiendo á coro, ¡*á la ribata que ha parido la gata*.!

Con este alboroto, siquier solemnidad, llega el acompañamiento á la puerta de la iglesia, donde el cura le recibe, revestido de capa ó de sobrepelliz, segun que pertenece á la aristocracia, ó al estado llano; el sacristan echa una ojeada sobre la vela y el vizcocho, que la Comadre como práctica, advirtió que se llevaran y en seguida principia la ceremonia con toda solemnidad. Hay en ella una palabra que disuena siempre á la Comadre, á pesar de las muchas veces que la oye, y á juicio suyo debiera desterrarse del Ritual. Cuando el sacerdote pregunta al niño si quiere ser bautizado, el sacristan avisa por lo bajo al padrino que diga *volo*. Eso de llamar bolo al hijo de sus entrañas (porque al fin es *madre en compañia* que eso quiere decir Comadre) no es cosa que pueda llevarla en paciencia una partera, mucho mas si es la criatura hembra por la mala concordancia. Comadres hay que al oiren este caso decir *volo*, replican ¡*vola*, *vola*, *que es hembra*! En seguida pasa á quitar al niño el gorrito de flores y encajes para que sienta el contacto del agua, tibia por supuesto, con arreglo á lo dispuesto en el último Concilio español de 1837.

Concluido el bateo no suelen cesar por eso las atribuciones de la Comadre, las cuales suelen prolongarse aun algunos dias segun lo exige la salud de la enferma. Una vez restablecida esta, la Comadre vuelve á lo que podremos llamar su vida privada: entonces empuña su rueca ó empeña ropas, segun sea el oficio que ejerza para ayudar á sostener su profesion hasta que una nueva parturiente reclama su cooperacion, y la pone en aptitud de vivir sobre el pais.

Hasta el presente no hemos hablado de la Comadre mas que en su calidad de profesora de obstetricia, pero la palabra es mucho mas lata, pues se llama tambien Comadre á la madrina que tiene al niño en la pila bautismal, y ademas se designa con este nombre á las amigas particulares, que tienen íntimas relaciones. La duracion y resultados de tales amistades femeninas, luego que la discordia ó la envidia echan su manzana en medio del corro, han dado lugar á una porcion de adagios y refranes de que se halla surtido nuestro idioma.

Si á pesar de nuestra imparcialidad, y de la deprecacion que hicimos al principio, pidiendo á Dios nos librára de su lengua, como lo estamos de sus manos, se complaciesen unas y otras en murmurar de este pobre artículo les repetiremos uno de aquellos que dice, *mal me quieren mis comadres porque digo las verdades.*

DR. PEDRO RECIO.

EL GAITERO GALLEGO.

Por los acabados en eira
Como Ojeira, Beira y *Neira*
Galicia es señalada,
Pero es mas celebrada
Por la GAITA CHILLONA Y LA MUÑEIRA.

VILLORGAT.

VENGA un abrazo, paisano, y vámonos por el mundo á probar fortuna. El viaje es corto, y al fin y al cabo no es para todos el pasearse por España como gente de rompe y rasga, acompañado de EL ESCRITOR PÚBLICO ó de LA COQUETA. Con que... abur y aguantarse.

Han de saber Vds., carísimos lectores, que el tipo de mi devocion no es celta, ni romano, ni godo, ni ostrogodo y menos castellano viejo, sino antidiluviano, y tan antidiluviano que se acompaña á todas horas de *la gaita* que ha sido la *señorita mimada* de TUBAL, hombre que se las disputaba al mas pintado en eso de instintos artísticos. El Gaitero!..... completa fisonomía de los tiempos patriarcales, para el cual se baja Dios á sembrar en toda tierra, y opaco personaje que recibe la luz de los variados cambiantes del amor y de la religion. Hoy no verá la luz pública el *tocador* catalan del *sach dels gemechs* que con su gorro colorado, calzon de terciopelo, media azul y alpargatas, toca las mas veces el fandango y *mambrú* que redobla el *timbalet*,

acompañando al cochino de S. Antonio, y á los cepillos de venerables cofradias; no vendrá á contarme *alguna gracia* el atufado aragonés con su *instrumento dispuesto* ó el Gaitero zamorano á recordar los buenos *pasos de la tierra* entre *brincos* y *meneos*, ni merecerá tampoco un recuerdo de mi mano el Gaitero *fable con la Magdalena* en los labios, ó el Gaitero ciego que en Nuestra Señora del Puerto entusiasma á los *enemigos del Meco* con su mal tocada *muyñeira*. Despidiéndome del venerable *Gaitero de Corpus* de Santiago que acompaña á *los gigantes* y es señalado por el *gaitesco* traje, amen de su prolija valona y blanco *chapeo*,

viejo ya por el cimiento
por la cima juvenil,

(HARTZENBUSCH.)

mezcla incomprensible de las pantuflas *coloradas* del tiempo de *Pero-Ansurez* y de las tupidas medias de hilo, de la época de *Mari-Castaña*, vendré á encontrarme con el Gaitero Gallego en sus formas primitivas, tipo marcado, genuino, independiente, hombre de buen humor, algo presumidillo, es cierto, pero galante como el primero. Su traje favorito es una laical montera de *pluma* y *relicario*, buena chaqueta, flojo y campanudo pantalon, un chaleco de grana que le viene siempre de perlas y negro botin; y participando á la vez de las formas grotescas de la antigüedad, y de los contornos imperfectos de unas costumbres á prueba de revolucion. El es el símbolo de la alegría y de la devocion, el *hijo mimado* de las fiestas y de las procesiones, el compañero inseparable de la iglesia ó de la taberna, y el resorte principal de variadas sensaciones en las que se confunden lo mistico y lo profano.

El Gaitero Gallego es el testigo ocular de lo maravilloso, el rival mas temible de la oportunidad satírica del sacristan de la aldea, el chistosísimo *trovador* de amorosas aventuras, el mayor enemigo del silencio, el mas recio *mantenedor* en las curiosas *tensiones* político-morales de la casa del *señor Abad*, el Píndaro picaresco de la comarca, y por no parecerme al *Gaitero de Bujalance, un maravedí porque empiece y diez porque acabe*, lo diré de una vez: y el Oconell filarmónico de ocho leguas á la redonda. Si una *moza* se muere de amores por algun oculto galan, y de repente le acomete *ó ramo cativo*, terrible enfermedad que hace bailar al diablo en el pecho, y echar espumarajos por la boca, el Gaitero interviene con sus padres para que le permitan visitar todos los santuarios, ir al anochecer á la salve de la parroquia y recoger en Santiago *el ramo de san Pedro mártir*; y los padres de la chica no hacen mas que seguir eficazmente sus consejos, y dejar que su hija se cure de mal tan peligroso. Y hablando en plata, el *ramo cativo* es ni mas ni menos que unos deseos de casorio que tiene la novia, que Dios nos libre, el *diablo* el oportuno galan que le anda á los alcances, y el Gaitero la mas embaucadora *Celestina* que proporciona á los dos, largas y sabrosas pláticas de amores. Si alguna cabeza cavilosa para llenar el cepillo de las ánimas con dos misas á san Antonio, esplica aterrada el paso de la *compaña de brujas* por la aldea, el

Gaitero es testigo, «sí, señores, yo las ví, dice sin empacho: y por cierto que gritaban como endemoniadas á rezar su *padre nuestro* », y el Gaitero apoya esta idea, porque hábil fisonomista reconoce el espanto que produce en los oyentes tal visita; que este espanto llenará el cepillo, que el cepillo *dará para misas*, y que en las misas cantarán con él, por aquello de *no hay funcion sin gaita*. Si un avisado galan, envidioso de la fortuna de su rival, manifiesta en secreto, á cuatro ó cinco repartidores de noticias, que hace dias no pasa por la casa de *Catuxa*, porque está á su puerta todas las noches *la estadeiña*; allí está el Gaitero que ya lo sabia antes que nadie, y por lo que hace terribles cargos al *mal visto de Dios* que requiere de amores á una *meñiña* tan inocente. Si se trata de conocimientos astronómicos, el Gaitero es la novísima edicion de EL LUNARIO PERPETUO, plagada de erratas; si se ventilan puntos históricos, el Gaitero es la paráfrasis de LOS DOCE PARES DE FRANCIA con enmiendas de los ROMANCES, y como novelista sabe de mil modos el cuento de *rómpete cachiporra*, y antiguas tradiciones de *moros* que aun viven bajo los rios, ó en el centro de los montes. El mueve todos los corazones, anima todas las edades, inspira todas las pasiones, y *su familia* se compone de los ciegos de la *zanfona*, de los mozos de los *pífanos*, de los estudiantes de *la tuna*, de los niños de las *conchas*, de las ciegas de la *pandereta* y de los *músicos de la murga* que toman por asalto una misa de Patron, ó un baile patriótico. Sin embargo, sea dicho en su honor, ejerce sobre todos una soberanía envidiable, y aun el mismo tamborilero, el *hijo mimado* de sus entrañas, el apuntador de sus toques, el pregonero de sus destrezas, chico, regordete, risueño, y tragon como el mejor pintado, no se atreve á usurparle la mas pequeña parte de su precioso vellocino.

El Gaitero Gallego como hombre de *estado* reasume en su abonada persona las aficiones del contorno: sus palabras forman el *comité* de reputaciones de la comarca, y con él se consultan siempre las medidas administrativas ó judiciales que quiere promover la inteligente municipalidad del distrito. Interpreta con cordura las órdenes del BOLETIN OFICIAL, profundo político, barrunta muy mal de las últimas noticias de EL CASTELLANO, y como nunca se engaña, á lo menos lo dice él, producen sus vaticinios una terrible alarma entre aquellos pacíficos ciudadanos. Su fuerte en política es *la guerra de los franceses, y el puente S. Payo y Morillo*: *de los franceses* atrás no sabe sino que existió el arzobispo *Turpin*, que Ronces Valles era *una ciudad populosa*, y que

De Abderramen la astucia infernal,
Cual caudillo protervo invasor,
A Ramiro vencer no ha podido
Que Santiago salió en su favor;

fragmento de los romances que cantan los ciegos en la *Puerta Santa* de la Metrópoli compostelana, y de los franceses acá, solo sabe que *se acaba la religion, que sacaron los diezmos y que sobran contribuciones.*

El Gaitero por lo regular no tiene edad: cuantos mas años, menos pesares. Siempre es jóven alegre, bullanguero, hablador sempiterno, y chistoso por demas, para él no hay peligro de ladrones, ni temor de duendes, pues no lleva un ochavo consigo, y está bien visto de los santos: nunca teme una sorpresa y toda hora es buena, y como acompaña á sus palabras de un tono decidido y se arriesga á los compromisos de mayor bulto, todos le tienen por el mas cabal y el mas apuesto de los presentes: él es el *coco* de todos los cuentos, el consejero de todos los enamorados, el confidente de todas las intrigas, y el pacificador de todas las voluntades estraviadas. Como *músico*, su *tocata* favorita es la *muyñeira*, baile provincial que tiene gran papel en las *misas del Gallo* y en el abrazo pantomímico con ínfulas de literario que sucede á una disertacion pública, la *muyñeira* que entusiasma á todos porque es la historia geográfica del amor. Toca tambien el *fandango*, *aires serios* sobre motivos de la *jota aragonesa*, pero estraño á toda innovacion no está *en su cuerda* cuando abandona el baile provincial de su tierra. Con todo, la revolucion que llega á las aldeas en pliegos del BOLETIN de PROVINCIA ó del CASTELLANO, ha impulsado á que el Gaitero toque de vez en cuando el himno de Riego, el que entusiasma á *los Cadistas* que pronto se aparecerán entre su amo el INDIANO ó su compañero EL AGUADOR, si el Sr. Boix lo tiene por conveniente, á los *licenciados* que han combatido por nuestra libertad é independencia, y á los *ex-maestros de baile*, que por un error de gobierno y de administracion, ganaron el pan miserablemente en la corte, con desdoro de la mas rica y floreciente de las provincias españolas. El Gaitero gallego ha comenzado por lo regular su *carrera* por ser tamborilero, y si toca por *aficion*, ó es sastre ó ha sido licenciado. Mirándole bajo un punto verdaderamente dramático, su vida está entregada á la fábula, al drama; y es la *máquina*, hablando en términos facultativos, del vasto conjunto de diversiones y afectos del contorno. Como hombre de casa y *eira*, no es de lo mejor; porque avezado al barullo de las romerias, goza en la variedad, se entretiene maravillosamente en sacar el mayor jugo de sus confidencias amorosas, y es el mas rígido tornero que se queda con la mitad de lo que pasa para consuelo de algun desahuciado galan ó marido celoso. Cuando llega á su casa, las mas veces es ya dia, y por este lado es el paisano *comm'il faut* de la comarca: se acuesta cuando todos se levantan. Pero no tarda en venir algun amigo que es convidado al momento *á mojar la palabra* y entre cigarro y vaso y vaso y cigarro cuenta con satisfaccion de soldado y homérica sonrisa los triunfos y amoríos á que él ha dado pábulo con su gracia acostumbrada. Despues de este amigo, viene el de mas allá tras este otro, hasta que se reunen ocho contando con el tamborilero, que perezoso y soñoliento viene á dar los buenos dias á su *maestro*. Hay una excepcion de graves consecuencias en este asunto, y es que si el tamborilero se llama por casualidad hijo del Gaitero, lo que evita éste á todo trance, porque no podria ser mudo para su madre, y esto no le convenia; y lo primero que se le ha encargado es el silencio, porque *en boca cerrada no entra mosca*, entonces no hay caso, porque ambos á dos duermen al paño, y está el tamborilero como *fruta de casa*: en lo

que no hay metáfora, carísimos lectores. Estos ocho amigos, como llevo dicho, y va de cuento, son otras tantas lenguas dispuestas á celebrar siempre las gracias del Gaitero, y como no hay peores risas que las de á sueldo: lo cierto es que si *ó músico* hace alarde de su predominio artístico en campo raso, como cronista merece el *pláudite* de aquellos celebradores de oficio. Estos triunfos son indisputables, el orador sabe tocar el corazon de los oyentes, estos se destornillan de risa como unos bobalicones, y entre risas y aplausos que no parece el Gaitero sino un ministerio de dos dias, y los amigos otras tantas provincias entusiasmadas, llega el sol á la mitad de su carrera y se deshace tan amable auditorio. El sacristan tiene que barrer la iglesia y limpiar el coro, el mayordomo se prepara á disponer los bagajes, el estanquero va á ensillar su rucio para buscar *cigarrillos á la principal*, el maestro de escuela se despide para repasar la *leccion de Proceso*, el sobrino del *señor Abad* se levanta para estudiar el *Quousque tandem* porque su *señor tio* es amigo de estirar las orejas cuando no se le sabe la traduccion, el *Sisero* no olvida su revista semanal, el *Simplista* tiene que *rezar*, y el tamborilero con amargo dolor de su corazon forma intencion de separarse de su *maestro*. El Gaitero saluda con afectuosas palabras y largos apretones de manos, y cita á todos cambiando de lugar y dia. Solo el tamborilero vacila.... ¿pero á qué callarlo? el Gaitero le debe el *salario* de ayer y no se atreve á pedirlo. Bien: que tenga paciencia, para eso comió y bebió mas que un descosido, y tiene en los bolsillos por docenas las *rosquillas benditas* que bien llevan el dinero.

Tarde, mal y á rastro, como dijo el otro, persona de muchos conocimientos, pues anda en boca de todos, se levanta mi héroe, y mohino y poco contemplativo con su esposa, no repara en dar á conocer la indiferencia y el hastío que se apoderan de su corazon al verse solo en su casa. ¡Raro y portentoso instinto el del genio, que no cabe bajo cuatro mal aseguradas vigas, ni halla solaz sobre una mesa mas provista que nueva! El Gaitero es, las mas veces, gruñon y fastidioso, de tejas abajo; y á cada paso riñe con su *cara* mitad porque esta le reprende el abandono con que mira sus reducidas haciendas, hiriendo mortalmente las inclinaciones artísticas de cabeza tan privilegiada. Solo en honor de la verdad debe decirse que si el maragato antes de descansar y de almorzar, busca acomodo para su familia de viaje, quise decir á sus machos, y el soldado en campaña trata de limpiar las armas antes de prepararse el gazpacho, mi buen hombre lo primero que hace es *limpiarse la gaita*, no crean Vds. que se hace gárgaras: infla y recoge su hidrópico vientre, renueva de cera algun *punto* que él destierra de la escala musical, y la pone en disposicion de *correr la gaita* por nueve horas de noche, ó de que *ande la gaita por el lugar* en una dificultosísima, complicadísima y embrolladísima *festa do Patron*. Entre estas operaciones de un tacto inteligente, y el comer para lo que no necesita mas que los dedos, ó cuando mas, un tenedor de boj, se pasan dos ó tres horas de la tarde, acercándose el momento de no faltar á la cita que ha dado á su compadre en el átrio de la iglesia. De manera que si se vé cruzar un hombre por oculto *corredoira* con su palo en la

mano, y grueso cigarro en la boca, ese es el Gaitero que va á rezar el *Ave María* con el *perito* y el maestro de escuela, ó si se reconocen tres bultos en el crucero mayor que descubiertos apoyan los sombreros sobre las dos manos que reposan en los altos bastones, entre ellos debe estar el Gaitero á la derecha del *señor Abad*, y del otro lado del *sacristan*. Es de noche, muy noche, y todos tres se disponen á *pasar* las mas pesadas horas de la existencia en casa del cura, á la luz de un desbordillado velon y jugando á la malilla con efímero interés. Aquí por lo regular se reunen los siete amigos de la mañana, sin contar algun monacillo del sacristan, el perito agrimensor, la ama del *señor Abad*, y un par de gatitos, que nunca faltan en estas agradables noches de invierno. Aquí el Gaitero juglar de esta respetable tertulia, aunque un poco mas comedido y procurando siempre la aprobacion del *señor Abad*, que le dispensa una franqueza sin límites, y una entrañable cordialidad. En todas las cuestiones de alguna consideracion se coloca en el terreno menos peligroso, y deshace el mas confuso nudo gordiano, hijo de su imprevision ó poca memoria; con alguna gracia, por la que mueren de risa tirios y troyanos. Las horas se pasan de esta suerte alegremente, y no son pocas las noches que se queda (á cenar con el *señor Abad*) mi personaje, porque le gusta la gente de buen humor, y porque sabe muy bien que es el mejor correo para que todos los de la aldea sepan de polo á polo la franqueza y liberalidad del pastor de sus almas. Acábase la cena, se dan gracias parte en castellano y parte en latin al que todo lo puede, retirase el *señor Abad*, y el Gaitero da las *buenas noches* á todos: *hecha un a gracia* á la *moza* que *le alumbra* hasta el *corral*, se emboza en su mala capa, y fumando una *viodita*, pronto dará entender los perros de la aldea que un hombre pasa á deshora por aquellos lugares. Otros dias se pregunta por el Gaitero en casa del cura, y entonces está ocupado en asuntos del *oficio*; ó asiste de toda gala á una *boda*, ó está convidado á un *magosto*, ó se dirige á una *fiada ó espigada*, ó está de *músico* en alguna *festa do Patron*. En todas estas partes tiene el Gaitero nuevas y brillantes situaciones, en todas ellas se da á conocer por originales y sorprendentes rasgos, y de estos cien contornos dibujados en ocasiones heterogéneas se forma la completa caricatura de este tipo antidiluviano. Desempeñando con religioso cuidado la pesada carga que me he impuesto, colocaré á mis carísimos lectores, si es que no lo llevan á mal, en estos cuadros caricatos de las aldeas de mi pais, aunque retratados con débiles pinceladas; y los llevaré á una florida fiesta del Patron que es donde el Gaitero ejerce mejor su omnipotencia artística, y en la que se conoce á simple vista la union que forma el pueblo español de las impresiones religiosas con las pasiones del corazon. Con esto volveremos á dejar el Gaitero oculto entre los troncos de aquellos encantadores bosques por donde se deslizan torcidos y bullidores arroyos, y al pie de nuestras eremíticas capillas grandes en ovaciones y pequeñas en recuerdos: digo esto, porque no le gusta gran cosa al Gaitero el llamar la atencion de los que *no visten su ropa*, y veo ya que se va amostazando de que le tengan por tanto tiempo en boca de todos.

EL GAITERO EN UNA BODA.

Lo que es una boda, creo que Vds. lo sabrán muy bien aunque no hayan corrido sus lanzas y sortija, pero hay una cosa que cada maestrillo tiene su librillo, y cada casa su santo, que es como si dijera que en cada pueblo hay sus costumbres. En las bodas de Galicia el Gaitero es lo mismo que el representante del cuerpo diplomático en un convite regio. Por lo regular deja la gaita *olvidada* en alguna casa conocida, ó en el arcon del tabernero, antes de llegar á casa de los desposados; y hace esto, para que caso de que le molesten á que *alegre la gente*, tenga á la mano su querida compañera. El Gaitero acompaña á los novios á la iglesia, aunque no sea el padrino del casorio, estrena camisa limpia sin contar que no es sábado, y antes de volver con la comitiva á casa, no saldrá de la iglesia sin decir: «quiera Dios que hagais... marido ó mujer,» ó... «un par de angelitos» ú otra gracia por el estilo, vamos, una gracia que hace reir, porque para estas gracias se pinta solo. Llegan á casa, y un opíparo banquete espera á los que acompañaron á los desposados, acomodándose todos en sus sillas de palo, y quedando á la derecha del suegro mi personaje y á la izquierda algun pasante del *Kempis* ó del *Curcio*, que nunca falta con sus latinejos á estas fiestas, asi como no hay funcion sin tarasca, y boda sin tornaboda. Aquí guarda el Gaitero una gravedad solemne, no es pesado en sus gracias, ni prolijo en sus grotescos cumplimientos, y para arrancarle una palabra es necesario que la novia, la tiernecita novia le ofrezca *un vaso*, que se ventile alguna cuestion *in foro externo* de los Santos Evangelios, ó que se trate de calificaciones artísticas con respecto á los Gaiteros de otras aldeas. A las continuas insinuaciones de los circunstantes, contesta *que no está para templar gaitas*, y se hace de rogar para que le concedan la mayor libertad en sus picarescas espresiones. En efecto, tanto tarda en *estar de gaita*, como pesado es despues en sus cuentos *colorados*, sin embargo *no se aparta de la cuestion* y sus ofrecimientos, sus miradas, sus palabras van dirigidas á la ceremonia á que acaba de dar brillo y lucimiento con su persona. La cena se acabó, y nada falta para que el Gaitero *anime la gente*, sino que los novios digan: «*baila, baila,* y que se baje al *corral.*» Ahora mi protagonista hace guiños á un mozo, y no sé qué cosas le dice al oido, lo cierto es que á los pocos minutos el Gaitero tiene por *segunda mano* su dispertador coreográfico. Aquí de las risas y de los aplausos: el Gaitero goza en esta sorpresa, en esta repentina aparicion, y hace ver que de esto y mucho mas son dignos los novios. Vaya una flor!

Baile de allá y baile de aquí, toda la noche parece el corral casa de locos, y acercándose la hora de retirarse los novios, el Gaitero recoge su instrumento gozoso de contribuir poderosamente al prólogo de esta noche deliciosa. «Que baile la novia con el *músico*,» dicen los mozos repicando con las castañuelas, y el Gaitero conociendo el satírico sentido de estas palabras, sonriéndose maliciosamente, y diciéndole algunos galanteos, *sotto voce*, á la novia, contesta: «cuidado, que no soy *el Gaitero de Ontoria.*» Esta noche es el Gaitero ó malicioso, ó callado: las

mas veces se entrega completamente á la buena ventura de los desposados, y parece que es indiferente; cualidad ajena de hombre tan alegre y decidor. Ciérrase el baile, unos se despiden para encontrarse á los pocos pasos, y otros se encuentran para despedirse, y el Gaitero es el último que sale, felicitando á los novios con sardónica sonrisa por la buena noche que les espera. No se marcha *sin tomar la espuela*, insulto que no perdonaria; que es lo mismo que despedirse del regalado vino; y de allí á poco rato vuelve á hinchar *ó fol*, y es el jefe de los *mozos* y de las *mozas* que *cuadrándole en camino* se deshacen en *cantigas* y *turuxos* hasta que es muy tarde; y que se despide de todos con estos versos de aquella cancion tan sabida:

Vámonos de aquí que é hora
A vida dos namorados
Toda se vai en parola.

El tamborilero que tan poco caso hago de él, le sigue con el *pandeiro* á las espaldas, cómo mochila de soldado.

EL GAITERO EN EL MAGOSTO.

Si alguna vez en la vida es el Gaitero afectuoso y galan, nunca lo es mas que en esta comida de fonda hecha á escote en una casa particular. El es el primero que ofrece las castañas con sonrisa cortesana, el que bebe por el mismo lado que la mas *garrida* doncella, el que pasa de allá para aquí probando de todos los platos, y el que hace que rueden las tazas de vino con profusion. Guarda todas las consideraciones de esta bacanal campestre, inaugurada en la fiesta de *Todos los Santos*, y se deshace en acarameladas espresiones que hacen tiritar de celos á los *mozos* que allí viven de sus sobras. Por último, á él se debe el comenzar á tirarse unos á otros las cáscaras de las castañas, diversion que tiene su preliminar de coqueteos y distinciones, y que acaba siempre por alguna camorra que se destruirá á palos. El Gaitero nada esquiva, recibe con placer mas tiros que ninguno, y á la voz de los *mozos*, que ven con envidia lo bien empleado que está el trasto, y que piden baile, acompañando la del instrumental de sus zapatos, las *mozas* responden: *al avellon, al avellon;* y triunfa el bello sexo con generales aplausos. Este es un juego diabólico y desesperado que haria temblar de miedo al mismo Judas: es un columpio perseguido por un tercero en discordia, y en el cual están los dos, próximos á sufrir de gracia la peligrosa operacion del trépano. El Gaitero está en este juego de particular: viste de corte, y enamorar es su empleo. Colócanse dos con la elasticidad que les permiten sus piernas, dan pausadas oscilaciones para sacarle la *monteira* al que está en el centro, sin que sufran las voluminosas entregas de sus dedos en la cabeza, y todo el juego se reduce á que el representante del abejorro regale una senda bofetada al descuidado. Esto alegra, entusiasma, arrebata á la multitud y entretanto ¿qué hace el Gaitero? Papel de galan duende. Enamoricar á una doncella de cien piruetas y mil guiñeos: el baile es un

magnífico telon para los enamorados, en el baile tal vez goza mas el que no baila, contradiccion que vale por dos para mi cuerpo tan poco dado á Thersícore. Los *mozos* no pueden sufrir que tal vejete se lleve la atencion de las jóvenes que amenizan el baile, y pronto se deja percibir un murmullo que en nada se parece al del juego. Este es el preludio de una conjuracion, el prólogo de una paliza, y cuando es hora de partir, algunos se adelantan para esperar al Gaitero. Este conoce lo mal que le han sentado sus galanteos á los casquivanos *cortejos* del *magosto*, y llevando consigo la llave del baile, tuerce de rumbo, varia de ruta y marcha sin peligro hasta su casa. Es cierto que con esto llega muy tarde á regalarle á sus hijos algunas *castañas* que les lleva, pero no importa: de esta suerte nadie le sorprende, y parece que hasta los perros no le descubren. ¡Fenómeno sorprendente! porque viajar por *corredoiras* en alta noche es una plaga, un galimatías, una confusion, una Babel, un eterno ladrilleo de agudas voces en las orejas del mal aventurado pasajero.

EL GAITERO EN LA FIADA Ó ESPIGADA.

Veamos al Gaitero en este fabril divertimiento: ahora llega envuelto en su capa, fumando un cigarro con envidiable serenidad, y acariciando al perro de casa con monosílabos que carecen de *escala* en todo el diapason. «Santas y buenas noches» dice haciendo una cortesia, y luego se persigna asombrado de ver tanta doncella empleada en faenas de la estacion. Disimulado, quiere hacerse el encontradizo: perfectamente. Una trabajadora se levanta á ponerle el *tallo* para sentarse, y éteme aquí que ahora pululan los gestos y los ademanes: sonrisa general, sonrisa del Gaitero, palabras al oido, golpes de codo, pisotones de intencion y toses del momento. El Gaitero como buen actor conoce el efecto que hizo su presencia, y un gesto que hace á la *moza* que le puso el asiento vale tanto como decirle: ¿Será envidia ó caridad? Pero hay una cosa que tras el Gaitero, vienen uno, dos, tres, cuatro y hasta siete mancebos y echen Vds. nones, y todos se rien y se ponen á la sombra como muchachos de escuela en tarde de repaso. Nadie puede dudar que el Gaitero ha sido el nudo de este cordon, el precursor de esta milicia amatoria, el jefe de estos piratas de tierra. En esta comedia el Gaitero hace de barba: pausado, sereno, sardónico, severo, y envolviendo en sus palabras dulces recuerdos ó amargas memorias para las *mozas*. Músico hábil sabe *las armonias* que hay entre *ellos y ellas*, y despues que ha levantado un cisco que da miedo, se calla el hombre y se acerca á la ama de casa que no le gustan gran cosa estas bromas. Ahora empiezan entre *ellas y ellos* cuentos de aquí, despedidas de allá, reconvenciones de mas acá, entre las que se deslizan *pian pianino* ó una declaracion amor, ó una celosa amenaza. De vez en cuando es llamado el Gaitero como testigo, y él á todo vuelve la cabeza diciendo *si* á secas como si jugaran al escondite, y estuviera él, de pena, repitiendo «voy.» Llega el caso de que el Gaitero conoce que la ama de casa se amosca con tal barullo, y confundiéndose entre todos aconseja que dejen de charlar. Redóblase

el bullicio, el ama de casa rabia que se las pela, y el Gaitero faltando al *voto de confianza* que le diera aquella, convierte en un magnífico *soirée* lo que no pasaba de una *penitenciaria*. El Gaitero sigue en su obra, esparce la idea luminosa de apostar *un trago* al que tire su sombrero de una *espigada*, y todos se ponen manos á la obra. Nadie ignora su intencion, las doncellas se miran de soslayo, y retozan con aquel pudor previsor que tanto prestigio sabe dar á la mitad mas hermosa del género humano, y solo el ama de casa está en ayunas de esta diabólica invencion.

La cosa es hecha, la espiga vuela como paloma herida en las alas, y..... *daaf*!!!.... viene á caer sobre el mismo y mismísimo candil que esparcia sus lánguidos reflejos sobre esta reunion. Ya no hay remedio: aquí hay gresca; el ama de casa protocoliza aqueste insulto, el Gaitero se sincera, los mozos rien á grito pelado, las mozas se agrupan haciendo mil aspavientos, el ama de casa busca á tientas la puerta gritando desaforadamente: y..... en el fondo del cuarto, por donde no se esperaba seguramente, aparece una ridícula Maritornes con otro candil encendido que no parece sino la *Sonámbula* saliendo del molino. Al verse solo el Gaitero todas las palabras le parecen pequeñas para echar la culpa á los *mozos* que se marcharon, y queda en su lugar favorito, haciendo *la rosca del gallo* á una *garrida* casada que tiene su marido en *Cais*. Desprecia las voces y silbidos que dan los *mozos* desde fuera para que les acompañe á *ruar* por *molinos* y *fiadas*, y espera que se acabe *la vela* para seguir al querido objeto de sus ansias. Asi lo ejecuta, y acompañándola hasta su casa, hacen repetidas paradas, se responden galantes palabras, y dicen sin rebozo *cántigas* de esta hilaza:

Cantan os galos á ó dia.....
O relo dos namorados:
Guapos que andades de noite
Non vos collan descuidados.

El Gaitero duerme esta noche *fuera de casa*, diciendo en ella al otro dia que tuvo que hacer un largo viaje para ajustarse en la *festa do Patron* y que ha dormido en *el sobrado* de *un compadre*: que el Gaitero en todas partes tiene compadres.

El gaitero en una fiesta del patron.

No molestaré á mis carísimos lectores con la descripcion de la noche anterior á esta fiesta: allí está el Gaitero tocando hasta las once en casa del mayordomo, y solo confesaré en honor de la verdad que al percibirse en la parroquia el *touporrotou* del tamborilero, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, niños y niñas, chicos y gordos sueñan en el dia de mañana. Al sonido de la gaita, la alegría y la animacion no tienen término: un par de cohetes que retozaron en el aire al anochecer, y el repique general de campanas, alarmaron

los corazones, las mozas limpiaron sus *cofias*, (tocas) han sacudido los *manteles* (zagales abiertos de paños) y estiraron los *dengues*, (esclavinitas de grana) pero al sonido de la gaita, repito, los ancianos se sonrien, los jóvenes se alegran, las doncellas se ensayan en la *muyñeira*, los *mozos* en repicar las castañuelas, los cojos se hallan mejorados, y hasta los sordos oyen por aprension, comprobando este pensamiento de las *Soledades* de Gongora.

La gaita al baile solicita el gusto
. . . . . .

Al romper el dia ya el Gaitero *baja á la parroquia* tocando la tierna y campesina *alborada* que repiquetea con primor, y despierta al rezagado dormilon que aun piensa *que no cantó el gallo*. Todos salen á su encuentro, todos ofrecen á sus plantas los inciensos de las salutaciones y de las alabanzas, y son las diez de la mañana cuando vuelve á casa del mayordomo. Aquí solo tiene tiempo para descansar, limpiarse del polvo ó del lodo, segun la estacion, y *tomar un bocado* con taquigráficas maneras.

Entretanto el átrio de la iglesia parroquial se llena de hombres y mujeres, aquellos de blancas *cirolas* y nuevos sombreros, y estas con lustrosos zapatos y ricas *cofias*, donde campea la *cinta* que simboliza la situacion de la *moza* que la lleva. Conversaciones indiferentes se ventilan entretanto, y de vez en cuando algun suspirillo ó mirada *amante* se abre calle por los varios grupos que se arremolinan en el pórtico. La hora se va acercando: pasa el *señor Abad*, á quien todos se descubren, síguenle los capellanes, vienen despues los cantores, vése cruzar al ama del cura con algun sobrinito, vestida de *veinte y cinco alfileres*, corre el sacristan con el misal de gala al brazo, repican las campanas, y solo falta que llegue el Gaitero con la comitiva del mayordomo. De esta manera todos los ánimos están suspensos del sonido de la gaita, y apenas se percibe perdido en el eco, las mismas sensaciones de la mañana nacen en los corazones: alegría, entusiasmo, voces acordes, empellones, golpes de palo, todo está permitido en el entusiasmo lírico de estos festejadores. No hay duda, el Gaitero precede á los parientes del mayordomo con aire descuidado y filosófico, y este mensaje religioso-filarmónico merece la confianza de todos. Ahora el Gaitero no habla á ninguna persona, es altivo y orgulloso si los hay; se abre lugar por cualquier lado, entrecierra los ojos, ahueca por demas los carrillos para hacer alarde de su fuerza pulmonar, y aprobar estos versos de Salazar:

Oh! música sonora de *Galicia*
A donde los *Gaiteros*
Los *cueros* tocan hechos unos *cueros*.

Y marcha sin pérdida de momento hácia la puerta de la iglesia, saluda al pasar el mayordomo, hace de pronto callar á la gaita, y echando *dos chupadas* del cigarro

de algun compadre, se limpia el semblante, del sudor, hace la señal de la cruz, y sin decir oste ni moste sube al coro, que es el campo de batalla de sus operaciones lírico-dramáticas. El coro está lleno de *aficionados* porque no es el menor antecedente para una conquista amorosa el saber entonar el *introito* ó acompañar el *credo*: el Gaitero dirige á todos una sonrisa, que participa á la vez del agrado y de la ironía, la sonrisa del que se cree superior á todos. Pronto se da principio á la misa, y el Gaitero se lleva la atencion de todos: ora canta en cuerda de *tenor*, ora cepilla su voz con una *tessitura* empalagosa, unas veces acompaña con la gaita por tono de *fá* á un récitado en *re*, otras sigue en altísima escala el *tutti* de los coristas del coro, y es allí á la vez soprano y bajo, Gaitero y flautista. Llega á *Sanctus* y coge la gaita, va á *alzarse* y prepara la flauta haciendo la *obertura* con un andante de *muyñeira*, ó unas variaciones sacadas de la célebre *marcha imperial*, viene el *Agnus Dei* y vuelve la gaita, *se consume*, y vuelve la flauta que sigue el canto medio tono mas subida por lo menos, y entre gaita y flauta, y flauta y gaita, mi buen Gaitero lleva á un terreno peligroso su *misa do Patron* compuesta en *variedad* de instrumentos ó de *tonos*. Acábase la misa y se prepara á salir la procesion, cuando el Gaitero baja la escalera del coro despues del *señor Abad*, y sigue á la puerta principal donde le aguardan *mozos* y *mozas*, retozando en seco que es un contento. El Gaitero sigue en su austeridad inusitada, y solo se le escapan de vez en cuando algunas tiernas miradas no vacías de sentido para muchas. Entre un campaneo insufrible y un chisporroteo de fuegos, sale la esperada procesion, y el Gaitero que sabe su puesto, se coloca despues de los pendones de las *cofraderías*, y delante del estandarte de la Vírgen, toca sus aplaudidos caprichos, y marcha con estudiada afectacion, parándose de vez en cuando porque se adelanta mucho arrobado en sus brillantes inspiraciones. En el *villancico* del crucero mayor siempre *se estrena* con alguna novedad filarmónica; es aquel *su beneficio*, y por lo regular punto mas ó punto menos, ejecuta una improvisada *cavatina* del fandango ú otra cosa por el estilo. Pero déjeme yo de tantos pormenores, corriendo un velo por estas pocas horas de impaciencia, y por el arte del diablo coloquémosle sentado con su tamborilero bajo una corpulenta robleda, y formando rueda con un numeroso peloton de hombres y mujeres.

Como dijo el P. Sarmiento, es pedir peras al olmo, el que no haya baile en la fiesta del Patron de cualquiera aldea, cuando *todo es fiesta en la fiesta*. Y como no puede haber baile sin Gaitero, claro está qué este es la persona llamada por la Providencia para animar la gente. El Gaitero en *la baila* es terco, pesado, antojadizo, malicioso: perdió la seriedad de la mañana, y vuelve á dar pruebas de sus chistosas ocurrencias. Recogiendo de todas partes flores y miradas, *reimprime* algunas escenas de *la boda* ó del *magosto*, pero en una edicion furtiva y clandestina; mide el gran efecto de sus intrigas amorosas, y llama para su lado á algunos de los *primeros espadas* de la aldea. El Gaitero es aquí el autócrata de todas las voluntades, y no habrá miedo que siga en la mejor *figura* de la *muyñeira*, si cualquiera prójimo le brinda con un vaso, ó un cigarro de amigo. Malicioso y pertinaz, toma por asalto los medios que le conducen á llevar parte en la fiesta, ya acelera el

compás cuando dos *queridos* bailan solos, para que perdiendo el baile, digan todos que están ciegos como ellos solos, ya muda de *tocata* par. frustrar los proyectos de aquel otro que pide en alto que rija la danza, y en todas las ocasiones dirige como se le antoja tan concurrida *baila*. Con una mirada, da el Gaitero un consejo saludable á la desconsolada *moza*, reprende á la casada que se olvida del que está en *Cais*, indica al tamborilero que están flojas las correas del *pandeiro*, y alegra al zeloso *mozo* que no quiere bailar. De esta suerte alimenta aquella sempiterna chismografia que reparte en las tabernas, que enmienda en la tertulia del *señor Abad*, y que comenta en el atrio de la iglesia en las noches de *lunar*.

El Gaitero es el foco de tanto entusiasmo, y el reverbero de grupos tan variados: en él se apiña lo bello, lo interesante, y recibe tal apoteosis de estos benditos de Dios, que lo envidiaria el mismo Homero, sino fuera ciego, como nos lo cantan viejos pergaminos. Viene la noche, y el Gaitero deshace este *coso* campestre, lleva la *baila* á casa del mayordomo, descansa por un rato, poniendo de lo mas flaca á la *gaita*, á ese cachazudo instrumento que con la antigua *citola*

non aman caquil hallaco
Mas aman la taberna *é sotar eu bellaco*.

(Arcipreste de Hita)

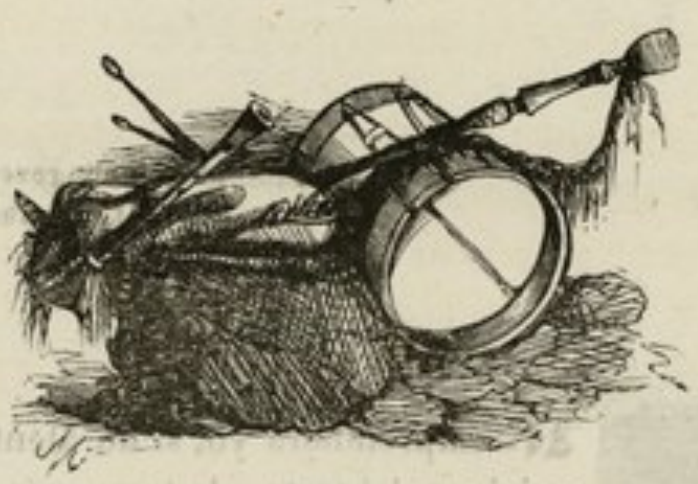
Y entrega su boca al dulcisimo brevaje que encierra la mas cercana *pipa*. Ahora se vuelven por todas partes las caravanas que llegaron á la tarde, se dispersan los pelotones de género epiceno, y entre las conversaciones que se mueven con mas calor, no deja de figurar en primera línea la del mérito del Gaitero, combatido por alguno que ha sido despreciado de su *querida*, gracias á los manejos de él; ó por otro personaje á quien dió de palos á la salida del molino, ó al pasar por la puente del lugar.

El Gaitero llega á casa del mayordomo con mas ganas de dormir que de otra cosa, y pronto se le cumplen los deseos, pues todos padecen de esta enfermedad, y se despiden con el ángel hasta el otro dia. Esta es la única en que el Gaitero es enemigo de toda *cuestion incidental* que haga prolongar *la sesion* de baile casero: marcha con su madre de Dios y veinte reales del pico hácia su casa, y llegar á ella y echarse en cama es todo uno... Al otro dia... pero ya es tiempo de que deje en paz al Gaitero que anda de ceca en meca, sin tregua ni descanso. ¡Querrá el cielo que se entregue en brazos de Morfeo, adormecido con los pámpanos saludables del *Rivero* ó del *Ulla*!!

La vida del Gaitero es un coche parado; no hay romeria, no hay diversion en Galicia que no comparta con él sus placeres y dolores. Solo una vez en la la vida asiste como todos á una oracion religiosa ... fenómeno singular!.... solo una vez se le ve en la iglesia envuelto en su capote y con la frente arrugada.... Mala señal.... Esto me huele á entierro, y tengo una aprension que Dios me libre.... mas..., alto! El Gaitero sufre entonces una transmigracion pitagórica,

es el hombre campana de Victor Hugo, y dicen las gentes acongojadas con el dolor que inspiran los *finados* y el recuerdo que despierta la aparicion del *músico*: «hoy tenemos *campanas* por *gaita*, y *clérigos* por *bailadores*,» comparacion tan espantosa que me hace soltar mi mal cortada péñola.

ANTONIO DE NEIRA.



EL MAYORAL DE DILIGENCIAS.

Animalia ibant, et quotidie revertebantur majora.
(La Sagrada Escritura.

No emprendiera yo, si no alentado por las sagradas palabras del testo, la temeraria empresa de trazar esta gigantesca fisiología, que solo imaginarla me confunde, por las prolijas investigaciones á que da abierto campo en el reino animal, y por tantas analogías y multiplicadas relaciones como descubre y muestra entre el citado reino y la gente que voy á describir. La gente que anda al camino forma un mundo aparte, independiente; sociedad esclusiva, constituida por la especie carretera, en que el carretero, generalmente hablando, es el hombre, las Maritornes el bello sexo, y el Mayoral de diligencias en particular, la aristocrácia.

Disuádeme de mi propósito lo difícil de su cumplimiento, y mas que todo la conviccion de mi insuficiencia, asi como el considerar tambien que no es tan peculiar y propio de España el héroe de mi pluma que lo original de su carácter, salve y ayude lo desatinado de mi torpeza. Si bien echo de ver por otra parte que el hombre fosco y cejijunto que voy á pintar es de seguro lo mas

original de Europa en punto á la perdida condicion agreste y nómada del hombre, reducida ya solo al carretero español.

El carretero es el centro, el nudo donde se juntan y enlazan la naturaleza bruta y la naturaleza orgánica, descartándose de esta la racional: el carretero con todas sus incultas cualidades es la anidad salvajè y anti-social, como Cristo fué la unidad humanitaria y cosmopolita.

La gente que anda al camino, dedicada ahora á satisfacer en conjunto todas las necesidades de locomocion que en el estado natural se cumplian individualmente, ha recogido en sí aquellas influencias montaraces y de aislamiento que los hombres declinaron al congregarse en las ciudades. De aqui el carretero nómada, agreste, aislado, anti-social.

El carretero no vive en el mundo; habitante de los campos, amigo y cohermano de sus mulas, vedlo por esos caminos con toda la indolencia y perezosa abstraccion del hijo del desierto. Su mundo es un mundo original, esclusivo, labsoluto, sin punto de comparacion, y trae su principio del mismo orígen de las sociedades, siendo tan escepcional, tan único, que nació indudablemente con las bellas cualidades que hoy le distinguen, con la misma insociabilidad que le es característica; porque está en su misma esencia; por cuanto el mundo carretero es el contrabalance de la sociabilidad de los hombres, porque el carretero es la unidad de las reminiscencias salvajes.

Todo lo cual es probado é incontestable, por lo que la sagrada historia cuenta de las peregrinaciones y trashumaciones de los antiguos patriarcas, que las verificaban con su familia siempre á pie, ó á lo mas en camellos y burros, por no tener que bregar con carreteros. Débese advertir que de entonces data el que todos los de aquellas tierras viniesen y se aclimatasen en estas, estando bien patente su orígen hebráico en que nunca jamás oyen misa ni se curan de semejante ceremonia. Por todas las cuales razones, Santiago al venir á España prefirió hacer el viaje á caballo, como todo el mundo sabe, y cuya circunstancia, para vergüenza y descrédito de carreteros, ha sido perpetuada en innumerables pinturas y numerosísimos templos. Véase si una especie de hombres tan antigua y con tan constantes cualidades que se ha mantenido siempre en el mismo sér y estado; véase si dejará de ser un tipo cuando se la considere en su mas alto grado de su índole y condicion.

Verdaderamente en España es donde el carretero tiene mas quilates de tal, en España donde es el compadre de los venteros, el marido de las maritornes, el hijo de esas veredas y carreteras, tipos de todos los caminos malos, las cuales son su morada, su retrete, el teatro de sus glorias adquirido con las mulas, el continuo espectáculo á sus ojos, causa de sus pesares si tienen muchos barros, causa de su fruicion si están enjutos, sin baches, ni quebradas, ni barrancos. Que así son los caminos de España, como lo demuestran los vuelcos de toda clase de carruajes, hasta los que al mismo carro del Estado le sobrevienen, á pesar de sus conductores responsables y de su mayoral que lleva y que no lleva las riendas del gobierno.

Sentadas estas ideas preliminares que son el juicio y esposicion sintética de

las condiciones que constituyen al carretero, tipo en sus mas altas relaciones con la naturaleza bruta; pasarémos á considerarlo analíticamente en todas sus clasificaciones y variedades.

Sabido se está que el *Mayoral de Diligencias* no es un ente aislado en el mundo carretero, un sér que exista por sí solo, por su propia virtud; sino que es una rama, una hojuela de aquese mismo mundo. Ya que principiamos, pues, por el tronco, iremos metódicamente subiendo por los diversos brazos del árbol hasta esa altiva y encumbrada rama.

El mundo carretero que anda al camino se compone de dos grandes clases, que son *zagales* y *mayorales*; los primeros se subdividen en zagales de galera, delanteros y postillones; los segundos en carreros, mayorales de galera y mayorales de diligencias.

¡Cuán poderoso es el imperio de la costumbre y hábito entre los hombres y cómo y por cuántos siglos se perpetúa aun cuando no sea razonable aparentemente siquiera, ó con visos de escusa por lo menos! ¿No vemos, por ejemplo, dominar indebidamente esa preferencia de uso que á la mano derecha se le asigna tan fuera de razon y de motivo? Diríase que el hombre va tambien envuelto en el curso de esa fuerza, que lleva, impele, modifica y dá formas á la materia inerte, esa fuerza que en el reino mineral constituye la figura y la cristalizacion; en las plantas la vegetacion; en los irracionales el instinto y en los hombres la moral y las costumbres. ¿Cómo, pues, se estrañará nadie de que el zagal de galera, rapaz de diez á doce hasta veinte años, sea un embrutecido muchacho, presumido de adusto y desabrido, poco hablado, vanaglorioso de hacerse entender de las bestias y platicador con ellas por aficion y orgullo? Asi nace y se va aleccionando el zagal de galera, conforme en la escuela que por esos caminos y con tales maestros va cursando, los cuales prefieren en su enseñanza el método inconcuso de la imitacion, ayudado del penetrativo sistema de los puntillones, cual gente poco dada á gastar saliva en balde. Como el zagal entra en la profesion, obteniendo desde luego cierta posicion y preeminencia á saber: la que ejerce sobre las mulas, personajes entre ellos de mucha consideracion y valía, de aquí que tenga pretensiones y estímulo de asimilarse á los Mayorales. No hay en él aun cuando la infancia sombree sus facciones tostadas y ennegrecidas, ni aquellas dulces apariencias, ni aquel blando perfil y graciosa ligereza que hace tan interesante la niñez. El zagal cuando en la galera van viajeros se degradaria en servirlos y ser complaciente con ellos; él no reconoce en el mundo mas gente que al Mayoral y al ganado, y solo suele rozarse con el mozo de cuadra en el acto de ensebar los ejes de la galera.

De mas noble categoría que el zagal de galera es el delantero de las diligencias, cuya mision tiene tanto de respetable como de temible. El está encargado de guiar el tiro de bestias, caballero en la primera de la izquierda, con el orgullo consiguiente á quien marcha á caballo, corriendo, y con la responsabilidad del mundo en pequeño que tras de sí arrastra; motor principal de aquella máquina ambulante,

estrella polar de la ciudad rodada: él es el salvador de aquellos ejércitos cristianos en el mar de peligros por que caminan; él lucha hasta con el espíritu de las tinieblas para sacar de noche adelante el carruaje, y es ademas el digno causante del mayor número de los vuelcos. Lo cual no obsta para que le cuente al viajero cien repetidas propinas, á causa de lo amenudo que se relevan unos á otros; que en esto, y en las continuas mudanzas de ministerios, se parecen las diligencias á los gobiernos representativos.

El postillon es un mayoral que obtenia en otro tiempo nombramiento superior y gozaba de algunos fueros y preeminencias que ya ha perdido, quedándose en su lugar con dos amos; el maestro de postas, y el administrador de correos, aquel que puede recibirlo y despedirlo, y éste solamente despedirlo. Por lo demás es tan insocial como cualquier otro carretero.

Estos, que vamos á considerar ahora, son los trajinantes en carros de dos ruedas y deben llamarse *carreros* como en Andalucía. En esta denominacion se incluyen los tartaneros, que andan el camino si viene á mano, como frecuentemente sucede en las provincias de Valencia y Murcia, donde hay bastante trasiego de gentes y tanta falta de caminos y tan malos, como en cualquier parte de España. En Valencia privan mucho las tartanas y aun hay quien achaque la supuesta ligereza de sus naturales, á que el trepidante movimiento y traqueteo de aquella especie de baules con dos ruedas les vuelven agua los sesos.

El carrero, rara vez trasporta personas; generalmente es propietario de un carro; y en ninguna provincia de España es mas indígena que en la Mancha; aunque las demas, en su mayor número, son tambien dadas á la carreteria, el carrero es fruta de la Mancha, en cuyas llanuras áridas y monótonas brotan del suelo como por encanto. Los viajes del carrero manchego no son precisamente periódicos, y de aquí el que alguna temporada viva entre los hombres; ademas, su método de vida está algun tanto amenizado por el carácter comercial de sus escursiones, pues trabaja por su cuenta, y suele cargar vino para retornar con aceite. A mas tiene algo de filarmónico, y acostumbra usar unos carros de *violin* cuya música es tan aguda, metálica y timbrante y con tantas escalas cromáticas que dá placer oirla.

El carrero, sin embargo, es inferior en muchos quilates al mayoral de galeras, verdadero centro y nudo del mundo rodado de los caminos, de esa sociedad en que los zagales son la juventud, los carreros el pueblo, y los Mayorales de Diligencia la gente del gran tono.

El Mayoral de galera vive en los despoblados, el campo es su patria, su mundo; en los caminos están todas sus afecciones, sus recuerdos y sus esperanzas; él no dice «yo iria á tal ciudad» sino «yo iria á tal carrera.» Se levanta un dia de entre las caballerías de la cuadra, su cuerpo atarazado de las pulgas, sereno empero é impasible, echa el último pienso, bebe una racion de aguardiente, engancha y parte: mirad esa galera que vá solitariamente cruzando los campos; llena de fardos de bote en bote, la carga cubre sus ruedas»

y por detrás y por los lados sobre el mismo toldo se levanta; parece un promontorio andando.

¡Oh admirables designios de la Providencia! ¡ó locura de los sábios que andan tras el descubrimiento de los arcanos de la naturaleza cuando los tienen resueltos á la mano, como el arriero que iba buscando el burro que llevaba debajo! El problema, el gran problema del movimiento continuo que tanto ha ocupado á los hombres de la ciencia, está resuelto hace mucho tiempo en España. ¿Quereis ver el movimiento continuo? mirad una galera en viaje, vedla andando eternamente, eternamente, siempre andando, sin llegar nunca, ¿os parece que la arrastran las mulas? es un error; se mueve solo por la rotacion de la tierra; como que haciendo un viaje en galera imaginó Copérnico el movimiento del orbe terráqueo.

El Mayoral de galera está siempre en viaje, siempre andando, y esta soledad, este aislamiento en que vive, infunde en su alma una independencia, una altivez, un estóico orgullo y desprecio hácia el mundo, que le hacen inaccesible, bárbaro, grosero, adusto, grave y callado. El mundo ¿qué le importa á él? para él no hay mas mundo que los caminos, las ventas, la galera, el zagal que es su corte y los fardos que hacen su carga, la sociedad para él no se compone mas que de fardos que llevar y traer: las cosas son fardos; los hombres fardos, las mujeres feas ó hermosas, fardos, y todo lo que conduce fardos, cajones y baules. Aquel hombre es de piedra, aquella galera es el pozo de la muerte: hasta el imperio de la hermosura acaba allí; para un Mayoral, una mujer y un saco de noche son una misma cosa. ¡Pobres mujeres las que vais en una galera! la diligencia al pasar por vuestro lado os dá envidia, y cuando alguna vez se os ocurre bajar para dar algun alivio al asendereado cuerpo, la grosería y poca complacencia del Mayoral os asusta, se irrita lo mismo cuando os quejais de la lentitud y mal movimiento, y en fin, ¡cuán desagradable morada deberá ser tal carruaje para las mujeres, cuando á las casas de correccion destinadas á este sexo, se les puso el mismo nombre que á las *galeras*!

Ahora bien, queridos lectores, de este *Mayoral* ha nacido el *de Diligencias*, aristocracia de la clase. Suponeos que el Mayoral de galera con toda su adusta gravedad, con toda su condicion solemnemente inculta, con toda la presuncion é imperturbabilidad de su ánimo; suponeos que ha ascendido por las vicisitudes del tiempo á *Mayoral de Diligencias*; que oiga él aquel multiplicado rápido campanilleo del tiro de caballos, y que corra, que corra y pase triunfador en su carrera, salvando valles, montes y campiñas, dejando atrás los pueblos, las ciudades, violento como escapada saeta, en competencia con la carrera del sol, en lucha á brazo partido con la temerosa noche, gozando asi el plácido susurrar de la sonorosa alborada en nuestros ásperos y frondosos campos, como deslizándose impávido entre las pavorosas fantasmas del lóbrego crepúsculo de nuestros valles; figuraos, repito, levantado el Mayoral de galera á esta vida de tanta independencia para el alma, y ya podeis considerar cuántos quilates no habrá ganado de aspereza y de cerrilidad.

El *Mayoral de Diligencias* es el sér mas libre, mas indómito, mas altanero é

insolente de la creacion; y llega á tanto su desprecio por la raza humana, que nunca lleva personas en su coche, lleva asientos; y la hermosa niña que va en la berlina, linda como unas perlas y mas graciosa y mas interesante que un manojito de pensamientos, no es para el Mayoral una persona; es un asiento.

¿Quereis conocer á ese hombre de tan férreo corazon, á ese ente tan superior al hombre como á las bestias, á los vientos, á los despoblados, al mundo, al sol y á las tempestades; á ese hombre que entre la tenebrosa lobreguez del nublado aparece cruzando los montes rápido y sereno, triunfador en la delantera del coche como Júpiter en su carroza, ó bien cuando el sol abrasa y abruma los campos aparece á lo lejos en la llanura entre nubes de polvo, como conquistador poderoso? Pues si lo quereis conocer, lectores, vedlo allí en la calle de Alcalá al rededor de su coche próximo á salir, podeis preguntarle lo que se os ocurra si quereis hacer algun viaje.

— Oiga Vd., Mayoral, hace Vd. el favor de oir una palabra?

El Mayoral no contesta, lo esperarémos un rato: vuelve á pasar.....

— Mayoral, tiene Vd. la bondad de oir una palabra?...

— ¿Qué hay?

—Hombre, yo quisiera irme con esta diligencia, y es el caso que no hay asiento ¿podria ir con Vd. en la delantera?

— No señor.

—Pero oiga Vd., hombre, no me deje Vd. con la palabra en la boca ¿podria ir en la vaca? ¿cuánto vale?

— Como un asiento de coche.

— Pero, hombre, eso es una heregía.

—Pues vaya Vd. á que le escomulgue el Papa. Y el Mayoral acaba de volver la espalda y se va, y escusado es llamarle. Sin embargo, lector, ya habrás tenido tiempo para enterarte de su facha: es un hombre robusto, trigueño de tez, patilludo, cara tosca y austera, un sombrero manchego caido para adelante, un pañoso y coloreado marsellés madrileño, y un calzon de pellejo. ¿No has visto cuán atractiva fosquedad le distingue? prendas son de su índole esa áspera gravedad, rígida semblanza, constante desapego y retraida condicion que en su aspecto campean? ¿No viste en aquella cara, el alma incrédula, altanera y maldiciente que ese hombre tiene? ¿por quién se dijo *alma de caballo*, sino por el *Mayoral de Diligencias*?

Ese hombre, tal como le hemos visto, es el mayor déspota de España, aunque nadie se ha pronunciado contra él. Ese hombre es un tirano en despoblado, es un Calígula, porque se cree el amparo, el dueño y disponedor de toda aquella gente que detrás lleva, de toda aquella gente que tiene miedo á ladrones, que se asusta con la idea de un volquetazo, que no sabe bajar si no abren la portezuela, y que quizás contempla admirada el gran espectáculo que á sus ojos desarrolla la naturaleza en el camino. ¡Pequeñeces del corazon humano, que infunden en el del *Mayoral* cierto informulado desprecio hácia el hombre!

En una ocasion, viajando por la carrera de Andalucía, dijo un compañero

al salir del interior, quejándose de la dureza de los almohadones: «¡qué indecentes son los asientos de estas *Diligencias!*»

—Mas indecentes serán los señores quizá..... contestó el *Mayoral* con una frescura que asombraba; y en seguida, viendo al caballero que se abalanzaba á darle la debida réplica, echó dos pasos atrás, sacó el abanico de á tercia, y hubiera pasado allí la de Dios es Cristo, á no mediar varias personas que creyeron prudente apaciguar al agraviado, que era un coronel polaco. Capitan general podia haber sido, que lo mismo se le hubiese importado al *Mayoral*, porque éste no se cura de los hombres, ni se mete á averiguar lo que los hombres valen: él no sabe mas sino lo que vale su coche, al que quizás tiene en mas que al orbe terrestre. En Francia los *conductores de Diligencia* comen á la mesa con los viajeros; si á un *Mayoral* español se le propusiese lo mismo, lo rechazaria.

El Mayoral, si no vá vacío algun departamento del coche, apenas amanece, se sube arriba con los escoltas, se envuelve en algunas mantas y duerme casi toda la mañana, y algunas veces le suele relevar en la delantera algun escopetero. Pocas veces el Mayoral dirige su voz á las mulas, y cuando lo hace es con toda aquella superioridad y algarabía que le infunden la persuasion del mando, y el frenético vértigo de la veloz carrera en que marcha: no toma las ramaleras sino en ocasiones y trances dificiles, y cuando vocea al tiro, ó castiga al par de lanza, lo hace de una manera atroz, y en la conversacion que trae con el zagal ó postillon suele alternativamente dirigir la palabra al ganado.

¿Cuándo cambia tu amo ese macho Bandolero? Maldita sea su alma dél Bandoleroooo! *Y á la Zagala déjala, déjala que voy á ella, y á la otra, toas, toas, si me bajo, hay si me bajo, que no me bajaré!* ¿Y qué se ha hecho del caballito que traias en cortas? ¡Qué lástima de animal! ¡Güena sangre tenia!..... ¡*Coronela*! *Y la Morota y la Gaona, si voy á ellas con un sabre, con un sabre corvo!* Oooooooa! Echate á la izquierda. Minuto, ¿Maldito seas, no ves los vaches? ¡*Comisaria*! *hay si me bajo, en llegando á ella, le voy hacer con el pellejo una papalina. Anda, anda, que algo queará güeno, güeno, déjalas.*

Hay en este lenguaje de los Mayorales y carreteros para con las mulas, ciertos sonidos inarticulados, vagos y confusos que dificilmente el oido mas fino puede distinguirlos, y que es imposible espresarlos con la pluma; ciertas aspiraciones y vocales, y consonantes que no pertenecen á ninguna lengua del mundo, y cuya pronunciacion á la mas espedita le es muy dificil imitar. De todas maneras las caballerías comprenden admirablemente este lenguaje, y á la sola voz las guia el *Mayoral*, como si ellas y él hubiesen ido juntos á la escuela.

Que el *Mayoral* es un eslabon medio entre la naturaleza racional, lo prueba mas que la comunidad de lenguaje ciertas grandes relaciones en sus hábitos, y por eso su índole y su naturaleza tiene tantas relaciones con el reino animal. Por eso es tan duro, fosco, é intratable, porque aquel corazon no contrae afecciones ningunas ni de familia, ni de sociedad. Véase pues las razones porqué la Sagrada Escritura dijo acerca de los *Mayorales de Diligencias*: *Animalia ibant et quotidiè*

revertebantur majora: animales iban muy animales, y mas animales volvian, porque sin duda en aquellos tiempos no harian los *Mayorales* mas que ir y volver como hacen hoy dia. No sabemos si serían entonces tan exigentes de propinas: lo cierto es que en estos tiempos el que viaja da gratificaciones porque le traten mal. Item: en estos tiempos, tambien el que viaja paga por que le rompan la cabeza, pues suele acontecer que por impericia ó descuido del *Mayoral* dá un vuelco la *diligencia*, y por esta razon se cree éste mas autorizado que nunca para *propinar* al viajero, pues se apresura á incluirse en el número de los desgraciados, siendo tanto mas acreedor á la pecuniaria conmiseracion del viajero, porque la empresa le tiene impuesta una multa de doce duros por cada vuelco, y ademas los gastos de las procedencias judiciales que ocurriesen. En cambio de estas quiebras, tiene la manutencion de balde en todas las fondas de las carreras; pero por eso no dá él propina á nadie. Al contrario, en España cuando uno viaja, aunque nadie le sirve, todos se creen con derecho terminante á apoderarse de su dinero.

Huyendo de un *Mayoral* que le pedia la propina hizo Jonás el viaje á Ninive en el vientre de una ballena; un *Mayoral* fué la causa de la ruina del imperio Persa, un *Mayoral*, que llevó el carro en que Darío entró en la batalla á caer prisionero entre las tropas de Alejandro, no se sabe si por impericia ó por mala intencion, que esto no lo cuentan las historias; pero lo que sí contarán, si nuestras *diligencias* siguen dando tantos vuelcos con tantas desgracias como en lo que va de año, será: que la nacion española se ha esterminado acabando sus individuos á manos de los *Mayorales de Diligencias*.

A. AUSET.

EL DIPLOMATICO.

Hoy mismo hace cincuenta años cumplia yo veinte de edad y dos meses de carrera. Soy en esta mas antiguo que Perez de Castro, mas que Labrador, mas que el mismo Abascal, soy en suma, el decano de la diplomacia española.

Mi padre era hijo segundo de un grande de España; habia nacido en Andalucía y sido educado en Lóndres. Casóse mas tarde, en la alta Silesia, con una hermosa hija del principe de Hohenlohe Ingelfingen, y murió en Roma donde era embajador de España, y nací yo.

Cuando era niño, entendia yo, con toda facilidad, varios idiomas, y no hablaba bien ninguno. Mi madre gustaba solo de su aleman, mi padre de su andaluz, las gentes que se reunian en nuestro palacio del

francés, y mis criados del italiano. Estos son los idiomas que, á fuerza de trabajo, pude aprender á hablar medianamente, y sabia con regular perfeccion á la edad de veinte años. Si añado á esto el gusto con que montaba á caballo, el afan con que destrozaba un clave, y mi verdadera aficion á la pintura, habré dado cabal idea de mi ciencia por aquellos tiempos.

Era el año de 1794, época tristemente célebre en nuestros fastos por la desgracia de nuestras armas que mandaba en Francia el marques de las Amarillas y mas tarde el conde de la Union, dignos ambos de mejor suerte.

Mi padre, que era bastante amigo del conde de Aranda, habia conseguido para mi una plaza de agregado en la primera secretaría de estado. Quiso mi mala estrella que, al mismo tiempo que yo, llegase á Madrid la noticia de que el general Perignon, aprovechando la derrota del ejército español de Cataluña, habia caido sobre el Ampurdan, entrado en Figueras y sitiado á Rosas. Súpose en la misma noche que otro ejército francés se habia apoderado de san Sebastian y Fuenterrabía. Tales noticias tenian á Madrid en completa alarma, y en especial los jefes del gobierno estaban en una agitacion difícil de espresar.

Aunque inoportuno el momento, me fui á presentar al conde de Aranda para que este me llevase á ver al de Alcudia. Quiso la casualidad que, en el cuarto del primero, hallase á entrambos muy ocupados de los asuntos del dia. Como intentase yo retirarme, por no turbar aquella conferencia, Alcudia, al saber mi nombre, me llamó con grande afan, preguntándome cuál era la opinion de mi padre respecto á la guerra con Francia. Aunque poco ducho todavía en materias diplomáticas, sabia ya bastante para no comprometerme. Conocí desde luego que los dos ministros no estaban de acuerdo, y que aquel era el motivo de su desvío. Cuando me preparaba á contestar en términos evasivos, el conde de Aranda no pudo contener un movimiento de soberbia, tan natural en su carácter violento, é interrumpiendo, exclamó: «solo falta que achaque V. simpatías hácia la revolucion francesa al padre del señor.»

Estas pocas palabras me pusieron todo en claro, y por medio de la rapidez de raciocinio que da la mas ligera práctica diplomática, conocí cuál era la opinion de cada uno de aquellos señores, y cuál su posicion, deduciendo de aquí que era prudente tomar el partido de Alcudia, pues lo contrario era perderme yo, sin salvar al ofendido Aranda. «Mi padre, contesté entonces, cree que los tiempos del general Ricardos han de volver en breve, y que una nacion tan bien gobernada como España, no puede, sin desdoro, ceder á una bandada de descamisados, presidida por Robespierre.»

Ya suponia yo que me valdria esto una increpacion furiosa de Aranda; pero la esperé de pie firme. El conde, no obstante, resistiendo á su primer movimiento, se levantó, vino á mí, puso la mano sobre mi hombro, y me dijo: «bien empiezas, serás un gran diplomático, pero no un grande hombre.»

Desde aquel momento fuí yo el agregado de mas confianza que tuvo Godoy en la secretaría. Yo, que reunia á mi sagacidad y prevision una forma de letra de las mas bonitas, era el encargado de copiar las notas mas reservadas. Don Diego

de Noronha, que era embajador de Portugal, St. Helens, que lo era de Inglaterra; en suma, todos los estranjeros que se hallaban en Madrid, me tenian por favorito del ministro, y como á tal me consideraban. De mi letra fueron las instrucciones que se enviaron á D. Domingo de Iriarte, ministro plenipotenciario y enviado estraordinario de España cerca del rey y de la república de Polonia, que fue quien firmó el tratado de paz de Basilea; las incursiones de Moncey habian hecho variar de opinion al célebre Godoy y á mí tambien, lo cual hizo que nos decidiésemos por la paz, valiéndonos, á él, el título de príncipe de la Paz, y á mí la cruz de Cárlos III, que se daba entonces con mas economía que ahora. Yo fuí tambien el encargado de escribir la ratificacion que S. M. firmó de este tratado en S. Ildefonso, donde estaba la corte, en agosto de 1795, y yo quien tuve noticia uno de los primeros, de los tres artículos separados y secretos anejos á aquel tratado. ¡Válgame el cielo, y cuánto dinero hubiera yo ganado, si existiera entonces, como ahora, la admirable institucion de la Bolsa, y el crédito y los títulos del tanto por ciento, y agentes y contratistas!

Mi primer leccion diplomática fué, pues, un conocimiento exacto del corazon humano: ceder á tiempo y dejar que la razon produzca la conviccion. El conde de Aranda cayó en desgracia por decir la verdad, yo subí á favor por respetar ideas que no hubiera podido destruir, y Godoy vino al fin y cabo á modificar su pensamiento, hasta el punto de seguir los consejos de Aranda. Yo que escribí casi todas las cartas que el ministro dirigia á Iriarte; el diplomático de mas confianza que tenia, sé cuánto cieno habia en el corazon de Godoy; pero sé que no me ahogué en él, por mi mucha destreza y maña.

Los tratados que se firmaron, por aquellos tiempos, entre España y los Estados Unidos en 1795, siendo ministro en Madrid Tomás Pickney, y presidente Jorge Washington; entre España y la república francesa, en 1796 siendo embajador de esta última el general Perignon, entre España y la república bátava en 1797, siendo ministro de esta en Madrid Juan Valckenaer, tuve yo la parte de la confianza y de la ejecucion material, lo cual me sirvió para tratar con mas intimidad á los diplomáticos estranjeros en España, adquiriendo asi una riqueza tan esencial en la diplomacia.

Al año siguiente de 98 viendo Godoy la impopularidad de que estaba cubierto su nombre, confió el ministerio de Estado á don Luis de Urquijo, embajador nombrado en el Haya, aunque en realidad seguia siendo el príncipe único soberano de España. Yo iba todas las noches á casa del valido, y sin trazas de indiscreto, contaba para conservar su confianza lo que por la secretaría pasaba. Don Luis que tal sabia y que deseaba tener las menos trabas posibles, imaginó un medio para deshacerse de mí.

Me llamó una noche y despues de mil elogios, á cual mas forzado, me dijo que el rey deseaba utilizar mis conocimientos confiándome una mision importante. Confirióme el título de secretario de ministerio, mandó que se me pagase segun costumbre, una anualidad de 18,000 rs. de regalo para gasto de viaje, y me dió

sus instrucciones. Estas se reducian á pasar á Amsterdam, y buscar papel y lacre conveniente para el rey, teniendo cuidado de hacer remesas frecuentes y en los términos que se me dirian.

Yo que harto sabia con cuánta seriedad se toma todo en el ministerio de Estado, me dispuse á desempeñar este encargo con el mismo afan y celo que si se tratase de hacer levantar el bloqueo de la escuadra inglesa en Brest, que era la cuestion del dia. Salí de España, cerrando en mi tránsito á Bayona los oidos á los lamentos que ocasionaba la contribucion estraordinaria de 300.000,000 que acababa de imponer el gobierno.

Traté de llegar en breve sobre todo á París; era embajador de España en Francia, don José Mazarredo, distinguido marino y muy mal diplomático. Odiábale de todo su corazon el primer cónsul, pues su energía rayaba en dureza. Esta circunstancia fué causa de que me detuviese yo muy poco en Paris, no queriendo asociarme á la antipatía de que era objeto nuestra embajada.

Llevaba una carta para Luciano Bonaparte que me recibió con afecto. Tuve buen cuidado de decir que estaba acordada la destitucion de Mazarredo, pero que era indispensable en Madrid un embajador de saber y prudencia. Sin intentarlo acerté: Mazarredo fué separado, y Luciano nombrado embajador de Francia en España.

Amsterdam me gustó mucho, sus innumerables canales, sus admirables bajeles, la limpieza de sus casas, la honradez de sus habitantes, todo simpatizaba con mis gustos. La sociedad no era, en verdad, acomodada á mis deseos, pero como mi encargo me daba lugar y mis instrucciones permiso para pasar á Alemania, siempre que el servicio del rey no me lo estorbase, me consolé al punto, sin temer una vida tediosa. Durante el invierno el Rin me llevaba á Prusia y al Ducado de Bade. Tan pronto asistia á los bailes del duque, y luego elector, y luego rey de Wurtemberg, como á los del príncipe de Sayn-Wittgenstein, ó á los del conde Puckler-Limpourg. Un dia comia en Maguncia y al siguiente en Carlsruhe; ni el príncipe de Reus, cuyos estados en el dia tienen seis millas en cuadro, es mas feliz que yo.

Durante el verano iba á cazar con azores en los bosques del Loo y no faltaba á los baños de Spa y á los de la poética Baden, que llamaban los romanos *Civitas Aurelia Aquensis*.

Para todo daba el lacre y papel que tenia encargo de comprar para el rey mi señor. El tesorero pagaba exactamente los 18000, mas siete mil para mesa, y sobre poco mas ó menos lo que yo pedia para viajes, que nunca era menos de lo preciso.

No me duró mucho esta libertad, porque como pasase con sobrada frecuencia por Berlin, nuestro ministro allí el señor O Farril, que acababa de relevar al señor Muzquiz, me cobró suma aficion, y me pidió para secretario de su legacion. Llegué, pues, á Prusia y me encontré en el camino al señor Curtoys, que de la secretaría de Berlin pasaba á la de embajada de París. El me dió los informes detallados que mi rápida permanencia en aquella córte no me habia permitido

adquirir, y logré por este medio llegar bastante amaestrado é instruido de las intrigas del general Bournonville y el gabinete francés.

Apenas llegué, tuve el fastidio consiguiente á la carrera, esto es, hacer trescientas y mas visitas á personas todas estrañas, cuyos solos nombres era un trabajo conservar en la memoria. La confusion que nace de tener todos los de una familia el título del padre, que generalmente es de conde ó baron, es un inconveniente hasta para los naturales; así, pues, cuando se habla del conde de Recheteren por ejemplo, no es fácil adivinar de quien se trata, sin una larga esplicacion, pues yo conozco diez y siete que se llaman así.

Fuí presentado naturalmente al punto á S. M. Federico Guillermo III, que hace dos ó tres años pasó á mejor vida. El padre de este soberano que fué algun tanto contenido en sus escesos, por la diplomacia europea, dejó en la córte real de Prusia establecido un desvío estraño hácia los diplomáticos. Sus sucesores los toleran, pero no los aman, si bien es seguro que no hay soberano en Europa que en el fondo del alma no desee la destruccion de esta raza de centinelas que ellos llaman pedagogos, porque son los únicos que se atreven á decirles la verdad. Sin los diplomáticos podria suceder muy bien que un rey absoluto muriese despues de un reinado de cuarenta años, sin escuchar mas que adulaciones, pero los representantes de otros pueblos, guardando todos los miramientos debidos, se atreven, fiados en su inmunidad, á espresar sus sentimientos no siempre conformes á las córtes donde residen.

El padre de Federico Guillermo III, é hijo del gran Federico, habia dejado á su muerte acaecida en 1797, comprometida la política de la Prusia. Este soberano, sin contar sus grandes escesos y vicios, habia sido notable durante su vida. El habia sido el instigador de la guerra entre Turquía y Rusia, ofreciendo sostener á la primera, y no cumpliendo su palabra; como no la cumplió tampoco á los Polacos que armó tambien contra la Rusia. Mas tarde formó una coalicion, para restablecer en Francia el poder caido; y despues de una escaramuza, hizo alianza con los republicanos. Por último, hizo un tratado con Inglaterra, comprometiéndose por una suma equivalente á 100 millones de reales que debia recibir cada año, á sostener un ejército de 62,000 hombres en la coalicion contra Francia. Tampoco cumplió con este compromiso, antes bien hizo él solo la paz con el gabinete francés.

Su hijo, mas cuerdo y honrado, se empeñaba en reparar tantos dislates, y adoptó un sistema de observacion á que dió el nombre de neutralidad. Poco á poco uniéndose al gabinete ruso que tanta necesidad tenia de él, por lo aguerrido del ejército prusiano, y por la posicion de la Prusia, intermedia entre el Norte y el centro de Europa, empezó á formar esa vasta coalicion que derribó á Napoleon en los campos de Watterloo. España entró en ella secretamente, mucho antes de que se hiciese público.

Como el avisarlo así á las córtes de Europa directamente desde España hubiera inducido á sospechas, atendida la sagacidad europea, fuí yo el comisionado para pasar á las principales córtes llevando los pliegos que se habian remitido á

Berlin. Este servicio, que era para mi altamente agradable, me valió varios regalos de soberanos y cruces de casi todos los paises de Europa, águilas, azores, leones, elefantes y otras divisas no menos carnivoras con que adorno, de vez en cuando, el ojal y la parte izquierda de mi diplomático frac.

Lo que yo gasté en esta comision, lo que figuré, lo que gocé, no tiene cuenta. Bailaba bien; incansable en la mazourka, ligero en el wals, era el deleite de las doncellas; jugaba como un abad cistercense al whist; era el ídolo de los ancianos; cantaba como un canario, y murmuraba como una vieja, era el encanto de las señoras de respeto; bebia como un tudesco, jugaba como un español, fumaba como un flamenco, montaba como un inglés, cazaba como un escocés, ponderaba como un andaluz, me batia como un cosaco, ¿qué mas para ser siempre el primero entre la juventud de todas partes?

La diversidad de mis uniformes era infinita y curiosa; yo era maestrante, caballero de Malta, secretario de legacion, secretario del rey, gentilhombre y no sé cuántas cosas mas que me daban derecho á ponerme traje distinto. Lo cual no deja de ser importante en las cortes estranjeras y entre diplomáticos.

A la gente profana asombra siempre el notar cómo hombres, en general, tan despreocupados y distinguidos como son los diplomáticos, dan tanta importancia á bagatelas que no merecen á los ojos de la filosofia consideracion ninguna. Dar valor á una cinta, á un bordado, á una concesion no menos frivola, por lo que ella es, seria en verdad, sandio; pero, puede asegurarse que siempre indican algo estas distinciones, y por lo comun la cosa que en mas se tiene: el favor. ¿Cómo no mirar con respeto á quien merece tanto afecto á un ministro ó soberano, que lo distingue de sus demás colegas, y dándole señales de aprecio, una cruz que fuera un juguete sino viniera de su mano?

Puede decirse lo mismo de la estricta observancia de las etiquetas de corte: sucede á menudo que dos embajadores se estan pasando notas durante un mes, para aclarar quién de dos secretarios debe pasar antes. Para el vulgo es cuestion esta harto pueril; pero, quien considere que los reglamentos de etiqueta oscurecen totalmente al individuo no dejándolo inutilizado para el despacho de los negocios, conocerá la importancia de estas fórmulas. En Londres ha sucedido que el embajador de Rusia y el de España tuvieron una disputa acalorada acerca de la preeminencia del paso; el ruso alegaba que su soberano era Emperador, y el español que la familia de su soberano era mas antigua sobre el trono. Acaloróse mucho esta controversia en la cual se mezcló toda Europa. Durante ella, naturalmente no se vieron ambos diplomáticos, guardaron uno contra otro siempre enemistad, y sus relaciones políticas llevaron en detrimento de sus naciones respectivas, el sello de su desacuerdo.

Felizmente el protocolo que relativamente á etiqueta diplomática, firmaron los plenipotenciarios de las ocho potencias en Viena, vino á cortar muchas disputas, pero es lástima que abrace tan pocos casos aquel convenio, habiendo por lo tanto, dejado en pié muchas dudas.

Para contar detalladamente mi vida diplomática desde la época en que salí de

Berlin hasta el dia, no bastára todo un tomo; mis aventuras de Rusia cuando me favoreció con su amor una princesa de la real familia; mis desafios con un potentado húngaro, á caballo y con lanza en ristre; mis disputas con el rey de Dinamarca porque suponia este que yo pervertia á su hijo primogénito; mis amores en Inglaterra cuando Lord Red me sorprendió huyendo con su hija y buscando refugio en el banco del herrador de Gretna Green; mis negociaciones diplómaticas hablando ora altanera, ora sumisamente; mis aventuras de tantas clases, unas sérias, otras jocosas, prósperas unas, otras desgraciadas, todo esto es un conjunto que escribiré tal vez algun dia, pero, que no me siento con ánimo para relatar ahora.

Tal vez es causa de ello que los diplómaticos españoles de estos tiempos no me entenderian, y no se atribuya esta creencia á la presuncion de la vejez, que todo lo ve hermoso en los tiempos atrás. Las ideas de un diplómatico no envejecen jamás, porque cada dia, al variar de moda, adopta las nuevas ideas; asi que yo estoy tan al corriente de los pensamientos del dia como el jóven mas novel. Pero es fuerza convenir que las turbulencias de los tiempos han roto el nivel y equilibrio de las naciones europeas, y que en este juego impío de la providencia, España que mucho ha ganado en prosperidad interior, no ha crecido lo bastante en fuerza esterior para competir con las que se llaman, con sobrada razon, las grandes potencias. El heroismo de los españoles en la guerra contra Napoleon nos abrió las puertas del congreso de Viena; nuestra sumision ante el ejército de Angulema nos cerró las de las conferencias de Londres. El año de 1800 empezó el siglo de la diplomacia; esta formó la coalicion contra la Francia: reunió los ejércitos, los proveyó, les dirigió; los generales ejecutaron tan solo. En 1814 reformó en Viena toda la Europa, creó reinos, suprimió otros; desde entonces está luchando por sostener el equilibrio; dió la Grecia un bávaro, la Bélgica á un Coburgo; viendo que las alianzas no bastan, imaginó seguir el espíritu comercial del siglo, porque la diplomacia renueva sus ideas y jamás se opone al torrente con la fuerza, sino con la destreza. En el dia, esplotando las ideas del egoismo individual, afianza la paz con esas célebres líneas de aduanas que tienen que invadir la Europa, y que hubieran dado realidad á la monarquía universal, si Napoleon las hubiera imaginado.

España, por una desventura de nuestro sino, está en la actualidad escluida del concierto europeo. Aunque mucho valemos, y lo conoce cada cual, la lucha con el pretendiente ha debilitado los lazos que nos unian á varias cortes de Europa por manera, que interin no anudemos el hilo de nuestras relaciones diplómaticas, tendremos que vivir, ya que no aislados, al menos lo que es peor, conociendo de la diplomacia todo lo malo, y nada de lo bueno. Débiles para influir en Francia ó Inglaterra, no lo seriamos si pudiésemos unirnos cuando nos conviniera al Austria, á la Prusia ó á la Rusia; amenazando, nos dariamos á respetar. Solos no bastamos, y la union nos es vedada. Ensanchando el círculo de nuestras alianzas, conseguiriamos el fin de nuestros deseos: la independencia de que hemos menester. No seriamos entonces insultados como ahora, en que un soberano en un discurso oficial, nos ha comparado á la Grecia que es en el dia, como dice un poeta, no un sol sino un carbon que humea,

De esta posicion escepcional de España nace el decaimiento de su diplomacia. Los jóvenes que se dedican á esta carrera no tienen campo bastante para dar alimento á su imaginacion y piensan que las fórmulas componen el fondo de esta ciencia. Privados del trato familiar de los diplomáticos de varias potencias, escasamente conocen á esos hombres del norte, eslavos y teutones á quien debe su fuerza y regeneracion Europa; ó á los que han nacido en la patria de Maquiavelo, el diplomático mas eminente y mas honrado del mundo, á pesar de la fama que quieren darle los que conocen de él solo el nombre.

A este mal se agregan otros muchos cual es ese espiritu de economía y mezquindad que trae consigo la ignorancia. Nuestra inferioridad politica, somos nosotros los primeros en confesarla á la Europa entera, enviando al estranjero diplomáticos, con carácter que les da escasa representacion, y con sueldos que no les permite ocupar el rango mismo que se les señala.

La conservacion de encargados de negocios permanentes es una señal de que renunciamos á un lugar distinguido. Estos agentes se hallan acreditados cerca de los ministros, no de los soberanos, asi esque estos que en casi todas las cortes absolutistas tratan por si mismos de negocios, no los consideran en nada, y ni si quiera los convidan á su mesa, cuando distinguen con este honor á los representantes que tienen el carácter de ministros.

No consiste la diplomacia, por cierto, en vivir en una casa bien puesta, en tener coches y caballos, en dar comidas y bailes, en vestir bien, en bailar y gustar del recreo; pero todos estos son medios para conseguir mayores fines. El trato íntimo con personas de alta categoría no se consigue sino de este modo y en casi toda Europa la categoría social determina la política.

Como en España, antes la indigesta antigua etiqueta de la corte, y hace diez años la guerra, y la minoría de la reina, han mezclado tal confusion en los usos, y alejado el poder del trono, por el favoritismo ó la tribuna; hay escaso conocimiento de lo que pasa fuera; por eso los diplomáticos reciben con tanto afan y gratitud la noticia de que no se dará entrada en su carrera á jente nueva que no haya empezado desde jóven á iniciarse en los misterios de esta ciencia. Porque á despecho de los ignorantes, ciencia es la que ha hecho tan célebres á Metternich, Nesselrode, Hardemberg, Pitt, Talleyrand y Ofalia.

Mi carrera fue brillante interin España no empezó á decaer. En 1814 fuí nombrado ministro en Copenhague, en donde hallé á mi antiguo compañero don Alfonso de Aguirre, conde de Yoldi, siendo gran jentil hombre del rey, y súbdito dinamarqués. Este diplómatico gozaba de gran favor en la corte de Copenhague siendo en ella ministro de España, cuando empezaron los disturbios de la península el año de 1808. Indeciso y no sabiendo qué partido tomar, porque de lejos nada se muestra con igual claridad, se atrevió á pedir consejos al rey. S. M. tomó por su cuenta dirigir la conducta del español, y de tal modo lo hizo, que fué causa de que el pobre Yoldi perdiese su empleo. El rey, obrando de un modo que le honra, le dió un destino en su casa que le indemnizase de la pérdida del primero.

Desde entonces he recorrido como ministro varias cortes de Europa, siempre

fiel á mi patria y á su gobierno, sin mezclarme en cuestiones interiores, como debe hacer en todas ocasiones un buen diplomático. Fuera de España no he sido nunca mas que español, respetando hasta los dislates, que no han sido pocos, de mis compatriotas.

Por último, sintiendo flaquear mis fuerzas, y necesitando del calor que da el sol natal, he regresado no há mucho á España, donde disfruto de una parte muy pequeña de mi sueldo, y donde me ocupo en abogar por mis compañeros ausentes, á quienes hasta el dia se ha tenido muy descuidados en punto á pagas y á consideracion. Que el cielo mejore su suerte y la de España.

UN DIPLOMÁTICO ANTIGUO DICTÓ ESTOS APUNTES

á su amigo y discípulo

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

EL SERENO.

Este grotesco mosaico que llaman mundo, abunda de toda casta de pájaros, y como nuestra *libre* nacion, que en efecto *libre* se halla de muchas cosas, está plagada de cuantos séres pueden contribuir á su bienandanza y progreso; pero que no contribuyen, cualquier católico dado á beneficiar, *esplotar* se dice hoy, tan preciosa mina, retratando los tipos que pululan por esos andurriales, se encontraria ante un *maremagnum* de ellos, titubeando en la eleccion como un empleado entre dos pronunciamientos. Yo, por fortuna, estoy ya uera del paso, pues hace dias que, en uso de mis derechos, me decidí á pintar con palabras, que no es menguada tarea, uno de los entes humanos, cuya vida se diferencia en mucho de la de sus prójimos. Ya habrán conocido mis lectores, y sino lo conocerán muy pronto, que el hombre que les voy á poner delante es... el Sereno.

Me figuro que seria música celestial el hacer una digresion erudita para dar noticia del orígen de los *serenos*: pues por mucho que investigara, solo sacaria en limpio lo que ya se sabe sobre el particular, cosa que sucede muy á menudo, y volverme los sesos caldo, desgracia que rara vez acontece aunque se dice muchas.

Como Adan nuestro padre que antojadizo debió ser, y ademas hombre de tomo y lomo para dejar tanta prole, tuvo la humorada de no querer cumplir un decretillo de mala muerte, y se quedó por sus calaveradas á la luna de Valencia: sus descendientes por imitarle dieron en el mismo prurito, en cuya gracia no ceden los españoles al africano mas pintado, y de ahí estos percances de la humanidad, estas *faltas*, alicuando *sobras* que hacen indispensable que unos velen para guardar á los otros mientras duermen, todo lo cual unido á nuestras necesidades *libre albe'rio*, y otras zarandajas dió lugar á la institucion del *Sereno* ú hombre de la hora (Wachman) ó guarda nocturno (garde de nuit.) Enjareto aquí estas calificaciones en columna cerrada, por lo que pueden contribuir al conocimiento del ciudadano que voy á bosquejar, y no por jugarla de sabio, que maldito punto calzo de este material. Mi héroe se distingue de los otros *animales* de su especie (noten vds. el contraste de la transicion) en lo que la lechuza de los demas pájaros; tiene la garganta enmaderada como la calle angosta de Peligros, el pulmon mas duro que pecho de prestamista, y entero y verdadero está á prueba de los cuatro elementos: en fin un hombre murciélago, cuya vida constituye un tejido de aventuras, novedades y misterios, con sus atractivos y repulsivos como todas las cosas de tejas abajo y aun de tejas arriba, en donde tampoco faltan azares.

El empleo de *Sereno* como otros muchos pasa generalmente de padres á hijos, y aunque el siglo XIX metió tambien su hoz entre la gente que ejerce sus funciones lícitas en la oscuridad, no destruyó por completo las venerandas costumbres que con tanta razon conservan los encapuchados cantores de chuzo en ristre y linterna en mano. Asi pues si se quiere ver al *Sereno en proyecto*, hay que buscarlo al lado del curtido autor de sus dias, pasando un noviciado que si no escede al de los monjes Benedictinos, le aventaja en variedad y duracion lo que no es decible. Amaestrado el catecúmeno con las lecciones de la esperiencia y del ejemplo, acostumbrado ya á velar, lo que no consigue casi nunca sin la ayuda de algunas persuasivas insinuaciones, con las vueltas del capote paterno ó el asta del chuzo, diestro en volver en si á su *modelo* cuando se halla adormecido, al pasar el que cuida de que sus subalternos no peguen los ojos durante la noche, comienza el jóven aspirante por limpiar los reverberos de las calles que su padre vigila para ponerles en disposicion de arder con la economía de costumbre, y para encenderlos puntualmente para que los cristianos no se desnariguen á encontrones en la lobreguez. Cuando el *Sereno* en embrion ya tiene dadas pruebas de inteligencia y de acierto que no siempre van juntos estos entes abstractos, principia á mostrarse la confianza paternal en él depositada, y despues el relacionarle con los cólegas de su padre y de valerse este de toda la influencia que tiene con su inmediato jefe, sale el esperimentado pretendiente á hacer las veces del maestro, á quien tarde ó temprano, por mal de entrambos, habrá de reemplazar.

Todas las pruebas dichas necesita el verdadero *Sereno* en ciernes para *debutar*, y si por lo que antes he dicho acerca de esta innotabilidad de nuestra época no sucede lo mismo algunas veces, culpa será de este siglo fosfórico que hasta destruye los tipos sustituyendo á todas las cualidades que dan diferente

caracter á muchos individuos de la humanidad, con una que solo deja ver al hombre, nada mas que el hombre; esta cualidad que en muchos se presenta ya como el único móvil de cuanto hacen, es el interés que obliga á penetrar en lo intimo del corazon, y á considerar á la humanidad igual egoista y débil, porque como dijo un bardo español pocos años ha:

es el interés tan ciego
tan desaforado y loco,
que la amenaza y el ruego,
hasta el vivir y el sosiego
á su desenfreno es poco.

Dos carpetazos á estas consideraciones capaces de conducirme sin propósito al abuso mas perdulario de la razon, del filosofismo; y torno á la tarea de antes mas grata y entretenida de seguro para mí y para los que leen lo que escribo.

A cierta hora de la noche, mas tarde ó mas temprano, segun la estacion, y el pueblo, se reunen los *serenos* ya cerca del ayuntamiento, ya de la casa del que le preside, si este es amigo de comodidades, ó en otro sitio convenido para recibir órdenes, y allí departen acerca de las novedades de la noche anterior si en ella tuvo lugar algun suceso notable. Es de ver el apretado grupo que forma aquella celada turba, y son de oir los chistosos comentarios con que algunos amenizan el diálogo, y las simultáneas enmiendas con que *episodizan* (este verbo y el *debutar* valen un congo) la narracion hecha por los testigos de la ocurrencia y los que quieren aparecer como tales. Sin ningun acontecimiento ruidoso al debate de toda la asamblea, se divide este en secciones (locucion parlamentaria) y en vez del golpe de vista que ofrece el bullicioso grupo de capuces, lanzas y faroles, se descubre otra perspectiva mucho mas variada y digna de atencion. De un lado y de otro aparece la encubierta falanje como en guerrilla. Aqui cuatro compañeros, que hacen el servicio en barrios contiguos, se ponen de acuerdo para ausiliarse en caso de peligro: allí está otro peloton mas numeroso comunicándose instrucciones relativas al cuarto bajo en donde con mas ventaja se puede tomar un *tente pie*. Muy cerca hay otros cuantos de la sombria legion, platicando sobre las ocupaciones mas compatibles con su empleo: detras de estos, mas camaradas paseando sin direccion fija, y dando vueltas en su disparatado testuz á proyectos tan variados como las sombras fugaces, pavorosas y disformes que dibujan en torno de los embozados bultos, las linternas pendientes de los a to chuzos, arrimados á la cercana pared. Estas reuniones son mas animadas y dignas de estudio cuando algun individuo (miembro, dicen los traductores) de la comparsa está afectado de cerotipia (vulgo, medrana) lo que rara vez sucede, y tiene la debilidad de que se le conozca el pie de que cojea: entonces lo toman por pito sus compañeros, acabando ó por aburrirle y hacer que deje el gremio, ó por curarle de su dolencia, en cuyo caso, queda hecho el verdugo mas temible de la primer víctima propiciatoria que caiga por banda. En estos dares y tomares

mezclados con aquellos dimes y diretes, llegá al momento de recibir las órdenes oportunas, y sobre la marcha se separan los grupos á guisa de mochuelos, y se dirige cada *quisque* á su destino, y moviendo en la oscuridad los largos chuzos de que penden tristes linternas presentan desde lejos la perspectiva de algunas góndolas, iluminadas y medio ocultas entre la bruma del piélago.

Seria un absurdo el que un Sereno careciese de *serenidad*, y por esto y por el cuadro anterior se puede venir en conocimiento de que ningun gallina (aqui *gallina* varia de género) sirve para el caso. Llega el Sereno á su barrio tan inalterable como su nombre, y sin importársele un ardite de que hormigueen ladrones y caigan peregrinos de hierro, da una vuelta por las calles, confiadas á su vigilancia; su ferreruelo es á *prueba* de bomba, sus borceguies á *prueba* de charcos, su chambergo á *prueba* de lluvia, y todo el en cuerpo y alma á *prueba* de fatigas y trabajos, de manéra que nadie se atreve á *probar* esta enciclopédia de *pruebas*, sin riesgo de que le *prueben* y no por buena parte.

En las primeras horas de centinela suele estar el Sereno parapetado en un guardacanton, al que arrima su báculo, y cerca del que dá cortos paseos en invierno y se apoya en verano, mientras fuma ó forma su plan de campaña para el resto de la noche. Dadas las doce, hora en que apenas pasa gente por las calles, principia el solitario cantor á recorrerlas á sus anchas, contando los minutos por los pasos, hasta el momento de emprender sus operaciones con las que se le pasa la noche en un santiamen, á no ser novicio el paciente: en este caso no tiene mas solaz que alguna ligera conversacion con el compañero, con quien topa por casualidad al doblar una esquina, ó á no impedirlo, alguna de Dios es Cristo, á la que atiende, aunque tenga que dejar plantado al lucero del alba.

Como es obligacion del eterno insomne de luengo capote y encerado sombrero cantar las horas nocturnas, y no siempre puede hacer esto, sin mojar la palabra, cuida mucho de recibir los obsequios que le ofrecen los amos de tabernas, los de hosterías y algunas *dueñas* de otros *establecimientos*. Por eso despues de echar varios trinquis y de meterse entre pecho y espalda algunas bicocas, se muestra dispuestísimo á hacer la vista gorda, en favor de sus amigos; porque como *él* dice, y entonces dice bien, «tiene corazon blando y todos necesitan vivir como Dios les dé á entender; pues los tiempos están malos y... (al pronunciar estas palabras sopla una ventisca de doce millones de demonios) enciende un cigarro y sin hacer caso del aire y el aguacero, se echa á la calle, para andar las estaciones en otras ermitas: generalmente asegura al despedirse que sale á velar por la seguridad individual, y en efecto dice una verdad, mayor que el pico de Tenerife, pues se cuida en todo y por todo segun su leal saber y entender. Las visitas de Sereno son mas breves todavía que las del médico, porque tiene que cumplir con muchos conocidos y desconocidos, y no es hombre de quedar mal con nadie: él tiene su cartilla, y cuenta entre sus máximas predilectas la de que necesita del mundo entero para poder salvar con ventura este valle de lágrimas: por lo mismo es muy frecuente que á las doce y media de la noche se halle tomando un refrigerio en alguna salchicheria, y que al cuarto de hora esté al cancel de un

porlon, para servir de caballero á alguna cristiana suelta, despues de pasar por dos ó tres casas de confianza, en las que se cuela al oir jaleo, mas por evitar bulla y disgusto, que por echar los *piscolabis*, con que restablece la buena armonía entre la gente de broma.

El Sereno es hombre aprovechado, y aunque lego en materias de derecho, está muy al corriente en el de acrecer, y el de pescar á todo prójimo perjudicial á los demas: como es natural él se pone á la cabeza de estos *demas*, atendiendo al principio de su cartilla de que la caridad bien ordenada comienza por si mismo. Este protagonista, verdadero antitesis de la humanidad dormiente, convencido hasta la médula de los huesos, de que sus honorarios no recompensan cual merece, su trabajo, procura, para conservar el decoro de la clase, sacar el jugo á los servicios que presta en tantos conceptos á personas de tantos conceptos, y no deja pasar una rata que no contribuya de un modo ó de otro á la prosperidad de los emolumentos, cuyo minimum se fija en su imaginacion, sin poner nunca límites al maximum. A las claras se deduce de los precedentes *sentados*, (estilo de escolásticos, gente asaz aficionada á los *asientos*) que el Sereno es hombre de relaciones, y no relaciones así como se quiera, sino de aquellas, cuya numerosa variedad volveria tarumba al mejor corchete, y al esbirro *policiaco* de mas antigüedad: trata tambien con estos dos últimos nenes, pero solo por via de compromiso, á fin de que no le vayan á la mano en el ejercicio de sus facultades.

Cuando el nocturno chantre canta la una de la noche, entra de lleno en sus funciones, rompiendo la marcha por colocarse cerca de las casas de juego, que olfatea como perdiguero la caza, y su admirable tacto le hace el encontradizo con los gananciosos, á quienes entretiene hasta hacer soltar la mosca: verificada esta operacion acompaña á alguna señora de manejo (así llama él á la mujer del milagro) que por mas señas tiene mucha mano en los ministerios, ó en su defecto algun forastero; y aunque ambos le digan, dejaron en la banca el último maravedí, se da traza de sacarles algunos, sin que los pacientes echen de ver que su generosidad los deje por embusteros. A bien que nadie se pára en tales pequeñeces, cuando se engolfa en despejar la incógnita de alguna combinacion, de *helados* ó *judías* que contra todas las probabilidades, salvo el parecer del banquero, les salió fallidas. Al volver el solícito acompañante, de dar tan finas demostraciones de su amabilidad, suele encontrarse con los descuidados que se quedan de patitas en la calle, por haberse distraido en alguna parte, y porque su *fámula* que está trabajadísima de los quehaceres que pesan sobre ella en casa de tantos huéspedes se recoge con tiempo para no perder de trabajar con Dios, si se descuida de noche: como aquellos hombres no saben dónde dar con su cuerpo, se valen del Sereno que les proporciona cómodo albergue, matando así de un tiro dos pájaros, es decir, sacando raja del hospedador y de los hospedados: esta partida doble, que toda la noche interrumpe al Sereno en sus mas difíciles cálculos, no le embaraza para resolver todos los problemas; porque la tal partida pertenece á la multiplicacion que le es tan familiar como á un ministro de hacienda. Los caballeros del milagro, que nuestra galomanía llama industriales, comunmente están

de acuerdo con los Serenos, en cuyo amor y compañia cumplen con el instituto de la órden: esta les da su investidura sin necesidad de espaldarazos; pero no les a límite en su seno, si no van por el campo del derroche, que mas tarde ó mas temprano les conduce á la estrema necesidad, único resquicio por donde se cuela, en la venerable hermandad este ingenioso tipo del siglo XIX. El hombre-buho conoce el camino de pacotilla no ya á palmos, como la gente del milagro, sino á pulgadas, como los individuos de la *pillocrácia*, de modo que saca meollo hasta de los que viven de sacarle: los entiende bien y saben que son arrogantes por egoismo.

El Sereno que al formar el presupuesto de sus gastos tiene en la punta de la uña todas las obvenciones que él llama su *pie de altar*, y yo altar de sus pies é islas adyacentes, no podria igualar el cargo con la data si solo contase para ello con los ingresos enunciados: cuando ya los tiene en caja, (giro comercial) á fuerza le paseos y estrategias aun le falta, como suele decirse el rabo por desollar. Los contrabandistas son generalmente los que hacen al Sereno el caldo gordo: le necesitan para mas de un dia y procuran por egoismo tambien, como los de la bandada anterior, tenerle mas contento que á una novia: él por su parte hace lo mismo, la utilidad es reciproca, y la cosa dura á pedir de boca. Por último, para que nadie se escape sin pagar la patente al ciudadano en vela, cobra un impuesto *ad libitum*, á los dependientes de las casas, á los inquilinos, y á los dueños de ellas, porque unos le necesitan de guia; otros de capa, y muchos de fiscal, y él se presta á fiscal, capa y guia de todos.

Por pascuas es cuando el Sereno ve el cielo abierto, mas claro, coyuntura de hacer la suya: al efecto se esmera en anudar relaciones, notándose entonces que su trato es mas agradable, su voz mas clara, y que se muestra mas servicial con todo el mundo. Llegan los dias de coger aguinaldos, y mi hombre ademas de acudir á ello con sus compañeros, cuida de ganarles por la mano, visitando anticipadamente á los benéficos vecinos, y dando tales pruebas de su táctica piscatoria, que al contemplarla, se quedarian viendo visiones los recaudadores de impuestos y los franciscanos mas prácticos en la questa.

Todas las cualidades caracteristicas que de tan interesante tipo he presentado hasta aqui, pueden reducirse como si dijeramos á vida y dulzura ó *tortas y pan* pintado, pero es de advertir que solo ellas pueden conservarle en su espinosa aunque envidiada posicion social. No hay que estrañarlo, si los momios faltan al Sereno, si la fortuna se cansa de favorecerle, le saca de su encapuchada clase, para confundirle en otra que se lo sorbe como la mar á los barquichuelos.

Cuando las gentes de mal vivir hacen alguna fechoria y no se les encuentra la pista el Sereno, en cuyo barrio tiene lugar el desaguisado, puede contar que le toca la china ó mas bien el chinazo, ó hablando en plata que se intriga para quitarle el turron (frase periodistica) de la boca, por que es de saber que la empleomania ha hecho tales progresos en esta bendita tierra, que para una esquina en que hay diez mozos de cordel propietarios, se encuentran 20 sustitutos cuarenta interinos, 80 ausiliares, 160 suplentes, y 300 y tantos galafres que

aspiran á serlo. De aqui se deduce que á tal razon jamas faltan moros en la costa, y que el cristiano á quien combaten, tiene que correr el temporal sino quiere irse á pique en el instante. Llegado tan apurado caso, no hay por lo regular mas salida que la de los pavos, esto es, la de largarse con la música á otra parte, para que otro artista principie su carrera.

Se dedica á ser alquilador de caballos, ú á otra ocupacion productiva: este trabajo continuo deteriora su salud, pero él no lo nota casi nunca, hasta que una pulmonia le convierte en tipo del otro mundo, á donde no piensa seguirle por ahora.

JOSÉ MARÍA DE ALDUEANE.

LA ACTRIZ.

ADA hay que se parezca menos á un hombre que un actor, ni mas á una mujer que una actriz.

Este sér débil que ha nacido para regalo y castigo del géuero humano, aprende en su niñez dos cosas: á luchar y á mentir. La lucha es su arma en el recinto doméstico; la mentira la protege en público. Con su padre, con su marido, con su hijo, lucha; con su amante, con su amiga, con su favorecedora, miente. Estas dos palabras reasumen la vida toda de la mujer, desde la cuna á la tumba. El vulgo, empero, sin variar la idea, cambia el nombre: llama á la lucha firmeza, á la ficcion, poesía.

No falta, pues, á cualquier mujer, para ser escelente actriz, mas que belleza y educacion, pues que la naturaleza á todas regala con las demas dotes de que han menester.

Bajo este hermoso cielo de España, cuyo vivísimo azul no empañan nubes plomizas, al calor de los rayos del sol, que dora benéfico las espigas de nuestros campos, y las cúpulas de nuestros templos, al soplo bienhechor del aura mecida

entre los nardos del vergel, y ondeante sobre la cascada del cerro, es tan fresca, tan inspiradora, tan poética la hermosura, que cualquiera diria que es esta la tierra privilegiada de las actrices.

No hará seis meses todavía que trajo á Madrid el deseo del lucro á uno de esos célebres empresarios franceses de la legua, que cuentan la estension de su carrera por el número de veces que han quebrado. El tal andaba siempre á salto de mata; pues gustaba mas de contar las estrellas del cielo, que las vigas de la cárcel, durmiendo una noche en Provenza y la siguiente en Flandes, por temor de dormir, en un mismo sitio, mas de dos seguidas, y á cuenta del Estado; que es usanza desconocida entre nosotros, como lo es el crédito, ese amoroso y paternal cuidado que tienen los poderes públicos de pagar el hospedaje á los deudores morosos y tibios. Al tal héle visto yo burlarse del gobierno holandés, que es blando como la manteca del Broek, ó como el queso fresco de Alkamaar, ó como el corazon de las hermosas de la Frisia; héle visto en Amsterdam, siendo objeto de la saña de una compañía de famélicos y engañados cantantes italianos, que sacó de ahogos la admirable habilidad y maestría de una de nuestras mas interesantes paisanas; y héle visto, en suma, dar con su oficio de empresario al diablo, liar los bártulos, cruzar el Rhin, el Moerdyk, el Escalda, el Senna con dos enes, el Sena con una sola, el Garona, el Adour, el Bidasoa, el Ebro, y por último, llegar á las orillas del, rico en puentes, Manzanares. Este hombre era un hábil general: á negociador quebrado, España es un Eldorado. Hemos venido á punto tal, que no sé ya si los Estados-Unidos nos aventajan: la ciencia del enredo, de la trapisonda y del engaño está en Madrid, cual en parte ninguna, organizada. Aquí, donde nadie confia en nadie, parece que no hay obligacion de tener miramientos de honor y delicadeza; son batallas continuas en que el vencedor recoge sin escrúpulo los despojos.

Asi, pues, nuestro empresario escogió buen terreno para sus nuevas hazañas: Madrid debia ser para él lo que Waterloo fue para Wellington, lo que para Pedro el Grande Pultava, lo que el tapete verde para Massoni. Imaginó que Madrid acogeria con entusiasmo, como si en Madrid fuese conocido el entusiasmo, la noticia de la llegada de una escelente compañía de comediantes y comediantas francesas; y de aquí deducia, que llegar y tener quien construyera un teatro para su uso, quien le diese dinero, que era el alma del negocio, y le diese las gracias, lo cual importaba menos, seria asunto de llegar y hablar. Se aplicaba á sí mismo el célebre *veni*, *vidi*, *vici*, del Romano. ¡Cuitado! Creia que en España se pagan las ideas, y que el idioma de Corneille es popular en España, donde nadie gasta ni tiempo ni dinero en aprender el suyo propio.

Pero, dejemos á un lado la historia del buen francés: sáquelo su ingenio del empeño en que se ha metido, y si gana, con su pan se lo coma, y si se ahoga, que lo entierren ó que no lo entierren, que es lo mismo para mí y otros muchos; hablé de este señor tan solo para referir una ocurrencia suya.

El mismo dia en que llegó á Madrid fue al Prado, paseo en que nunca falta polvo, coches contemporáneos de Quevedo ó Villamediana, y hermosas. El

iba, como es de presumir, por este último renglon, pues entraba en su cálculo estudiar de qué modo recibirian á sus farsantas parisienses los aficionados madrileños. Buen método para llegar á tan supino conocimiento era notar el rostro, el cuerpo y el alma de las bellas que por el Prado paseaban, pues estas le darian aproximada idea de las que, escogidas entre ellas, debian ser las delicias de los concurrentes al teatro.

Era una tarde de estío; el sol despedia el primer resplandor de su crepúsculo; nubes de jalde y escarlata velaban la tumba del astro del dia; las fuentes vertian pausadamente sus cristales; las flores esparcian sus perfumes, los pájaros despertaban del letargo del dia. Innumerable muchedumbre de séres cruzaban los anchos salones del Prado; unos por ver, otros por ser vistos. Pertenecian, sin duda, á este último número infinitas hermosas de todos gustos y estaturas, cubierto el abundante cabello y el turgente cuello con una gasa blanca, tan blanca y trasparente como debieran ser su alma y pensamientos. Al verlas tan frescas y lozanas con ojos tan provocadores, con garbo tan oriental, con labios tan rosados, con manos tan bien torneadas y sonrisa tan atrevida, desconsolado el buen francés, hubiera querido sumir á los pies de la Cibeles su destemplada cabeza, si la aficion á ver á nuestras lindas paisanas, no embargase sus sentidos. El fue, sin embargo, el primer estranjero que las vió, por primera vez, sin íntimo gozo, sin propósitos de felicidad.

Si estas son las mujeres no escogidas de Madrid, esclamaba, es decir, las que vienen, porque quieren venir, sin patentes de hermosura, ¿qué serán aquellas que un inteligente empresario haya escogido en la clase mas numerosa y mas bella, por mas moral, de la sociedad, esas actrices, que son en todas partes el tipo de la belleza, del buen gusto en el adorno, de la pureza en la voz, en el acento, dechado, en suma, de todas las perfecciones?

Una hora mas tarde hallábase el iluso viajero incómodamente sentado en una luneta del único teatro de Madrid en que se representaba aquella noche. No era, por fortuna suya, el del Circo, ese panteon de toda ilusion, parodia de un teatro, obscuro, irregular, apestoso de humo de cigarro y de aceite, negrúzco y de mal tono, en que reune la maestría, nueva en Madrid, de una bailarina, lo mas culto y selecto de la sociedad de la Córte. Era otro teatro sino bueno, al menos mas decente y tolerable que este; escasamente alumbrado tambien, pero al fin con formas regulares y sencillas.

Alzóse el telon, y aplicando la vista, con el auxilio de su buena voluntad y de unos hermosos anteojos, pudo el francés divisar algo de lo que en la escena pasaba. Representábase una mala é incorrecta traduccion de unos de esos dramas modernos cuya gloria parecida á la de los fuegos fátuos, fue brillante, pero breve. No le pareció del todo malo el aparato escénico, si bien se notaba que era mayor el respeto al gusto que á la exactitud, achaque comun de gente que no confia en la instruccion del público, y teme la mordacidad de su crítica.

Pasadas las primeras escenas que nada de estraño ofrecieron, notó llegar nuestro observador el suspirado momento de su estudio. Temblaba como la hoja

en el arbol á medida que se acercaba instante tan fatal y que, segun suponia, con fundamento al parecer, seria para él un tormento y desengaño. Armóse de resignacion y limpió los cristales de sus gemelos para mejor ver.

Era protagonista de aquel drama, en la concepcion del poeta, una jóven tan ideal como la Ophelia de Shakspeare, tan severa como la Lucrecia de Ponsard, tan poética como la Margarita de Goëthe. Del feliz y acertado desempeño de este papel dependia el éxito de la obra, porque todas las fuerzas del autor se habian reconcentrado en su genio para dibujar con delicadeza y esmero esta suave fisonomía. Involuntariamente tendió la vista el empresario á los palcos que formaban el semicírculo del teatro, y en ellos vió á innumerables hermosas, muellemente reclinadas para mejor ver ó ser vistas, en sus cojines de terciopelo encarnado de las que, la menos linda, podria realizar los sueños del poeta. Si no fuera desusado el citar por escrito los nombres que todo el mundo repite de palabra, no desperdiciaria esta ocasion de nombrar á las joyas de nuestros bailes, de nuestras tertulias.

La actriz que habia echado sobre sus hombros el grave peso de eclipsar á tantas bellas, y de corresponder al retrato sublime de un poeta exaltado representando á una jóven ideal pura y poética, era una moza de chapa, como dice Sancho, hecha y derecha con pelo en pecho, y que pudiera sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante ó por andar que la tuviere por señora. Al primer aspecto parecia su cuerpo formar un cuadro perfecto, pero bien examinada aparecia la estension de la cabeza mas alta que ancha. Su color era agitanado con ribetes encarnados, nariz torcida á un lado como tapia vieja, los dientes tan largos y tan limpios, ¡cosa estraña! que unos los tenian por de hierro, y otros los juzgaban alquimia. Moza rolliza, en suma, que asi podia rastrillar lino, como trillar en las eras, como representar dramas. Toda obesidad aleja el idealismo; toda negrura de rostro, la pureza, y toda irregularidad, la poesía.

Habló, y este es el caso de decir, como Quevedo, que

puso suspension y espanto,
mas que lo dulce del canto
la novedad del intento.

En efecto, su voz podríase comparar con la de la señora Aldonza Lorenzo, quien se puso un dia encima del campanario de su aldea, á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, asi la oyeron como si estuvieran al pie de la torre.

Por último, la protagonista susodicha no era de las que podian pasar por los bancos de Flandes.

El curioso estranjero, despues de volver en sí del aturdimiento que semejante vista le causó, dirigió algunas preguntas á su vecino, para saber el nombre y demas particularidades de la actriz. Esta última parte no era, por cierto, menos sorprendente que la primera. La actriz, cuya fealdad y prosaismo admiraba, era nada menos que una mujer casada, muy honrada y juiciosa, que vivia sin escándalo ni amantes, con el corto salario que ganaba, manteniendo á sus hijos,

á su madre, y á sus hermanos. Para que se entienda el motivo de esta estrañeza, fuerza es que sepa el lector, si no lo sabia antes, que, en el estranjero, son las actrices lo opuesto de lo que en España por lo general. Aquí son las comediantas feas, ordinarias y honradas, del otro lado de los Pirineos son exactamente lo contrario.

Ahora bien. ¿En qué consiste que en esta tierra de hermosas, en que el instinto de la finura cunde hasta la clase mas ínfima, son tan poco poéticos estos intérpretes de Calderon y Lope?

No hay necesidad de meditar mucho en ello para hallar una razon que convence, de la necesidad de esta triste condicion.

En España, hasta el dia, ha sido la raza de actores y actrices una verdadera casta separada de la sociedad por las preocupaciones, y condenada á vivir en el seno del abatimiento y abyeccion. No salian al teatro, como en todas partes, esos jóvenes de ambos sexos, que, despues de haber nutrido su infancia con una educacion clásica, desgracias de familia ó aficion y entusiasmo, llevan al proscenio, sino hijos nacidos de padres que son igualmente cómicos, nietos de abuelos que lo han sido tambien, y de bisabuelos que eran hijos de otros comediantes olvidados. Asi es que el tronco de este árbol sin riego, pertenece, tal vez, al siglo de Lope de Rueda, en que era tan contrario á la decencia representar comedias.

La tradicion que se ha conservado en estas familias, y que forma su único patrimonio, lejos, pues, de favorecer al arte, le perjudica de un modo visible. Salva alguna feliz escepcion, para aprender es necesario ver; y para ver es necesario vivir en la sociedad culta. La niña destinada al teatro vé solo á su familia, y á las de sus compañeros de casta, de las cuales ni un solo individuo ha pisado jamás escaleras alfombradas, ni llevado á sus labios el nectar del Tokay; ni el ejemplo ni la tradicion le enseñan esos modales de buen gusto, que forman la base de una educacion escogida, elemento de todo porvenir artístico. Asi es que esas infelices criaturas que nada han visto, que nada han podido aprender, siempre que se ven obligadas á representar un personaje de sociedad elevada, tienen que acudir á la adivinacion, que no siempre es la mejor consejera. Asi es que esos cortesanos de la escena, esas princesas de las tablas, causan risa á quien ha pisado con frecuencia los alcázares reales. Es en ellos insolencia lo que soltura en los que tienen uso de tratar á personas reales, humillacion afectada y torpe, lo que acatamiento elegante, en quien sabe los fueros que debe á la estirpe soberana.

Ya que la esperiencia enseñe rara vez, en ninguna parte del mundo, á las que se destinan al teatro, estos elementos de educacion por el abatimiento en que suelen hallarse sus familias, siempre les queda la tradicion y un medio eficaz de adquirir tan precioso conocimiento. El trato con personas que lo saben todo, que todo lo han visto, del cual no las aleja ni la posicion de sus familias ni su finura, es una nueva educacion, sino tan provechosa, no menos útil que la directa. En España sabido es que, apartando alguna honrosa escepcion, nadie trata con actrices, que llama el vulgo comediantas, ni estas, por lo general, han

tenido jamás medios de tomar ese baño de buen gusto que rejuvenece las razas. Por eso no es el arte cómico, falto de renovacion y escuela, un arte, sino una rutina.

Que hay escepciones, ¿quién lo duda? De una voy á hablar con aquel respeto y miramientos que el sexo femenino se merece, unas veces por ser bello y todas por ser débil.

En uno de los últimos años de Aranjuez, es decir, en que Aranjuez todavia brillante y rico con sus cuidados árboles, fuentes y cascadas, daba hospedaje, sombra y solaz á la real familia española, su séquito y el séquito de su femenino séquito, tuve yo la fortuna de abrigar bastantes ilusiones en la frente y deseos en el corazon para cambiar mi modesta habitacion de Madrid por otra mas modesta en el real sitio. Las mañanas en los jardines del Príncipe, al mediodia en los de la Isla, las primeras horas de la tarde en la hamaca, y las últimas en la calle de la Reina: hé aqui mis ocupaciones de todo el dia hasta que el crepúsculo cesaba de esparcir claridad. Pero, al entrar la noche con su lúgubre manto, fuerza era buscar donde pasar algunas horas siquiera para guarecerse del tédio, ínterin llegaba la hora de los sueños solo interrumpidos por las realidades de la fresca y deleitosa mañana.

Tomando parte del tropel de gente ociosa dirigiame yo al teatro, en donde una compañía de actores de S. M. ejecutaba comedias mejor ó peor escogidas. La compañía de S. M. era una reunion de cómicos, todavía en estado de crisálidas, que esperaban por medio de la proteccion de algun gentilhombre ó exento de guardias, llegar á tener la fortuna de pisar algun dia los teatros del Príncipe ó de la Cruz, término de su mas atrevido anhelo. Llamaba nuestra atencion particularmente una linda actriz de unos quince mayos, pues era hermosa como el mes de mayo en que la veiamos, erguida como una palma cargada de racimos de dátiles, delicada como una rosa, y candorosa como una paloma. Sus ojos, aunque negros y españoles, eran modestos y tímidos; sus labios, aunque desmayadamente rosados, eran castos, y su voz argentina y suave. No diré que su cintura era como un mimbre, ni haré las demas comparacioues de costumbre, lo cual pareceria á algunos una leccion de historia natural; baste decir que era hermosa como un ángel.

Muchos éramos los codiciosos de su cariño, y muchos los que intentamos conseguirlo. El primer paso que dimos fue aplaudirla mas de lo que su mérito y su clase requerian. La pobre niña desempeñaba los papeles mas modestos y desairados, y mientras cargada de años, de arrugas y de andrajos teñidos y lavados, salia la *dama* á decir algunos lindos versos, llenos de candor é ingenuidad y debidos á Moreto ó Rojas, nuestra linda protegida representaba el papel de una dueña encubridora ó de una rival desairada. Pero, ni aun en estos papeles dejaba de estar bella, cuadrando á su lindo rostro y mas lindo talle todo traje y todo prendido.

De los aplausos pasamos á las coronas de flores, no arrojadas al teatro para que barriesen el polvo del escenario, sino enviadas á su casa, por medio de un fiel emisario, sin mas instrucciones que un recado de atencion.

A la siguiente noche la candorosa niña nos miró con timidez é intencion, como dándonos las gracias, y alentados nosotros con tan buena acogida, hicimos versos en alabanza suya, y nos atrevimos á pensar que no seria indecoroso el llevarlos nosotros mismos al vestuario. Candorosos éramos los que asi obrábamos, ó mejor dicho, bien queriamos rivalizar con la sencillez de aquella modesta criatura.

Unidos á unos guardias de Corps que eran, menos las letras, los estudiantes de la época, por su desembarazo y felices ocurrencias, cruzamos los sucios tramos que sirven de depósito á los bastidores de la funcion, tropezamos con mugrientos mozos de oficio, despaviladores, comparsas y barrenderos, recibimos empujones de cuatro tarascas con mas cal en la cara que una pared andaluza, y llegamos, por último, al cuarto de nuestra encantadora protegida. Eramos varios; y todos, menos los introductores, gente alli nueva é ignorante de los usos escénicos.

Al entrar en el cuarto de la jóven, ibamos modesta y decentemente á quitarnos el sombrero, con el fin de hacer una cortesía reverente. Nuestros amigos se rieron de tanta sencillez, y entraron como si fuera en el cuartel, en un cuarto que tendria poco mas de cinco pies en cuadro, en el cual naturalmente no cabiamos todos.

Las paredes estaban desigualmente ennegrecidas por el humo del cigarro y el de una vela de sebo, rara vez despavilada, y entonces con los dedos. El pavimento era de ladrillos que bailaban segun el compás de entrantes y salientes. Cuatro sillas sin respaldo ó con tres pies, contenian los cuerpos de igual número de mujeres que parecian harpías, ó de harpías que parecian mujeres, con narices remangadas que huian de la boca, y labios abrumados con el peso de enormes y descomunales narices. De estos cuatro entes, era uno la madre de la hermosa actriz, quien, despues de recibir cortesmente nuestro saludo, siguió arreglándose el cabello y traje ante su espejo de media vara, roto en tres partes y desazogado en cuatro, el cual estaba sostenido en una mesa llena de botes de manteca con título de pomada, de aceite rancio y otros mejunjes harto olorosos.

Los guardias hablaron con desenfado á aquellas mujeres, tutearon á Paquita, y nos presentaron con desembarazo. Hicimos un cumplido acerca de la habilidad de la actriz que su torpe madre no entendió; dirigimos una mirada á la chica que esta entendió muy bien, y nos separamos muy contentos.

Desde el siguiente dia, suprimi yo las horas de hamaca, y me dediqué á pasarlas en casa de la bella Paquita, ó, mejor dicho, de su señora mamá. La casa se reducia á una salita, bastante grande, aunque menos que sucia, con una mesa, dos sillas, un banco, tres baules y un jarro de agua por adorno; unas cortinas de zaraza encarnada con cazadores amarillos servian de puerta á la única alcoba de la casa, en donde dormian madre é hija.

La mamá apenas veia tres personas reunidas en su casa, proponia una partidita de cuartos. Sacaba una baraja mugrienta y que habia servido todo un mes, y con una destreza sin igual, poniendo cincuenta ó sesenta cuartos de

banca, echaba albur, gallo, entrés y elijan. Si ganaba, guardaba el dinero; si perdia, pedia prestado al que ganaba, por manera que ella no perdia jamas. Un vasito de mistela y unos cuantos cigarros, uno y otros regalados, por supuesto, eran su amor y compañía constante.

Yo que estaba avergonzado de hallarme en tugurio semejante, me daba prisa á perder algunos reales para invertir el tiempo de mi visita y aprovechar la distraccion de la respetable mamá, en coloquios, no amorosos por cierto, sino artísticos, con la hermosa Paquita.

Este ángel tenia todos los instintos de lo bello, pero le faltaban dos cosas esenciales: educacion y escuela. No veia mas que viejas viciosas, jóvenes amarillentas de envidia y hombres groseros, porque es innegable que todo hombre se amolda mas ó menos á la sociedad en que se halla, perdiéndose asi la escepcion en la generalidad.

El sentimiento, que es un don espontaneo del cielo, ha menester, como todos los instintos humanos, desarrollo y cultura. Las raices de lo bueno y de lo malo estan en el corazon; aquellas que cuida el jardinero, brotan; las que descuida, se marchitan.

Paquita era capaz de todo lo bueno, y Paquita va pasando su vida casi desapercibida; morirá en el olvido y sin gloria. El humo de cigarros en que siempre estaba envuelta, y su escasa inteligencia de la química escénica, abrieron grietas en su cutis y afearon su tez; la costumbre de oir conversaciones impuras y palabras rudas, sin ajar su corazon, ajó su gusto; el trato que casi siempre tuvo con las únicas personas á quienes no repugnaba aquella sociedad de tugurio y taberna, ahogó sus buenos instintos, y el ejemplo de su madre, acabó de estragar su alma, llena de pureza y virginidad.

Su madre, en los primeros años de su juventud habia sido actriz, aunque de escaso merito, no de escasa hermosura. Habia recibido los obsequios de cierto conde engañador, que, segun ella decia, fue su marido, y segun otros, su amante.

Paquita era, pues, hija de un título de Castilla, hombre de educacion escogida y de nacimiento ilustre. En los primeros años de la niña cuidó de ella su padre, proponiéndose elevarla á su clase, cuando el buen parecer social se lo permitiese. Era este el buen ángel de Paquita, asi como su madre era su ángel malo.

Tendria apenas doce años la que debia ser, como su familia materna, mera actriz, cuando murió el conde, á consecuencia de un pecado de gula, dejando incompleta la educacion de su hija y no asegurado su porvenir. De esta primera educacion nacian los instintos de Paquita; pero, á medida que fué adelantando en años, y alejándose de aquella fuente de buen gusto, fué perdiéndose su alma hasta caer en el abismo.

La actriz en España, no conoce mas poesía que la de los papeles que estudia, y aun estos perjudican á su idealismo. Háse encontrado en el teatro, el medio de reducir á prosa lo mas sublime y elevado. De un drama poético y bello se envian solo á la actriz las palabras que debe ella aprender, sin dejarle estudiar

al mismo tiempo, el conjunto de la obra, y su papel como parte del todo. Tiene, por lo tanto, que contentarse, á veces, con aprender, como mera máquina, frases y frases que ni entiende ni puede entender, pues que ignora la razon que las inspiró al autor. A menudo tiene que reconvenir agriamente á una rival muda en el papel que estudia, dirigir palabras cariñosas al hombre cuya historia y lenguaje desconoce. De ahí esa frialdad en el estudio de que se resiente sin duda la ejecucion.

Los quehaceres de su empeño no son mas inspiradores. Pasa lo mejor del dia en ensayos, y quien no ha visto un ensayo á los plomizos rayos del sol que cruzan las sucias claraboyas de un teatro, ignora el mérito que tiene una buena actriz cuando es superior al vulgo de las comediantas. Hombres de capa y desaliñados; mujeres con mantilla y medias de algodon, repiten los divinos versos del *Desden con el desden* ó de los *Amantes de Teruel*; óyese allí, entre verso y verso, la voz vinosa del carpintero que arregla las bambolinas, del que ha de vestirse de moro en el *Otelo* de la siguiente noche, y del barrendero; hay allí la soltura de modales, y los dichos mas punzantes que agudos del gracioso, los chichisbeos del galan y la bailarina, y la historia escandalosa de cada cual de la compañía que cuenta el menos escrupuloso de ella. Por melindres es tenido allí el pudor, por gazmoñería la virtud.

La escasez de recursos de la pobre actriz no le permiten la elegante berlina de la mañana, el vistoso landó de la tarde, el auxilio de la mas afamada modista, ni una casa que parezca un santuario, con candelabros de esmalte, lámparas de cornalina blanca y asientos de estudiados resortes.

Su pobre habitacion tiene, por adorno, modesta estera, sillas de Vitoria, colgaduras de muselina y mesas con chapa de caoba.

Estas pobres criaturas se ven precisadas á estudiar sus papeles á la luz de un vetusto quinqué ó de velas de la Estrella; y eso, despues de haber comido aquel dia garbanzos y tocino, escarola y bacalao, todo en bajilla ó de la Moncloa ó de la Cartuja de Sevilla y sobre manteles de Galicia.

Esta es la razon que me doy yo para esplicarme cómo escasean tanto las buenas actrices en España. El porvenir no es para ellas de gloria, sino de trabajo, escaso premio si hay abundante virtud. Son raras en España las mujeres que se atreven á hacer alarde del vicio, y una actriz, para salir de esta esfera de prosaismo, ha menester, doloroso es decirlo, tanto como el vicio, el escándalo.

Por eso no se renueva el personal femenino de los teatros, y rara es la jóven actriz que no sale de familia de cómicos.

No tienen estas medios suficientes para recibir la educacion de tradicion ó ejemplo que necesita el escenario, ni saben cuáles son los sacrificios que exige el público, en pago de sus aplausos. Buenas madres, buenas hijas, buenas esposas, no es ser buenas actrices. Los cuidados y necesidades domésticas les hacen olvidar hasta el esmero que necesita la figura para conservar su lozanía.

Pero, aunque son objetos de escepcion, todavia puede envanecerse la escena española, con la voz de la interesante Matilde Diez, con el rostro de la peregrina

Teodora Lamadrid, con el porte magestuoso de su hermana, confirmándose asi la verdad que dijo el gran poeta, hablando de las mujeres en general:

no hay nada
tan bueno como la buena,
tan malo como la mala.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

EL MARAGATO.

Hay alguien entre nuestros curiosos lectores que haya viajado de Madrid á Galicia ó de Galicia á Madrid, antes ó despues de haberse puesto las diligencias, y tenga ademas fortuna bastante moderada para no atreverse con un coche de colleras?... Nada tiene la pregunta de deseo de averiguar vidas ajenas, antes es una prudente advertencia que ahorrará al tal la lectura, probablemente no muy amena de este artículo. Porque en verdad, si la letra con sangre entra, segun el benigno axioma de los antiguos maestros de primeras letras y latinidad, de presumir es que tan de memoria se haya aprendido el Maragato que ni se le olvide á dos tirones, ni encuentre cosa nueva en los borrones de estas líneas.

El Maragato representa el movimiento y comunicacion del rincon mas occidental de la monarquía con la capital, desde una época difícil de gozar, y hasta cierto punto debemos dar gracias á la Providencia por la creacion de este tipo, pues de otra suerte ambos miembros de España estarian desunidos, no bastando á ligarlos las galeras que andan este largo camino. Decimoslo porque de las dos veces que se han establecido diligencias desde Madrid á la Coruña, ninguna ha podido continuar, ni continuará probablemente mientras el numeroso pueblo gallego no prescinda del apego á los hábitos de sus mayores, y sobre todo á los maravedises y reales de plata que de todas las tradiciones y costumbres heredadas es la que mas hondas raices tiene. Y hé aqui porque decimos que el Maragato tan bien avenido por la equidad de sus portes con estas inclinaciones altamente conservadoras, y que por lo fijo de sus idas y venidas

pudiera comparar algun poeta á la péndola del reló de los tiempos, viene á ser un verdadero regalo de la Providencia.

Los Maragatos todos á su llegada á Madrid páran en los mesones de la calle de Segovia, que sin género alguno de lisonja, pueden calificarse de los mas sucios, incómodos y fatales no ya de la córte sino aun del resto de la Península. ¿Por qué asi? A vuelta de algunos cicateros y avaros como el mismo Arpagon, hay otros que no adolecen de tan ruines manías; de manera que á no mediar la corriente irresistible de la costumbre, no sabriamos cómo esplicar un suceso que en los pocos dias que nuestros hombres residen en la capital les obliga á pasarlo peor que el mas miserable jornalero.

Como quiera, y sin pararnos en estos que en la vida habitual del Maragato pueden con razon llamarse pelillos, vamos al caso en que una persona se ve obligada á ir á Galicia. Si el tal es hombre de aquellos que sienten en el bolsillo la especie de peso que tanto contribuye á aligerar el espíritu, y quiere comprar alguna mayor comodidad relativa en su viaje, no tiene mas que enviar un recado á los susodichos mesones de la calle de Segovia, seguro de que no tardará en presentársele alguno de los Carros, Crespos, Francos, Alonsos, Rotas, etc. en que se divide y clasifica toda la Maragatería. No menos seguro puede estar de que le cederá el *cebadero* ó mulo en que monta, aderezado como Dios manda; es decir, con freno, estribos y albarda estrecha, cubierta con su manta de estambre azul rayada de blanco, y que por amor suyo ó de sus monedas (que al cabo lo mismo viene á ser impuesta la estrecha relacion del sugeto y sus haberes) alargará las jornadas, alargará el paso, alargará el descanso, y alargará por fin las comidas. Este linaje de viajeros puede llamarse bien molido, porque de esta prueba nadie se libra, pero no mal andante, y asi solo á medias merece nuestra compasion.

Mas ¡ay del cuitado que con la bolsa floja, el equipaje tasado, y sin tio canónigo en Santiago, ó pariente comerciante en la Coruña, tiene que llegar sin embargo á cualquiera de estos puntos! Para este no hay ni cebadero, ni albarda estrecha, ni estribos, ni freno, y mucho menos largueza en las marchas, comidas y descansos. El dia de la salida se baja á buena hora por la calle de Segovia; alli acomodan su avio, se sube sobre una viga de las que sirven de asiento en el portal; desde allá sobre un mulo de los de la recua que por todo paso sabe el de la madre; acomódase en una albarda que mas tiene de mesa de billar que de otra cosa; pónenle en la mano un ronzal capaz de desollar la de una mona, y sin mas mullido que una manta no muy honrada, y esparrancado como el mismo coloso de Rodas, emprende su caminata de cien leguas, volviendo sin duda los ojos á Madrid, tal vez para decirle si es algun pretendiente desengañado, «ahí te quedas, mundo amargo.»

Sabido es que el Maragato por nada del mundo sale de su paso, asi se desate el cielo en las lluvias, nieves y vendabales del invierno, como desuelle el rabioso calor de julio y agosto la cara y mano de los transeuntes. A ratos á pie, á ratos sentado entre algun tercio, dormitando unas veces, cantando otras,

atendiendo las menos á la distraccion y entretenimiento del viajero, y empuñando no pocas la bota, atraviesa á paso de tortuga las estensas, tristísimas y peladas llanuras de Castilla, desposeidas igualmente de la grandeza del desierto y de las gracias de un pais habitado y ameno, y por añadidura arrecidas en invierno y abrasadas en verano.

A vueltas de semejantes delicias, á vueltas de los tropezones y resabios de la mal regida bestia, y del molimiento sumo del desdichado viajero, sucede llegar á posadas donde sopas y huevos es el único regalo con que puede acallar su hambre, ó cuando mas algun pollo ó gallina que, á semejanza del cisne canta para morir; con la diferencia que el uno se duerme en las aguas de un lago, y la otra va á parar casi revoloteando á la cazuela para mas ejercitar las mandíbulas del viandante.

Por fin, despues de mucho andar y mas penar, llega el desdichado á las frescas orillas del Orbigo, panorama verde y frondoso que cierra con sus prados y espesas arboledas los yermos campos de Castilla. Ya muy cerca á cuatro ó cinco leguas cuando mas, está la casa del Maragato, donde el pobre caminante sueña la gran ciudad de Jauja en que se atan los perros con longaniza, y se figura que va á representar el papel de Sancho en las bodas de Camacho el Rico. ¡Desgraciado de él, y cómo se ha de acordar de las ollas de Egipto que deja por Castilla! Porque es de saber que en la Maragatería por punto general la abundancia trae á la zagal suciedad y el desaliño, y le sirve de tremendo contrapeso.

Aunque el viajero haya cruzado á paso de recua toda Castilla, sin embargo al divisar el Maragato el campanario de su pueblo, se adelanta con su fardo viviente, pues es costumbre aguardar en casa la llegada de sus mulos compañeros de sus fatigas, sino de sus glorias. Nunca faltan chiquillos en el egido del lugar ya propios, ya ajenos, que salgan á recibir al Maragato y aun le escolten hasta sus umbrales, á donde suele llegar en medio de semejante cortejo, repartiendo saludos á derecha é izquierda para responder con su gravedad ordinaria á los de los vecinos y vecinas que se asoman á sus puertas á darle la bien venida. Apéase al cabo en su casa donde su mujer sale á recibirle con mas respeto que efusion, dándole el estraño tratamiento de *ros*, recogiendo en seguida las alforjas, capa y escopeta, y saludando apenas al viajero, que al ver aquella mujer vestida de tan estraña manera y con tan raras palabras y modales, duda si por ensalmo se ve en otra tierra distinta de España. Su admiracion, sin embargo, sube de punto si por dicha ocurre en casa de su conductor alguna boda, ceremonia á que por fuerza tendria que pararse y asistir, aunque llevase el perdon de su mismo padre y estuviese para cumplir el plazo de su sentencia, porque pensar que el Maragato ha de salir de su paso por nada, ni por nadie, es pensar en lo excusado. Son tan nuevas y peregrinas las circunstancias de semejantes bodas, que nos resolvemos á insertar uno de los rasgos mas notables, persuadidos de que su simple narracion ayudará á conocer á nuestro héroe harto mejor que todas nuestras descripciones.

Todos los Maragatos sin escepcion se casan en su tierra, asi es que la raza física y moralmente hablando se ha conservado pura; pero no solo se casan en su pais, sino tambien ajustándose punto por punto á la voluntad de sus padres y concierto de la familia, que generalmente no toman por base sino la igualdad de los capitales. Circunstancia es esta que en otra sociedad mas adelantada y culta, seria manantial de infinitas desventuras, pero en Maragatería nadie se queja, porque los jóvenes aceptan este destino como el suyo natural.

Asi pues, cuando llega la época en que los futuros consuegros determinan casar á los mozos, el padre del novio y este se encaminan á casa de la novia, delante de cuyo padre se hace la demanda con toda formalidad, sin que ninguno de los dos jóvenes tomen parte en la conversacion. Como tales asuntos son cosa de antemano acordada entre las familias, redúcese este paso á una mera fórmula, y en seguida por ambas partes se procede á la compra de los respectivos presentes, cuya lista ofrecemos aqui por su estrañeza y novedad.

El novio regala á la novia el manto de paño negro para ir á misa, de forma rara y poco airosa, pues se conservan al paño sus esquinas, y solo hay unos escasos pliegues sobre la frente; las *donas*, multitud enorme de collares con rosarios y medallas; los anillos que han de servir para el desposorio; el *sayuelo* ó justillo atacado por delante con un cordon de seda que llaman *agolletas; vincos* ó arracadas para las orejas, *fajero* ó faja de estambre y *mangas*, una especie de ellas sueltas y sujetas únicamente á la muñeca. La madrina asimismo le ofrece un pañuelo de seda de Toledo para la cabeza.—Los regalos de la novia á su futuro consisten en una capa de paño negro, *almilla* ó sayo de idem con cordon de seda; chaleco de grana con bordados tambien de seda á la portezuela; *bragas* ó calzones anchos, calzones negros (*botines*) *cintas* (*ligas*) de estambre fino con letrero; camisa de buen lienzo comun y calzoncillos con cordon de seda.

Llega por fin la víspera de la boda, y en su tarde se examinan de doctrina cristiana y confiesan los novios, permaneciendo encerrados en sus respectivas casas sin concurrir á la cena que tienen los padrinos aquella noche. Al otro dia no bien despunta el alba, ya la gaita discurre por el lugar tocando la alborada y reuniendo á almorzar á los convidados de la boda. Acabado el almuerzo tocan á misa, y entonces el padrino, el padre de la novia y demas convidados del sexo feo, se dirigen á casa del novio precedidos de la gaita y de los amigos solteros de este, llamados en esta ocasion *mozos de caldo*, que van haciendo salvas con sus escopetas. Luego que entran en casa, el novio se arrodilla y recibiendo la bendicion de su padre, recogido y silencioso en medio del concurso, y al lado del padrino, se encamina á la habitacion de su futura. Las solteras amigas de esta, estan ya cantándole á la puerta canciones alusivas, algunas de las cuales tienen gracia por su sencillez, y cuando llega el momento de salir para la iglesia, la jóven deshecha en llanto recibe á su vez la bendicion paterna. Emprende entónces el novio el camino como unos sesenta pasos delante de su prometida, y esta camina de todo punto cubierta con su manto en medio de su acompañamiento femenino que no cesa en sus cantares hasta la iglesia. El cura está ya aguardando

en el vestíbulo, y allí es donde se verifica la ceremonia, ajustándose los esposos un anillo á sus respectivos dedos, y ofreciendo las acostumbradas arras. Concluida la misa, sale la gente con el mismo órden que trajo, con la diferencia que el novio y comitiva se quedan á la puerta corriendo el *bollo del padrino*, especie de justa, en que el que mas corre á pie se lleva la cabeza del bollo, repartiéndose lo demas entre los concurrentes en menudísimas porciones. Dirígense en seguida los corredores á la casa de la boda y encuentran á la desposada sentada á la puerta en una silla ataviada con todo el lujo posible en el pais, y muchos dulces, con la madrina al lado y cubierto el rostro. El marido se acomoda al otro lado en una segunda silla, y de esta suerte presencian las danzas con que los festejan sus amigos, hasta que acabadas estas, entra todo el mundo á comer, dejando á la puerta la anterior solemnidad y compostura, y tomando la alegría que tan bien cuadra á la ocasion. Despues de la comida *se ofrece*, es decir; saca el padrino un platillo de plata, pone en él por ofrenda una cantidad de dinero, y va dando vuelta á la mesa sin que nadie lo desaire. En seguida la *moza del caldo*, es decir, la amiga del alma de la novia que la acompaña y sirve todo aquel dia, pide para los utensilios de su amiga, como rueca, huso, etc., y los mozos del caldo hacen lo mismo para el novio.

Alzanse entonces, no los manteles porque la mesa sigue puesta todo el dia, sino los convidados, y ya la novia baila con su marido, mientras los mozos del caldo se echan por el lugar á recoger gallinas en casa de los convidados para obsequio de los recien casados, y si buenamente no se las dán tienen derecho para tomarlas. Para que los novios lleguen á encerrarse en la cámara nupcial, nunca faltan trabajos; pero aun despues tienen que sufrir un obsequio cuya oportunidad les toca calificar á ellos, y es, que á eso de las dos de la mañana los mozos del caldo van á servirles un par de gallinas de las que han recogido, para dejarlos reposar en seguida hasta la madrugada.

Amanece el dia de la tornaboda y los esposos despues de almorzar juntos, se encaminan á la iglesia con los mismos trámites que el dia anterior, oyen su misa y vuelven á casa festejados por una comparsa de *Zamarrones*, especie de mogiganga que nunca falta en semejantes casos y que les aguarda á la puerta de la iglesia. Al llegar al pueblo se corre el bollo de la boda que la madrina tiene asido en medio del baile y que los mozos de la boda defienden cuidadosamente de las acometidas de los extraños. Se come, se baila, se cena y se acaba la boda. —Cuando el novio es forastero, se lleva su consorte á su lugar desde la iglesia el dia de la tornaboda en medio de todos los convidados, que los acompañan en vistosa cavalgata, mular por supuesto. Por pocos ribetes de filósofo que tenga el viajero, cae entonces en la cuenta de lo que es el Maragato, y encuentra la esplicacion de todas las estrañezas que ha observado diciendo para su capote; «esta gente son una reliquia de otros tiempos, que se conserva sin lesion notable, á pesar de los embates del tiempo y de la civilizacion, y un aparte en esta tierra de las escepciones y anomalías.» Y dice verdad en todo y por todo.

Por lo demas para fortuna suya lo duro del viaje está vencido, tanto por ha-

ber tenido ya tiempo de acostumbrarse á las delicias de la albarda, cuanto porque el pais que va á cruzar es variado y ameno, y la distancia corta. Por fin llega á Santiago ó á la Coruña, y alli se despide de su guia y de sus bestias; pero si por casualidad es preceptor de latinidad recien examinado y conserva aun algun rencor por los percances del viaje, es probable que no deje de decir entre dientes:

Immanis pecoris curtos immanior ipse.

Como quiera, el Maragato que no entiende latin y ademas se encuentra con sus ochavos, asi se le dá de semejantes alusiones como de las nubes de antaño. No por eso dejará de volver á hacer la péndola entre Madrid y Galicia hasta que las enfermedades le roben sus fuerzas, ó la vejez le ate en su casa con sus ligaduras de hielo.

Esta que acabamos de describir es la casta real ó aristocrática por lo menos de Maragatería que tiene numerosa récua y abundante peculio. Otros hay que mas pobres y humildes recorren menores distancias, y otros por fin que comercian en artículos de consumo inmediato como escabeche y jamones, á los cuales pertenece la escelente y característica estampa que acompaña. Aquellos suelen ser los que conducen á Valladolid ó Santiago los estudiantes del Vierzo y comarcas vecinas, raza maleante como lo ha sido siempre, y que al menor descuido del Maragato sacan á los mulos de su reposado movimiento, y van á prevenir posada á su dueño en la universidad con un dia de anticipacion. Asi y todo son carga muy beneficiosa, y si buenos disgustos traen al Maragato, buenos reales le dejan tambien.

Por lo demas cualquiera que sea la ocupacion y riqueza de nuestro Maragato, el lector puede estar seguro de que siempre le encontrará vestido del mismo modo y animado de los mismos sentimientos. Tipos hay en esta coleccion que de todo punto desaparecerán dentro de algunos años, pero muchos, muchísimos se pasarán afortunadamante antes que el presente se borre. Y decimos afortunadamente, porque aunque la rusticidad y apartamiento casi absoluto de la cultura social le afean no poco, en cambio conserva todavia una honradez á toda prueba y ejemplar pureza de costumbres. Al cabo ¿dónde encontrar la perfeccion sin tacha en los hijos del barro y de la culpa? Por eso es divina la fé que quedó escrita con sangre en el leño de la cruz, y encerró todo un sistema de filosofía en una sola palabra; «Caridad.»

ENRIQUE GIL.

LA POSADERA.

Las palabras Posadera y Posadora designan á *la mujer que tiene casa de posadas, y hospeda en ella á los que solo pagan*. Bien es verdad que el Diccionario de la Academia al dar esta definicion no le plugo usar, ni aun hacer mencion, de la palabra Posadora, como solia hacer con otros términos provinciales, puesto que se usa en varias provincias del Norte, y á nuestro pobre juicio, con mas acierto que la otra de Posadera, pues no solamente tiene en su favor la regla, sino tambien el poderse usar en el plural francamente y sin rodeos, lo cual no sucede con la palabra Posadera. Igual desgracia le ha cabido á la palabra *Posador*, usual en Aragon y en otras partes para indicar al que hospeda en su posada, y con todo la Academia se ha contentado con hacerlo sinónimo de Aposentador. Pero esta no es razon bastante para que dejen de usarse, y en Dios y en mi ánima, que las tengo de usar siempre y cuando á las mientes me viniere las voces de Posador y Posadora, como sinónimas de Posadero y Posadera, hasta ponerlas en disposicion de gozar las prerogativas debidas á toda buena palabra, mucho mas cuando tienen carta de naturaleza y son españolas por sus cuatro costados, siquiera no sean castellanas, sobre lo cual hay mucho que hablar.

Dejando pues á un lado la cuestion de palabras, pasaremos á la de personas. Ya al hablar del ventero el célebre escritor de aquel tipo, hizo notar, que las ventas se hallaban todavia bajo el mismo pie que en el siglo XVII: otro tanto podremos decir de las posadas, salvo algunas pocas, pero honrosas escepciones En prueba de ello no hay mas que meterse en cualquier meson de lugar y aun de ciudad y compararlos con los que pintaron Cervantes, Quevedo y casi todos nuestros clásicos de aquella época. Pero debe advertirse, que si el que dudare de la verdad de esta asercion fuere vecino de esta muy heróica villa y Córte, no tiene por cierto necesidad alguna de salir hasta el puente de Viveros, ni aun á Canillejas, sino que á fé mia se dé por convencido con solo asomar la geta á las puertas de las posadas de Madrid. En efecto, las posadas de la Córte están en posesion de ser tan malas como las peores de España, lo cual unido á otras varias costumbres, lenguaje, gusto en los gustos, en las habitaciones y modo de vestir del pueblo chisperil y manolo, ha dado lugar á que algunos mal intencionados hayan dicho, que la Córte de España es un *pueblachon manchego*. No me atrevo yo á decir tanto, pero sí me ratifico en que para calcular la exactitud con que pintó Cervantes las posadas españolas y las ventas manchegas, no hay mas que meterse en la actualidad en una posada de Madrid.

Aqui era cosa de principiar á desenvolver la teoría de la hospitalidad y el orígen de las posadas, trabajo en que entrára gustoso, sino le hubiera desempeñado ya á las mil maravillas el Curioso Parlante en su artículo de Ama de Huéspedes, *al que me refiero en caso de necesidad*, como dicen los curiales. Entre las Posaderas hay las mismas divisiones y clase que entre las posadas, lo cual las hace variar hasta lo infinito. Distínguense principalmente entre ellas, la ventera en despoblado, animal uraño, armado de garra, sucio y de fea catadura; la mesonera de lugar con ínfulas de ama cesante, y un si es no es zurcidora de ajenas voluntades; y finalmente, la Posadera de ciudad, mujer bastante tratable y nunca desprovista de palabras.

El mejor medio para observar todas estas variedades, quien fuere aficionado á las observaciones prácticas, es el de meterse en una galera para salvar la distancia que hay desde la Córte á los extremos de la Península, ó vice-versa, aunque nada impide que haga el viaje en carromato, ó á caballo si es por camino de herradura, en cuyo caso pueden pronosticársele al curioso viajero mayor número de averías, pero igualmente mayor número de pormenores y detalles. Figúrese pues el *benévolo* lector (el *volo* con v) á un hombre empaquetado en una galera entre otros compañeros de viaje y de fatigas y varios sacos de lana, pegando con la cabeza en las sonoras cañas y sentado con las piernas cruzadas como los árabes y los alpargateros. Despues de 12 horas mortales de traqueteo y de malandanza, cansado el viajero y medio aturdido, dá vista por fin al hospitalario albergue donde ha de pasar aquella noche. El mozo de paja y cebada se adelanta, agarra el tiro delantero para entrarlo en el cubierto, entretanto que la Posadera colocada en jarras á la puerta atisba con mirada de lince el número y pelaje de los viajeros, y calcula sobre poco mas ó

menos el producto que la dejarán aquella noche. Los viajeros por su parte van saltando del carruaje tullidos, y haciendo pinitos avanzan por la cuadra adelante camino de la cocina. Alli los espera con aire grave la Posadora puesta de rodillas sobre el humilde fogon; responde apenas á los saludos que la dirigen, y si acaso les habla es tan solo para preguntarles con aparente distraccion y mientras da vuelta á una sarten, ¿cuántos vienen Vds.?

Antes de pasar adelante será oportuno responder á una reflexion que podría hacer alguno de los lectores, á saber: por qué hablamos de la Posadora sin decir palabra del posador. Pero la contestacion es muy sencilla: el posador es un ente nulo en la posada, y sus funciones equivalen cuando mas á las de un mozo de paja y cebada. Su vida (á no que sea chalan ó desempeñe algun cargo municipal) es bastante holgachona, y tiene mas de *buena vida* que de vida buena. Por de dia despues de haber ayudado á cargar á los arrieros se tumba al sol sobre el banco inmediato, ó con los brazos cruzados espera la llegada de algun fatigado viajero que quiera posar bajo su hospitalario albergue, semejante en esto á los antiguos patriarcas, siquiera sus miras tengan mucho menos caridad y poesía. Al verle tumbado á la bartola un francés que viene de tahonero á la Córte, observador profundo, como todos los de su pais (cual si dijéramos una especie de *Theofilo-Gautier*) esclama con ademan patético, dirigiendo la voz á otro compañero suyo. «¡ *Voila á que sont bons les Espagnols! á prendre le soleil.*» El posador por su parte, que no entiende aquel *flín-flán*, como él lo llama, estira los brazos, y abriendo una cuarta de boca dice; «cuándo querrá Dios, que esos demonios de gabachos hablen como cristianos.» Con esto salen el uno y el otro *á mocha por cornada.*

Por la noche el posador ocupa un rincon de la cocina, inmediato al fogon, y desde allí escucha las discusiones de alta política que traen entre sí los viajeros. Alli entre el humo del aceite que ofusca la vista y dá carraspera á la garganta, es de ver cómo aquellos *Brutos*, (es decir, admiradores del patriotismo de Bruto) dirigen la marcha de la situacion, deslindan las atribuciones de todos los poderes, censuran los abusos, proponen reformas, indican mejoras y se dan el aire y la importancia de economistas. En una cosa no conviene el posador con sus interlocutores, y es respecto de los caminos de hierro, los cuales considera como perjudiciales..... cuando menos para las posadas: sobre que está á matar con las diligencias y no puede verlas, sin echarles una maldicion.

Entretanto que el posador se entrega de este modo á los placeres del *dolce far niente*, la Posadora corre de una á otra parte, lo inspecciona todo, regaña con la criada, responde á los viajeros, prepara sus viandas, y no parece sino que se reproduce en todas partes. Si en medio de sus escursiones tropieza con el mayoral de la galera, que despues de echar de comer al ganado se dirige á la cocina, suele reproducirse aquella escena de:

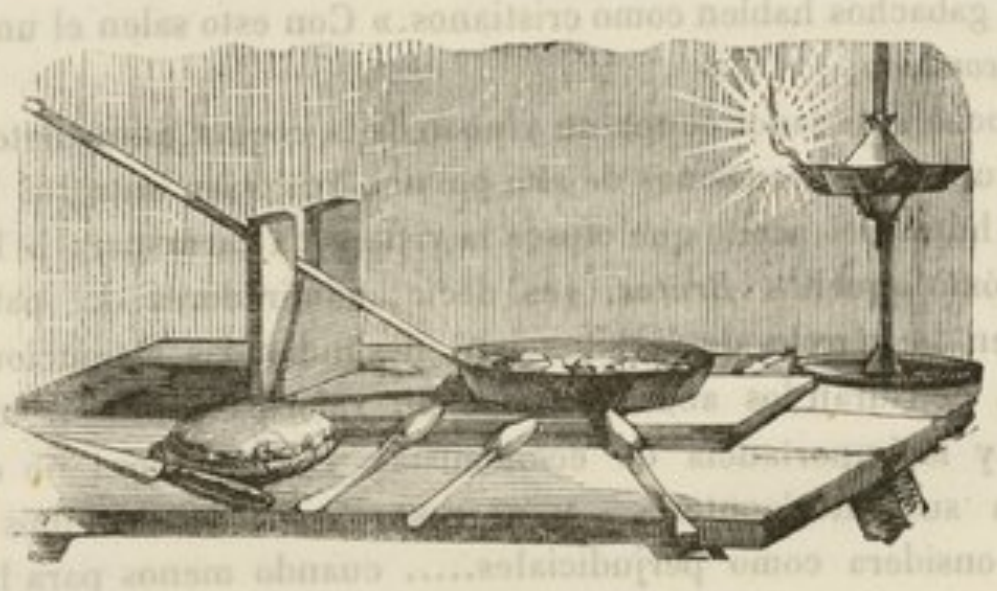
Por desgracia ó por fortuna
Perico dió un beso á Juana,

Ella le volvió una coz
Por fortuna ó por desgracia,

y á todo esto los viajeros si lo ven por casualidad rien, y dicen que Perico es muy malo, y la Posadora se aparta regañando entre dientes porque no la dejan hacer nada, y quejándose de aquella osadía *en público*; pero el carretero que *es cruo* si los hay, y hombre que habla siempre con sentencias y medias palabras, responde á eso con mucha flema, que la publicidad es el alma de los gobiernos representativos.

Por lo dicho hasta aqui se vendrá facilmente en conocimiento de que para ser Posadera es indiferente cualquier estado, y que lo mismo es que sea casada ó soltera, pero con todo es preferible la *viuda verde*. En efecto, se ha observado que sus posadas suelen ser las mas favorecidas, y que algunos mayorales acortan ó alargan sus jornadas á trueque de poder descansar en ellas.

No entraremos aquí en pormenores y dibujos acerca de lo que suele pasar en las posadas, trabajo que se han tomado ya otros muchos; ni hablaremos de aquellas trasformaciones proverbiales del gato en liebre, el agua en vino, y las costillas de perro asadas cual si fueran de cordero. ¡Y cómo pintar tampoco aquella cena venteril, verdadera imágen del *Phase ó tránsito* de los judíos, cuya idea nos ha recordado el susodicho cordero! Figúrate, piadoso lector, una mesilla baja colocada en medio de la cocina ó en alguna habitacion inmediata, y sobre la mesa una tabla hecha de modo que en ella descansen á la vez la sarten y el mango.



Allí tirios y troyanos sin servilletas ni garambainas, meten los cinco mandamientos, ó empapan en la pringue mendrugos como puños. De cuando en cuando uno de los mas graves pone *mojon* ó *coto*, lo cual consiste en un pedazo de pan y significa tregua ó armisticio entre los dientes y lo contenido en la sarten. Entonces la Posadera alarga el enorme y pintarrajado *porron* y los gastrónomos remojan la palabra, hasta tanto que el que puso el coto levanta el entredicho y se vuelve á la carga.

Entre los viajeros hay dos clases, que conviene distinguir y que tambien distingue la Posadera: los unos van ajustados con el mayoral ó arriero para el gasto; otros ó por delicadeza ó por economía lo hacen por su cuenta. La Posadera

conoce unos y otros al primer golpe de vista. Aquellos se sientan indolentes sobre los negruzcos bancos de la cocina, ó si es de dia traban conversacion con el herrador que montado sobre su caballo de madera á la puerta de la posada, la alborota con su sonoro y monótono martilleo: los otros por el contrario necesitan desplegar toda su actividad para disponer su parca comida é inspeccionar su aderezo. Volved sino la vista hácia otro rincon de la cocina y vereis alli un pobrete escrupuloso que hace el gasto por su cuenta: despues de mil plegarias y reniegos la Posadera se decide á servirle la cena, y para ello coloca delante de él otra mesilla coja y baja, y en ella un plato de barro de Alcorcon en el cual se columpian un par de huevos *forrados* (ó como se dice comunmente pasados por agua), alimento el mas sano y limpio que puede pedir en ventas y posadas cualquier estómago escrupuloso. Con ellos vienen tambien unos cubiertos de hierro negruzco, feísimos á la vista, asquerosos al olfato y repugnantes al paladar, cosas que cada una de por si, bastarian á provocar náuseas. Para complemento de todo, las sopas vienen mas coloradas que una casaca inglesa. Entonces el malandante viajero aventura algunas interpelaciones y dice á la Posadora:

—Patrona, estas sopas no se pueden comer.

—¿Qué tienen esas sopas, que pueden presentalse al *ray* en presona?

—¿Pero no ve Vd. cómo están cargadas de pimenton?

—Pus qué ¿ha visto Vd. sopas sin pimenton? Como sale Vd. de Madril se conoce que viene.... pues....

—En galera.

—Pus ya.... por eso todos los madrigueños están tésicos, porque no comen mas que comistrajos y fitambres.

—Y sobre todo, no comen con cucharas como esta.

—¡Ya!... porque comen con cuchara de pan.... cuando la tienen.

Cansado el pobre viajero de recibir pares de coces en mas número que tira una mula de varas, se resigna á pasar por todo y cierra los ojos al pan de municion y sin sal, á la ensalada con aceite rancio y al vino *cristiano*. Infeliz de él, si para recuperar las perdidas fuerzas se decide á tumbar su magullada persona sobre el duro, apocado y fementido lecho, que dijo Cervantes, entre sábanas de cuero de adarga y cubierto de una enorme frazada, que semejante á la célebre capa de Apolo pesa y no abriga. Y para completar la fiesta recibe visitas de todos los insectos de la casa, que vienen á insinuarle el regocijo que les causa su llegada: entretanto se arma en la cocina una música de guitarra y pandero; y la Posadera, que poco antes parecia tan uraña, trisca, alborota y canta que se las pela; y se oye la voz del mayoral que requiebra en catalan y las carcajadas de la criada que responde en manchego; y á todo esto el viajero se da á Barrabás porque le han desvelado y no puede pegar los ojos. Si lo consigue al fin, es para levantarse mucho antes de amanecer molido y desvencijado aun mas que se acostó. Pero antes que él se ha levantado la solícita Posadera, la cual ojerosa y desgreñada está ya sobre el fogon batiendo con el molinillo un compuesto de bellotas, harina y azúcar, al cual plugo dar el nombre de chocolate.

Aqui entran los misterios dolorosos al tiempo de echar las cuentas. Mientras que el viajero que va ajustado con el mayoral para el gasto, se marcha paso á paso á coger puesto en la galera, el de las sopas de pimenton pide la cuenta á la Posadora, la cual, despues de hacer como que la ajusta, exije 16 rs. Si el viajero es hombre ducho y esperimentado afloja la mosca sin replicar palabra: ¡pobre del que pone algun reparo! En los anales hospitalarios de las posadas apenas hay mencion de rebaja alguna, antes bien hay ejemplos de subida y *plus-peticion*. En tal caso la Posadera recorre los dedos con mucha flema en esta forma:

—La cama 4 rs., los huevos una peseta....

—¿Una peseta por un par de huevos?

—Cabal: ¿pues qué cree Vd. que van de balde?... y luego la sal, la leña, el aceite....

—¡Si eran pasados por agua!...

—Pero el de la luz y la ensalada, el pan, agua, chocolate y luego el servicio y el arriendo, que nos cuesta un ojo de la cara y el ruido que ha hecho Vd., porque aquí todo se paga.

—¡El ruido yo!... y no me han dejado Vds. dormir en toda la noche.

—Vaya, apuradamente, no se oia una mosca, que mi casa tiene reputacion de buena conducta.... Ah! se me olvidaba que son 18 rs. con el chocolate.

—Pero si está ya contado.

—No lo crea Vd., y sino volver á contar: la cama una peseta: los huevos.... y vuelve á repasar la cuenta por los dedos: entretanto el mayoral entra gritando que va á echar á andar la galera, y la Posadera se desata en insultos, y el pobre hombre aburrido y atortolado, afloja los 18 rs. y sale bufando y maldiciendo de la posada y de la Posadera. Al paso tropieza con la criada que le pide para alfileres por completar la fiesta: él la envia á rascarse contra una zarza, y ella se desahoga llamándole tacaño y hambron. Sube el pobre hombre á la galera cuyos puestos halla ocupados, y tiene por tanto que retirarse al fondo entre cofres y canastos, y á sufrir el aire que entra por la zaga. Desde alli oye las carcajadas del mayoral, que lleva una larga conversacion con la Posadera, y casi llega á maliciar que su objeto al dar tanta priesa no era precisamente por marchar sino mas bien por despedirse de su *noya*, con ainda mais lo de *por desgracia ó por fortuna* que arriba se dijo. Con esto nuestro hombre despues de referir minuciosamente sus cuitas á los compañeros de privaciones y fatigas, hace en sus adentros un voto simple, mas ó menos esplícito, de viajar siempre que pueda, en diligencia, para no tener que lidiar jamás con Posaderas ni venteras. Pero en las diligencias le esperan al hombre otros percances, y tampoco por eso logra sustraerse enteramente á la despótica influencia de la Posadera.

Supongamos pues, que por mal de sus pecados se vé un hombre precisado nuevamente á viajar, y para ello mete su individuo en una diligencia. Despues de siete horas de prensa (y mas si le toca por su desgracia ir entre un matrimonio de grueso calibre, ó lo que es lo mismo de peso de unas 20 arrobas)

llega por fin nuestro viajero al parador, sobre cuya puerta campea una tabla en la que se lee en letras amarillas, *fonda de diligencias....* Allí el viajero no tiene que molestarse en preguntar lo que hay para comer, ni tendrá que oir aquellas desesperadas palabras venteriles, «*aqui hallará vd. de todo.... lo que vd. traiga.*» Una larga mesa adornada con abundante cristalería y bajilla, halaga el apetito del viajero con gratas esperanzas. Entretanto que llega el momento de realizarlas, se entretiene en pasar la vista por los cuadros que decoran las paredes, con malditísimas estampas de las que nos regalan nuestros vecinos, metiéndonos por los ojos las aventuras de Guillermo Tell y la muerte de Pouniatowski con sus rótulos al pié, traducidos del francés al salvaje, (no al español) que confundidos vea yo á los que las hacen y traducen. Varias muchachas, por lo comun de fea catadura, preparan aceleradamente el servicio bajo los auspicios de la Posadera, hasta que esta avisa con la acostumbrada fórmula, «señores, á la mesa.»

Tampoco nos meteremos aqui en dibujos de comida de diligencia, ni mucho menos á reproducir las interminables quejas de los viajeros: porque es de notar que hay muchos (casi pudiéramos decir mejor muchas) que á pesar del trato mezquino que suelen tener en sus casas, acostumbran quejarse de todo cuando están fuera de ellas, para darse un poco de tono é importancia. Y con esto el otro pobre viajero, que al salir de su casa se resignó á todo lo que pudiera sobrevenirle, y que en aquel momento comeria clavos y pisto de tachuelas, tiene que abstenerse ó probar apenas de aquellos manjares, só pena de pasar por un gañan. Por lo comun nunca falta un viajero, en especial de los de bigote y perilla, que despues de haber ejercido las funciones de trinchar y hacer platos se encargue de formular estas quejas en una interpelacion á la Posadera. Esta se presenta con aire marcial y gesto crudo, responde con brio á las interpelaciones é insultos que se le dirigen, presenta la tarifa, y la cosa se queda conforme estaba.

A no ser por este ó algun otro incidente semejante, la Posadera no suele darse á ver durante la comida, hasta que al concluir se presenta con bandeja en mano á exigir á razon de tres pesetas por cabeza y una por los que no han comido, porque aquí se paga hasta el no comer. ¡Oh vosotros viajeros inespertos! guardaos bien de recibir los cambios que en aquella bandejilla suele llevar la Posadera, porque os esponeis á verlos clavar en los mostradores de estancos y almacenes: casi todas aquellas monedas son mas falsas que el alma de Judas, ó si no queremos ir tan lejos, que el alma de la Posadera.

Hasta de ahora hemos considerado á las Posaderas bajo su aspecto feo y repugnante, unas veces por lo poco limpio, y otras por lo poco económico. Mas no siempre es asi, y parajes hay en España cuyas posadas tanto por el aseo como por su economía pueden figurar al lado de las mejor montadas. Como tales suelen citarse comunmente las posadas y Posaderas de las Provincias Vascongadas, y aun tambien de gran parte de Navarra. Aun prescindiendo del personal (que no suele ser costal de alacranes), hasta la amabilidad que reina en su semblante contrasta notablemente con la uraña catadura de las Posadoras

de lo interior de la Peninsula. El viajero en vez de andar preparándose la cena se sienta por lo comun á una mesa, sino espléndida mas que decente, y por una cantidad nada escesiva disfruta de una comida abundante y sazonada. Reina allí la alegría y la franqueza de una mesa redonda, sin las empalagosas monadas de la mesa de diligencias; las Posaderas y sus hijas no se desdeñan de servir la comida, y si es necesario se prestan á trinchar y hacer platos con tanta amabilidad como destreza. Cuartos aseados, sino lujosos (pero tambien allí las inevitables estampas de Ponniatouski), mullidas y limpias camas esperan al fatigado viajero, y le brindan á descansar. La misma limpieza y amabilidad reinan en las de los pueblos pequeños, en las cuales la Posadora suele tambien prestar no pequeños servicios al contrabandista de los Pirineos, ora ocultando sus géneros y su persona, ó bien desorientando á los del resguardo con noticias falsas. Eso no quita para que su marido sea guarda ó caminero, ú otra cosa semejante, á la manera que el antiguo ventero solia ser individuo de la Santa Hermandad, á riesgo de que tanto al uno como al otro se les pregunte lo que Felipe II á la hermandad vieja de Toledo: y quién me *responderá* de las personas de esta Santa Hermandad?

En cuanto á la Posadora de Madrid ya emitimos al principio nuestra opinion considerándola como la representante y la *vera efigies* de sus paisanos de Puerto Lápiche y sus inmediaciones. Harta mengua es para la corte de España que el forastero que viene á ella por primera vez y sin habitacion determinada á donde parar, haya de sumergir su asendereado cuerpo en algun meson que pareceria mal junto á un camino de herradura, cuanto mas en las calles de la corte. Y si sale de él huyendo del ruido, las pulgas y la basura haya de venir á parar en algun otro fonducho con pretensiones de *hotel*, donde por una celda capuchinal y una comida compuesta de las sobras de la fonda, será saqueado á discrecion como si no existiera ya el séptimo mandamiento.

A vista de todo esto, del estado material de nuestros caminos y carreteras, y de los inevitables robos que esperimenta el viajero con mas ó menos descaro, ora en los pueblos, ora en despoblado, no podemos menos de exhortar á las personas piadosas á continuar en la antigua práctica de rezar despues del rosario un Padre Nuestro y un Ave María por los navegantes y *los que están de viaje*. Por nuestra parte concluiremos este artículo con la cláusula final que se usa en los documentos oficiales, diciendo á nuestros lectores. Dios guarde á Vds. muchos años...(suple de posadas y Posadoras). Madrid 24 de abril de 1844.

VICENTE DE LA FUENTE.

TEATRO
LUCRECIA
BORGIA
DRAMA

EL COMICO.

Si algun tipo puede y debe mover tu curiosidad, lector amigo, es sin duda alguna el del *Cómico* que pienso bosquejar. No me preguntes, si el tipo, tal como tú lo entiendes, existe hoy dia en nuestro suelo, no pretendas saber si la voz *Cómico* lo significa como debe, ni si estaria mejor llamarlo *comediante*, ó cumpliera con el siglo en que vivimos el llamarle *actor*. Nada de esto me preguntes: sabe que si le doy ese epígrafe á mi artículo, no es capricho vano el que me induce: profeso la doctrina de que los mas deben dar nombre á los menos, y como los Cómicos en España son por fortuna en mayor número que los *comediantes*, y en menor por desgracia que los *actores*, aunque habré de hablar de todos ellos, el nombre de *Cómico* creo que llena mejor las condiciones de mi tipo. Nada me importa que el *actor* no quiera apellidarse *Cómico*, nada que el *Cómico* aspire al título honorífico de *actor*, nada en fin que el *comediante* se crea en tan alta posicion; todo ello probará que algo malo ven tras esos nombres, que algun suceso se une

á ellos , que mas que nombres significa y que la sociedad tiene razon en sus creencias, razon que se vé apoyada por esa aristocracia , que al lado del arte la vemos progresar : todo ello probará que hay que seguir un nuevo derrotero que borre ciertos hechos, cuyo olvido no es tan fácil, y dé al arte, la vida, el brillo y la nobleza ; que como arte de imitacion le corresponde. Para esto es preciso , que ceda la sociedad y que tambien ceda á su vez el hombre: que la primera no le presente como un sér miserable y humillado ; que el segundo no se alce con el orgullo abominable de la desgracia y se ponga en lucha abierta con la sociedad , con la sociedad que tiene preocupaciones , sí, porque solo al tiempo le es permitido terminar. El hombre en tal estado , no es otra cosa que el agua un tanto infestada , que repugna al paladar y que dejando al través del filtro su malicia , se presenta pura y cristalina con el tiempo. El Cómico no es ciertamente culpable de los vicios de sus antepasados, como no lo es el agua de las materias impuras que á su curso se opusieran; pero los malos recuerdos tardan mucho en borrarse, como tarda mucho en pasar el agua por el filtro y quedar limpia.

Si como es de suponer el arte nació con la misma sociedad ; si las familias para librarse de los diversos accidentes que las amenazaban se vieren en la precision de reunirse ; si procuraban entonces robustecer las buenas costumbres representándolas en la sencillez propia de aquellos tiempos ¡santo y noble! era el punto desde donde el arte partia ¡santo y noble y grande! era el fin á que se encaminaba. No faltará , lector, quien diga «que habiendo nacido el arte en la sociedad, *asi anda ella* , y que si los que tal hicieronhubieran alcanzado otros tiempos mas remotos, habrian tenido motivos mas que suficientes para arrepentirse de su obra.» Nada probará sin embargo en contra de la bondad del arte, el que se hayan reflejado en él por algun tiempo todo género de vicios, ni seria esta razon suficiente para proscribirle y marcar la frente de los que le ejercen con el sello de la infamia y de la ignominia : al contrario , en lo bueno siempre se encuentran enemigos , como en la mejor fruta se encuentran mas gusanos, y á pesar de eso no deja de codiciarse y buscar el hueso con afan prolijo , como semilla que bien cultivada puede dar ópimos frutos. Allí donde los cómicos se dieron mas , y primero á conocer , en las orillas del Nilo, ya los egipcios ejercitaban el arte con maldad : allí representaban sus misterios y se valian de él para sacar partido de la credulidad, ¿fué suficiente esto para que se le mirára con desprecio? Responda Grecia , responda la república famosa de los Nicostratos y los Andrónicos, cuya inmensa reputacion voló en alas de la fama por el mundo conocido; hablen despues los Latinos, y contesten con posterioridad los Roscios y los Esopos, gloria de la declamacion romana. Respondan tan insignes maestros de la nobleza del arte, y digan de su recompensa y cuenten de su gloria , y cómo los grandes hombres y hasta los Emperadores mismos tenian á gala y por orgullo el brindar proteccion á cuantos sobresaliendo , eran como el espejo en que la sociedad se miraba. ¡Hoy dia cuantas y cuán diversas consideraciones se ofrecen!

Tan alto como se remontaba el arte en aquellos tiempos, tan grande era la caida que se le preparaba: la multitud lo miraba desde abajo con ansia y entre la confusa gritería de los que ven ascender un globo y desean su caida antes que se pierda de vista. Al lado del mérito, en contraposicion de tan inestimables joyas del arte, se pusieron en juego todos los vicios imaginables; y aparecieron en la escena de una parte los *histriones*; de otra los *mimos*, *pantomimos*, *timélicos* y posteriormente los *juglares*. Entonces tuvieron principio las acciones torpes, las indecentes y asquerosas representaciones, ya en las tablas, como a las puertas de las mas inmundas mancebías, y el teatro se convirtió en escuela de inmoralidad y de escándalo ¡con cuánta verdad podia decirse en dias tan aciagos para el arte, que *el pudor era tenido por melindre y por gazmoñería la virtud*! en aquella época si que se pagaba dinero por ver representar escándalos, aunque hoy dia haya producciones que sean puro escándalo tambien, y desde entonces pesan sobre el arte tan tristes recuerdos; porque hay leyes escritas, leyes que no se cumplen es cierto, leyes que la razon y los adelantos del siglo han derogado, pero lo escrito se borra con dificultad y aunque sea tradicionalmente todos saben: que á las mujeres, no se las permitia gastar adorno ni objetos de lujo ¡grave castigo! que anulaba el dicho, de que *no hay dama fea en las tablas*; que á los hombres se les declaró *incapaces*; incapaces, siendo tales cómicos! y luego diran que no hay leyes supérfluas, *incapaces*, digo, para recibir órden sacro; que en ningun asunto se daba valor á sus declaraciones, y claro está que se les hacia mentirosos de oficio. De modo, que si se ejecutaba una muerte donde no hubiera mas que cómicos que la presenciaran, era lo mismo que si se hiciera entre ciegos; y si alguno les robaba, aunque el robar á un cómico ni entonces, ni ahora sea muy probable, bastábale al ladron negarlo para que quedára impune. Sabido es tambien, que los privaron de la comunion como á públicos pecadores, y que amen de esta friolera los declararon *infames*.

De todas estas leyes, tan solo queda el recuerdo, pero este recuerdo es tanto mas vivo, cuanto mayor es la imperfeccion del arte, ¿cómo le han de hacer bueno, aquellos y aquellas, que por no saber, ni aun leer tienen que aprenderse los papeles como los ciegos las coplas, á fuerza de leérselos? ¿cómo han de penetrar en los arcanos del arte, aquellos para quienes se mantiene en *griego*? ¿ni qué cosa puede tampoco dar muestras de su bondad, cuando se compra por un real ó cuatro cuartos y hasta por trapo y hierro viejo? Es la fortuna que estas gentes, que forman un tipo separado, cual es el del *comediante ó comico de la legua*, si hoy dia valen algo es por lo que escasean, no es tanto á pesar de esto, que no haya muestra de semejante paño hasta en los mismos teatros de la corte. Asi es, que el verdadero tipo, el que me he propuesto bosquejar, es el que caminando sin ver lo que atras deja, desea llegar al punto que han llegado muy pocos, para que nadie se acuerde de su nombre: este es el *Cómico*: y ya es tiempo, lector mio, de que empecemos á pintarle.

El *Cómico* es como una semilla abundante, pero no fecunda: una planta que

nace entre malas yerbas, la cual rara vez crece sin que sucumba ante la fuerza de tanta maleza, pero que si llega á triunfar de esta, crece, se desarrolla, y de su tronco brota una flor cuya hermosura y lozanía no cede en nada á las demas flores. Como despues verá el curioso lector, de estas flores escasamente se podrá formar un ramillete.

Generalmente el *Cómico* suele emprender este arte, ó porque viendo cercano el término de medios para una subsistencia decorosa, se le hace duro y pesado el aplicarse á otro en que haya que aprender mas de lo que sabe, esto es, leer medianamente; ó porque teniéndolos para seguir una carrera, conserva cierta inclinacion á la vida cómica, vulgarmente reputada como de diversion y de ocio. Cualquiera de estas que sea la causa, procura á todo trance meter la cabeza en un teatro casero, lo cual equivale á perderla. Sabido es que en estos teatros no se permite mas que aplausos, y á favor de ellos cree nuestro jóven, sino es anciano, que á mas de cuatro he conocido yo con aficion á los sesenta, que progresa en el arte con asombrosa rapidez. Dado el primer paso en esta senda, y dado de este modo, es casi indispensable recorrerla toda; siendo tan raro el que descorre lo andado ó se pára en la mitad de su camino, como lo es el que se detenga ó vuelva atrás, el que una vez empezó á bajar una escarpada cima, siquiera á su planta se deje ver un precipicio. Aquí se vé que el teatro casero es la cuna, digámoslo asi, donde se mece nuestro tipo, cuna de la que sale echando á correr por esos trigos de Dios, cuando, apenas nacido, puede tenerse en pié.

Regularmente inaugura su carrera en un teatro de provincia, para el cual suele contratarle el empresario, despues de haberle visto representar en algun teatro casero de la corte. En busca ya del interés el que antes solo codiciaba aplausos, sin consultar con su familia, cierra su trato á ciegas, y sin mas garantía que algun pequeño adelanto, espera con ánimo resuelto las alzas y las bajas de su sueldo, á proporcion que suba ó baje el número de billetes que se espendan.

Entre su familia fué tenido siempre por un calaveron deshecho, y como á tal le decian lo que los padres dicen á sus hijos: «que no saben mas que comer y gastar». Por lo que, cerrado que está el trato, se va á su casa con aire de satisfaccion, que forma raro contraste con el de disgusto que en ella reina, y en la mesa, hora en que á todos los encuentra reunidos, procura buscar coyuntura, aunque sea á costa de decir que se queda con hambre, para que le digan la cantinela de costumbre.

En el instante que lo ha conseguido, responde con aire de triunfo.—No necesito de Vds.... Me voy de *Cómico*.—El padre le contesta á secas:—vete bendito de Dios.—Y la madre con tono indiferente añade:—sí, vete, vete, con eso vivirás á tus anchas y harás divinamente la vida de vago, aunque te mueras de hambre. Los hermanitos comienzan á hacer pucheros, y la madre, aunque lo disimula y se vuelve á un lado para dar con la cuchara al pobre gato, que no entiende la conversacion, y decirle, zape, que me estás aruñando, deja escapar las lágrimas de sus ojos. Entonces nuestro *Cómico* se goza en decir:—ya ven Vds., aquí no hacia mas que comer y gastar, y ya puedo vivir por mi cuenta. El padre sigue comiendo

y callando; la madre, con el llanto mas pronunciado, empieza á desmenuzar la vida del hijo, y todo lo que dice son premisas de semejante consecuencia. Pero ya no hay remedio. El padre, que se ha estado conteniendo por no tirarle un plato á la cabeza, conociéndolo asi, le saca con él á paseo, y aunque está disgustado se conforma al fin, porque el muchacho tiene aficion y gusto para *Cómico*. Se entera por lo tanto de todo: se ve con el contratista, y procura asegurar en lo posible la contrata del hijo.

El dia en que ha de ponerse en camino para la provincia, es cuando tiene un sentimiento verdadero porque se penetra de que se lo ha causado, y grande, á su familia: es cuando se encuentra algo arrepentido de su paso: en una palabra, sufre un mal rato. El padre que ya se encuentra conforme, procura consolar á la madre y persuadirla de que por eso no se deshonrará la familia, que el arte es tan noble como el primero, y que si el muchacho llega á sobresalir, será tan estimado como el primer artista.

Luego que ha entrado en la diligencia con sus demas compañeros, la cosa va mudando de aspecto, pues aunque en su interior conserva la pena, procura con el esterior dar á entender á sus compañeros no es grano de anís lo que llevan consigo, y poco á poco todo va siendo broma y reemplazando á las ideas tristes de su imaginacion, el pensar en el dia de su *salida*. Llega á la capital donde no conoce á nadie: pero miento, porque entre los caballeritos de provincia que se honran desde el primer dia con su amistad, es raro que no resulte con el tiempo ser alguno de ellos *primo* suyo ó *pariente*. Estos por supuesto le buscan á él, pero no es lerdo nuestro *Cómico*; sabe lo que le conviene y procura entablar amistad con los redactores de los periódicos, si es que hay periódicos, y si es que estos tienen redactores, porque hay algunos que se redactan solos como la vetusta Gaceta. El *Cómico*, buscando esta amistad, tiene muchos puntos de contacto con los ministros; como á ellos le llena la prensa de temor, y hasta puede asegurarse que no es el mas fuerte defensor de su libertad: como ellos es en todo lo que atañe á farsa y embuste, como ellos siendo representantes, lo es él tambien, es decir, como ellos mira al plato y á las tajadas: como á ellos le silban á él; como ellos se rie de los silbidos, y en una palabra: sin mas que cambiar de puestos, unos y otros llenarian igualmente su papel.

Despues que han pasado unos dias, durante los cuales nuestro héroe no se ha dormido; preparado que tiene el terreno, haciéndose lugar entre los calaverillas y periodistas; echándose por el suelo, demanda indulgencia para el dia de su salida, que en la lengua que usamos por aquí, equivale á demandar aplausos: se anuncia la funcion por medio de pomposos carteles. La empresa manifiesta que se llenarán sus deseos si el público queda satisfecho de la eleccion: reparte unos cuantos billetes, gratis á los conocidos, sacrificio que hace en aras de la novedad que al público presenta, y corren de cuenta de la misma, con aplicacion á gastos imprevistos, las coronas de laurel, los versos y demas que se tiene preparado, por si el éxito requiere que se haga uso de ello. Llega la hora

de la funcion, el protagonista afecta entre bastidores una serenidad que no tiene; cada vez que mira por el agujero del telon cómo se llena el teatro y la algazara que reina entre los concurrentes, se apodera de él un sudor frio: si alguna vez en su vida pudo arrepentirse de haber seguido tal carrera, es en aquel momento, solo el ¿qué dirán? el honorcillo solo, le obliga á permanecer en su puesto, y á no abandonar el campo donde tiene, tal vez, que hacer frente á muchos enemigos, enemigos que se llevarán lo mejor de la batalla porque pelean con armas desiguales: ¡de qué buena gana cambiaria de situacion con cualquiera, con el mas miserable de los espectadores! de tan buena gana, como cambiaria un reo su puesto por el que ocupa el juez que le escucha para dar su fallo despues: hay la notable diferencia de que el espectador mas humilde ha comprado por un real el derecho de ser juez, de fallar y de ejecutar á un mismo tiempo. Hácese cuenta sin embargo nuestro Cómico de que no queda otro remedio que pasar por todo; y sacando fuerzas de flaqueza, luego que empieza la sinfonía, trata de hacer creer al que le mira que se pondria á bailar de buena gana. Levántase el telon: un silencio sepulcral reina en los espectadores: nótase á pesar de esto cierta impaciencia por ver delante de sí, al que dentro de poco ha de ser su víctima ó su ídolo: sale por fin á las tablas con la turbacion que es de suponer, se le oyen con calma y sin muestras de ningun género las primeras escenas que las dice á ciegas y como por máquina: se distrae al ver tanta cabeza fija en su persona, no atiende á lo que le dice el apuntador: se esfuerza éste y se deja oir mas de lo de costumbre: la mala suerte hace que un amigo imprudente quiera animarle entonces con un aplauso, los chicheos le corresponden, y un silbido se oye aquí, y un atrevido mas allá corresponde con otro, doble fuerte; entonces la risa es ya general: cual chispa eléctrica cunde la silba entre el público todo, y los gritos de «fuera, fuera» se suceden con rapidez. Nuestro *Cómico* ya no sabe lo que se dice, se come las palabras, se atraganta, tiende la vista como el que implora clemencia, de vez en cuando mira con ojo airado al apuntador, como quien dice al público: «aquí está la causa» dá sus pataditas en el tablado, significando así su desgracia, y espera con impaciencia á que pase lo recio de la tormenta para continuar navegando por aquel inmenso piélago de desgracias, en que la envidia y la ignorancia son para él las olas encontradas.

Terminada la corrida, y cuando ya nuestro *Cómico* ha recibido el bautismo de la silba, aprovecha la primera coyuntura, que será luego que caiga el telon, en que los compañeros se quejen de la intolerancia del público, y dando cumplido desahogo á su fatigado pecho, les dice: «ya lo han visto ustedes... al papel no le ha faltado nada; sino que nadie está exento de cometer unas cuantas equivocaciones y... ¡cuidado, que ni de eso he tenido yo la culpa!... y es que ese apuntador!.. ese apuntador!.. es un ¡asesino! ¡sí señores! y cuenta con que le voy á decir clarito· «Vd. no sabe leer.» Figúrense que cuando al público, sin que sepa yo por qué, le dió gana de silbar, lo cual no pasa de ser una majadería... yo... francamente, con el ruido no oia bien al apuntador, y ya desesperado, aunque sin mirarle, porque hasta en eso hice mal, el público debió haber sabido que él era quien tenia

la culpa; pues como decia, ya desesperado, le grité ¡mas fuerte, mas fuerte! y como la maldita casualidad hizo que silbaran en este momento, el público convirtió en sustancia la alusion, creyendo que era á él á quien me dirigia, y entonces fué cuando me tiraron el turbante y la corona de esparto, gritando ¡fuera, fuera ese tuno! Ahora diganme ustedes... ¿esto es racional? Como es de suponer, todos los que le escuchan le dan la razon: y cada cual le anima á su manera, no faltando quien le diga, que fuera de aquel paso desgraciado, ha estado muy feliz en todo lo demas. Despues de esto y cuando se crée tranquilo, se presenta un alguacil con la órden de S. S. para que pague una multa por aquello de «mas fuerte, mas fuerte» y en vano se disculpa con decir que era al apuntador á quien se dirigia, en vano desea saber el motivo y la razon que tiene S. S. para obrar de tal manera: este le contesta enfurecido, que pedir razones á un alcalde es un delito, y no tiene mas remedio que pagar. El pobre *Cómico* sale tan malparado en este caso, que bien puede irse á mudar *aires*, á fin de restablecer su indisposicion artística.

Pero no todas han de ser silbas; hagamos pasar á nuestro héroe por los aplausos, que habiendo algo de esto, aunque haya silbidos, ya hará el por hacer pasar como ignorantes á los que le silban: cuando tal sucede, lo primero que hace antes de salir de casa es mandar por los periódicos, aunque luego diga que ni los lee, ni hace caso de lo que dicen, que es muy de *Cómico*; se entera bien de cuanto en ellos haga referencia á la funcion: se va al ensayo un poquito tarde, lo suficiente para que todos estén reunidos, y por supuesto siempre con el firme propósito de hacerse á todo de nuevas. Luego que entra en el escenario se dirigen á él preguntándole:— qué tal, ¿se ha descansado?—No habia de qué, contesta con aire indiferente, estas cosas no me cansan y he dormido bien.—Pues eso se

deseaba saber.—¿Ha leido Vd. los periódicos? le pregunta uno.—Hombre, no.. qué... ¿dicen algo de la funcion?—Vaya si dicen, el *tal*, hace de Vd. vivos elogios.—Pues mire Vd. no conozco á los redactores, mas que de haber tomado con ellos café. Por cierto que ¡vaya unos muchachos! ¡qué conversacion la suya! ya... ya les dije yo tambien que era una lastima no ocupáran los escaños del congreso. Pero hombre, los que no son cosa, son los del otro periódico (por supuesto que lo que él siente es no haberles podido conocer antes de su salida.) —¡Vaya, que cualquiera diria.. le contesta otro, que Vd. los habia leido!—Pues qué... dirán... ¡ya me figuraba yo antes de venir aquí que habrian de tomar una venganza tan ruin! porque... han de saber Vds. que uno de los redactores en cierta ocasion... pero mas vale callar, porque estas cosas se ventilan de otra manera. En llegando á este punto la conversacion que era solo cómica, pasa á ser política, y se deja oir lo de: «si no hay estímulo.»—No señor, dice otro, es que el gobierno tiene la culpa de esto ¡el gobierno, sí! porque no es previsor, ¿pues qué, no estamos viendo el desenfreno de la prensa, y sobre todo, señores, añade el de mas allá, que no es cosa de que le zarandéen á uno á cada paso, porque el que mas y el que menos tiene su honor bien puesto.—Eso es verdad, contesta el director de escena; pero con estas y con las otras se ha llevado el diablo el ensayo y el dia que dice algo del teatro, un periódico, sucede lo mismo por variar: no quiero que me traigan Vds. aquí semejantes conversaciones.» Pero él es quien conoce primero, que esto no es posible. En los ensayos es donde nuestro hombre maneja la intriga, porque le repartan un papel, y hace cundir el chisme, y adula á la primera dama, y quita la pelusa al director, y aplaude sus disposiciones, y hasta tratamiento le daria

El *Cómico* es de suyo naturalmente bromista, y una de sus bellas cualidades es la de ser rumbon; aunque yo sé de uno que para tomar un vaso de leche, mandaba á su mujer que le esperára á la puerta del café. Donde él se encuentre como tenga dinero, que será el dia que reciba su paga, no hay pariente pobre, ¡allí todo se derrite! Si va á comprar alguna cosa, nunca dice que es mala, antes al contrario.—Qué buen género tiene Vd... sobre todo... me gusta el precio...¡es casi de balde! A continuacion de semejante entrada encarga que le hagan la pieza que va buscando de lo mejor, y sin reparar en el precio. Estos encargos suele hacerlos antes que entre la cuaresma, época en que puede aplicarse á su bolsillo el dicho que vulgarmente se aplica á otras gentes de diversa *carrera*, sí, pero que algunos creen que no trabajan en esta época del año, como á los cómicos les sucede.

Por este tiempo es cuando nuestro tipo se acredita de hombre de ingenio y puede estendérsele certificado de tal, si logra evadirse de las persecuciones del sastre, zapatero y patrona. Lo probable es que lo logre; en cuyo caso estas tres personas distintas con un solo motivo verdadero, lloran á la vez su ausencia y piden á Dios que guie á semejantes parroquianos por otro camino que el de sus casas. ¡Y luego querrán aplausos! De seguro que toda esta cáfila de acreedores se cobra á la primera ocasion en silbidos lo que otros dejáran á deber. No

obstante, el *Cómico* tiene de bueno el no acordarse de semejantes bagatelas, y lo perdona todo.

Llegada la cuaresma se viene á Madrid como todos sus compañeros, y es un contento ver la plazuela de Santa Ana en estos dias. ¡Qué de trajes! ¡Qué de semblantes! ¡Qué de figuras! En las caras se conoce lo que son. Allí por la mañana, por la tarde, á todas horas está el mercado permanente donde se encuentra todo género de caractéres; allí, en aquel congreso, es donde se reunen todos los representantes de Europa: Reyes, Arzobispos, Generales, Guzman el Bueno, San Isidro Labrador, Caliche, Manrique el Trovador, Gaspar el Ganadero, el hijo de la Tempestad, San Francisco de Paula, y otros mil personajes históricos y fantásticos, malos con buenos, chicos con grandes, galanes y racionistas, barbas y graciosos; y allí, no clandestinamente, sino á vista de todos, ajustan por el interés que han de *representar*; ya sea por un año ya sea por mas, y hasta prevenido va el caso en que haya *disolucion*. Allí el curioso, al oir hablar de cuarteron y medio cuarteron, cree ser género que se vende al peso: mas allá, oyendo disputar si el caudal de fulano es chico ó grande, mantiene la ilusion de que se encuentra entre gente de dinero, hasta que llega á comprender que el caudal consiste en saber muchos papeles de memoria. ¡Todo es allí original, todo curioso! A las mujeres las representan en este lugar sus maridos, y por su mediacion las ajustan el partido.

Este es, amado lector, el *Cómico* tal como le comprendo, si le miras como fruto, considera que vas á un melonar en que es raro el que no sale calabaza: yo por ahora no veo en él mas que una gota de aceite, que vale algo, sí, pero que no puede lucir sola y que hay que cuidar de que no manche.

Antes de concluir habré de pagar al mérito una deuda muy sagrada, al mérito, porque en España hay actores y actrices; pocos son, es verdad, muy pocos, acaso no lleguen á una docena los primeros y á media las segundas, pero bastantes á demostrar que el arte existe entre nosotros, siquiera para hacerle bueno tengan que luchar con tantos y tan encontrados elementos: ¡qué alicientes tiene aquí la carrera del *actor*! que ya es preciso darle este nombre ¿cómo se quiere que se lancen á ella los jóvenes idólatras de la escena, cuando ven tan oscuro el porvenir? cómo se quiere que adelanten los que hoy dia se encuentran en el teatro con muy buenas dotes y felices disposiciones, si ven, de qué manera se paga el estudio infatigable del *actor* y el mérito sublime de la *actriz*? En España se quejan de que no hay actores, y no miran los que tal dicen, la falta de alicientes; no recuerdan que aqui no se ha empleado otro estímulo que las coronas de laurel ¡lindo premio por cierto! sobre todo para cuando el actor llegue á la edad provecta, para cuando tenga que morir en un rincon, donde ni en estofado pueda aprovechar el laurel de sus coronas por no tener que comer. Quiera la Providencia conservarnos lo que tenemos y librarlo de toda indisposicion; porque es preciso confesar á fuer de francos, que cuando vemos en los carteles « la funcion anunciada para hoy no se puede ejecutar por indisposicion de una de las

principales partes», nos alarmamos al pronto, si bien paráudonos un poco, conocemos que la indisposicion está en otra parte; en el público que no acude al despacho de billetes.

JUAN PEREZ CALVO.

LA VIUDA DEL MILITAR.

Los periódicos españoles del menguado siglo en que vivimos, no son otra cosa que un doloroso y noble martirologio. Todas las creencias han engrosado con el nombre de sus victimas, este triste registro de nuestras desventuras: la independencia nacional, el poder monárquico y la libertad han hallado en este suelo clásico de las convicciones, defensores celosos que han luchado como fanáticos y muerto como mártires. Cualquiera que sea la causa de esta profundísima division en que, para tormento mútuo, unos y otros, hermanos y amigos, hemos vivido y vivimos, cuando la serenidad del triunfo ó la dulzura de la paz nos permite volver los ojos atrás ó en torno nuestro, no podemos menos de simpatizar, ya que no con adversa creencia, al menos sí con el ardor de esa entusiasta fé que de tantos vencidos ha hecho tantos héroes.

No de los héroes voy á hablar para esos la trompa épica, si hay quien algun

dia, acallado el rumor público, ó rico con su robusto aliento, se imagina que el mundo ha de escucharle. En estos tiempos los versos son como el trino del jilguero sobre el bramido de los mares: dulzura perdida.

Es condicion humana que el héroe no nazca tal, sino que, arrojado sobre la faz de la tierra, como el mísero Job, llora al nacer, regálase mas tarde al seno materno, crece brincando por la pradera, escalando tapias de huertas frutales, trepando á los árboles, sumiéndose en los rios, y esquivando horas á la faena y al estudio. Mas tarde, cuando apunta el bozo en su rostro, deja la escuela por el aula, ó el sable de madera por el de templado acero, el hogar paterno por el cuartel, las peleas de plazuela por las refriegas del campo de batalla. En seguida sóplale el viento de la fortuna é impúlsale su ardor juvenil, crece su entusiasmo, fórmase su educacion, nútrese su alma de ejemplos nobles, ofrécese para ello risueña ocasion, ayúdale el cielo es es un héroe.

Antes y despues del hecho sublime, es hombre y nada mas que hombre: solo en el instante de la inspiracion divina es superior á sus semejantes.

¡Bendiga el cielo estos instantes, y muchos de ellos conceda á esos brillantes jóvenes que forman nuestro ejército, sobre todo cuando se trate de asentar sobre bases sólidas la independencia española! ¡Cuándo todos unos, formen nuestros pechos una impenetrable muralla que cerque nuestra patria en que solo demos entrada á la amistad, y de que rechacemos la condicion y la desleal alianza!

Mientras tanto, sigan esos jóvenes nutriéndose de buena doctrina, severos acaten las leyes rígidas de la obediencia, y entreguen su corazon á la belleza, mientras crece su otra desposada: la gloria. Entregados á sus sentimientos, solo terribles en el campo de batalla, abran el corazon á la placentera fortuna de ver sobre su frente, como luceros del alma, dos ojos ligeramente empañados en tiernas lágrimas, que vierten esa luz misteriosa é indefinible del amor. Si la gloria está en el vencimiento que obedece á la voluntad, la felicidad descansa en la abnegacion que postra el querer ante la magestad sin trono. El hombre resiste á la fuerza, cede á la dulce y amorosa debilidad; de los trozos del acero vencido, forma un cetro que regala y obedece.

Si hay un sistema de vida que ejerza un influjo poderoso en los afectos humanos, alguno que predisponga á los sentimientos que interrumpen la monotonia de la existencia, de seguro nada que exalte mas la imaginacion hay, ni nadie desarrolla con mas empeño los instintos amorosos, que la carrera militar. La constante ocupacion de ideas morales, el sueño jamás interrumpido de la gloria, que es el misterioso objeto de otro amor no menos sublime, la ociosidad poética de los quehaceres materiales, todo nutre en el áurea esa inclinacion interesante á nuestra naturaleza que nos impele sin treguas hácia lo maravilloso. Y el amor no es otra cosa que el engañador espejo, la fantástica realizacion de una aspiracion indefinida.

El militar, por lo tanto, cruza en sus muchas horas de recreo las calles de nuestras grandes poblaciones; su porte decidido, su traje caprichoso, sus mostachos marciales, y en suma su aspecto varonil place al bello sexo, porque

una estraña ley de la naturaleza quiere que jamás el amor anude dos cuerpos iguales, dos semejanzas fisicas, sino dos pensamientos morales, no idénticos, sino armónicos.—El que es objeto de esta atencion simpática, ve con la fé, que es la vista del alma, perfecciones indeterminadas en aquel débil sér que implora, en una mirada, su afectuoso pensamiento, porque rara es la vez que no nace de la frágil compañera del hombre el primer suspiro y el primer deseo. Eva tentó á Adan, y aunque este hecho no fuese una verdad, seria una veridica parábola.

El desenfado militar y el hábito de vencer los mas duros obstáculos son causa de que interprete la hermosa, como estremo y vehemencia de afecto, lo que es tan solo el cumplimiento de una necesidad imperiosa. El militar empieza gustado de una hermosa, la solicita con empeño, en gracia de sus costumbres, y suele terminar aficionándose á ella de un modo estremo, cediendo al imperio de una voluntad no tomada. Esta reunion de circunstancias, el mucho tiempo que consagra el militar á su amada, y el arrojo natural en quien ha emprendido una carrera de aventuras y riesgos, son causa de que se cimente brevemente en bases, aunque deleznables, singulares, la union de estas dos voluntades.

Otras veces, y no son estas pocas, el hijo de Marte, segun el estilo antiguo, para interrumpir el fastidio de su ociosidad, para alimentar su aficion á los contratiempos ó en fin para vencer el tedio de la monotonía, se entrega al pasatiempo de los galanteos, y sin saber de qué modo, ó sabiéndolo tal vez, concluye en sério compromiso lo que no debió ser sino recreo de algunos instantes. Es lo cierto que, por poco, por escaso que sea el amor ó la certeza del objeto amado, si la voluntad y el firme propósito la ayudan, la mano santa del himeneo pone fin á una estraña série de cartas, citas, ausencias y goces. El militar no tiene residencia fija, y esto aumenta la tristeza poética de su condicion; la ausencia embellece, el papel regado con lágrimas es elocuente, una hoja de rosa mensajera de mil besos, habla al corazon ya enternecido, y las memorias de un ligero favor nutren un afecto naciente. Llega, mas tanto, por fortuna la propicia ocasion de regresar al lugar que fué teatro de tan codiciado triunfo, y el júbilo de un regreso feliz, el cariño que no ha podido disminuir el prosaismo del diario trato, labran poco á poco una situacion de la cual, ¡oh dolor! no hay mas salida que una.

Qué hacer, en efecto, cuando vencedor en el campo de batalla, objeto de la atencion pública, favorecido con los elogios de la prensa, cubierto el pecho de cruces, y el cuerpo de ligeras heridas, ve un hidalgo militar á su lado una interesante jóven que le ayuda á sobrellevar sus angustias, y se goza en sus alegrías? ¿Una jóven que, posponiendo á tan puro cariño el de un prosaico hacendado y soñoliento, ó sórdido agiotista, ni se cura de bienes que llaman de fortuna, ni teme arrostrar las fatigas de continuos viajes, ni las escaseces de privaciones continuas, ni los riesgos y dolores de la prematura viudez? Aun cuando el hombre, en general, escéptico y maldiciente dude de la existencia del amor en la mujer, el militar considerando su peculiar posicion, no puede menos de dar crédito á tan noble sentimiento. Porque ni su riqueza atrae, ni su descanso seduce, ni la posicion que da su nombre embriaga; por el contrario,

fuera toda rémora, si el idealismo de la fantasía, y la intensidad del sentimiento no imperasen de tan absoluto modo en la naturaleza femenina.

En fin, el amor, como los mas sublimes afectos de la vida, no tiene mas fin que uno prosáico y vulgar. El invierno llega trás de la primavera, la noche trás el dia, la muerte trás la vida, y el santo matrimonio trás el amor. Dios que lo ha dispuesto asi, sabrá por qué las miseras criaturas no alcanzamos la causa de esa incomprensible ley que á todo principio da placer, y dolor á todo fin.

Ha pasado el tiempo en que era necesidad de la caprichosa moda maldecir del lazo conyugal, en que era vulgar y prosáico rendir la cerviz á esa posicion final, término de las locuras juveniles. En el dia por el contrario, ya que no mas morales, mas hipócritas tal vez, es fuerza de las exigencias públicas afectar una rigidez y virtud que raya en la severidad del castigo. Asi balumbándose el hombre entre dos polos de error, gira constantemente sobre un eje de fanatismo. No hay medio entre el sí y el no á los ojos de esa pública opinion, reina tiránica que castiga á sus adversarios y no premia á sus amigos.

En punto á matrimonio creo yo, como de otras muchas cosas, que su bondad es relativa. Santo estado para el rico en demasia, y el pobre con estremo; por lo que ayuda al uno á brillar y al otro á padecer; para el acomodo plebeo, modesto en las necesidades del corazon como en las del bolsillo; para el hombre político que debe á la sagacidad de su mujer el secreto ajeno, la reconciliacion y la neutralidad; para el ambicioso que sube en alas de una caricia femenina; en suma, para quien busca el modesto goce ó la inmortal fortuna,—pero dogal para quien metiéndose en sueños poéticos, há menester de libertad para girar por los espacios, de tiempo para engolfarse en las meditaciones, y de entusiasmo para volar á la muerte.

El militar pertenece esencialmente á esta última categoría, y al casarse se suicida é inmola una víctima á un mero capricho. Puede casi asegurarse que, cuando el militar se casa, pierde el estado la ciega abnegacion de un entusiasta servidor, el vergel de las gracias femeninas una flor y planta, la sociedad el vástago de un árbol que ha de dar un dia fruto de dolor. La misma nobleza y el honor acendrado que inspira siempre el ejercicio de las armas, echa en el corazon del militar casado las raices de un afecto de familia, tan prosáico y pacífico que amortigua ese fuego sagrado, sin el cual ni hay acciones heróicas, ni esclarecidos capitanes; y la pobre flor arrancada del tallo materno, no para adornar regios salones, sino para cruzar el orbe entre cieno y sangre, no en busca de un fin glorioso, sino objeto de un recreo secundario, pierde su delicioso aroma. De estos dos elementos, principio de vida, si enlace mas natural los uniese, no nace por lo comun sino una familia que es vástago de otra y otras, ella y sus ramificaciones gérmenes de dolor y miseria.

Los bienes materiales escasean por lo general para el militar, que ocupado de los timbres de su acero, cuida escasamente de los bienes terrenales. La riqueza no es un elemento de felicidad, pero el bienestar es una condicio

indispensable de tranquilidad, base de todo porvenir, y los hijos concebidos en la miseria nacen raquíticos de cuerpo y alma.

Vivia hace ahora mas de veinte años, en un castillo feudal de los pocos que hay todavía en pie en nuestra hermosa patria, una jóven entonces de quince abriles, tan hermosa y pura, que los ángeles si asoman la cabeza por entre el celaje de púrpura la acatáran y amáran. Acostumbrada á vivir desde su mas tierna infancia en el recogimiento y retiro, era su única distraccion cuidar de la venerable ancianidad de su padre, y escuchar como premio la historia de las proezas que habian inmortalizado su apellido. Don Cárlos Osorio era en efecto uno de los mas merecidamente célebres de los tiempos pasados, que recordaba haber pisado como vencedor el suelo de Francia, y haber roto el lazo de la esclavitud en Dinamarca, siendo amigo y compañero del justamente memorable marqués de la Romana. Despues de haber pagado á su patria el tributo de su sangre, con la poca que en sus venas le quedaba, se habia retirado al castillo de Aliariz, patrimonio heredado de sus mayores, en donde cuidaba de su huérfana hija, y desde cuyo punto seguia las hazañas de su único hijo varon, heredero de su nombre, y esperaba él de su nombradía.

Catalina, que tal era el nombre de la pura é inocente solitaria, estaba metida en esos principios severos de honor y delicadeza que van de dia en dia perdiéndose, á medida que las pasiones bastardas de la codicia y egoismo echan raices en nuestro suelo clásico de la exagerada credulidad. El aislamiento en que vivia le daba mas espacio y calma para meditar con mas ahinco y amor la historia de su valeroso padre, que célebre entre sus contemporáneos, habia contribuido á cimentar el mas santo de los principios; la independencia nacional. Su hermano, que á la sazon tambien estaba afiliado bajo las banderas nacionales, alimentaba este fuego del honor en el corazon de la jóven doncella, la cual no concebia dicha mayor que la de estar enlazada por todos los vínculos de la sangre y de los lazos sociales, á una familia de ilustres guerreros. De aquí una terrible predisposicion para recibir en su alma agradables emociones que mas tarde la perdieron.

Los tiempos eran turbulentos, las guerras diezmaban la juventud, é ilustraban á aquella parte que no habia sucumbido en el combate. Acrecentaba esta circunstancia el interés que inspiraba á Catalina la ilustre clase que su padre habia honrado y honrando estaba su hermano. Compañero de este, y muy distinguido era entonces D. Antonio de Povar, capitan en uno de los regimientos mas conocidos de la época. Durante una licencia que el hermano de Catalina consiguió para pasar las pascuas en su casa, á ella le acompañó su inseparable amigo el jóven Povar. Era este de marcial apostura, de continente severo, gallardo porte, y mirada serena aunque penetrante. Su lenguaje era el de un hombre á quien no arredra la guerra ni pesa la paz, que espera en la fortuna, y no duerme en esta esperanza. Cortés con las hermosas, digno con los hombres, ni arrogante, ni humilde, ni preciado de sí mismo, ni en demasía modesto.

Durante su corta permanencia en el castillo, Catalina reparó en tan estimables y estrañas prendas, entregando insensiblemente su corazon á la dulce esperanza de ser objeto del afecto de militar tan distinguido. Sus coloquios con él eran afectuosos y sencillos, y lo que sus labios no se atrevian á decir, sus tiernos ojos lo espresaban sobrado. El jóven oficial, aunque dando entrada en su alma á tan dulce sentimiento, volvió á sus filas despues de manifestar sobrado cuán duradero seria en su corazon el recuerdo de su mansion en el gótico castillo.

Trajo mas tarde la fama á los oidos de Catalina nuevas proezas de Povar, proezas que tenian á sus ojos el doble mérito de ser inspiradas por su amor, y ser juzgadas como hechos heróicos por el veterano Osorio, tan esquivo en alabanzas. Acrecentó esta fama y las apasionadas cartas del jóven vencedor el afecto y ternura de Catalina, quien un año mas tarde volvió á ser el objeto de su amor, entregándose con mas abnegacion y entusiasmo á su pasion.

No tardó mucho en que, siendo de ello consentidores su padre y hermano, diese Catalina la mano de esposa á D. Antonio de Povar, el cual, aunque sin bienes de fortuna, jóven y valiente, abrigaba la risueña esperanza de adornar un dia la cintura con una faja de general, ilustrando asi su nombre y el de su descendencia. Dispuso la suerte injusta otra cosa: despues de rodar algunos breves años Catalina por los yermos de Castilla, por las fragosidades de Aragon y por las ardientes playas de Andalucía, sufriendo las penalidades todas de una vida contínua de campamento, perdió á su marido muerto heróicamente en una sangrienta refriega, quedando, por lo tanto, viuda con una niña de pocos meses. Como coincidencia desventurada, la vejez habia abrumado á su padre y la guerra á su hermano, pasando el mayorazgo, que era única fortuna de su casa, á una línea lateral, por ser condiciones precisas del fundador que las hembras fuesen escluidas de esta herencia.

La infeliz Catalina, criada en el regalo y la paz, se vió así, jóven y despedazado ya el corazon, entregada á la miseria y espuesta, con su huérfana hija, á sofocar en la pobreza y abandono las lástimas de un dolor mas agudo. Es una creencia que abrigo muchos años hace: nada hay de mas próspero para el desventurado por afecciones morales que el dolor y ocupacion contínua de las escaseces. Se ha dicho, con una verdad de observaciones que maravilla, que

un cuidado ha muerto á muchos,
y muchos no han muerto á nadie.

¡Infeliz de aquel á quien el ócio del bienestar le permite entregarse, sin tregua ni descanso, á la agonía incesante del agudo dolor!....

Catalina en su afliccion no halló otro camino que tomar, que venirse á Madrid, con el fin de solicitar la limosna que el gobierno da á las infelices viudas de los valientes, con esa poquedad y tibieza que atestigua la dureza de las corporaciones. Los antiguos amigos de su marido la sirvieron algun tanto durante

los primeros tiempos, interin no vino el desuso á interrumpir el hilo de sus relaciones. Encerrada dia y noche en la lobreguez de un cuarto humilde, se entregaba sin descanso al cuidado y á la educacion de su hija, como quien cifraba ya en esto solo su porvenir y felicidad.

Así pasó muchos años, sin quejas ni lamentos, viendo á muy pocas personas y tranquila, ya que no feliz en su retiro. Aunque escasa su pension de viuda é insuficiente para las comodidades de la vida, en esta tierra clásica de la abundancia y de la frugalidad, se necesita tan poco para vivir que la mísera Catalina no echaba de menos sus antiguas comodidades. Pero, los tiempos empeoraron: el desórden en la administracion y hacienda, los gastos de una guerra fratricida y la penuria del tesoro, refluyeron en daño y perjuicio de las que, como Catalina, vivian con el escaso sustento que les daba el estado. De mal en mal, fué haciéndose tan insegura la época de las pagas, que apenas con ellas se podia contar para cubrir las tristes necesidades de la existencia material.

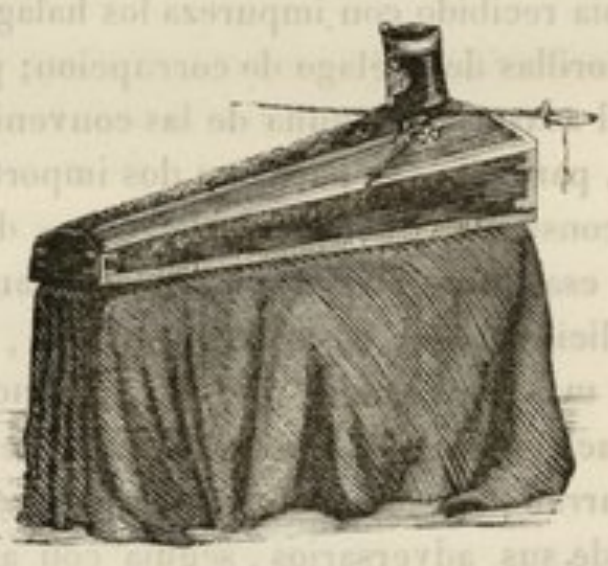
Entonces empezaron para la interesante viuda de Povar las lástimas y duelos: entonces las lágrimas marchitaron su rostro enjuto ya por la vigilia y el ayuno, y entonces la pobre madre empezó á sentir el dolor de amor con estremo, á otro por débil, cuyo valimiento no alcanzaba á reparar tal desdicha. La desgracia une á los séres, y Catalina adquirió entonces, por la necesidad de su posicion, relaciones con otras infinitas viudas, que, en igual caso se hallaban y gemian menos. Quiso saber en qué consistia que algunas tan desvalidas como ella no mostraban el mismo terror á la pobreza, ni se asustaban al aspecto del hambre, del frio y de la desnudez. Supo entonces con dolor, que existen en la sociedad plagas de que ni idea hasta entonces habia tenido, y vió con dolor que á veces dá el cielo hermosura á las mujeres como en triste castigo y plaga del género humano; supo que el ingenio que escita la miseria, es tan agudo que penetra en lo mas secreto y recóndito de los inventos, que solo la virtud muere de hambre, y que querer es vivir.

Una de sus conocidas le ofreció iniciarla en sus secretos; ni era jóven, ni hermosa, y por lo tanto no temió sus asechanzas. Nada, en efecto, tenia que temer su pudor, pues aquella otra viuda, pura, en el sentido del recogimiento femenino, nunca habia recibido con impureza los halagos de hombre ninguno, ni se aventuraba á las orillas del piélago de corrupcion; pero, habia abandonado su suerte á manos del acaso, y ninguna de las conveniencias de esta posicion le era estraña. El dia, para ella, se partia en dos importantes divisiones; la una era consagrada á los constantes quehaceres del cobro de su mezquina paga, la otra con consumir en esas inmundas cloacas en que tantos incautos dejan cada dia su fortuna y su felicidad. Las casas de juego son, en Madrid, el albergue de muchos que, sin mas patrimonio que la vigilancia y la frialdad de su cálculo, abusan del acaloramiento é inesperiencia de los noveles adeptos y se aprovechan de sus arranques de atolondramiento. A estos séres sin alma, que protege la prudencia de sus adversarios, seguia con asiduo afan la amiga de Catalina, arrastrando á esta en tan torcida via. La desdichada viuda luchó

infinito, pero al fin sucumbió, no á abandonarse á un tráfico ilícito, á una ventaja conocida; pero á aventurar sus escasos recursos á una carta, en suma, á ser la menos diestra de las *cucas*. Este es nombre significativo que los jugadores dan á ese enjambre de marimachos que frecuentan las casas de juego, que llevan siempre escaso dinero, que apenas juegan, y que, por un secreto que nadie ha podido ó querido adivinar, no pierden jamás.

La hija de la desgraciada Catalina tiene ahora diez años: es hermosa como lo fué la madre, antes que los dolores enflaqueciesen su rostro; tiene la educacion que trasmite la sangre, y la que su madre pudo darle en las horas de su retiro; abriga el instinto de todo lo bello, el amor de todo lo puro. Sin embargo, pasa su vida acompañando á su madre en las casas de juego; lejos sí, del fatal tapete verde, pero en el corro de compañeras suyas de desventura, y ¡ojalá pudiera decirse de pureza!.... En los instantes de desesperacion, llenos los labios de imprecaciones, mostrando cuanto de mezquino tiene la naturaleza, se acercan á ellas jóvenes corrompidos, agostados en su tallo, y con chanzas indecorosas, tratan de ahogar la rabia de la esperanza burlada. Otras, el júbilo de la ganancia inspira á aquellos mozalvetes, dichos que, por ser agudos, no son menos duros á los oidos puros, y último, de vez en cuando, algun jóven seducido por la exaltacion de las pasiones, no por el vicio, se acerca con aire mas tímido á consolarse de sus pérdidas, dulce y sentidamente, al rebaño de tímidas palomas. ¡Quiera el cielo, protector de la inocencia, que algunos de estos en cuyo corazon no ha podido echar raices el vicio, se incline á la modesta huérfana de Povar, y al contemplar tantas virtudes, contribuya á su felicidad y á la de la desventurada Catalina.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.



EL SEISE DE LA CATEDRAL DE SEVILLA.

Tu buena fortuna no te ha conducido nunca, lector benévolo, á la hermosa ciudad llamada por Mariana «noble y rica entre las primeras de Europa;» por Calderon «gala de las ciudades;» por Montalvan «sal de Andalucía;» por Cervantes

«Roma triunfante en ánimo y riqueza;»

y de la cual dijo el docto Aldrete que «por muy largo que uno fuera en su elogio, siempre se quedaria corto» ¿No has visto nunca á la cuna de Murillo, á la patria de Rioja y Arguijo, á la madre de Velazquez y de Herrera? ¿No has visto á la ciudad cuyos pies besa blandamente el Guadalquivir con sus limpias y serenas ondas, á la que encierra en sus muros el preciosísimo alcázar de los antiguos reyes moros, la magnífica Catedral, la suntuosa Lonja y la eminente Giralda? ¿No conoces á la opulenta, á la célebre sobre toda alabanza, insigne á maravilla, famosa á todo ruedo, gloriosa entre las mas gloriosas ciudades, á la poética, á la encantadora Sevilla?

Si por ventura has gozado de tantos y tantos placeres como brinda tan nunca bien ponderada ciudad, habrás oido hablar alguna vez del tipo, cuya monografía me propongo escribir, contando con que tú te propondrás leerla, pio lector: reciprocidad sobradamente justa. Entonces nada tiene de estraño que recuerdes las gurulladas que en las tardes de la octava de la Concepcion ó del Corpus invaden las gradas de la catedral, y entran por sus anchurosas puertas con el

deseo de oir la música y de ver bailar á los Seises. Habrás penetrado, supuesto aquello, en la gótica basílica, prodigio del arte, templo digno del Dios á quien está dedicado, cuando la luz del crepúsculo de la tarde colora apenas los pintados vidrios de sus altas ojivas y rosetones, y cuando empiezan á lucir con todo su esplendor los gruesos cirios colocados en sus anchas columnas, los cuales alumbran las espaciosas naves y el terso pavimento enlosado con riquísimos jaspes. Habrás respirado aquel ambiente empapado en el suavísimo olor del aromático incienso cuyas nubes velan el suntuoso altar de plata y ondulan en las elevadas bóvedas, y por último habrás visto *bailar á los Seises*.

A la verdad, la escena que voy á describir es de las mas bellas que ofrece el espléndido culto que siempre se ha tributado en la catedral de Sevilla al Dios verdadero, y una de las mas interesantes que presenta el catolicismo en sus festividades.

Los Seises, como indica su propio nombre, son seis; mas en las danzas bailan diez: para este caso se visten de Seises los colegiales ó *mozos del coro* de mas baja estatura. El autor de un manuscrito, que posee un amigo nuestro, titulado: «Ceremonial de la Santa Iglesia de Sevilla desde 1677 á 1681,» describiendo la fiesta del Corpus, dice: «vestido, pues, su Ilma., vienen los Seises y le bailan, habiendo antes bailado al Santísimo Sacramento delante de la Custodia, luego á los tribunales, primero á la inquisicion y despues á la ciudad. Es de advertir que estos niños son diez, vestidos con baqueros y calzones de tela carmesí, y gorras y otros aderezos que paran en poder del veedor; y son los Seises que hay, y *los que faltan suplen colegiales los mas pequeños*.» Relacion que indica la antigüedad de aquella costumbre.

Colócanse, pues, los diez Seises ó *niños cantorcicos*, como en otro tiempo se llamaban, ante el altar mayor en dos filas de á cinco una en frente de la otra á los dos lados del retablo, de modo que no vuelvan las espaldas al Santísimo Sacramento, que brilla en un trono de plata, terciopelo y diamantes, y dan principio al baile, tañendo las castañuelas de marfil, y cantando, si es la octava de Concepcion, los siguientes villancicos, que aunque carecen de mérito literario, son los que hace mucho tiempo sirven para estas festividades.

Salve, ¡oh Virgen! mas pura y mas bella,
Que la aurora y que el astro del dia;
Hija, Madre y esposa ¡oh María!
Y la puerta de Dios oriental.

ESTRIBILLO.

A la Madre de Dios escogida,
Compañeros cantad,
Y de España Patrona real,
Compañeros cantad, concebida
Sin pecado original.

COPLAS.

Norte fijo en el mar proceloso,
Nos libertas del duro naufragio,
Arca santa, que fuistes presagio
De salud y de vida al mortal.
Porque á ti ni el silbido espantoso
Del soberbio aquilon se resiste,
Ni del cócito impuro acreciste
Ni un momento el inmundo raudal.

En Carnaval y en la octava del Corpus cantan estos otros:

Candor de la luz eterna
Que para no deslumbrarme
Ocultas tus resplandores
Y me mandas acercarme;
Mira que estoy en tinieblas,
Y que soy tan miserable
Que hácia ti no puedo irme,
Si tú hácia ti no me atraes.

ESTRIBILLO.

Sol de justicia,
Que entre celajes
Te has escondido
Para incendiarme,
Haz que á mi pecho
Tu amor inflame.

COPLAS.

Aunque estoy ciego y desnudo
No debo desalentarme,
Porque en este Sacramento
Tengo con que remediarme.
Díme, luz inaccesible,
Fuego de ardor inefable,
¿Cómo te recibe el hombre
Y tan torpe y frio yace?

La danza es muy vistosa y sencilla. Se reduce á simples calados, cadenas y vueltas formando líneas undulantes: el paso es el de wals.

Un espectáculo tan primoroso, y hasta cierto punto raro, atrae multitud de personas asi de la ciudad como forasteras. Cuando los Seises bailan, las naves principales de la catedral están llenas de todo en todo de sugetos de diversos sexos, edades y condiciones desde el niño de pecho hasta la provecta santurrona y el octogenario inválido; desde el almibarado pisaverde hasta la desenvuelta cigarrera con los enaguas frisando en la pantorrilla, el delantal de coco, la

mantilla de tira al desgaire pendiente de los hombros y el pelamen recogido en una ancha castaña sobre el cogote. Todos acuden á ver bailar á los Seises; y si un curioso asomase su cabeza por una de las puertas de la sacristía, que está detrás del retablo mayor, veria por entre los dorados hierros de la gallarda reja del presbiterio un inmenso conjunto de niños en brazos de sus madres ó nodrizas embebecidos con la danza, una multitud de páparos con tanta boca abierta é infinitos mozos y viejos que van á la iglesia, unos por devocion, otros por pasatiempo, tal porque va con su dulce prenda, tal para pasar revista á las muchachas que asisten y saludarlas con los requiebros de costumbre. Y mientras los Seises, acompañados de la capilla de música, pueblan el viento con sus delgadas y acordes voces, y baten las ebúrneas castañuelas, formando círculos, cuadrados y triángulos con los penachos de sus sombrerillos, las garridas sevillanas de negros y rasgados ojos, de sonrosada y breve boca, de rostro ligeramente moreno, de gracioso talle, de tornátiles pies, ocultos hoy ¡mal pecado! en los pliegues de los andalarios, que han sustituido á la airosa y corta saya propia de las andaluzas; las sevillanas, repito, quinta esencia de la gracia, nata de la sal, y flor de lo bueno, burlan la vigilancia de sus dueñas y hacen disimulados guiños y señas de toda clase al atildado galan que como embutido en una de las gruesas columnas, mirando al soslayo, no pierde ni el menor movimiento de su Filis, ni el mas mínimo volver de cara de la sesentona que la acompaña. Hay tambien madres que haciéndose alcanzadizas, fijan atentamente su vista en la danza de los Seises, mientras que un barbilucio jóven introduce boniticamente en la mano de la niña un billete amoroso, y cuando esta operacion se ha concluido, la buena de la mamá vuelve la cara, da con el abanico en el hombro á la muchacha, y le dice, señalando al altar mayor:—¡Qué bonito! —¡Qué bonito! repite la doncella. En seguida la madre, sin apartar la vista del religioso baile y en voz baja, le pregunta:—¿Te ha dado algun papel?—Sí, aquí está. Y ambas desean que la fiesta se acabe, para reirse con el vergonzante novio, examinar su alcurnia desde su mas alto orígen, y su hacienda hasta el último ochavo.

De estos lances no faltan en la catedral en ocasiones semejantes, en que los Seises son la envidia de los muchachos, la admiracion de los papanatas, el pretesto de los amantes, el entretenimiento de los hombres curiosos y el alma de la fiesta.

Cuando los Seises acaban de bailar, sueltan sus torrentes de armonía los dos escelentes dobles órganos, tocados por tan diestras manos como las de Gomez ó San Clemente, y empiezan á retumbar en las bóvedas los sones de las veinte y cinco campanas colocadas en la gigantesca torre; en seguida se oculta al Santísimo Sacramento, y el gentío abandona complacido la catedral, derramándose por todas las calles contiguas. Tal es el espectáculo conocido con el nombre de *baile de Seises* en el que estos lucen sus sencillas habilidades y sus primorosos trajes. La escena es de suyo interesante, agradable y digna de ser presenciada. Tal vez nuestra desabrida pluma no habrá acertado á presentarla á la imaginacion

del lector en toda su poética viveza. Pasemos á dar algunas noticias acerca del orígen y de la vida de los Seises.

Fácil cosa seria probar que las danzas han sido parte del culto asi en la ley natural, como en la antigua y en la de gracia; y para llevar á cabo esta empresa nos habian de servir los testimonios de graves y sesudos varones en sumo grado respetables y en todo estremo eruditos si bien un tanto apelmazados en su estilo, y un mucho prolijos y copiosos. Si tal cosa nos hubiera pasado por las mientes, figurarian en este artículo numerosas citas de la sagrada Escritura. ¿Maria hermana de Aaron, y la hija de Lepte no hicieron lo que hoy hacen los Seises? ¿Qué fué en suma David sino un Seise de elevado linaje vestido á la usanza de aquellos remotos tiempos? ¿No dijo el mismo Dios en el Levítico, al prescribir las ceremonias que debian usar los hebreos en la fiesta de los tabernáculos; «tomad ramos de verdes palmas y de otros árboles, y con ellas *saltad* dentro del santuario en señal de agradecimiento?»

San Basilio, D. Martin de Ayala, obispo de Guadix, San Paulino, Aurelio, Prudencio y otros, elogian la práctica religiosa de las danzas y atribuyen su orígen al mismo Dios. El doctor Matías Laguner, el licenciado Lara, Covarrubias, Bovadilla, Caro, Roman, Zúñiga y Santo Tomás de Villanueva, refieren y alaban la costumbre de danzar ante el Santísimo Sacramento, practicada en las iglesias de Sevilla, Toledo, Yepes y Valencia; sino temiéramos, en fin, menguar la paciencia de los lectores, aun podriamos añadir algunos nombres á la cáfila de escritores citados, los cuales tratan de este punto.

Creen algunos que la danza de los Seises es un resto de las antiguas famosas *representaciones* y de las vistosas *danzas* de varias clases que acompañaban á la procesion del Corpus en ciertas ciudades principales de España. Parécenos esta opinion fundada, y no vacilamos en adherirnos á ella. Lo cierto es que el autor de estos renglones, por llenar mas cumplidamente su encargo, ha registrado antiquísimos é importantes documentos, y consumido su paciencia leyendo grotescos caractéres que mas parecen signos de música que de escritura, á fin de ver si lograba desentrañar á punto fijo el origen de los *niños cantorcicos* ó Seises. Todo ha sido en vano.

Lo único que hemos podido averiguar respecto á este asunto, es, que por una bula de la Santidad de Eugenio IV dada en Florencia en 24 de setiembre de 1439, se destinó la racion núm. 20, media para el maestro de capilla y media para los Seises: asi está asentado en el *libro de entradas* existente en la contaduría mayor de la catedral. Consta igualmente en los protocolos del archivo de la misma iglesia, que Julio III, por una bula fecha en Roma á primero de junio de 1554, prestó su consentimiento á la creacion del magisterio de Capilla.

Es fama que cierto Sr. arzobispo de Sevilla quiso suprimir las danzas de los Seises, por creerlas poco conformes al decoro y reverencia debidos al augusto Sacramento. Con este motivo, segun se cree, el cabildo fletó un barco y envió á Roma los Seises con el maestro de Capilla, para probar al romano Pontífice, delante del cual ejecutaron sus bailes, que los trajes y danzas podian avenirse

con la solemne gravedad del culto religioso. Quizá este viaje se verificaria cuando se instituyeron los Seises, ó tal vez por los años de 1690, siendo arzobispo de Sevillá D. Jaime de Palafox y Cardona, celebérrimo por haber entablado en contra del Cabildo mas de cien pleitos relativos al ejercicio de la jurisdiccion y á materias litúrgicas. Aquel prelado tuvo notable empeño en estinguir las *danzas* que en lo antiguo costeaba el ayuntamiento de Sevilla, para que acompañasen á la procesion del Corpus. Nada tiene de particular que sus escrúpulos se estendiesen á los bailes de los Seises; toda vez que en la *consulta* que el Cabildo hizo al maestro de Ceremonias en la citada época, estaban aquellos comprendidos. Como quiera que sea, no ha habido ocasion de acreditar con documentos fidedignos un rumor, que corre en boca de muchas personas ilustradas.

En el sentir de otros, la disputa fué solo acerca de si los Seises habian ó no de bailar *con el sombrerillo puesto* delante del Santísimo Sacramento, y añaden, que el Cabildo impetró con feliz éxito un privilegio de Roma, para que los niños cantorcicos bailasen de aquella manera. No falta quien dice que la gracia fué reducida al tiempo que durasen los trajes que vestian los Seises al tiempo de la concesion citada, añadiendo que por este motivo no pueden renovarse del todo las vestimentas. Pero ninguno de los apuntados rumores merece crédito, ni ha podido ser comprobado plenamente. Demos algunas noticias acerca de la vida de los Seises.

Pertenecen estos por lo regular á la clase media. Hijos de honrados plateros ú otros artífices, de escribanos ó procuradores, de comerciantes fallidos ó de viudas de militares, son los que se dedican al canto y pretenden la plaza de Seise, despues de haber lucido su voz en alguno de los numerosos rosarios que en otros tiempos mas que hoy, paseaban de noche las calles del devoto pueblo de Sevilla. A los ocho ó nueve años, pues en llegando á los diez no podian ser admitidos en clase de Seises, buscan sus padres personas conocidas del maestro de Capilla, cuando hay vacante por supuesto, á fin de que en el exámen de la voz no sea rígido, y caso de haber otros aspirantes, sea el recomendado propuesto en primer lugar al Cabildo. Verificase esto asi, merced á la diligencia y empeños de los amigos; el maestro propone los que cree mas á propósito y el primero á aquel por quien ha tenido mas fuertes compromisos; el Cabildo los oye cantar y eligen los canónigos á los recomendados por sus amigos, amas de llaves, sobrinas ú otras parientas, supuesto que en punto á música y voces no deja de ser el Cabildo juez incompetente.

Alonso Morgado en su *Historia de Sevilla* (1587) dice, hablando de la música de la Catedral: «los Seises son los muchachos de mejores voces que pueden hallarse.» En tiempo de este autor tal vez la censura del maestro de Capilla seria mas inflexible, y mas inteligente en música, y con medios por consecuencia para ser mas justo el Cabildo; si ya no es que el método de elegir los Seises ha tenido variaciones.

Viven estos en el colegio llamado de San Miguel, bajo la direccion del maestro de Capilla y del Rector, y usan de varios trajes. El de casa se compone de media

negra, calzon corto de paño del mismo color, chaqueta negra de lo mismo y manto encarnado. A la iglesia asisten diariamente con sobrepelliz y manto ú opa encarnada, costumbre que ya existia en 1532, segun se colige de las siguientes palabras copiadas del *libro de Estatutos de la Santa iglesia de Sevilla*, cuando habla de los colegiales ó mozos del coro: «traerán opas moradas é no sean coloradas, porque haya diferencia de los otros Seyes.»

Cuando salen los Seises de paseo, ó van á visitar á sus parientes, visten el manto encarnado, hoy de paño, *in illo tempore* de rica grana, bonete del mismo género y color, beca azul, media negra y zapato de cordoban con orejillas y botones de metal.

Pero el traje mas galan y lucido es el que les sirve para danzar en las octavas del Corpus y de Concepcion y en Carnestolendas, y con el que está representado el figurin que acompaña este artículo. Compónese de un sombrerillo forrado de raso blanco, el cual tiene al frente una roseta del mismo género, plegado, de donde parte el plumero de una tercia de alto, celeste y blanco: la copa está rodeada de una cinta de los mismos colores. El año de 1837, siendo mayordomo de fábrica el señor don Manuel Lopez Cepero, tuvo alguna variacion la hechura de los sombrerillos, que en aquella época se hicieron nuevos. La copa tomó la forma cilíndrica, por la parte superior ligeramente ovalada; el ala es ancha, á la chamberga, y recogida por el lado izquierdo de donde parten unas cuantas graciosas plumas blancas y celestes que caen en el lado opuesto. Ciñen el cuerpo con el baquero, el cual viene á ser un roponcillo que llega desde el cuello hasta la pantorrilla, abrochado por delante con botones de oro y adornado con pasamanos del mismo metal. El baquero es de tela de seda celeste y blanca, y se sujeta por el talle con un cinturon del mismo género prendido con una hebilla de acero, y tiran de él hasta que sube, formando buches, mas arriba de las rodillas: lo cual hace el traje mas airoso y agradable á la vista. De los hombros bajan hasta medio muslo dos tiras de igual tela como de tres pulgadas de ancho. Los Seises les llaman las aletas, y hacen de ellas látigos y disciplinas con que se sacuden mútuamente el polvo, al descuido del Rector ó maestro de Capilla: asi están las aletas como el lector puede figurarse, y son las partes del traje que primero se rompen. Sobre el baquero cae una banda de la dicha tela como de seis dedos de ancho, la cual descansa en el hombro izquierdo y da vuelta á la espalda. Es de advertir que la banda muda de hombro, segun el sitio que el Seise ocupa en la danza, á fin de que esté del lado del altar la roseta que la adorna. La golilla y los puños son de encajes. Sigue el calzoncillo corto de la propia tela con una roseta semejante en cada uno de los lados de la parte inferior hácia afuera y en medio un botoncillo de oro. El calzado se compone de ricas medias de seda con viso celeste, y de zapatillas de finísima garceta blanca con un lindo moño formado por lazos de cintas blancas y celestes.

En lo antiguo tal vez el calzado era de otra especie, atendiendo á que por un acto capitular del siglo XVI se manda comprar á los Seises varias piezas de

su traje y *borceguíes*. Las zapatillas son seguramente mas cómodas y á propósito para las danzas.

El traje que hemos descrito es el que sirve para la octava de Concepcion; el que visten los Seises en Carnestolendas y en la octava de Corpus se diferencia algun tanto de aquel en los colores, tales como el plumero que en las últimas fiestas es todo blanco, del mismo modo que la cinta que rodea la copa del sombrerillo; el baquero es encarnado, la banda de gro blanco, los lazos de las zapatillas son blancos y encarnados, y el viso de las medias del color último.

En tres épocas del año danzan los Seises, á saber; en las octavas de Concepcion y Corpus, y en Carnaval. El dia del Corpus van en la procesion junto á la Custodia, y danzan ante la Audiencia en una especie de palenque que se prepara al intento. Si el Rey viene á Sevilla se le obsequia con un baile de este género, como en varias ocasiones se ha verificado. Asi en un libro que tiene por titulo: *Annales eclesiásticos y seglares de la M. N. y M. L. ciudad de Sevilla, que comprenden la Olimpiada ó lustro de la corte en ella*, y en que se describen las fiestas que hizo aquella ciudad cuando estuvo en ella el Sr. D. Felipe V en 1729, dice el autor, hablando de una visita que hizo S. M. á la iglesia catedral para examinar á solas sus preciosas riquezas: «entraron en el coro por una de las dos pequeñas puertas colaterales á este altar (el de Ntra. Sra. de Belen), y repararon en los niños Seises, vestidos de golilla y baqueros á lo antiguo, y diciendo á SS. MM. que en aquella moda hacian diversos bailes, quisieron verlos, y se sentaron en uno de los bancos que sirven á los capellanes del coro, no queriendo admitir las sillas que luego se les pusieron, sino con la familiaridad de padres cariñosos: estuvieron viendo las mudanzas que hacian y oyendo su acordada música con especialísima complacencia.»

El traje de los Seises ha sufrido muy pocas alteraciones, si se atiende á las citas que hemos hecho, y á que en una historia manuscrita del santo Rey Don Fernando, custodiada en el archivo de la catedral, enumerando el autor las liberalidades de su cabildo, dice, hablando de los dependientes que costea: «los Seises que con manto carmesí y beca azul sirven á la música.»

D. Fernando de la Torre Farfan en su obra intitulada: *Fiestas de la Santa Iglesia de Sevilla al culto nuevamente concedido al Sr. Rey Don Fernando III de Castilla y de Leon, año de* 1671, se espresa asi: «Formóse tambien otra danza con los niños Seises desta Santa Iglesia al modo de las Coreas antiguas ejercitadas de las festividades de las ninfas, y aclamadas con los aplausos de los poetas. Para este dia se vistieron de tela rica de plata sobre color encarnado, con cabos blancos de la misma tela, gorras y bandas del propio fondo confundidas en penachos blancos y encarnados; gala con que sirvieron en sus ordinarios ministerios en el coro y en el altar desde las primeras vísperas, y aqui iban tejiendo aquellos antiguos coros, danzando y cantándole al Santo real triunfador suaves cantilenas.»

Levántase el Seise á las siete de la mañana, y estudia ó debe estudiar música hasta las siete y media, esperando con vivas ansias que suene la

campana que lo llama á almorzar; oye por fin el deseado toque, y arrojando á un lado los libros y papeles, sale de su cuarto saltando, desperezándose, y haciendo zapatetas; dura el refectorio hasta las ocho, á esta hora se aliñan, y poco despues asisten al coro de la catedral, colocándose tres á cada lado del facistol por órden de antigüedad. Dos están de semana para cantar los versos, y uno por turno diario canta la Calenda. Cuando asiste la capilla de música tienen el cargo de repartir los papeles.

Los Seises son en la iglesia la viva imágen del movimiento continuo. Ya juegan con las cadenas que sirven para sujetar los libros de coro, ya con los escudetes de las sobrepellices de los veinteneros, ya plegan las mangas de las suyas, ora hacen la cascaruleta, ora se pellizcan y se empujan, ocultándose detrás del facistol para huir de la vista de los canónigos, quienes á vista de sus travesuras les echan ásperas reprimendas; ya en fin salen del coro corriendo unos detrás de otros, y dando vueltas agarrados de una mano á las columnas que sustentan la especie de átrio que da entrada á aquel lugar. Salen por último del coro con la misma compostura con que á él han asistido, y van al colegio á estudiar música hasta el mediodia, hora en que vuelven á sonar los deliciosos golpes de la campana que los llama al refectorio. Despues de comer tienen dos horas para dormir siesta; reposo que, á decir verdad, se habrá verificado pocas veces. Esta es la hora en que los Seises juegan á los naipes, y fuman y ponen en prensa su diabólico magin para buscar medio de escaparse de noche, ó de robarse mútuamente el tabaco y el dulce, y en mas de una ocasion ha sido el fruto de estas meditaciones el encontrar el Rector estiercol en el tarro que encerraba sabrosas y regaladas tortas, ó gruesos y magros chorizos.

Y no haya miedo de que el Rector los sorprenda en estas ocupaciones, por mas que ande chiticallando y calce zapatos de paño, porque ya el Seise ha previsto el riesgo de ser descubierto, y ha metido la mano en el cajon del incienso á un descuido del sacristan y sacado una cantidad de resina en polvo, suficiente á denunciar los pasos del Rector, regada mañosamente por el suelo del claustro. Pero ¡ay de los poco diestros si sus tretas se averiguan! porque pagan su torpeza ó su desgracia con sufrir una ronfla de palmetas, ó una docena de azotes, ó cuatro horas de cepo, ú otros tantos dias de abstinencia á pan y agua; castigos terribles los dos últimos para quienes no pueden vivir sin el movimiento y la comida, y son de suyo revoltosos y glotones.

Por la tarde asisten al coro, despues estudian, á las oraciones rezan el rosario, al poco tiempo cenan, y en seguida se acuestan para descanso del Rector y de ellos propios, y tambien para restaurar sus fuerzas con el sueño y proseguir su interminable série de diabluras al otro dia.

Cuando hay vacaciones salen á paseo con el rector ó van á sus casas, en donde soltando el manto y el bonete, ejercitan todos los juegos propios de la estacion, que en esto se parecen á las frutas los tales juegos. Si es en primavera trepan á los tejados y remontan las pandorgas; si en otoño el baile de los trompos les sirve de entretenimiento; ya en fin, y esto es oportuno en cualquier tiempo,

baten las tarreñas, ó cabalgan en escobones á guisa de brujas, sustituyendo los morriones, cartucheras, y demas arreos militares de papel, al bonete y al manto.

Y por este estilo continúa la vida del Seise, como la de cualquiera otro muchacho que está en algun colegio, hasta que muda la voz. En este caso da parte al cabildo, y solicita y obtiene de él una ayuda de costa, ó cierta pension que en otros tiempos existia para los que habian servido cuatro años en clase de Seise. Si solo habian sido tres los años de servicio, por este solo hecho ganaba una beca de colegial; tipo cuya monografía ha sido ya objeto de un artículo de esta obra.

El Seise que hemos descrito con desaliñada pluma es el de antaño, digámoslo asi. Hoy está completamente relajada su disciplina; para ellos ha venido tambien la esclaustracion; perciben solo tres reales diarios; la enseñanza está descuidada; ni saben latin, ni música, ni tienen maestro que los enseñe á danzar, y si cualquiera sigue á un Seise luego que acaba de bailar, lo verá despojarse de aquellas graciosas galas, vestigios de su antigua gloria, vestir una remendada capotilla, encasquetarse una descuadernada gorra, y entrar despues en su casa, que es un taller de carpintería ó una tienda de zapatero.

En el destino ulterior del Seise, como en todas las cosas de este pícaro mundo, tiene mucha influencia su buena ó mala fortuna: frase con que gran parte del género humano esplica la Providencia divina, que todo lo dirige y gobierna. Si es desgraciado, sigue su vida de aprendiz de sastre, de escribiente de algun procurador, ó cuando mas de sacristan de la catedral. Pero si navega con viento en popa, alcanza mas altos puestos y existencia mas descansada y regalona: asi no faltan abogados de alto copete, canónigos de numerosas campanillas, cuando estas hacian ruido en el mundo, y estirados jefes politicos, los cuales en sus niñeces han calado el sombrerillo, ceñido el baquero y repiqueteado las castañuelas ante el altar mayor de la catedral de Sevilla.

JUAN JOSÉ BUENO.

LA MONJA.

os institutos de doncellas consagradas al culto divino han sido conocidos de todos los pueblos antiguos y modernos. Los egipcios, los persas y los griegos tuvieron estos colegios con diferentes nombres, y entre los romanos (cuyas costumbres nos son mas conocidas) es bien sabido, que las vestales disfrutaban de las mas altas consideraciones. Al arribar los españoles al Nuevo-Mundo hallaron con sorpresa tales institutos en aquellos remotos paises; y lo que es mas estraño todavía, con el fin de conservar un fuego sagrado y perenne que formaba una parte de los objetos de su culto, á imitacion de los romanos, y de otros pueblos de Grecia y Asia. Tales eran las llamadas *Pallas* en el imperio de los Incas, que cuidaban del templo del Sol: no menos notables eran en el imperio mejicano las doncellas sagradas de las cuales nos han trasmitido algunas curiosas descripciones varios historiadores de los que escribieron aquellas célebres conquistas.

Aun cuando sea poca la analogía que haya entre aquellos institutos y los de nuestras Monjas, y no sea de absoluta necesidad el recordar aquellos cuando se

hace mencion de estos otros, siempre es muy digna de observarse y ser tenida en cuenta la idea de la existencia en tan diferentes pueblos y en casi todas épocas de reuniones de doncellas consagradas al culto divino. Pero al arribo del cristianismo tomó esta idea mas alto vuelo, y purificada de las ridículas preocupaciones de la idolatría pudo dirigirse á un fin mas perfecto. «Habia, (dice Fleury al hablar de las costumbres de los primeros cristianos) multitud de »doncellas que consagraban á Dios su virginidad, ya por consejo de sus padres, »ya por movimiento propio. Llevaban la vida ascética y no se estimaba la »virginidad, que no estaba acompañada y fortalecida con una grande mortificacion »con el silencio, retiro, pobreza, trabajo, vigilias y contínuas oraciones..... »En aquellos primeros tiempos vivian la mayor parte de las vírgenes consagradas »á Dios en casa de sus padres, dos ó tres juntas, saliendo solamente para ir á »la iglesia en que tenian su lugar separado de las demas mujeres.» En seguida describe igualmente la vida de las viudas, que tambien se dedicaban al servicio de Dios, y de las llamadas *Diaconisas*.

Poco á poco estas reuniones fueron regularizándose, especialmente bajo la direccion de algunos varones piadosos: en el Occidente se debió esto con especialidad á la regla de S. Benito, la cual segun varios autores ya era conocida en España durante el siglo VI. Los monasterios eran entonces por lo comun de los llamados dúplices ó dobles, porque se componian de dos recintos destinados unos para hombres y otros para mujeres, bajo la direccion de un mismo Abad. Todos ellos padecieron mucho y fueron suprimidos en gran parte durante la destemplada persecucion de Witiza y concluyeron de ser aniquilados en la invasion sarracena Pero asi que los españoles principiaron á avanzar en su reconquista, trataron de restaurar algunos de ellos, movidos, no solamente de un espíritu de devocion, sino tambien por una razon de economía. En efecto, aun cúando sea igual el número de nacimientos de hombres y mujeres es indudable que las causas de mortalidad son mayores entre los hombres. Mucho mas debian serlo entonces cuando la nacion luchaba entre las convulsiones de una guerra sangrienta y devastadora, disputando el terreno palmo á palmo y regando con su sangre cada terron que conquistára. Por otra parte los combates al arma blanca hacian todavía mayores las matanzas, y en los momentos de tregua, volviendo los cristianos contra sí sus propias armas, deslindaban sus querellas particulares por las vias de hecho, con tanta saña y furor como desplegaron contra los árabes. Todo esto contribuia á que el número de mujeres fuese estraordinariamente mayor que el de los hombres, y que para consuelo de las que no pudiesen, ni quisieran aspirar al matrimonio, se establecieran aquellos asilos de la piedad y á la vez del infortunio.

Presidian á veces por lo comun en aquellas fundaciones la religiosidad y la munificencia de los príncipes, y á veces las hijas de los mismos Reyes daban el ejemplo, encerrándose en el claustro con las señoras mas notables y las doncellas mas brillantes de la córte. Tales son entre otras muchas fundaciones por este estilo que se pudieran citar, la de S. Juan de las Abadesas en Cataluña, y las de Oña

y las Huelgas en Castilla. Tambien el espíritu caballeresco de aquella época se revelaba en las fundaciones de los monasterios, y al paso que se institnian las órdenes militares, se fundaban casas para mujeres con el titulo de Comendadoras. Allí se retiraban á veces las esposas é hijas de los caballeros mientras marchaban estos á la guerra, ó bien permanecian en ellas para llorar su prematura viudez si tenian la desgracia de perderlos en las sangrientas lides. En aquellas casas de Comendadoras la clausura no solia ser tan estrecha, salian con ciertas precauciones fuera del recinto del monasterio, y gozaban de algunas comodidades que hicieran mas llevadera su situacion comparada con su pasada opulencia. Su regla era por lo comun la de S. Bernardo.

Recordamos con motivo del instituto la fundacion del monasterio de las Bernardas de Avila, en cuya iglesia (segun Gil Gonzalez Dávila, tomo II, del Teatro Eclesiástico de España, pág. 258) hay un mármol con los siguientes versos que copiamos, por ser tan curiosos como poco conocidos, y contener varias particularidades muy notables acerca de los monasterios en aquella época.

D. Sancho obispo de Avila señor honrado
dió muy buen ejemplo como fué buen prelado,
fizo este monasterio de S. Benito llamado
y dióle muy grandes algos por do es sustentado.
Puso hi muchos dueños y dioles su Abadesa
e dioles libros e vestimentas e iglesia muy cumplida
e de muchas joyas la fizo enriquecida.
Puso hi capellanes que cada dia cantasen
e las horas bien rezasen, e por todos rogasen
dioles rentas con que bien pasasen.
E porque el monasterio fuese bien gobernado
dio la visitacion al Obispo su prelado,
e non de otro regulado.
Andaba la era cuando fue acabado
1388 por mejor ser remembrado,
e dio gracias á Dios el Obispo mucho honrado.

Infiérese de aquí que en la época en que se compuso aquella leyenda era mas favorable la opinion á los monasterios sujetos á la jurisdiccion ordinaria, que no á los que obedecian á los prelados de sus órdenes respectivas. En efecto, al propagar sus institutos los fundadores de las órdenes religiosas, en especial las mendicantes, hicieran estensivas sus reglas á las mujeres, decayendo por lo comun la direccion de estar á cargo de los prelados de su órden. Solian nacer de aquí disputas entre los ordinarios y los regulares sobre competencias de jurisdiccion, con mengua de la severidad y disciplina monástica.

Otra clase de Monjas era tambien conocida en España, hasta fines del siglo XVI, con el nombre de *Emparedadas*. Designábase con él á unas doncellas ó

viudas, que se retiraban á vivir en alguna habitacion de cualquier iglesia, cuidando de su aseo y limpieza y sin salir de su recinto, de donde les vino el nombre de *Emparedadas*. Su instituto, segun las noticias que de ellas restan, parece aproximarse mas bien al de las antiguas Diaconisas, que no al de las Monjas posteriores.

Diferentes eran las causas que conducian á estas á renunciar al mundo para retirarse por toda su vida y vivir muriendo en aquellos piadosos asilos consagrados á la piedad. Una educacion religiosa y entusiasta conducia por lo comun á ellas tiernas doncellas, que desconfiaban de un mundo que no conocian, pero que se les pintaba con colores tan negros como exactos. Terribles desengaños, esperanzas burladas, ilusiones desvanecidas, pérdidas de fortuna y otras mil causas dolorosas solian tambien conducir á ellos algunas mujeres, que cual incautas mariposas habian visto chamuscadas sus alas, al revolotear en derredor de una luz, que las deslumbrára con su brillo, y las aturdiera con suave y engañoso calor. No pocas veces la viudez desamparada buscaba un rincon donde gemir, y el arrepentimiento un albergue donde llorar pasados estravíos.

Solemnes eran tambien las ceremonias y el rito con que la iglesia católica habia revestido aquella separacion. Vestida de ropas elegantes, como la que camina al desposorio, se acercaba la pretendiente á la puerta del monasterio con una luz en la mano rodeada de sus amigas y de sus tristes padres. Allí la comunidad la recibia entonando cánticos sagrados y despojándola de su brillante ropaje le vestia un tosco sayal, ó bien una blanca túnica, símbolo de su pureza. Sus blondos cabellos, objeto de su orgullo y de su ornato, caian sobre una bandeja al impulso de la tijera; y despues de aquella dolorosa operacion, la Abadesa cubria su cabeza con un velo blanco y sencillo.

Un año despues, las puertas del monasterio se abrian por segunda vez á la novicia y se cerraban en pos de ella, lanzándola del monasterio: veíase entonces de repente en medio de sus padres y de sus amigas, ante un concurso numeroso presidido por varias autoridades eclesiásticas y civiles, para que la emision de su voto fuese sincera, y pudiera recibir toda la proteccion necesaria en caso de una negativa. El obispo en persona, ó su vicario, le dirigian la palabra, pintándole con vivos colores las privaciones á que se esponia si tomaba la resolucion de continuar en su santo propósito, la pureza de alma y cuerpo que exigian los desposorios místicos que iba á contraer, la austeridad que exigian los votos que iba á emitir, y finalmente la desesperacion que se apoderaría de su alma, si imprudentemente se empeñaba en aquel camino, del cual no le era dado retroceder. Al oir su resolucion afirmativa insistia hasta tres veces exhortándola á retirarse y desistir de su propósito: entonces todavía era tiempo; un momento despues ya no habia lugar á retroceder. Las puertas del monasterio se volvian á cerrar nuevamente en pos de ella con un sonido pavoroso semejante al de la losa sepulcral, que retumba sobre el ataud, y las paredes del claustro parecian al repetir aquel eco lúgubre decir á sus oidos *para siempre*. La muerte misma no era suficiente para arrancan la de aquel recinto, dentro del cual recibian sepultura

sus despojos mortales, separados aun entonces del resto del mundo. Una huerta no muy espaciosa, objeto á la vez de utilidad y de único recreo, era todo su mundo; las altas paredes que la hacian impenetrable á las miradas curiosas en todo su horizonte.

Su vida aunque monótona, participaba de los sencillos placeres de la inocencia y de aquella tranquilidad interior que se aproxima á la bienaventuranza, y que es la única dicha del hombre sobre la tierra. Las olas de la amargura penetraban rara vez en aquellos retirados asilos; la iglesia velaba con esmero por la suerte de sus hijas predilectas; sus pequeños defectos eran escrupulosamente vigilados y corregidos; y cuando la discordia y las pasiones venian á turbar la paz habitual de sus silenciosas bóvedas, la voz del sacerdote se dejaba oir allí robusta y dominando los rumores de aquella pequeña tempestad.

Tal fué por muchos años el estado de las Monjas: favorecidas de los príncipes, mantenidas por la grandeza, respetadas y aun veneradas por el pueblo, sucedíanse tranquilamente unas á otras de generacion en generacion, cual se suceden los árboles en los incultos bosques, creciendo los retoños sobre los despojos que les dieran sér. Vióse entonces á muchas de ellas descollar en diferentes ramos y conquistarse un lugar harto honroso en la historia de la iglesia y hasta de la literatura, para prez y gloria de su sexo. Bastará citar entre ellas el nombre de Santa Teresa, no menos célebre por su espíritu religioso, que por sus escritos, sus acciones y su célebre empresa de la Reforma.

Pero pasaron aquellos tiempos, y ya á fines del siglo XVII dejóse oir por varias partes un rumor sordo contra los institutos religiosos. Creció este durante el siglo XVIII yendo en aumento progresivamente, y ¡cosa estraña! se las ridiculizó aun mas ágriamente que á los frailes, sin consideracion á su sexo y á la imposibilidad en que se hallaban de volver por sí. La sátira y el ridículo se apoderaron de todas sus acciones y palabras. ¿Quién no ha oido un cúmulo de anécdotas vulgares sobre su culti-latini-parla, y los graciosos quid-pro-quos en el rezo del oficio divino? ¿y quién ignora aquel manoseado refrán con que se pondera la importunidad de sus regalos, y que suele aplicarse á ciertos presentes de mal agüero? Pero donde se dirigieron principalmente los tiros y las invectivas fué contra la educacion que daban á sus educandas, y que ha pasado hasta nuestros dias con el apodo de gazmoñería mongil. No se quedó corto en cuanto á esto Isnarco Celenio, en su célebre comedia del Sí de las Niñas, y con todo. sus invectivas en el dia parecen imperceptibles, á vista de otros escritos posteriores sobre las Monjas.

En efecto, llegó el año 34, y todos los escritores prosistas y poetas tuvieron comezon por escribir acerca de ellas y sacarlas á lucir en todas sus composiciones. Descolgáronse los novelistas con la *Monja sangrienta* y la *Abadesa*; la *Monja Alferez* que pocos años antes habia salido á lucir el talle, pudo ya desde entonces campar por su respeto, como lo habia hecho en vida. Los folletinistas, que vienen á ser las guerrillas del gran ejército literario, llenaron los cuartos bajos de todos los periódicos político-sociales con novelas traducidas ó refundidas en que intervenia

alguna comunidad de Monjas, ó cuando menos la superiora de algun convento. Al mismo tiempo las puertas de las estamperías estaban llenas de láminas monjiles, en cada muestra habia una Eloisa junto á una Julieta, una Monja orando, mas allá en otra estampa una novicia dando á besar la mano á un jóven por entre las rejas del locutorio, mientras que una vieja con anteojos los acechaba desde la puerta.

Pero los que han esplotado de lleno el tipo desde entonces hasta de ahora, han sido los autores dramáticos. ¡Vírgen del Tremedál, y qué avenida! Del año 34 acá no ha habido apenas comedia en que no hayan salido Monjas y á poco que siga el turbion, las actrices van á encarecer los hábitos. Un drama sin Monjas es poco menos que una ópera sin timbales, y es cosa de ver como aquella parte del público que oye misa casi todos los dias de fiesta, se estasía con un trozo de maitines cantados al harpa, porque es de rigor en los maitines teatrales el acompañamiento de harpa.

Pero lo mas notable es la exactitud con que están representadas en tales dramas las escenas de la vida monacal. Allí los hombres entran y salen por la puerta ó por las bardas con una franqueza que encanta, y se meten de rondon en el cuarto de la Monja que buscan. Esta se halla vestida con su túnica blanca y escapulario azul, que es traje de rigor, y suele estar en aquel momento postrada ante un crucifijo con su correspondiente lamparita, diciendo cosas tiernas y patéticas, como v. g. que el crucifijo le recuerda la memoria de su novio y que la pasion de Cristo fué tortas y pan pintado para lo que ha tenido ella que pasar. Porque es de notar que la muchacha no estaba por toca sino por *casaca*, pues se hallaba perdidamente enamorada de un mocito de mala cabeza, pero buen corazon, mas su padre que es un vejete testarudo, si los hay, se empeña en casarla con un caballerote de mala entraña y siniestra catadura, al cual no puede ver ella ni aun pintado, mas que se lo pesen de oro. Pero á lo que está mas apurada, entra el galan y la convence de que lo mejor es irse con la música á otra parte; y *velis nolis* se la lleva por la puerta del jardin ó por algun subterráneo, y cuando no, todo se reduce á tirarse de la torre abajo, que para casos tales paga la empresa un tramoyista.

Por lo que hace á los caractéres, todos, lo mismo en dramas que en novelas y folletines, son cortados por una tijera. Es de rigor que la superiora sea algo boba, pero que quiera mucho á la educanda, novicia ó lo que fuere, la tornera será chismosa é intrigante, la vice-superiora envidiosa é hipócrita. Habrá tambien una novicia íntima amiga y confidente de la cuitada doncella, y si es preciso hacer reir un poco se meterá por medio al demandero, que es papel muy socorrido.

Tal es el modo de pintar á las Monjas comunmente, y por él asi conoceremos el tipo, como las costumbres de España por las traducciones y refundiciones, que á cada paso nos echan á las barbas las empresas de teatros.

Con estas ideas que bullian entonces en muchas cabezas, sobre la tortura en que vivian las Monjas, lo arrepentidas que estaban de su vocacion llamándose

á engaño, las arterías y amenazas con que á muchas se las habia reducido á tal estado, esperábase que en el punto en que se abrieran las puertas de los conventos se llenáran de Monjas las calles y los paseos. Recordábase á este propósito la escena que pintó Montengon en su Eusebio, de una jóven á quien sus padres habian convencido á latigazos para que se metiera Monja, con objeto de acrecentar el patrimonio de sus hermanos; citábanse algunos casos análogos, y los periódicos trascribieron al mismo tiempo algunas cartas de varias Monjas, pidiendo al gobierno su esclaustracion y pintando con horribles colores la persecucion de que eran víctimas. Ya los enamorados de oficio se preparaban á la conquista de las *pálidas bellezas*, como entonces se decia, y los coleccionistas de cartas amorosas preparaban en sus neceséres un espacio destinado para *seccion de Monjas*. Aun recordamos haber visto por entonces varios billetes de este género en poder de un oficial, que solia enseñarlos á cuantos gustábamos verlos, respondiendo él de su autenticidad: bien es verdad que el pobre era mas devoto del quinto, que del sesto y octavo.

Pero llegó la hora, las puertas de los monasterios se abrieron de par en par, y el gobierno obsequió á las prófugas con la halagüeña perspectiva de un estanquillo; mas ellas estuvieron quietas en sus conventos y las que salieron se han calculado en la proporcion de una por doscientas. Al ver tan inesperada resistencia se las sitió por hambre, y el bloqueo fué por algun tiempo *ainda mais* rigoroso que o d'Almeyda: se las privó de sus bienes, y aun sus ahorros y sus mismos dotes no se libraron de las rapantes uñas de la Amortizacion. No faltaron tampoco agentes subalternos, que en vez de suavizar las medidas del gobierno, las exasperaron en cuanto estuvo de su parte, sembraron la cizaña dentro de la clausura, se complacieron en espulsar las Monjas de los sagrados recintos donde pensaban acabar sus dias, y los demolieron infructuosamente, para arrancarles hasta la esperanza de volver á ellos: finalmente, para quitarles hasta el consuelo de comunicarse sus penas las dispersaron, trasladándolas á monasterios de diferentes órdenes. Su virtud se trató de gazmoñería, sus padecimientos se atribuyeron al despecho, su constancia se calificó de fanatismo, cual si no mereciera calificacion mas honrosa el dejarse morir de hambre, ó arrastrar una vida semejante á una lenta agonía, por no faltar á sus votos y solemnes compromisos, por no desertar de sus banderas.

Desde entonces su existencia ha estado á cargo de la piedad pública, y de la generosidad nunca desmentida de los españoles. El bello sexo hubo de encargarse en todas las principales poblaciones, de velar por la existencia de las Vírgenes del Señor y la humanidad respondió á sus voces. ¿Y quién pudiera leer sin conmoverse aquellas desgarradoras palabras con que se anunciaban al público sus padecimientos y las tristes pinturas de la estrema necesidad á que se hallaban reducidas? Unas veces se anuncian por boca de un prelado, que ve morir sus hijas de inanicion sin tener un pedazo de pan que alargarles, ni una medicina con que calmar sus dolores. Otras veces por la solicitud de una alma compasiva que grita á la puerta del templo «¡un bocado de pan para las pobres

religiosas!» Por lo general han sido mayores los padecimientos de los monasterios situados en pequeñas poblaciones: en algunos se han visto precisados á comer los desperdicios de los manjares mas groseros, en otros habiendo vendido hasta los últimos muebles se hallan reducidas á no tener donde sentarse y dormir sobre el suelo, cubriendo con los últimos harapos de los miserables hábitos sus miembros transidos por el hambre y por el frio.

Cuantas veces á media noche al salir de tempestuosas orgías, ó bien acosados por el insomnio, habreis oido el melancólico sonido de una campana, cuyo eco se pierde en el espacio turbando ligeramente el reposo en que yace la naturaleza. Aquel pequeño ruido llama á las vírgenes del Señor, que dejando sus pobres lechos se reunen para dirigir plegarias al Altísimo, y con acento pausado y misterioso le piden perdon de sus pequeñas culpas y de los delitos del pueblo, implorando al mismo tiempo sus bendiciones sobre los que las persiguen. Una pequeña lámpara sustentada con el aceite de que se privan en su alimento pende en medio del santuario, y su trémula luz ilumina apenas las altas ojivas del templo y las sombras de las recónditas capillas. Entretanto en la casa vecina se oye el concierto de una estrepitosa orquesta, los balcones abiertos para renovar el ambiente despiden un raudal de luz, mil antorchas iluminan los vastos salones donde reinan el bullicio y algazara. Allí mezclados en voluminosas danzas, jóvenes elegantes y apuestas bellezas, se agitan en caprichosos giros, mientras que sus sentidos todos se hallan bajo la influencia de un aturdimiento indefinible que embota la sensacion y hasta los goces mismos.

Aquella es la casa del banquero opulento, del aristócrata nuevo que compró por una cantidad insignificante los bienes de las vírgenes del Señor, arrebatándoles sus dotes y su mantenimiento. En aquel momento gasta en un festin las rentas con que durante un año se mantuviera toda la comunidad; y con todo al oir los melancólicos tañidos de la campana, que resuenan cual misteriosas aldabadas en la puerta de su corazon, sus labios se han plegado con ironía, y los jóvenes y las bellas dejando por un momento sus placeres y amorosos coloquios, han calificado á las Monjas de necias y fanáticas, su austeridad de locura, sus virtudes de hipocresía. ¡Asi juzga el mundo!

Quizá parecerá demasiado serio este artículo á muchos de nuestros lectores que esperarian probablemente oir picantes anécdotas de locutorio, chistosos quid pro quos en el rezo del oficio divino, golpes de candor y de chocante sencillez, las travesuras de las novicias, las industrias de los demandaderos, golpes magistrales de los capellanes, los apuros de los padres confesores, comentarios sobre los dulces, las natillas y los escapularios y otras mil cosas á este tenor, que de sabidas se callan. Sensible nos será el haber defraudado tales y tantas esperanzas; pero en verdad que estamos muy lejos de arrepentirnos: en efecto prescindiendo de lo manoseado que está ese género de anécdotas monjiles, parece lo mas adecuado al describir un tipo, hacerlo segun las impresiones del momento. ¿Y quién seria capaz en el dia de tratar festivamente y con ligereza á toda una clase tan respetable á un tiempo bajo su aspecto

religioso, como digna de lástima por su aciaga suerte? ¡De tigre tuviera el pecho quien á vista de sus actuales padecimientos diera cabida en él á otro sentimiento que al de la compasion!

Por otra parte el entredicho que pesa sobre estos institutos, prohibiéndoles el dar velos y admitir profesiones, los condena á morir de inanicion: por esta causa al hablar de varios de sus actos y en especial de la emision de sus votos y el ingreso en religion los hemos consignado en pretérito, como pertenecientes á la historia. Un solo instituto ha logrado levantar de sí el entredicho, y es el de las hermanas de la Caridad. Los hospitales, hospicios y otros establecimientos de beneficencia reclamaban esta medida, y los pueblos mismos la exigian del gobierno. Una vez levantada la prohibicion, multitud de jóvenes piadosas ha corrido á llenar las vacantes: los pueblos, se han apresurado á llamarlas movidos de razones poderosas de aseo y economía, y hasta nuestras antiguas colonias americanas han pedido algunas de ellas facilitando los recursos necesarios para el objeto.

En algunos pueblos estranjeros se han puesto ya bajo su direccion casi todos los establecimientos de beneficencia, los colegios de ciegos y sordo-mudos, y lo que es mas estraño hasta las casas de correccion, teniendo en estas á su cargo las personas necesarias para ejecutar las disposiciones penales repugnantes á su piedad y á su sexo. Los ensayos que se han hecho no han podido ser mas satisfactorios y hacen desear que se intentasen en nuestra patria, cuyos establecimientos de beneficencia se resienten por lo comun de un desaseo repugnante, y de las dilapidaciones mas monstruosas autorizadas y sancionadas por la costumbre.

Jamás las órdenes del gobierno ni las predicaciones filantrópicas de los humanitarios, ni la vigilancia y el rigor mas esquisitos lograrán introducir en los establecimientos públicos la abnegacion, la limpieza y la puntualidad que reinan en los departamentos confiados á las hermanas de la Caridad, y mucho menos su esmero por aliviar no solamente los padecimientos físicos, sino hasta los morales de los infelices confiados á sus desvelos.

¡Hay cosas que apenas y con gran dificultad consigue el oro, y què son harto sencillas y asequibles para la fé y la piedad cristiana!

VICENTE DE LA FUENTE.

EL RATERO.

Dicen que esta escrito,
Y no sin razon,
Ser la privacion
Causa de apetito.
CERVANTES.

si lo dice Cervantes, carísimo lector, y asi es preciso creerlo; no porque él lo diga, sino porque es la verdad: verdad tan lata que todo lo comprende y que mas que á cosa alguna viene como de molde al tipo que paso á bosquejarte.

Llama *Ratero* el Diccionario de nuestra lengua al *ladron que hurta cosas de poco valor*, ó *de las faltriqueras*, como si fuera hombre tan de conciencia que, al asir con sus dedos cosa de mucho valor la soltára arrepentido, ó como si las faltriqueras fueran única y esclusivamente del dominio de su ilimitada destreza. Aunque no es una cuestion académica la que voy á tratar, diré, con permiso de la Academia, que comprendo al *Ratero* en una mas lata acepcion, de la cual, poco á poco se irá penetrando el lector en el curso de este articulito.

Paso á ocuparme del que tal vez se habrá ocupado de tí, por mas que tú no hayas reparado en él; del que te habrá consagrado alguno que otro recuerdo; del que en alguna ocasion, ya que no de alivio á tus pesares, te habrá servido para aliviar el *peso* ó los pesos de tu bolsillo; del que vive por tí y para tí; del hombre en fin cuya fuerza motriz es la astucia y una *constante y perpetua voluntad;* que de cuanto vé *se enamora*, cuyo corazon sensible mira como *cautivo*

cuanto otro tiene y procura ponerlo en libertad, y que vea la luz, y que respire el aire, á riesgo de no ver luz en mucho tiempo y respirar el aire de un inmundo calabozo. El principal instrumento de que nuestro héroe se vale, la herramienta con que este artista elabora sus trabajos, son las manos, esas joyas inestimables, iman precioso que por un impulso natural atrae cuanto mira, ¡cuánto mira! si, porque las manos del *Ratero* tienen ojos: mejor dicho, porque las manos del Ratero son una demostracion viva, palmaria, de que todos los sentidos pueden reducirse al tacto: con las manos vé, con las manos olfatea, con las manos gusta, con las manos oye, porque con las manos toca y toca sin sentir. De todo esto se deduce que, para ser *Ratero* hay que empezar por no demostrar sentidos.

El *Ratero* nace desde que tiene uso de razon; dá muestras de su precoz talento en el mismo hogar doméstico, y en él empieza desempeñando el papel de raton, al menor descuido en que se deja abierta la despensa. Esta ratería, sin embargo, la cura la edad, y entre familias decentes raro es el niño que cultiva el *arte* fuera de su casa. No sucede otro tanto con alguna de las familias pobres, en las cuales se deja ver el *Ratero* en mantillas, educado por una madre desnaturalizada, que no contenta con la desgracia de que participan aquellos tiernos pedazos de sus entrañas, con ser pobre, se avergüenza de pedir una limosna. Mírala, lector, cómo celebra que aquel niño inocente la lleve unos cuantos carbones rapiñados de una sera. Mírala como emplea en aquella alma cándida las malas artes, y como la aficion de tomar lo ajeno (que por algun puntapié que le dan ya conoce que lo que toma es contra la voluntad de su dueño) se estiende y propaga en la inocente criatura. Ahora bien; elige entre esa multitud de niños que por coger carbon reciben el apodo de *espigadores de trigo negro* el que mejor te parezca, recorre las plazuelas por la mañana y en ellas le encontrarás haciendo felices ensayos en los diversos puestos de carnes y pescados, frutas y demas; obsérvale bien, y ya le verás al lado de una tabla de carnicero, en ademan de estar escuchando sin malicia, una conversacion, al paso que trata de ocupar las manos con algun trozo de morcillo que la madre le ha indicado ó en su defecto con lo que esté mas cerca; ya recostado sobre una banasta de fruta hurtando con maña, como hijo del primero que se aproxima á comprar, ya bailando al rededor de una viejecita, de la cual pasará por nieto para muchos, con el objeto de *achantarla* á la mejor ocasion una parte de su *recado*. Pero llega un dia en que le cogen *con las manos en la masa* y en que tratan de averiguar para quién es aquello que roba. No creas lector que la madre, que por lo regular se encuentra en la plaza, venga en defensa de su hijo, ni temas tampoco que éste la ponga en un compromiso: sabe que el pez por la boca es muerto, que en boca cerrada no entran moscas, que al buen callar llaman Sancho y á todo calla como si fuera un mudo, sin que la amenaza ni el castigo basten á sacarle una palabra del cuerpo. ¿Pero qué se hace con un niño? Lo regular es que reciba unos cuantos golpes, que lejos de infundirle arrepentimiento le sirven de leccion, quiero decir, le hacen poner mas cuidado en sus raterías, que procura ensayar el mismo dia para satisfacer la vindicta de su conciencia.

Los años pasan y el niño se propone hacer mejor uso de sus manos. Mirale, retratada en su semblante la inocencia y la mansedumbre. Síguele los pasos, y á poco rato le encontrarás ejecutando un papel altamente cómico y erizado de dificultades. Vé cómo observa los movimientos de aquel caballero que le precede, cómo al mismo tiempo extiende su vista á todas partes para dominar la situacion, cómo haciéndose el distraido le mete una mano en el bolsillo, cómo sus delicados dedos se apoderan de cuanto en él se deposita; obsérvale bien y no sabrás dónde lo esconde; estudia su fisonomía angelica á la par que dolorida, y contempla la imperturbable serenidad con que se vuelve al caballero para pedirle una limosna, cuando éste presiente que le han sacado algo del bolsillo. Pero no te aturda eso todavia, examinale mas, fíjate en él cuando echándole la culpa de la ratería, esclama con el mayor desenfado; ¡yo, caballero!... yo? y pide que le registren, y grita y mueve escándalo, y con un lamento profundo se vuelve diciendo á cuantos le rodean: yo ladron?: y todo esto arrasados los ojos de lágrimas, y á manera que el actor se atrae las simpatías del público, escita el *ratero* la compasion de cuantos allí se encuentran logrando que digan de él: ¡pobre muchacho! Triste espectáculo es el que en tal caso se presenta; triste espectáculo es el de ver á un caballero humillado y desmentido por un sér miserable y abyecto, que ha logrado ponerle en ridículo y hacerle retirar con subidos colores en el rostro, oyendo decir de sí «tal vez se vendria sin pañuelo»... Entretanto el *Ratero* continúa desempeñando á lo vivo su papel, y ahogado por el llanto sale de entre la multitud, no sin alguna limosna debida á la caridad del que ha sacado la cara por él.

No le abandones todavia, síguele la pista, que al volver unas cuantas calles notarás que ya encuentra compañía: no te cures de que sea persona decente por su porte, repara en ella, y á poco rato de seguro conocerás ser la misma que con tanto interés, poco antes habia salido á su defensa: esa persona es una de tantas que cansadas de cursar el arte, han encontrado medio de sacar un buen partido sin la menor esposicion: á sus manos va á parar cuanto el *Ratero* encuentra; y por uno, dos, ó medio se hace dueño de lo que vale veinte ó treinta: en cambio tiene que dar instrucciones á su discípulo, quien con una simple seña conoce á dónde se ha de dirigir para practicar una *buena obra*: el *Ratero* camina á su objeto con toda la confianza que presta semejante auxilio, que no consiste solo en tener un defensor en caso necesario, sino en prepararle y ponerle el toro para la muerte, ya por medio de apretones, porque gente es esta que en las apreturas comete los despojos, ya dando una pisada oportuna al infeliz que se lamenta de su pie, sin saber que el *alivio* le viene entonces por las faltriqueras. No te espante, lector, no poder observar dónde se mete el *Ratero* lo que tan diestramente saca; si quieres verlo, colócate detrás de su padrino, mírale sacar la izquierda por debajo de la capa, y cómo de esta manera ambos ponen sus manos en comunicacion pasando el cuerpo del delito de un criminal á otro mayor. Asi se vé que aunque la persona robada vuelva la vista en el acto, no consigue nada: podrá sí, dirigirse al que le parece el ladron, pero no conseguirá otra cosa que mover escándalo: en tal caso el padrino es cuando mas trabaja; él es el primero que se pone de

parte del caballero y pide que se le registre, y se ofrece á registrarlo y lo registra. ¡Ah, tunante! ¿cómo ha de parecer el pañuelo si ya lo ha puesto á buen recaudo el mismo que trata de encontrarlo? Luego que todos se persuaden de que nada tiene y nada se le puede encontrar, se pone de parte del *Ratero* y echándosela de imparcial, se coloca en tan buena posicion, y emplea tan perfectamente sus palabras, que hasta la misma persona robada duda si llevaba pañuelo ó es que lo ha dejado en casa. Y esto no sucede así una vez, sino cada dia, cada instante; asi es, que solo cuando una persona va sobre aviso, porque ha visto que le sigue pájaro de mal agüero, á quien tal vez ha puesto el cebo, es decir la punta de un hermoso pañuelo fuera del bolsillo, es cuando el *Ratero* suele, si antes no le hace seña el ayuda que tiene muy buenas narices para olerlo, caer en la red que se le tiende. Pero aun caso de pillarlo con el cuerpo del delito... no! porque eso raya en lo imposible, sino con la mano en el bolsillo, es en su ayuda el buen padrino. En caso tal poniéndose de lado del caballero le *ayuda* á dar con el de pescozones, de modo que parezca muy fuerte y no lo sienta, y si vé que la cosa va mala y está próximo á caer el muchacho en *malas manos*, hace que caiga en las suyas que son las mejores: se reviste de la autoridad de policía, ó quizá no tiene necesidad de revestirse; y cogiendo al *Ratero*, como le ha visto la gente que ha sido el primero á maltratarle, creen todos de seguro que le lleva á la cárcel, y hace un servicio al público, el que no es mas que un salvoconducto de ladrones. El *Ratero* en estos casos se dá por altamente satisfecho, y recibe como muy buenos los golpes que le dan, seguro de que el daño que le causan le ha de evitar otro mayor.

Al fin y al cabo llega un dia en que no le alcanza la bula, aunque tambien hay bulas para Rateros; un dia en que no es autoridad falsa con aquella que tropieza, y en el que son vanos cuantos recursos de salvacion ofrece el arte, como á un descuido no ponga pies en polvorosa á riesgo de quedar ensartado en la carrera; ese dia terrible, ese dia de prueba es el primero en que la sociedad le procura una escuela, porque la escuela de ladrones, y cárcel, amigo lector, son en España una misma cosa. A ella es conducido y en ella verifica su entrada, con tanta mayor gloria, cuanto arriesgada fué la empresa que quiso cometer y le salió fallida: allí le rodea cuanto de escogido tiene el arte: los maestros se disputan á porfia aquel discípulo: entabla relaciones con todos ellos; cada cual le examina de su cosa, y si conocen disposicion en el muchacho, oblíganle á ensayarse en el primer desgraciado que entra en aquella sentina de maldad á confundirse con los criminales, y cursa allí la sutileza, y aprende á tirar á la navaja, y juega con sus compañeros, y roba lo que le ganan, y quiere cobrar el barato, hasta que voluntarioso de gloria y ardiendo en deseo de reducir á la práctica las sublimes teorías que aquella casa, centro de civilizacion, encierra, se resuelve á salir de la cárcel. Y cuán fácil sea esto no hay mas que preguntárselo á un escribano, en la seguridad de que él sabe cómo se consigue.

Fuera ya de la cárcel; cobrada la perdida libertad, casi, casi, le asalta el deseo y pensamiento de hacerse hombre de bien: reflexiona en un momento

tranquilo, que el arte tiene quiebras y se meteria á fosforero, ó á desempeñar un oficio menudo si tuviera alguno que le diese la mano, pero, quién da la mano á un Ratero sin que se esponga á quedarse sin ella! Por otra parte de seguro, cuando viera pasar por la Puerta del Sol uno de aquellos pañuelos cuyas puntas ondula á merced del céfiro lijero, que con vidan, que van diciendo, *robarme*, echaria á rodar la caja y esclamando ¡pues qué no hay mas que ganar el dinero por ochavos! fiaria á su destreza y estremada habilidad, el tener en un instante lo que no ganaba en un mes. Asi pues, nuestro hombre que está por lo positivo, quiero decir, por tomar lo que otro tiene, se decide á continuar sus estudios *prácticos*, con provecho suyo y ajeno tambien, que al fin y al cabo al que le privan de una cosa que tiene para su uso, lo regular es que acuda á la tienda á comprar otra: y asi como el vidriero rie cuando oye el chasquido de una vidriera, á la manera que el zapatero goza en los tropezones que causan la pérdida de un tacon, del mismo modo el comerciante abre tanto ojo, los dias de fiesta en que las calles de la capital á manera de rio revuelto prestan sin riesgo la ganancia á los pescadores de pañuelos.

Decidido como digo á continuar sus estudios prácticos, se agrega á un compañero, que con serlo, dicho se está que no habrá de ser *rana*. Juntos los dos, lo primero que hacen en cuanto la luz del dia los alumbra, es leer el Diario: allí encuentran noticia exacta de cuantas funciones de iglesia se celebran, y á aquellas encaminan sus pasos que conocen han de llamar mas la devocion. Acude, lector, tú tambien y observa el héroe que ahora llama tu atencion; allí le encontrarás donde esté la pila del agua bendita: repárale la cabeza baja en acto de contricion y cómo dirige la visual á los bolsillos de la señora, y si no tienes valor suficiente para ver profanado con escándalo el templo del Señor, échate afuera colócate en el pórtico y repara como algunas beatas que entraron con el ridículo en una mano y el rosario en otra, salen con este íntegro y con aquel cortado por la mitad; colócate al lado de los pobres que á la puerta imploran la caridad, y no dudes oir á una que va á dar una limosna esclamar: ¡ay, que me han robado el bolsillo! á un caballero; ¡pues no me han cortado la cadena y me han robado el reloj! y á otro que le han quitado el pañuelo y ¡hasta las calcetas le quitarian á uno sin sentir, si fueran de prendas gran valor!

Empleadas asi las primeras horas de la mañana, el *Ratero* que no huelga un instante y reparte cómodamente sus trabajos, se dirige con sus compañeros, al medio dia, á las afueras de la capital: allí la toma con los lugareños, y es su ganancia tal vez mas positiva que otra alguna con estos infelices. Regularmente á esa hora se tumban al sol para dar descanso al cuerpo de las fatigas de la mañana: como es de suponer, llevan ya en metálico los comestibles ó mercancías que de los pueblos inmediatos han traido á la córte para despachar, y el Ratero que sabe y conoce todo esto, se tumba á su lado y no solo le quita al infeliz el dinero, sino la manta ó ropa que tiene para su abrigo. Otras veces, si el forastero tiene carro y se duerme un rato en él, espera á la hora en que haya de marcharse y en ocasion de ir el pobre hombre delante, se cuela dentro sin ser visto ni oido y se apodera

del metálico que dejó por no llevar gran peso. De allí se dirige al rio; recorre los tendederos de ropa, y á pesar del escesivo cuidado de las lavanderas, á la menor vuelta de cabeza se quedan sin las mejores piezas que llevan. De este modo al *Ratero* no falta ni camisa buena, ni blanca, antes por el contrario le sobra y vende, ó celebra cambios por otros objetos que mas falta le hacen.

La tarde y la noche la aplica á pañuelos; y como ya no se encuentra en el estado de aprendizaje, como tiene cierta especie de independencia que no tenia antes; en una palabra, como trabaja por su cuenta, suele acontecer que aquellos que en sus tiernos años le servian de padrinos, luego que han perdido la breva de ganar el 200 por 100, le espian y siguen la pista; es decir, desempeñan su papel de polizontes de otra manera: luego que ven sacar un pañuelo se van al Ratero, y como han sido cocineros antes que frailes, le obligan á que se le dé sopena de llevarlo á la cárcel: verdad es que no ha sido el primer *Ratero* con quien esto han hecho, que deseando vengarse, ha ido al caballero á quien robó el pañuelo y le ha dicho: «caballero, aquel hombre que va allí le ha robado á Vd. el pañuelo y lo lleva en el sombrero.» Puedes figurarte, lector, con esto que el Ratero es hombre de chispa y que no necesita para venganza de un resentimiento valerse de sus *manos* como las mas veces suele hacerlo.

El enumerar aquí los infinitos robos y la sutileza con que los ejecuta, seria cosa muy prolija. Sí, te diré que el *Ratero* no pasa dia por él sin que haga un adelanto, sin que lleve á cabo una nueva *jugada*: que cuando necesita estudiar hasta se hace coger preso para que le lleven á la *escuela*: que de ella sale casi siempre bien y como es de todos sabido. Pero el *Ratero* de ley, el *Ratero* que yo aquí te describo no creas que se arriesga á cometer robos de grande consideracion ni busca grandes peligros, á no ser que unos y otros se le vengan á la mano, en cuyo caso no queda mal. Regularmente termina sus dias ejercitándose en raterías de un género particular, y que forman el tercero y último período de su existencia.

Sabe, pues, lector, que existe en Madrid una sociedad anónima á la cual he bautizado yo con el nombre de *La pelusa*, nombre que como verás muy luego, no vá descaminado. Esta sociedad, bastante numerosa, ejercita su habilidad con cuantos forasteros llegan á la córte. Los individuos que la componen se dividen en secciones que asisten con frecuencia á la Parada de palacio, á la Historia Natural, al Museo, á la casa de fieras, al estanque de las campanillas, á las fuentes del Prado, y demas puntos en que hay objetos capaces de escitar la curiosidad del transeunte. Saben al dedillo las posadas donde paran gentes de dinero, y su táctica es la siguiente: Los tres ó cuatro que se destinan á cada uno de los puntos arriba indicados se reparten, y andan cada cual por su lado como si jamás se hubieran visto. En cuanto reparan que alguno se queda mirando con la boca abierta; ¡ya cayó un pez! esclaman, y en el instante cada cual se destaca por su lado á fin de asaltar la plaza. Llega el primero, que siempre será el mejor portado, y como todo el que vé una cosa por primera vez gusta de que se la espliquen, enreda conversacion sobre el objeto que á su vista se presenta. El *pelusa* se ofrece á ser su *Cicerone*

en la capital, y el buen hombre al ver tanto favor, naturalmente dice para si: ¡con qué buen sugeto he tropezado! Pasado un rato se presenta otro *pelusa* haciéndose el borracho y con voz aguardentosa les dice: *han visto Vds. por aquí un hombre con un perro, de estas y las otras señas*? Contéstanle que no, como asi es la verdad. El *pelusa* entonces comienza á votar y dice que le habia ganado mucho dinero y que habia ido á su casa por mas, para seguir jugando. Consigue con esto picar la curiosidad de los otros dos, y sacando del bolsillo dos cáscaras de nuez y una pelusa de yesca, les manifiesta que el juego consiste en meter á la vista la pelusa debajo de una de ellas, y apostar luego á que no se acierta en cuál de las dos cáscaras está. El ladronazo del *Cicerone* empieza apostando, y claro es que logra ganar hasta conseguir del otro que se interese en la jugada, diciéndole al oido «que es un borracho á quien se le puede ganar el dinero.» Quién se resiste á esto? el pobre hombre se mete en danza, y una vez metido, ó no son ellos hombres, ó le desplúman completamente; pues toda la ratería consiste en hacer de las cáscaras y la pelusa un juego de cubiletes. Rara será la persona que habiendo venido á Madrid no haya tenido ocasion de encontrarse con estas partidas de la *pelusa* en los puntos indicados: si tú no los conoces, amado lector, tómate la molestia de recorrer esos puntos, y en ellos encontrarás el *Ratero* que te he querido describir y que termina sus dias de esta manera, sin que la policía venga á turbar su sosiego. Y á propósito de policía, terminaré este artículo repitiendo el testo que le encabeza, *la privacion es causa de apetito*: cuantos mas obstáculos se oponen á una cosa, sabido es que mas se trabaja por conseguirla. Si hubiera buena policía claro es que se disminuirian los *Rateros*, como habiendo muchos gatos se disminuyen los ratones. ¿Pero de aqui, qué resultaria? que se harian mayores progresos en el arte, y tendriamos menos Rateros aunque mucho mas finos. Solo de una manera creo posible esterminar la casta: es á saber: poniendo un gato para cada raton. Aun asi el remedio seria peor que la enfermedad; y entre gatos y ratones, ó lo que es lo mismo, entre polizontes y *Rateros*, se verian las gentes roidas y arañadas completamente.

JUAN PEREZ CALVO.

LA COLEGIALA.

¿Qué es una Colegiala? Hé aquí una pregunta que se me ha ofrecido desde luego al empezar este artículo, y me ha dejado tan suspenso, tan aturdido, tan anonadado como si bajo el mas severo castigo me hubieran propuesto la pronta resolucion del problema de la cuadratura del círculo. Por muy sencilla que parezca á primera vista aquella pregunta encierra sin embargo una responsabilidad muy grande, aunque no sea otra que la de pedir una definicion, y esto no es poco para el que tiene la desgracia de creer que nada definen, por lo regular, las definiciones: Será aturdimiento, sera insuficiencia, será tal vez desconfianza, será lo que se quiera llamar; pero confieso mi pecado, y juro ante la aterradora presencia de una maestra irritada que al zumbar en mis oidos esta interrogacion:—qué es una Colegiala? las fuerzas me han abandonado, la pluma se ha deslizado de mis manos, la cabeza ha caido en una de ellas, y con los ojos clavados en el techo, la boca abierta, y la mayor inmovilidad en todo mi cuerpo, he quedado sumido en un profundo letargo, durante el cual he visto pasar diferentes objetos y personas que venian en tropel á darme una respuesta á aquella pregunta: respuestas todas inconexas, estrafalarias, obscuras, en una palabra, nada satisfactorias.

El Diccionario de la Academia rompia la marcha con gorro de dormir,

diciendo que no habia tenido por conveniente dar una definicion exacta, y dejándome al son de buenas noches. Un honrado ciudadano, buen padre y buen esposo decia con la autoridad del Diccionario *que colegio es una casa destinada para la educacion y crianza de niñas*, y que por consiguiente la Colegiala seria una niña criada y educada en la casa destinada á este objeto: pero como el buen hombre llevaba en su frente el sello de la candidez, y tenia trazas de creer á pies juntillas todas las verdades teóricas que están sentadas en el catálogo de las mentiras prácticas, no me pareció oportuno darle la razon. Seguíale un jóven elegante con el pulgar de una mano metido en la sisa del chaleco, y ocupada la otra en juguetear con el lente mientras esclamaba lleno de admiracion:—«Fruta esquisita guardada en un almacen llamado colegio, que como dice Byron, *en él se aprende...*» lo demas lo dijo en inglés y no quise prestarle mas atencion, fijándola en una señora de edad dudosa pero bien parecida y mejor compuesta, que venia diciendo:—Gracias á Dios que está mi chica en el colegio! Bendita institucion!... Si hubiera seguido mas tiempo á mi lado era cosa de desesperarse... nadie hacia ya caso de mi... me importa poco que aprenda ó deje de aprender... con tal que esté allí cinco ó seis años.»—Y conforme iba hablando pasaba y repasaba su mano por los rizos con mucha coquetería, inclinando á un lado la cabeza con no menor estudio, y dirigiéndome una mirada lánguida y penetrante que me hubiera hecho lanzar del sillon á no haberlo impedido el que venia detrás, arrojándose alegremente en mis brazos. Era un hombre de figura esferica y ojos vivarachos; á cada apreton que me daba, decia con toda la efusion de su pecho:—Amigo mio! soy feliz! muy feliz!!! escesivamente feliz!!! Tengo una sanguijuela menos en mi casa: á fuerza de sudores y fatigas he podido conseguir para una de mis chicas una plaza pagada en un colegio... para las otras mi maña proveerá Dios mediante... por el pronto tengo una hija comida y bebida sin que me cueste un cuarto y lo demas es cuento.» Desapareció de mi vista repitiendo varias veces esta última frase al compás de sus dedos que iban imitando á las castañuelas, y me dejó frente á frente de una gravísima señora vestida de negro, que traia cubierto el rostro con la mantilla, al través de la cual se oian estas palabras:—Bendito sea el Señor que me ha dado lo suficiente para colocar á mi hija en aquella santa casa, donde no se verá espuesta á los peligros de este mundo engañador. Aunque salga de allá tan ignorante como ha entrado importa poco: lo principal es que sea una buena cristiana... para comer no le ha de faltar mientras viva... no necesita saber leer ni escribir, ni menear la aguja para...

Aquí estaba de mi vision cuando dí con las narices en la mesa, conociendo bien á mi pesar que me habia quedado dormido pensando en el articulo de la Colegiala. Me levanté azorado víctima todavía de la mas angustiosa pesadilla, y con los brazos cruzados en el pecho empecé á dar paseos de un rincon á otro de mi cuarto, impulsado por una fuerza oculta como si fuera un sonámbulo; pero reflexionando sin embargo en lo que habia de escribir respecto á la Colegiala Por fuerza, esclamé, me acosa algun diablillo al pensar en este asunto. ¿Cómo llevar á cabo mi empresa? Cómo he de pintar detenidamente y en todas sus

fases un retrato del que me piden la mas perfecta semejanza? A la verdad no es muy fácil cuando no se tiene delante el original, cuando ni siquiera se ha observado un momento: y cómo se ha de observar con la detencion que se merece si está cerrada á cal y canto para todo individuo del sexo feo la casa donde se oculta este tipo del bello sexo? Si á fuer de concienzudo historiador me valgo de *personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento*, tal vez me contarán lo que quieran y guardarán silencio en lo que yo crea tal vez mas necesario. Si lo escribo al buen tun tun sin órden ni concierto, poniendo en el papel todo lo que se me ocurra venga ó no venga al caso como si escribiera un artículo de política, ó de crítica teatral, de lo que menos me tacháran será de haber pretendido salir cuanto antes del paso.

Nada de eso: es preciso que yo mismo lo vea, y para esto pondré todos los medios que estén á mi alcance, me valdré de todas las tretas que se me ocurran, y en último caso llevaré mi celo hasta el punto de sentar plaza de demandadero: pero infeliz! nada conseguiria aunque asi fuese. Impelido por el mas ardiente entusiasmo trabajaria sin descanso en hacer las mas minuciosas investigaciones, y bien pronto me descubririan tomando mis puros y loables fines por otros de muy diverso género, y lanzándome un *fuera profano* que me dejaria mas yerto que al buen rey de Tebas: á él le echaron de un cementerio, cosa bastante agradable, y á mi... seria humillante no hay duda ninguna. Cómo pues he de valerme? A dónde hallaré remedio? A quién invocar? A quién pedir auxilio?—Venga á mi, esclamé finalmente tomando una postura teatral, y con la cavernosa voz de un nigromántico en el instante mas crítico de sus diabólicos conjuros; venga á mi alguna cabalgadura fantástica que me haga atravesar invisible por las rendijas de las puertas, y me dé á conocer la Colegiala estudiando, cosiendo, ó enredando en la clase, orando ú durmiendo en el coro, jugueteando en la huerta, y repasando en su imaginacion en el dormitorio y con el silencio de la noche en aquellos inesplicables momentos que preceden al sueño, todas las ideas que mas afectan á su alma. Venga la muleta del Diablo cojuelo, la capa de Mefistófeles, ó aunque sea el pálido caballo del Apocalipsi.

Apenas hube acabado de pronunciar estas palabras, cuando un ruido estraño zumbó al rededor de mi cuarto; la luz que me alumbraba se fué debilitando por momentos, y apagándose finalmente apareció con espantoso estruendo un ente sobrenatural de cuya descripcion tengo que privar á mis lectores, porque me hallaba enteramente á oscuras.

—Aquí tienes lo que buscas: dijo á poco tiempo de entrar con una voz que si nada tenia de humano, mucho menos tenia de divino,

—Y quién eres?

—No te importa saberlo.

A esta respuesta tan inquisitorial nada pude añadir por un momento; pero si sospeché bien pronto que aquel individuo pertenecia á la policía secreta de los reinos infernales. Esto era cabalmente lo que yo buscaba.—Vas á darme á conocer la Colegiala: le dije con voz entera y en tono de mando.

—Asi lo haré: pero te advierto de antemano que solo la verás de lejos y en el sitio donde me acomode presentártela.

—Y dónde ha de ser?

—Donde verás muy pronto si me das la mano.

Se la alargué maquinalmente, y apretándola como con unas tenazas, sentí que de repente faltó el suelo á mis pies: quise forcejear para desasirme pero ya ni era tiempo, ni podia hacerlo, pues iba hendiendo los aires con la velocidad del rayo, caballero en un estraño objeto que, examinándolo al tacto, conocí que era nada menos que el entallado corsé de una dama. Hicimos alto á poco rato de haber empezado tan peregrino viaje, y mi conductor me dijo que nos hallábamos sobre el colegio que me iba á proporcionar cinco tipos ó diferentes caractéres de la Colegiala. Paso en silencio el nombre y el sitio en que se halla colocado este edificio por las poderosas razones que dió Carloto de la muerte de su sobrino el marqués de Mantua.

Por tres causas: porque quiero
Es una, y por esta y esta.

La oscuridad me rodeaba por todas partes y no se percibia el menor susurro; yo permanecia en el aire como el alma de Garibay esperando con ansia que llegára el momento de ver lo que deseaba: no tardó mucho, á la verdad, en irse aclarando por grados un ancho espacio, viendo al fin distintamente mis ojos una huerta alumbrada por la débil luz de un crepúsculo de la tarde: debia ser de primavera porque los árboles estaban verdes y floridos, las flores exhalaban esquisito aroma, y un vientecillo suave movia blandamente las hojas. El silencio se fué rompiendo con la misma gradacion, percibiéndose una multitud de voces de distintos metales, que llegaron á herir á mis oidos con discordante clamoreo: al mismo tiempo que aparecieron los cuerpos de donde salian vestidos todos de la misma manera aunque con mas ó menos gracia. Eran por fin mis Colegialas; ya las tenia delante aunque lejos, é iba á observarlas no como deseaba, porque no era á mi ver muy á propósito para ello el momento ni el sitio que habia escogido mi misterioso conductor. Sin duda debió de adivinar mi pensamiento, pues antes de hacerle esta observacion me dijo con tono doctoral: —He escogido este sitio y este momento porque en ninguna parte se presenta con menos rebozo el carácter de la Colegiala como en las horas de recreacion.

—Pues, señor, bueno: tú lo sabrás mejor que yo: pero me parece que si permanezco aqui en el aire como un vencejo, solo podré decir de la Colegiala lo que están viendo mis ojos, que ciertamente es bien poco. Diré que es una muchacha como hasta de quince años, unas veces bonita otras fea, que salta, brinca, se está quieta ó se pasea, coge furtivamente la fruta verde de los árboles y la saborea como si fuera un manjar esquisito, y que es en fin una persona muy á propósito para poner por obra el precepto de la Escritura que dice: *crescite et multiplicamini.*

—Yo te he prometido dar las esplicaciones necesarias, y voy á hacerlo ahora á pesar de que me ha incomodado no poco tu réplica, que es lo que llamais en el mundo, no sé porqué, una salida de pie de banco. Préstame atencion. ¿Ves aquella muchacha juiciosa que está sentado al pié de un árbol, fijos sus ojos y todos sus sentidos en el libro que está leyendo, sin tomar la mas mínima parte en la zambra y algazara que se mueve á su alrededor?

—Por cierto que la candidez y tranquilidad de alma que revela en su fisonomía, la belleza de sus facciones, el aseo, la gracia, y ese *aquel* encantador con que lleva el hábito y el peinado me incitan á suplicarte que me dejes bajar un rato á su lado aunque no sea mas que para darle las buenas tardes.

—Silencio, y escucha: esa que estás viendo y que tanto te interesa es el primer tipo con que debes encabezar tus observaciones: porque es la que verdaderamente cumple con el objeto á que ha sido destinada en esta casa: es en una palabra

LA APLICADA.

Esta, prosiguió el misterioso *cicerone*, es la hija del primero que has visto pasar en tu sueño, y del que has dicho que llevaba en su frente el sello de la candidez, porque asi se os antoja llamar ahora en el mundo lo que antes se llamaba hombría de bien. Observas la dulce é inocente calma con que está leyendo ese libro? pues con la misma ha pasado los tres años que lleva de colegio, sin mas amargura que la que le proporciona algun que otro dia el sentimiento de no haber concluido sus tareas con el esmero que deseaba. Su corazon es tan puro como el cáliz de la azucena que lleva prendida al cabello, y todos sus impulsos se dirigen á que cuando sus queridos padres vienen á visitarla oigan decir á la superiora:—«Luisa es un ángel; es la maravilla del »colegio: la que á todas escede en las labores; la que tiene una conducta mas »irreprensible: la que mejor sabe hermanar los deberes de cristiana con las »obligaciones y estudios que van formando de ella lo que se llama una mujer »cabal.» Es imposible que tú puedas comprender ni figurarte el placer que esperimenta al sentir en su frente el cariñoso beso con que premian sus padres

tan halagüeñas noticias, y ni ella vuelve á esperimentarlo con tanta efusion sino es cuando ha concluido alguna labor esmerada, y se halla satisfecha de su obra. ¡Si la vieras entonces con qué noble é inocente orgullo recibe los elogios que la prodigan sus maestras; con qué atencion acoge las correcciones que la dictan por alguna leve falta; con qué modesto desden escucha las insulsas críticas con que procuran hacerla desmerecer sus envidiosas compañeras! Y sin embargo con estas siempre está afable y cariñosa, enseñándolas cuando no tienen la vanidad de creerse con mas talento, ayudándolas cuando les falta tiempo ó les sobra pereza para concluir una labor, intercediendo por las díscolas, alabando á las estudiosas, de todas amiga, y amiga de corazon. Ah! ciertamente sus padres deben gloriarse de haberla dado el sér, así como sus maestras de haber encontrado tal discípula, sus compañeras tal amiga, y ella de tener un alma tan dispuesta á recibir las impresiones que nacen de todo lo bueno, como fuerte para rechazar las que pueden hacerla torcer del camino de la virtud.

—Por Dios, ó por Satanás, tu dueño, que me dejes bajar á conocer de cerca á esa encantadora Luisa; yo te juro que...

—Calla! No escuchas la estriposa algazara que se levanta en aquel lado?

—La mayor parte de las Colegialas están riendo á carcajadas al rededor de un árbol mirando, unas veces á su copa y otras á la superiora que está sentada algo lejos leyendo un devocionario con los ojos cerrados.

—No sospechan ellas que está dormida, y si lo ha descubierto la que ha motivado esa alegría y esas risotadas. No la ves?

—Dónde? ay, Dios mio! es la que está encaramada en el árbol columpiándose en una rama? Se va á matar! Y qué linda! Qué vivaracha! qué... déjame bajar á sostenerla y haré una obra de caridad.

—No hay cuidado: mientras ella se columpia divirtiendo á las demas, yo te la daré á conocer, diciéndote de antemano, si no lo has adivinado, que es

LA TRAVIESA.

Ya te acordarás del jóven elegante que definia á la Colegiala, diciendo que era una fruta esquisita guardada en un almacen llamado colegio: esta muchacha es su hermana. Al entrar en esta casa no parece sino que quisieron introducir el

caballo de Troya, para que hubiera una guerra intestina perenne: pero guerra poco sangrienta á la verdad aunque fecunda en sutilezas y diabluras, que si hace perder la paciencia á las superioras, sirve en cambio de diversion á las discípulas, y de satisfaccion á la muchacha que continuamente está oyendo de ella, que es de la piel de Satanás. Tiene buen corazon, una imaginacion viva, capaz de sacar buen fruto de las lecciones que recibe, y sin embargo no se cuida de esto, pensando solamente en mil travesuras que la proporcionan muy buenos castigos, de los que se vé libre por lo regular inventando y poniendo en planta otras nuevas. En las horas de labor es la que ameniza la monotonía y pesadez del trabajo con cuentos y chistes: cuando reina en la clase el mayor silencio empieza á estornudar, á toser, y si tiene la dicha de que no la mire la maestra, entona con agudos chillidos un qui-qui-ri-qui! quedando despues serena é imperturbable como si nada hubiera hecho. Aunque nunca aprende las lecciones siempre halla modo de aparentar que las sabe tan bien como la primera, y si este no se le ocurre nunca falta disculpa que la salva. Te divertirias infinito con la multitud de diabluras que hace al cabo del dia, unas veces á costa de las superioras, otras de sus compañeras. Quién no se ha de reir al ver irritada á una maestra que la está reprendiendo, aumentar su cólera á medida que la muchacha responde, levantarse, dirigirse á ella y verla llevar tras si la silla en que estaba sentada, porque Amalia de antemano le habia cosido á ella los hábitos! En el coro se arrodilla detras de alguna devota, y cuando la vé que está en lo mas fervoroso de su oracion se deja caer encima, fingiendo que se ha quedado dormida. Un dia desapareció el rosario de la madre Tecla, y con el mayor asombro le vieron aparecer al mediodia entre los garbanzos: no hace muchas noches que la misma señora estuvo á punto de romperse una costilla porque al irse á acostar dió con la cama en el suelo estrepitosamente, sabiéndose despues que la señorita Amalia le habia puesto en falso las tablas, no contenta con haberla hecho pasar ocho noches de agonía, durmiendo entre sal y recorteaduras de cepillo: esto le valió un encierro de doce horas, al cabo de las cuales salió como si hubiera hecho á pié y por caminos llenos de matorrales una larga peregrinacion; tuvieron la poca precaucion de dejarla unas tijeras y se habia entretenido en hacer tiras el vestido, agujerear los zapatos, cortarse las cejas y la mayor parte del cabello, dejándose solamente un mechon en la coronilla como los chinos. Si te fuera á contar todos los recursos de su fecunda imaginacion tendria asunto para tres dias, y el tiempo que tengo que pasar contigo es muy corto. Fija la vista en aquella parte retirada de la huerta y observa bien lo que ves.

—Veo una muchacha, que bien tendrá diez y seis años; su bello rostro está cubierto de palidez, y sus ojos negros y rasgados parece que no tienen movimiento; tan fijos están en el objeto que preocupa su imaginacion. Me interesa sobremanera ese aire de tristeza que reina en su fisonomía, y buenas ganas se me pasan de bajar á preguntarla el pesar que la acuita, y á consolarla en su afliccion. No seas déspota; y déjame...

—Nada conseguirias: lo que la tiene así es un secreto que á nadie declarará mientras se halle en el colegio, y sin embargo la martiriza á todas horas. Observa bien su semblante, y si eres conocedor no tardarás en comprender que esta es

LA ENAMORADA.

Esta pobre muchacha es víctima de la coquetería de su madre, que como lo has oido de su misma boca, solo la tiene aquí para que no la haga sombra. La infeliz ha entrado en el colegio con el corazon asaeteado por los ojos de un primito que frecuentaba su casa, y las heridas de aquellos tiros se van profundizando con la ausencia, y envenándose con la soledad. ¿Qué es el colegio para ella sino una estrecha prision en la que no entra por ninguna parte el menor rayo de sol de su esperanza? Por eso la ves tan triste, tan abatida, siempre pálida y cadavérica, sin comunicarse con nadie, huyendo de todas para gozar con los recuerdos infantiles de lo pasado ó con las halagüeñas ilusiones de un porvenir dichoso, que algunas veces pasa como un relámpago por su imaginacion, para sepultarla despues en la mas negra melancolía: y esto ayer lo mismo que hoy, y hoy lo mismo que mañana. Triste vida es la suya sin gozar jamás un rato de calma y de alegría, sufriendo en cambio el martirio que produce el silencio, el despecho y la separacion completa del bullicio del mundo, entre cuya algazara habia abierto los ojos, habia crecido, se habia desarrollado, y cuyos goces empezaba ya á saborear, gracias al cuidado de su madre. ¿Qué ha de hacer la pobre Elvira sino llorar, consumirse, y marchitar las gracias de su juventud como la flor que la faltan los benéficos rayos del sol? ¿Qué leccion se grabará tan profundamente en su memoria como la que recibió una noche en un baile de los mismos lábios de su primo, con el fuego y entusiasmo que acompañó á la declaracion de éste, y con el anhelo, la zozobra y la alegría que se apoderó de ella al escucharla? ¿Qué oraciones dirigirá al cielo en el coro con tanto fervor como los juramentos de amor y fidelidad eterna que la hizo su amante al despedirse, y todavía resuenan en sus oidos y despedazan su corazon? Nada

mas quiero decirte de ella porque bien puedes figurártelo. Con mucha razon dijo un poeta francés del siglo pasado, que:

Désir de veuve est un feu qui dévore
Désir de nonne est cent fois pis encore.

Deja á la enamorada sumida en su contemplacion, y observa á esa otra muchacha que está tendida en el suelo con el mayor abandono, ocupada en ver un reguero de hormigas que andan buscando el agujero que las ha tapado. Ninguna podrá fijar con tanta avidez su atencion en semejante objeto sino es

LA HOLGAZANA.

Observa su peinado descompuesto, su ropa mal traida y llena de manchas, y eso solo te dará idea de la desidia y pereza que la domina. Aunque ves que los dedos de la mano derecha estan cubiertos de tinta, no creas que es amiga de escribir, al contrario; no hace mas que emborronar papel pintando unas figuras que quieren ser monigotes, y unos garrapatos gruesos que á todo se parecen menos á letras. En la clase de costura sino se queda dormida, dá unas puntadas como de esterero, y presenta una labor tan esmerada que la vale estar de rodillas una hora y otra hora, dándose por contenta con tal de no seguir el trabajo. Su principal ocupacion en el colegio, aquella en que pone todos sus cinco sentidos, es la de comer y dormir bien: lo demas le importa muy poco, lo mismo que á su padre *que ha podido conseguir una plaza pagada para una de sus chicas, y ya la tiene comida y bebida sin que le cueste un cuarto.* Esta es la diversion de sus compañeras, y el blanco de todos sus tiros: pero ella tiene una gran dósis de filosofia cínica para no inquietarse por nada, si no se la toca á la pitanza y no se la perturba el sueño, que mejor puede llamarse una continuada modorra. A ninguna pregunta que le hagas te responderá de otro modo que encogiéndose de hombros y bajando la cabeza, para decirte:—Yo no sé! Verdad tan completa, tan esplícita, tan clara que no se necesita oirla de sus labios para convencerse de que es una calabaza ambulante con el cabello desgreñado y los zapatos á la rastra. Vuelve de ella los ojos antes que encierre la mitad de las hormigas en un cucuruchito para divertirse despues, y sigue con la vista á aquella otra que

con el dedo en la boca y mirando al soslayo, vá recatándose de sus compañeras y dirigiéndose con cautela á donde está la superiora. De esta ha querido hacer su madre una santa, y solo ha logrado sacar una hipócrita, á quien llaman las demas

LA ACUSONA.

Ahí la ves en el ejercicio de sus funciones rebosando de alegría porque va á contar á la superiora como la Amelia se ha subido á un árbol á coger fruta y á columpiarse en una rama. De esta huyen todas como yo del agua bendita, porque saben sus mañas, y ella anda siempre á la husma procurando coger alguna palabra vedada, algun descuido, alguna accion de las que pueden llevar un castigo, para contarlo inmediatamente á la que pueda imponerlo. Aunque es muy corta de alcances y estudia poco, la salva esta cualidad, y la pone en el mejor lugar con las maestras y directoras. En la clase mira mas á sus compañeras que al libro y la labor, y siempre de reojo, furtivamente, con disimulo para gozarse en cogerlas en falta: es una araña que está atisvando á la mosca. Cuando alguna está castigada porque ella ha *dado el soplo*, se complace en verla sufrir, sonriéndose con los ojos bajos, oyendo despues con una paciencia aparente los reproches y dicterios en que la echan en cara su malignidad. ¡Pero ay de ella si tiene la poca prevision de quedarse entre las demas en algun momento que se ausenta la superiora! ya puede contar por seguro el martirio, recibiendo de unas pellizcos; de otras pescozones, y la masagraviada la pincha con un alfiler, la que no lo está menos la tira de las narices, y todo esto mientras entonan un coro á su alrededor: —*Acusona de barrabás, en el infierno te hallarás*! En el infierno se halla ciertamente hasta que vuelve á aparecer la superiora, y entonces de resignada y paciente se trueca en altiva é imperiosa, mirando á todas con los ojos como brasas, con la boca contraida por el despecho donde quiere asomar una sonrisa infernal que las dé á conocer lo mucho que les agradece la ofensa, porque la proporciona una completa venganza.

Pasemos á otra que nos dé mas halagüeñas ideas de su alma: pero bien mirado es inútil, porque con corta diferencia no hariamos mas que repasar las

que ya hemos visto: por otra parte la campana del convento nos las saca de la huerta, y yo, como sabes muy bien, no puedo entrar en sagrado.

Volvió á rodearme en un momento la oscuridad, desapareciendo de repente la huerta, las Colegialas y todo cuanto estaba debajo de mí, y pasó un largo rato en silencio mi misterioso guia dejándome sin embargo sin subir ni bajar, perdido entre las nubes como un trueno.

—Y qué voy á hacer aquí ahora? le pregunté asustado: es cosa de que por observar á la Colegiala voy á pasar la vida de los pájaros recorriendo las regiones aéreas montado en este corsé? por mi nombre que...

—Quiero que completes tus observaciones, viendo ahora cuál es el porvenir de esas cinco jóvenes que han fijado nuestra atencion.

—Que me place: pero despacha pronto; porque esta cabalgadura tiene una maldita ballena que me está crucificando.

Antes de acabar de hablar me pone la mano delante de los ojos, y como al través de un lente veo con la mayor claridad un lindo y bien adornado gabinete, en uno de cuyos rincones hay una cama donde duerme un niño, teniendo á su lado guardándole el sueño á una agraciada jóven, vestida con elegancia y sin afectacion, que bien demuestra que es su madre por las miradas cariñosas que le dirige, por el cuidado con que le vela, por el aire de satisfaccion y de alegría que refleja su semblante. Aquellas facciones no me son desconocidas, aunque se conoce que han variado algun tanto desde que las ví por primera vez.

—Esa es Luisa, la aplicada del colegio, me dijo el *cicerone*: ya hace dos años que salió de él y uno que vive en la mayor felicidad, abierto su corazon á todas las delicias que proporciona el amor de esposa y de madre.

—No vayas tan ligero, qué diablos! Ya han desaparecido Luisa, el niño y el gabinete, presentándose en cambio un salon de baile lleno de bellezas y fealdades que andan de aquí para allí haciendo que bailan. Ni una cara conocida! Ah, si! me engañaba: allá hay una que tiene cinco ó seis jóvenes al retortero burlándose de todos, y todos segun parece muy prendados de ella.

—Quién ha de ser sino la traviesa? Lo mismo hace aqui que en el colegio, enredar y sacar partido de todo. De ninguno hace caso en realidad aunque no los desanima, dando á unos promesas, á otros suspiros, á otros sonrisas, y á nadie su corazon, que mas vivo que una mariposa vuela y desaparece de entre las cadenas con que algun infeliz ha presumido esclavizarlo.

—Déjame bajar y bailaré un vals con ella... pero qué es esto? voló el baile, y las muchachas bonitas, y las viejas feas, y en dónde estoy? para qué me traes á este cuarto miserable donde apenas puedo ver lo que contiene con la poca luz que derrama ese agonizante veloncillo? Allí está una jóven pálida y descolorida

como rosa
que ha sido fuera de sazon cogida.

Sus ojos se van cerrando mas por el cansancio y la fatiga que por un tranquilo

y apacible sueño: en su mano tiene un papel que acaba de escribir y parece la continuacion de otros que hay sobre la mesa. Veamos lo que dice:... «Ya sabes »como me escapé con Enrique del colegio y no necesito darte mas esplicaciones, »porque demasiado público se ha hecho este suceso. Lo que nunca habrás »sospechado ni creido que llegára á suceder, es que exista un hombre tan »perverso que despues de mil palabras y mil juramentos me haya abandonado »completamente dejándome sumida en la miseria, separada de mi madre que no »quiere perdonarme, y separada del mundo que me juzga mas culpable de lo que »soy...» Pues me gusta! cuando me iba interesando esa escena echas el telon y me dejas á oscuras de lo demas! y para qué? para traerme á otra habitacion donde están chillando, llorando y rabiando dos chicos, pintadas las caras de chocolate y con todas las señales de estar muy poco cuidados. Aquella obesa y corpulenta mujer que está mas tendida que sentada en el sofá será su madre? Sí tal: se parecen en la cara, en el cuerpo, y mas que todo en la desidia que despunta en ellos y rebosa en ella. No necesitas decirme que esta es la holgazana del colegio, porque bien la conozco por su interesante ocupacion: dejémosla dormir en paz y llévame á ver la acusona. Cuidado que no te he dicho que me traigas á la policía; nada tengo que hacer con ella á Dios gracias: pero calla! al través de la mantilla con que trae cubierta la cara esa señora distingo las facciones de la persona que deseaba ver: sí, es ella! la hipócrita, la acusona del colegio que se ha convertido en agente de policía la secreta, vulgo espia. Pase Vd., señora, y Dios me libre de encontrarme con Vd. en ninguna parte.

Quitó el diablillo la mano que tenia delante de mis ojos, y á poco tiempo me encontré sin saber cómo en mi cuarto arrellanado en mi sillon; pero tan molido, tan aspado, tan falto de respiracion como un cómico de pocos pulmones que ha ejecutado un largo papel en una larga comedia, y al llegar al final apenas le quedan fuerzas para hacer al publico una cortesía, y decirle en tono sumiso

Aquí acabó la comedia
perdonad sus muchas faltas.

CARLOS GARCIA DONCEL.

EL USURERO.

Como las necesidades de todos los pueblos organizados sean idénticas casi sin escepcion, y los *modos de vivir* de sus individuos no tan arbitrarios que se cimenten fuera del terreno de estas: pues ya en la opulencia y su desidia se ven precisados á pagar las obras de otros; ya en la pobreza que suspira mediania ó en la medianía que ambiciona grandeza, á desplegar solicitud para recibir medios en cambio de modos, es decir, provecho á vuelta de servicios; y como el espiritu de imitacion haya uniformado mas y mas tan indispensable vaiven entre las diferentes naciones de esta especie de sociedad; no será estraño que al trazar el modelo de los que ejercen cualquiera profesion, oficio ú ocupacion ordinaria de nuestro pais, bosquejemos de paso un ente recibido en el estranjero, y que acaso no le podamos prestar para evitarle ser un cabal retrato, mas que algun traje, provincial, que á manera de enclavado trofeo resiste á la volubilidad de los tiempos en medio de esta cambiante trapería, ó tal cual dicho que orgulloso con su celebrada sal española, rehusa deslavazarse en ese baño de estilo que asimila los modos de decir: y aun estas dos pequeñas divisas no caben, por otra parte, en todas nuestras representaciones; asi que

los escritores que han pintado á sus compatriotas, no se han propuesto precisamente consignar tipos de nacionalidad esclusiva, sino seguir á aquellos en diversos rumbos de la vida social.

Sentado esto, me determino á presentar el simil del Usurero, tal cual lo arrojan unos apuntes llegados á mis manos á bordo de un gaban ajeno, que en vez del mio me tocó al salir de un baile de Villahermosa (trueque que aun no ha podido deshacerse) y de cuyo contenido no escrupulizo hacer uso, porque á su vez el nuevo dueño de lo que fué mi abrigo habrá esplotado de sus bolsillos curiosidades peregrinas para el fuego.

Si la pluma de este escritor se prestó á sus afanes en escudriñar la índole y manejos del logrero, aunque esta industria no nos sea peculiar, la pintura podrá tener de española el haber sido calcada sobre originales de nuestro suelo; porque quien la delineó no tuvo tiempo para ir á correr cortes, tónica circunstancia viajera que echa de menos en sus minutas. En cambio esperimentó demasiado á los rabinos de Madrid, y despechado de sus pícaras jugadas procedió á las siguientes descripciones.

I vent no slander, owe no grudge,
Nor of another's conscience judhe;
At him or him I take no aim,
Yet dare against all vice declaim.

MOORE.

No calumnio ni insulto, ni juzgo de las conciencias ajenas, ni dirijo mis ataques á personas determinadas; pero no tengo reparo en levantar mi voz contra toda clase de vicios.

Dilatada se ha hecho en nuestras miserias la escala de la usura, caprichosos y desemejantes en sus formas los peldaños que la atraviesan, y á pesar de que con las desdichas han crecido las logrerías, no es fácil determinar si los logreros se aumentan en proporcion de los desdichados, ó los desdichados en proporcion de los logreros. Lo cierto es que ya no son contados ni señalados á dedillo estos últimos, porque como el oficio de prestar á logro causa tan poca fatiga, parece que media humanidad se ha propuesto evadir la sentencia del Todopoderoso de ganar el pan con el sudor de su rostro, y se ha dedicado á proporcionar refrescos á la otra media cuando traspira demasiado, para que sude por ella y por sí.

Cuando hablo de media humanidad que se sofoca hasta el mas estertóreo jadeo y se evapora hasta la aniquilacion, no hago referencia precisamente á los proletarios: si estos se arrastran penosamente en su escasez, no se fatigan menos los ricos en sus goces: y cuando observo que hay otra media sociedad que se

lucra y descansa, por supuesto que no me refiero genéricamente á los que poseen: aludo tan solo á aquellos que adventicia, facticia ó ficticiamente son tan inmorales, es decir que nacieron tan exentos de moralidad, perdieron tan absolutamente su moralidad, ó transigen tan por entero con su moralidad, que especulan sobre las miserias y pasiones de sus semejantes: trato espresamente de los Usureros, de aquellos que tienen suficiente dureza del corazon para que ni el aspecto de la desgracia les conmueva ni los ruegos les ablanden; de aquellos que respiran tanta malignidad que ceban al vicio hasta la trampa y reclaman á la pobreza hasta la red; que despliegan tal astucia, que colocados entre los dos estremos sorben los haberes del pudiente y chupan los sudores del infeliz, porque al grande que ha agotado sus fuerzas luchando con la elevada atmósfera en que vive, le prestan auxilio (que á manera de cuerda de reloj se acabará tambien) para que siga hasta derrumbarse de su eminencia, y al pequeño que surca desfallecido en la hondonada, le van adelantando su mísero alimento hasta que se estrella en el primer escollo.

No es fácil averiguar de cuál de estas dos clases saca mas provecho el Usurero; porque si á la primera merma anticipos mas considerables, á la segunda, como mas dilatada, cercena mayor número de socorros. Merma y cercena, sí, porque presta el valor de una finca con su mitad y el de una copa ó un trebejo con lo mismo, deduciendo un exagerado deterioro.

Tarea difícil es la de investigar de dónde ha salido esta *profesion*, quiénes fueron sus fundadores, á qué circunstancias es debido su orígen y propagacion casi imposible es fijar historia y abolengos á la mas simulada traza del entendimiento del hombre; sin embargo he recorrido la historia antigua en busca de datos, y voy á ver si me doy maña para resolver con arreglo á ellos, y en parte al menos, algunas de estas importantes cuestiones.

Al que inventó la moneda se le acusó desapiadadamente de haber privado de paz á la sociedad; y entre los denuestos que se le dirigieron hubo el siguiente exasperado dilema: O has hecho conocer la moneda para comprar con ella los goces, ó la inventaste solo para hacerla desear por su brillo, y que todos nos desprendiésemos de lo que poseemos para apropiárnosla y guardarla: en el primer caso, el que ve una propiedad tan relevante en las piezas de metal, no podrá menos de cobrarles cariño y despues de cambiarlas por sus caprichos, no quedará muy gozoso cuando se iba acostumbrando á lograrlo todo con su influjo, porque la ambicion es interminable y tú la has desarrollado: en el segundo caso, has inventado una cosa inútil, porque la moneda es insípida para alimento, seca para apagar la sed, dura para lecho, fria para abrigo, pesada para adorno, é infecunda para cultivo: es una engañifa que no satisface mas que á los sentidos de la ilusion, al oido y á la vista: ningun fruto sacamos de ella mas que desearla y enemistarnos por su posesion, porque siempre se halla distribuida desigualmente para mantener la envidia; y si los elementos no la devoran, nosotros estamos siempre en acecho para apoderarnos de la del vecino. Despechado el autor del invento, vagaba de poblacion en poblacion, hasta que ciertos hombres que

especulan ya en las primeras materias, prestando sencillo para cobrar doble, conocieron la utilidad que la moneda les proporcionaria en sus tratos, y nada les fué mas fácil que hacerla adoptar con el tiempo hasta de los mismos que mas lo repugnaban al principio. Esto sucedia en los primeros siglos del mundo, pues consta que la moneda fué ya conocida en tiempo del patriarca Abraham, el cual pagó en *siclos* varias tierras que compró á algunos reyes sus vecinos: y de aquí puede deducirse la antigüedad de la profesion usuraria, puesto que habia ya Usureros antes de la invencion de la moneda. Despues de estos padres de la usura, los hebreos cuando estuvieron esclavos en Egipto, y luego cuando viajaban por el desierto en busca de la tierra prometida, tuvieron necesidad de someterse á varias ordenanzas acerca del préstamo á interés. Así el primer legislador del mundo se vió ya obligado á ocuparse como de una cosa importantísima, de poner límites á la usura, que iba haciendo rápidos progresos en el pueblo escogido por Dios, y que no sabemos hasta dónde hubiera llegado si Moises no hubiese juzgado oportuno ponerla cortapisas. Los fenicios, que puramente eran comerciantes, que anduvieron siempre á caza de minas y solo querian dinero, podian vanagloriarse de contar entre sus compatriotas á los mas famosos Usureros del universo: los griegos y los cartagineses no les iban en zaga; despues los romanos tuvieron tambien sus padres de la usura, así como tenian sus padres de la patria: y en los tiempos modernos los judíos y genoveses han dejado fama de grandes Usureros.

Los de hoy dia proceden de estas dos últimas escuelas, y de sus circunstancias parece desprenderse el siguiente retrato:

Como son avaros al mismo tiempo, por lo comun hay pocos jóvenes entre ellos, porque la avaricia es dote casi esclusiva de la ancianidad, es una pasion fria, digámoslo asi, que no quiere reinar sino despues de haber desalojado á todas las vehementes es una disposicion de refinado egoismo que detesta los impulsos generosos del alma. Como suspicaces y calculistas, sus ojos son inquietos y escudriñadores, y á fuerza de muda cavilacion y ansiosa vigilia, su boca es por lo regular sumida; su barba saliente y puntiaguda; sus mejillas enjutas y pálidas; su nariz prominente y afilada; sus cejas parece que quieren cumplir sus deseos de encubrir la mirada y se han poblado á fuerza de ceño con el pelo que pierde su cráneo: son un tipo perfecto del avaro; la misma avaricia personificada, la codicia hecha carne, la sordidez en forma humana.

El Usurero, naturalmente desconfiado y receloso, tiene siempre cuidado de exigir recibo del todo por la parte, mientras su víctima toma la parte por el todo. Es tan especial esta precaucion de amalgamar en el *pagaré* el capital y los réditos, que entre las innumerables formas y matices de Usureros nuestros conciudadanos y las variadas cláusulas de tratos en sus operaciones, apenas hay una que esprese el *recargo del préstamo por el entretenimiento.* De este modo de obrar saca varias ventajas el logrero: en primer lugar, parece que ha prestado sin interés; en segundo, aunque este escede al permitido por la ley, no se le puede probar que abusa: en tercero, no necesita devanarse mucho los sesos para atar cabos,

que la travesura de algunos de sus agraciados no pueda desanudar, y solo tiene que atender al cumplimiento de los plazos.

El haberse reducido á un contexto tan sencillo las obligaciones de facilitacion á logro, es sin duda el motivo de que hayan tomado parte en este ejercicio personas de mucha avaricia y holgazaneria, pero de pocos alcances; porque como una de las familias que esplotan estos sedentarios chupones es la de los tramposos, prole sutil y de trazas, avezada en evasivas, seria muy espuesta la multiplicidad de bases contra quien lleva ya estudiadas fórmulas capciosas y de doble sentidos Por eso ha llegado á sembrarse en el hebráico bancal de la fructificacion monetaria hasta el mezquino salario de la cocinera; por eso se atreve á dar tantos de delantera el mas soñoliento abacero al mas saltimbanqui petardista; por eso forrado en grasa y asomando á una elástica encarnada su poco artera facha, se ha resuelto el tocinero astúr á invadir la arena en que retarian los fenicios á todo campeon necesitado.

Pero contraigámonos al Usurero propiamente dicho, ó que no conoce otro medio de subsistir que este amaño; á aquel que una vez reunido un capitalito no lo emplea en nada, sino que á manera de los muchachos que en tiempo de nevada forman su primera pella y la hacen rodar sobre el suelo para que vaya robando la masa que le cubre, asi ellos sueltan su peculio á girar sobre todo lo que es ó vale dinero á fin de engrosarlo con su aligacion; pero si la turba pueril, deslumbrada con la candidez del esponjoso manto, suele no sospechar un arroyo que este encubre, deja hundir en él su bola y la gastadora corriente la deslie, no haya miedo que el Usurero caiga en un garlito casual ó preparado; porque estratégico caudillo de un cartucho de medallas, ó táctico capitan de talegos, siempre es avaro, y al acariciar á sus adalides para enviarlos á la conquista, lo primero que les asegura es la retirada: de lo que nunca se fia es de las apariencias, y siempre presta sobre prenda pretoria. Siguiendo las máximas de ciertos monges luctuosos, aventa al entrar en su carrera todas las relaciones de parentesco ó de cualquier género de intimidad que pudieran precisarle á consideraciones de confianza al plantear sus tratos: revistiéndose del mas glacial estoicismo, ni los halagos apartan su persecucion si falta el cumplimiento de aquellos, ni los ultrajes del despecho le hacen mella. Parece que no le queda mas que un ramo de sensibilidad, el de la adquisicion: ha dejado brillar sus armas en una campaña, y sus armas han de volver á su pabellon, y han de volver con el calculado botin. Sin embargo, parece asomar alguna muestra de piedad al mústio ceño del iuchador genovés, cuando el territorio al grita invadido «treguas, por Dios, descanso: nos quereis esterminar por la coseche presente, y si nos dais vagar economizaremos la mitad de ella y podremos dárosla con toda la venidera.» Entonces suele acceder, pero nunca sin tomar nuevas posiciones de afianzamiento.

Son infinitas las categorías, especies y variedades de Usureros, pero podemos reducirlas á cuatro principales, á saber: aristocrácia, clase media, plebe, é ínfima plebe.

El Usurero aristócrata suele tener excelencia ó señoría; arrastra coche suy ó alquilado, segun el menor ó mayor grado de avaricia: elige por teatro de sus operaciones las ruinas zozobrantes de su pátria; por víctimas, á clases enteras de la sociedad, por fruto, el producto de las fatigas del soldado, de los sudores del labrador, de las vijilias del artesano, de las penurias del arriero, de los riesgos del navegante: son como plantas parásitas, que absorben el jugo del pais sin dejarle utilidad ninguna, y que desde un oscuro rincon se les ha visto elevarse á una altura que asombra, no con gran lujo (el Usurero no hace gastos inútiles) sino con los caudales que se les ven manejar: las desastrosas tormentas civiles son su elemento y con sus ráfagas sulfúricas y sus turbiones infectos, se les ve como á los sapos á las primeras gotas de una tempestad de verano, avivarse del polvo como por encanto, pareciendo que los llueve el desórden y que el estrago hinche sus rugosas pieles.

Despues de estos vienen los Usureros de la clase media y de medianos capitales, que prestan sobre propiedades saneadas. En todo son medianos estos vichos, menos en los intereses que estipulan y en las tendencias de usurpacion que les asisten. Esta clase es la mas numerosa, aunque no todos los que la componen son conocidos de los profanos. Los hay que semejantes á aquellos reyes de que nos hablan las historias antiguas, solo se dejan ver de sus ministros. Estos ministros son, si queremos dar alguna propiedad á una comparacion mas elevada, como los satélites de un planeta opaco que ni quiere brillar, ni estar donde haya luz: si no hemos de pasar de tejas arriba, son la red que tiende esta araña misantropa para no abandonar su rincon hasta que ha prendido mosca en ella; y si hemos de mantenernos sobre el suelo, son practicantes de la profesion, Usureros de menos cuantía, corredores del oficio, corchetes de la ocasion, corre-ve-y-diles de la trampa, *sub-enredatarios* del dolo, avenidas del ardid, anzuelos del logro: finos sabuesos que traen la pieza á la mano y cobran en huesos, piltrafas y desperdicios.

La tercera clase es la que puede titularse plebe: estos especulan en viudas, cesantes, retirados, frailes, empleados activos de corto sueldo, poetas, estudiantes, jugadores y mayorazguillos, ganado menudo que trasquilan al pormenor, si bien en las arcas del logrero entra por mayor el producto del tanto por tanto en alivios sencillos, y el tanto por tanto en los que pasan de aqui.

Los chinos son tenidos comunmente por los hombres mas fáciles de engañar, y hasta el dia no se han distinguido los mas difíciles, pero yo no tengo la menor duda de que son los usureros, y entre estos los mas *duros de pelar*, como suele decirse, los de la tercera clase. Tan acostumbrados estan á tratar con gente de poco pelo, que ocultan cuidadosamente el suyo, hasta el punto de no tener de dónde asirles el enredo mejor dispuesto, ni la intriga mejor combinada: se fingen ranas en materia de pelos. Esta especie de usureros calvos suele ser conocida en las oficinas del estado, donde generalmente se introducen en concepto de apoderados de pensionistas, jubilados, etc., y de paso preguntan si tal ó tal sugeto goza este ó el otro destino, si tiene sus pagas desempeñadas, qué atraso le aqueja,

con otras noticias que le hagan conocer si el pájaro que tiene entre las uñas puede ser dueño de todas las plumas que visten su cuerpo, y calcular por las probabilidades de cobro el interés que ha de llevar, el cual varía desde un 80 á un 500 por 100. Las lluvias de incesantes cesantías, las ventolinas de traslaciones y el sol ardiente de los arreglos y plantillas, han propagado esta semilla usuraria de un modo prodigioso; y si el desnivel de las cosas en tiempos de borrasca ha hecho trasmigrar fortunillas de poco quicio, todas estas se puede decir que han venido á fomentar el gérmen del Usurero de que hablamos.

Para dar una idea de las maniobras de estos nenes, estractaré el diálogo habido entre uno de ellos y un malaventurado paisano mio, jóven poeta de *esperanzas*, que se vió al borde de la *desesperacion*. Algunos amigos que le vieron apuradillo le dijeron que habia un vetusto y enchochecido *guardatarjas*, tan ruin y pobre diablo, que teniendo un peculio considerable, solo aspiraba á no desmembrarlo, y su codicia no se estendia mas allá de un módico censo por el préstamo para sufragar á su mezquina subsistencia; y que en viéndole podria formar idea de lo poco que para esto necesitaba, porque en el sitio y estension que ocupaba su zaquizami podria conocer lo poco que enriquecia al casero; en la hechura de su ropa, que no habia recibido palabra de sastre en este siglo, y en su apabilada macritud que se mantenia con migajillas. Aconsejáronle al mismo tiempo que no le dejase traslucir su completa carencia, porque decian: «es un vejete tan gallina, y le afectan tanto las angustias del prójimo, que no le queda un soplo de ánimo para socorrerlas: en fin lleva entendido que su caridad es muy espantadiza, y preséntate antes como protector que como pretendiente.» Propúsoselo así, vistió las mejores galas que se le proporcionaron, y trepó al nido del buho, que no se le abrió, á pesar de su importante apariencia, sino despues de algunas precauciones. Pasó adelante, y reparó la figura de su introductor: todo era indefinible y solapado en él: si se queria averiguar su estatura, era necesario calcular una porcion de curvas que la embebian; si se procuraba inquirir la magnitud de su frente, los escasos mechones que le quedaban en el cogote estaban crecidos y afianzados con un peinecillo para cubrirla; si se trataba de investigar su color, era preciso descargarlo de un paño aceitunado de que su vegetacion á la sombra lo habia cubierto, como las plantas ahiladas de los subterráneos: parecia un recóndito alquimista, pavonado al humo de sus hornillos y crisoles. Mi amigo, al menos, dotado de una imaginacion comparadora se lo figuró así, y no alimentó gran confianza. El se adelantó á preguntarle con tipli-gangosa voz:

—¿En qué puedo servir á Vd., caballerito?

—Mi amigo D. N. me ha informado de que se halla Vd. en disposicion de sacarme de un compromiso de dinero.

El avaro, que le tuvo por hombre de suposicion, queria sin embargo aclarar el punto, y le contestó:

—Yo soy un pobre cuya honradez, bendito sea Dios, merece tal confianza á algunos sugetos acomodados, que me encargan disponer de la colocacion de sus fondos.

—Para el caso es igual: Vd. se veria con ellos....

—Eso sí señor.... Lo decia yo porque ya conocerá Vd que debo corresponder por mi parte á un favor, que me está sosteniendo con la economía que Vd. ve, con todo el escrúpulo que exige de un hombre de bien el agradecimiento.

—Seguramente, es muy justo.

—Eh? me alegro que piense Vd. de ese modo, dijo el supuesto agente con una risita y un acento que parecia cansino silabeo, y no le obligaba á abrir mucho la boca.

—¿Y cuándo podré saber la determinacion de Vds.? preguntó el jóven que reparaba en la mirada de su adversario una actividad muy diferente de su acento.

—El caso es que á Vds. nunca les hacen falta pequeñas cantidades.

Entonces sintió mi amigo haber de desmentir su porte aristocrático con la grosera reclamacion de un par de onzas; pero como era hombre de genio florido, adornó su pequeñez con el siguiente follaje:

—Qué! no señor; y aun yo nunca hubiera creido verme en la necesidad de buscar dinero; pero confiado en letras que me remiten de casa, he hecho gastos sin consideracion: las esperaba á la vista, y me encuentro con que son á plazo; así no necesito mas que para pasar hasta su cumplimiento.

El Usurero echó á un lado esta hojarasca, y siguió averiguando suavemente.

—Ah! ¿Es corto el empréstito qûe Vd. necesita?

—Sí, corto.

—Dos ó tres mil reales?

No se sintió el interpelado con fuerzas para responder de lo que llamaba poco el vejete, y algo desconcertado con estas pesquisas en hipótesis, contestó:

—Qué! ni aun eso: si las letras vencen dentro de cuatro dias.... un par de onzas.

—Ya.... sí.... bueno.

—Pues.... para no estar sin algo.

—Esos préstamos de pocos dias se hacen al premio de peseta por duro; de modo que si las letras estan ya aceptadas, pueden comprometerse al reintegro del préstamo.

—¡Canario con el estantigua agonizante! dijo entre si el sitiado sitiador.

—¿No le parece á Vd.?

—No quiero tocar á las letras, porque seria dejarlo conocer á mi familia.

—Es verdad: no habia yo pensado en lo que es la edad de Vd.; ademas de que el reloj y la cadena serán suficiente garantía....

—Tampoco necesito empeñarlos: tengo unos papeles que valen tanto como esto, por lo menos.

—¿Títulos al portador?

—No: unos escritos de mi propiedad que...

—Pero se necesitará el consentimiento del papá para hipotecar la propiedad que representen esos papeles.

—Si la propiedad está en ellos.

—Bien : serán escrituras de fincas , y es lo que digo.

—No son mamotretos: son opúsculos y composiciones poéticas.

Aquí cambió notablemente el esterior del logrero, aunque en su aire complicado nada se podia descifrar sino el prescindimiento de la hipocresía; porque aquella larva apagada é inactiva habia soltado su hombre luego que no necesitó aprisionarlo en disfraces. Hallóse á pique de rabiar al ver frustradas sus esperanzas : estuvo á punto de morder al considerar que aquello podria ser una chuscada para atormentar su ambicion ; y no pudo reprimir una carcajada bastante varonil al pensar que podia caber en caletre humano que él trocára sus onzas por poesías. El cliente, á quien no habia dejado concluir con esta metamorfosis, se apresuró á decirle :

—¡ Señor mio ! estos escritos valen dinero.

—Yo me alegraré que Vd. los venda , dijo el anticuario de moneda corriente casi enderezándose.

—Es que ya están admitidos por un librero, y puede contarse con su cobro conforme se vayan publicando.

—Caballerito, yo no puedo imponer en conciencia el dinero de mis poderdantes mas que sobre objetos tangibles: acaso otro que lo maneje en propiedad aprovechará esa nueva riqueza que Vd. posee: y diciendo esto se puso á enseñarle el oscuro camino de la puerta.

—¿Con que no quiere Vd. enterarse?...

—Si no es sobre las prendas que he dicho á Vd., nada.

El pretendiente salió sin responder ; y él , despues de asegurar su puerta, entró con las manos cruzadas atrás , y echó una ojeada temerosa hácia el rincon donde sin duda tenia el repuesto , como si se estremeciera del riesgo que habia corrido de ponerlo en peligrosas relaciones con el humo del Parnaso.

Llegamos por fin á la última clase de Usureros , á los de la ínfima plebe , al inmundo cenagal donde hormiguean los logreros , revueltos con la prostitucion, el latrocinio , la embriaguez y todas las pasiones indignas.

Podrán discurrir los moralistas que si bien toda usura es un robo , no todo robo es usura , y que por tanto pueden apartarse entre sí estos dos hechos; pero en el género de logrería que voy describiendo , el robo camina generalmente tan unido con la usura , que con dificultad se les distingue. Así el encubridor de ladrones y la guardadora de ajenos gustos: el mantenedor del juego, el tahur y el baratero, el estafador, el chalan y el mohatrero, roban y usurean á la vez sin que se sepa si en sus acciones latro-usurarias entra mas daño de hurto que de logro. Roba el tabernero que da el vino al fiado , cobrando despues por mayor cantidad que la que prestó: roba , y en este robo hay algo de usura: usurea el tenderillo que fia el aceite y las velas , percibiendo luego valor de libras por valor de cuarterones : usurea , y en esta usura hay algo de robo. Roba y usurea á un tiempo el prendero que presta sobre objetos que sabe ó presume con fundamento ser robados : roba y usurea el demandadero de las cárceles y

presidios que ademas de apropiarse gran parte del dinero que le entregan para compras, abusa todavía de los miserables presos, engañándoles en el precio. El robo, pues, y la usura, si descendemos á sus ínfimos grados, son hermanos carnales, hijos ambos de la corrupcion y del desenfreno. Con el tiempo estos dos hermanos, que al principio caminan unidos, se apartan para conducir á sus prosélitos á sus distintos fines: el uno los lleva al patíbulo, la otra á las riquezas y comodidades, si el logrero sabe aprovecharse de las que agenció.

Hemos visto al Usurero en sus situaciones mas ostensibles; puede añadirse que entre cada una de estas hay innumerables formas, complicadas con otros comercios, que ó son puntos de transicion por donde sube ó se replega cada una de las clases puramente usureras segun sus lances de fortuna; ó apostaderos perennes desde donde aguarda el esquilmador á la necesidad, envuelto en ajenas trazas, ó familias estrañas á la usura, pero que no rehusan darle hospedaje, y acaban por convertirse á ella. Así vemos al sastre, cuyo oficio lo mas que daba de sí á fuerza de sesgos, piezas y contrapelo era un retazo mayor ó menor, que hizo comprar de mas al parroquiano, darle ahora en anticipo tela y hechura, para valerse en una y otra de sus estrecheces, y aumentar en él todo un sobreprecio por intereses de la cantidad suplida.

Este ejemplo puede bastar para considerar la usura mista en cualquier otro ejercicio no usurario de suyo: y diré en general que en el plantel de la sociedad apenas hay una especie que no produzca algunos de esos vástagos espúreos que las corroen mas que la carcoma; que naciendo ya en guerra con sus semejantes, no aceptan mas trato con ellos que el del interés; y colocados en competencia con los de su ejercicio, tampoco forman gremio con ellos. Puede que sea debido á esta diseminacion verdaderamente judáica, el no conocerse á éste, no sé si diga oficio, facultad ó profesion, ningun patrono como tienen todas las demas; ó si consistirá en que el logrero es tambien iconoclasta ó en que ningun santo ha querido aceptar su culto.

Hasta aqui el contenido de las minutas sueltas, que he ordenado acaso del modo menos conveniente. Yo no me atreveré á ponerlas el mas ligero apéndice; celebraré que su dueño no tenga que reclamar contra mí, y que si al lector no le satisface este diseño, despeje esa incógnita (que ahora debe ser incógnito porque gastaba gaban) para dirigirle su censura.

JUAN DE CAPUA.

EL MINISTRO.

AMADO lector, cualquiera que seas, á cuyas manos vaya á dar este articulejo mal perjeñado, perdona á la franqueza que uso al hablarte con la misma llaneza que los libros de cocina, y préstame atencion, porque he de referirte cosas estupendas. ¿No has visto nunca un Ministro? Por supuesto ya entenderás que no hablo del alguacil de algun juzgado, aunque tambien suelen llamarse ministros en los lugares, sino de los secretarios de Estado y del despacho de tal ó cual ramo. Bien sé, que si por dicha has venido alguna vez á esta Babilonia llamada córte, nada nuevo encontrarás en lo que voy á contarte, respecto al aspecto esterior de estos séres, porque en Madrid, se encuentra uno de ellos á la vuelta de cada esquina, y aunque el ojo mas esperimentado no sabria distinguirlo de los demas hombres, no falta nunca un amigo pretendiente, de esos que llevan el alta y baja de todos los ministros habidos y por haber, que nos diga, acaso para darse importancia, «ve Vd. ese que acabo de saludar? pues fue Ministro de Gobernacion» ó de cualquiera otra cosa. Pero si bien es cierto que mediante estas indicaciones, habrás tenido ocasion de examinar por defuera á los tales Ministros, es tambien mas que probable el

que no estés impuesto en ciertas particularidades, que son las señales distintivas de la raza que yo me encargo de hacerte conocer.

Por de contado, que si nunca has salido de tu villorrio ó aldea, mal puedes haber visto un Ministro, pues estos señores son sedentarios por inclinacion, no acostumbran á viajar á menudo, y cuando alguna vez se ven en la necesidad de trasladar su humanidad de una parte á otra, lo hacen en diligencias ó sillas de posta que no se detienen en los lugares, y aun cuando se detengan alguna vez, los viajeros de tal categoria se dan poco al público, y gustan de encastillarse lo mismo en su artesonado despacho que en el miserable cuarto de una posada de aldea. Asi lo exige la importancia que debe darse á la clase, y aquí hay Ministro que no sabe cosa mayor, pero que en cuanto á importancia puede dar lecciones al mas finchado portugués ó al mas grave padre general de las estinguidas órdenes religiosas.

Sin duda cualquier persona de mediano juicio, pero que no esté al corriente de la crónica ministerial, creerá que deben ser muy pocos los que hayan obtenido tan elevado puesto, que deberia ser siempre otorgado al talento probado, á los eminentes servicios y al mérito indisputable, cualidades que no son muy comunes en la época presente; pero los que de tal manera piensan, ignoran sin duda que este es el pais de las reputaciones usurpadas, y donde mas se equivoca la osadía con el talento. Nada es mas fácil aquí, que pasar por hombre de gran capacidad, á pocos esfuerzos que se empleen para conseguirlo. Con saber un par de idiomas, particularmente el francés, y aprender de memoria varios párrafos de las buenas obras que se publican en el estranjero, emitiéndolos despues magistralmente y como propios en cuantas ocasiones de lucir se presenten; cuidando de hablar siempre ahuecando la voz, usando espresiones rebuscadas hasta en las conversaciones mas familiares, y dando á los discursos esa entonacion peculiar de nuestros aspirantes á grandes hombres, se logra muy en breve esa fama de talento que pasando de boca en boca crece y se abulta como un terron de nieve desprendido de la cúspide de una montaña, desciende aumentándose hasta el profundo valle que sirve de término á su caida. Cuando á favor de esta opinion de capacidad se eleva el *grande hombre* á la altura, donde es indispensable desplegar sus conocimientos, no se arredra tampoco con la certeza de su propia pequeñez. Sabe muy bien cuáles son los sistemas de administracion, de hacienda, etc., que siguen otras naciones; conoce por lo menos los libros donde se encuentran, se hace de ellos, traduce el retazo que mas le cuadra, lo acomoda en forma de decreto á nuestra usanza, y hé aquí una mejora que es preciso reconocer como tal, so pena de pasar por un estúpido preocupado, por mas que la nueva disposicion no esté en armonía con nuestros usos, ni con la civilizacion del pueblo. Suele suceder tambien, que una medida que seria muy conveniente formando parte de un sistema general, se adopta aisladamente, y de consiguiente se inutiliza y desacredita sin remediar el mal. Mas este no es obstáculo que detenga á nuestro hombre: es preciso hacer algo para conservar el concepto: un plan concertado y general es empresa demasiado árdua para

sus fuerzas; con traducir le basta. Hace pues lo que sabe; pero como aquí nadie sabe nada, como ninguno inventa, y como hay poquísimos que conozcan su propio pais que se desdeñan de observar, prefiriendo estudiar las costumbres estranjeras, las traducciones son recibidas por la generalidad como muestras de un gran talento y de un estudio profundo.

Se vé pues, cuán fácil es adquirir la reputacion de hombre de estado, con la cual se llega muy pronto al ministerio, á poco que ayude la fortuna.

De aquí proviene indudablemente, el que la especie de los ministros sea tan numerosa entre nosotros, que no sabemos con qué compararla, para que formen idea de su abundancia nuestros lectores de lugar. Solo las bandadas de gorriones que acuden en el verano á los trigos inmediatos á los pueblos, ó la plaga de langosta que aparece algunos años en los campos, es el término de comparacion que se nos ocurre como mas adecuado. ¡Oh! y nuestra fortuna consiste en que las Córtes, convencidas de la necesidad de poner remedio á un grave mal, sino mandaron que cada vecino se presentase con un gran número determinado de cabezas de ministros como se practica en algunas partes con los gorriones dañinos, ni que los hombres saliesen á esterminar la plaga como se hace con la langosta, porque este remedio seria en demasia heróico, resolvieron á lo menos que los ministros no tuviesen cesantía; de otro modo todavía seria mayor su semejanza con la de los citados pájaros é insectos, pues todas las rentas de la nacion no bastarian para ellos solos. Y luego, ¿qué razon autorizaba las tales cesantías? Nuestros ministros por lo general ó han hecho mucho daño al pais, ó no han hecho mal ni bien, y estos á la verdad no son títulos recomendables y que merezcan grandes muestras de reconocimiento.

Por otra parte, en los tiempos que alcanzamos no han menester cesantías para pasar con holgura el resto de sus dias los que una vez han sido ministros: la bolsa, los contratos y otros enjuagues les proporcionan una fortuna que basta para que vivan sin sobresalto, y aun á muchos de ellos para que gasten coche, y fabriquen casas que no hay mas que ver. Ademas suelen ser gajes del oficio algun titulito libre de lanzas y medias anatas, unas cuantas grandes cruces y el escelencia que queda adherido á la persona por los siglos de los siglos, ni mas ni menos qne la yedra al olmo. Item: si la caida no es efecto de una mudanza radical en el sistema político, se desmiente completamente el adagio de que el que mas alto sube, mas grande porrazo dá; pues lo mas que bajan las escelencias ministeriales es un escaloncito en sus respectivas carreras, viniendo á caer como en un colchon de plumas despues de sus fechorías.

Sácase pues en consecuencia, que no hay nada mas fácil ni mas apetecible al mismo tiempo que ser Ministro, aunque sea de Marina, en este pais, y que el que no pone de su parte para llegar á tan alto puesto, es un simple ó tiene muy mala idea de sí mismo. ¿Quién es el hombre que no se cree capaz de administrar la nacion despues de haber examinado de cerca á nuestros hombres de estado? Para tanta modestia es necesario estar enteramente destituido de amor propio ó tener una cabeza á propósito únicamente para apisonar empedrados.

Yo soy de opinion de que es indispensable desechar la timidez, y aconsejo por lo tanto á mis compatriotas, inclusos los legos esclaustrados, que no desmayen sino que opten todos á las plazas de ministros. Tengo para mi que lo hemos de hacer mejor que cuantos han sido de muchos años á esta parte, y cuando así no sea, haremos lo mismo, y Cristo con todos. Verdad es que generalizada la ambicion de llegar á los primeros puestos del estado, se enconarán mas todavia nuestros odios políticos, pues si hoy andamos casi á pescozones por los de escalera abajo ¿qué será el dia feliz en que todos los españoles le pongamos la puntería al ministerio? En cambio de este inconveniente nadie podrá negarnos la circunstancia de ser la nacion mas ilustrada del mundo, respecto á que en ella hasta el quidam mas inverosímil puede ser Ministro.

Si á pesar de cuanto llevo dicho en apoyo de mi dictámen y de la mejora que pretendo introducir en España, y cuidado que no es traducida sino de mi propia cosecha, si hubiese alguno tan menguado que no se sienta con fuerzas para formar parte de un gabinete, espero que desechará su inconducente meticulosidad, luego que aprenda el oficio por lo que resta de este artículo.

Para que mis lecciones fructifiquen es preciso proceder con órden, método y claridad, aunque no sean dotes comunes en nuestros catedráticos ni en nuestros ministros. Yo me hé propuesto por esta sola vez, y sin ejemplar, ser una escepcion de la regla en todo, infringiendo las leyes de la naturaleza española, faltando al precepto de donde quiera que fueres haz lo que vieres, y olvidando que no ha habido mas que un Redentor en el mundo á quien dieron los hombres de entonces bastante mal pago. Sin duda me arrastra el destino por senda tan escabrosa, ó acaso sea esta mi mision sobre la tierra sin que haya caido en ello, como el médico á palos.

De cualquier modo que sea, estoy resuelto á seguir mi camino por hoy, sin que haya fuerza humana capaz de hacerme retroceder, imitando en mi decision al ayuntamiento de Tarazona que habiendo salido en procesion con no sé qué motivo, entró por una calle cuyo estremo estaba tapiado, y como al llegar al obstáculo esclamase el que llevaba el guion, que iba delante segun práctica seguida en todas las procesiones: «por aquí no se puede pasar, es preciso volverse» contestó el presidente del referido ayuntamiento «nada, nada, alante, alante, Tarazona no recula.»

Con este propósito pues, que seguramente será mas firme, que el que de no volver á valerse de motines para alcanzar el poder hicieron los progresistas, empiezo mi tarea clasificando los diferentes géneros de que se compone la raza ministerial.

Hemos dicho anteriormente que esta especie es numerosisima, y de consiguiente compuesta de mil variedades que aunque tengan entre sí bastante analogía, se diferencian no obstante en ciertas pequeñeces que solo conocen los que se han dedicado á una observacion asidua, á riesgo de que sus escelencias repitan á imitacion de las lagartijas de la fabula: «valemos mucho por mas que digan.»

La primera division que desde luego se ocurre al clasificar la especie ministerial, es la de ministros cesantes y ministros en actual servicio. Despues una y otra de estas dos clases se subdividen en ministros progresistas, republicanos, moderados; ni lo uno, ni lo otro ni lo otro, absolutistas; ministros nada, parlamentarios, elegantes, de mal tono, ministros que dan al parlamento con la puerta en los hocicos, que ceden á influencias parlamentarias; los hay que temen á la prensa, que no temen ni la ira de Dios, oradores, que no saben hablar, y últimamente los ha habido tambien que moviéndolos darian bellotas, y que andan en dos pies porque no ha querido su estrella que una vez se caigan.

Ya ves, pues, ó carísimo lector, (tan caro que en España es un milagro encontrar uno para un remedio,) que no es posible entrar á detallar los rasgos característicos de cada una de estas variedades, y que por otra parte no es tampoco necesario semejante trabajo respecto á varias de ellas, que creemos bien especificadas por la simple definicion de alguna de sus cualidades, como por ejemplo aquellos de quienes hemos dicho que una vez movidos soltarian bellotas, ¿con qué han de tener semejanza sino con un alcornoque? Por lo mismo me ceñiré únicamente al análisis de las propiedades de la especie en general, é individualizaré despues las de las principales subdivisiones.

El Ministro es un sér tan parecido al hombre que se equivoca con él: anda del mismo modo, aunque sin merecerlo, come tambien de la misma manera, pero mejores cosas por lo comun, tiene el don de la palabra; en fin hay una completa semejanza entre uno y otro.

Cuando está cesante es un animal inofensivo y manso, al cual es posible acercarse sin riesgo y sin empacho; mas en el ejercicio de sus funciones es fiero, sus mordeduras causan un daño cruel, se enconan, y algunas son incurables. Aseméjanse en esto á las víboras y otros reptiles ponzoñosos que durante el invierno permanecen ocultos y ateridos de frio sin hacer mal á nadie, pero que luego que llega el verano, se ponen en evidencia, y sus picotazos son peligrosos en estremo. El verano de los ministros es el tiempo que ocupan la dorada poltrona.

Cualquiera que haya tenido necesidad de acercarse alguna vez á un ministro y entrado en su despacho con el objeto de hablarle sobre cualquier asunto, habrá notado sin duda que generalmente, interin escuchan la relacion del punto de que se trata, vuelven la espalda á la chimenea, si es en invierno, y colocando las manos detrás levantan los faldones del fraque y descubren el.... esponiéndolo á la benéfica y consoladora accion del calor; en lo que sus escelencias se parecen á los gatos, que por lo comun se sientan con la espalda vuelta á la lumbre. En esta postura, con las piernas un poco abiertas, el pecho sacado adelante y la cabeza erguida, que tambien los ministros aprenden su posicion particular como los reclutas, oyen, pero no escuchan, lo que se les dice; es decir, no prestan atencion á menos de que el interlocutor sea hombre con quien los unan lazos estrechos de parentesco esencialmente, ó por lo menos de partido, ú obligaciones de favores recíprocos, ó en fin que sea temible el pretendiente por su posicion social, sus riquezas y relaciones, circunstancias que adivinan los ministros al

primer golpe de vista, ó que tiene cuidado de indicar el recien llegado, empezando su relacion por las circunstancias de su persona sino es conocida de antemano. «Yo soy fulano, diputado provincial, etc., etc. : «hé aquí el introito de los que pretenden que se les dispense alguna atencion. Si es algo en la provincia por donde el Ministro suele ser diputado, ó bien en aquellas otras temibles por su inclinacion á las revueltas, desde luego puede prometerse la mas cumplida deferencia ; mas si pertenece á alguna de esas provincias sumisas, obedientes, que no se rebelan nunca, que pagan bien sus contribuciones, y cumplen sin murmurar las órdenes del gobierno, que no espere buenos resultados en sus pretensiones. Ninguna tontería hay tan grande como la modestia y humildad, sea individual ó colectiva, en un pais donde hace mucho tiempo se dijo que la justicia estaba de tejas arriba, y donde no se atiende nunca sino al que nos sirve ó al que se hace temer. El egoismo y el miedo son los únicos móviles que regulan los actos de nuestros gobiernos de algunos años á esta parte.

Ya antes dijimos, que la especie ministerial se parece tambien á los gorriones y á la langosta en lo numerosa, dañina y voraz: añadiremos ahora que se asemeja al toro en que embiste cerrando los ojos, y dejando cesantes por quitame allá esas pajas, por un capricho tal vez, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, á una porcion de empleados, ni mas ni menos que el toro pone fuera de combate á los inocentes caballos que les ponen delante. Tambien á los ministros los pican y banderillean los diputados y senadores en sus palenques respectivos, y no falta quien se entretenga en echarles suertes y en burlarlos, y por último algunas veces les echan perros, como cuando se les cuelgan una caterva de contratistas que los acosa y persigue hasta sacarles sangre y rendirlos. Es pues muy grande la semejanza entre toros y ministros : no hay mas que una pequeña diferencia, que consiste en que á los primeros los matan por fin de fiesta, y á los segundos los dejan en libertad y en aptitud de presentarse nuevamente en la liza: lo cual si por una parte es un mal muy grave, no deja de ser un bien grande por otra pues corríamos peligro de ver enteramente despoblada la nacion si fuese costumbre estoquear los ministros y hubiera de seguirse la práctica con todos los que aspiran á serlo.

Por lo que llevamos dicho se vé, á cuántas cosas se parece un Ministro de esta tierra privilegiada; para con lo que cada uno de ellos tiene una completa identidad es con un tal señor Casca-ciruelas, á quien no he tenido el honor de conocer, mas que debió ser un grande hombre pues anda en boca de todos, y de quien se cuenta que hizo lo que pudo y no hizo nada. ¡Admirable original de nuestros Ministros!

Una vez espuestas con la brevedad que requiere un artículo de esta clase, las principales cualidades de la especie en general, nos detendremos muy poco en las de cada variedad particular.

Ministros progresistas son aquellos que cuando están debajo, que tambien al verdugo ahorcan, hablan mucho de soberanía nacional, de libertad y de garantías constitucionales, pero que en el poder olvidan estas zarandajas y prenden como

les acomoda, destierran cuando les viene á cuenta, hacen juzgar por tribunales incompetentes y fusilan las gentes con inhumanidad como en octubre de 1841, roban por decretos como sucedió cuando declararon bienes nacionales los de las monjas, estinguen contribuciones sin reemplazarlas con otras, y por último animan á sus masas queridas á dar de palos á todo ciudadano pacífico que tiene la desgracia de salir á la calle, cuando impera en todo su esplendor la soberanía nacional, como en los últimos dias del gobierno del ex-Regente. En una palabra, la anarquía es á ellos, lo que el agua al pez y el aire á las aves.

Los republicanos no han dado hasta el presente la cara ministerialmente, aunque los haya habido en algun gabinete, pero desde luego nos atrevemos á pronosticar que serian muy semejantes á los anteriores, solo que sus chanzas serian un poco mas pesadas.

Ministros moderados y ministros nada, vienen á ser casi una misma cosa. Su amor á la legalidad, su constitucionalismo y su timidez, los han perdido siempre, dejándose arrebatar el mando en virtud de algun glorioso de esos en que están tan duchos los progresistas. Y lo peor del caso es, que despues que se entregan inermes en poder de sus enemigos en fuerza de su respeto á la Constitucion, los acusan todavía de serviles y retrógrados, de modo que á nadie puede aplicarse con mas oportunidad aquello de *tras de cuernos penitencia*.

Tambien hay ministros que no son moderados, republicanos ni progresistas; que lo han sido todo, que no son nada, que van á su negocio y nada mas. Dios les ayude.

Otra clase queda en la cual estan comprendidos los que dan al parlamento con la puerta en los hocicos, los que no temen ni la ira de Dios, y que no ceden á influencias parlamentarias. Estos suelen ser productos de patriotas arrepentidos de los que nos libre Dios con su infinita bondad, pues si bien en el cielo son muy apreciados los pecadores arrepentidos, en la tierra y políticamente hablando, son de muy mal efecto los arrepentimientos.

De cuanto hasta aquí he dicho, creo que inferirán mis lectores poco mas ó menos qué cosa viene á ser un Ministro generalmente hablando; mas para que formen una idea mas completa de la clase activa, quiero decir, de cualquiera de las subdivisiones en ejercicio, es preciso que se trasladen conmigo á la casa ministerio y se introduzcan conmigo en algunos de los despachos.

Allí mi discípulo aspirante á secretario de Estado, recibirá lecciones sobre el terreno, en el teatro futuro de sus hazañas, lecciones prácticas en una palabra, que son las mas provechosas.

¿A qué ramo piensa Vd. dedicarse con preferencia? ¿á la Hacienda por ejemplo? Pues vamos al departamento destinado á ese caos insondable. Ante todo es preciso no arredrarse con las dificultades. La primera con que desde luego nos encontramos son los porteros, gente altanera y descortés con los humildes y los tímidos, pero deferentes con los osados. Para no ser detenido en la primera portería es indispensable entrar impávido, con la cerviz enhiesta, con el sombrero calado y sin ninguna clase de cumplimientos. Nuestra arrogancia nos facilita la

entrada en la mansion de los porteros mayores, y hénos aquí ya en la segunda estacion. El objeto es penetrar en el despacho y ver al Ministro, y esto no se consigue sin saber que está dentro y sin pasarle recado. Hay pues que preguntar al portero si está el pájaro en la jaula, y esto requiere su fórmula particular para que contesten bien. Sin duda mi discípulo se dirigiria al portero con esta respetuosa pregunta : ¿está S. E.? Hombre al agua, te perdiste, y ya lo conocerás en el avinagrado gesto con que te contestan: «si señor, pero está muy ocupado.» Han adivinado que no eres ni has sido nunca de la casa, y lo que es peor que no tienes amistad con el Ministro cuando lo tratas con tal cumplimiento. La pregunta de ordenanza no es otra que ¿está el jefe? ó simplemente ¿está? san façon. Sí señor, te responderán : pues bien, dígale Vd. que estoy aquí.

Interin regresa el portero á darnos cuenta del resultado de su comision, nos entretenemos en observar las figuritas que hay pintadas en las paredes y techos del palacio que fue de Godoy, y que ha venido despues á parar en el destino que hoy tiene. Sin duda el artista encargado de adornar con sus dibujos aquel edificio, era mas profeta todavia que pintor, cuando tan previsoramente colocó las figuras que aun se observan y que tan alegóricas son al estado actual de nuestros negocios ministeriales.

En unas partes se ven guerreros flacos y en cueros, armados de cascos, lanzas y escudos, vivo ejemplo de la situacion á que suelen verse reducidos nuestros soldados, y de la constancia y valor que manifiestan no obstante.

Allí dos mancebos blancos, rubios y colorados á caballo sobre dos leones; la fisonomía de aquellos indica que no nacieron bajo la influencia del esplendente sol de España : el leon es el símbolo de nuestro poder. Saque el que guste la consecuencia.

Al otro lado manojos de todas armas hacinados y revueltos : sin duda aluden á la aficion favorita de la época.

En el zócalo de algunas habitaciones se ven cabecitas humanas rodeadas ó guarnecidas con alas de mariposa : á esto no puede darse otra significacion sino la de que nuestros ministros tienen una cabeza muy ligera y disipada.

En fin, despues de habernos dedicado largo rato á estas observaciones, y á las que proporcionan las caras de tantos pretendientes de todas categorías como pueblan aquellas dichosas antesalas; despues de haber visto pasar y repasar en todas direcciones á unos séres que por la marcialidad con que caminan, por la solicitud y deferencia con que son atendidos de parte de los pretendientes, y mas que todo por un pedacito de hierro terminado por una parte en una anilla y que tiene en la opuesta dos muescas en cruz, se conoce que son de la casa y que pueden dispensar su alta proteccion, mas útil á veces que la del mismo Ministro; nos toca nuestro turno y hénos ya en el despacho de S. E.

Cuando el hombre se siente de repente poseido de admiracion, es una accion natural la de dirigir la vista al cielo como para darle gracias por sus obras: mas al entregarse á esta espansion general en el despacho del Ministro de Hacienda, lo primero que se presenta á nuestra vista en medio del techo es un angelote en

ademan de volar con un mundo en los brazos, que seguramente debe ser el uno de los dos que pertenecieron en lo antiguo á la corona d España, y que voló para nosotros como volarán otras cosillas de las que aun poseemos. El referido angelote tiene la cabeza cubierta con el globo que conduce á cuestas, y solo descubre la parte pos .. como burlándose de nosotros: sin duda representa á nuestra carísima aliada la Inglaterra, en la actitud consiguiente á alguna de las morisquetas que nos ha jugado y que si Dios quiere, nosjugará en lo sucesivo.

Repuesto uno del estupor que no pueden menos de causarle semejantes alegorías y el talento profético de su autor, baja la vista y se encuentra frente á frente con el Ministro. ¿Qué hay? pregunta éste —Nuestro objeto es que V. se sirva providenciar sobre tal cosa.—¿Trae Vd. solicitud?—Si señor, esta es.—Aquí no hay antecedentes acerca del particular; informen las oficinas.

Va la solicitud, se informa, se vuelve á informar, pasa por veinte manos, se escribe un protocolo, y cuando está concluido se lo traen á firmar á S. E., quien suele preguntar con la pluma en la mano, ¿media firma, ó firma entera? Pone la que le dicen y cuento acabado.

Con saber esto, hacerse el distraido de vez en cuando, aparentar ocupaciones frecuentes é importantísimas, aunque no produzcan ningun resultado, y despedir á las gentes antes de que ellas lo hagan con un adios protector, se llena á las mil maravillas el papel de Ministro, ínterin no estan abiertas las Córtes. Durante la legislatura es necesario ademas tener una paciencia á prueba de interpelaciones, ó lo que es lo mismo á prueba de bomba; ser muy osado y charlar como una cotorra. Esto último es lo mas dificil, aunque no sea indispensable hacerlo bien, y por otra parte no es una cualidad ministerial sine *qua non*, pues yo los he conocido que en vez de hablar..... mejor es dejarlo.

IGNACIO DE CASTILLA.

EL EMIGRADO.

EJOS, muy lejos de mi la idea, no ya de escarnecer ó ridiculizar al infortunio, ma ni aun de procurar siquiera remotamente disminuir el respeto y la simpatía que á todos debe inspirar la triste suerte de los proscriptos, En todos tiempos la proscripcion se ha considerado como el mas duro de los castigos, despues de la pena de muerte. Apartar á un hombre violentamente del seno de su familia, del suelo siempre querido donde por vez primera se abrieron sus ojos á la luz del sol; desprenderle como un miembro podrido del gran cuerpo nacional, condenarle implícitamente al aislamiento y á la miseria, ¿no es por ventura un resto de la antigua barbarie? ¿No es este un acto impío y abominable á los ojos de Dios? Y cuando se considera que el motivo ó el pretesto de este tremendo castigo es, ya un simple error político, ya un esceso tal vez de amor patriótico, tentaciones dan de ver todavía en las proscripciones modernas, como en el ostracismo de la antigua Grecia, una verdadera espiacion impuesta á la virtud y al genio por el egoismo y la mediania.

Circunscribiéndonos á nuestra España, es cierto que los hombres que mas la honran en virtud, en letras y en armas han comido, en alguna epoca de su vida, el pan amargo del destierro, esa triste y solemne sancion del mérito en estos

borrascosos tiempos que alcanzamos. Esto basta para honrar, digámoslo así, el carácter de *Emigrado*; pero á la sombra de tantas ilustres victimas del mezquino encono de nuestras pasiones politicas como cuentan en España todos los partidos, ha llegado á formarse una turba parásita y bastarda de hombres sin vergüenza que han convertido el infortunio en profesion, la emigracion en industria, y que son á la respetable clase de los verdaderos Emigrados, lo que es la moneda falsa á la de buena ley, una plaga para lo que llaman ellos su partido, una deshonra para la patria que no merecen.

Entre estas dos grandes divisiones fundamentales del ente *Emigrado*, que son el *legítimo* y el *bastardo*, hay una multitud de matices que aunque someramente, iremos describiendo en este cuadro copiado del natural. Desde luego se presentan dos clases, separadas entre sí por una distancia verdaderamente incomensurable, cuales son el Emigrado *rico* y el Emigrado *pobre*: estas dos clases apenas tienen entre si el menor punto de contacto. Las diferencias de instruccion, de talento, de carácter separan mucho á los hombres; pero las separaciones que establecen entre ellos, lo mismo en la emigracion que en el estado normal de la sociedad, son estrechas zanjillas, pequeños surcos, ¿qué digo? verdaderas lineas matemáticas en comparacion del insondable abismo que abre entre unos y otros la diferencia de caudal. Así el rico discreto, Emigrado ó no Emigrado, se roza sin dificultad con el rico tonto; el pobre instruido, ¿con quién se ha de rozar mas que con otro pobre, aunque sea un asno? Hablamos en general: á esta regla hay muchas escepciones, honrosas para los pobres que las forman, mas honrosas todavía para los ricos que las facilitan.

Antes de pasar adelante, establezcamos bien aqui el valor de las palabras. Las emigraciones, como nadie ignora, se dividen en voluntarias y forzosas. Las primeras, muy frecuentes en los tiempos antiguos, lo son todavía en los modernos mas de lo que generalmente se cree. Hay tambien emigraciones *temporales* y emigraciones *perpétuas*: estas pueden incluirse en la categoría de las forzosas, pues rarísima vez deja de motivarlas una absoluta necesidad, como el esceso de la poblacion respectivamente á los recursos del terreno: esta es la causa mas general de las emigraciones: de ellas nos ofrecen continuos ejemplos la Alsacia en Francia, la Inglaterra, la Alemania y alguna de nuestras provincias del Norte. Escusado es decir que no es de estas emigraciones de las que hablamos. *Emigrado*, en la acepcion en que tomamos aqui esta voz, que es en el dia la mas comun, es el hombre que no puede residir en su patria *bajo la proteccion de la ley comun*, que es lo que generalmente se llama el *Emigrado político*, único en que por ahora vamos á ocuparnos. Observése bien la espresion que hemos subrayado, *bajo la proteccion de la ley comun*, porque ella es la que espresa cuál es el verdadero carácter que distingue al *Emigrado* en la gran familia social. La ley comun no alcanza al Emigrado: este está sujeto á la ley escepcional. La ley que rige para el salteador como para el vecino honrado, para el grande como para el pequeño, no rige para el Emigrado, por el mero hecho de serlo, y esto es lo que le distingue esencialmente de todos los demas ciudadanos. Espliquemos esto por un ejemplo,

pues es necesario penetrarse bien de la índole de esta proposicion para percibir bien la gran diferencia en el fondo, aunque pequeña en la apariencia, que media entre lo que hemos llamado el Emigrado *legítimo* y el *bastardo*. Supongamos que entran en España y son cogidos por la justicia un hombre que ha cometido un delito ó un crimen cualquiera, y por el cual estaba fugitivo, y un Emigrado: el primero, por grande que sea el crimen que cometió, será juzgado por un tribunal ordinario con arreglo á la ley que rige para todos los Españoles: el segundo lo será en virtud de una ley escepcional, dictada siempre por la pasion, casi siempre por la injusticia. Esto es lo que hace tan digna de interés la condicion del Emigrado, esta la causa porque en todos los paises cultos donde no dominan las *pasiones* ó la *injusticia* que dictaron la ley de proscripcion, se mira á los emigrados con respeto, y se los acoge como á hermanos; esta es, en fin, la razon porque conviene tanto distinguir bien en la gran masa de los Emigrados la categoría de los que lo son por motivos políticos, de los que lo son por delitos comunes. A veces es muy difícil distinguirlos; en las emigraciones modernas, resultado casi siempre de las guerras civiles, la línea divisoria entre ambas categorías suele desaparecer con frecuencia, y se necesita un gran criterio para suplirla; pero estos casos son raros, porque muy raros son los delitos verdaderamente tales, que puede justificar cumplidamente la opinion política del delincuente. Es admirable sin embargo ver hasta qué grado se hacen ilusion en este punto algunos hombres: muchos he conocido yo que de muy buena fé miraban como *Emigrado político* al asesino ó ladron fugado que mató ó robó só color de exaltacion en sus opiniones, como si los actos de robar y de matar dejáran de ser crímenes ordinarios y se convirtiesen en crímenes políticos por solo ejercerlos contra personas de distinta opinion. Pues esta casta de emigrados entra por una gran suma en la mayor parte de las emigraciones!

Fuera de esta emigracion, ó mas bien *proscripcion* que pudiéramos llamar *legal*, porque es el triste fruto de una ley, por lo general inícua, hay otra mas triste todavía y no menos comun en estos tiempos, que es aquella que se origina de los enconos privados, en virtud de los cuales huye una porcion del pueblo de los furores del populacho, siempre dispuesto á ponerse del lado del partido vencedor y á ensangrentar su victoria. Esto hace que sea todavía mas difícil de definir exactamente al Emigrado, y distinguir bien al verdadero del falso; pues hay en efecto muchos hombres á quienes no condena ley alguna escrita, y que sin embargo no pueden volver á su patria sin arriesgar su vida: justo es por consiguiente considerarlos como verdaderos Emigrados y tratarlos con el respeto á los tales debido, aunque por desgracia esta es la clase á cuya sombra pululan mas impostores ó falsos Emigrados. No todos pueden inventar una ley que los proscriba del suelo patrio; pero todos, con razon ó sin ella, pueden asegurar que son el blanco de las iras populares en tal ó cual poblacion, y acógense por consiguiente al sagrado carácter de verdaderos emigrados. De aquí resulta que si el populacho no tomára, como acostumbra, parte en las disensiones políticas, haciéndose juez y verdugo de los que ni sabe ni le importa saber si son criminales

ó inocentes, si tenian razon ó no en el punto que dió ocasion á la discordia, las emigraciones serian mucho menos frecuentes, menos numerosas, y por de contado menos duraderas. Verdad es que, despues de verificada la emigracion, suele esta convertirse en destierro, porque el gobierno ó el partido que se apodera de él, niega la entrada ó cierra las puertas de su pais al que le abandonó *voluntariamente*, y crea un delito especial, que á falta de otro título que justifique la pena, suele llamarse *delito de emigracion*, como si esta por sí sola pudiese ser jamas un delito. Esta sola consideracion que no tratamos ahora de amplificar, daria suficiente materia para un largo tratado de derecho público, y es una de las infinitas pruebas de lo atrasadas que están todavía las ciencias políticas y morales en la culta Europa. La misma consideracion basta para que desde luego resulten tambien patentes dos grandes categorías en la gran masa que forma una emigracion, que son la de los *proscritos* y la de los simples *emigrados*. Generalmente se confunden, y para los resultados vienen á ser ambas en efecto una misma cosa.

Los emigrados se dividen en otras dos clases: la de los que viven en libertad, y la de los que viven en depósitos.

Nada mas triste y monótono que la vida de los emigrados pobres en los *depósitos* donde los confina la policía del pais en que van á refugiarse. Estos depósitos suelen ser por lo comun lugares de corta poblacion, y por consiguiente de escasísimos recursos. Yo he recorrido de *aficionado* algunos de ellos, y jamás olvidaré la impresion de profundo desconsuelo que casi siempre me dejaba el aspecto de tanta miseria, de tanta incuria, y, siento decirlo, á veces, de tanta degradacion. La razon de esto último es muy obvia: generalmente los emigrados que se resignan á quedarse en los depósitos, (pues rara vez se les niega la traslacion á otros puntos á los que la solicitan, renunciando al socorro que les pasa el gobierno del pais,) son aquellos á quienes ha dotado la suerte de menos recursos naturales y adquiridos, y aquellos tambien para quienes mas atractivos ofrece la holgazanería. Los que poseen algun caudal ó alguna instruccion, y tienen buena voluntad de trabajar, pronto consiguen trasladarse á las ciudades, donde aunque bajo la severísima inspeccion de la policía, viven de su industria con bastante libertad. Los que se sienten con alguna travesura para *sacar el caballo adelante* como suele decirse, viviendo de la trampa en este pícaro mundo, tambien hallan medio de proporcionarse un campo mas fecundo para ejercer sus habilidades que el que presenta la pobretería de los depósitos: lo que queda en estos es, por lo general, esa masa inerte de inteligencias lánguidas, de cuerpos indolentes y de bolsas vacías que constituye el gran fondo de toda emigracion, sin que entre la multitud de gansos que suelen formar esta gran masa de individuos, falten tambien algunos milanos cuya mision sobre la tierra es despojar á los primeros de la poca pluma que les ha dejado su mala estrella. Por miserable que sea el lugar en que establece el gobierno (sea el francés, sea el inglés, pues de estos principalmente hablamos, como que á Francia ó Inglaterra es á donde van siempre á parar las grandes masas de nuestras emigraciones,) por miserable que sea, repetimos, el lugar donde establece el

gobierno un depósito, al instante como por encanto se alza en él: 1.° un café con su mesa ó sus mesas de villar; 2.° un garito reservado y tenebroso con abundancia de barajas españolas. Como dice muy bien la Sagrada Escritura, *no solo de pan vive el hombre*: en todas partes se observa la verdad de esta sentencia y señaladamente en los depósitos, donde faltará acaso el pan alguna vez, pero no hay cuidado de que falten las otras cosas de que tambien vive el hombre, como son el *mingo*, el *as de oros*, la copa de *aniseta*, etc., etc., etc. En esos nidos de miseria que se llaman depósitos, el juego con todas sus punzantes emociones, reina cual déspota absoluto, lo mismo, mas aun que en las mas ricas poblaciones, porque allí es la distraccion casi única, y en estas hay otras muchas: el juego es la lepra que devora el escasísimo socorro que dá el gobierno á los emigrados en depósito. Asi es que solo viéndolo puede uno formarse idea del grado de pobreza á que llegan en ellos algunos infelices. Yo he conocido en un depósito que no quiero nombrar, siete emigrados que no tenian entre todos mas que un roto pantalon y tres chaquetas; cada uno de ellos se vestia alternativamente un dia á la semana, y pasaba los otros seis en la cama. Esto, que me sorprendió como es natural, era, me dijeron, cosa vulgarísima en los depósitos, siempre chupados, esprimidos hasta el último maravedi por tres ó cuatro sanguijuelas que luego que han hecho su agostillo en un depósito, se van á otro á acabar de llenarse, ó á vaciarse en Burdeos, Paris ó Lóndres, para volver en seguida á las mismas rapiñas en los mismos sitios.

En los depósitos, la vida del Emigrado *que se levanta de su cama*, es decir, del hombre acomodado, de aquel de quien todos dicen *que tiene posibles*, viene á ser la siguiente. De su casa, donde una rústica patrona le ha servido el mas frugal de los desayunos presentes, pasados y futuros, va al café á leer ó á oir leer el periódico ó periódicos que se reciben en el pueblo, porque lo que es esto tampoco puede faltar en ningun depósito, aunque jamás se haya visto hasta entonces en todo el distrito mas papel impreso que las boletas del recaudador de contribuciones. La hora de la llegada de los emigrados al café coincide siempre con la de la llegada de los periódicos, de suerte que varia en cada punto; por la lectura de las *nouvelles d'Espagne* dejaria el emigrado español sus mas preciados placeres: lo mismo digo respectivamente de los emigrados de otras naciones, pues cuenta que lo que voy diciendo de nuestros paisanos es aplicable con levísimas modificaciones á los Polacos, los Portugueses y los Italianos únicos pueblos que, con el nuestro, gozan en el dia del alto honor de suministrar á Francia é Inglaterra su contingente de emigrados politicos. En todos los hombres el amor de la patria aumenta cuando están ausentes de ella, pudiendo aplicarse á este amor la conocida cuanto ingeniosa seguidilla popular

El amor que te tengo
parece sombra;
cuanto mas apartado
mas cuerpo toma.

La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

En el corro que forman los emigrados en el café se comentan y amplifican las noticias de España, cometiendo en este comentario y amplificacion todas las figuras retóricas que reconoce Hermosilla y muchos mas. Allí se esplica cómo y por qué donde el periódico, si es de opinion contraria á la de la emigracion, (lo que rara vez sucede porque esta cuida de hacerle trizas si comete tal pecado,) donde el periódico, repito, dice *blanco* debe entenderse que aquello significa *negro*, ironía sutilísima, pero lícita. Allí, cuando el periódico amigo dice que un lugar de cuarenta vecinos se ha pronunciado en favor del partido emigrado, se entiende y pasa en autoridad de cosa juzgada que *toda España* se ha levantado como un solo hombre para derrocar la tiranía existente: aplicacion feliz de la figura llamada *sinécdoque*, que consiste en tomar la parte por el todo, ó como decia Larra, en tomar una cosa por otra. Con estas inocentes ilusiones conforta el Emigrado su decaido espíritu y se aferra mas y mas en la opinion que le tiene proscrito. Estas ilusiones, aunque á veces hagan sonreir por lo erróneas, nunca, á mi á lo menos, nunca dejan de conmover á quien las oye manifestarse de buena fé: la esperanza, esa última áncora de nuestro corazon en las grandes tribulaciones de la vida, esa dulce y hermosa hermana de la fé, es un bien demasiado precioso para que le hagamos nunca objeto de befa ó de desprecio. Respetemos las ilusiones del proscripto! ¿Quién sabe si mañana tal vez esas ilusiones serán las nuestras? Como Damocles tenia siempre suspendida una espada sobre su cabeza, nosotros los Españoles, de cualquier partido que seamos, tenemos siempre suspendida sobre las nuestras la perspectiva de una emigracion.

Acabada la lectura del periódico, apurados los comentarios, asentado ya como verdad inconcusa que antes de un mes, y esto lo mismo un dia que otro, cada Emigrado habrá vuelto á su casa (se entiende, los que tengan casa), todos con un grado mas, por de contado, para los militares, con un empleo muy superior para los empleados, llenos todos de alegría con tan risueño porvenir, fórmanse unos en cuadros al rededor del villar para que decidan las bolas del orden que ha de seguirse en los tacazos de una *guerra* ó de un *chapeau*; emprenden otros con el *dominó* entre dos, ó tres ó cuatro, robado ó no robado; estos, los que carecen de metálico y de crédito en la plaza, se sientan en los banquillos laterales para representar el desairado papel de mirones, y aquellos, los Rotschilds del depósito, se encaminan con grave y reposado continente, muy embozados en sus capas, á la casa donde está establecido el monte. ¿A qué describir el local? aunque el claro que lo que vamos refiriendo pasa fuera de España, para nuestro propósito es lo mismo que si pasára dentro, pues donde quiera que se juntan dos Españoles, allí está España, es decir, allí estan los hábitos, gustos y carácter de España. El garito en cuestion es pues el mismo exactamente que puede verse en la calle de ... en Madrid ó mas bien en cualquier pueblo de provincia donde hay guarnicion; el

mismo tapetillo verde, los mismos naipes mugrientos, el mismo humazo pestilente, las mismas caras morenas, enjutas y muy barbadas. A falta de fascinadoras onzas de oro y doblillas francesas sobre el tapete verde, aparecen y desaparecen en él con suma rapidez puñados de calderilla, tal cual franco, un Napoleon de cuando en cuando, y en fin... sí señores, lo digo porque lo he visto, un par de calcetines llenos de puntos, un corbatin raido, un par de botas viejas, y aun tambien, *proh pudor!* una espada que acaso brilló algun dia con gloria en las batallas. Lo que no se juega en un depósito de emigrados no se juega en ninguna parte, y sabido es que un verdadero jugador pondria su alma sobre la sota de copas contra medio duro. Lo que es su patrona, en caso de no ser escesivamente vieja, fea y dura de corazon, no hay jugador en depósito y sin dinero, que no la haya jugado y perdido mas de diez veces. El juego dura hasta la hora de comer, que tambien varía segun las provincias: lo comun en los depósitos es comer temprano, á la española, y todos juntos, á lo pobre. En este punto, el triste Emigrado pasa mil trabajos; acostumbrado al buen trato que nos damos en España donde es refran popular que el *estómago es lo primero*, las patatas inglesas, las judías fatales, el mezquino y ético *bouilli* de los Franceses, miserable párodia de nuestro sustancioso puchero, son el constante objeto de las maldiciones del Emigrado español, siempre bamboleado entre el hambre y el cólico. Lo general en Francia y en Inglaterra, entre la clase acomodada, es comer á las seis de la tarde; pero la gente que vive del trabajo manual, lo mismo que los lugareños, comen á las doce ó la una, método mas racional que el que ya vamos copiando de los estranjeros en cuanto supone que no se hace del dia noche y *vice-versa*. Claro está que para comer á esa hora es preciso haberse levantado temprano y haber disfrutado por consiguiente de esa hermosa luz del sol que, segun todas las apariencias, hizo Dios para alumbrar nuestra vigilia mas bien que nuestro sueño. El Emigrado, pues, como hemos dicho, come en los depósitos á la hora del pueblo, es decir, al rededor de la una. Luego, fiel á los recuerdos de su patria, duerme la siesta; luego, en virtud de la misma fidelidad, da su paseo corriente: á media tarde vuelve al juego y asi pasa su vida lo mismo un dia que otro, que es lo que llamaria nuestro Mariana en su enérgico lenguaje una *holgazaneria miserable*. Adviértase que hablo de lo que sucede en general. Esta pintura, harto fiel por desgracia, tiene muchas y muy honrosas escepciones. Oficiales y aun Generales emigrados he conocido que emigraron poseyendo por único caudal de conocimientos la *Ordenanza militar* y el *Tratado de equitacion*, y á quienes son familiares en el dia los mas recientes adelantos hechos en el arte de la guerra. Con decir que algunos de estos dignos militares han estado ó *estan* en depósitos, dicho se queda que el cuadro que poco antes he bosquejado pinta sí, á la mayoria, pero no á la universalidad.

Una regla que no tiene escepcion, digámoslo con orgullo, es esta: entre todos los emigrados, tanto en Francia como en Inglaterra, los Españoles se han distinguido por su resignacion en los trabajos, su obediencia á las leyes, y su profunda y sincera gratitud á sus bienhechores. Al paso que los emigrados de otros paises han solido

desconocer su situacion hasta el punto de ser un objeto de continua inquietud para las autoridades y del descontento mal disimulado de los pueblos; los Españoles, lo repito, han sido modelos de sumision y decoro, de suerte que aun prescindiendo de algunas otras ventajas de que mas adelante hablaremos, que han producido entre algunos males, de que tambien haremos mencion, las últimas emigraciones políticas, han traido para España la de dar á conocer el noble y pundonoroso carácter de sus hijos, bastante desconocido hasta la época actual: así es que los emigrados españoles son mirados en todas partes entre los demas con particular predileccion. Muchísimo tienen que agradecer, es verdad, sobre este punto, á la generosa conducta observada por el gobierno de Cárlos IV y por los particulares españoles, señaladamente por el alto clero, con los refugiados franceses durante los furores de su revolucion, porque ha provocado la constante correspondencia del gobierno y del pueblo francés con los nuestros, sin distincion de colores ni de opiniones, y sin considerar amigos ni enemigos. Este es el signo mas visible de una civilizacion adelantada, y el propio y verdadero carácter de la nacionalidad bien entendida; pues al paso que se ejerce una virtud internacional, se sacan sin sentir inmensas utilidades y se esparcen grandes riquezas que nada cuestan á los gobiernos ni á los pueblos.

Del sombrío cuadro que arriba hemos bosquejado pasemos á otro que viene á ser su antípoda. La escena es en Paris, son las doce de la mañana, una de las rigurosas de invierno. En una pieza deliciosamente amueblada del Hôtel de Castilla, delante de una chimenea de mármol blanco cubierta de terciopelo carmesí con rapacejos de seda, todo claveteado de tachuelas de oro, y brillante con una magnífica lumbrada, están sentados cuatro hombres de diferentes edades y cataduras, pero todos vestidos con la última elegancia, al rededor de un veladorcito de laca sobre el cual se ven todavía los restos de un delicadísimo almuerzo. Llévaselos un mozo, con todas las apariencias de un señor, y el mismo trae y pone sobre la mesa una bandeja en que vienen una tetera de metal inglés, lustrosa como la plata, café, chocolate y tazas adecuadas á cado uno de estos líquidos digestivos: un cajon de escelentes *vegueros* de la vuelta de abajo, verdadera *basura* habanera, llega en manos del mozo que lo baja de encima de un *secretaire*, estilo *rocaille*, y acaba de llenar el velador. Váse el mozo, elige y enciende cada uno de los convidados su cigarro despues de haber tomado té, café ó chocolate, y prosigue entre los cuatro en nuestra hermosa lengua castellana una interesante y profunda discusion sobre el mérito respectivo de las Españolas y de las Francesas. Estos cuatro personajes son ni mas ni menos que cuatro Emigrados; y sin embargo, encima de la chimenea se ven todavía con sus fajas el *Diario de los Debates*, la *Prensa*, el *Siglo*, y otros periódicos políticos franceses, igualmente que algunos de los nuestros, el *Heraldo*, la *Posdata*, etc.; solo están desplegados y sin duda leidos el *Diario de los Teatros*, un periódico de modas, y el mordaz *Charivari*. Esta indiferencia ó desden á la política es el rasgo que mas distingue al Emigrado rico del pobre, y la razon es sencilla. No es ciertamente porque sean unos mas ó menos patriotas que otros,

sino porque para el rico la emigracion es un mal muy llevadero, cuyo término no siempre desea con gran vehemencia, al paso que para el pobre es una situacion llena de amarguras; salir pronto de ella es su sueño de todos los dias, de todas las horas, de todos los minutos. Esta es una prueba mas de la falsedad que envuelve esa supuesta igualdad ante la ley que nos imaginamos haber conseguido y disfrutar como una gran conquista. El mismo castigo impuesto á dos hombres es para uno insignificante, para otro durísimo. Esa decantada igualdad es la mas monstruosa de las desigualdades, y por consiguiente de las injusticias. Sin manifestarlo con una impaciencia febril de leer las noticias de España, el Emigrado rico abriga no obstante en su corazon un vivo apego á las cosas de su patria: asi vemos á los cuatro felices proscritos que acaban de desayunarse, salir, acabada su conversacion, (y sustituida ya á la elegante bata del anfitrion una levita forrada de ricas pieles,) y encaminarse por el *boulevard* á una *Puerta del Sol* imaginaria improvisada en la *Plaza Vendome*, donde encuentran á varios amigos paisanos con quienes forman bullicioso corro. Es la hora á que pasan por aquella hermosa calle muchedumbre de coches y de ginetes que van al bosque de Bolonia, y de parejas pedestres que se encaminan al jardin de las Tullerías. No pasa buena moza á quien no se le eche disimuladamente algun requiebro, á la española; allí se fuma, de allí se baja al Prado (*vulgo*, las Tullerías,) allí se decide á qué restaudador se irá á comer, en qué teatro se empezará la noche, á cual *soirée* se irá despues... Porque, digámoslo ya en fin, y nos escusaremos llevar mas adelante este bosquejo: el Emigrado rico en todas partes es perfectamente recibido: en realidad no tiene de Emigrado mas que el nombre: su vida es en todo la misma que la del viajero rico de su mismo pais. Ya entra en una categoría aparte que merece tambien su descripcion especial, porque se diferencia enteramente de la del Emigrado, cual es la del *Español fuera de España*. Por eso deben omitirse aqui muchas observaciones críticas que ocurren, y que seria injusto aplicar al Emigrado, no recayendo sobre cualidades esencialmente propias de esta clase. El principal carácter del Emigrado en general, que es el anhelo por volver á su patria, falta en el Emigrado rico; fáltale tambien el aislamiento entre los suyos, la esclusion de todo trato con los representantes del gobierno de su pais, y aun con todas las personas de distinta comunion política, que tan altamente caracteriza al Emigrado; ¿qué le queda, pues, de tal? Nada mas que el nombre: ningun rasgo propio esencial le distingue de cualquiera otro Español no Emigrado y ausente de su patria, fuera del hecho material de no poder volver á ella. No debemos pues ocuparnos en él en este artículo mas que como lo hemos hecho, es decir, mas que por mera fórmula de recordacion. Por lo mismo me abstendré de pintar al falso Emigrado que hace de su usurpado título un recurso para estafar á sus paisanos: este Emigrado no es mas que una variedad del *Caballero de industria*, otro de los tipos que tambien merecen pintarse y en el que no renuncio á emplear mi tosco pincel; porque son tantos y tan curiosos los que me ha deparado la suerte adversa, que sin mas que apuntar unas cuantas figuras de las que mas impresas se me han quedado, verá el lector cosas que le maravillarán.

Hasta aqui solo he hablado del Emigrado soltero, ó á lo menos que no lleva consigo su familia, si la tiene, que es como naturalmente debe ser, la clase mas numerosa; pero fuerza es decir algo tambien del Emigrado con mujer é hijos. Este, si no es rico, en cuyo caso tenemos lo mismo que antes dije, una familia fuera de las duras condiciones caracteristicas de la emigracion, es sin disputa el Emigrado mas digno de interés y lástima. Rara vez el Emigrado de esta especie se fija en un depósito; rara vez tambien deja de añadir al socorro del gobierno el producto de alguna honrada industria: aunque nunca haya sido apto para nada, aunque nunca haya hecho ni creido posible hacer otra cosa mas que cumplir bien ó mal las obligaciones de su destino, la necesidad que, como todos saben, tiene cara de hereje, le fuerza á trabajar: en esto se distingue esencialmente del Emigrado soltero el cual, por lo comun, se abstiene prudentemente de toda ocupacion que pueda redituarle algun provecho. El trabajo á que mas generalmente se dedica el Emigrado con familia es á dar lecciones de español ó á traducir para los libreros que comercian con nuestras antiguas colonias de América: asi están inundadas de traducciones increibles; las hay tan sublimemente desatinadas que merecian estamparse con letras de oro para delicia de las personas de buen humor.

La casa del Emigrado con familia es el punto de reunion por las noches de todos los emigrados del pueblo ó cuando menos del barrio, si se halla en París ó en una ciudad grande: allí se forma una verdadera *tertulia*, con su murmuracion, sus amoríos, su poquito de mala música y aun de baile de cuando en cuando. A estas tertulias suele asistir algun indígena que aspira á llegar á poseer la *especialidad* española en la literatura de su pais, estudiando la lengua, el *colorido local*, las costumbres de los Españoles; pero es preciso que tenga mucha magnanimidad para resignarse á oir con indiferencia las mil pestes que probablemente dirán de las cosas de Francia aquellos mismos que tan humana acogida están recibiendo en esta hospitalaria nacion. Solo una docilidad á toda prueba y una grandísima despreocupacion pueden granjear al estranjero el honor de ser visto sin desagrado como individuo ó tal vez de ser positivamente escluido de la susodicha tertulia española y emigrada.

Otras variedades hay del tipo *Emigrado*; pero muy secundarias y que poco ó ningun carácter general presentan al obserador, pues los que tienen les son comunes con el otro tipo arriba indicado del *Español fuera de España*, tipo que no renunciamos á bosquejar.

Terminaré este artículo con algunas consideraciones, de las que prometí al principio, sobre las ventajas é inconvenientes de las emigraciones (1).

Las emigraciones políticas ¿son un bien, ó un mal, para el pais de donde salen y en que se repiten de tiempo en tiempo? Esta es la primera pregunta que se hace á sí mismo el hombre que piensa, sobre todo cuando ya no es Emigrado,

---

(1) Estas consideraciones están sacadas de un escelente articulo que escribió á ruego mio el tan justamente celebrado autor de *las Cartas de un pobrecito holgazan* para una *Revista enciclopédica* que publiqué hace dos años en Paris con mi amigo D. P. de la Escosura.

porque claro está que, mientras dura su emigracion, la tiene de cierto por un mal, sobre todo si escasea de dinero. Mas lo que parece ofrecer poca duda es que, si en el mundo no hubiera habido emigraciones, la marcha de la civilizacion habria sido mucho mas lenta y probablemente menos segura; porque no hay Emigrado, por rudo y desaplicado que sea, que no haya hecho voluntariamente ó por fuerza una multitud de observaciones y comparaciones que, á su vuelta, aplica ó comunica con cierta vanidad á sus amigos y compatriotas. El uno observa el progreso ú atraso de las artes mecánicas; el otro las costumbres domésticas y familiares; éste se pone á traducir mal ó bien los libros que cree pueden ser útiles ó por lo menos venderse en su patria; algunos estudian los métodos mas aventajados en tal ó cual ramo de industria ó de la agricultura; no pocos se dedican á enseñar su propia lengua y la estudian al mismo tiempo; otros siguen los cursos de enseñanza establecidos en los pueblos donde la suerte ó su situacion particular les permite residir; varios aprenden un oficio á que tal vez tenian inclinacion cuando eran jóvenes, ó de que poseian ya algunas nociones elementales; quién hace valer las habilidades que aprendió por solo recreo y enseñándolas se perfecciona en ellas; quién adquiere aplicacion al trabajo, cuando antes era un haragan de por vida; los mas leen una multitud de libros ó periódicos que probablemente no hubieran hojeado jamás si hubiesen permanecido en su pais; todos aprenden bien ó mal un idioma que ignoraban la mayor parte de ellos; no hay uno que no adquiera por fuerza el hábito de la economía doméstica y el convencimiento de la inutilidad de muchas que él tenia por necesidades indispensables; y por último, ninguno deja de pensar en su pais á cada cosa buena que vé en el que accidentalmente se encuentra, y que no desee llevar ó introducir para bien de su patria, siendo á nuestro entender las emigraciones uno de los mayores estímulos al verdadero patriotismo, como que en general todo Emigrado ama mas á su patria, que cuando nunca habia salido de ella.

Verdad es que contra esta última reflexion acostumbran oponer algunos que con la emigracion suele, sino perderse, á lo menos debilitarse eso que han dado en llamar *nacionalidad*. Pero antes de decidir esta cuestion nos parece que convendria ponernos de acuerdo sobre lo que se entiende y debe entenderse por esta palabra, que la mayor parte confunden con el patriotismo. Si por nacionalidad se entiende esa manía de aborrecer á todas las naciones estranjeras como hicieron los judíos desde que se escaparon de Egipto y se reunieron por primera vez en cuerpo de nacion, obedeciendo al pie de la letra lo que les decia la ley de Moisés, á saber: «Las naciones estranjeras que no adoran al verdadero »Dios, no son nada para él: vosotros debeis sujetarlas y esterminarlas,» semejante nacionalidad, ni la queremos, ni la deseamos para España, ni para ningun otro pueblo del mundo. Si se entiende tambien por esta voz aquella bárbara y grandiosa resolucion que se atribuye á los Romanos casi desde la cuna de su imperio, de dominar á todo el mundo conocido, sin perdonar para ello la violencia, ni la astucia, ni la traicion, arrogándose el derecho de matar ó hacer esclavos á los

vencidos, y cumpliendo ferozmente el precepto de las doce tablas que dice: «*Adversus hostem* (*hostis* aqui quiere decir estranjero) *perpetua auctoritas esto*;» tampoco nos acomoda una nacionalidad que jamás ha producido ni tenido otro orígen que la injusticia. Y por último, si por nacionalidad se entiende lo que hasta ahora han entendido y parece que siguen entendiendo los Ingleses y los Rusos, es decir, el derecho de valerse de la fuerza para usurpar y hacer suyo todo lo que puedan adquirir sin gran peligro, esa nacionalidad es detestable como el robo y la piratería. Asi hemos visto á Inglaterra ejercerla constantemente sobre todo el globo, despojando á casi todas las naciones, muy particularmente á la nuestra, de las posesiones que habiamos adquirido legítimamente en ambos hemisferios; y así vemos á la Rusia absorber poco á poco lo que ya quedaba de la nacionalidad polaca, al paso que va minando la nacionalidad turca.

No es así como nosotros quisiéramos que se entendiese la nacionalidad española, sino como quiso que la entendiera el espíritu del cristianismo desde su aparicion sobre la tierra, es decir, procurando mirar como hermanos á todos los demas hombres, sin perjuicio de que cada nacion procure tener entre todos los individuos que la componen identidad de ideas y de intereses, así materiales como morales. Cuanto mayor unidad haya en estos tres caractéres esencialmente constitutivos, mas firme, mas compacta y vigorosa será la nacionalidad. Hay gentes tan estrechas en sus ideas ó tan mezquinas en sus juicios, que con solo ver que los emigrados, y particularmente aquellos contra quienes están mal prevenidos, vuelven á su patria con distinto traje del que en ella se acostumbra, ó prefiriendo esta ó la otra manera de comer ó de estar en visita, al momento pronuncian el anatema de que el tal ó la tal han perdido su nacionalidad, y gracias si no propalan caritativamente que se han desmoralizado del todo. Como si la nacionalidad ni la moralidad consistiesen en la forma de un sombrero ó en comer á las cinco, ó á la una de la tarde. Ese modo de calificar las nacionalidades solo probaria que desde que dejamos de usar las anguarinas y las calzas atacadas, hemos perdido el carácter de españoles.

No por eso negaremos que ha habido, hay y habrá muchos emigrados y aun simples viajeros, para quienes la estacion mas ó menos prolongada en estraños paises no es otra cosa que una escuela de imitaciones pueriles ó ridículas; un pretesto para despreciar ó hacer despreciable su propio pais, y un modelo tal vez de vicio y corrupcion que acaso no hubiera tenido la desgracia de copiar, no habiendo salido de su patria. Admitimos tambien y vemos con harta pena muchos fátuos que desde que un sastre los viste á la francesa ó á la inglesa ponen todo su conato en remedar, no los usos, sino hasta los movimientos, las frases mas ó menos estropeadas, y en general todos los defectos visibles con que les parece que llevan escrita en la frente la noticia de que han viajado por tal ó cual pais: que no reparan en traducir malditamente las espresiones mas usuales, haciendo un potaje casi ininteligible de la lengua ajena y de la propia, en términos de no dejar la menor duda al hombre inteligente que los escucha de que no han aprendido la una y han procurado olvidar la otra. ¿Pero qué especie

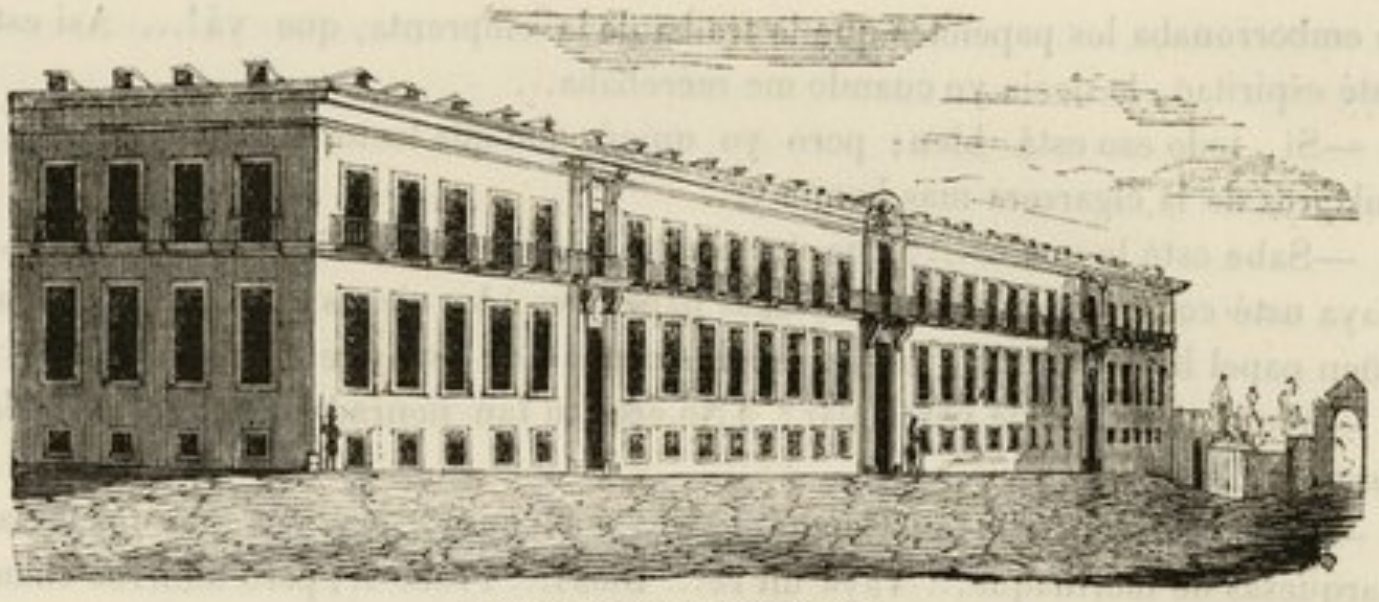
de gentes son las que se hacen notar por este defecto, y cuantos podrán contarse en cada emigracion? Desde luego nos atrevemos á asegurar que no hay uno por ciento en quien se eche de ver semejante ridiculez, al paso que podríamos citar muchísimos á quienes ha servido de mucho el conocimiento mas perfecto que han adquirido de un idioma estraño para limar y corregir el suyo, y sobre todo para estimarle mas y mas, en fuerza de la comparacion. Lo que nos parece un axioma, es que, para saber amar á su patria y para aprender á servirla, es menester haber salido de ella, pero con instruccion anticipada, sin que á esto deje de haber algunas honrosas escepciones....

¡Ojalá que tantas ventajas de las emigraciones no sufriesen una dura compensacion en la masa de numerario que necesariamente obligan á estraer estas peregrinaciones forzadas, á que con tanta frecuencia estan dando lugar nuestras discordias políticas y los efímeros triunfos de los partidos!...

¿Pero se inferirá de lo dicho que, pues las emigraciones ocasionan tantas ventajas y solo producen en nuestro sentir un solo perjuicio, deben los gobiernos promoverlas ó cuando menos no economizarlas? No, de ninguna manera; pues á pesar de ser evidentisimo cuanto acabamos de esponer, á nadie mas que á los mismos gobiernos interesa evitar las ocasiones de que se repitan semejantes desgracias. Lo primero, porque las emigraciones lejos de ser un signo de fuerza de la autoridad pública, denuncian por el contrario su propia debilidad, y tal vez tambien la de las leyes. Lo segundo, porque siempre presuponen una grande injusticia, como que nadie podrá persuadirse de que un número tan crecido de hombres que, á veces, llegan ó esceden de diez, de quince ó de veinte mil, puedan ser todos criminales. Lo tercero, porque como ya hemos repetido dos veces, son una señal infalible de que el gobierno está supeditado por la opinion, no del pueblo, que esto sería generalmente un bien, sino por el capricho, la ignorancia y las malas pasiones del populacho, ó lo que es lo mismo de la hez de la sociedad. Lo cuarto, porque se desacredita y pierde su consideracion con las potencias estranjeras, un gobierno cuyos súbditos tienen que huir por no encontrar proteccion ni en los tribunales ni en las leyes de la suya propia. Y por último, porque, repetimos, las emigraciones son un signo de debilidad, asi como las amnistías son una señal de fuerza y de confianza en su derecho.

Plegue á Dios que estas ligeras reflexiones sirvan á lo menos para escitar otras mas profundas en los que sepan hacerlas, y sobre todo, para poner término á la ferocidad de los partidos, ya que todos ellos han sido alternativamente víctimas ó verdugos de las opiniones que les eran contrarias.

EUGENIO DE OCHOA.



Fábrica de tabacos de Madrid.

LA CIGARRERA.

—¡Pues la chica tiene genio! ¡Como diga que no, es inespugnable! Vaya, mujer, ven acá; aprovechemos la casualidad de habernos encontrado, para que el público sepa quién eres; mira que estamos comprometidos con el anuncio.

—Toma! miste que ley!... pa qué pusieron ese rétulo?... escriba osté.

—Pero, hija mia, si yo no sé nada de lo que haceis en la fábrica..!

—Cigarros.

—Si, ya lo sé; pero...

—Vaya, dejémonos de rrequilorios y agur; quédense las probes cigarreras con su aquel y su frábica, y póngase osté á sacar romances de su cabeza, que lucio quedará con el oficio... En una guardiya al par de la mia, murió un señor hace poco de hambre purita... Tambien era asi como osté, muy estirao y tóo lo sacaba de su cabeza, Mas maldiciones le tié echáas mi curro el cajista porque

le emborronaba los papelotes que le traiba de la emprenta, que yá!... Asi está osté espiritao, le decia yo cuando me recrebaba...

—Sí, todo eso está bien; pero yo quiero que mis lectores sepan la vida y milagros de la cigarrera mas bonita y...

—Sabe osté lo que es...? que sí; ¡bonita! Como que me lo voy creyendo... Vaya usté con esas andrómimas y esos papelones á los ciegos que aquí no cuela. Güen papel haria yo entre tantas señoras como dice osté que hay en el libro.

—Y qué tiene eso de particular? ¿No eres tú tan honrada como *el Ama del cura*, y...

—Caye osté generoso!... Como el Ama é el cura?... y mas que todas las marquesas de meriñaque... Vaya un re... Dios!... Probe sí; pero honrría como denguna.

—Vés? ya sabe el lector que sois honradas; aunque me temo que hayan tomado la escepcion por la regla.

—Menos palique y largo... *don Levita*.

—Pues dime, qué, no quieres acompañarme á la fábrica y dejar que te retraten en el libro?

—Quiá!... á rremenos me lo tendria yo el andar con usías de casaca... Leví, levi, pero no le conocí.

Un señor de levosa
se me ha perdio;
le he puesto en el *Diario*
y no ha parecio.
Qué güeno juera
que el señor don Levita
no pareciera!

. . . . . .

Por intempestiva que le haya parecido al lector la introduccion de este artículo, no habrá dejado de conocer que el personaje con quien hablábamos era una *Cigarrera*, y que el lenguaje que usaba es el mas comun á esas gentes; sobre todo si están bautizadas en S. Lorenzo ó en S. Millan.

Los barrios del Ave María y de Lavapies surten generalmente de operarias la fábrica de tabacos de Madrid, aunque algunas de ellas son feligresas de Maravillas y del Barquillo. Pero esas mujeres no están como llovidas en esos sitios, ni se encontraron al nacer en las calles del Tribulete y Humilladero; á esos sitios han ido á parar por sus pasos contados; y tienen procedencia legítima las mas veces; aunque no se exige semejante requisito para hacer cigarros.

Son tan característicos los rasgos particulares de mi tipo que le hacen formar clase aparte en la sociedad; de tal modo que cuando se oye decir: *es una Cigarrera*, nadie pregunta mas de malo ni de bueno.

Las operarias de la fábrica de tabacos de Madrid son en su mayor parte madrileñas; por mas que haya muchas entre ellas, hijas de otras provincias,

especialmente valencianas. Pero estas son cuestiones de mayoría, y las Cigarreras que han venido al mundo por la capital de las Españas, forman una parte del tipo de la *Manola*, que merece un recuerdo de nuestra pluma; persuadidos de no podernos emplear nunca con mas españolismo que ahora. Retratar el donaire, las gracias, la nobleza y la generosidad de una clase que ha llamado siempre la atencion de los estranjeros, y que está próxima á desaparecer para siempre de nuestro suelo, es para nosotros una tarea muy grata. Nos horripila ver hoy dia barridas las escaleras de la fábrica por la ropa talar de las operarias; pero nos refugiamos en ese establecimiento como única trinchera que para defender las costumbres españolas nos ha dejado el ridículo furor de los innovadores. Aun pisa la fábrica de tabacos el zapato de tabinete blanco y la media de seda calada; aun no se ha desterrado de esos sitios el corto guarda-piés ni la mantilla de franja.

. . . . . .

Media docena de hombres, que pulsan cuatro guitarras y dos bandurrias estan sentados á la puerta de una casa baja en la calle de la Palma Alta; acompáñanles cantando seguidillas igual número de mujeres, y bailan en el corro cuatro parejas que repican con gracia la alegre castañuela; y cuando se acaba una tanda de seguidillas ó boleras echan una ronda de aguardiente; circulando, entre los músicos principalmente, un botijon de aquel espíritu de vino disfrazado en parte con la simiente de anís. La calle está llena de curiosos y se habla entre ellos con variedad del objeto de aquella fiesta, aunque todos saben y convienen en que es la torna-boda de la viuda de un albañil, que ha contraido esponsales con un cerrajero viudo tambien, y padre de una niña de 12 años, que triste y llorosa en medio de aquella gente, no toma parte en la diversion y parece presentir mal de su madrastra.

El baile ha dado principio á las tres de la tarde, y á instancias del sereno y del alcalde de barrio termina á las diez y media de la noche. Un cuarto de patio con dos piezas que hacen de sala, alcobas y cocina, da asilo á los casados y aquella noche como las anteriores, pasa sin una palabra mala ni una obra buena, y sin que la hija del cerrajero tenga motivo de queja de su madrastra; pero á los quince dias se acaban los maravedises y empiezan las desazones. La viuda del albañil sabe poner un puchero, pero no sabe de ningun lonjista que dé los comestibles gratis, y se dirige al cerrajero para que la suministre fondos. Este que no tiene ganas de volver á la fragua la dice que los busque, y una palabra de una parte y otra de otra, ocasionan una riña diaria, que termina por hacer las paces los esposos y castigar á la pobre niña diciéndola que no sirve para nada, y que ya tiene edad para ganarse la comida y contribuir con alguna cosa á la casa.

La muchacha sufre el mal trato de su madrastra buscando medios de ganarse la vida, y hoy cuida el puesto de una frutera por cuatro cuartos; mañana vocea, llamando parroquianos á la puerta de una carnecería, ó acarrea botijos de agua para las vecinas, y friega y barre en dos ó tres casas inmediatas

á la suya; hasta que por fin logra entrar de niñera con una *cria* de la fábrica de cigarros. Esta ocupacion la obliga á ir dos veces al dia á la casa grande de la calle de Embajadores; ve, por precision, muchachas de su edad que ganan diariamente 36 ó mas cuartos, y andando el tiempo resuelve hacerse Cigarrera; para lo cual pregunta por el superintendente de la fábrica, se entra en el despacho de su señoría, y con las lágrimas en los ojos y el arrojo en los lábios, le dice:

—Señor, yo vengo á ver á usía y usía me va á hacer un favor.

—Mira, yo no puedo hacer nada en eso, dice el superintendente, creyendo que es hija de alguna operaria despedida; tu madre se tiró el otro dia de los pelos con la otra, y ninguna de las dos vuelve á poner pies aqui.

—Pero señor!... replica la muchacha, sorprendida con aquella interpelacion; qué galimatías es ese que ha movío usía en un memento?... Usia no me conoce!.. Mire usía que no tengo madre!..

—Pues dí, qué quieres?

—Entrar en la frábica *daprendiza*, si usia me lo premite.

—Eres muy chica aun, y el reglamento manda que no entre ninguna antes de los trece años.

—Mire usía que aunque parezco chiquetiya, pa la Virgen de la Paloma, cumplo catorce años; ahí está la señá Manuela *la Roma*, que usía la debe conocer, señor, que es *capataza* en el tayer de las *comuneras*...

—Está bien, pero ahora no puede ser; vuelve otro dia.

—Gracias, señor; en el manánimo corazon *dusía* espero que no me faltará á la palabra.

Pero la muchacha no se fia, y siempre que el superintendente sale ó entra en su casa, se encuentra con la aspiranta á Cigarrera que le está esperando en el portal y le acosa especialmente cuando le vé con alguna señora; esperando que ésta haga algo por el sexo. A esta circunstancia ó á la de necesitarse operarias en la fábrica, debe su admision en calidad de aprendiza la niña de los doce años; que destinada por el oficial mayor del establecimiento al taller del tabaco comun, logra tomar asiento en la mesa de la señora Manuela, que á fuerza de pellizcos y pescozones la vá enseñando el oficio.

Empieza la hija del cerrajero á *despalillar* la hoja, y á los pocos dias, la enseñan á *hacer el niño*, á *liarle* y á *despuntar* por fin el cigarro. La espuerta para el material, la silla, las tijeras, y el *tarugo*, especie de tablita para redondear los cigarros, todo corre de cuenta de las operarias, y la hija del cerrajero, que tomó *al fiado* esos enseres, los va pagando poco á poco con el dinero que recibe los dias de entrega por los mazos que ha hecho en la semana ó década. Y ahora, mientras la chica va cobrando manejo en el oficio para llegar á ser una de las Cigarreras *mas largas*, entre las habidas y las por haber, haremos nosotros una visita á LA FABRICA DE TABACOS DE MADRID.

A las siete de la mañana se advierte gran afluencia de gente, la mayor parte mujeres, por las calles del Ave María, de Lavapies, y del Meson de

Paredes. Los hombres que acompañan á alguna de las Cigarreras se van despidiendo poco á poco, y los numerosos grupos de ellas, que se dirigen hácia el Portillo de Embajadores, se condensan frente á un edificio de construccion sencilla, destinado á la elaboracion de los tabacos; esperando allí la hora de que se abran las puertas al enjambre femenil.

Variados son los trajes de aquellas infelices madres de familia trabajadoras, ó de aquellas hijas laboriosas que acuden á la fábrica en busca de pan con que alimentar á sus padres ó esposos; el lujo no está en relacion directa del trabajo ni de la asiduidad; depende únicamente de los vicios de los hombres con quienes viven, que acostumbrados en su mayor parte á que los mantengan sus mujeres ó sus hijas, se abandonan á la mas criminal pereza y cuanto mas trabajan las infelices operarias, tanto mas las exigen, tanto mas derrochan, y apenas las dejan con que defender sus carnes del rigor de las estaciones que desafian con valor, dirigiéndose al taller para verter su sudor, ganando el pan de toda una familia. El traje mas general consiste en un zagalejo corto que deje ver una pantorrilla, graciosa las mas veces, calzada con media blanca y zapato idem; pañuelo de manta los inviernos, cubriendo parte de la cabeza, y uno pequeño de percal los veranos, hecho nudo al cuello, y caido sobre la espalda á manera de capucha; delantal corto de percal ó de seda algunas veces y un pañuelo en la mano que contiene un poco de pan y algo de fruta cuando mucho. Otras suelen llevar una cestita de mimbres al brazo; pero esto no es lo mas comun.

El rumor producido necesariamente por tres mil ó mas mujeres (1) que hablan, ó disputan (que en eso no sé yo á cuántos andariamos de sinonimia) cesa en el momento de entrar en la fábrica la última operaria. El silencio mas profundo reina luego en el interior del establecimiento; parece imposible que en 101,436 piés superficiales se encierren tantas mujeres, y que no se oiga otra cosa aun dentro de los mismos talleres, que el ruido monótono y continuo que hacen las tijeras, al desempeñar una de sus misiones sobre la tierra, ó al caer sobre las mesas de la labor; ruido elocuente y grande que haria esclamar al poeta menos reflexivo:

Dijo Dios: hombre, el pan que comerás,
con el sudor del rostro ganarás;
Cigarrera, añadió, tú vivirás,
con la tijera haciendo tris, tris, tras.

Los talleres, que ocupan los pisos principal y bajo, están divididos en secciones de á cien mujeres cada una, presididas por una *maestra*; especie de mujer de mas categoría que las operarias que se pasea por la sala con los brazos cruzados. Antiguamente tenian las maestras su parte en el trabajo como las demas operarias; pero hoy dia les está prohibido mezclarse en esa tarea, y su mision de inspectora, está remunerada con un sueldo de 8 rs. diarios; resolucion

(1) El número de operarias, asciende hoy á 2742.

que por ciertas hablillas que oimos hace pocos dias á la puerta de la fábrica, nos parece muy acertada. Cada ciento ó partido de operarias está dividido en *ranchos* de á seis mujeres, inclusa la *capataza*, que dirige la mesa, y es en un todo igual á sus subordinadas. Las capatazas son elegidas por las maestras de entre las mas juiciosas y aplicadas.

Los almacenes del tabaco están en los sótanos, y allí todos son hombres los que trabajan, salva una pequeña seccion de mujeres, llamadas *empapeladoras*, que se ocupan de empaquetar el tabaco picado, para la venta pública. La *empapeladora* es una especie mas moderna que la *mistera*, la *habanera* y la *comunera*; pero todas son Cigarreras y se llevan como ángeles unas con otras; comiendo juntas y regañando juntas. Los talleres tienen sus fuentes de agua abundante y clara; pero el aseo y limpieza de los *partidos* está á cargo de las Cigarreras que escotan para pagar á las barrenderas. Cada partido tiene un armario donde la capataza de cada mesa guarda la labor de sus compañeras, hasta el dia de la entrega; y como cada una de ellas cobra despues los mazos que hace, usan para no confundir los trabajos, de una señal en el *atado*, que asi llaman á la hoja de palma que sujeta los cigarros; y consiste la señal en hacer uno ó mas piquetes con la tijera. Las madres de familia que tienen niños de pecho se llaman *crias*, y salen al patio á las diez de la mañana á dar de mamar á sus hijos, despues de haber sido registradas por las maestras; operacion que sufren todas las Cigarreras al salir del trabajo por las tardes, y así no puede ser cierto aquel cantar que dice:

«Llevan las Cigarreras
en el rodete,
un cigarrito habano
para su Pepe.»

Casi todas las operarias comen en la fábrica, para lo cual se reunen por ranchos, y pagan cuatro ó cinco cuartos diarios que las guisanderas suplen hasta el dia de la entrega; dia curioso y fecundo en acontecimientos de todo género.

La porcion del tabaco en hoja que toma la operaria para el trabajo diario, se llama *data*, y el dia destinado para recibirla, bajan todas con sus espuertas al patio grande, y á su presencia se pesan las *datas*, que necesariamente han de dar 50 mazos de á 25 cigarros cada uno. Los mozos encargados de esa operacion tienen sus paniaguadas, á quienes dan el peso mas corrido ó justo por lo menos, que no es poco favor; pero esa parcialidad les acarrea muchas maldiciones de las agraviadas, y hay aquello de:—Reladronazo, endino... lástima é presidio... Cuantos hombres habrá ayí con menos motivo que estos piyos!

Para entregar la labor, no esperan á concluir los 300 *atados* que corresponde por data á cada mesa; sino que la entregan por cientos; para lo cual bajan igualmente al patio y van cobrando su parte, en calderilla y al peso las mas veces. Al terminar esta operacion no están solas las Cigarreras; la puerta de la calle está defendida por las guisanderas, las fiadoras y hasta por los caseros

algunas veces; pero estos suelen volverse á su casa sin un cuarto ni esperanzas. El dinero que aquellas infelices reciben por premio de su laboriosidad, no hace mas que pasar de una mano á otra. Los réditos del vestido que lleva puesto y la envoltura del recien nacido, que sacó fiada de la tienda por mediacion de la prestamista, que cobra de ese modo un doble de su valor aquellas prendas, hacen que la operaria salga de la fábrica sin un cuarto y no muy bien parada algunas veces, á consecuencia del siguiente diálogo:

—Oyes, tú!... ven acá; qué no me das nada?

—Esta entrega no puedo.

—Pues yo bien pude darte el vestido cuando te hacia falta... Farfantonas, que quereis lucir mas de lo que podeis.

—Hágase osté cargo, señá Juana, que he cobrao muy poco esta data.

—Y qué tengo yo que ver con que tú seas una holgazana?... Si no te anduvieras por ahí hecha un pendon con ese perdío...

—Miste, seña Juana, á mi dígame osté lo que quiera, pero en hablando de mi Alifonso, la rompo á usté el bautismo.

—Defiéndele; por lo bien que se porta contigo!.. Creerás tú que no sé yo lo que ha hecho con tu pañuelo de manta?... pues le ha empeñao en casa de la Rufina.

—Ha hecho muy rrebien... se le importa á osté algo de eso?

—A mi no; pero págame, ó te arranco el pañuelo.

—Sabe osté lo que és?... que me va osté á arrancar el pañuelo!.. Me ha hecho gracia la embajá!...

A todo esto la Cigarrera se pone *en jarras*, se cruza el pañuelo debajo de brazo y con el pie derecho mas sacado que el izquierdo, hace temblar á su adversaria, que aunque mujer de *rompe y rasga*, está poseida del miedo inherente á todos los usureros, que se reconocen infractores de la ley en sus préstamos.

—Dejémonos de historias, y págame.

—No me dá la rial gana, y tómelo usté por donde quiera.

—Pues se lo diré al superintendente.

—Quiá! la retorceré á osté el gañote mas pronto que la vista.

—Tú, á mi? dice la prendera, temiendo dar muestras de debilidad en presencia de la multitud.

—Yo á osté, y me sobra pa otra que venga.

—Eso lo dices por mí! interrumpe una tercera que ya por celos ó por otra causa, tiene ojeriza á la querida de Ildefonso.

—Y qué tenemos con eso?

—Que te pego una guantáa, en menos que canta un gallo.

—Quiá!

—Lo quies ver?

—Quiá! Necesito yo doce como tú pa refrescarme la boca.

—Lo que tú tienes es mucha lengua, y muchísima de la fantesía... Como sino supiéramos aquí de donde sale ese lujo!

—De lo que tú me das, mujer! contesta la deudora de la prendera, poniendo la mano en el hombro de la entremetida.

—A mi no me toques tú, porque tarrastro del moño.

—Toma moño, dice la querida de Ildefonso, sacudiendo una fuerte bofetada á su competidora; especie de suerte á que ellas llaman *hacer la coloráa*.

Esto era lo único que faltaba para que la entremetida pasase á vias de hecho, y agarrándose á los rizos de su adversaria la arrancase los cabellos, de una manera sangrienta y terrible. Despeluzna ver el encono con que se baten esas mujeres. La guardia interviene siempre para separarlas; pero esas quimeras suelen ocurrir á cierta distancia de la fábrica, y la presencia de algun esbirro que trata de ponerlas en paz, las reconcilia, volviéndose ambas contra el alguacil y diciendo:

—Chica, pégale una bofetáa al *guindiya*.

—Oyes; no le llames *guindiya* que está prohibio.

—Pues que se quiten ese chorizo colorao de la *chistera*. (1)

Si el negocio se formaliza, suelen ir de allí á la cárcel, de donde salen al dia siguiente, despues de pagar una multa y sufrir una amonestacion del juez. De otro modo siguen por la calle de Embajadores, hácia sus respectivas casas, riéndose de cuantas personas encuentran al paso, sobre todo, si hay algun estranjero que tiene la desgracia de atravesar por aquellos sitios á semejantes horas, en cuyo caso las voces mas conocidas son:

—Señor... Señor... El de la levosa... Cuando páran los faldones, guárdenos usté la cria...

—Déjale, chica, que es *grin_o*.....

—No lo creas; es *franchute*.. de los que no *mercan pan* y vienen aquí á sacar la tripa de mal año...

—Monsiu, monsiu; dónde ha dejao usté el salterio?...

Esas y otras bromas entretienen el camino de las cigarreras, y cuando ya se dividen por las callejuelas que desembocan en la calle de Embajadores, tienen otros lances no menos caracteristicos; siendo uno de ellos el de dar azotes á alguna criada de servir; especie de mujer que casi siempre tiene entre cejas la manola, ó el de *columpiar* á algun señorito, de esos que quieren galantearlas. Lo primero es una cosa sobrado fácil y puede ocurrir del modo siguiente:

Va por la calle con el derecho de la acera, una criada de servicio que trae á su señorito de la escuela; la Cigarrera se planta en jarras sin dejarla pasar, y la inofensiva criada se retira diciendo:

—Vaya una gana de chocar.

—Sobre tóo... chocar...

—Qué tias mas descaradas!... dice la criada, siguiendo su camino.

—Oiga osté sobrina, venga osté acá, y la dejaré la cera; replica la Cigarrera, lanzándose sobre la criada, y doblándola sobre la rodilla con una celeridad

(1) Uno de los nombres con que esas gentes suelen determinar el sombrero de picos.

fabulosa. La víctima se resiste; pero lleva media docena de azotes, y cuando se aparece el celador á saber la causa de aquel alboroto, contesta la Cigarrera:

—No ha sio naa, señor; sino que estaba el dia nublao; pero ya *ha salio el sol* en Lavapies, por esta tarde.

Esta misma escena ú otra menos fuerte, enamora á tal cual jóven, que se llega á la Cigarrera y la dice:

—Bien, salero; quieres que te acompañe?

—No señor, le contesta secamente.

—Entraremos en la botilleria.

—No gasto.

—En la taberna.

—Menos.

—Estás muy seria, mujer!

—Y osté muy franco *por parte de tarde*. En qué bodegon hemos comio juntos?

—Vaya, no seas esquiva, y déjate querer.

—Conversacion!

—Quieres venir á la confiteria.

—Me empacho.

—Pues qué quieres!

—Que se quite osté de delante, so espantajo, pendon, poca pringue...

Y si el *usía*, como ellas dicen, no se retira, sigue ensartando motes, hasta que llega á su casa y se encuentra con su marido que viene del trabajo si es hombre de bien, ó de la taberna si anda á *picos pardos*; en cuyo caso Dios y las costillas de la Cigarrera saben lo que allí pasa.

Pero, ya se ve; el lector estará asustado creyendo que las palabras Cigarrera y camorrista son sinónimas, y á fé que no hay semejante cosa; ahí está entre otras muchas la hija del cerrajero, que se casó con la viuda del albañil al principio de este artículo, atestiguando lo contrario. Al año de estar en la fábrica, se enamoró de un oficial de zapatero, que se estableció al poco tiempo en un portal de la calle de la Montera, y hoy viven felices con una onza de oro ahorrada, por si se ofrece una enfermedad ó cosa por el estilo. Esto no obsta sin embargo, para que mi chica le pegue una *guantáa* al *sul..um cordam*, y se muestre esquiva como Vds. han visto cuando, algun curioso como yo, la pide informes sobre su vida y milagros y quiere retratarla.

Tiempo es ya que sepa el lector, que María, pues asi se llama la Cigarrera que hablaba conmigo al principio de este artículo, y la hija del cerrajero, son una misma persona; de cuya graciosa figura podrán dar fé los que, ganosos de conocerla, se lleguen á informarse de mí.

María tiene hoy dia de la fecha diez y ocho años y dos ojos negros que matan si están abiertos y privan cuando se cierran; sus cejas pobladas y negras se pierden suavemente en sus rosadas mejillas, que cubiertas por dos hermosas madejas de pelo mas negro que el ébano y mas brillante que el azabache recogidas por dos horquillas de alambre, sombrean su rostro, dando interés á

sus facciones; sus labios de algo mas que carmin subido dejan ver por intervalos una doble banda de dientes, con cuya blancura no osaria competir la nieve, y el gracioso lunar que ostenta en medio de su barba, ha perdido á mas de cuatro, y ha ganado *á menos uno*, de cuantos se han querido quemar en las abrasadoras miradas de María; de cada una de sus orejas, sube cruzando la cabeza una linea blanca; que termina en la frente, partiendo en tres grupos desiguales y distintos su negra cabellera; la porcion mayor de pelo, sirve para una ancha trenza, que tejida en forma de canastillo cubre la parte posterior de la cabeza, y constituye lo que se llama *rodete*. Su traje, corto, como sabe el lector, está reducido á un zagalejo de mucho vuelo con tres ó cuatros jaretones; un pañuelo corto cruzado sobre el pecho, un delantal de seda negro, y una mantilla de tafetan negro guarnecida de terciopelo del mismo color, ó por mejor decir, de terciopelo con una tira en medio de tafetan; pero caida siempre á la espalda y cruzada por delante con una gracia que ni el pincel de Alenza podria copiar con exactitud. Su breve pie, calzado con delicado esmero por un zapato de tabinete negro y una media de seda blanca y calada es la admiracion de cuantos le ven; y aprisionado por unas cintas negras que llaman *galgas* anuncia una hermosa pantorrilla, cuyo gracioso contorno, desaparece entre los bajos del vestido.

María que no tiene otro Dios que su Paco el *Zurdo*, ni piensa en mas que en darle gusto; que seria capaz de empeñar todo su tren, y aun de arrancar clavos con los dientes por darle una onza de oro en un dia de toros, para que fuese el mas rumboso entre sus amigos, es la misma Cigarrera que no nos quiso dictar este artículo y que con toda la sencillez de su buen corazon, y todo el *aire de taco*, de su genio independiente y franco, nos dejó ir solos á la fábrica de tabacos; pero ahora se ha apiadado de nosotros, y dignádose oir leer este artículo, cuyo V. B. está en las siguientes palabras, que acabo de oir de su misma boca:

—No está mal... pero... saca osté mucha burla de las Cigarreras, y si una se pusiera... Pues... vamos al decir... que si una quisiera hacer burla de ostedes, no acababa nunca... ¿Por qué no dice usté nada de aquel señor... Cómo lo llaman?... Sagra... ó Sangre... ó qué se yo?...

—La Sagra? la pregunté sorprendido de que María tuviese conocimiento con tan respetable señor.

—Ese mesmo; Sagra.

—Y qué tienes tú que ver con don Ramon de la Sagra?

—Quién? yo; náa. Sino que ese señor quiso poner una escuela de právulos en la frábica, y regañó con el superintendente pasáo, sobre á quién le habia ocurrío primero la idea... Vaya una gente!

—Pero qué cosa mejor, que la de que enseñen gratis á vuestros hijos?

—Quién dice que no sea güeno? pero ponerse á disputar por el aquel de la ocurrencia y llenarse de papelotes y de cartas entrambos que asi nos lo dijo la maestra, tiée alma! Eso se parece á lo que me sucedió á mi con el abogao de mi mario, cuando lo del presidio.

—Pues qué ha estado en presidio tu marido?

—No lo premita Dios; pero voy al decir, que cuando lo llevaron preso por haber gritao, «viva la Constitucion,» me pidió cuatro plegos de papel sellao para una súplica, el rreladron del abogao. Fortuna que yo... bendito sea Dios que no me muerdo la lengua por naide, le dije:—Ave María! cuatro plegos de papel? Va usia á hacer una cometa, señor?—Y sabe usté por tóo en junto pa que queria los cuatro plegos?... pa decir, que mi mario estaba borracho cuando dió los vivas...

Por ese estilo, siguió contándome varios lances, que yo referiré á mis lectores, si vuelvo á pillar otra ocasion de que me escuchen. Ahora ya no puedo hacer mas que indicarles la, MORAL QUE RESULTA DE ESTE ARTICULO.—Que cuantos mas cigarros consuman los fumadores, tantas mas mujeres pueden ganarse el pan honradamente; y que si el fumador de tabaco (fumador noble) es eminentemente filantrópico, por este concepto, los que fuman salvia, anís ó yerba luisa, son criminales en alto grado, y queda probado que tienden á desmoralizar la sociedad.

Yo tengo acreditado no pertenecer á los segundos en repetidas ocasiones, y ahora mismo en accion de gracias, por haber terminado mi tarea, enciendo un cigarro, elaborado por la Saavedra, célebre Cigarrera de Madrid, á quien hemos conocido hace pocos dias; gracias á la amable condescendencia con que nos enseñó todas las dependencias de la fábrica de tabacos, el oficial mayor de la misma, por encargo especial del superintendente, á quien debimos asimismo mucha atencion.

ANTONIO FLORES.

EL ACCIONISTA DE MINAS.

El bípedo infeliz que vamos á describir con el nombre de *Accionista de Minas*, es un ente *casi racional*, y nuevo en España, que se produce por adicion ó por sustraccion en la clase medianamente acomodada de nuestra sociedad. Antes de entrar en los pormenores de su formacion, cúmplenos sincerarnos á los ojos de la generalidad de los accionistas de minas, por el alarmante estremo de la cuasi-racionalidad que en nuestra definicion hemos ingerido. Protestamos ante todo que no hacemos alusion en este artículo á ninguno de los que racionalmente esplotan el interesante ramo de la industria minera, haciendo en él un empleo mas ó menos acertado, pero fundado de un capital grande ó pequeño, como puede hacerse en cualquier otro género de industria. Estos pertenecen á la numerosísima, útil, y heterogénea clase de especuladores en general, la cual no tiene tipo fijo y marcado, ni mas objeto real que la *ganancia*; al paso que el sér *sui generis* á que aludimos, constituye una clase nueva enteramente aparte, cuyo distintivo peculiar es *el gusto de perder*.

Asi pues no es nuestro *Accionista de Minas* un cualquiera entre los muchos ciudadanos interesados en empresas mineras: nuestro *Accionista* no es ni el rico banquero que invierte una parte de sus pingües beneficios en la costosa compra de acciones en Linares, ó en el barranco Jaroso; ni el abogado rico de clientela que aventura una modesta porcion de su capital en las minas con una esperanza prudente y racional de una buena ganancia; ni el antes pobre, ora afortunado, que por uno de los raros caprichos de la suerte, al recorrer cuando era miserable la escabrosa senda de una tierra ingrata, topó con un criadero de ese vil metal cuya vileza ennoblece tanto al que llena con ella sus bolsillos. Nuestro Accionista de Minas no es ni banquero, ni abogado, ni magistrado, ni artista, ni hombre de ciencias; ó si algo de esto fué, ya no lo es. La minería y la metalurgia le han trastornado el seso, y todo lo ha olvidado por la furia de hacer agujeros en los montes de Toledo, ó en el campo de Cartagena: por el parricida anhelo de abrir pozos y socavones en el seno de la madre tierra, donde si no encuentra plata ú oro, va al menos enterrando bonitamente su dinero:—y hé aquí cómo se constituye por sustraccion el *Accionista de Minas*.

Que si el ente primordial que ha de entrar en la composicion de un *Accionista* legítimo, no era ninguna de las cosas arriba dichas, ni tenia profesion alguna, ni tenia ningun capital moral que perder antes que la *minomanía* le acometiera; sino que era meramente un hombre que vivia de su renta, sin curarse mas de lo que oculta la áspera corteza de la tierra que de lo que encubre el azulado velo del cielo; entonces es cuando en rigor se dice que el Accionista se constituye por adicion; puesto que, á diferencia del primero, que para serlo tuvo que perder su profesion y una gran parte de su sano juicio, no necesita el segundo mas que haber adquirido la epidemia reinante, y la precisa actividad para dejar su tranquilo hogar y echarse á correr por esos mundos en busca de pedruscos, sudando el quilo en el verano, y dando diente con diente en el invierno:—y hé aquí por fin probada nuestra definicion del Accionista que le denomina *ente cuasi-racional*.

Pero entre el Accionista por adicion y el Accionista por sustraccion hay notables disparidades: conozco á muchos de uno y otro género, y sus tipos mas frecuentes suelen revelarse por señales exteriores inequívocas: asi, por ejemplo, aunque entre los accionistas por sustraccion los hay bien nutridos y de faz bermeja, redonda y espansiva, lo general es que sean enjutos y descoloridos; y *vice-versa* con respecto á los accionistas por adicion; y la razon ocurre naturalmente, por cuanto los primeros viven trabajados no solo por la afeccion mental que padecen, mas tambien por el sentimiento que á ratos les invade de ver desmoronarse sin fruto un bienestar amasado á costa de sacrificios y privaciones; y los segundos, faltos del necesario entendimiento y nacidos tontos, corren hácia su ruina con gran beatitud, y con inalterable tranquilidad de espíritu.

Si la calidad intelectual de las personas se reconociese solamente por la distancia de las cejas al vértice del cráneo, y por los planos ó carnosidad de la frente, es indudable que un Accionista por adicion con el sombrero puesto podria

pasar por un Accionista por sustraccion; pero la sábia naturaleza no permite que por un miserable pedazo de fieltro se confundan estas dos importantísimas especies; y por lo tanto ha querido diferenciar aun con otras señales exteriores al menguado del maníaco; nosotros sin embargo, no entraremos en tan prolijas menudencias, y dejaremos á nuestros lectores el placer de buscarlas en los tipos vivientes que ellos conozcan.

El *Accionista de Minas* campea y se agita en dos esferas distintas, cambiando alternativamente en el modo de vivir y de emplear su actividad incansable. La vida de campo y la vida de ciudad le tienen en una especie de movimiento perpétuo, y su único reposo es el sueño. Pero así como en el campo todas las investigaciones del Accionista son mezquinas, lentas y malhadadas; en la ciudad todas sus especulaciones teóricas son grandiosas, halagüeñas, y de facilísima realizacion. Todas sus ideas, altamente abstractas, giran sobre el pensamiento constante de un gran tesoro en masa que él y sus asociados *descubrirán* en las entrañas de la tierra, con el cual no solo van á darse muy pronto una vida regalona, sino que van á hacer la felicidad de toda su parentela. Don Canuto R***, el *Accionista de Minas* mas impertérrito que cubre el cielo de España, y que está interesado en diez y nueve empresas mineras consagradas con patriótico celo al empeño de hacer producir oro y plata á todos los montes de ambas Castillas, es la personificacion mas acabada y exacta de la especie que vamos describiendo. Hasta el año de 1839 vivió dedicado con mediana suerte al comercio, y todo el mundo le tuvo por hombre asentado y sesudo: hasta entonces fué juicioso y mesurado en sus modestas empresas, jamás arriesgó dineros á la ventura, jamás encomendó al azar la mas insignificante de sus acciones. Su vivir retrataba la compasada parsimonia de su alma; ni gastaba una peseta si podia comer con tres reales, ni pagaba por nadie en el café, ni andaba jamás de prisa, ni abria jamás su corazon al temor, á la esperanza, ó al cariño, antes de pesar y analizar bien todos los motivos para amar, esperar ó temer. Pero desde la citada época de 1839, desde que empezaron á llenar la España las noticias de los felices descubrimientos hechos en Sierra Almagrera por D. Miguel Soler y el tio Perdigon, trocóse de todo punto el sereno y reservado D. Canuto: volvióse de repente hombre de accion y de movimiento, se apoderó de él el frenesí de los azares, el fanatismo de los descubrimientos, el vértigo de las empresas, el apetito brutal de la ganancia á poca costa, con hambre y sed inmoderada de plata y oro. Desde entonces perdió su juicio, su aplomo, su calma, su escesiva prevision: salió de quicio, se hizo aturdido, atropellado, hablador, crédulo, imprudente, temerario, correton... y por remate de cuenta, tramposo!!!...

Don Canuto ha visto con la mas imperturbable serenidad vaciarse el arca que contenia sus rancias peluconas: el que antes vertia lágrimas cuando por la inspeccion de sus botitos veia acercarse la época fatal de renovar una media suela, ha consumado hace poco el sacrificio de su haber con un estoicismo digno de los mejores tiempos de la República Romana.—Y mientras su semblante ledo revela las esperanzas que le inundan aquel pecho de júbilo, insensible ya

á toda otra pasion que la de perforar cerros y lomas, le miran con espanto sus amigos próximo á meditar una torpe estafa para irse á Sierra Almagrera á ahondar los mil setecientos agujeros estériles que otros muchos don Canutos abrieron en aquel *Eldorado* de los *Accionistas de minas* del centro.

Chocará á muchos de nuestros lectores que una sola manía pueda causar tan radical variacion en un hombre. Yo sin embargo les protesto que este fue en cualquier tiempo el fenómeno que mas distinguió á todo mortal aficionado á minas; y ahí está el Sr. D. Antonio Ulloa que en sus *Noticias americanas* consigna el mismo portentoso hecho como la dolencia general de los mineros americanos que vió y trató. «El incentivo de la plata, dice en su entretenimiento 12, llega hasta el término de que claudiquen los hombres de mas peso, madurez y juicio, sin que haya desengaños ni razones que los persuadan una vez que se empeñan en ello.» Y la razon es clara: aunque la esperiencia de los mas pudiera bastar á persuadir de que los minerales de oro y plata no existen en el crecido número que la generalidad cree, como los afortunados, que son los pocos, hacen sonar mucho sus hallazgos, al paso que los desgraciados callan por vergüenza sus pérdidas, se imaginan fácilmente los poco ilustrados haber metales preciosos en cada cerro, y que solo se necesita abrir la tierra para que se hagan patentes esos tesoros. Y como la esperanza es la mas fiel compañera del hombre, incluso el perro, conservándose siempre esta fresca y verde, y durando la lisonja de un porvenir feliz, no hay entretenimiento mas agradable que ir gastando dinero en minas, ni asunto en que se inviertan los caudales con mas franqueza sin quedar el remordimiento de haberlos malogrado. Antes bien deduzco yo que esta ocupacion parece inventada para los mas codiciosos, agarrados y miserables; pues que teniendo un poco de fé en la minería, el que estaba acostumbrado á guardar en huchas su dinero, puede imaginarse muy bien la sencilla fábula de que los pozos que ha abierto su sociedad con las cuotas mensuales que ha ido satisfaciendo, son otras tantas huchas de donde algun dia sacará centuplicado su caudal.

Embelesados los mineros con las señales de su *filon*. que es el nombre que dan á su pozo aunque no sea mas criadero que la cuesta de las Vistillas, encántados con la distancia que llevan trabajada, con las calidades de tierras que han ido encontrando, con la clase de terrones que *pintan*, con los visos de plata que creen reconocer de tiempo en tiempo, y con las historias que les refieren los agenciadores y manipulantes en el oficio, lo único que sienten cuando se les acaba el caudal es no tener á su disposicion otro tanto como el que han consumido para continuar en la empresa; y asi aunque gastan mucho y no recogen nada, no se consideran perdidos contando por mas pingüe el que tienen en espectativa.

La historia de los primeros pasos que dió D. Canuto en la senda de su perdicion suele ser comun á la generalidad de los accionistas de minas: es la historia de su primera tentacion, de su primera debilidad, de su primera rebeldía contra la maldicion de Dios de comer el pan con el sudor de su frente, pareciéndole mejor comerlo con el trabajo ajeno.

El diablo tentador de este *Accionista* fué uno de esos hombres pecaminosos

llamados por los iugenieros *buscones*, y por la ley *Catadores*, el cual sin haber descubierto jamás criadero ninguno, poseia la ciencia de hacer perfectamente su negocio esplotando la credulidad ajena. El *buscon* de quien hablamos era consumado en las tretas usadas en las provincias donde abundan las empresas mineras: el espediente de que con mayor éxito se habia servido en aquellas era este: cuando una mina estaba en metales, ó con esperanzas de obtenerlos, plantaba un registro inmediato á ella que sirviese de base para suscitar pleito, buscando por pretesto una triquiñuela cualquiera, por injusta y descabellada que fuese: presentábase al dueño ó dueños de la mina, amenazándoles entablar un litigio para intimidarlos, y luego entraba echándola de generoso y proponiéndoles composicion. La parte contraria por evitar enredos de justicia solia ofrecerle una ó dos acciones en la mina, que él aceptaba, y de este modo se hallaba interesado en varias empresas productivas sin costarle un maravedí. En las garras de este espíritu maligno vino á caer el alma sencilla de D. Canuto. Huyendo el buscon de cierta tierra de Andalucía, donde una de sus arterías descubiertas le acababa de valer una buena paliza, trajo á Castilla, con el venenoso intento de trasplantar á ella su industria, la fama del tio Perdigon y de la riqueza minera de la costa; y en la diligencia que salia de esta ciudad, que no quiero nombrar, topó con él el Accionista *in fieri*; y tan buena maña se dió el aventurero para interesarle en sus engaños, tales maravillas le contó, tanto le encareció sus conocimientos en minería, y tan sencillo le pintó el modo de obtener metales preciosos en cualquiera tierra de España, que al fin del viaje era ya el buen D. Canuto todo oidos para cuanto parlaba el astuto manipulante, y no ansiaba otra cosa que trabar intimidad con él para aprender á encontrar criaderos en los campos.

En cuanto al trato, fácil le fue conseguirlo: el buscon habia calado muy bien á su interlocutor, y por las ingenuas confesiones que consiguió arrancarle en su necio entusiasmo, comprendió sin dificultad lo que para sus adentros formuló en los siguientes términos, ú otros parecidos: «Este D. Canuto es una verdadera mina: su riqueza no está en filon, pero está en masa, que es todavia mejor: por el terreno blando de su credulidad le abriré un socavon con mi charlatanismo, y sin necesidad de desagüe, y sin otra máquina de estraccion que mis cinco dedos, en unas cuantas varadas traspaso á mis bolsillos toda su plata ya copelada, acuñada y corriente.»

El resultado correspondió de lleno á su propósito. «Vea Vd., amigo, le dijo al atravesar el puerto de Somosierra, todo esto es riqueza pura! pero acá en Castilla no entienden Vds. una jota de mineria, oh! si tuviéramos por allá muchos cerros de esta especie!! Pero ya se vé, aquí carecen Vds. de buenos ingenieros: no tienen Vds. capataces inteligentes.... Es un dolor!... A nosotros los geognostas no se nos ocultan los tesoros que esconde la avara tierra: nuestra ciencia está todavia poco generalizada, y son raros los que conocen á fondo las verdaderas leyes de la teoria eruptiva, en virtud de la cual la sábia naturaleza ha puesto al alcance del hombre la preciosa materia incandescente que elabora el globo en su centro. Todos estos terrenos quebrados esconden por lo general

copiosos metales: y le diré á Vd. la razon porqué es asi. Los cataclismos que ha esperimentado la corteza de nuestra esfera (y al oir la palabra *Cataclismo* abrió D. Canuto tanto de ojo), y que han ocasionado en ella estas quiebras y roturas, han dimanado siempre de los sacudimientos internos que esperimenta la materia en combustion, y.,—«No entiendo eso muy bien,» dijo don Canuto. «Me esplicaré, repuso el buscon: el centro de la tierra está en trabajo contínuo, y encierra un fuego sumamente activo qne pone en disolucion aquella materia íntima que despues por el enfriamiento se convierte en roca: y asi como una grande irritacion febril de la sangre se le manifiesta á Vd. saliéndole un divieso en la nariz ó en... otra parte, del mismo modo la tierra hace aparecer sus escrescencias en la superficie, y los fuegos que del centro envia rompen en volcanes, ocasionan terremotos, ó producen otros fenómenos igualmente terribles. Ahora bien, como estos cataclismos ocasionan grandes quiebras y aberturas en el globo, partiendo como parten del centro, es indudable que todo terreno que presenta señales de semejantes convulsiones en su esterior, debe tener en su profundidad numerosas quebraduras. Y como los metales son, digámoslo asi, las secreciones de la tierra, las cuales suben del centro á la periferia en virtud de la fuerza espansiva del calor, dichas quebraduras deben estar llenas de metales, constituyendo una infinidad de riquísimos filones que solo esperan la actividad industrial del hombre para colmar el suelo de tesoros; de hombres de su actividad y fibra de Vd.; de hombres en fin que teniendo medios como mi señor D. Canuto, no teman arriesgar una friolera para abrir un agujero y sacar esos metales que casi casi se tocan con la mano.» De este modo, revolviendo en su pedantesco charlatanismo mentiras y verdades, iba el buscon abriendo su mina en el corazon del honrado comerciante. Y para acabar de seducirle, le embocó, envueltas en un indescifrable fárrago de terminachos, una porcion de falsas reglas por las cuales decia él que se guiaba para reconocer las plantas y flores en que influye la plata aun cuando esta se halle á 200 varas de profundidad, y para distinguir las diferentes clases de vapores que emanan de las sustancias metálicas de la tierra al salir el sol.

Cuando ya el Mefistófeles se hubo apoderado del ánimo del neófito, y le hizo aflojar unas cuantas onzas de oro inscribiéndole en tres ó cuatro empresas mineras que acababa de fundar, le empezó á hacer saborear, para completar su ruina, el placer de las escursiones indagatorias. En unos pocos dias de intimidad se habian trocado todos los hábitos y costumbres de D. Canuto, de tal manera que nadie en la ciudad de su residencia le reconocia. Veíanle correr las calles acompañado siempre de un hombre de traje sospechoso, que era el referido buscon, abandonar todas sus antiguas relaciones comerciales, andar todo el dia con los bolsillos llenos de muestras de minerales y con listas de asociaciones mineras, buscando en plazas y cafés nuevos suscritores para sus empresas, y encerrarse desde el anochecer hasta la alborada con sus consócios para celebrar las importantes sesiones donde discutian con calor sobre las esperanzas y porvenir de sus calicatas. Mas cuando D. Canuto empezó á hacer

escursiones por los alrededores de la ciudad, y empezaron á observar las gentes que madrugaba para hacer en compañia del buscon sus indagaciones mineras, y que se pasaba el dia entero con un martillo y un azadon en la mano andando por los cerros y por los valles, escarbando donde quiera que encontraba una pinta reluciente, ya le fueron creyendo loco; entonces procuraron sus buenos amigos curarle y disuadirle, pero era ya tarde: el impetuoso accionista no veia en sus amonestaciones y consejos mas que envidia y celos por el brillante porvenir que se le presentaba. Riñó pues con todos; é hizo muy bien, porque entonces precisamente empezaba D. Canuto á saborear en las emociones fuertes la verdadera felicidad de la vida.

Todas las noches soñaba que descubria un nuevo criadero en filon, de plata ú oro purisimo; que era dueño de mas de cien cerros, cada uno de los cuales contenia mas riqueza que las minas de Siberia del Principe Demidoff; que al nombre de Canuto le habia sustituido la popular admiracion el de *nuevo Fúcar* ó de Principe *Canutoff*; y que el movimiento de su coche era tan delicioso!...

Cuando al cabo de un año de vida de minero, urbano y rural, llegó á ser D. Canuto accionista en una docena de empresas, todas igualmente improductivas, pero todas con esperanzas, ya habia dado su fortuna un bajon considerable, sin que se advirtiese en él el mas leve descontento; su humor por el contrario habia perdido la nimia impresionabilidad de todo hombre escesivamente cuidadoso de sus intereses, y el pecho del accionista, henchido de una esperanza perenne é inestinguible, no daba cabida á las impresiones de la actualidad. Sin exhalar la menor queja contra la suerte dejó el piso principal que habitaba para subir al segundo, mas acomodado á su decrecente fortuna; con una dulce sonrisa en los labios subió al año siguiente del segundo al tercero, por la razon misma; y con la misma beatitud en las facciones y la misma esperanza en el corazon, acaba ahora de subir á respirar el aire puro de la guardilla, hasta tanto que plegue á Dios que se conviertan en manantiales de oro los diez y nueve ó veinte pozos que tiene abiertos en Castilla: para lo cual, desde hace cuatro años largos, falta todos los dias nada mas que un poquito. Con que de escalon en escalon, y de piso en piso, se va remontando el cuerpo de D. Canuto; asi como de sueño en sueño, y de ilusion en ilusion, se remonta su espíritu á la esfera de los mas grandes potentados de Europa; hasta el dia, cercano tal vez, en que su casero (á quien dejará de pagar sin perder la serenidad de su semblante) le haga descender de repente hasta el arroyo con sus cuentas y sacos de minerales, poniéndole con la punta del pie un violento tropiezo debajo de la rabadilla.

Al alma ambiciosa del hombre suelen contentar mas aun los preparativos en todas las empresas, que los mismos resultados ya obtenidos, por felices que sean. Sucédele asi á D. Canuto. Mas de cuatro veces me ha confesado con su natural candor, que si bien es cierto que el sueño de ser Principe y de arrastrar coche le hace, mientras le revoletea por el cerebro, el mas feliz de los mortales; todavía goza mas, y es su fruicion mas pura é intensa, cuando despues de su frugal comida, adormecido en las soñolientas horas de la siesta de verano, se transporta

su imaginacion al campo de una gran mina en toda regla, (como lo será dentro de muy poco cualquiera de sus *filones*!.....) y recorre los diferentes trabajos y faenas que allí se ejecutan. Entonces es cuando verdaderamente se le abre un dilatado campo para sus inocentes placeres y para el ejercicio de su alta inteligencia; entonces es cuando realmente goza en dar ensanche y desarrollo á sus mas nobles instintos y virtudes!... Figúrase primeramente el *Accionista* que habiendo ido á pasar unos cuantos dias á sus minas, llega al terreno de las labores en ocasion de dar un capataz la señal para la salida de los obreros. Hiere agradablemente el oido de D. Canuto el chasquido de los látigos de los capataces de gavia; oye una voz gritar junto á la armadura del torno *Cadena*! y repetirse este grito bajo tierra por otras muchas voces, que son las de los cargadores que se hallan en el fondo del pozo, y prolongarse luego el mismo eco hasta las últimas profundidades de la mina; despues de lo cual siente el alegre rumor de sus doscientos ó trescientos operarios que se han puesto en marcha para salir á respirar el aire libre.

¡Qué órden, qué admirable concierto se presenta á los ojos del dichoso propietario! Sentado al pie de un arbolillo oreado por la brisa de la mañana, en la elevacion de una pequeña roca, contempla arrobado la estension de sus varias pertenencias, tiende la vista por el horizonte donde descuellan las cien chimeneas de las grandes fábricas de fundicion á las cuales dan abasto sus inagotables criaderos; recrea la mirada en la tranquila escena del descanso de sus trabajadores, ocupados en comer su *bazofia*; observa con satisfaccion la buena disposicion de las diversas máquinas de estraccion, acarreo, ventilacion, desagüe, etc., que mandó construir su sociedad segun los mejores modelos de Alemania. Llega luego la hora de volver al trabajo: todo es actividad, movimiento ordenado, subordinacion y disciplina. Cada cual corre á su puesto; capataces, picadores, torneros, amainadores, enganchadores, carpinteros, albañiles, gavias y guardas, todos están en su lugar desempeñando sus respectivas tareas. (La gente de gavia es muy numerosa en los sueños de D. Canuto, porque hay mucho mineral que arrimar á los cargaderos de los pozos!!) Los *correos* entran y salen, cantando y brincando, con sus alcuzas y torcidas para aviar los candiles de los trabajadores que se hallan dentro de la mina; llevan á la fragua la herramienta inutilizada, y bajan de los almacenes herramienta nueva. Los *mencheros* preparan mechas para la pega de los barrenos.... Oyese de repente gritar *barreno*!... Sigue á poco rato una gran detonacion subterránea!.... Cielo santo!! (Las imágenes mas espantosas se precipitan en el cerebro de D. Canuto!) Cuatro barrenadores han sido gravemente heridos por los cascos de la roca!.... En una de las últimas galerías se ha tropezado con un *soplado*, y ha salido de él un gas mortífero tan violento que ha apagado las luces de los trabajadores, dejándolos á todos asfixiados y tendidos en el suelo!.... En otra galería de otra mina contigua se ha inflamado el gas hidrógeno carbonado!.... Don Canuto se vé subitamente rodeado de víctimas!, de padres de víctimas!, de hijos de víctimas!... Tuertos unos, los otros con un brazo roto, otros por fin con una pierna colgando, se precipitan en torno del sensible Accionista esclamando: «Don Canuto!! Don

Canuto!!» Aquí sus heróicos instintos humanitarios salen de madre, y en el desbordamiento de su ternura se lanza como un rayo á socorrerlos á todos, y á prevenir nuevos males. Manda, prescribe, impera, decreta, toma disposiciones... todo lo remedia, consuela á todos.... de todo triunfa! Ya junta á los heridos en una tienda que sirve de enfermería provisoria; ya se abre á sus ojos como por ensalmo un pozo de ventilacion para desinfeccionar la atmósfera de las galerías: ora recorre el campo con solicitud paternal para reunir los hijos de los trabajadores á los infelices autores de sus dias: ora se arroja dentro de las minas para ver si hay en ellas nuevas víctimas que socorrer, ó mas cadáveres todavia insepultos. Es tan puro é inefable el placer de hacer bien!.... Pronto se cambia la escena; todo ha vuelto á su estado normal. De las pasadas desgracias no queda mas que la memoria; lo que equivale á haberse aumentado la suma de los placeres del *accionista*. Por todas partes oye resonar las bendiciones que centenares de familias piden á Dios para el poderoso benéfico que las sustenta... Ya está de vuelta en la ciudad, manda cantar un solemne *Te Deum*. Está repantigado en su muelle butaca rodeado de papeles, donde lee con letras muy gordas PRODUCTO LÍQUIDO PARA CADA ACCION: ya piensa en nuevos actos de filantropía; en dotar doncellas, en pensionar á artífices; ya trata de fundar hospitales, casas de maternidad, escuelas.... Uno de sus secretarios le presenta un plano levantado al intento, y el rico propietario va á indicar con el dedo un linde.... ¡adios sueños! adios ilusiones!!.... el pobre D. Canuto habia metido su dedo en un ancho socavon que la polilla abrió en otro tiempo en su mugrienta mesilla de pino, y habia tropezado con un copioso criadero de ciertos insectos de verano, en cuya fétida sangre lo sacó teñido!!.... Oh dura transicion! ya no eran familias humanas las que sustentaba, sino familias numerosísimas de animaluchos *sumamente caseros* que le atravesaban su ropa á modo de filones: ya en las odiosas cuentas de varadas de que estaba su guardilla llena, lejos de hacerse mencion de producto alguno, solo se leian gordos renglones de GASTOS ORDINARIOS Y ESTRAORDINARIOS! Cada vez que se repite uno de estos amargos desengaños ruedan por las mejillas del Accionista de minas dos gruesas gotas de llanto mezclado con bilis.

Porque tambien el que se dedica á ser *Accionista* pasa sus ratos crueles y bebe en el cáliz de la vida sus tragos de acíbar. Sirva de ejemplo este que pasó D. Canuto, y que voy á contar á mis lectores para que se formen una idea de nuestro tipo, medianamente aproximada, bajo todos sus diversos aspectos.

Entre los muchos agujeros con los cuales han esplotado algunos truhanes al pobre Accionista, hay uno en cuyas estériles profundidades ha enterrado la parte mayor de su desvanecido capital. El manipulante que le interesó en aquella pretendida mina, con la cual engañó tambien á otros varios, lo hizo de la manera siguiente: Compró unas cuantas cargas de mineral de otra mina rica, y las metió en uno de los pozos de la referida mina estéril; previno á los trabajadores lo que habian de hacer, y cierto dia condujo allí por via de paseo y como por casualidad á D. Canuto. Asi que éste se presentó, empezaron los

torneros á sacar mineral, y el marchante á hacer esclamaciones como admirado de ver tanta riqueza. Pregunta el mismo en seguida á los trabajadores quién era el dueño de aquella mina: *casualmente* era conocido del buscon!... y el inocente neófito cayó en el garlito comprando todas las acciones, que ambos truhanes quisieron venderle. El mineral bueno se agotó al instante, como era natural; pero la sociedad que pretendia esplotar aquella mina, y en la cual don Canuto llegó á absorber casi la totalidad de las acciones opinó que era aquel un criadero en capas, y que por consiguiente ahondando mas el pozo maestro se reproducirian los terrones metálicos. Llevaban ya abierto un gran pozo vertical con el cual habian atravesado mas de ocho capas paralelas, y todas ellas presentaban la misma esterilidad que la primera; pero solia periódicamente bajar á visitar la mina D. Canuto, y como por la lobreguez del subterráneo y la escasa luz del candil brillaban de vez en cuando algunas gotas de humedad en las paredes de la escavacion, siempre el Accionista salia convencido de que aquellos reflejos eran señal evidente de un mineral rico y puro. Entretenian su ilusion las falsas noticias que daba á la sociedad el capataz que dirigia la mina, el cual al fin de cada varada, es decir, cuando se iban á ajustar cuentas, siempre tenia algo estraordinario que contar; unas veces decia: «el pozo ha dado en blandura!» otras, «la piedra sale tan dura que rompe las herramientas!» y otras por fin, «se desprende un olor á azufre que no se puede parar!» Y como ya he dicho, nunca faltaba mas que *un poquito* para que viese lograda su esperanza D. Canuto. Una vez que el entendido inspector general de minas D. Joaquin Ezquerra (1) acertó á pasar por la localidad donde está la referida mina, fué consultado por la empresa sobre las esperanzas que ofrecia aquel terreno, y habiéndole examinado, dijo el ingeniero francamente que juzgaba inútil la continuacion de aquellos trabajos, por ser enteramente estéril.

Esta opinion, ingenuamente espresada, le valió de parte de los accionistas un formal pronunciamiento, que se vió precisado á conjurar trasladándose á otro punto: y el ofendido D. Canuto que salió de sus casillas, no contento con haberse arrojado al pozo en un momento de celo colérico para sacar á vista del Inspector, á quien llamaba bufando *incrédulo* y *ciego*, un pedazo de arenisca llenándose de barro la cara y el chupetin, estuvo malo una porcion de dias con un arrebato de sangre, y apenas convaleciente se pasó otros tres con sus noches escribiendo una virulenta invectiva contra la Direccion de minas, y contra el gobierno porque no hacen criaderos de plata ú oro en los cerros de las Castillas.

Él sin embargo se salió con su empeño: el buscon que le habia proporcionado la alhaja le llevó á casa de un ensayador francés de la ciudad, que habia venido á España huyendo de su tierra por monedero falso, el cual en un santiamen hizo el ensayo del mineral en uno de sus crisoles: y como en el crisol habia polvo de

---

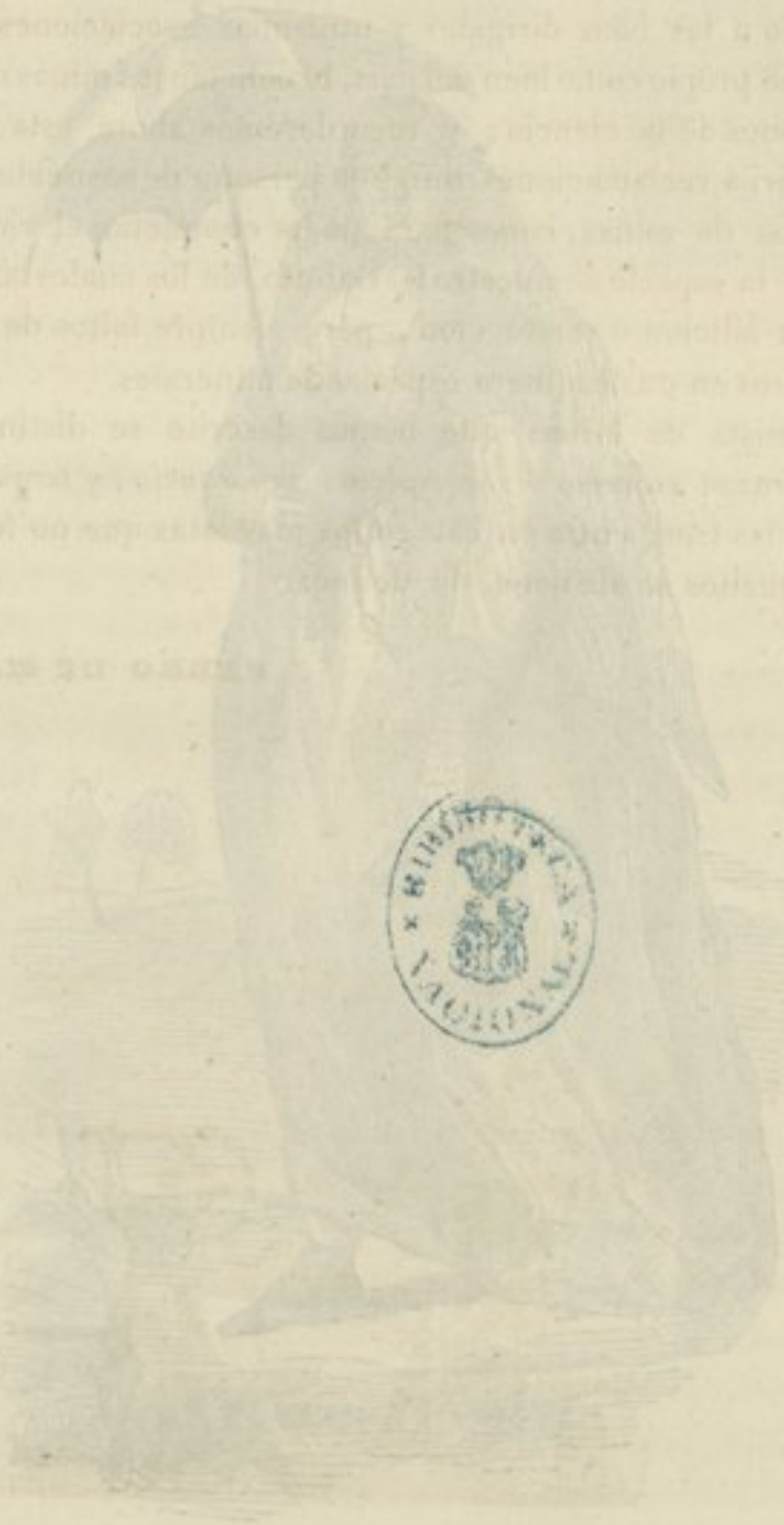
(1) Autor del curioso libro titulado: DATOS Y OBSERVACIONES SOBRE LA INDUSTRIA MINERA, de donde hemos sacado noticias para el presente articulo.

plata, resultó contener el pedrusco una parte de esquisita materia argentífera, con lo que D. Canuto recobró su calma. Y basta de biografía.

Hemos procurado reunir en un fantástico personaje los síntomas principales que, esparcidos entre la generalidad de los aficionados á minas, produce la manía reinante de las empresas y asociaciones mineras. Al comenzar indicamos que nos abstendríamos de toda alusion que pudiese menoscabar injustamente el respeto debido á las bien dirigidas y utilísimas asociaciones mineras que, con tanto provecho propio como bien del país, benefician las minas de España siguiendo las instrucciones de la ciencia; y recordarémos ahora esta salvedad, asi para que no nos dirija reclamaciones ninguna persona de seso cabal de las muchas que son accionistas de minas, como para poder completar el ridículo retrato de los accionistas de la especie de nuestro D. Canuto, de los cuales tambien hay muchos, formados por adicion ó sustraccion, pero siempre faltos de seso y empeñados en hallar tesoros en cualesquiera especies de minerales.

El Accionista de Minas que hemos descrito se distingue pues por tres cualidades: *razon enferma ó incompleta, ignorancia, y terquedad sin límites.* El que no reuna las tres, entra en categorías mas latas que no forman *tipo especial*, ó que por lo menos se abstiene de delinear

PEDRO DE MADRAZO.



LA SEÑORA MAYOR.

Así como son cinco los dedos de la mano, y cinco los sentidos del cuerpo, y son cinco los principales colores de la luz, y cinco los pétalos de la flor en general, y cinco los mandamientos en las leyes de caballería del vulgo (capítulo *bofeton*), y cinco las partes del mundo, cinco son tambien las edades de la mas bella flor de la creacion á quien el Eterno puso el nombre de *mujer*. Son estas cinco edades, la de *niña*, la de *jóven*, la de *jamona*, la de *Señora Mayor* y la de *anciana*: todas igualmente dignas de la consideracion y respeto del hombre, aunque el nombre con que se designa á una de ellas, la de *jamona*, no parezca inspirado por el mas delicado sentimiento de belleza.—¡Respeto, pues, á la niña que conservando puro el precioso aroma de la virginidad y de la inocencia, pasa por entre las rosas ajadas y marchitas de este infestado valle de la vida como un naciente boton, cerrado para los mortíferos soplos de las pasiones, con el oido lleno aun de célicas armonías, con la vista fija aun en las vaporosas visiones de allá arriba! Respeto á la jóven, casada ó doncella, fiel y afectuosa compañera de nuestra peregrinacion, embellecedora de nuestra existencia, sér que encierra bajo la mas delicada, blanda y hermosa forma, el alma mas fuerte y enérgica para el sufrimiento, cuyo inesplicable y generoso corazon es un precioso vaso que ademas de la propia pena deposita en sí con placer toda la pena del hombre, y donde nunca la hiel de la amargura rebosa para marchitar las dichas ajenas! Respeto á la

jamona, fresca ó templada, gorda ú obesa, que en esa especie de edad imperfecta, que sin pertenecer á la hermosa juventud frisa con la edad agri-dulce de la Señora Mayor, sufre con resignacion, si soltera la soledad enojosa, y si casada la compañia aun mas enojosa del ingrato que desprecia su amor! Respeto á la *Señora Mayor*, que empolla el huevo de la felicidad en la ceniza de las ya estinguidas pasiones, y que sin curarse del mundo y sus vanidades, guiada por la filosofía práctica de su esperiencia de las cosas humanas, posee la ciencia inestimable de andar por el mundo sin lastimarse con sus espinas, y de conciliar el propio interés y bienestar con el interés y bienestar general: intereses que están siempre en pugna en todas las demas edades de la vida! Respeto pues á la *Señora Mayor*! Respeto, oh lectores, á la estóica portera de la antesala de la vejez!

¿Quereis ahora saber cómo es esta antesala? Voy á describiros las variadas, y á veces risueñas escenas, donde la Señora Mayor aparece y campea.—¿Quereis conocer el carácter, cualidades, usos, costumbres é inclinaciones de la mujer que ocupa el dintel divisorio entre el caliente y dorado mediodia de la vida, y las frias sombras de la tumba? Pues yo os conduciré donde podais observar su modo de vivir, en diversas condiciones de la sociedad: dejaos guiar y venid conmigo.

Atravesamos las ruidosas calles del centro de Madrid, dejamos á la espalda las bulliciosas moradas de los banqueros, comerciantes, bolsistas, empresarios, libreros, etc., etc., y nos dirigimos hácia uno de los barrios estraviados, pero tranquilos, donde en las horas medias del dia apenas se percibe mas ruido que el de unos cuantos coches, ó de alguno que otro carro que pasa lentamente cargado de escombros ó de materiales para alguna obra, y al caer la noche no se oye otra voz que la del robusto maruso espendedor de *apio y escarola*, cuyo canto *spianato* hace á veces durar la última nota tenida desde una á otra esquina. —Hay allí una pequeña é irregular plazuela, malísimamente empedrada, con sus altos y bajos, y sus gastadas aceras donde se dan frecuentes resbalones, y sus arroyitos muy torcidos por donde se precipita furiosamente el agua cuando cae algun chaparron de verano: y en dicha plazuela se eleva una casa grande, de sencilla y sólida construccion, pero de prosáico y cuartelesco aspecto, á cuya puerta suele haber constantemente un coche parado, y en cuyo portal suele constantemente estar durmiendo un hombre con chaleco encarnado y chaqueta gris. NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO, dice la mugrienta fachada de la portería al uso antiguo; los que al uso moderno entran sin preguntar por nadie nunca consiguen subir hasta el cuarto principal, porque el irritado cancerbero saliendo de su casilla empieza á dar voces: «*hé, hé! caballero! caballero!*» y preguntándoles: «*¿donde vá Vd.?*» siempre les dá por respuesta: «*no está en casa*» para devolverles el desprecio recibido.—A los que preguntan suele contestar *está* ó *no está*, segun su antojo, unas veces medio gruñendo, otras medio roncando, otras sonriendo con amabilidad, pero siempre tumbado y con los ojos á medio abrir, con toda la dignidad tradicional del oficio. En rigor desempeña muy mal su cometido, pero dura en la casa desde tiempo inmemorial,

y durará hasta el fallecimiento de la persona á quien actualmente hace que sirve, la cual está acostumbrada á despedir cien veces á un criado sin poderle echar nunca.

Tú y yo, lector apreciable, no necesitamos permiso de nadie para penetrar hasta lo mas recóndito de esa casa. Burlamos invisibles la vigilancia del portero dormilon, subimos sin ruido la escalera, no nos dignamos siquiera llamar á la puerta del cuarto principal, pasamos por ella aunque cerrada, nos deslizamos rozando las narices del lacayo y portero de estrado que yacen medio tumbados en los bancos verdes del recibimiento, cruzamos antesalas pintadas de azul, de amarillo con franjas, de encarnado con pabellones, atravesamos un espacioso *estrado* (vulgo *sala*), lujosamente amueblado en tiempo de Cárlos IV, con su grande y pesada araña de cristal, sus sofás y sillones de raso anaranjado, jarrones chinescos en los cuatro ángulos, consolas y veladores de caoba con adornos dorados, ámplias cortinas de damasco, alfombra elaborada en la real fábrica de tapices de Madrid, espejos con marco á la griega, y en las paredes, revestidas de tafetan lila y rosado, varios retratos de ministros, almirantes y togados, con sus correspondientes alas de pichon, ejecutados con aquel estilo candoroso y bonachon que distingue á nuestros pintores de la pasada centuria, y cuyos caractéres infalibles son la plasta amarillenta y lisa de los claros, y el tono chocolate de las sombras; y llegamos por fin, *inapercibidos*, al tranquilo y cómodo gabinete de la marquesa viuda de V*** legítima dueña y habitadora de la referida casa, noble *Señora Mayor*, respetable y digna como casi todas las señoras de su edad pertenecientes á la aristocracia española. Este gabinete ha sido el mudo y fiel testigo de mil interesantes escenas, cómicas y ridículas las unas, dramáticas y aun eminentemente trágicas las otras, algunas puramente pintorescas, varias de ellas de suma importancia política.... ahora por lo general puramente religiosas ó domésticas. Cuando el difunto marqués de V*** era mozo y habitaba la casa paterna, antes de su enlace con la actual *Señora Mayor* que era entonces una de las mas lindas criaturas de la córte, todos sus trapicheos amorosos tenian por teatro dicho gabinete; pues constituido por su padre, hombre de severísimas costumbres, bajo la inmediata vigilancia de un preceptor clérigo, que era al mismo tiempo el capellan de la familia, el campo de batalla de sus devaneos juveniles habia de ser forzosamente cualquiera pieza de la casa; y como aquel gabinete era la mas favorable de todas por su contigüidad al oratorio, en cuya sacristía habia una escalera secreta que guiaba á una estrecha callejuela á espaldas del edificio, casi todas las citas clandestinas que por medio de su ayuda de cámara ó la planchadora llegaba á concertar el jóven marqués, se verificaban, segun la calidad de la persona citada, ó bien en la susodicha escalerilla, ó bien en la sacristía del oratorio, ó ya por fin dentro del mismo gabinete, que en las horas de siesta hacian completamente independiente y seguro la lejanía del apartamento paterno, y el sueño profundo del inexorable capellan que tenia su cuarto allí cercano —Era de unos 20 años de edad el jóven primogénito, cuando la caritativa prevision del arquitecto que construyó el

edificio le proporcionó el enamorarse locamente, desde un ventanillo de la despensa, de la preciosa criatura arriba mencionada, hija única de un noble matrimonio que, sin ser inmensamente poderoso, habitaba con holgura y comodidades el cuarto principal de la casa vecina. Fernanda, tal es el nombre de la actual marquesa viuda, aunque educada con grande esmero y recogimiento, y de carácter naturalmente tímido en todos los acontecimientos comunes de la vida, sabia en algunas ocasiones escepcionales armarse de valor y resolucion cuando animaba su alma algun afecto verdaderamente poderoso. Largo tiempo pasaron el presunto marqués y la hermosa Fernanda comunicándose por el ventanillo, haciendo *telégrafos*, como hoy vulgarmente decimos, y cambiándose palabras pronunciadas á media voz, miradas y besos fervientes encomendados al viento, entre las prosáicas y rancias emanaciones de la cecina y los perniles: hasta que por fin, á propuesta del cautivo mozo, tomó ella la heróica resolucion de que vamos á dar cuenta. Por las indicaciones hechas, ya habrá colegido el lector la forma del misterioso gabinete cuya historia narramos: hay en él cuatro puertas, una es la del espacioso estrado que dejamos descrito: en frente de ésta hay otra grande que es la del oratorio, y suele estar siempre abierta por las repetidas visitas que á este piadoso lugar hace al cabo del dia la Señora Mayor de la casa. Las otras dos puertas son: la del cuarto del jóven marqués, y la del aposento del clérigo preceptor. Este buen señor acostumbraba á guardar bajo su almohada la llave de la escalerilla de la sacristía, que reconocia al jóven marqués por su habitual detentador: y como aquella costumbre, por el mero hecho de serlo, habia perdido la índole maliciosa y suspicaz que la introdujo, ya nunca se curaba el capellan, al recogerse para dormir su siesta, de verificar si existia ó no bajo su cabezal aquel precioso instrumento de los amores del alumno.—El dia, pues, de nuestra historia, tenia el mozo en su bolsillo la codiciada llave, y á la hora de la siesta no le fué preciso poner á prueba el sueño de su maestro, á quien juzgaba en su aposento profundamente dormido.—Desde el comedor fuése alegremente á su cuarto, permaneció en él un rato con los brazos cruzados hasta que le pareció estar ya recogida toda la gente de la casa, y en seguida se largó á la despensa desde cuyo ventanillo arrojó á Fernanda la llave. Volvió al gabinete, y pocos minutos despues estaba en sus brazos la hermosa doncella.... Era dia de gran festividad, y al anochecer se celebraba reserva en el oratorio.—La plática de los dos jóvenes fué de tanto interés que, sin saber cómo, se vieron de repente sorprendidos por las sombras: y cuando quiso Fernanda volverse á su casa, se hallaron al capellan arrodillado en medio del oratorio, por lo cual no pudo salir, y no le quedó á la pobre doncella mas arbitrio que esconderse en el cuarto de su amante. Era que la marquesa madre habia hecho dejar la siesta al capellan para confesarse de unos escrúpulos que se le ocurrieron durante el dia, y despues de retirarse la penitente se habia quedado el cura á echar su siesta dentro del confesonario, lo que verificó en paz y tranquilidad mientras los dos enamorados estaban entretenidos en su coloquio.—Siendo la hora ya avanzada, se disponia el capellan á pasar á la

sacristía para celebrar la reserva, cuando Fernanda tuvo que retroceder al cuarto del jóven; por fortuna llegaba á este tiempo al oratorio, presuroso y afanado, vestido con su sotana y sobrepelliz, y llevando en la mano una alcuza para atizar la lámpara, el muchacho que servia de monaguillo, y llegándose á él por detrás el intrépido marqués, asióle por un brazo, le tapó con una mano la boca, y haciéndole seña de que no chistára le despojó en un santiamen de sus hábitos, y despues de mandarle que se volviera por donde habia venido entróse en su cuarto con los despojos del estupefacto monaguillo.—De allí á poco volvió á salir conduciendo de la mano á un hermoso jovencito revestido con la misma sotana y sobrepelliz, cuyos ademanes de timidez y vergüenza apenas bastaban á ocultar las sombras del crepúsculo.—Díjole el marqués algunas palabras al oido al entrar en el oratorio. con lo que tomando la alcuza se dirigió resueltamente á la sacristía. Entretanto el marqués le dijo al capellan al oido: «Teneis hoy un acólito nuevo: procurad vestiros como podais, porque como poco ducho en el oficio ha de serviros mal.»

Celebróse la reserva, á que asistieron con devocion todos los criados de la casa, si bien no dejó de chocar algun tanto el encogimiento y torpeza del coadjutor; pero todo se le podia disimular por la gracia y lindeza de su semblante, y por el aspecto femenil que le daba su luciente cabellera negra caida por igual en torno del cuello, como era costumbre entre las mas elegantes jóvenes de la época: y si bien la marquesa madre no habia siquiera reparado en él por la devota y constante inclinacion de su cabeza en la casa del Señor, no faltaba entre su servidumbre quien deseára que el monaguillo perteneciese en realidad al sexo que para sus adentros sospechaba, aunque fuése á costa de la profanacion que todos sin saberlo veian consumar. Y así se cumplió en efecto: el monaguillo propietario al verse tan brúscamente desposeido de su empleo, acudió llorando y moqueando al viejo marqués, y le refirió el hecho. El marqués fingió no saber la cosa, y como realmente no sabia que el supuesto monaguillo fuese una doncella, fuése á la sacristía al concluir la reserva, y no hallando ya en ella al usurpador, volvió lleno de cólera en busca de su hijo, mandando al mismo tiempo á dos criados que descubriesen el escondrijo del intruso monaguillo. Estaba el irritado marqués en el gabinete reprendiendo al mozo delante de la marquesa y afeando su proceder, cuando los dos criados entraron conduciendo á su presencia á la pobre Fernanda, á quien habian encontrado bajando de puntillas la escalera secreta de la sacristía, y que ahora sollozando y colorada como una grana les suplicaba en vano que la dejasen en libertad. Al verla el jóven en aquel estado arrojóse á los pies de su padre, movimiento que imitó en seguida la doncella, y mientras el viejo marqués permanecia de pié confuso sin saber la causa de tantos estremos, oia con asombro que su hijo, á quien reputaba loco rematado, imploraba su paternal perdon y le pedia á voces la mano del monaguillo, diciendo: «Concedédmela, que sin ella no puedo vivir!» La marquesa, igualmente admirada, juzgaba tambien que el mancebo habia perdido el seso y no acertaba á articular una palabra sola de estupefaccion: Fernanda

cubierta con su sotana de bayeta y su sobrepelliz, con la cabeza junto al suelo, hubiera podido muy bien pasar por un adulto del sexo masculino; de manera que si el digno primogénito no hubiera tenido á bien dar algunas esplicaciones, no habia razon para que cesase en mucho tiempo la confusion de sus padres. No causó aquella revelacion pequeño escándalo: hubo consternacion general en la familia, la marquesa madre ofreció muchas novenas al Santísimo, por la profanacion acontecida, el padre capellan hizo una larga plática sobre el pecado del escándalo, é insistió en la necesidad de una espiacion temporal, proponiendo despues al viejo marqués la penitencia que debian en su opinion hacer los dos jóvenes, la cual para la desgraciada Fernanda era nada menos que retirarse *voluntariamente* á un monasterio. Él se encargaba de hacer sabedores de aquel grave caso á los padres de la doncella y de arrancarles con su natural persuasiva el *espontáneo* consentimiento. Fernanda estaba aterrada y no sabia mostrar oposicion alguna. Afortunadamente la marquesa era una de esas *Señoras Mayores* que por su carácter racional, benigno y compasivo, no solo se hacen respetar de las familias que tienen la dicha de verlas á su cabeza, sino que ademas parecen durar en el mundo para ser la providencia visible de los jóvenes, y para terminar felizmente con su eficaz y santa mediacion las contiendas domésticas siempre peligrosas y de maligna naturaleza.—Veamos lo que hizo aquella prudente Señora.

Mientras el capellan escandalizado se retiraba á su aposento, haciéndose cruces al ver á su discípulo sacar de su cuarto, anonadado y contrito, unas ropas de mujer, que era el verdadero traje de Fernanda; la marquesa madre, compadecida del abatimiento de la jóven, que cubriéndose el rostro con ambas manos sollozaba amargamente en un lado del mismo sofá donde ella estaba sentada, acercándose á ella cariñosamente empezó á consolarla, y por último, poniéndola sus vestidos, la prometió acompañarla á casa de sus padres, á quienes ella misma daria tales escusas por su ausencia, que no habria lugar á la menor reconvencion. Antes de acompañar á Fernanda, exigió de su esposo el marqués la aprobacion y el consentimiento de todo cuanto ella hiciera para conducir á buen término tan delicado asunto, é hizo prometer al capellan que no se valdria de su autoridad para contrastar en lo mínimo sus proyectos: el ascendiente que sobre ambos ejercia por su talento y virtudes, hizo que así el marqués como el preceptor manifestáran poca repugnancia en retirar su intervencion de aquel negocio, con lo cual quedó la *Señora Mayor* como único árbitro por parte de la familia.—A pesar del tacto y habilidad que la marquesa desplegó en su entrevista con los padres de Fernanda, la severidad con que estos recibieron á su hija, y las terribles miradas que el padre dirigió á la doncella, daban perfectamente á conocer que las piadosas invenciones alegadas por la respetable Señora Mayor como disculpa de la pasada fuga, no habian sido suficientes para destruir los cargos que á Fernanda amenazaban. Repitióles la marquesa varias veces que ella misma habia ido en su busca, que se habia tomado aquella libertad por no salir sola, y que ella misma habia exigido de

Fernanda que no interrumpiese la siesta en que ellos estaban cuando fué por ella. Pero ¿cómo habia de ser posible justificar su conducta? El padre de Fernanda afectó un convencimiento que no tenia, y así que se retiró la marquesa, variando de tono y de semblante, asió del brazo violentamente á su hija, prorumpiendo en espantosas amenazas, se encerró con ella en su despacho donde la sujetó al mas minucioso y severo interrogatorio. Mientras esto pasaba con Fernanda, previendo la marquesa la tormenta que amagaba, solicitó de su esposo un largo coloquio, y retirada con él en el gabinete le espuso la necesidad de casar á su hijo con la doncella.—Aquella proposicion, hecha por otra persona, hubiera sido recibida con una esplosion de cólera por parte del marqués; pero hecha y sostenida por la marquesa, por la respetable dama cuya alta dignidad no habia rebajado jamás un punto el mas leve olvido, la mas insignificante falta, fué orígen de una larga meditacion, y de discusiones, precipitadas y acaloradas en un principio, pero despues razonadas y calmosas, que dieron por resultado la conformidad del marqués y la victoria completa, aunque sin triunfo ni cacareo, de la virtuosa Señora Mayor. Cuando esta acabó de esponer las razones que le dictaba esa rara penetracion que es, por decirlo asi, el sesto sentido del cuerpo y la cuarta potencia del alma para la mujer; cuando cesó de hacer las consideraciones que su conocimiento del mundo le sugeria, el viejo marqués, reconciliado ya con la idea de llamar hija suya á una simple *señorita* de la corte, nacida de un mero *don* y de una *doña*, se disponia á ir en busca de su hijo para interrogarle sobre la pasada escena; pero al levantarse de su sillon, entró atropelladamente en el oratorio, viniendo por la escalerilla de la sacristía que habia quedado abierta, dando grandes voces, con los ojos encendidos, y con una espada en la mano, el padre de Fernanda, y precipitándose furioso dentro del gabinete fué á parar al frente del marqués, que sorprendido de aquel inesperado ataque solo tuvo accion para sujetarle por ambos brazos. Pero el irritado padre se resistió amenazándole, y sacudiéndose de él con violencia gritó que queria lavar con sangre la afrenta que en su honor le acababa de hacer su familia; el marqués entonces tomó su baston, y se preparaba á descargar un furioso golpe sobre el agresor, cuando interponiéndose la marquesa los rechazó á ambos con dignidad y energía.— «Retiraos, dijo á su esposo; y vos, caballero, escuchadme sino quereis que por delirante é insensato os mande atar por mis criados.»

Quedaron solos en el gabinete el ofendido padre y la marquesa: el lenguaje que esta emplearia para amansar la furia de aquel hombre impetuoso solo es capaz de reproducirlo un sér de su mismo sexo, colocado en sus mismas circunstancias. Difícilmente se encontrarán en los discursos de los mas célebres oradores antiguos y modernos, rasgos de dialéctica mas sublimes que los que en diversas ocasiones han salido de los labios de algunas damas españolas: apenas podrán citarse artes y recursos retóricos que igualen en poder á las naturales artes que en algunos momentos sabe emplear la mujer. Pero lo mas admirable de este sér, es la luz de verdad con que aparece iluminado en las mas solemnes circunstancias de la vida sea cual fuere su siglo; pues mientras hemos visto á los hombres

obedecer ciegamente á las mas absurdas preocupaciones, ha habido muje. es que guiadas solo por los nobles instintos de su corazon, en una edad en que ya la imperiosa voz de la pasion ha enmudecido, han procedido en sus acciones como esclarecidas por la mas pura y avanzada filosofia. Mas de una hora duró la dolorosa escena en que por persuasion de la marquesa devoró dentro del pecho su resentimiento el desgraciado padre de Fernanda: al cabo de este tiempo ¡cuán trocados se mostraron los afectos en ambos interlocutores! A los convulsos movimientos del irritado caballero habia sucedido una especie de postracion penosa: su rostro, antes encendido, estaba cubierto de una mortal palidez, y de sus ojos, que antes parecian arrojar llamas, corrian dos gruesas lágrimas. La marquesa, si bien conservaba la misma dignidad que al principio, pronunciaba las palabras de consuelo que á aquel dirigia con honda amargura, y parecia decir solo con el tono de su voz: «aun mas destrozada que vos tengo yo el alma.» Finalmente, convinieron ambos en que el enlace de los dos jóvenes era el mejor medio de reparar la ofensa.

Pocos dias despues se celebró, con toda la pompa y suntuosidad del caso, la boda de Fernanda con el primogénito.

Fernanda, la actual marquesa viuda de V*** recuerda ahora con complacencia mezclada de grave melancolía aquel antiguo suceso que decidió de su suerte futura, y aunque la relacion de él le sugiere las mas juiciosas reflexiones sobre la ligereza y atolondramiento de la primera juventud, nunca deja de dar gracias al cielo por la buena fortuna que le deparó, destinándola á un hombre que era, segun ella, el modelo de los esposos. R pasa ahora con dulzura todas las memorias de aquella noble dama que fué mas su segunda madre que su suegra; en cuyo elevado y dignísimo carácter hallal an, la familia ejemplos; los estraños, prendas que admirar; los afligidos, consuelo; los enemistados, una mediacion honrosa; los desmedidos, un saludable freno; y amparo todos los menesterosos. La actual Señora Mayor ha sabido seguir las huellas de la antigua, y no brilla por cierto con menores virtudes que aquella. Es compasiva con los amigos desgraciados, porque lo fueron con ella en su juventud: su carácter es conciliador y generoso, porque tiene muy presente el inestimable valor de estas prendas desde que por mediacion de una Señora Mayor se vió libre, con dos familias enteras, de una catástrofe espantosa....

El misterioso gabinete, cuya historia acabamos de narrar, es ahora el pacífico teatro de otros enredos y combinaciones de muy diversa índole de los referidos. Los inocentes embrollos que en él se traman suelen dirigirse ahora al piadoso objeto de la beneficencia: la actual Señora Mayor sabe sacar partido de aquella escena de una manera verdaderamente admirable. Del mismo modo que pone en juego las cuatro puertas de su gabinete para preparar sorpresas y poner algunas veces en compromiso á los mas altos funcionarios públicos, haciendo como por ensalmo aparecer á su presencia á los pretendientes necesitados, asi maneja con las artes de su natural elocuencia los ánimos de los personajes influyentes que la visitan, cuando se trata de dar cerca del gobierno un golpe

de diplomacia en beneficio de alguna clase desatendida por el estado, como los ex-claustrados, las pobres religiosas de Madrid, etc.—Su celo por el bien no tiene límites, y su posicion es la mas ventajosa para realizar los planes filantrópicos que discurre. La Señora Mayor se halla por su edad al abrigo de las hablillas de la gente ociosa; á ella le es lícito visitar á los ministros, ir sola donde quiera, tener largos coloquios con los jóvenes, servirse de estos á su antojo (aunque ellos se presten de mala gana y forzados por la galantería que á la mujer en toda edad es debida), y por último valerse con toda libertad de las armas del ingenio sin tener que guardar miramientos en sus luchas oratorias. La marquesa viuda de V*** se distingue principalmente por su carácter dulce y su genial franqueza: su trato es siempre igual, su humor siempre agradable con toda clase de personas. A su casa suelen acudir diariamente un respetable capellan de monjas, antiguo jesuita, cuya instructiva conversacion es uno de los principales recreos de la marquesa viuda: la vetusta baronesa de D*** que se pasa con ella las horas enteras hablando de novenas, cuarenta horas, predicadores y etiqueta palaciega: su sobrina la condesita de R*** que es informanta de la *Sociedad de socorros de religiosas*, y que suele darle cuenta de los progresos de la asociacion, de los donativos hechos á la Junta, de los ausilios recientemente distribuidos, de las labores que se disponen para la próxima rifa, de las inocentes intriguillas que se preparan para la nueva eleccion de oficios de presidenta, secretarias, procuradoras, etc., y del producto de las últimas cuestaciones, concluyendo siempre con un párrafo animado sobre los progresos de la caridad pública y de la reaccion religiosa en que se trasluce el entusiasmo de la poca edad: y ademas algunas otras gentes, como el médico, una doncella antigua de la casa que cobró ley á la señora, un marino veterano que se marea en las sociedades numerosas, un *dómine* protegido de la marquesa, que la recita de vez en cuando exámetros latinos que ella sufre con heróica paciencia, etc., etc. Entre estas visitas diarias, la misa, un poco de lectura, algun solitario paseo en coche cerrado, alguna visita ministerial ó conventual, y el tresillo obligado, en el cual la acompañan el marino, la baronesa vetusta, y una cuarta persona amovible pero de edad madura, pasa insensiblemente un dia y otro dia nuestra Señora Mayor, siempre respetada y querida, siempre tranquila, siempre incólume y libre de los amargos contingentes que pueden á uno arrastrarle á figurar como principal actor en las deshechas borrascas del mundo.

La Señora Mayor en la clase media de nuestra sociedad ofrece en sus usos, costumbres é inclinaciones, varias particularidades que no son comunes á la Señora Mayor aristócrata; pero todos son muy fáciles de notar, por cuanto su vida suele ser mas escéntrica y esterior. Esta, por ejemplo, aunque dotada de un carácter apacible y bondadoso como aquella, es por lo general mas amante de su independencia y de su comodidad. Estos dos sentimientos se hallan desarrollados en ella hasta la exaltacion, y son los que determinan las principales diferencias entre las dos clases de *Señora Mayor*. La aristócrata es comunmente

recogida y devota; la de la clase media es despreocupada y amante de la sociedad; la primera pasa el dia entero en su casa, la segunda no falta en ninguna concurrencia pública, y si es en la estacion de los calores, ella es la primera asistente á los paseos matutinos del Prado, el jardin Botánico y el Retiro. Posee en grado sublime el arte de argüir, y se complace en chafar despiadadamente á todo mozalbete petulante: inclínase por lo general á la bella literatura, y compone para su recreo comedias y novelitas de costumbres, que se leen con aplauso en las reuniones nocturnas de su casa. Es caritativa sin sacrificarse, por lo cual no suele admitir cargos en ninguna sociedad filantrópica, y se contenta con el honor de ser simple vocal.—La tranquilidad de ánimo que disfruta, el buen régimen higiénico que observa, su amor propio satisfecho, y su amor á la macerina de chocolate cuotidianamente logrado, dan á su físico el desarrollo y crecimiento que notarás, oh lector amigo, en el retrato grabado que á mi artículo acompaña. Contémplala de vuelta de una de sus matinales escursiones.

PEDRO DE MADRAZO.

EL AGENTE DE BOLSA.

N un discurso que me hicieron pronunciar para dar principio á unos exámenes de Economía política, recuerdo que entre otras cosas dije lo siguiente:—«No hay arte ni profesion alguna, cuyo aprendizaje no exija mucha aplicacion, mucho estudio, y sobre todo ejercicio.»

Me quedé yo tan satisfecho creyendo haber sentado una verdad como un templo, y con efecto, sacando por mí mismo la consecuencia no admitia mi doctrina la menor contradiccion. Pero en aquel entonces (de esto han pasado ya muchos años) no conocia yo la honrosa cuanto lucrativa profesion de *Agentes de Bolsa* que el progreso de la especulacion ha aclimatado y hecho indispensable en nuestro suelo.

Las dos terceras partes de mi axioma quedan destruidas. El Agente de Bolsa no necesita ni mucha aplicacion ni mucho estudio: *nace*, como el poeta, aunque medra mucho mas que el poeta.

La Bolsa, por una de esas contradicciones tan frecuentes de la especie humana, ha venido á ser una necesidad en Madrid, cuando no tenemos una peseta. Sin embargo, en ella llueve el maná para los israelitas, y en su cuadrilongo y desmantelado recinto, se sacrifican diariamente víctimas humanas, al ídolo de la actualidad, EL INTERÉS.

Los sacerdotes sacrificadores de este moderno templo, son los Agentes.

Con esta rápida y sencillísima indicacion basta para convencer al menos lerdo, que el Agente cobra el diezmo á los devotos, y que sean cuales fueren las faces de la especulacion, sus oráculos son siempre retribuidos por el favorecido y el despreciado de la fortuna.

Hemos dicho que el Agente nace, y algunos dudarán de esta gran verdad: pues para convencer á los septicistas, nos trasladarémos con ellos á la Bolsa. Observen bien todas esas fisonomías de hombres bulliciosos que van y vienen, que hablan en secreto con unos y con otros, y que dueños absolutos del *estrado*, consignan en una cuartilla de papel el precio de los fondos públicos. Pues bien, ¿qué resulta de ese concienzudo exámen? Que no hay entre ellos el menor punto de semejanza.

El Agente sale de todas las aulas, de todas las profesiones, de todos los oficios. El uno fué militar; el otro comerciante que quebró; aquel estudió para abogado; esotro negoció en pedrería; Juan fué hortera; Perico empleado cesante; Casimiro estuvo de maestro de escuela; Francisco nunca fué nada *ni siquiera* jugador!

Y sin embargo, todas estas partes tan heterogéneas, una vez decididas á abrazar la carrera de Agentes, quedan por el mero hecho aptas y suficientemente instruidas para su fiel y leal desempeño. Como sobre las testas coronadas, cae sobre ellos el don de la sabiduría, y la suprema inteligencia de los cambios y arbitrajes.

Por manera, lector amigo, que no puede consignarse cuál es la veta matriz y primitiva del Agente de Bolsa. Sale del caos, se confunde entre la muchedumbre, despunta á los umbrales del arenisco patio de un ex-convento, y resplandece luego al lado de la aristocracia de sangre, á la que á veces humilla con el lujo de sus deslumbrantes *equipajes*.

Y ahora bien, pudiendo *todos* dedicarse á Agentes, queda demostrado que el oficio no necesita de mucho estudio ni aplicacion: basta con saber los rudimentos, reducidos á multiplicar enteros y quebrados, á poseer muchos conocimientos sociales, y á disfrutar del apoyo de un *Bolsista* que proteja y adelante en la carrera. El hombre que, sobre todos los demas, posea este último don, hará fortuna.

Al establecerse el mercado de fondos públicos llamado Bolsa, se dispuso por el gobierno la existencia de diez y ocho Agentes de número, pudiendo estos aumentarse á medida que se fuesen multiplicando las operaciones bursátiles: considérese hasta que grado habrán llegado estas, cuando en el dia se ven espuestos en la tablilla los nombres de cuarenta y un Agentes propietarios y el de un suplente. El crédito ha bajado en proporcion que han subido los que lo manejan; y esta es otra contradiccion que no se concibe ni se esplica, y que solo se resuelve con la salida de aquel viejo patron gaditano, á quien preguntando por qué con el mismo viento entraban y salian á un tiempo faluchos en la bahía, encogiéndose de hombros contestaba: «Pues ahí verá usted!»

Mas esta observacion nada tiene de comun con el Agente. Una vez elegida por el individuo esta carrera, presenta á la Junta sindical su certificado suscrito por un comerciante, de llevar seis años de práctica en los negocios mercantiles, el cual se adquiere con mas facilidad que los que libran los escribanos en idénticas circunstancias, y proverbial es la escrupulosidad de estos pajarracos. A la certificacion sigue el exámen que dura diez minutos, despues del exámen se depositan los cien mil reales de fianza, viene el nombramiento y la investidura de funcionario público, y nuestro Agente puede ya dar fé de los contratos que se celebren con su necesario ministerio.

Cien mil reales de fianza! esclamarán algunos; hé aquí el grave escollo en que se estrellarán los deseos de muchos aspirantes á la posesion del *estrado*: y nosotros contestaremos, que la fianza, por regla general, el Agente no la posee cuando se dedica al oficio. Busca y encuentra quien le facilite los cien mil reales en efectivo que previene la ley, ó su equivalencia en papel con interés, y mientras no hace suyo el depósito, paga al propietario el premio que se estipula: primer negocio que hace el Agente en su favor, y que sirve de entrada á los demas.

El Agente de Bolsa es el único que tiene derecho á intervenir en la compra y venta de efectos públicos, estándole prevenido por el artículo 74 de la ley: «que proponga los negocios con exactitud, precision y claridad, absteniéndose de hacer supuestos falsos, que puedan inducir á error á los contratantes.» Esto lo cumple á las mil maravillas: nada hay mas claro y preciso que un negocio de Bolsa al tiempo de contratarse: nada que ofrezca despues mas disturbios al tiempo de cumplirse. El hombre propone, y la suerte ó el ministerio dispone, y no es culpa del Agente que suba ó baje el precio del papel, durante el intervalo de las negociaciones á plazo.

Pero si en este punto son clarísimos-sutiles hasta dejárselo de sobra, veamos si con igual escrupulosidad cumplen con el precepto de la misma ley que manda: «que en caso alguno puedan hacer, directa ni indirectamente, bajo su mismo nombre ni en el ajeno, negociaciones algunas de cuenta propia, ni tomar interés con ellas.»

Sin que sea visto menoscabar la probidad ajena, porque si lo que prohibe la ley, lo autoriza la costumbre, deja de ser crímen, rarísimo es el Agente que no se interesa á nombre de otro, en algunas de las operaciones en que interviene. Esto es natural: del mismo modo que seria injusto castigar á un perro, á quien su imprudente dueño encerrase en una provista despensa, poniendo su fidelidad á tan delicada prueba, seria terrible condenar á un hombre á continua abstinencia cuando tiene en sus manos los medios de hacerse rico, y la tentacion se repite á menudo. El suplicio de Tántalo sería preferible, porque si la sed natural se mitiga con agua, nada basta á satisfacer la sed de oro.

El tribunal del Agente es igual, si nos es permitido comparar lo profano con lo sagrado, al de la penitencia. En él se depositan los secretos de los

contratantes: el Agente posee la clave de las fortunas de los bolsistas: conoce sus apuros y sus esperanzas: oye sus cáleulos y probabilidades: la esperiencia le enseña á distinguir á aquel que es mas certero en sus juicios, y todos estos datos reunidos á su propio criterio, le inducen á caer en la tentacion. Como hemos ya indicado, el Agente debe tener un protector: á nombre de éste se estipula y se cierran las negociaciones: nadie puede reconvenirle ni convencerle con que faltó á la ley: los requisitos que esta marca se llenan con las formalidades debidas; y una vez cumplidas las pólizas, el Agente entra en el goce y posesion tranquila de lo que le toca, lo cual en honor de la clase y de la verdad sea dicho, pasa en seguida á distribuirse entre las masas.

Porque el Agente es fastuoso y desprendido por instinto y naturaleza. Lo primero de que se cuida es de hacer suya la fianza que le prestaron. Una vez satisfecha esta deuda pública, cuya solvencia evita la censura, el Agente compra un cabriolé que sostiene á la última moda. El cabriolé es indispensable al Agente que tiene negocios, porque le ahorra tiempo y le proporciona clientela. El carruaje es uno de los medios con que los hombres se distinguen de la multitud. Se ve mas al que va en coche que al que anda á pie. Se desea saber su nombre y sus circunstancias, y á medida que la figura se deja arrastrar por uno, dos ó cuatro caballos, crece el interés que inspira á primera vista, se hace popular á fuerza de ser aristócrata, y se pone en contacto y roce con todas las clases, mereciendo el sufragio y la contribucion universal.

El Agente que no usa cabriolé, no deja de tener caballo de regalo, y ha de ser una rara escepcion de la especie el que no se someta á este medio de figurar. Porque no nos cansaremos de repetirlo: la generalidad de los hombres gusta de ser servido por otros hombres que hagan viso: se esperimenta cierto rubor, si al preguntarnos por nuestro médico, no respondemos con una reputacion europea: si no citamos con cierta marcada indiferencia, el nombre del sastre mas afamado al alabarnos un frac ó un pantalon: si no repetimos, como por distraccion, la elevada categoría del *amigo* que nos consiguió tal ó cual gracia, y si no dejamos traslucir que no hay persona de algun renombre, que deje de contribuir á nuestro alivio, á nuestros goces, ó al aumento ó disminucion de nuestra fortuna.

Y ese mismo afan que tienen los servidos, se apodera en sentido inverso de los servidores: aquellos lo disfrutan por vanidad; estos lo hacen por interés; y el afamado médico, el sábio jurisconsulto, el célebre artista, el humilde artesano, y el deslumbrador Agente de Bolsa, todos á porfia se disputan, por unos cuantos reales, el placer de ser citados por bocas mas ó menos aristocráticas. La única diferencia que suelen establecer entre unas y otras, es la de servir mejor y con mas ahinco, á aquellas cuyo timbre es mas argentino, al espresar su profundo reconocimiento.

El Agente de Bolsa, á quien la ley obliga á no poder rehusar el ejercicio de las atribuciones de su ministerio, sea cual fuese la persona que lo solicite, bajo penas y multas de consideracion, mas que otro alguno servidor del público, hace

virtud de la necesidad, y para no tener que buscar, se procura los medios de ser buscado. Nada hay que deslumbre tanto como el lujo: nada que se haga mas notable en menos tiempo. Y esta es otra de las causas que obligan á los Agentes á lanzarse en cuerpo y alma á las operaciones por su cuenta; porque reducidos á los simples corretajes, si bien pasarian una vida holgada asegurando un mediano porvenir, ni tendrian palco abonado en los teatros, ni relaciones íntimas con artistas estranjeros, ni suntuosas casas, ni lujosos carruajes, ni llegarian á merecer la honra de ser llamados á cargos públicos y municipales que dan autorizacion á la persona. Por otra parte, y como prueba de la defensa que de este cargo le hemos hecho, el Agente está tambien espuesto en las operaciones por su cuenta á perder, como cada hijo de vecino, y á quebrar y á arruinarse, y de estos casos hemos tocado algunos. Sin embargo, las gentes concienzudas, esas que se ven obligadas á depositar su fortuna y su honra en uno de estos tabeliones de nueva especie, tuercen el gesto á esta observacion, y la contradicen esclamando:—¡Pero ellos juegan á carta vista!

Este es otro de los sinsabores del oficio: la malicia, que no duerme, ha tomado por su cuenta á los depositarios de la fé pública, desde el foro hasta el estado, y vaya Vd. á contener la malicia!...

Volviendo á nuestro tema, el lujo es el fanal del Agente-tipo de la raza; porque si bien tambien hay Agentes del género que podemos llamar con propiedad sedentario, éste se confunde en la generalidad del vulgo, sus costumbres y necesidades no ofrecen materia á la crítica, y vegetan como pobres diablos para morir tranquilos, asi como han vivido sin estrépito. Pero el Agente á la moda, el que hace viso, el que presenta todas las faces de las contradicciones y miserias humanas, no puede dispensarse de rendir un ciego culto á las necesidades sociales de la actualidad, ni dejar de figurar en esta galería de retratos contemporáneos.

Sigamos al Agente en el curso diario de su agitada peregrinacion. Muy de mañana, sea cual se fuese la hora en que se acostó la noche precedente, necesita arrancarse de los brazos del sueño, para poner en órden los negocios de la víspera, verificar los asientos y regularizar sus libros, testimonios de fé, que no puede confiar á manos estrañas.

Si no tiene citas para dentro ó fuera de casa en aquel dia, suele dedicar las primeras horas de la mañana en esos arreglos y en el de sus propios negocios, porque á la una en punto necesita presentarse en la Bolsa, teatro de sus manejos y sus triunfos.

Si tiene citas fuera, despues de tomar un ligero desayuno (chocolate regularmente) y de acicalarse con mayor ó menor cuidado, segun imagine volver ó no antes de Bolsa, manda poner el cabriolé y se dirige á la casa de las personas con quienes trabaja. Si llega á tiempo de ser recibido sin obstáculo, se introduce con marcial franqueza en el cuarto del patron á tomar órdenes: mas si por acaso tiene que hacer antesala, su oficio le obliga á resignarse y á sufrir una ó dos horas, hasta que ve abierta la puerta de su esperanza, esto es, la del

gabinete del banquero. Entonces se presenta con menos soltura, escucha y propone con cierto encogimiento que contrasta notablemente con sus modales habituales, y se despide con respetuosas reverencias.

¿Por qué este cambio de una á otra visita? se preguntará. En la primera, aquella que hizo sin esperar, la condicion no se reveló al hombre. Durante el tránsito, formando el Agente mil planes mas ó menos alegres, llega al lugar de la cita y es recibido sin dificultad: habla con desembarazo, porque nada le afecta moralmente; pero no sucede lo mismo en la segunda. Dos horas mortales de antesala, de tiempo perdido y de inaccion, producen una serie de reflexiones, que insensiblemente llevan al hombre material al hombre moral. ¿Qué condicion es la suya? Servir al capricho, á la codicia ajena; y mientras sus insolentes lacayos se burlan á la puerta del mal aventurado transeunte que tiene que abandonar la acera y echar por el arroyo para evitar los salpicones de los corceles que piafan de impaciencia, el dueño del magnífico equipaje pasa por la humillacion no menos triste, de aguardar entre otros criados á que su amo eventual se digne llamarle á su presencia. Y este amo no es ningun grande, ningun poderoso, ni por el nacimiento ni por la fortuna: á veces suele ser un aventurero trapalon, un caballero de industria, un ente despreciable que impone la ley al Agente público y le da sus órdenes, y le fija condiciones, y le somete á un exámen prolijo, y vitupera su conducta, y le reconviene y le despide con grosería.

De aquí nace ese cambio de conducta, que por fortuna es pasajera. El Agente, luego que termina el negocio para que fué llamado, y que tan mal rato le hace pasar, encuentra en la perspectiva de una ganancia segura la compensacion de sus penas. Cual otro Sancho, olvida los azotes por el dinero: vuelve á regentar su ligerísimo carruage, y entre cálculos y esperanzas llega á la Bolsa donde su carácter de hombre público se revela con toda su imponente gravedad.

Aquí habemos de dejarle por un rato, mientras nos ocupamos del local, sin que pueda llamarse digresion tratar del elemento que da vida y sostiene al Agente, objeto principal de nuestro cuadro.

Al crearse la Bolsa, se eligió para este fin el reducido patio de una casa particular en la calle de Carretas; cerróse de cristales, hiciéronse dos chimeneas, adornáronse con estatuas de yeso los huecos de las paredes, y se fijaron sobre los ángulos varios rótulos espresivos de los nombres de diferentes plazas mercantiles de España y el estranjero. Rodeaba á este patio una galería cubierta, y bancos y banquetas colocadas á lo largo de las paredes servian de cómodo descanso á los concurrentes. Si el local era pequeño, no dejaba de ser decente, bonito y aun elegante: los bolsistas se hallaban á cubierto del sol, el frio y las lluvias.

Pero el dueño de la casa, ó disgustado del ruido, ó deseando ensanchar sus habitaciones reclamó su patio, y hubo de accederse á su demanda, despues de costarle al pobre muy malos ratos y de resolverse á obrar con los bolsistas á semejanza de Jesucristo con los vendedores del templo de Jerusalen.

Andúvose con mil apuros para la eleccion de nuevo local, hasta que por último se destinó para Bolsa, otro patio, en el que fué convento de San Martin, y hoy sirve para las oficinas del gobierno político y diputacion provincial.

En este segundo corral, no hay que buscar pinturas, ni estátuas, ni chimeneas, ni banquetas. Cuatro paredes lisas y llanas, el firmamento por montera en invierno, un toldo de lona en verano, y el piso cubierto de arena cual calle en dia de procesion, hé aqui la descripcion exacta de lo que el maldiciente vulgo llama Sinagoga, pero que sin duda debe llamarse Bolsa, por espresarlo asi un letrero que hay sobre la puerta de entrada. Cuando llueve, la gente se retira á un estrecho claustro qne rodea al patio, y allí se apiña como arenques en estiva. El aire y los Agentes circulan con igual dificultad; los negocios se estancan en el estremo en que nacen, y en dia de agua los trabajos son poco productivos.

En el centro del costado izquierdo del patio, y en uno de los ángulos del claustro se ha construido el *estrado*, ó sea lugar de las publicaciones. Forma el estrado una barandilla de hierro circular con un pasamano de madera. Los Agentes son los únicos que tienen derecho á invadir aquel sagrado altar del sacrificio, en cuyo centro se mira impasible al *anunciador*, cuya voz pausada, cascada y macilenta publica las operaciones.

Durante el curso de los fondos públicos, que empieza á la una y concluye á las dos de la tarde, no se permite fumar; pero al sonar las campanadas de las dos, todo el que es aficionado al tabaco enciende su cigarro, y la Bolsa se convierte en una taberna holandesa. No atinamos con la causa de la privacion que se impone á los fumadores por espacio de una hora: sin duda se teme que el humo, ocultando las fisonomías, no permita leer en ellas la espresion de buena fé que debe reinar en los contratos mercantiles, sutileza oriental que mas de una vez ha ocultado las flaquezas del Divan de la Sublime Puerta. Tampoco se permite la entrada en la Bolsa con baston. Esto ya se comprende con mas facilidad: á estar permitido el uso de los bastones, muchos bolsistas se abstendrian de personarse en el mercado.

En resúmen, el edificio Bolsa de Madrid, no tiene ningun punto de semejanza con los demas de su especie que existen en Europa: nos hemos acostumbrado de tal modo á las malas traducciones, que nos seria insoportable el espectáculo de una buena imitacion. Como nuestro objeto no sea hacer una disertacion moral acerca de este establecimiento, ni tampoco nos encontramos completamente iniciados en los intrincados misterios de un *juego* en que lleva la peor parte el especulador sencillo y bonachon, nos apartamos de las intrigas y manejos bursátiles, y una vez conocido el templo, volvamos á los sacerdotes que le sirven.

El Agente entra en la bolsa como el pez en el agua: una mirada tan rápida como penetrante y certera, le impone de la calidad de la concurrencia, y sin pérdida de momento empieza á examinar las conciencias de los prójimos reunidos, esplotando la situacion en favor de sus comitentes sin olvidarse de sí propio.

Si el Agente despues de haber hablado en secreto con un vendedor ó comprador, pasa sin detenerse á trasladar á otro individuo la propuesta que acaban de hacerle, puede decirse que se ocupa esclusivamente de asuntos ajenos; pero si despues de oida la proposicion se detiene, saca su libro de memorias y hace apuntes ó anotaciones, entonces escitado por alguna esperanza de lucro, es que calcula abrazar aquel negocio; y una vez decidido el suyo ó el ajeno, pasa al estrado, sienta en cuartillas de papel, preparadas al efecto, las bases estipuladas, y el impasible anunciador las publica incontinenti en esta forma:

«Se han hecho, tantos miles de reales, en tal género de papel, á tantos dias fecha ó al contado, á tanto por ciento!»

Al oir el *«se han hecho»* por un instinto natural todas las cabezas se vuelven hácia el estrado, un silencio profundo reina en la Bolsa, y el murmullo de las conversaciones no continúa hasta que resuena el precio á que se acaba de hacer la operacion.

Es fácil distinguir al Agente en la Bolsa, porque jamás está parado. Por pocos negocios que tenga, anda de un lado á otro, acercándose á los especuladores proponiendo compras, oyendo precios, sonriendo á todos por descabelladas que sean las proposiciones, y manifestando cierto apresuramiento que dé á entender lo cargado que se halla de comisiones. ¡Triste condicion del hombre, estar siempre representando farsas para realizar los asuntos mas sérios é importantes!

Como la boca del Agente hace fé, ha podido observarse, que alguna vez es este funcionario el regulador de los precios, con total independencia de los especuladores. Cuando un papel se halla en decadencia ó fuera de juego, no es estraño oir todos los dias á primera hora, una negociacion verificada en aquella especie á precio ínfimo, el cual baja regularmente hasta la cifra que se desea. Los tenedores á quienes *falta resuello* se apresuran á vender al *único* tomador que suele presentarse, y á poco se va notando la subida de aquellos mismos fondos, que corre parejas con el aumento del capital del Agente de Bolsa. Estos se llaman gajes del oficio, compensacion de los malos ratos anejos á la carrera, estrategia peculiar del juego, que muchas veces sin embargo sucumbe ante la omnipotencia ministerial, la cual en estos últimos tiempos, sobre todo, se ha hecho sentir en la Bolsa con su notoria y paternal benevolencia hácia los caidos.

Terminadas las operaciones de Bolsa, el Agente pasa á la vida privada hasta la hora del paseo. En él despliega ese lujo de que hemos hablado: caballos, libreas, carruajes, diamantes, encajes en la camisa, todo es poco para personificar la moda con sus caprichosos dijes y atavíos: porque el Agente es mas fastuoso que elegante: no consulta tanto el buen gusto como la riqueza: hay en su persona cierta mezcla entre aristócrata y plebeyo, que trasciende á tiro de ballesta: puede decirse que es la personificacion de la época actual, insustancialidad, y positivismo.

Despues del paseo, donde se le vé devolver saludos á horteras y marqueses,

el Agente se traslada al teatro de moda, donde está abonado solo ú en comandita. Indispensablemente ha de bajar durante el primer intermedio entre bastidores, y pasar el resto del último acto de la funcion, en el camarin de alguna artista. En el dia son las de baile, las que mas tiran de la bolsa.

En estos tiempos en que mas que en otra época alguna, el afan de figurar se ha hecho estensivo á todas las clases, y siendo esta una necesidad imperiosa para el Agente en boga, no es estraño verle funcionar en las asambleas municipales, triunfo que celebra con desmesurada ostentacion.

Su método de vida, sus relaciones, la costumbre de adoptar diferentes y variados modales y lenguajes, le dan aptitud para merecer de sus colegas los encargos mas delicados. El felicita á los personajes á quienes la fortuna eleva á la grandeza: preside en los festejos cívicos: despide y recibe á las personas reales cuando se ausentan y regresan á la capital: no falta á ningun besamanos, funcion religiosa, procesion ó acto de ayuntamiento en que se requiera solemnidad y aparato.

En estos casos es cuando nuestro héroe, elevado á la quinta potencia de sus dorados sueños, pone á contribucion á todas las artes, para que su persona sea el objeto mas *remarcable* de la fiesta: broqueles en forma de botones de brillantes, sujetan á la pechera de su camisa de holanda, rica guirindola de encaje, sin que las puntas de una arrasada corbata, prendidas con alfiler tambien de brillantes, oculten tan rico aparador: pantalon colan, con trabillas, zapato de charol con ahuecados lazos; chaleco blanco con botones dorados; abultada cadena y dijes en el reloj y frac de rico paño belga ó francés, tan bien ceñido al cuerpo, que parece parte integrante del individuo, forman el fastuoso adorno de nuestro Agente, á cuyo complemento nunca falta el estirado guante amarillo y un rizado de pelo, cuya simetria y solidez le dan derecho á figurar dignamente en los aparadores que fija el Sr. Raigon á la puerta de su tienda barbería. Si la ceremonia requiriese baston, este suele ser de concha con puño de oro cincelado, y su correspondiente topacio brasileño en el centro.

Es con efecto cosa vistosa un hombre asi ataviado, embutido en su pantalon y su frac como en una funda que contrae sus naturales movimientos, respirando esencias y reluciendo á los rayos del sol y á la luz de las bujías cual araña del cristal abrillantado!.... El Agente vale entonces tanto por sí como por lo que lleva encima, y algunos suelen estimar en mas el cabestro que el asno, parodiando á la dama del Comendador de Malta.

Cuando el Agente-concejal preside en los espectáculos públicos, es un magistrado tan complaciente, como *amador*, que bien pueden prometerse los espectadores funcion doble ó triple. Apenas grita el patio ¡*Otra*! ya está doblado el cartel en señal de asentimiento.

El Agente por este medio se hace tambien popular y todo entra en la especulacion.

Por último, lector amigo, del mismo modo que nos es imposible fijar el punto de partida del Agente de Bolsa, tocamos igual dificultad para señalar su término. Pasada la primera fuga de los negocios, el Agente, entrado en años y

en caudal, asiste á la Bolsa mas como especulador que como persona intermedia. Conserva su carácter oficial como recurso para sostener lo adquirido: sustituye al ligero cabriolé el *escargot* mucho mas cómodo y significativo: edifica una casa de nueva planta acomodada á sus nuevas necesidades, y á las de su familia, porque este es otro rasgo característico del Agente elegante, no acompañan á su mujer ni á sus hijos durante los primeros años de corretaje, y no separarse jamás de ellos, despues que *intrusa* en el ramo de los banqueros.

Ya desde esta época su existencia es patriarcal: vuelve á confundirse, no con el vulgo de donde salió, sino entre los ricos á cuya clase pertenece: es elector, elegible, jurado, jefe en la milicia cuando la hay, y otras muchas cosas que justifican el antiguo adagio español:

«Fortuna te dé Dios, hijo,
Que el saber poco, te basta.»

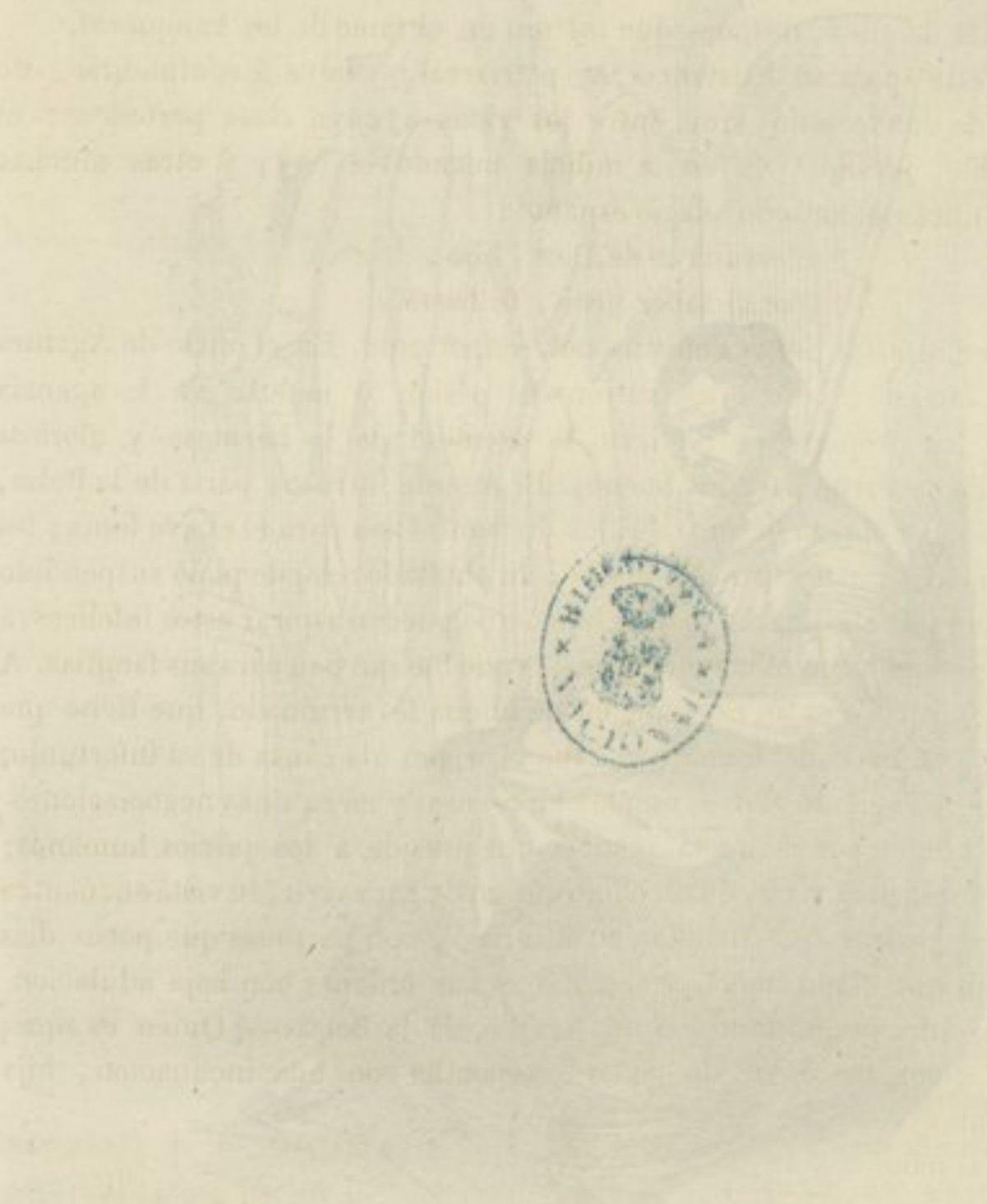
Terminaremos estas líneas con una nota importante. En el oficio de Agentes hay tambien *intrusos*; pero estos sufren la pasion y muerte de la agencia mientras que los propietarios realizan la promesa de la hermosa y gloriosa resurreccion de la carne para los buenos. El Agente intruso, pária de la Bolsa, se distingue por la pobreza de su traje: los diamantes son para él el ave fenix; los guantes, incómodos zapatos para las manos; un abultado reloj de plata suspendido á un cordon de goma elástica, es todo el lujo á que pueden aspirar estos infelices, á quienes la ley persigue con el mayor rigor, porque buscan pan para sus familias. A veces el Agente intruso es un especulador de buena fé arruinado, que tiene que ocultarse á las pesquisas del hombre que fué el orígen ó la causa de su infortunio; y mientras que con agitado afan se emplea en oscuras y mezquinas negociaciones, calificadas de crímen por esa recta justicia que preside á los juicios humanos; mientras que busca para vivir, en un oficio que no da para vivir, su vista encuentra á cada paso con rostros que insultan su miseria, y con personas que pocos dias antes le tendian una mano amiga, y solicitaban sus órdenes con baja adulacion.

El mes pasado, preguntando á un Agente de la Bolsa:—¿Quién es aquel caballero con quien acaba Vd. de hablar? respondia con una inclinacion, hija de la costumbre:—¡Oh!... ese es el señor don fulano, rico capitalista!....

Y hoy, al dirigirle igual pregunta, responde con desabrido desden:

—Ese es un miserable intruso!—

RAMON DE CASTAÑEYRA.



LA PRENDERA.

I. describir el tipo cuyo nombre encabeza este artículo, se me ocurre, lector amable, aunque no seas tal, la cortesía siempre sienta bien, se me ocurre digo, que el mundo en que vivimos, que la patria que habitamos, es la verdadera prendería, á la que alhajas unos, ¡buenas alhajas! otros, muebles inútiles los mas, fuimos lanzados por la *Prendera* nuestra madre comun la señora Eva: no otro motivo encuentro yo á primera vista, para que haya sido vinculado en la mujer tan importante oficio ¿qué somos en el mundo sino prendas? ¿qué hacemos sino empeñarnos los unos por los otros y contraer empeños y mas empeños, hasta el instante último en que ya la polilla nos pone fuera de combate? Hacinados como ropa vieja, nos encontramos en esta gran tienda, con mas ó menos salida, segun las prendas morales que nos asisten, influyendo no poco las físicas que nos adornan y consiguiéndolo todo en último resultado, la mejor de las prendas, el dinero. El hombre siendo prenda se empeña por satisfacer sus necesidades, sus gustos, sus caprichos las mas veces; la mujer siendo alhaja, se empeña tambien, por medir cumplidamente su vanidad y su orgullo; el santo lazo de estos dos séres no es mas que un empeño recíproco, tan empeño como el del criado que sirve por la comida que le ofrece el amo, como el del soldado que cambia su sangre por unos cuantos miserables reales. Todo se empeña, todo se vende en esta grande prendería, y

¿cómo no habia de ser asi cuando hasta la *palabra* es prenda; prenda que se empeña, prenda que se vende?

Ahora bien, considera, lector, que asi como no hay cosa que se parezca menos á la justicia, que la mujer, tampoco hay cosa que se parezca mas á la *Prendera* que la justicia: recorre todos los establecimientos penintenciarios, mansion de esta, y allí encontrarás hombres de todas clases grandes y chicos, ricos y pobres, bien ataviados los unos, en la desnudez y en la miseria los otros, y allí, aunque en sitios preferentes, los que tienen para pagarlos, que las cárceles en España, son como las casas de huéspedes, todos son prendas y fianza de crímenes, á todos los ha colocado allí la justicia y á todos en fin los vá dando salida conveniente, siendo de notar, que no son las cárceles los puntos de donde menos se surte nuestra *heroina*. La justicia, salvo alguno que otro inocente, prende á todo el que es malo; la *Prendera* es raro lo que tiene bueno, salvo alguno que otro ignorante que no sepa lo que vendió; la justicia coloca en sitio privilegiado y da tal vez mejor salida al que tiene para pagarlo; la *Prendera*, pone en primer término las prendas de mas valor y las mima de continuo y las acaricia con el plumero y las da pronto despacho; aquella trata á baqueta al desgraciado que nada tiene, y en su mansion no encuentra el curioso mas que hambre, miseria y desnudez; esta blande con enerjía los ásperos orillos para la mayor parte de sus prendas, y el observador solo trapos y basura encuentra á cada instante: una y otra se mantienen con su trabajo; y asi como para que haya confesores, son necesarios penitentes, para que haya justicia se necesitan criminales, como son indispensables prendas para que subsistan *Prenderas*. No se crean por esto, comparables una y otra con el albañil, que por mantener el oficio, al tapar una gotera, elabora media docena; la *Prendera* en todo caso podrá vender una prenda para comprar dos, pero la justicia no creo yo que condene á un criminal para absolver otros dos.

Ahora bien; todas esas prendas materiales que sirven al ser humano como de careta, todas esas prendas físicas que sirven para encubrir otras morales, y que á pesar de lo mucho que rebelan, aseguran la paz del mundo con no saber hablar, en lo cual no nos hizo pequeño favor la Providencia, todas esas prendas digo, colocadas en un espacioso, auuque oscuro portal, constituyen una casa de prendas, un paraje destinado para su despacho, una prendería. Allí verás el dorado uniforme que alguna grandeza colgóde sus hombros, para ser grandeza, esperando que otra de nuevo cuño le descuelgue de su escarpia y le dé nueva forma, porque salvando las formas, hasta la vejez se salva. Mas allá encontrarás el traje de luces, que un dia en que no habia cera que luciese vendió la marquesa de C. Por un lado la toga que busca un juez y no le encuentra, porque hay mas jueces que togas; por otro la casaca de un miliciano que fué, y que no tiene inconveniente en pertenecer á un realista, ni en que el tal haya sido miliciano tambien. De una parte verás pendiente la espada de un general que llegó á serlo sin mancharla porque era muy curioso; de otra la rica blonda que la señora de Z. sacó fiada y la empeñó despues; sobre una silla el gorro

molde de flan por lo chico, ó remedo de calesa por lo grande, y que de tanto ponerlo su señora lo mandó á vender; allí la capa que oculta con sus pliegues las averías que contiene; mas allá las botas símiles de las del mariscal de Sajonia, que es fama criaban chinches por enero; bastones de cañas de Indias ó mejor dicho conteras con puño de caña; sombrillas que prestan sol, paraguas que dan agua; y sombreros, pantalones y chalecos tan andados que ya era tiempo de que lográran descansar: En una mesa yacen los escaparates y en ellos depositadas las alhajas; mirando con cuidadito se vé alguna perla, preciosa por lo sola que se encuentra; relojes que en vez de señalar la hora, esta les ha señalado su fin, pero relojes que sacándoles las tripas, pueden prestar oficios de fiambrera, ó de cazos poniéndoles un mango, ó bien de calderos con atarles una soga: tambien algun puño de baston que con pasmosa quietud mira pasar las modas por ver si le llega la suya; el mingo de algun juego de billar aguardando servicio en la orfandad de sus hermanas la pinta y la blanca, medallas que buscan donde colgarse y relicarios que solicitan cria, retratos con sus marquitos y marquitos que anhelan retratos, cajitas de rapé para los ancianos, colmillitos de jabalí para los niños, con otra porcion de chucherías y vagatelas que en su lejano y primitivo orígen debieron valer dinero. En esta gran tienda, depósito de objetos en buenos y malos usos, se reflejan, mejor dicho, se adivinan los usos y costumbres de nuestros antepasados; en conjunto forman nn museo de antigüedades, por partes una variada coleccion de árboles genealógicos; cada prenda es una historia; y lo que en las mejor guardadas, hace remontar nuestra imaginacion al orígen de la economía, en las otras por el contrario oblíganos á descender á las miserias humanas y dános en rostro con el padron de la polilla. Todo junto forma un hermoso cuadro y en él se presenta la lucha abierta en que están continuamente el instinto de conservacion y el de despilfarro. Siendo de advertir que este cuadro se retoca de tiempo en tiempo; que no constituye una prendería solamente lo que á la vista se presenta: hay piezas que esperan vez; otras que se las vé á la pública espectacion en tiempo oportuno, y otras que por ser de lana tienen sus dias privilegiados, que son aquellos en que corre fuerte huracan y salen en tropel á que las pase.

En lontananza de este gran cuadro se encuentra nuestra heroina, mujer que frisa en los cincuenta, pero ágil en estremo, de mirada audaz, aspecto grave, aunque voluble, magra de carnes, gruesa de vestidos y un si es no es parecida su cabeza á las prendas que posee, es decir, falta de pelo. Desde el instante en que por la mañana barre el portal, y saca de una especie de despensa los trapos de cristianar, se sienta á hacer labor, no sin tener al lado su arma principal, la *horquilla* con que cuelga y descuelga las prendas queridas de su corazon, para las cuales es á manera de un memorialista que las busca acomodo. Colocada en aquel centro manantial de recuerdos é ilusiones perdidas, de vez en cuando alza la cabeza, como si oyera las tristes lamentaciones de alguna pieza, y se levanta corriendo, y se dirige á la prenda, y la hace preguntas y se las contesta ella misma, y la muda de sitio y la examina despacio y compendia

su historia y busca los lados por donde en un caso pueda hacer su mas completa defensa.

No creas, lector, por lo que dejo dicho, que cuanto constituye una prendería es propiedad de la *Prendera*, nada de eso: una gran parte, la mayor tal vez, de lo que allí se encuentra son géneros en comision y todo el estudio, toda la habilidad de nuestra heroina, consiste en saber sacar partido de cuanto prógimo pisa los umbrales de su tienda. Regularmente, el que quiere dar salida á muebles ó ropas que solo en la prendería pueden tener entrada, lo primero que hace es pasar y repasar, mirando de reojo para observar lo que no hay, y preguntar por ello. De esta manera fácilmente se comprende que logra entablar conversacion acerca de los objetos que quiere dar salida. La Prendera, que en cuanto ve á una persona la lee con una sola mirada, dice inmediatamente:—¿qué se le ofrecia á Vd.—.... No.... nada.... no hay lo que yo busco, (despues de mirarlo todo.)—Diga Vd., que puede que sí.—¡Milagro será!.... yo queria. ..—Precisamente en este momento se lo acaban de llevar.—Vea Vd. ¡qué diablo!.... ¿diga Vd. tendria inconveniente en tomarme unas ropas que tengo en mi casa?—¡Inconveniente! Ninguno. ¿A qué estamos? Si esas prendas son en buen uso.... Vd. ya conoce que yo estoy aquí para ganarme un pedazo de pan.—Pues bueno, se las traeré á Vd. y verá si le acomodan.—Corriente. Nuestro hombre ó mujer que para el caso es lo mismo, corre inmediatamente ó no tiene necesidad de correr, sino da la vuelta á la calle y toma las prendas con que otro le estaba esperando: llega á la prendería y en esta ocasion luce nuestra buena mujer todo su ingenio.—Aquí estan las prendas.—Veamos.—Una casaca.... dos pares de pantalones .. un chaleco.—Despacio, amiguito, despacio, que estas cosas han de verse con toda calma.... En primer lugar, la casaca está herida de muerte debajo de los sobacos.—Sí, pero lo demas está en buen uso.—Sí.... ya lo veo.... está bien usado.... estos pantalones necesitan cuchillos los dos pares y el chalequito tiene navidades.... Señor mio, yo no puedo en conciencia ofrecerle á Vd. ni un cuarto por todo ello.—Pero ¡nada! ¡nada!...—¡Absolutamente nada!—El caso es, que por no ir cargado, me desharia de ello por cualquier dinero.—Si Vd. quiere dejarlo ahí.... es fácil que tenga salida. Quédase el hombre pensativo; y en la seguridad de que si va á otra parte le han de decir lo mismo, contesta:—Pues ya que no tiene Vd. inconveniente....—Yo ninguno; las prendas nada me comen.—Vea Vd. de sacar el mejor partido.—Sí haré. De este modo va formando la mayor parte de su establecimiento, que cuando notes que llama la atencion de los muchachos, no es por otra cosa sino porque sus padres ó madres los han mandado para que vean si la prenda está colgada: el dia que la *Prendera* quiere ver ó entenderse con alguna persona asociada indirectamente á su comercio, no tiene mas que no colgar la prenda. De seguro que no tardará mucho en presentarse para ver si se ha despachado.

No solo se limita su tráfico á vender usado: un cartelito manuscrito que se encuentra á la puerta, dice que tambien se empeñan ropas, alhajas, créditos contra el estado, etc., etc., y mas con este nuevo género de trapisonda, que

con otra cosa, vive y se mantiene nuestra Prendera. Cuando la llevan una levita ó un frac á empeñar, si ella conoce que aquella prenda puede tener buena salida, lo primero que hace es tronar contra los usureros y procura convencerle de que entre estos y la comision le va á costar el doscientos por ciento, todo con la sana intencion, de hacerle creer que mejor que todo seria que la vendiera. Si el hombre no se dá por convencido, como cuando urge el dinero no se repara en nada, entrega su prenda con toda confianza á la *Prendera* á fin de que se le empeñe: le pregunta, cuánto es lo que quiere, y despues de un rato, si eran por ejemplo cinco duros los que la pedia, dice que solo han dado cuatro, de los cuales se cobra el interés del primer mes á razon de dos reales por duro y uno mas de comision y le entrega el resto. El hombre lo da todo por bien empleado, hasta el dia en que intenta sacar del cautiverio la prenda que se *empeñó* en salir de casa. Semejante dia, es lo probable que tarde algunos meses en llegar, y cuando él cree que ha tratado con una mujer de *buenas prendas*, al preguntar por su levita, se encuentra con que no le sabe dar razon de dónde pára ¡demasiado que lo sabe! el hombre se desespera, y luego que la *Prendera* ha conocido el deseo que tiene de lo que es suyo, le pide señas y le dá alguna esperanza; sobre todo le pregunta, en cuánto estaba empeñada. A poco rato se presenta, y con tono indiferente le dice:—Pues señor, no parece.—¡Cómo que no parece! replica furioso el interesado.—Yo le diré á Vd., es verdad que hay una levita de las señas que Vd. dice, pero está empeñada en ocho duros.—¡Cómo ocho duros, cuando no he tomado sino lo correspondiente á razon de cuatro!—Amiguito, carta canta, vea Vd. el asiento. Y efectivamente constan ocho duros, y ocho dió el usurero, porque ocho le pidió la *Prendera* comisionada, solo que ésta se quedó con los cuatro y vaya Vd. á justificarlo, cuando empieza por decir que no se acuerda de tal empeño.—¿Y qué hacemos en este caso? pregunta el buen hombre.—Qué hemos de hacer! que si Vd. quiere la levita tiene que pagar los ocho duros, con mas el interes de tres meses, de los cuatro que ha estado empeñada que son doce pesetas. De suerte que 78 reales que tomó, deducidos intereses del primer mes y cuatro reales de comision, le cuestan doscientos ocho reales ó una levita nueva: el infeliz que se encuentra con algunos cuartos, saca su levita escarmentado para lo sucesivo con tan severa leccion, y luego que la *Prendera* ha cogido los cuartos dice esclamando: ¡qué bien que le decia yo á Vd.! los usureros son la peor gente del mundo y ¡gracias á Dios! que la levita ha parecido, que sino yo hubiera tenido que pagarla, porque era la responsable; y de veras ¡que me arruina! porque la levita es riquísima; bien le costaria á Vd. su par de onzas!—No siento lo que me costó, sino lo que me cuesta, sale el hombre diciendo por la puerta y con la firme intencion de no volver á pisarla.

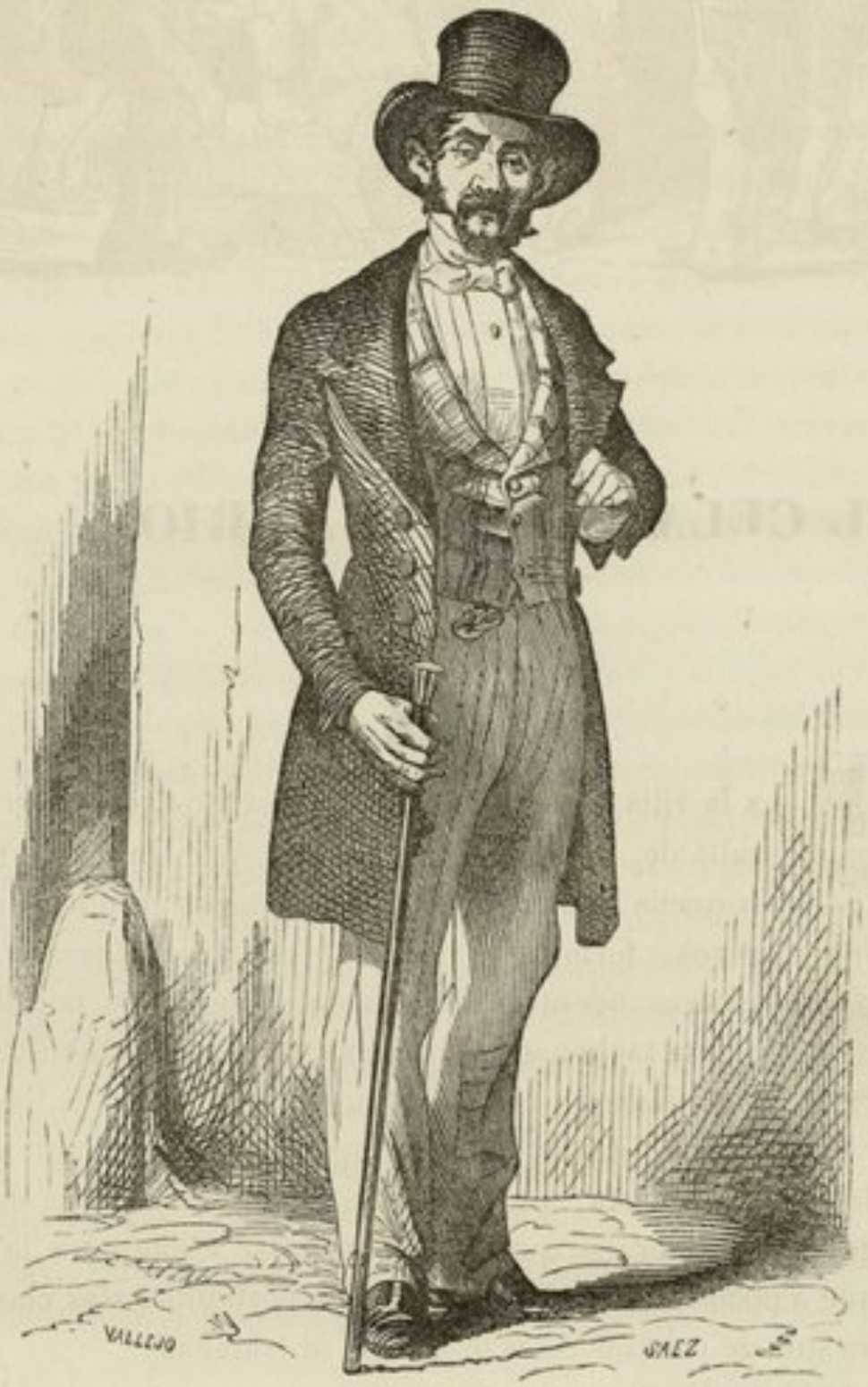
Escusado es, lector, que yo te diga que la *Prendera* alquila, siempre que se la presenta ocasion de hacerlo, las ropas suyas y las ajenas y no son por cierto los cómicos, los que menos partido sacan de semejantes depósitos de antigüedades. De esta manera pone su capital y el que no es suyo en movimiento, y aunque

cualquiera vaya á reclamar la prenda que allí ha dejado y no la ve puesta al público, le dice con la mayor serenidad: «vuelva Vd. mañana, que la están limpiando,» otras veces contesta «que está de viaje» y estar de viaje llama á las prendas que suele llevar una su dependienta por las calles, para ver si andando tienen mejor salida, y finalmente suelen decir que por malas las tiene recogidas, que vuelvan otro dia, porque ella no deja la tienda sola.

Tambien tiene dias nuestra *Prendera* en que está de viaje y en que recoge las blondas y mejores alhajas que tiene en su depósito, para que por este medio pueda franquearse la entrada en alguna casa, donde mas que á vender, va á desempeñar comisiones delicadas y de inmensa dificultad. En estos dias no se abre la tienda, no tan solo porque falta en ella el jefe natural, sino porque todo lo que algo vale se lo lleva consigo. A la hora que cree mas adecuada, se hace anunciar en la casa objeto de su comision, como persona que se quiere deshacer de una porcion de riquezas, por un pedazo de pan. Abrenla la puerta: la señora de la casa y su inocente niña, que no lo es tanto que no sepa, á lo que mas que á otra cosa va aquella mujer allí: salen presurosas á ver lo que lleva de bueno, y despues de saludarlas con toda finura las dice:—Yo soy una señora, muy desgraciada... mi marido, que E. P. D., era general con mando, y como las cosas están tan malas, mi casa ha venido á menos y me veo en la precision de irme deshaciendo poco á poco de todas mis alhajas: aquí tienen Vds. unos encajes riquísimos, no sé cuántas varas hay... estas medias están sin hacer al agua, y este collar de perlas finísimas que son de mucho mérito, por ser un regalo que á mi marido le hizo en cierta ocasion la reina de Etruria. La mamá se entretiene con mirar aquellos objetos que escitan su aficion, y entre tanto la niña recibe de manos de la *Prendera*, el billete que la remite su amante con toda la confianza de que ha de llegar á sus manos. Procura despues pedir mucho á fin de no ajustarse, y de este modo entra una vez y otra en la casa, desempeñando los oficios de cartero y utilizándose no solo por este medio, sino vendiendo tambien al fin y al cabo alguna cosa.

En la casa donde tiene situado su establecimiento, es portera á la vez, y mantiene relaciones muy estrechas con toda la vecindad, hasta que llega un dia de prueba, un dia terrible, un dia en que se alarman las gentes, al ver huérfanas y mustias y en la mas triste soledad las paredes de aquel inmenso portal. Ese dia es aquel en que la *Prendera* se ha propuesto mudar de oficio; es aquel en que arramplando con lo suyo y con lo ajeno, desempeña lo mejorcito en el Monte de Piedad y con lo demas hace en el Rastro un baratillo y alquila una boardilla, donde en union con un par de muchachas rollizas, termina sus dias decorosamente.

JUAN PEREZ CALVO.


VALLEJO
GAEZ

EL CELADOR DE BARRIO.

N la villa y corte de Madrid, distrito de.... barrio de.... calle de.... casa número tantos, y en las altas horas de la noche, oianse no há muchos meses grandes y confusos gritos, formando grande y discorde algazara, en los oscuros adentros de un callejoncito de portal, cuya puerta tachonada de gruesos clavos estaba entreabierta, como boca de vieja que no se sabe si rie ó llora.—No era en efecto fácil distinguir si aquella intempestiva alharaca era cosa de riña ó de fiesta, porque entre la jente madrileña de estado llano lo mismo se grita para alegrarse que para denostarse y romperse la crisma; pero la escena de que á poco rato fué teatro el referido portalillo, asaz claramente demostró que no era sino de cabezas rotas de lo que se trataba.

El autor de este artículo tiene un poco de curioso y otro poco de terco: estas dos cualidades puestas en accion le proporcionan á veces, á vuelta de algunos sinsabores, el esquisito placer de sorprender importantes secretos y de hacer fecundos descubrimientos; púsolas en juego la referida noche, y aconsejándole ellas que escondiese su bulto detrás de la puerta entornada, entróse por ella sin hacer ruido, y oyó, vió y atestiguó lo que ahora, caro lector, te va á contar, y que como un evangelio puedes creer, puesto que tu narrador no miente. Los desaforados gritos que en el fondo del callejon resonaban, salian de un cuarto bajo interior, dentro del cual, por los diferentes tonos de

voz, y dado caso de no hallarse allí ningun espectador pasivo ó mudo, podria el oido contar como unas seis ó siete personas: tres hombres, cuatro mujeres; eran al principio agudísimos chillidos de laringe femenina, alternados con las disonancias de un coro de ambos sexos del mas desagradable efecto por lo anárquico del compás, lo bárbaro de los bajos, y lo estrídulo y ágrio de los sopranos; llegó luego un momento de silencio; luego se abrió de repente la puerta del cuarto (sin aclararse por eso la densa oscuridad que, en consorcio con el mas fétido olor, reinaba como déspota y absoluta en todo el portal), y luego se volvió á cerrar quedando fuera, en el callejon, dos hombres que inmediatamente emprendieron una cerrada lluvia de cachetes y mojicones, entre resoplidos y bufidos dignos del mas noble de los brutos. Duró la lucha unos cinco minutos: las fuerzas parecian iguales, y solo el cansancio de aquellas dos glorias del pugilato hubiera podido ponerla término; pero volvió á abrirse el cuarto abortando una especie de energúmeno que, lanzándose lleno de ferocidad y de saña en medio de la pelea, puso al periodo el punto, descargando un espantoso garrotazo sobre un cuerpo duro que sonó á cráneo de hombre, y que dió al punto otro golpe sordo en las guijas del suelo.—Restablecióse el silencio: el del garrote y su aliado se encerraron con las cuatro mujeres, y el vencido quedó, segun todas las señales, tendido en el callejon, con el alma en el dintel de la eternidad.

Estaba yo sumergido en una profunda y triste meditacion sobre aquel suceso, cuando me hallé de repente cercado de luz: bajaban por la escalera del cuarto principal dos criados, enviados sin duda á informarse de lo que pasaba; y tan distraido estaba yo, tan pasmado y tan fuera de mí, qne no me apercibí de su pausado y gravemente asturianil descenso hasta que, con la sonrisa tan característica de los nobles hijos de Pelayo, se acercaron á aferrarme llenos de satisfaccion gritando: «Cujidu está, cujidu está el pájaru!» Trabajo me costó persuadirles de que no era yo el asesino de aquel pobre hombre, que tendido en un charco de su propia sangre acababan de ver por la primera vez y con horror mis ojos.—Para cerciorarse de mi inocencia, y de la verdad de la relacion que les hice del suceso, me obligaron á acompañar al uno en busca del funcionario mas cercano del ramo de proteccion y seguridad pública, al cual resolvieron inmediatamente dar parte, mientras el otro armado de una gruesa estaca permanecia de centinela en la puerta de la calle, cruzado de brazos, para impedir la evasion de los culpados. Despues de comunicar á su compañero en voz baja algunas prudentes instrucciones, movilizóse pesadamente el maruso á quien yo habia de acompañar, y dirigiendo él, y yo siguiéndole resignado, llegamos ambos á la esquina de la calle, y paramos á una puerta donde lucia un farolillo alumbrando un letrero en que se leia con letras gordas: CELADURIA DE PROTECCION Y SEGURIDAD, y con letras mas pequeñas *cuarto tercero de la izquierda*. Hízome seña el criado para que llamára; yo levanté la cabeza á mirar si en aquella casa habia algun otro piso encima del tercero, y cerciorado de que era el buen Celador el mas cercano á la morada

del Padre Eterno, aferr resuelto el llamador, y empecé sin escrúpulo á dar golpes como buscando una distraccion en aquel suave instrumento.—Llegó á nuestros oidos entre los repetidos aldabazos la flaca vocecilla de una vieja, que bajó de la mas alta ventana: era la madre del Celador, y antes de una hora ya nos habia abierto la puerta de la calle.—El apreciable funcionario, novicio en su destino, lleno de celo por el buen desempeño de la pequeña fraccion de seguridad y proteccion que le estaba encomendada, solia pasarse las noches en claro ganando concienzudamente con el sudor de su frente y las pitañas de sus ojos su sueldo de 4000 rs. vn. con que plugo premiar sus esfuerzos á un ministro de la Gobernacion; porque como empleado del gobierno, y perteneciente al gremio semi-civil-militar (1) que con el nombre de *cuerpo de administracion* semi-civil-militar organizó el subsecretario de dicho Sr. ministro, ¿quién sabe, decia el buen Celador, si mostrando aplicacion y celo no llegarán á darme la fajita amarilla y encarnada de comisario, y el bastoncito de puño de oro, y un bonito uniforme (cuando aquellos señores tengan tiempo de determinarlo ¡asi Dios los conserve eternamente en la Gobernacion de la Península!), y el sueldo, aun mas bonito, de 14,000 rs.? Y proseguia inflamado de esperanza, lleno de fé en el porvenir, y aguijoneado por una noble y santa emulacion: «porque, es claro, los Celadores tenemos ya un carácter muy distinto del que tenia un pobrete alcalde de barrio: nuestra autoridad, emancipada ya de la mísera condicion pedánea y popular, proviene de real nombramiento; somos *en rigor* empleados en el ministerio de la Gobernacion de la Península! formamos parte de un gran cuerpo donde puede uno ir ascendiendo, v. g. á comisario, luego á oficial de un gobierno político, luego á oficial de la secretaría, luego á diputado, y de la oposicion! luego á ministro, y luego....» fascinado por el cuadro de su dichoso porvenir ya no encuentra el Celador novicio ni en la silla de ministro término digno á sus ambiciones!

En una de estas dulces meditaciones se hallaba sin duda nuestro Celador cuando el asturiano y yo nos presentamos ante su delegada autoridad. Antes que acabáramos de referirle el caso que allí nos conducia, ya estaba él revestido con su frac azul de oficio, empuñando con gesto severo su baston de puño de marfil, y ensayando con un ridículo encogimiento de labios el decoroso y reservado continente que habia de tomar en el próximo ejercicio de sus funciones; y para poder obrar con toda libertad y espedicion se fortificó con los 32 artículos de la real disposicion vigente de 30 de enero, que metió en un faldon. Fuimos á paso acelerado al lugar del crímen, y se constituyó el señor Celador dentro del callejon, inmediato al cuerpo del delito; pero se trató de comenzar las diligencias, y ni él ni yo sabíamos qué nos correspondia hacer: los marusos por supuesto lo ignoraban completamente. Para salir de aquel atolladero no hubo mas remedio que recurrir á la instruccion que tenia el Celador en su

(1) Semi-civil-militar: palabra compuesta y dificultosa; pero no tan dificultosa como la facha que puede presentar un oficinista civil panzudo y pitarroso con los lomos ceñidos por el rígido cinturon de Marte.

bolsillo: empezamos á recorrer los artículos que determinaban sus facultades, y leimos el 16 que decia: «Los Celadores desempeñarán en sus respectivos barrios las atribuciones que han tenido hasta ahora los alcaldes de los mismos.» La disposicion era clara y terminante, pero como ni el uno ni el otro habiamos sido jamás alcaldes, estábamos tan en ayunas como al principio: nos quedamos mirando un rato en silencio como quien dice: «¿lo entiendes, Fabio?» y como no era preciso decir *no*, seguimos recorriendo los artículos.—El 21 decia: «Comprende tambien á los Celadores lo dispuesto en los artículos 6, 7, 8, 9 y 10 de esta real disposicion.» Veamos pues lo que previenen esos artículos.—«Artículo 6.°: No podrán tampoco (los comisarios) penetrar, ni permitir que ninguno de sus agentes subalternos penetre en las casas particulares sin la prévia autorizacion del dueño, bajo la pena de inmediata destitucion (y el Celador empezó á ponerse descolorido), sin perjuicio de las disposiciones ulteriores á que haya lugar con arreglo á las leyes (y el Celador empezó á sudar y á tiritar de escalofrio). En caso de necesidad, por exigirlo asi la averiguacion de un hecho criminal ó la detencion de algun delincuente (y el Celador lanzó un suspiro de desahogo), deberán proceder á ello en compañía del teniente alcalde ó regidor de la demarcacion respectiva (y volvió el Celador á acongojarse y á sudar); y en caso de urgencia ó negativa de la autoridad municipal, deberán hacerlo en compañía de dos vecinos honrados que tengan su domicilio en el propio barrio.» Segun este artículo, era evidente la infraccion de ley cometida por el pobre Celador; mas como las diligencias no habian empezado, aun fué tiempo de solicitar el auxilio de la autoridad municipal, y de pasar aviso al comisario segun el artículo 17 previene. El teniente de alcalde no habia aun vuelto de su tertulia: el regidor estaba oyendo un final de ópera en el Circo: el comisario estaba en cama con sanguijuelas; quedaba pues el Celador en pleno derecho para entenderse con la autoridad superior política y comenzar entretanto, asistido de dos vecinos honrados, las diligencias sumarias para la averiguacion del hecho y aprehension del reo. Y vuelta á empezar las dificultades! —«Veamos, veamos la instruccion, dijo resueltamente el Celador tomando el papel de mis manos, y con el tono de persona que manda y tiene la conviccion íntima de su derecho.—«Artículo 27: Habrá en cada barrio cinco agentes de seguridad, etc., etc. Artículo 28: La obligacion de estos agentes, que estarán bajo la autoridad inmediata del Celador.....» Basta, basta! A ver ¿dónde están mis cinco agentes de proteccion y seguridad? Holgazanes!... Queria el Celador que los cinco hubiesen acudido sin ser llamados. Encargóse de esta operacion uno de los dos asturianos: yo me encargué de tener el farolillo, en pié, al lado del cuerpo del delito, el cual con asombro nuestro empezó á dar señales de vida lanzando de su boca una prolongada tufarada de vino que amagó asfixiarnos como el mortífero *soplado* de una mina. Volvió á poco rato el mozo con dos de esos agentes beneméritos á quienes está prohibido ahora llamar *guindillas*, que habia encontrado haciendo oracion mental tendidos en una acera, y velando por consiguiente *sobre la comodidad pública*: é inmediatamente

empezó el Celador á fulminar sus órdenes.—«Vd.! eh! corriendo á avisar al cirujano de la casa de en frente, que venga á reconocer al herido y á dar su certificado.—Vd. al momento á hacer que abran la puerta de ese cuarto donde se esconde el reo ¡voto á brios! pronto, pronto, pronto!! Llame Vd., y si no quieren abrir, aqui estoy yo para hacer respetar la ley!» El agente llamó á la puerta señalada repetidas veces; nadie respondia.—Llamó el mismo Celador lleno de austeridad y compostura; y obtuvo peor resultado, porque una voz chillona respondió desde adentro: «no nos da la gana de abrir! váyase Vd. á la eme!»—Ví entonces próxima á desencadenarse la cólera del funcionario, y para evitarle un sofocon de noble celo le advertí que sin la asistencia de los dos vecinos honrados que prevenia la instruccion no era lícito entrar en ninguna habitacion privada. Y con esto volvímos á encontrarnos por tercera ó cuarta vez paralizados.—Llegaba ya el cirujano de enfrente acompañado de un practicante, fámulo y discípulo suyo; la victima menudeaba ya sus tufaradas y ronquidos, y empezaba á revolcarse en su sangre recobrando el sentido; yo discutia conmigo mismo si seria ó no oportuno lanzar el farolillo á la cabeza de uno de los dos marusos y largarme á mi casa; el Celador permanecia en silencio entre perplejo, avergonzado y corrido; y ninguno desplegaba los labios.—Por fin, cuando los dos asturianos, que contemplaban nuestra inaccion con estúpido asombro, tuvieron el tiempo suficiente para llegar á comprender el item de la dificultad, prorumpieron en un sonoro duo de carcajadas, y llegándose uno de ellos al Celador, le dijo á media voz y empujándole por el codo: «vaya, señor, nu repare en pelillus: en esa casa bien puédese entrar sin premisu y sin vecinus hunradus: yu le derribaréi la puerta de una puñada.»—Pues ¿quién vive ahí? preguntó el Celador cobrando ánimos: ¿no es una familia particular la que ocupa ese cuarto?—«Quiá, señor, replicó el maruso» y volvió á soltar otra carcajada mal reprimida; y añadió por lo bajo: «son unas *piculinas*!» y nueva risa al final.

Y en efecto el asturiano tenia razon, porque segun el artículo 7.°: «*Lo prevenido en el artículo* 6.° *no se estiende á los cafés, tiendas de despacho de vino y demas* (y al llegar aquí se le escapó una sonrisita maliciosa al Celador, que por una equivocacion de lectura creyó haber concluido la frase, y prosiguió) *casas donde lícita ó* (y aquí entra su triunfo!) *i-li-ci-ta-men-te se reuna el público.*» Bravo! no necesitamos mas! Y en virtud de dicho artículo 7.° llegáronse á la puerta en tropel para derribarla todos mis dignos acompañantes reunidos en el portal, precedidos de los dos animosos agentes de seguridad. Abrieron entonces su puerta las mujeres, y presentáronse tres pecadoras á recibir llorosas y resignadas á la irritada autoridad.—Viendo que no se presentaba el reo, entró gravemente el Celador en el aposento llevando empuñado su baston de puño blanco, como abanderado que entra en el cuartel; y al dirigirse á una de las piezas interiores, arrojóse á sus pies, desmelenada y hecha un torrente de lágrimas, una mujer, pidiéndole por Dios y por los santos que no perdiera al que llamaba *su infeliz amante*, que estaba allí escondido.

¡Oh miseria humana! Era el Celador hombre de corazon sensible; y tan

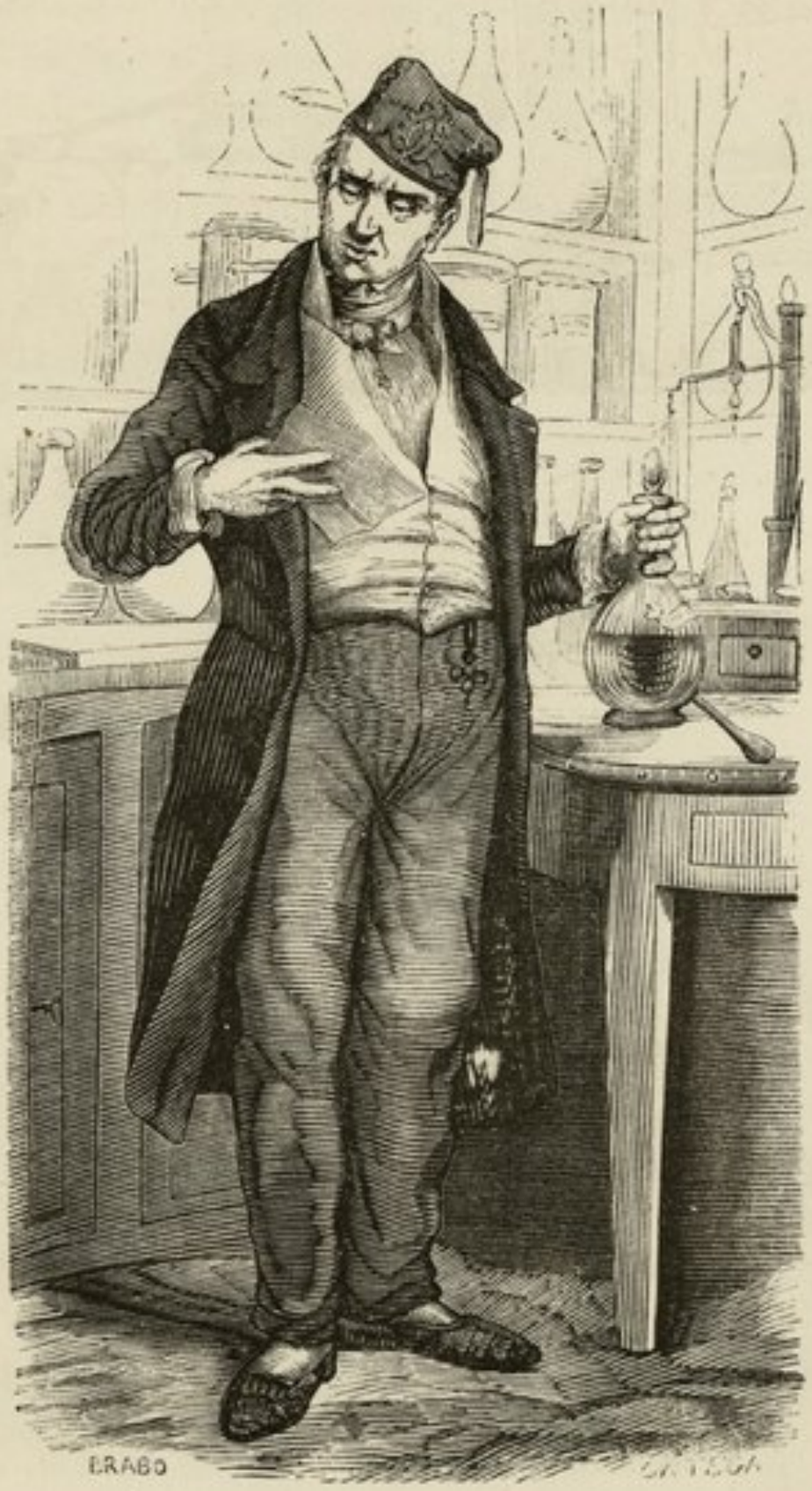
hermosa criatura la suplicante, que no pudo menos de parar en ella la vista con interés. El esterior de aquella jóven, á pesar de la desfavorable tinta que sobre ella arrojaba el abyecto lugar donde fue sorprendida, no revelaba que fuese de condicion comun á las otras tres que allí vivian; su mismo traje denunciaba otra calidad de persona, y descubria bien claramente no ser aquella su morada.... ¡Profundo misterio cuya esplicacion no queremos indagar! Conténtense mis lectores con lo que puedan colegir de lo que sigo refiriendo.

Como se detuviese en su magestuosa marcha el Celador, sorprendido de la súplica de la mujer, y codicioso de examinar su física catadura; llegóse á él, saliendo cautelosamente de una alcoba, un jóven elegantemente vestido, que á su aventajada estatura reunia un notable desarrollo muscular, y que seria probablemente el que una hora antes habia sacudido en la oscuridad el garrotazo al hombre que yacia tendido en el callejon.—Los dos agentes de seguridad y los dos marusos quisieron precipitarse sobre él como cuatro alanos, pero el Celador les impuso moderacion, y permanecieron quietos como estátuas á la señal del baston de puño blanco en la pequeña sala de la habitacion.—La dolorida doncella, su amante, otro jóven de aspecto igualmente fino que á poco se presentó, y el inesperto Celador, se encerraron en un cuarto inmediato, y allí estuvieron platicando largo tiempo; despues de lo cual salieron los cuatro, muy discordes, al parecer, en sus pretensiones.—La mujer, cubierta con un largo velo de blonda, tenia inclinada la cabeza, y reprimia en su pecho hondos suspiros que salian á veces ahogados, causando verdadero dolor el mirarla: el jóven de atlética complexion que se mostró primero disputaba acaloradamente con el Celador, haciéndole los mas desesperados argumentos para persuadirle que su oficio no le obligaba á dar una ruidosa campanada, difamando con el escándalo á una noble familia y á una distinguida doncella víctima de la mas negra fortuna.—El impertérrito Celador, lastimado de la suerte de aquella interesante hembra, luchaba con dos encontrados sentimientos, la compasion y el deber: y con sentida espresion que mostraba claramente estar apurando uno de los mas amargos tragos que tan sagradas y heróicas hacen las funciones del que guarda la tranquilidad pública, le alegaba que no tenia él la culpa de la mala suerte de los amantes, y que no podia por respetos humanos y consideraciones de familia faltar á su deber y á su conciencia: que se dispusiese pues á seguirle con la jóven fugada de la casa paterna, y que preparase sus descargos para cuando el Sr. Jefe político le sometiese á la jurisdiccion de la autoridad á quien correspondiese la justificacion del hecho y la aplicacion de la pena.—Dirigió á la jóven una mirada de soslayo, y su pecho de Celador se sintió enternecido!.... pero triunfó el sentimiento del deber, y enjugando rápidamente una lágrima furtiva que brotó de sus ojos: «Ea! esclamó con voz turbada y afectando severidad, síganme Vds.» Acercósele el otro jóven, que hasta entonces nada habia hablado, y llamándole á parte trató de ponerle en la mano un bolsillo lleno de oro. ¡Temerario! La vacilante entereza del Celador se fortaleció entonces con toda la virtud y noble honradez

que dicen se encuentra solo en algunos de nuestros funcionarios: herido su amor propio por aquella manifestacion de soborno que en un momento de enérgica y sencilla dialéctica calificó de *indecente* é *indigna de un caballero*: «Guárdese Vd. su dinero, esclamó irritado, y no insulte el honor de un pobre empleado que cifra solo en la pureza sus medros y recompensa!» Yo, aprovechando aquella espansion de cólera, y la curiosidad que embargó á los demas circunstantes, dejé el farol sobre una silla y me escurri bonitamente hácia la calle.

Presencié los actos del *Celador novicio* en el uso de sus mas árduas funciones, haciendo con él el aprendizaje del arte de *proteger y asegurar la tranquilidad pública*; y determiné en seguida contar á Vds. aquel suceso para que duerman esta noche con tranquilidad mientras vela por ella el *Celador de su barrio*, que, aunque sea novicio en su cargo, será indudablemente uno de los empleados mas dignos de la confianza pública por su noble desinterés, integridad heróica y sentimiento íntimo de su deber.

PEDRO DE MADRAZO.


E.RABO

EL BOTICARIO.

In diebus illis..... En aquellos tiempos en que las tiendas donde se vendian los medicamentos, se llamaban *boticas*, y sus dueños por una consecuencia legítima *Boticarios*, no necesitaba esplicaciones *panlexicales* (y ya huele á *tisana* esa palabrita), el epígrafe de este artículo; pero hoy dia que las mismas casas de fabricacion y comercio medicinal, se llaman oficinas de farmacia ó *farmacias*, como dijo cierto traductor; y los directores de ellas se apellidan farmacéuticos, es indispensable manifestar la distincion que, *teóricamente* hablando, existe entre ambos «cocineros de Galeno.» (Asi dice el vulgo que los llamaba el vulgo del siglo pasado). Y empezamos nuestro trabajo con esta esplicacion por evitar interpretaciones de todo género, y porque, lleguemos tarde ó temprano á la botica, siempre hemos de hallar en ella á su dueño como fiel observador de la parte que tiene en el anatema, refran ó sentencia que dice: «Médico viejo, cirujano jóven y Boticario cojo.»

Cuando la química (esto va por lo serio) madre legítima de las ciencias naturales, y nodriza universal de todos los conocimientos humanos estaba rompiendo á hablar y preludiaba tal cual diente, ansiando ya tomar los andadores, estaban en pañales ó algo menos, todas las ciencias que algun dia habian de ser sus esclavas; y una de ellas, entonces niña de teta y ahora poco mas era la farmacia. En la actualidad habla ya de corrido la química, y aunque algo voluble en sus idiomas (*nomenclaturas*), se deja entender bastante bien y si no se sabe todo lo que se debiera en este punto, es porque á esa señora le falta mucho que aprender. Sin embargo, la química ha hecho por la farmacia todo lo necesario para que ese ramo de la oficina central, *ad pasaportes póstumos*, pierda el ignominioso é inmerecido nombre de arte, y tome el de ciencia, convirtiendo sus rutinarios secuaces en ilustrados profesores.

Y como quiera que yo estoy asustado de escribir por primera vez en mi vida con tanta formalidad, temo echarlo á perder si continúo por ese camino de gravedad y compostura, en el que, científicamente hablando, creo haberlo hecho muy bien. Porque yo sé de memoria que no soy un sábio; pero todo en este mundo es relativo, y aunque la generalidad de mis lectores crea, con mucha razon por cierto, que no he dicho nada aun, mi apreciable amigo don Nemesio de La-llana y sus dignos comprofesores, los señores Camps, Leon y Lletget, se estarán haciendo cruces de que sepa tanta farmacia aquel... (que vergüenza!) aquel holgazan que fué su discípulo años pasados. Todos y cualquiera de esos ilustrados catedráticos en particular, hubiesen jurado que yo no sabia ya lo que era farmacia. Pero no tanto, señores mios, y si no temiera dejar airosa la justicia de su fallo, diria que «farmacia, es la ciencia que tiene por objeto conocer y elegir las yerbas mas baratas, prepararlas con el agua de la fuente inmediata, sino tuviese pozo la botica, y convertirlas... en moneda corriente.» Si ya no fuese ciencia, pudiera decirse muy bien que era: «el arte de comerciar con la salud del prógimo.» Pero en ese caso resultaria que los enfermos eran tratantes en calenturas y pulmonías; cosa que ni en broma se puede admitir. Malo es tener tercianas, segun dicen los peritos; pero seria peor no encontrar quien hiciese píldoras de quinina. Por lo demas, ya se sabe que la riqueza del Boticario está en razon inversa de la salud pública; y que cuando acude por las noches á «sacar el cajon,» brilla de alegría si puede decir al criado:—Mañana salmon y ternera (*aparte*) á costa de los que comieron hoy ruibarbo y genciana.

Y esto que á muchos les habrá parecido apearse por las orejas, ó empezar el artículo por donde debiera concluir, ha sido casual y ajeno en un todo de nuestra voluntad. Pero donde menos se piensa salta la liebre, y allí donde cree uno ver un corista del teatro que va muy embozado al anochecer de un dia de junio para no resfriarse, se encuentra con el teniente cura de una parroquia que se dirige á la (ó á una de las, gracias á la multiplicacion del siglo) botica del barrio, para hacer la partida de tresillo al farmacéutico. Por eso yo, que maquinalmente he seguido á uno de esos capellanes, me quedaré oculto tras la redoma del *óxido*

hídrico (agua comun); que aunque mi figura no es muy abultada, bueno es cobijarse tras el cacharro mas grande del establecimiento. Y puesto que tenemos agua en abundancia, no nos falta mucho para hacer una botica completa.

Las indicaciones que apuntamos al principio de estas líneas sobre la enorme distancia que separa al farmacéntico práctico del boticario teórico, nos han de servir de guia en este artículo, que aunque á primera vista parece estar algo adelantado, no da principio hasta la siguiente línea:

La botica, y bromas á un lado, es una cosa; la oficina de farmacia, y chanzas aparte, es otra. Antiguamente, y no sale la fecha del siglo actual, habia en Madrid un número determinado y reducido de boticas; al cambiarse estas en oficinas de farmacia, se han multiplicado por tres, como los faroles del alumbrado antiguo; pero con la diferencia de que estos se han dividido por ese número y por cada tres ha quedado uno, y de aquellas hay tres por cada una de las que habia *in illo*.

Unas puertas vidrieras de nogal obscuro, unas cortinillas, de color de rosa, si hemos de creer á los que las vieron antes de volverse blancas; un ventanillo cuadrado que permita entrar una botella de cuartillo y medio, y no deje salir una redoma; y finalmente una gran muestra parda con clavos romanos, donde se lea en letras encarnadas:

BOTICA
del DOCTOR
DON MATIAS HERNANDEZ DE SILVERIO Y LANUZA,

es todo lo que se necesita para poder decir: Aquí nació, vivió y murió el abuelo del que dió el ser al hombre que por no ser menos que su padre, y no perder la formidable herencia de la botica, es hoy farmacéntico práctico, y no sufrirá que deje de serlo mañana el primogénito (siete mesino, porque á su madre la removió antes de tiempo el olor de la jalapa), á pesar de la inexorable y temible fatalidad del siglo XIX que le ha hecho poeta. Pero no se crea que entretenidos con la portada de la botica, nos hemos de olvidar del dueño de ella! qué disparate! Ahora mismo vamos á llegar al ventanillo y á pedir, no un simple cualquiera, porque en ese caso no conseguiríamos nuestro objeto, sino un medicamento de uso esterno, añadiendo que es para tomarlo en ayunas; en cuyo caso verán ustedes como don Matías, nos hace pasar adelante, nos obliga á tomar asiento, y nos refiere la historia de la farmacia, que suprimiremos si á vds. les parece, y las leyes penales del boticario que callaremos igualmente. Este es un medio muy suave para que podamos asistir, un par de horas siquiera, al bufete de nuestro farmacopola.

Don Matías Hernandez de Silverio y Lanuza, tiene 50 años, y si no los tiene le falta poco: su levita es holgada y crecedera, pero verde botella; su pantalon de paño negro, cuando no es de lienzo blanco; eso va con las estaciones, y poco nos importa que él no se ponga de verano hasta el dia del Corpus, ni de invierno hasta el primero de noviembre; no gasta botas ni usa chinelas; pero cada uno en

su casa hace lo que quiere, y sus zapatillas de orillo negras, sino son ajustadas al pie, están en su lugar y punto concluido; media blanca, corbatin idem y chaleco de piqué amarillo; ni le hizo falta nunca, ni el dió lugar á que le hiciera, porque desde luego compró vara y media de tela para el chaleco, y tres libras de hilo para las calcetas. El único anacronismo de su traje, y de eso, bien sabe Dios que no tiene él la culpa, es un gorro griego, encarnado, que le bordó con sedas de colores su hija la colegiala. No gasta patillas, aunque se sabe que le gustan, porque creeria ofender con ellas al público, faltando al decoro y á la gravedad de la profesion; sus ojos son azules, sin que el *nitrato de plata*, se haya ocupado nunca en volvérselos negros; su barba punteaguda, su nariz aguileña, y á despecho de los olores mas fuertes, y de los reactivos mas diabólicos; sus mejillas están coloradas y sanas como dos camuesas. Ese es don Matias el boticario, y ese es su traje, sin las manchas históricas de *colophoniæ pallidum* y del *oleum serpentorum terrestrem*, y sin el *sirup violarum*, que cristalizó en las solapas, y yo he tenido buen cuidado de velar á vuestros ojos.

Tal cual le habeis visto, estaba mi hombre cuando, ignorante por supuesto de que yo me hallaba oculto tras la redoma del agua comun, y con un manojo de llaves en la mano, subia á la boardilla en busca de unos sacos de mostaza en grano, que el mozo debia sin dilacion, por medio de una trituracion que pareciese pulverizacion, reducir á la menor espresion, para cuando hubiese ocasion de curar algun causon, ú otra enfermedad que no acabase en *on*; ó algun enfermo de aprension, de esos que se aplican por desesperacion un sinapismo en el talon.

Prepara el Boticario trabajo á su criado (*ride* mozo de botica) para todo el dia y se dirige al cuartel general de sus operaciones, al foco céntrico de sus tareas, al positivismo de sus tisanas, á la aristocracia de los mostradores, á la mesa en fin donde se estienden las cantáridas, se embotellan los cocimientos y se hacen las píldoras. Por costumbre y hasta casualmente si se quiere le sirven el chocolate sobre el cajon del dinero y desde ese sitio, vigila las operaciones, de los practicantes, evita sus despilfarros, recogiendo los granos de goma y las hojas de sen que ruedan sobre la mesa, da conversacion á los parroquianos juzga y discurre sobre la oportunidad del medicamento que prescribió el Hipócrates, y hace en suma lo que se verá á continuacion. Las drogas que se despachan por la mañana temprano, pertenecen generalmente á la seccion de perfumería; y esto se sabe porque los que las compran añaden el uso que piensan hacer de ellas, sin cuyo requisito creen que les dan una cosa por otra. Las voces mas usuales á esas horas son:

—Boticario, dos cuartos de pomá pal pelo... que huela á rosa y no sea Vd. miserable endino.—Ave María; deme Vd. dos cuartos de cremol pa los dientes y écheme Vd. un polvito de quina.—Cuatro cuartos de hasta de ciervo molido (en o) para limpiar el sabre de mi marido.... Maldita Melicia que siempre me está haciendo gastar dinero (1).—Dos cuartos de goma agabira pasada por tamiz, que

(1) Esto se entiende, ó entiéndase, cuando habia Constitucion, porque en tiempos de absolutismo habia realistas; ahora no hay ninguna de esas milicias ciudadanas,,. *ergo*... (Pase al Congreso de Diputados la consecuencia.)

es para hacer bandolina.—A mi dos d'arbayarde *branco* mollo, para dibujar una d' mantilla de bronda negra....

Todo esto pasa mientras el practicante, *mozo-rubio* de pelo negro y luengo, con barba larga y negra, boina azul con borla de plata y blusa de percal morado, pasa el plumero á las redomas, sacude el botamen, da tierra blanca á los pesos de plata y limpia con particular esmero los *ojos del boticario*. (Llámanse así dos secciones de forma ovalada que llenas de frascos pequeños y bautizadas técnicamente con el nombre de *cordialeras*, ocupan la parte principal de las boticas.) Y este paréntesis le hará conocer al lector lo impropio que es decir cuando se trata de una cosa justa y merecida : «le viene como pedrada en ojo de boticario» pues en las tales cordialeras encierra el farmacéutico, los espíritus, los estractos y en suma lo mas selecto de su patrimonio ; motivo mas que suficiente para que ponga en ellas sus ojos.

Una vez limpia la botica, que suele ser á las dos horas de abrirse la puerta de la calle, van llegando los criados de servicio con las recetas que los médicos prescribieron en su visita matutina, y el boticario empieza sus preguntas de ordenanza en estos términos :—Cómo sigue tu amo, farruco? ¿qué tal ha pasado la noche la señorita? ¿ le hizo operacion la tisana al cochero?... Esos asturianos necesitan dos libras de *sulfato de magnesia*.... Y otras por el estilo; aparentando tristeza si los remedios prescritos son estremos, ó alegria, cosa que le cuesta gran trabajo, si indican una convalecencia próxima.

Los enfermos pobres del barrio, vergonzantes para irse al hospital y faltos de recursos para pagar las visitas del esculapio, tienen sus horas de consulta con el boticario, que sin ver al paciente las mas veces, ordena polvos de su cosecha y receta emulsiones de su farmacopea particular, ganando en ello un ciento por ciento. Pocos son los boticarios que se ocupan de un contrabando médico tan inmoral y tan infame; pero algunos se han enriquecido con ese comercio y no sé yo donde se esconderia mi tipo si alguna vez saliesen de sus sepulcros, los infelices á quienes dió boleta para el cementerio, con una caja de polvos amarillos que así podrian estar compuestos de dos partes de harina de trigo y una de quina, como es verdad que costaron 12 rs., escasos si el infeliz paciente solo reunia 10 ó 10 y 1|2 despues de malvender sus andrajos. Hay casos en que el curandero de que hablamos suele darla de filantrópico, y cuando no puede ganar el ciento por uno suele despilfarrarse hasta el dos. Pero echemos dos libras de ácido sulfúrico sobre esas debilidades de mi tipo, y asistamos de nuevo á su oficina para que no se nos escape algun hecho importante de su variado aunque constante ejercicio.

Don Matías, era sobrino, y no lo es ya porque murió su tio, del boticario de su pueblo ; aprendió latin, y lo olvidó á Dios gracias, con el dómine de Pioz: entró á manejar los botes á la edad de 10 años, pero ya llevaba dos y medio de recojer flor de malva y amapola; á los tres de práctica ya habia aprendido el manejo de la espátula, se quedaba solo en la botica, cuando su tio iba de caza, y vino á Madrid con 16 años de edad, y 6 de oficio á servir una plaza de practicante en la botica del Hospital general. Hoy dia tiene (50 menos 10) 40

años de práctica, cree saber su obligacion como el doctor Hernandez de Gregorio, que es su ángel tutelar, y le conviene haber olvidado el latin, aunque él no está en el secreto, para poder traducir las recetas de ciertos médicos, que por no avergonzarse el dia de mañana de lo que recetaron ayer, lo ponen en un idioma que si se hablaba en la torre de Babel, ya se ha perdido la tradicion. Los practicantes de su botica son dos estudiantes del colegio de San Fernando y el mas átrasado que está matriculado en 2.° año, tiene certificaciones de latin, lógica, aritmética, álgebra, geometría, mineralogía, zoologia, botánica y fisica esperimental; el otro estudió, á mas de todo eso, química y materia farmacéutica; ambos aborrecen de muerte á los *practicones*, y sostienen una disputa contínua con don Matías que no puede convenir en que todos esos estudios, especialmente la lógica, sirvan para hacer una antiestérica ó clarificar un jarabe. A pie y descalzo iria mi hombre á Roma por no escuchar una teoría, ni oir hablar de las emetinas y opólitos que toda la vida se han llamado zumos é hipecacuanas. Estas cuestiones son curiosas de oir, y ya me alegraria yo saber de memoria alguna de ellas para que viera el lector los esfuerzos desesperados que en este ramo como en otros varios del saber humano hace la ignorancia para dar á la mano del hombre límites mas estrechos de los que un tiempo se creyera que le estaban señalados. Con saber don Matías que Andromaco, médico primario del emperador Neron, fué el autor de la triaca magna, que esta medicina es buena para muchas enfermedades, que Felipe V le prohibió eleborarla en su casa y que la venden en el Colegio de Boticarios; para que necesita romperse la cabeza con las diferentes teorias del Kermes, cosas que, como él dice, solo á Dios le cumple saber? Pues si él, que no tiene mas libros que la Farmacopea hispana, la matritense, y algunas hojas del Dioscórides, solo acude en caso de duda al *memorandum* manuscrito que su tio, por imitar á su antecesor no se llevó consigo al otro mundo, para qué ha de gastar dinero en esos libros franceses acabados en *oier* y *eau* que dicen que para ser farmacéutico, es preciso tener química; siendo asi que D. Matías para ser Boticario solo trató de tener esposa? Ahora mismo, mientras hemos pasado revista á la biblioteca de nuestro tipo, le ha ocurrido un lance que ha dado lugar al siguiente diálogo, entre él y uno de los practicantes:

—Pero don Matias, advierta Vd. que mientras el embudo ajuste herméticamente á la tubulura, no podrá Vd.....

—Tu si que estás herpético y turulato; veinte veces tengo hecho esto mismo, y al cabo y al fin chorrea.

—Es que, para que el líquido desaloje el aire contenido en el frasco...

—Aire en el frasco, jumento?... y por dónde quieres que haya entrado ese aire?

—Y por dónde quiere Vd. que haya salido, si no se dá vacío en la naturaleza?

—Mira, traete una pajita, para ponerla entre el cuello del frasco y el embudo, que asi lo hacia mi difunto tio y déjate de metafísicas.

—Eso si señor, porque asi se pondrá en contacto con el aire atmosférico y....

—No me calientes mas la cabeza, y haz aquellas píldoras, antes que se endurezca la masa.

—Lo que debia Vd. tener aqui era un pildorero, y...

—Lo que yo debia tener aqui eran hombres con callo en los dedos de hacer píldoras, y asi sabrian dividirlas á ojo. Toda mi vida he tenido orgullo en que nadie me ganase á buen ojo y á redondear ocho y mas á la vez.

El practicante obedece y no calla, porque siendo el principal algo sordo y muy sabroso el gruñir, no quiere perder tan favorable coyuntura, y aprovecha asimismo la de hojear á sus solas el formulario manuscrito de que se sirve don Matías para sus operaciones farmacéuticas. El estilo familiar del tal memorandum es tan divertido que no podemos resistir á la tentacion de copiar aqui una de sus hojas; y dice así:

«Cocimiento Dulzurante. Cojerás unos palitos de zarzaparrilla, los abrirás »con una navajita vieja, y los echarás en una pucia ó puchero de Alcorcon, »despues tomarás un puñado de raeduras de cuerno de ciervo; pondrás agua »hasta el gollete del cacharro, y lo harás hervir, hasta que merme cuatro dedos; »entonces añadirás unos pedacitos de sándalo rojo, y una taza de azúcar; lo »separarás del fuego, tapando el cacharro con un papel ordinario; lo dejarás »enfriar en el patio, ó en un cubo de agua del pozo si corre prisa; lo cuelas y »ya tienes hecho el cocimiento, que venderás á 6 rs. libra.»

Las casas de la grandeza, las cárceles, los establecimientos de beneficencia y los conventos de monjas, tienen un libro en blanco llamado *recetario*, donde el médico escribe las medicinas que ordena; y como de esas gangas suspiradas; de todos los farmacéuticos, tiene algunas don Matías, recibe en su casa á los lacayos y á los mandaderos de los conventos; siendo el recetario de estos últimos el mas curioso, por estar prescritos casi todos los medicamentos por la tornera. Los médicos de esas santas casas, apenas ordenan nada sin que Sor Maria de la Transfiguracion de Nuestro Padre Jesus de Nazareno, coja la pluma y diga:

Señor Boticario. Envieme usté ñagua de cerezas y piedra bezual que es para un susto de nuestra madre priora.—Item. *Jarabe petoral, que es para uso interno, y que se repitan las píldoras de nuestro padre vicario.*

Esos recetarios ocasionan varias disputas entre mi tipo y sus practicantes, que rara vez entienden lo que en ellos se pide, y tienen que estar haciendo preguntas diariamente, sobre la *conserva del padre Bermudez*, *el ungüento de la madre Tecla*, *el bálsamo del cura de Tembleque*, *las píldoras para antes de comer* y otros nombres antiguos, comprendidos al ciento por uno en las nomenclaturas modernas. Las recetas de los romancistas que creen escribir en latin, y que don Matías *traduce libremente al farmacéutico*, son problemas de dificil resolucion para los jóvenes estudiantes. Hace pocos dias que si no llega el principal á tiempo, revuelven y alborotan Madrid buscando el cadáver de un suicidado, por haber llegado á la botica una receta que decia: *Cranii, Hermani*, *Suc.*

Asi ó asá pero siempre descifrando recetas, y oyendo decir, que «el tiempo cura al enfermo y no el ingüento» y que «si la píldora güena juere no la dorarán

por juera »; durmiendo dos horas de siesta, en la *rebotica* ó trastienda, y dando un paseito por las calles del barrio, da lugar don Matías á que llegue la noche y con ella el momento de echar una partidita de tresillo ó de mediator, con los médicos que de dia le hacen el caldo gordo, y á quienes paga el tanto por ciento de las recetas que mandan á su oficina. Ese tráfico vergonzoso é inmoral, que empezó por una deferencia de ciertos médicos, hácia tal ó cual Boticario, y que este recompesaba con un regalo en tiempo de pascuas, es hoy un comercio escandaloso, que dando por tierra con el decoro de la ciencia de curar, ocasiona perjuicios de consideracion á la humanidad toda. Y á no ser por la torpeza de los criados de servicio ó porque sus amos tengan simpatías con un Boticario determinado, jamás se descubriria ese trato clandestino que existe entre algunos profesores de ambos ramos del arte. Si una de estas causas no hiciese que la receta que el médico escribió para su consabida botica, fuese á parar á otra cualquiera, como se habia de saber que el cocimiento alli prescrito, no es mas que agua de cebada con espíritu de canela, y que tal cual alli se receta no existe en ninguna de las farmacopeas conocidas? Necesaria es esa circunstancia y la de oir á esos médicos disputar con esos Boticarios, sobre el número de recetas que mandaron el sábado y las del lunes, para ver como anda la moralidad por una de las regiones sociales donde debiera brillar mas pura. Al paso que van llegará dia en que el Boticario tenga ocasion de comprar á buen precio una partida de quinina, y el médico se encargue de darla salida, recetándola para todas las enfermedades que se le presenten.

Pero vertido ya el ácido sulfúrico sobre la otra mancha social de mi tipo, no me queda mas remedio que echar una cantárida de vara en cuadro, sobre la especie de que acabo de hablar, y atravesando la botica, la re-idem, el laboratorio, el patio, los alambiques, las pucias, los tamizes y los peroles, llegarme á la sala de su casa, y allí en la amable compañia de su familia, considerarle, no en cuanto boticario, sino en cuanto hombre.

Desde que se suspendió *la visita* que por la junta superior de farmacia, se hacia todos los años en cada una de las boticas de Madrid, y por comision en las demas del reino, ha quedado el frac negro de don Matías menos recargado de servicio, y solo entra de guardia los dias de Navidad, el cumpleaños de la boticaria, el jueves santo, el dia que sale el *Dios grande* de su parroquia, y cuando se decide á sacar de pila á algun chico; cosa que ocurre siempre que la mujer de su droguero dá á luz algun varon. D. Matías no es hombre que cree en la estabilidad de las cosas modernas, y aunque su mujer ha querido varias veces hacer colchas para la cama del damasco amarillo, con que se adornaba la botica el dia de *la visita*; él no lo ha consentido jamás, y conserva las colgaduras en un arcon, juntamente con la bajilla de plata en que servia un ligero ambigú á los visitadores.—Tras de estos tiempos vendrán otros, la dice, y mira tu lo que están haciendo con la Constitucion desde el año doce. En esto tiene mi hombre tanta razon, como en hacer que la cama del practicante esté inmediata al ventanillo, y la suya algo mas distante; aunque no tanto que le impida oir

llamar de noche, sobre todo si el primero se hace el dormido, ó real y verdaderamente tiene el sueño pesado. Pero ya ha sucedido mas de una vez que el mancebo tuviese frio, y contestase desde la cama, *no tenemos*; cosa que exalta el orgullo y el *quid pro quo* de don Matías, hasta el estremo de preguntar desde su alcoba, y con los calzoncillos en la mano *qué piden*? y volverse á acostar cuando el practicante contesta, *sanguijuelas*. Nosotros pedimos á Dios que semejante estratagema no se descubra jamás, porque en ese caso disfrazaria don Matías ante los tribunales el verdadero móvil de su queja, con los perjuicios que se siguen á la humanidad doliente de los engaños de su practicante, á quien mas de una noche de enero, le han hecho trabajar media hora en un parche, aplicándosele luego á los ojos como broma de carnaval.

De esos chascarrillos y otros mas necios es blanco muchas veces el Boticario; pero en el número de los petardos se cuenta uno que prueba muy bien en qué proporcion está la ganancia de ese ramo de la medicina: Llegó un muchacho á una oficina de farmacia, pidió dos cuartos de ungüento blanco (me ha ocurrido antes que negro) y arrojando una moneda sobre el mostrador echó á correr por la calle: Pícaro, bribon, dijo el practicante y quiso salir tras él; pero el principal le cojió del brazo y le dijo:—Serénate, qué hay?—Que me ha dado un ochavo contestó el burlado mancebo.—Pues déjalo, que aun se gana la mitad.

Ahora bien, señores, este tipo que acabo de bosquejar y que seria interminable si se escribiera con mas detencion, se va haciendo muy raro en Madrid, por la sencillísima razon de que siendo muy pocos los Boticarios de hoy dia, que no hayan seguido los estudios teóricos que exige tan dificil carrera, la mayoria de los farmacéuticos actuales han colocado la ciencia en España, casi al nivel que ocupa en otros paises mas adelantados que el nuestro; donde en vez del fanatismo con que hemos luchado hasta hace poco para cierta clase de estudios los españoles, la ilustracion abria ancho campo á las investigaciones de los naturalistas. Tanto el lujo esterior y el materialismo del despacho, como la riqueza y laboriosidad que se advierte en algunas boticas y laboratorios de esta córte, nos proporcionan diariamente productos desconocidos hace años en nuestro pais y otros que hacian al farmacéutico práctico tributario del estranjero. Interesados estan los que se dedican á tan honrosa profesion, de conservarla todo el decoro que exige el objeto de sus tareas, aislando y persiguiendo á ese cúmulo de charlatanes que vulgarizando lo que no entienden, todo lo prostituyen y á quienes de

ntento no hemos querido nombrar hasta la última linea de este artículo.

ANTONIO FLORES.

LOS BUHONEROS.

.....Este diestro Buhonero,
observando sagaz las circunstancias,
sin mostrar que os deslumbra lisonjero,
vuestra eleccion dirige á sus ganancias.

WALTER SCOTT EN EL PIRATA.

UY lejos está, á decir verdad, de tener la suerte del Buhonero de las islas Orcadas, á quien se refiere el epígrafe, el tipo que me ha venido en ganas escribir. Las aventuras y fechorías del buen viejo Bryce Snailsfoot, que tan mal rato dió á la económica hermana de Triptolemo Yelowley comiéndole su ganso ahumado, han sido hábilmente narradas por el novelista escocés. Las travesuras de los Buhoneros andaluces, dignas de la pluma del autor de Rinconete y Cortadillo, van á ser bosquejadas por la mia, de la que seguramente saldrán muy mal parados; pero sírvame de escusa el deseo de no condenar al olvido los dramáticos lances de su vida aventurera y errante. Yo les diré para su consuelo aquello de nuestro célebre poeta Quintana.

En mí supla al talento el buen deseo, etc.

Aunque por lo regular los Buhoneros salen de todas las provincias de España,

no es de todos ellos en general de los que voy á ocuparme. El Buhonero legítimo es, como los toreros, natural de Andalucía. Los demas valen muy poca cosa; les falta la chispa y gracia picaresca que caracteriza y distingue á los hijos de la tierra de Dios.

No es fácil, al hacer la descripcion del Buhonero, dejar pasar en silencio la vida de su digna é inseparable compañera. Por eso, al encabezar este tipo he usado la voz «Buhoneros» en plural. En efecto, un Buhonero sin su Buhonera adjunta, es una de aquellas cosas, que no se ven jamás. Haria un papel muy desairado entre los demas Buhoneros, el que no tuviese su amiga que le ayudase y compartiese con él los placeres y sinsabores que les acarrea su estraordinario modo de vivir. En una palabra: la union de estos dos séres es tan íntima como la de la sombra al cuerpo de que es proyectada; á no ser que admitamos la escepcion del famoso marqués de Villena, de quien oí muchas veces decir á mi abuela, que habiendo tenido qué ajustar ciertas cuentas con el diablo, su íntimo amigo, y resultando un cargo bastante crecido contra él, se evadió, gracias á su ciencia mágica, del compromiso, dejando su sombra como partida de data; y desde aquel apurado lance siempre anduvo sin ella el buen caballero.

Mas entremos en materia, y dejemos reposar en su tumba los huesos del tan nombrado don Enrique el Hechicero; que si una vez pudo librar bien, no siempre le sucedió lo mismo, segun aquella manoseada copla, que tambien se la aprendí á mi abuela, y cuyo sentido apoyado por tan fuerte autoridad, es para mi tan cierto y verdadero como aquello de la sombra, y dice así:

Como al marqués de Villena
te vendrá á suceder,
se picó en una redoma
y no le valió el saber.

Es decir que don Enrique á pesar de toda su nigromancia, las pagó todas juntas. No nació él en los tiempos que alcanzamos, que por poco jugador de manos que fuera, no tuviera un fin tan desastrado, y hubiera, como otros muchos que yo conozco, adquirido una reputacion elevada, y aun gloria inmortal y eterna.

Pero, ¡válgame Dios! ¿A qué estas digresiones? ¿Es fuerza que para referir las aventuras de los Buhoneros y sus dignas compañeras haya sido del caso traer á colacion nada menos que al poderoso conde de Cangas y de Tineo? ¡Ah! Perdona, tú, que desde las costas de Málaga y Granada y las vertientes de la serranía de Ronda invades el resto todo de España, sin mas auxilio que una canastilla en el izquierdo brazo y en la mano derecha la media vara de medir, pendiente de una cuarta de hiladillo azul; tú que eres la alegría de los pueblos, la bulla y solaz de nuestras ferias; tú, cuya vida está llena de episodios dignos de péñola mejor tajada que la mia; tú, en fin que posees toda la sal de las mas saladas de los cuatro Reinos, perdona, repito, á tu humilde historiador, estas

distracciones. ¿Qué suponen en comparacion tuya todos los marqueses y condes del mundo? Ninguno llega al polvo de tus pobres chinelas.

Segun el Diccionario de la lengua castellana, el Buhonero no es otra cosa que el que lleva de venta cosas de buhonería; entendiéndose para ésta la tienda portátil, que lleva su dueño sobre los hombros y que se compone de chucherías y baratijas de poca monta, como botones, agujas, cintas, peines, alfileres, etc. Hasta aquí el Diccionario; mas el personaje que vamos á describir ejerce y desempeña otras honradas profesiones. Clasifiquémosle, pues, segun su modo de vivir, y tendremos una idea del papel que hace en la sociedad.

Yo distingo dos clases de Buhoneros; esto es, Buhonero de alicates y taladro y Buhonero de tijera y vara de medir. El primero es de mas humilde categoría que el segundo, aunque éste no es en realidad otra cosa que una consecuencia de aquel.

El Buhonero de alicates sale con su compañera ó solo (pues la compañera es cosa de fácil adquisicion á los pocos dias) de alguno de los pueblos ó aldeas del antiguo reino de Granada. Una alforja, por lo regular de cuero, colgada al hombro, dentro de la cual y asomando por la parte superior se vé el taladro ó berbiguí con su mango en forma de aspa, unos alicates pendientes de un ojal del chaleco por medio de una cadena de alambre, producto de su industria, tales son los útiles, que con media libra de la misma materia, constituyen todo su capital. Su equipaje lo forman un mal calzon de paño burdo, que llega hasta cubrir la mitad de su pierna siempre desnuda, y que lleva el nombre de calzones ó bombachos, un chaleco corto de tela de algodon, sobre el cual y cubriendo la cintura, se aplica una faja de estambre fuertemente ceñida, una raida chaquetilla de primavera, un sombrero de mala muerte chambergo y de copa en forma de cono truncado, y unas alpargatas con cintas de hiladillo, que suben cruzándose las piernas arriba. Tales son, pues, las prendas de su vestuario, que no sé por qué fatalidad, nunca las he visto nuevas en esta gente, sino súcias, rotas y hechas un harapo.

Por su parte la Buhonera, que voluntariamente ha unido su suerte á la de él, se provee de una canastilla de forma redondeada y poco fondo, en el que campean algunas piezas de hiladillo de diversos colores, una caja de lata, que encierra varios papeles de agujas de diferentes tamaños, alguno que otro papel de alfileres, tambien algunos macillos de horquillas ó agujetas para el pelo, y colgando por la parte esterior de una asa de la cesta varios hilillos de cuentas de vidrio, iguales en un todo á aquellas, que puestas en el rollizo cuello de Maritornes, se le figuraron finísimas perlas de Oriente al enamorado Manchego, cuando por su mala suerte velaba en el camaranchon de la venta la noche, que para él fué tan aciaga.

Provista, pues, de estos artículos de comercio la tierna pareja se une á otras muchas de la misma laya, que salen juntas á correr fortuna, y forman un rancho.

Cualquiera que haya leido las descripciones que hacen los viajeros, de los

aduares ó campamentos ambulantes de los árabes del desierto y vea un rancho de Buhoneros, hallará entre aquellos y estos una semejanza extraordinaria. Parece que los Buhoneros con su vida nómada y errante, sus campamentos en despoblado y donde la noche les coge, y sobre todo con los atrevidos rasgos de una fisonomía verdaderamente árabe, son el testimonio eterno de la larga permanencia de aquel pueblo entre nosotros. Figúrese el lector un grupo numeroso de hombres, mujeres y niños de todas edades á medio vestir ó solamente cubiertos de ropas tan súcias, rotas y miserables que á tiro de ballesta indican la estremada pobreza de sus dueños, acampados unos y otros bajo unas pobres y reducidas barracas; mas allá y en medio de los aparejos de sus cabalgaduras campean unas cuantas angarillas, en que habitan pacíficamente algunas gallinas y asoma su cabeza un tierno infante, al que su corta edad no le permite moverse de aquella cuna de nueva especie. A un lado se ven sus borricos tan flacos y estenuados que da compasion mirarlos, al otro unos cuantos gosquecillos ladradores y ruidosos, tan faltos de carne como sobrados de apetito, y considere todo esto mezclado y revuelto en una confusion indefinible. Tal es el aspecto que presenta un rancho de Buhoneros. Este modo de vivir, estas costumbres semi-salvajes parecen demostrar que aun corre por sus venas la sangre de los descendientes de Ismael.

Luego que una caravana de Buhoneros llega á las inmediaciones de un pueblo, su primera diligencia es buscar acomodo para sí y sus cabalgaduras. En primavera y verano les es fácil encontrar un prado ó rastrojo en que fijar su campamento. Hacen entonces alto, desaparejan sus rucios, clavan en el suelo unas largas estacas y con mantas, zaleas y otras zarandajas forman sus barracas ó tiendas de campaña, que los ponen á cubierto de los ardores del sol. Despues y en tanto que las mas viejas de las mujeres se disponen á preparar la comida, los chicuelos salen como una plaga de langosta, los unos á recorrer las calles del pueblo en demanda de algunas limosnas, y los otros á buscar combustible que van reuniendo al pie de las encargadas en la comida, que sentadas sobre los aparejos de sus caballerías y teniendo por delante una gran cazuela de barro apoyada sobre tres piedras en forma de trébedes, activan el fuego y mondan algunas patatas

El Buhonero en tanto requiere sus alforjas, pone en órden los diversos juegos de gatos ó lañas de alambre, que dentro encierra; afila su berbiquí con un pedazo de lima groseramente embutido en un de mango madera; reconoce el estado de sus alicates y cargando con todos estos trebejos, hételo ya hecho un gobernador caminando hácia el pueblo fabricando corchetes y cadenillas de alambre. Mas este caballero gobernador no depende del gobierno ni su mision viene de tan alto; no es gobernador eclesiástico, ni militar, ni político. En una palabra es solo gobernador que gobierna los desgobiernos (1) de nuestras criadas de servicio. Al entrar en el pueblo anuncia su llegada gritando con todas

(1) Si D. Quijote viviera y pudiera leer esta locucion le pareceria de perlas, como aquella de La razon de la sin razon que á mi razon se hace, etc...,

sus fuerzas: ¿Hay alguna tinaja, lebrillo ó cazuela quebrada que componer? ¡Ratoneras de alambre vendo! Si su mala estrella le conduce al sitio donde solazarse suelen los muchachos de la villa, ya le cayó que hacer y Dios le dé paciencia. Al divisarlo suspenden sus juegos, vánsele aproximando y ya inmediatos á él, grita uno con todas sus fuerzas: ¡Guardia! ¡Que viene el señor gobernador! Al punto y como por encanto la turba se forma en fila, y el mas travieso de todos empieza á batir marcha, imitando con la boca el sonido del parche y llevando al mismo tiempo el compás con los puños cerrados. Si el pobre diablo no se arma de sufrimiento y no haciéndose el cargo que aquellos honores le son tributados á causa de su profesion, no tolera con resignacion tan amarga ironía; si se amostaza y hace siquiera la mas insignificante demostracion de querer acometer, bien seguro puede estar de sufrir todas las consecuencias de un falso testimonio. ¡Al borracho! gritan unos; ¡á la laguna con él! repiten todos; y entonces sino quiere verse en un sério compromiso, no tiene otro recurso ni otra via de salvacion que ponerse en huida con todos los bríos que sus pies le permitan. Las inocentes criaturitas rompen en seguida tras el malhadado Buhonero, arrojándole peladillas como el puño, con la santa intencion de hacerle padecer el martirio de San Estéban, alzando una griteria infernal. Alborótanse con esto los perros del lugar, ladran, acosan al infeliz que huye, y este se da por bien librado si llega á su campamento sin que alguna lágrima de San Pedro le haya visitado las espaldas, ó sin que alguno de los canes haya alcanzado con sus dientes sus desnudas pantorrillas. Mas no siempre el caballero gobernador sale tan mal de sus espediciones; hay dias, y son muchos, en que recorre todo un pueblo sin que le suceda malandanza alguna, gobierna ó gatea cuantos platos, fuentes y lebrillos hay rotos; espende á doce y quince cuartos algunas ratoneras, da salida á algunas docenas de corchetes, hace nuevo empleo de alambre y vuelve á su rancho dispuesto á emprender al dia siguiente la misma tarea.

La Buhonera á su vez no ha estado ociosa, sino que poniendo en órden en su canastillo los artículos todos de su reducido comercio, marcha impávida en busca de la buena suerte, que siempre le es propicia en todas sus especulaciones mercantiles. Unas enaguas de bayeta verde ó amarilla, tan cortas, que apenas alcanzan á cubrir la mitad de su pierna siempre desnu da y nunca limpia; unas zapatillas tan traidas como llevadas y con el talon caido por el uso; un pañuelo de yerbas á la cabeza, y al cuello un manton de los que llaman de pelo de seda, que no es sino de algodon, procedente de Gibraltar, tales son las piezas que con una camisa sucia y llena de remiendos forman todo su equipo. La Buhonera va recorriendo las calles y las plazas pregonando: ¿Hay pellicas de conejo ó de liebre que vender? ¡Veinte alfileres doy por un cuarto! Entonces principia su especulacion, cambia con las mozas de servicio sus alfileres y agujetas por pellicas de liebre y conejo, aquí vende algunas varas de hiladillos, allí cuatro ó seis cuartos de agujas de coser, mas allá alfileres, en la otra parte hilillos de mostacilla, y siempre alegre y de buen humor va cortando la

tierra con aquel aire de contento que da á las personas la satisfaccion de si propias; y despreciando con el mayor desden los chicoleos y galanterías que le dirigen unos y otros. Hay ocasiones en que vuelve á su rancho con unos réditos tan crecidos que esceden en mucho al valor efectivo del capital. El Buhonero lo observa y nada estraña, antes parece satisfecho del buen éxito de la espedicion de aquel dia. Esto supuesto no me es permitido á mi, mero historiador, meterme en averiguar la causa de tan escesivas ganancias. *Sin embargo, no puedo menos de decir que presumo que no siempre es desdeñosa á los requiebros.*

Los réditos de los dos capitales, tan hábilmente manejados, son suficientes á mantener la pareja, amen de algun tierno retoño, fruto casi siempre del amor y rara vez del himeneo. Y cuenta que no es esto una paradoja; el himeneo entre los Buhoneros se deja para tiempos mas felices; para cuando despues de haber corrido medio mundo, han adquirido á fuerza de trabajo ó mas bien de industria, un modesto capital, que los coloca en el rango de Buhoneros de tijera. Entonces celebran sus desposorios, siendo muy comun en estos casos el que asistan á la ceremonia dos ó tres muchachos, que por un órden natural debian haber venido al mundo mucho despues de verificada esta.

Ha llegado la noche. El campamento ha recibido en su seno á todos los individuos que lo componen. El Buhonero se ocupa en recoger de los rastrojos cuanta paja puede, á fin de proporcionarse un lecho algo cómodo en que reposen sus fatigados miembros. Mas como durante el dia ha tenido ocasion de observar hácia qué punto estan situadas las huertas del lugar; medita un golpe de mano y quiere, antes de entregarse al sueño, ponerlo en ejecucion. Reune á su derredor á los mas jóvenes y osados de sus compañeros, comunicales su plan que halla la mas favorable acogida, y se emprende al momento la marcha. Distribúyese la tropa en dos ó tres grupos y con una estrategia digna de un mariscal del imperio, ínterin unos llaman la atencion del hortelano y sus perros dando á la huerta un ataque falso, los demas penetran en ella por otro lado y cargan sus morrales, tupiéndolos de cuantas frutas y legumbres pueden haber á las manos. Provistos de estas municiones de boca, por tan legítimos medios adquiridas, vuelven á sus ranchos celebrando su destreza y buena suerte.

El invierno que ejerce igualmente sus rigores sobre todo vicho viviente, es fatal al Buhonero. Paralízanse casi las espediciones, viéndose obligados á hacer largas estancias en donde quiera que les pilla las continuadas lluvias de la estacion. En los pueblos donde no hay posadas de pobres, que regularmente estan á cargo de un Buhonero retirado y en donde por ocho maravedises por persona se pasa la noche á cubierto de las inclemencias del cielo, tienen que proporcionarse albergue en un pajar ó establo de bueyes abandonado y en estado ruinoso. Allí, colocados al rededor de una fogata compuesta de estiércol y paja podrida que despide una humareda tal, que les hace correr lágrimas como ciruelas, y que

bastaria á asfixiar á cualquiera que no fuese Buhonero; allí, pues, confundidos hombres y mujeres con las bestias, los perros y demas alimañas vocean, juran, se desesperan con la lumbre que se apaga á cada momento y en medio de tan infernal algarabía aquello no parece habitacion de séres racionales, aquello es un verdadero Pandemonium.

Mas la vuelta del buen tiempo ha restituido al Buhonero toda su actividad. Al aproximarse la celebracion de una feria, pónense los aduares en movimiento y se trasladan al pueblo donde se ha de verificar. Acampan todos en el rodeo y se preparan á los grandes lances que van á ocurrir. El Buhonero abandona entonces sus alforjas y alicates y armado de una mesilla, una baraja y dos ó tres peones del juego de damas, va buscando por el rodeo los grupos mas numerosos; lánzase en medio de ellos, planta su mesa, hace dos ó tres suertes de azar con tanta probabilidad de ganancia para los espectadores, en particular en el juego llamado de la yesca, muy conocido de algunos, que lo tendrán tan presente en la memoria como en el bolsillo, que persuadidos de que van á hacer una gran jugada, plantan su dinero, y lo ven desaparecer como el humo. Pero llega un momento en que su charla no produce efecto alguno, ya no hay por allí incautos que se dejen seducir, se presenta entonces un desconocido, pone un duro y lo gana, pone otro y lo gana tambien, y de este modo sigue ganando cuanto juega, en términos que muchos en vista de la mala suerte del Buhonero, se deciden á hacer algunas puestas y les sucede lo contrario precisamente que al otró, pues pierden cuanto ponen. Pero ¿quién es el afortunado desconocido que siempre ganaba? ese es lo que entre estas buenas gentes se llama «gancho»; es otro Buhonero que tiene el cargo de estimular á los circunstantes con sus imprevistas ganancias, que despues devuelve religiosamente á su compañero.

Hay ademas otra escena mas grandiosa, mas interesante y arriesgada; pero en la que la utilidad está en razon del peligro que en su ejecucion se corre. Para ello es necesaria la ayuda y cooperacion de los gitanos, con los que de antemano tienen hecha alianza. La operacion, pues, está reducida á dar un espanto; esto es, hacer de modo que cuantas caballerías hay en el rodeo salgan asombradas y tire cada una por la manga del diablo. El modo y forma como esto se ejecuta no nos es dado á los profanos, el saberlo. Al anochecer los Buhoneros y gitanos toman sus mantas sobre el hombro; sálense fuera del rodeo y divididos en grupos ocupan cuantas avenidas, veredas, sendas y caminos á él conducen y esperan con calma el resultado del espanto, que otros compañeros suyos quedan encargados de ejecutar. Verifícase este y salen las bestias en mil direcciones; hay carreras, caidas, gritos y una confusion espantosa. Las gitanas y Buhoneras aprovechan la ocasion y hacen su pacotilla en pañuelos, sombreros, mantas y en todo cuanto puede arrebatarse en medio de aquel caos. Sus dignos compañeros en tanto recogen cuantas caballerias van á caer en sus manos, montan en ellas y en una noche son llevadas á muchas leguas de distancia de donde se cometió el robo, las venden ó cambian por otras y acuden en seguida al punto de reunion convenido antes del suceso.

Durante la feria, y mientras los hombres se ocupan en tan comprometidas operaciones, las mujeres ponen en movimiento todos los resortes de su astucia y travesura. Por do quiera se las ve pregonando los géneros de su escaso comercio; su pequeño capital es vendido y vuelto á emplear en un solo dia multitud de veces, produciendo unos réditos que harian honor al israelita mas avaro. Entre la multitud inmensa que ocupa el rodeo, la Buhonera va, viene, bulle, se agita y siempre en un movimiento contínuo ve crecer su peculio de un modo asombroso; y cuando viene la noche á cubrir con su manto protector las flaquezas humanas, invade las cantinas y los puestos de buñolitos calientes, se relaciona con los consumidores de lo tinto y espende un género que si no es de ilícito comercio, por lo menos no tengo noticia de que su nombre figure en ninguno de los aranceles vigentes, ni tampoco de que se halle sujeto al pago del subsidio industrial.

Cuando la ejecucion de todas estas fechorías ha tenido un éxito feliz; cuando no han sido interrumpidas por la intervencion inexorable de la justicia, (lo cual sucede con harta frecuencia), el aumento de capital, con tantos quebrantos adquirido, pone á nuestra gente en estado de elevar á una esfera algo superior sus especulaciones y sus tratos comerciales. El Buhonero, sin abandonar aun sus alforjas, su berbiquí y alicates, tapadera eterna de todas sus bellaquerías, da mayor estension á los artículos de su venta. Hace sus viajes á Sevilla y otras capitales donde vende en las fábricas de sombreros su acopio de pieles y el que antes solo empleaba su dinero en alambre comun, hoy lo hace en el que llaman de plata, que merced á su diestro alicate se convierte en primorosos corchetes de á 3 rs. la caja. En lugar de ratoneras de alambre, cuelga ya de sus hombros neguilleros de lo mismo y jaulas de perdiz. Su vestido asi como el de su adjunta han adquirido mejoras de consideracion; la canastilla de esta última es de mayores dimensiones ó ha cedido su lugar á un cajon de madera muy decente y que se cierra por medio de una tapadera de lo mismo con un curioso candado. Este va relleno de géneros de mayor cuantía, como cuchillos, navajas, tijeras, botones y espejos; fajas, ligas, medias y tirantes: es, pues, una tienda reducida todavia, pero surtida de muchos y variados artículos. En fin hasta el pollino flaco y miserable, que aunque de ínfimo valor, fué adquirido con gran trabajo, es reemplazado por otro jóven y vigoroso. Un año mas de fatigas y espediciones, y se mirará convertido en Buhonero de tijera.

Muy poco hay que decir de nuestros héroes cuando han llegado á ocupar tan ventajosa posicion. Y necesariamente debe suceder asi, porque cuando los hombres han podido adquirir un cómodo bienestar y tienen en parte asegurada su subsistencia, son menos sus afanes y disminuyen tambien los esfuerzos que para llegar á este estado han empleado anteriormente. Por esta razon su vida no ofrece ya lances de la naturaleza de los que llevamos referidos, ni está sujeta á los azares y aventuras del que vive en la escasez y miseria. Ya no necesita mi hombre vivir en cuadrilla ni acampar en despoblado: se ha casado con su

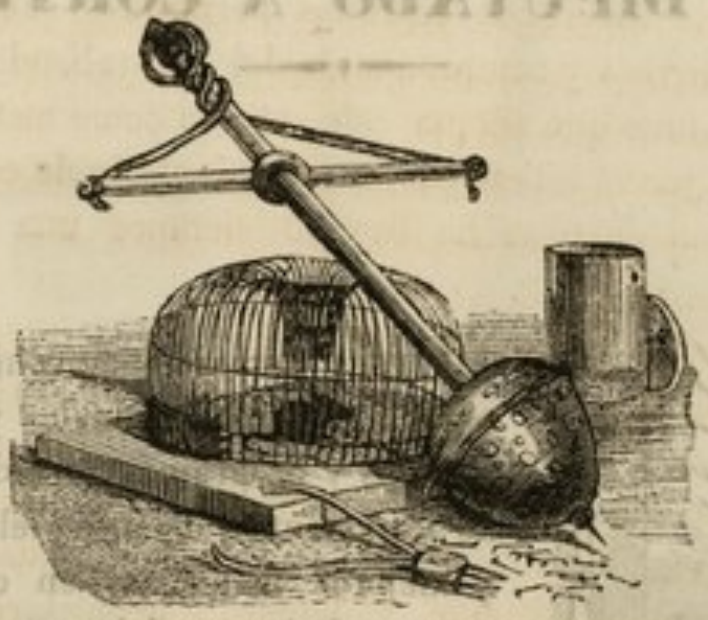
compañera, y uno y otro han entrado gustosos en el estado normal y pacífico de los demas individuos de la sociedad en general; y sin embargo de que aun pueden considerarse como mercaderes ambulantes, toman vecindad en un pueblo cualquiera, y orgullosos con el nombre de comerciantes pagan, sino con gusto al menos con resignacion, la contribucion mercantil, la de provinciales, la del culto y clero y tantas y tantas como por la gracia de Dios y la Constitucion pagamos los españoles todos. Las alforjas y alicates han desaparecido. En su lugar se ven, la vara de medir y las tijeras; y en vez de llevar su tienda sobre el hombro, la carga sobre un buen caballo que ha comprado á este fin, y en el cual hace sus espediciones á los pueblos inmediatos al de su residencia, interin la esposa queda al frente del establecimiento. En las ferias huye de los rodeos, teatro de sus antiguas glorias, y planta su venta en medio de la plaza ó en la calle mas concurrida, bajo una decente tienda de campaña hecha de los fardos de angeo en que envuelve los géneros. Sin embargo como al Buhonero no se le olvidan tan fácilmente las malas costumbres de la vida pasada, le gusta mucho hacer de vez en cuando algunas escursiones al reino de Portugal ó á Gibraltar, si le cae mas á mano, en busca de géneros de ilícito comercio, que gracias á su industria los vende entre los permitidos sacándolos una crecida utilidad. La vida peligrosa y comprometida del contrabandista le es sumamente agradable, y aun se cree que adopta este sistema como método higiénico; pues dice él y dice bien, que el estado pacífico y sedentario de comerciante destruiria muy pronto la salud del que ha llevado siempre una vida agitada y de movimiento.

Tal es, pues, con muy pocas escepciones, el término de la carrera de un Buhonero. La moralidad de sus costumbres parece que está en razon del aumento de su fortuna; y no es estraño ver convertido en ciudadano honrado, pacífico y útil á la sociedad al que fué siempre su enemigo. Su nombre figura en las listas electorales, y estoy viendo el dia en que aparece en alguna candidatura en que se lea: «Don N. Gazul y Alhamar, Buhonero y propietario;» que cosas como estas se ven hoy dia en la patria del Cid. Por último á su muerte lega á sus hijos un patrimonio regular, que los pone á cubierto de la indigencia, y que les ahorra el trabajo de llevar tan mala vida como la del que les dió el sér.

Hay no obstante, como llevo dicho, algunas escepciones de esta regla general. Algunos Buhoneros, por desgracias inesperadas y que no están al alcance de la humana prevision, están condenados á ser toda su vida gobernadores: cuando la vejez con sus achaques viene á interrumpir el curso de sus espediciones, fijan su residencia en un pueblo cualquiera, del que se constituyen gobernadores natos, alquilan en los estremos del mismo una casucha miserable en donde establecen una posada de pobres. Allí reciben á sus antiguos compañeros, que en las largas noches de invierno los distraen contándoles sus aventuras, que parece los rejuvenecen; y el Buhonero en cambio, como hombre esperimentado, les dá muy buenos consejos. Es el parroquiano mas constante de las tabernas del

pueblo; en las resolanas jamás se le echa de menos con su baraja grasienta jugando al cané y á la treinta y una con otros de su calaña. A su muerte es enterrado de caridad, ni hallándose en todo el burdel que habitó un pedazo de tela en que envolver su cuerpo; ni habiendo otros acreedores á sus bienes, si los tuviera, que el casero y la tabernera.

J. M.



EL DIPUTADO A CORTES.

Mieses arrasadas y aniversarios políticos, regencias constitucionales y denuncias, fusilamientos y programas, estados de sitio y juntas de armamento y defensa, felicitaciones á porrillo y mejoras materiales en ciernes; plagas son capaces de borrar del mapa al mas floreciente de los imperios; píldoras que ni una á una podrian tragarse á no venir doradas con el barniz del patriotismo, el lustre del desinterés, el brillo de la tolerancia, el esplendor de la libertad, el esmalte de la grandeza y la fulgidez de la ventura. Asi alternan en perpetuo contraste para la gente española fantásticas ilusiones y fúnebres desengaños: orla hoy sus sienes con la aureola del triunfo quien ayer gemia entre el polvo de la derrota: acaso mañana sucumba de nuevo y proclamen las cien lenguas de la fama al que yace envuelto en el sudario del olvido. Asi giramos con vertiginoso afan y crónica demencia en el eterno circulo de nuestras desventuras sin fé que nos sustente, ni esperanza que nos guie, ni caridad que nos socorra, ni prudencia para prevenir el riesgo, ni justicia para administrar al adversario, ni fortaleza para dirimir antiguos rencores, ni templanza para contrarestar la

soberbia que nos inspira la fortuna cuando con faz benévola nos acoge y á que abusemos de la victoria nos induce. Asi desprovistos de virtudes, avarientos de contiendas, y seguros de que nuestro pais renace siempre de sus propias cenizas, incendiamos un dia y otro nuestros hogares, combatimos á la luz de las rojizas llamas que devoran lo que poseemos hasta que lagos de sangre las apagan, y reprimimos nuestro encono mientras no se viste otra vez de frutos la campiña y de árboles la enramada.

Pues bien, hay quien sostiene que tan frenética saña, tan inicua porfía y tan imponderable desconcierto se reducen en suma á la solucion de un problema. Hubo un tiempo en que el Diputado á Córtes era planta *indígena* en España: yerta y marchita bajo el maléfico influjo del cierzo austriaco, ni sombra quedára de ella en su vasto territorio: trátase de averiguar si aun le son favorable: nuestros climas, ó si han variado de tal modo que haya necesidad de colocarla en la categoría de las plantas *exóticas*. De algunos años á esta parte brota entre nosotros sin periodo determinado, crece á la intemperie, y sin riego ni cultivo espira como planta *parásita* ya arrancada de raiz por el impetuoso empuje del popular torbellino, ya agostada en su tallo por los espléndidos resplandores del sol del trono. Si algun dia llegára en fin á aclimatarse, como en otros paises, la observaríamos verde y pomposa y lozana en la estacion de las nieves, despojándose de sus galas apenas el rocío de mayo anima las florestas con su vivificante jugo: entonces podria decirse con exactitud que el Diputado á Córtes es planta *de estufa*. Fuera inexacto asegurarlo en el dia, pues desde que empezamos la publicacion de los *Españoles pintados por sí mismos*, han transcurrido dos inviernos, dos primaveras, dos veranos y un otoño, y esa planta ha pasado tres veces por lo menos de la cuna al sepulcro con tan efímera vida, que ni el botánico mas entendido hubiera logrado hacer un rápido análisis de sus propiedades. He aquí por qué hemos retardado la presentacion del Diputado á Córtes en nuestra galería: convencidos nosotros de que debe estudiársele en la época de las sesiones, si ha de evitarse el escollo de descubrir su imágen desproporcionada é imperfecta, como la de quien se mira á un espejo falto á trechos de azogue, pretendíamos dibujarla con el original á la vista, á fin de que se juzgase con acierto del parecido; mas como la escasa duracion de las legislaturas no permite espacio para el dibujo ni menos para el cotejo, renunciamos á nuestra idea primitiva. Renunciamos sí, mas con la esperanza de que nos disimule el lector indulgente alguna incorreccion involuntaria, alguna ligera sombra, ya que por no privarle del bosquejo, lo trazamos con toda premura y con mas trabajo del que nos ocasionaria una simple copia, presentándoselo concluido en el período que media de una disolucion á una convocatoria. Cabalmente es la época en que vaga por la atmósfera el suave céfiro que engendra y acaricia al Diputado, y en que aun no se percibe, ó solo muge en lontananza el formidable huracan que le hiere y asesina. De este modo nos prevenimos contra todo evento.

Hace medio siglo reinaba entre nosotros un órden de cosas inmutable: ahora,

segun el dicho de un célebre publicista, si uno se encarama sobre el guardacanton de una calle vé pasar las revoluciones por cuartos de hora: con ellas varian continuamente de formas los tipos de la sociedad ó desaparecen del todo de la haz de la tierra. Transformados se hallan el *chico de la candela*, en el *pobre de San Bernardino*; el *guardia de corps*, en *empleado civil*, *oficial de ejército*, ó *señorito de provincia*: si los que hemos venido al mundo despues de 1814 conservamos memoria del jaqueton *chispero*, es debido á la casualidad de haberse perpetuado el último de la clase no en los barrios de Lavapies y las Maravillas, sino en regiones de mas altura: ya no existen para nosotros el miliciano nacional, ciudadano pacífico é impávido guerrero segun lo despejado ó turbio del horizonte; ni el monacal atlético, rojizo y bermejo, sátira del ayuno y documento auténtico del regalo: unos dias mas, y en vano buscareis de San Anton á la Morería ni el mas remoto vestigio de la saladísima *manola*. No queremos de ningun modo que pese sobre nuestra conciencia la falta que resultaria de no mencionar al Diputado á Córtes cuando su centésima resurreccion se aproxima: si su existencia ha de ser corta, si su porvenir es quimérico, si le condena su fatal destino á vivir solo en los anales de lo pasado, fuera imperdonable olvido desperdiciar el momento presente. Conviene advertir que, en nuestro dictámen, la muerte ó una vida llena de azares y contratiempos, son sinónimos en este caso: vivir de limosna es poco menos que morirse de hambre.

Desgracia es que ni aun podamos hacer uso del daguerrotipo para dar feliz remate á nuestra tarea: apelamos pues al último recurso, y nos decidimos á ejecutar el retrato de memoria.

Mucha semejanza se advierte entre las maniobras de los ejércitos y las operaciones de las asambleas: Diputados de la oposicion y Diputados ministeriales forman dos campos enemigos: defienden unos y atacan otros al banco del ministerio, almenado castillo, cuya posesion anhelan todos: en el salon de columnas se rompe el fuego de guerrillas; dentro del congreso hay cotidianos choques y escaramuzas, no son tan frecuentes las batallas campales: si el ministerio presenta un proyecto de ley, y la comision encargada de su exámen lo apoya, esta equivale al lienzo esterior de la fortaleza, si lo impugna, se transforma en la batería avanzada que arroja contra el baluarte toda especie de proyectiles. Estas reflexiones nos inspiran la idea de presentar al Diputado bajo todas las fases de que es susceptible, buscando las correspondientes equivalencias en los diversos grados de la milicia: asi conoceremos al *Diputado recluta*, al *Diputado cabo de escuadra*, al *Diputado comandante*, y al *Diputado general en jefe*. Manos á la obra, y Dios nos la depare buena.

EL DIPUTADO RECLUTA.

Hasta en su orígen se parecen el *quinto* y el *representante del pueblo*: llámese *cántaro ó urna*, es lo cierto que de una cabidad de madera emanan ambas investiduras: si el *quinto* no ha depositado cuota alguna en la *Sociedad del Iris*

ú otra semejante palidece, cuando, abierta una *bola*, oye en el *sorteo* su nombre de bautismo: por poco que haya frecuentado el *representante del pueblo* los *comités electorales*, rebosa de gozo, cuando, desdobladas una y muchas *papeletas*, resulta en el *escrutinio* haber obtenido mayoría de votos. Ved á esos dos personajes abandonar su hogar doméstico cabizbajos y meditabundos: aquel teme los sinsabores que le esperan antes de adiestrarse en el *manejo del arma*: este se ocupa en coordinar la *improvisacion* con que piensa anunciarse cuando se conteste al *discurso de la corona*. Sin embargo raro es el *quinto* que al entrar en *caja* no posea algunos rudimentos de soldado, siquiera haya hecho el *ejercicio* con una escoba en las eras de su tio materno: citeseme un Diputado que antes de tomar asiento entre los padres de la patria, sus colegas, no haya echado su cuarto á espadas como orador en algun ayuntamiento ó diputacion de provincia, entre los tertulianos del cura y el barbero, ó entre los concurrentes á la alojería de su aldea. Todo *quinto* recuerda mientras se dirige al *depósito* que muchos generales célebres, por soldados empezáran su carrera: ningun *representante del pueblo* ignora que de Diputado á ministro es corta la distancia, y, aunque haya prometido á su provincia no admitir empleos, se acostumbra á contemplar erizadas de espinas las poltronas de terciopelo, y si le designan para sentarse en alguna de ellas, se forja la ilusion de que no admite gracia, antes bien se persuade de que hace un sacrificio, y de que aquello no es *empleo* sino *cargo*, y con este trueque de palabras logra transigir ó capitular con su conciencia. Reclutas hay en los ejércitos no procedentes de quintas, por haberse alistado voluntariamente: de todo el que sale Diputado por una provincia, donde nunca ha vivido, donde nadie le conoce, puede decirse con exactitud que *sienta plaza en el congreso*; y si todavía se nos manifestára que muchos, á quienes *cabe la suerte de soldados*, no *ingresan en el servicio*, contestariamos que no existe gran diferencia entre un *sustituto* y un *suplente*. Casi todos los *quintos* atraviesan á pie la distancia desde su pueblo á la *caja*: casi todos los Diputados vienen á la córte en lo *interior* de una *góndola*: si alguno de aquellos se provee de un mal caballo, tambien alguno de estos toma asiento de berlina. De sesenta Diputados, no establecidos en Madrid, con sus familias, cincuenta y siete se acomodan en las fondas de *Europa* y de los *Leones de Oro*, ó en casas de huéspedes, cuyo estipendio diario no esceda de 12 reales, y asi consiguen reducir á dos onzas su presupuesto mensual de gastos, sin incluir en esta suma lo que les cuesta un frac negro, para los dias de ceremonia, mientas no vistan otra librea. Cercanos están los tiempos en que hemos visto consejeros de la corona de ambas Castillas, no muy versados en la lectura: dificilmente se hallará un Diputado visoño que no haga alarde de sus nociones aritméticas. Vedle solícito y puntual á la hora de la cita como se espacia entre los desiertos bancos y acecha la entrada del presidente y de sus colegas, y suma uno, dos, tres, hasta cincuenta: entonces se aproxima paso á paso á la silla presidencial, murmura algunas palabras al oido del que la ocupa, y la sesion se abre dos minutos antes, merced á su esquisita y loable vigilancia. A ella se debe tambien el que no se desperdicie ni un solo instante en las discusiones, porque

el Diputado *recluta* enumera escrupulosamente los que hacen uso de la palabra, y no bien resultan *tres en pró* y *tres en contra* pide que se pregunte *si está el punto suficientemente discutido*. Su maestría en este género de operaciones le vale ser designado por el presidente para contar los que se hallan en *pie* ó *sentados*, siempre que ocurre duda en *votaciones ordinarias*. Ocúpase pues el Diputado novel en oficios menudos, mientras se impone en todos los arcanos del *reglamento*, ni mas ni menos que el recluta corre con el *rancho* y hace de *cuartelero* y va en busca de *utensilios* mientras se inicia en los preceptos de la *ordenanza*. Con ser un hombre espigado y robusto tiene andada la mitad del camino para figurar dignamente en una *compañía de preferencia*; asi como un *Diputado primerizo*, segun arriba indicamos, merece justos encomios si aplica bien las fórmulas de la *economía doméstica* á la *economía parlamentaria*.

Aun cuando el Diputado *recluta* se propone no desplegar sus lábios hasta que se trate del *proyecto de contestacion al discurso de la corona*, que es como si dijéramos la *olla podrida de las discusiones*, tal vez ocurra que al hablarse de las actas de su provincia, ofrezcan dudas las operaciones de tal ó cual distrito; precisado entonces á usar de la palabra, tímido y balbuciente, como inesperto y desprevenido, tartamudea y trasuda, y se confunde hasta que al fin termina con esta frase histórica y de cuya autenticidad respondemos: «Nada me importa que se elimine ese distrito, pues en otros de mas electores fuí nombrado por *unanimidad de todos los votos*.» Sin otro revés llega la hora apetecida y el instante en que le corresponde el turno: se halla mas sobre sí y se arroja al combate sereno y alegre, valiente y osado. Si las ideas del *Diputado novel* se acercan al *progreso rápido*, con maldecir la *tiranía del gobierno*, con despreciar *el hacha del verdugo* y atribuir nuestras desgracias al *gabinete de las Tullerías*, y desear que de *las cumbres del Pirineo se alce un muro de bronce, cuyas almenas lleguen á la órbita de la luna*, con entonar himnos á *la soberanía del pueblo*, y llamar *sanguijuelas del Estado* á *los empleados civiles*, y lamentarse de la no *presentacion de cuentas* y anteponer la palabra *libertad* á la palabra *órden*, y hablar antes de la *milicia nacional* que del *ejército*, y del *pueblo* antes que del *trono*, puede estar seguro de obtener seis *aplausos*, sin contar los *bravos y efectos*. Si pertenece al *gran partido monárquico constitucional*, ó *conservador* y *parlamentario*, debe calificar de *bacanales* todos los *pronunciamientos* que no hayan proporcionado la victoria á sus *correligionarios políticos* y *sociales*: si se encuentran en el poder no ha de causarle susto la *dictadura militar*: brindan el suficiente campo á la censura, lo del *gobierno á caballo* de marras, y blanco á su ojeriza, el *gabinete* de *San James*: su triunfo no puede ser ruidoso, mas si en sus giros oratorios se remonta á las nubes, si alcanza á *esprimir* sus ideas en confusas frases, y en períodos ininteligibles asi para el que los dice, como para los que lo oyen; méritos son esos que tarde ó temprano han de valerle ser incorporado á los miembros de la *suprema inteligencia*. Tampoco seria nuevo que, apenas concluido el discurso, se encaminára presuroso el Diputado á la redaccion del Diario de las sesiones para corregirlo, como si existiera algun aparato con cuyo auxilio se estampáran las

92 - hoy podrían ser -

palabras que se pronuncian por la sola impresion del aliento, cual se graban las imágenes por la sola accion de la luz en el moderno daguerrotipo.

No es lo probable que el Diputado *recluta* suelte prenda á las primeras de cambio; por eso en punto á votaciones no le sujeta ningun vínculo con las diversas fracciones en que se divide el congreso, y pronuncia alternativamente el *sí* ó el *no*, en *pró* ó en *contra* del ministerio con voz entera, altisonante y rotunda. Mantenerse en esta posicion independiente es un propósito irrealizable, un error profundo de que abjura el mas pertinaz y testarudo antes de cumplirse una semana. Asi como entre dos jugadores desconocidos se decide uno instantáneamente en favor del que mas dispierta sus simpatías, entre dos opiniones encontradas es natural que adopte la que le parece mejor espresada, y es sin duda la que vibra mas halagüeña á su oido. Ademas el *Diputado visoño* conoce muy luego que si hace ostentacion de templanza y apela á medios conciliatorios, han de calificarle de *pastelero*; si incurre en la imperdonable falta de creer que al ministerio le asiste la razon en la cuestion que hoy se ventila, despues de no habérsela dado, como individuo de la oposicion en la que ayer se ventilára, se ha de ver motejado de *apóstata* y de *tránsfuga*, porque en política no es prudente mudar de consejo, y segun las *prácticas parlamentarias*, desde que se anuncia la discusion de un proyecto de ley, debe el Diputado formular mentalmente su voto y parapetarse contra toda especie de raciocinios. Ni le cuesta gran trabajo habituarse á estos usos: agotada toda su energía á consecuencia del primer esfuerzo oratorio; persuadido de que España cuenta el número de sus horas por el de sus infortunios, y de que de Cristo acá todos los redentores han sido crucificados, permanece mudo por largo tiempo; se hace *voto de reata* y, modelo de subordinacion y disciplina, recibe las inspiraciones de sus jefes considerándolas como su único norte. Ocioso es decir que de veinte diputados *reclutas*, diez y nueve nunca pasan de *soldados rasos;* no obstante si sus provincias los reeligen, cual suele suceder siempre, ascienden en otra escala. Al principio consideran el cargo de Diputado como honorífico, y su desempeño como uno de los *deberes* que les impone su cualidad de ciudadanos: despues que se acostumbran á asistir todos los dias al Congreso, no sabrian cómo ocuparse en su pueblo mientras duran las legislaturas, ni acertarian á matar las horas que se emplean en las sesiones, aun cuando fijáran su residencia en Madrid ó en sus contornos, y entonces empiezan á ser Diputados por *necesidad* y por *recreo*. Aun les queda otro ascenso y lo alcanzan, cuando se cercioran de que vale mucho tener por amigo al gabinete en su provecho y en el de sus allegados, y se transforman súbito en Diputados *de oficio*.

EL DIPUTADO CABO DE ESCUADRA.

De una chispa brota un incendio, como á veces una leve nube produce formidable borrasca: del reparto de papeles, hecho por el *autor* de una compañía cómica, depende á menudo el buen éxito de un drama: influye de una manera notable en las *bolsas* de comercio y hasta en los salones de la *diplomacia* la

diligencia de un correo-gabinete: por la hábil combinacion de números proporciona acaso un simple amanuense pingüe ganancia á su principal en varias empresas mercantiles: en la vasta redondez del mundo hace mas uno que habla, que ciento si permanecen silenciosos: con frecuencia el arrojo de un cabo de cazadores, peleando en una guerrilla, permite espacio al general en jefe, para disponer sus tropas en columna cerrada, y tomar á la bayoneta montañas de peña viva. Porrazones análogas un Diputado de la última jerarquía parlamentaria, logra ejercer no escasa influencia en el Congreso en ciertos dias y en determinadas ocasiones. No existe identidad ni aun semejanza en las cualidades que pueden constituir un escelente Diputado con *galones*. Como revele mediana disposicion para la intriga de órden secundario, para el manejo interior de dos ó tres decurias, y se dé maña para hacer que produzca efecto en una conversacion familiar tal ó cual especie vertida al acaso y sea un regular estractista, es digno de la confianza de sus jefes y prepara con su venia el giro de los debates; combina las votaciones, toma apuntes de cuantos espedientes quedan sobre la mesa, y señala á cada uno su puesto poco antes del choque, escaramuza ó batalla: fuera del Congreso podria encargarse de la *gacetilla ó crónica de la capital* de un periódico moderado ó progresista, y desempeñaria con acierto el destino de relator de una audiencia De uso, si no tan comun, mas provechoso, es la *individualidad* del que descuella entre todos por la robustez de sus pulmones, no bastando á cubrir su poderoso acento en bancos ni tribunas, aplausos ó murmullos: á esta circunstancia debe reunir la de un carácter *naturalote* y el prurito de decir *verdades como obuses* y de *arrancar la máscara con que se disfraza la hipocresía* y de *llamar las cosas por sus verdaderos nombres*. Representa fielmente por lo áspero de su tono, y lo tosco de sus modales, á la ingenuidad en caricatura: descarga tajos y reveses á ciegas, seguro de no dar golpes en vago; y asi es que apenas obtiene la palabra todos le temen, amigos y adversarios; estos porque parte derecho al bulto, y aquellos porque su deseo de *cantar claro* puede serles nocivo, y una revelacion imprudente destruye los proyectos mejor combinados. No es frecuente que asi suceda, pues los *arranques oratorios* de su voz atronadora, vienen de improviso como plaga de langosta ó turbion de verano, y vibra siempre terrible ya para anunciar una *interpelacion furibunda*, ó para formular una *recriminacion fulminante* ó para denunciar un *abuso escandaloso*: de este modo siembra la agitacion en la asamblea, y cunde por calles y plazas, y suele terminar la crisis que promueve con la *caida del ministerio* ó *una declaracion de estado de sitio*. Un Diputado de esta especie valdria para barítono todo un tesoro; mas en breve dejaria vacante, pues los *berrinches* que toma no son para hacer los huesos viejos. Cada discurso le cuesta un par de sangrías, cada triunfo ministerial, en cuestiones que haya tomado parte, tres docenas de *sanguijuelas* y muere siempre de algun *sofoco ó ataque cerebral* en edad temprana. Entre los diputados *cabos de escuadra*, aquellos que sobresalen por su actividad y diligencia son los que desempeñan mas ímproba tarea; idas y venidas á la comision de *presupuestos* y á la de *cuentas* y al ministerio de la Gobernacion de la Península y al de Hacienda, y á la jefatura política, y á la cárcel de Corte, y á la

del Saladero y al Senado siempre buscando la pista á las contratas que se hacen á *cencerros tapados*, siempre á caza de *documentos* para echar la *zancadilla* á los ministros, siempre en pos de infelices, encerrados en calabozos por causas políticas, para convertir sus *cuitas* en armas de oposicion contra la arbitrariedad de los *mandarines*. Si se suscita de pronto en el congreso una cuestion ruidosa, y no se halla presente alguno de los paladines de su bando, se proporciona un coche, le busca y le encuentra: como el caso lo requiera sale otra vez del congreso y las noticias que esparce circulan en breve por la Puerta del Sol de boca en boca, y al punto se pueblan las galerías de espectadores: si la votacion se aproxima y es dudoso el resultado por hallarse equilibradas las fuerzas, acude con la velocidad del rayo á casa de los achacosos y enfermos, y les infunde mas aliento con sus pomposas frases que los doctores con sus cocimientos y unturas. Y á imitacion del cabo de escuadra que en horas de inminente riesgo conduce al aspillerado muro hasta los heridos; el Diputado, que por su presteza es digno de lucir sus *galones*, lleva al sitio del combate y presta apoyo á algunos de sus colegas que ni aun pueden sostenerse con muletas; asi habreis visto en horas críticas dentro del salon del congreso, rostros cadavéricos y figuras exánimes, deseando á fuer de patriotas conservar la vida hasta emitir su *voto*; pues asi como un herido de gravedad con mover la primera falanje del dedo índice aplicado al gatillo de un fusil puede ocasionar la muerte de un caudillo que dirija el cerco de una plaza, un Diputado próximo á exhalar su postrimer suspiro con un *si* ó un *no* que articule su cárdeno y trémulo labio, puede anonadar á un ministerio; tal es la naturaleza de los gobiernos representativos. Por si os ocurre clasificar de otro modo á estas diversas especies de *Diputados cabos de escuadra*, llamad al primero *Diputado anzuelo*, al segundo *Diputado bomba* y al tercero *Diputado ardilla*; resultando siempre que son hilos indispensables para entretejer como es debido la flexible red parlamentaria.

EL DIPUTADO COMANDANTE.

Sin haber oido silbar una bala sientan algunos plaza en la milicia hasta de coroneles: nada tiene de estraño que otros ingresen en las filas de los representantes del pueblo en la categoría de *comandantes*, por ser justo que varones de largos estudios y de acreditadas luces capitaneen en la asamblea á los que allí toman asiento, á consecuencia de haber jugado uno de los principales papeles de la última bullanga ó de no haber economizado los áridos de sus graneros, ni los líquidos de sus bodegas para atraerse mas número de comitentes.

De los distintos sucesos de una campaña podeis formar idea solo con tres clases de documentos, *ordenes del dia*, *arengas ó proclamas* y *partes oficiales*. Y aun la diversa índole de esta clase de escritos os dá la clave para conocer la diferencia que existe entre los caudillos de un parlamento, quienes maniobran comunmente por separado, y solo en fuerza de evoluciones complicadas y de *cambios de frente* consiguen unirse para una terrible acometida. Suponiendo que el debate parta

de una *proposicion ruidosa*, su lectura equivale al *toque de diana*, y el discurso con que la apoya uno de sus autores á *la órden del dia*. El diputado *comandante* que lo pronuncia y dá así la voz *de alarma* junta á la lógica del raciocinio la sutileza del ingenio; mezcla hábilmente el bálsamo del panegírico al veneno del sarcasmo, afecta sinceridad y franqueza mientras oculta sus miras á sus mas inmediatos parciales: se parece al manso arroyuelo que serpentea escondido entre flores, adivinándose el curso de sus ondas solo por el murmullo que producen al deslizarse sobre un lecho de verdura, y no torna á mostrarse sino convertido en espumoso torrrente. En continuo tira y afloja, acariciando maliciosamente al ministerio por cuya destruccion trabaja, casi merece el título de diputado *medias tintas*: si tiene corazon es un abismo insondable, su cabeza es un volcan, donde hierven las ideas como ardiente lava: de sus labios brotan dulces y melosas las frases mas dañinas y virulentas. Nadie podrá disputarle un cargo de esta especie á un hombre habituado al foro, desmenuzador analítico de períodos y oraciones, disertador enojoso hasta la médula de los huesos, y apto para ocupar dos ó tres sesiones con un discurso, si conviene ganar tiempo. Dada la señal de ataque es forzoso enardecer el corazon del soldado, fascinar su mente para que ame el peligro, dispertar su orgullo para que lidie con denuedo. No alcanzan tales milagros la dialéctica ni el raciocinio, la profundidad de ideas, ni la severidad de doctrinas, sino la aglomeracion de imágenes vivas, poéticas y palpitantes; y para espresarlas con buen éxito solo se requiere ser artífice de vocablos sonoros y significativos hasta para el vulgo; de esos vocablos que inflaman las pasiones é irritan el entusiasmo, sujetando la razon á las fogosas inspiraciones del momento sin consentirla espacio para rebelarse contra el espeso torbellino de palabras que la acomete y atropella. Para esto se pinta solo el Diputado *cohete ó exalacion parlamentaria*. Falta aun hacer el último esfuerzo: son las votaciones nominales en las asambleas lo que las cargas de caballería en las lides, y vienen en pos de la *voz de mando*, *del toque á degüello* y del *impetuoso galope*: suple por estas tres cosas el Diputado que reasume la cuestion punto por punto, amenizando su peroracion con agudos chistes y severas razones; porque su voz, á semejanza de un piano, vibra por todos los tonos segun la tecla que se pulse, y retumba bronca y horrenda como el rugido de los huracanes, ó suave y armoniosa como el susurro de la brisa entre los olmos del ameno valle. Suena por último lúgubre y funeraria como el tañido de la campana que dobla á muerto y á la vez bulliciosa y sarcástica como el rumor de la orgia, cuyos brindis y cantares alternan en la mansion de los hombres con la triste salmodia del oficio de difuntos; y es que el discurso del Diputado *clamoreo* toca á su término, y el compungido gabinete está de remate, y ni la uncion le alcanza en su agonía. Se dá luego el *parte oficial* de la batalla desde las poltronas ministeriales por los que acaban de sentarse en ellas: lleva la voz el presidente del Consejo, suele referir lo ocurrido y anunciar lo que se propone que ocurra, ó, mas claro, narra un suceso y formula un programa, columpiándose entre realidades é ilusiones, como si colocado en el istmo de Panamá viera crecer las olas del mar Pacífico y del Atlántico para sumergirle en su seno: y no se nos

acuse de haber traido á cuento esta comparacion como á remolque. Todo ministerio sirve en las córtes españolas de blanco á opuestos tiros disparados á quema-ropa sin recursos para libertarse de sucumbir entre dos fuegos, porque en vano resiste cual diamantina roca la furiosa arremetida de los parciales de sus antecesores, si no puede tapar la boca á todos los que contribuyeran en su encumbramiento, y unos y otros forman íntima alianza y estrecha liga contra el comun enemigo, arrojándose á la pelea en alas del resentimiento que les inspira haber sido desairados, ó del encono que nutren en sus pechos viéndose vencidos. Ni el diputado *medias-tintas*, ni el diputado *clamoreo* caen en el lazo de las *coaliciones* ó *engaños mutuos*, poderosas palancas para destruir lo que existe, débiles cimientos para edificar lo que existir debe. Astuto y sagaz el uno como *legítimo representante de la elocuencia forense*: cauto y previsor el otro como perfecto *símbolo de* la *elocuencia parlamentaria*, dejan en la estacada al diputado *cohete*, emblema de la *elocuencia tribunicia*, haciéndole víctima propiciatoria de sus encontradas ambiciones; porque blando de corazon no sabe ponerse en guardia contra amistosas porfías, y rociando con lágrimas la cartera de una secretaría del despacho, la admite solo con la idea de salvar la patria, sin que le aterren compromisos, ni le aturdan reveses, ni le anonaden escarmientos. De todos modos por mal que libre siempre le ha de quedar su grado de comandante y la remota esperanza de que cuando regrese á su provincia le saluden sus comitentes con flautas y violines, á no ser que se vuelvan las tornas y celebren su inesperado arribo coberteras y cencerros en monótona disonancia.

EL DIPUTADO GENERAL EN JEFE.

No admite duda: *reclutas*, *cabos de escuadra y comandantes* dan batallas y consiguen victorias sin acordarse de sus jefes: consiste en que henchidos de vanidad y de arrogancia ni prestan oido á la esperiencia de los años, ni ceden la palma á la supremacía del genio: rompen los vínculos de la disciplina y revueltos é insubordinados, se agitan en el recinto del santuario de las leyes; y si les falta talento les sobra arrojo, y en el último estremo ventilan la cuestion *al aire libre*. Vegetan en tanto como *de cuartel* sus naturales directores y maestros deplorando desaciertos que con su legítima intervencion habrian de evitarse. De poco vale colocar cañones en frente de un castillo para abrir brecha y facilitar el asalto cuando no se dirige bien la puntería y solo se consigue meter ruido gastando la pólvora en salvas: es inútil cavar una mina que haga saltar en pedazos los bastiones del muro, si de ello se apercibe el jefe sitiado y neutraliza el peligro que le amenaza. Por una razon análoga no se derriba á un gabinete con fogosos discursos, apóstrofes violentos y reticencias amenazadoras si la intencion no vá encubierta, y el golpe no sigue de cerca al amago. Apenas se advierte desemejanza entre un ejército disperso y una cuestion estraviada: un hombre de autoridad y prestigio que arenga á la fugitiva tropa, rehabilita á veces su fuerza y arranca la victoria al enemigo: un Diputado que trae la cuestion á su terreno y dá realce á las razones

en ella aducidas, reproduciéndolas en conjunto gana una votacion que podia contarse por perdida: otro diputado que secunde los planes de éste, hace casi imposible una derrota. Si hallareis alguno que sea lógico inflexible, original en sus argumentos, lacónico y contundente en la réplica, diestro y sesudo en el ataque, firme y tenaz en la resistencia, prudente y cauteloso en la retirada, no os pareis en si discurre mejor que habla ó habla mejor que pronuncia, y aclamadle general en jefe del parlamento. Colocad en la propia categoría á todo el que veais en un momento dado acallar con su acento cuantas prevenciones existan de antiguo contra su persona y la ambigüedad de su conducta, y granjearse como por encanto veneracion, respeto y alabanza, en vez de la indiferencia, el desprecio y la censura con que le abrumaran necias rivalidades de medianías. Ateniéndoos á estas condiciones poco me importa que os imagineis esos personajes á medida de vuestro deseo: sean si os place uno jóven y otro anciano; peine aquel poblados rizos y este blancos cabellos donde no se lo impida su calva; distínganse al primero por su desenfado!! por sus marrullerias el segundo, y ambos por su agudeza y por la facilidad de reducir á polvo solo con un epígrama á una reputacion naciente. No juzgueis por las apariencias para no trocar los frenos: acaso si contemplais á un jóven de gallarda apostura y advertis algo de marcialidad en sus modales no os acostumbreis á creer que nunca ha ejercido la honrosa profesion de las armas, así como á la vista de un viejo de color sonrosado, salud robusta y esterior apacible no os formais la idea de un veterano. A depender de nosotros la existencia real y efectiva de estos dos generales en jefe ya veriais al uno impávido é impasible luchar contra todos los elementos conjurados en su ruina, y al otro menospreciar los murmullos de las galerías hallándose á su alcance el modo de convertirlos de repente en aplausos unánimes, prolongados y estrepitosos. Os aficionárais de tal modo á estos entes ideales si fueran de carne y hueso que os pareceria viuda toda asamblea en que no figurasen, é intacta toda cuestion en que no se oyeran sus discursos. Resueltos nos hallamos á no hacer mas revelaciones: enemigos de la intriga y del dolo, nadie nos vá en zaga cuando la verdad exige nuestro culto; y aunque de buen grado nos engolfaríamos mas en este asunto, nos aconseja la razon que pongamos punto en boca, recordándonos el proverbio de que al buen callar le llaman Sancho, como al autor de estos mal urdidos renglones.

A. FERRER DEL RIO.

LA MARISABIDILLA.

Pues, señor, si al fin ha de ser, manos á la obra y pecho al agua. La cosa no es tan ¡nocente como al principio me parecia; al cabo hay que hablar mal del bello sexo, es decir, de una parte de él, buscar el lado por donde flaquean algunos de sus individuos, y sacarlo á plaza, para que ellos mismos se rian y avergüencen de su ridiculez. Si mal no me acuerdo, esta es la empresa que me han encomendado; y aunque el asunto es ameno, y lleva en sí cierta dósis de moralidad, y admite los preceptos de Aristóteles y Horacio, no me prometo yo los mejores resultados; en primer lugar por mi condicion esencialmente inofensiva, y en segundo por ser muy poco dado á este género travieso en que pudieran lucirse péñolas mejor cortadas. Con todo no seré yo el primero que dá en bufon por querer parecer chistoso; y luego que bueno es probar de todo; y ademas que donde menos se piensa salta la liebre, y últimamente nadie diga de esta agua no beberé.

Pues, señor, como iba diciendo, y si no lo iba diciendo, lo digo ahora, hay cosas que no están escritas; y como toda verdad enunciada así absolutamente

tiene visos de temeraria y puede hallar quien la contradiga, daré á esa proposicion un sentido mas concreto, y quedo seguro de que nadie me desmienta. Y sino ¿á que es verdad que en los *Españoles pintados por sí mismos* no se ha hablado hasta ahora esclusivamente de la *Marisabidilla*, siendo un *tipo* tan corriente, tan universal, tan vario y entretenido? Esto es tan cierto, que de lo contrario no hubiera yo podido tomarlo por asunto del presente artículo, porque en los *Españoles* no se admiten reproducciones, ni traducciones, ni refundiciones. ¡Loado sea Dios! y ¡ojalá que en otras partes se hiciera ó se hubiese hecho lo mismo, que no nos veríamos ahora tan estraviados de nuestra casa! De que entre los escritores que componen hasta la presente el largo catálogo de los Españoles, ninguno haya adoptado el susodicho tipo, cualquiera podrá convencerse sin gran trabajo: debo pues mostrarles mi reconocimiento porque me han dejado meter el cuezo en esta obra, y de consiguiente ganar, si honra no, por lo menos algun provecho.

El preámbulo, que no ha de llamarse exordio, es de los de *ab ovo*, lo conozco; pero con algo hemos de llenar el papel, y de algun modo entretener el largo camino que tenemos que andar; y á la verdad que bien hubiera podido el señor Editor acortar algo sus límites, que bastan y aun sobran para dejar rendido al mas brioso; aunque si bien se considera, el campo es fértil y da de sí para todo cuanto se quiera. Ea, pues: ánimo, lectores, que si de esta salgo bien, ya no hay cosa que me acobarde.

Lo primero que se me ocurre al tratar de la *Marisabidilla* es empezar por el principio, quiero decir, por la etimología de su nombre, procediendo sintéticamente, como diria con mucha oportunidad cualquiera de nuestros antiguos lógicos. Por fortuna el caso no es complicado, ni hay que darse de calabazadas para saber que de *María* y de *sabia*, ha resultado el nombre compuesto, y ademas diminutivo, á que toda esta jerigonza se refiere; pero lo que sí es muy singular que para componer cualquiera calificacion aplicable al sexo frágil, se haya de echar mano precisamente del nombre de María, lo cual parece peor cuando se quiere espresar una idea ridícula ó poco análoga á la natural dulzura que aquella voz lleva consigo. Decimos *Maritornes* y *Mariblanca*, *Marirabadilla* y *Marizápalos*, *Marimacho* y *Marimanta*, y nadie ha pensado en inventar aun palabras tan puras y eufónicas (adjetivo de nuevo cuño) como *Maridulce* ó *Marilinda*, *Marisol* ó *Maristela*. La cuestion pudiera enredarse mucho si tratásemos de profundizarla, porque hallaríamos combinada la susodicha espresion con otras muchas que pasan, no sé por qué razon, como primitivas. *Marido*, por ejemplo: ¿quién no conoce su latina alcurnia? ¿Quién no ve la série de contracciones que desfiguran su verdadero orígen en *Mariæ datus*, *Maridatus*, *Maritus*, que es como ha llegado hasta nuestros dias? ¿Luego marido quiere decir *dado á María*, esto es, á una María determinada? Sí, señor, exáctamente: ahí está probado hasta la evidencia. *Si non è vero, è ben trovato* dirá alguno.—Pues con el *ben trovato* me basta, amigo mio, que otros ni con esto aciertan, y andan por esos mundos pavoneándose que es un contento.

Sabido el nombre de la cosa, debemos pasar á definirla; y asi la *Marisabidilla* es una mujer, que guiada meramente por sus observaciones, ó formalmente entregada á las tareas del estudio, ha adquirido una instruccion mas ó menos estensa, y se cree con derecho á mezclarse en todas las cuestiones, y á ser oráculo, juez y árbitro en todas ellas. Los antiguos conocieron tambien individualidades de esta especie: Safo, amante de Faon, y Cleopatra, perdicion de Antonio, deberian citarse, á vivir hoy dia, por modelos perfectísimos del tipo que nos ocupa; por otra parte las Circes, las Musas y las Sibilas prueban el respeto y admiracion con que se miraba á las mujeres cultas; y sin embargo ninguna de ellas tendria las pretensiones que las *sabidillas* de nuestros tiempos, pues si alguna osaba, *verbi gratia*, entremeterse en asuntos de Estado, y penetrar por el laberinto de la política, era convertida en ninfa con el nombre de Egeria, por ejemplo, y se propagaba la voz de que era el númen inspirador de un rey, tal como el apacible Numa. Esto quiere decir que antiguamente tenian vedado las mujeres el camino de la política, y que si alguna, por exceso de audacia, venia á caer en él, era considerada como un sér fantástico, medio pez y medio bípedo, como solian serlo las ninfas, habitadoras de las aguas y de las selvas.

En efecto, la *Marisabidilla* de nuestra edad es ente muy superior á la idea que de él puede formarse. Participa de las dos naturalezas, corpórea y espiritual; de la una por sus encantos físicos, que necesariamente ha de tener algunos, aunque sean pretéritos, y de la otra por la brillante luz que ilumina su entendimiento. Con todo, no se parece á los restantes individuos de su especie sino en la forma, que para el caso es nada; en su método de vida, en sus aficiones, ademanes y coloquios, difiere tanto de todos ellos, que parece llovida de las nubes, segun la transfiguracion que representa. Sus facultades ó mas de esto han recibido del Criador un desarrollo verdaderamente prodigioso: si habla, su conversacion es interminable, pues nada puede compararse á la ductilidad que adquieren sus palabras con la especial estructura de su lengua; si escribe ¿no se semeja su espansion á la incesante y fecunda lluvia de otoño, para valernos de un símil digno de su delicado ingenio?

Hasta aquí vamos considerando el tipo en general y deduciendo su carácter de las propiedades tambien genéricas que en él se advierten; otras muchas omitimos en gracia de la brevedad, y atendiendo á que no es este nuestro verdadero objeto. Dios, que imprimió signos tan varios en todas sus criaturas, no podia menos de establecer diferencias muy marcadas en la raza *Marisabidilla*; el talento humano ha encontrado en ella un género precioso, independiente bajo cierto aspecto del *animal bipes et implume* que se creia Platon; dividiendo este género en especies, resulta un nuevo viviente que ni alcanzó los tiempos de Demócrito y Plinio, ni analizó Buffon, ni descubrió Cuvier, ni halló jamás nuestro famoso Hernandez en sus investigaciones ultramarinas. Yo no me precio de naturalista, y sin embargo pudiera designar lo menos veinte y cuatro especies enteramente diversas; mas como quiera que tan difusa clasificacion pareceria á muchos sobrado sutil y complicada, me contentaré con aglomerarlas y

distribuirlas todas en dos grandes grupos, al modo que tomando por distintivo el color, se efectuaria con la raza humana. Queda, pues, dividido nuestro tipo en otros dos subalternos; primero el de la *Marisabidilla vulgar*, segundo el de la *Marisabidilla culta*.

La *vulgar* nació casi entre la hez del pueblo, de donde su desenfado natural, sus tendencias democráticas, su espíritu escuderil y enérgico. Engendróla un sacristan ó un maestro de escuela, que en muchas partes vienen á ser lo mismo, un alguacil ó muñidor de cofradia, que no se distinguen tampoco en otras; y como gente toda esta aguda y decidora, si bien honrada y cabal, que esto nadie se atreverá á negarlo, de cualquiera de ellos que recibiera el sér nuestra heroina, debia ser un lince en la penetracion, un loro en la espedicion del habla, un momo en el gracejo, y en el espíritu de observacion, un Argos. Creció como crecen todas; pero á los pocos años dió ya visibles muestras de su natural despejo; sus padres que observaron tan bellas disposiciones, se propusieron hacer los posibles sacrificios para que la muchacha saliese tan aventajada como prometia; enviáronla á la maestra, pero no descubrió la mayor aficion á las labores propias de su sexo. Esto comenzó á afligirlos, mas habiéndola metido en la cartilla y espoleádola en el caton, quedaron asombrados de sus progresos: desde entonces la dedicaron á la lectura, porque la escritura la entraba menos: el *Amigo de los niños*; las *Lecciones escogidas*; los *Ejemplos morales*; el *Fleuri*, todo lo devoró con avidez estraordinaria. Deshojó el *Flos Sanctorum* á fuerza de hojearlo tanto; se engolfó en las sublimes máximas del *Bertoldo*; en la historia de los *Doce Pares*, en las *Tertulias de la Aldea* y otra infinidad de obras; y quedó en breve tiempo hecha una enciclopedia ambulante de vidas de santos, de aventuras de caballería, de sucesos raros, de remedios y secretos mas raros todavía; en una palabra, creyeron sus padres que Dios destinaba aquel portento para la iglesia.

Lo que era el esterior de su figura la recomendaba poquísimo para el mundo: tenia el cuerpo bajo y rechoncho; la cabeza pequeña tambien, pero sin gracia; las facciones menudas y toscas; el color arrebatado; el cútis áspero y escamoso; el talle era tan ancho, que al pronto parecia el horizonte de aquella esfera: en fin la naturaleza no le habia concedido mas perfecciones que las intrínsecas. Por otra parte se cuidaba muy poco del aliño de su persona; y bien fuese presagio de su futura suerte, ó congénito desvío, odiaba el trato con los hombres, y solo apetecia la sociedad de sus iguales y de su sexo. Divertianla muy poco los juegos de la mocedad, y cuando se juntaba con muchachas de su tiempo, se revestia de autoridad, las mandaba sentarse á su alrededor, y tomando la palabra, referia mil cuentos, historias y especies que tenia almacenadas en su cabeza.

Asi vivió hasta la edad nubil. Dicho se está que aspiraba á la palma de las vírgenes, que á ser otra, hubiera podido costarle la del martirio, porque á los veinte años quedó huérfana la desdichada; su padre habia muerto de una picadura venenosa yendo á buscar camisas de culebra; su madre espiró del sentimiento, que no era caso para menos. Recogióla un hermano mayor que habia

sido soldado, y á la sazon fiel de fechos del ayuntamiento de su pueblo; y aquí comienza el seguudo período de la vida de nuestra doncella.

Con cierta táctica de lenguaje, que por acá llamamos lábia, y su continua presencia en todas partes, iba haciéndose la indispensable en la vecindad, el fuelle de todas las cocinas y el gato de todas las ratoneras. Apenas amanecia Dios tomaba el trote hácia la iglesia, oia la misa de alba, y solia entrar frecuentemente en la sacristía, una vez para advertir al monacillo de que se corria una vela, otra para recordar al sacristan que en la próxima semana habia dos dias de vigilia y era el cumpleaños del ama del señor cura. El afan por saberlo todo la llevaba despues á la plaza, donde averiguaba lo que cada cual comia, los sucesos de la víspera, los planes para el dia siguente; y de todo daba cuenta, primero en su casa, y despues en todas las de la circunferencia: era una gaceta viva con su parte oficial, sus noticias estranjeras, sus artículos de fondo á veces; periódico gratuito, puntual, inalterable en sus doctrinas, libre de todo temor y restriccion: asi es que contaba con infinito número de suscritores.

Llamó Dios á su hermano á mejor vida, cansado sin duda de sus fechorías, y hallándose la pobre huérfana en edad muy buena todavía, tuvo la suerte de entrar á servir á un señor mayor, mayorazgo de aquel pueblo, que habia estudiado latin en sus mocedades con un beneficiado del mismo, y que estaba tan pagado de sus bienes como de su ciencia, no obstante que ni en uno ni en otro concepto tuviese mucho que agradecer á la fortuna. A la sombra de tan respetable autoridad, subió infinitivamente de punto el crédito de la doncella; de él aprendió cosas ignoradas hasta entonces; supo como habia habido un pagano llamado *Ciceron*, hombre de gran talento; otro nombrado *Ovidio*, tan dado á las muchachas, que por buena providencia tuvieron que desterrarle. Oyó decir al amo que el gato en latin se decia *felis* y el perro *canis*, y desde aquel dia llamaba *Cádiz* á este y al gato *Félix*. Era cosa de oir las conversaciones que tenia con el buen señor.—¿Sabe Vd. lo que pienso? le decia, que en tiempos de aquel *Ovillo* de que Vd. me ha hablado habia mucha delicadeza entre las gentes. ¿Desterrar á un hombre por su aficion á las mujeres? ¡Pues ahí es nadal ¿Y eso hacian los paganos? Pues si ahora que hay tanta cristiandad fueran á hacer lo mismo, se quedaba el pueblo sin mas hombres que Vd., que es la misma moderacion y la estampa de la virtud.—Esto prueba que si la hermana del fiel de fechos no sabia gramática latina, por lo menos en la parda era un Nebrija. Otras veces iba diciendo por el lugar que el señor cura habia pronunciado una plática digna de Ciceron; que en su casa se disfrutaba de una paz *otaviana*; que el frio iba apretando tanto que al *angelus Dómini* no se podia ya andar por la calle; que á fulano le habian administrado el *óleo;* con otras cosas de este jaez que dejaban atónitos á los jóvenes, pasmados á los viejos, llenas de envidia á las mujeres, y á todos colgados de la lengua que tan admirables sentencias proferia.

El tiempo que todo lo precipita, precipitó á nuestra matrona en los cuarenta abriles, hasta cuya época, propiamente hablando, no le conviene el título de *Marisabidilla*, porque entonces es cuando llega al apogeo, digámoslo así, al *non plus*

ultra de su erudicion; los avisos de la esperiencia, los ejemplos y desengaños del mundo han madurado su juicio completamente, y dado mayor profundidad y estension á sus conocimientos. Hasta ahora ha sido una observadora superficial, un ingenio frívolo, una planta poco menos que inútil en el vasto jardin de la naturaleza; en adelante el árbol dará ya fruto, el ingenio se hará prosélitos, la observacion triunfará de las preocupaciones escritas, que son las mas ridículas y nocivas. Comprende entonces todo el mérito de su destino; enjuga las lágrimas que le habia arrancado la contemplacion de su estéril integridad, y esperimenta en todo su sér un cambio tan visible como repentino.

Una feliz coincidencia contribuyó doblemente á esta estraña metamorfosis. Perdió á su buen amo; y cuando iba á verse nuevamente aislada y en la mas congojosa incertidumbre, la favoreció la Providencia disponiendo de los dias del ama del señor cura, cuya elocuencia habia ella comparado mas de una vez á la del orador romano. El párroco quiso pagar sus panegíricos poniéndola al frente de su casa y de su peculio. Item mas: obtuvo á poco tiempo una rectoría en la córte, y resolvió llevar consigo á la novel ama, previo por supuesto su beneplácito. Un sueño le parecia á ella su instalacion en Madrid, mas lo vió realizado al punto como si hubiese sido sueño de avaro. Héla pues en otra escena mas espaciosa y bella, y digna de sus afanes. Envocóse en la córte con familiaridad de indígena; nada la sorprendió de un espectáculo que jamás habia visto; todo lo encontró como se lo habia figurado, como si ella lo hubiese dispuesto de aquel modo; los grados que median entre un pueblo de provincia y una córte, quedaron fácilmente reducidos en la escala de su inteligencia.

Al cabo de algunos años el ama del señor rector contrajo infinidad de relaciones con toda clase de gentes. Hízose la favorita de cien tertulias, el alma de las conversaciones, la madrina mas universal de bodas y bateos; pero lo mas singular era que ninguno de estos compromisos le acarreaba desembolso alguno, antes sacaba de todos ellos agasajos y memorias, porque novios y paridas, maridos y suegros habian recibido de ella consejos y ofrecimientos, confianzas y favores, y todos se apresuraban á cederle no los gastos, sino los honores y presidencia de cualquiera fiesta. Preciso es confesar que en esto influia mucho su colosal fortuna; mas tambien tenia que agradecérselo á su talento, y á la maña con que sabia encaminar su brújula al norte de cualquier designio.

La edad no ha podido entorpecer la sutileza de tan raro instinto, sino comunicar á su figura un aire particular que la da á conocer al primer golpe de vista. El cuerpo antes cilíndrico y fornido, se prolonga ahora descarnado y largo; el rostro seco y con mil arrugas, visto de perfil es una media luna perfecta. Los ojos conservan sin embargo su antigua animacion; la voz su sonoridad, aunque mas gangosa y atiplada; sus movimientos son descompasados y frecuentes; cuando anda parece deslizarse: finalmente va vestida siempre de negro con jubon y basquiña, y al que le habla de modas contesta que como se han inventado para distinguirse, ella con ir de esta suerte se diferencia de todo

el mundo. Otras veces añade que los monumentos antiguos tienen en todo tiempo mas valor que los recientes.

No es posible andar por Madrid dos horas sin encontrarla siquiera otras tantas veces. Los cuidados de la casa la ocupan poco, porque nos hemos olvidado de decir que ha perdido á su amo y bienhechor, el cual dejándola heredera de todo cuanto poseia, ha asegurado su bienestar futuro, y ella no tiene que cuidarse mas que de la conservacion de su salud. Una parte de la mañana la consagra á Dios; el resto y la tarde toda á recorrer las casas de sus conocidos, quedándose á comer por lo comun donde la coge la hora, como ella dice; al anochecer vuelve á su casa, y un rato en el cuarto bajo, otro en el principal ó en el segundo, y asi sucesivamente, la noche se le va en un soplo. En todas partes presta algun auxilio, en todas alguna advertencia saludable. Da remedio en todos los achaques, solucion á cualquiera duda y fin á cualquier conflicto. Tiene medicamentos peregrinos para toda clase de males: libra á los niños de las molestias de la denticion untándoles las encias con sangre de gorriones; cura la quebradura aun á los adultos, degollando un lagarto sobre la parte dolorida; con el huevo de una gallina negra corrige el vicio del estrabismo; su mano goza de úna virtud especial para dar fricciones; bástale una cruz de retama macho para ahuyentar la erisipela; en suma, no hay doctor que pueda competir con ella, ni sistema anatómico llevado á mayor perfeccion que el suyo, ni fisiología mas natural, ni terapéutica mas infalible.

Pues ¿qué diremos de los secretos quimicos que posee, de sus maravillosos conocimientos astronómicos, de su erudicion histórica y política, de su admirable criterio, de la interpretacion que dá á las máximas morales y religiosas, y de los comentos, versiones y análisis que hace de los pasajes mas oscuros de los santos padres? Sus estupendas doctrinas deben escucharse con el mayor silencio, por temor de no exasperar la biliosa *susceptibilidad* de su carácter; tomaria las objeciones como desprecios, las preguntas como burlas, y como el mayor insulto la observacion mas sencilla que se intentare hacerle. Sin embargo, no por esto se crea que descubre en su semblante ni en sus palabras el menor indicio de esta propension; siempre lleva en los labios la risa y la afabilidad; su conversacion siempre es chistosa, franca, amena, como de una persona de mundo que vive penetrada de su esperiencia, talento y superioridad. Solo un defecto se advierte en ella que oscurece este sinnúmero de perfecciones: cree en hechizos y transformaciones, en brujas, duendes y demas espíritus malignos; mas esto será quizá efecto de una revelacion intuitiva, ó lo que es mas cierto, del conocimiento, de la conciencia, como ahora se dice, de sí propia; porque seguramente ¿quién al verla podrá dudar de la existencia de tales trasgos?

Hé aquí la *Marisabidilla vulgar*, á cuyo retrato hubiéramos querido trasladar la energía, espresion y gracia que el original conserva: si con el siguiente no somos mas felices, lluevan sobre nosotros censuras y reprobaciones, que bien merecidas las tenemos; pero no, no serán tan inhumanos nuestros lectores;

vamos á tomar otro pincel mas delicado, y quizá lograremos representar una figura en todos conceptos interesante.

No necesitamos para ello pedir luces al alba, ni pálidos destellos á la luna, ni tintas á las flores, ni á la primavera la copia de sus encantos: nuestra *culta Marisabidilla* los posee todos, y crea otros nuevos y desconocidos con la mágia de su poder irresistible, dado que habita en un mundo fantástico, pero tan bello, que no hay Eliseos, ni Paraiso, ni Eden que se le parezca. En él reune y perpetua los atributos y tesoros de todas las estaciones: entre los hielos del invierno contempla á mayo con toda su *pompa vegetativa*; los rayos del sol de estío, pierden para ella su fuerza entre los húmedos vapores de las lluvias del otoño; cubre sus virginales atractivos ora con las pieles del septentrion, ora con las sedas y gasas del mediodía; remóntase unas veces en alas de la tormenta, y otras goza sobre un mullido césped los halagos del céfiro lascivo; tan pronto escucha aterrada el estrépito de un torrente, como sigue complacida el curso de un arroyuelo. Brama el Averno á sus pies, y si por acaso alza los ojos, vé abiertas de par en par las *diamantinas* puertas de los cielos. Allá se lanzaria llevada de su inspiracion y meciéndose en los aires como una sílfide, si no hubiese una selva que la codicia por su *Driada*, una fuente que la quiere por su *Náyade*, y un celebérrimo mar que la llama su *Nereida*.

—¡Bravo! ¡bravo!—esclamarán algunos;—eso á lo menos se escucha con agrado.—Pues vean Vds. la variedad de gustos; ya estaba yo arrepentido de pintar á mi *culta* por este lado; mas por Cristo que lo he de dejar así, que si esto agrada, bueno ha de ser por fuerza, digan otros lo que quisieren. Vayan unas pinceladitas por otro estilo, y ruede la bola, que lo que sobra es campo.

Señores, la *Marisabidilla culta* no puede en modo alguno confundirse con la *Marisabidilla vulgar*. Esta lo debe todo á la naturaleza, nada al arte; en aquella mitad es arte y mitad naturaleza. La *vulgar* comienza á ser cuando deja de exístir la *culta*: esta recibe en su juventud una organizacion completa, un perfecto desarrollo; aquella en semejante edad es todavía un embrion informe, grosero é improductivo: en la una es muerte lo que en la otra es vida: el destino ofrece á la primera sepulcro cuando á la segunda cuna. La misma ley preside á sus gerarquias, la misma retropulsion se efectua en sus relaciones: mientras la una se ahoga en el fango de la degradacion, respira la otra el aura del bienestar; la suerte avara con la una se muestra espléndida con la otra; son respectivamente el ruiseñor y el pelícano de su especie, el efímero insecto que deja de existir cuando es inútil, y la crisálida que en su transformacion renace á una nueva vida. Si hallais al paso á la una, direis «esta es la hija de la esperiencia;» si observais atentamente á la otra conocereis que es el aborto del genio; y por esto la una perece en flor, y la otra prolonga su existencia decrépita y carcomida. Tenemos pues un problema que analizar, un problema que resolver; su solucion envuelve una verdad amarga pero constante, terrible pero evidente: la muerte en la juventud, la vida en la ancianidad.....

Y esto ¿qué tal? ¿no es brillante? A poco que uno se distraiga, se pierde en

el confuso laberinto de tan intrincada filosofía; con todo, no faltará quien diga que ese es el idioma de la razon y el lenguaje del sentimiento. *¡Tripas de Barrabás* y *ombligo del papa*! como dice un sabio que yo conozco: si eso es hablar con razon ¿cómo hablaráu los que no la tengan?

Ello es que traducido al español vulgar el largo párrafo que antecede, resulta la vulgaridad de decir en cuatro palabras que así como la *Marisabidilla* de que hemos tratado no adquiere esta calificacion hasta los cuarenta y pico, la culta á los veinte abriles puede ser ya un asombro de erudicion y genio. La razon es muy sencilla: iniciada desde muy temprano por sus padres en estudios poco comunes á su sexo, adquirió la viveza de comprension y el amor á las ocupaciones literarias que han formado la primera necesidad de su existencia. Dada incesantemente á la lectura de autores antiguos y modernos, ha sentido en su interior el gérmen de las mas sublimes concepciones, ha obedecido á la voz del genio que le señalaba el asiento de la inmortalidad, y aspira á ser digna rival de los hombres mas eminentes que brillan en una y otra nacion, así en los pasados, como en el presente siglo. Tendráse esta empresa por demasiado árdua para el espíritu de una mujer, á quien las consideraciones sociales por una parte, y por otra su propia debilidad oponen estorbos multiplicados; mas ella lo ve de diverso modo; sienta por base la emancipacion del bello sexo, y erige un sistema que algunos proscriben como ridículo é irrealizable, y que á su modo de ver daria complemento á la perfeccion de la especie humana. Absorta en estas reflexiones, ve desplegarse ante sus ojos un cuadro inmenso y magnífico; aquí la ciencia con sus eternos principios y sus benéficas aplicaciones; allí el vasto campo de la literatura, donde crecen para no marchitarse nunca los laureles de las artes. Ansiosa por distinguirse en uno ú otro concepto, en el de científica ó literata, investiga cuál de entrambas denominaciones se acomoda mejor á sus conocimientos, inclinaciones y carácter; y despues de un maduro exámen, despues de apreciar en toda su estension las ventajas é inconvenientes que se le ofrecen, forma la heróica resolucion de hacerse *literata*, pulsar la lira de los poetas, y oscurecer la gloria que han conseguido recientemente en su patria talentos privilegiados.

Todo dá indicios en ella de la superioridad de su destino; el talle esbelto y agraciado; el andar desembarazado y grave; el rostro, de finísima tez, melancólico, pero apacible; las facciones ni por estremo hermosas, ni tan faltas de perfeccion que desdigan del conjunto de su belleza. La armonía de su voz parece sobre natural; la afluencia y esmero de sus palabras muestra bien claramente el afan empleado en cultivar su espíritu. Su elegancia en el vestir no siempre obedece al capricho tiránico de la moda, sino que por lo comun se anticipa á ella, ostentando ya en la forma, ya en el adorno y accesorios de sus trajes cierta novedad, que prueba cuando menos su delicado gusto. Finalmente no es posible verla, contemplarla, sin esperimentar la turbacion que inspiran generalmente los atractivos de la hermosura; es de aquellas mujeres cuyo aspecto acalora la fantasía, conmueve el corazon, suscita deseos que pocos aciertan á

reprimir, y trae involuntariamente á la memoria estos afectuosos versos, imitacion feliz de otros no menos afortunados:

¡Dichoso aquel que junto á ti suspira,
que el dulce néctar de tu risa bebe,
que á demandarte compasion se atreve
y blandamente palpitar te mira!

La antítesis de que nos hemos valido para espresar la diversidad que se advierte entre una y otra *Marisabidilla* puede tambien hacerse estensiva á su método de vida y ocupaciones, pues al paso que en la *vulgar* es todo actividad y husmo y correteo, la *culta* vive en el mayor reposo, y se cuida muy poco de los demas, y permanece la mayor parte del tiempo encerrada en su retiro. Escusado es añadir que trae la vida mas atareada que puede darse; mas no por esto se crea que está incesantemente tirando de la hebra, ó hilando el copo, ó creciendo y menguando en la calceta; semejantes ocupaciones son indignas de su clase, y mas indignas aun de su educacion y de sus hábitos. Tiene ciertas horas destinadas á la lectura, que por lo comun son las de la mañana, en que perturbada la imaginacion con los vapores del sueño, no acertaria á encontrar un plan, un concepto, una imágen correspondiente á la sublimidad de cierta composicion que la trae confusa y enajenada.

Su biblioteca no es muy numerosa, pero sí selecta. En ella figuran en primer término, bellamente encuadernadas, las novelas de *Jorje Sand*, á quien la participacion de sexo le hace mirar, y no es estraño, con cierta especie de idolatría. Siguen despues *Eugenio Sue*, *Balzac*, *Paul de Kock*, *Walter Scott*, *Alejandro Dumas*, las obras de *Victor Hugo*, las de *Lamartine*, algunas de *Chateaubriand*, las de *Lord Byron* traducidas al francés, y otras varias de autores de por allá, unos modernos y otros contemporáneos; nada de *Corneille*, ni de *Racine*, ni de *Moliére*, ni de *la Harpe*, y mucho menos de *Boileau*, *Delille* y demas poetas líricos á quienes solo ha dado fama, segun dice ella, la época en que vivieron. El nsulso *Fenelon* acabó cuando niña con su paciencia; *Masillon*, *Marmontel*, *Bourdaloue*, *Saint-Pierre*, *Barthelemy*, *Pascal*, la *Bruyere*, y todos los demas prosistas llamados clásicos en otro tiempo, de poco sirven hoy dia, porque ni sienten lo que escriben, ni saben escribir para la generacion presente. De *Rousseau* solo conserva la *Julia*, y de *Voltaire* las composiciones dramáticas: al lado de las piezas de *Scribe* tiene los tremebundos dramas de *Bouchardy*, los de Casimiro *Delavigne*, el *Fausto* de *Göethe* y el *Don Cárlos* de *Schiller*, en francés, con otras producciones sueltas que están dando allí testimonio de su buen criterio En punto á nuestras obras es algo mas tolerante, pues no solo ha conseguido reunir cuantas han dado á luz en la postrera década nuestros poetas líricos y dramáticos, sino que guarda con estimacion el *Quijote* y las *novelas de Cervantes*, una preciosa coleccion del *teatro antiguo*, y la de *poesías selectas* publicada por *Quintana*. La delicadeza de su gusto no le permite transigir con la mayor parte de

los escritores antiguos en quienes no reconoce títulos suficientes para los aplausos que se les prodigan. De *Quevedo*, por ejemplo, dice que brillaria mucho mas si no fuese tan vulgar y desaliñado, y no hubiese dado en el necio empeño de escribir casi siempre chocarrerías; los historiadores españoles carecen de genio y filosofía; los publicistas son pedantes, los escritores sagrados hipócritas y misioneros, esceptuando únicamente á *Santa Teresa*, sin duda, aquí para entre nosotros, por lo que tenia de comun con Eva.

Con semejantes recursos fácil es comprender á qué género de trabajos se dedica principalmente. No pretende, segun queda ya insinuado, como la *marquesa de Chatelet*, comentará Leibinitz y Newton, ú ocuparse en escribir instituciones físicas; ni como *madama de Stäel* examinar profundamente el estado de cultura de la Alemania; ni aspira como nuestra célebre compatriota *doña María Isidora Guzman y la Cerda*, hija de los condes de Oñate, á la borla de doctora en filosofía ni al honor de académica de la Historia; ni como *Ana le Fevre* se propone traducir é ilustrar á Floro, Terencio y Homero; su ambicion halla caminos mas espeditos, y sus ilusiones se concentran en el brillante foco de la poesía, pero apartándose de los escollos que ofrece la escuela antigua, desechando sus rancias formas, y adoptando las modernas, como mas varias y armoniosas, é intérpretes mas veraces de la filosofía y el pensamiento. No se busque pues en el índice de cantos con que bajo el significativo nombre de *Impresiones de la Aurora* va á llamar la atencion del público, ninguna oda pindárica, ni elegías, ni sátiras intermitentes, que así las llama ella aludiendo á los tercetos en que solian escribirse, ni epístolas ó composiciones didácticas sobre materia alguna, y mucho menos fragmentos épicos, escenas trágicas, églogas, epígramas y las demas especies de moldes á que acomodaban los antiguos la libre inspiracion del genio. ¿Qué título pues da á sus producciones? Ninguno; pues al lector le importa un bledo que tal ó cual produccion se denomine como quiera; bástale, y le sobra, saber el argumento de que va á tratarse en ella; y si esto se hace con toda la novedad posible, hablándole siempre al alma, dando á la diccion cierto sabor mágico é inusitado; y variándole á menudo los metros para que no llegue á sentir fastidio, la composicion de seguro será escelente, y la poetisa alcanzará una fama universal y eterna. He aquí el principio de una de sus poesías que lleva por título, epígrafe, cabeza ó como se llame, estas palabras: ¡*Pobre Sofía*! y siguen despues estas quintillas:

I.

¡Pobre Sofía, que ves
arraigada tu ilusion
junto á ese mudo ciprés,
del que tus brazos y pies
sustento y defensa son!

II.

Llora, infeliz, sin consuelo,

pues que asi lo quiere el cielo;
llora tu acerbo quebranto,
yo te acompaño en tu llanto,
y tomo parte en tu duelo.

III.

Cuando gozosa reias
conmigo en edad temprana,
tormento tal no sentias,
ni discrepancia temias
entre el ayer y el mañana.

IV.

¡Oh! ¡maldicion es el mundo!
¡Nuestra existencia maldita!
La muerte nos precipita
en el abismo profundo
que solo la nada habita!

En esta postrera quintilla ha apurado nuestra poetisa toda la energia de su corazon y todos los resortes armónicos de su oido. Veámosla remontarse con estro mas sublime, y admiremos la maestria con que describe una mañana tormentosa:

I.

El cielo es un caos de tétricas nubes;
la tierra se cubre de negro crespon.....
¿Será que de nuevo rebeldes querúbes
su cetro disputen al Dios de Sion?

Ya el rayo se fragua; relámpago ardiente
desciende hasta el suelo con presto fulgor.
El trueno retumba... ¡Piedad, Dios clemente!
¿Mis voces no escuchas? ¡Clemencia, Señor!

II.

Ya las aves
que perecen
no me ofrecen
su cantar.
¡Solo el trueno
parecido
al bramido
de la mar!
Ni del mundo

blanca aurora
la faz dora
con su luz.
Sobre el monte
triste ostenta
la tormenta
su capuz.
De sus galas
despojado
queda el prado.
—Vedme aquí!
Todo es luto
y amargura.
¡No hay ventura
para mí!

Despues de este sentido lamento consagra unas diez y seis octavas al restablecimiento de la calma y á las reconvenciones que dirige al Sér supremo, que es cosa de erizarse los cabellos por la valentía de su lenguaje en que seguramente sobrepuja al ánimo mas varonil. Luego traslada en redondillas los cánticos que entonan en el cielo los serafines; pide perdon á Dios en una cuarteta de versos pareados, y se despide de la creacion en un asombroso soneto, sin cola por supuesto, que esto de los sonetos caudatos fué una misérrima invencion de la pobre Italia; ademas de que bien mirado, toda su composicion es cola.

Por las muestras que anteceden podrá colegir el lector cuánto no debe esperarse de quien con tanta destreza sabe pulsar la cítara de Safo. No es de las *hembrilatinas* á quienes dedicó Quevedo su *Culta Latiniparla*, puesto que no usa de *palabras murciélagas* ni *razonamientos lechuzas*, como aquello de *sonar catarro luciente* por despavilar, *supinidades* por ignorancias, etc.; su lenguaje lleva el sello de la discrecion; no hay mas que decir sino que lo hace francés cuanto le es posible, y sabido es que nada malo puede venir de aquel predilecto clima. Por esto y para mostrar su esquisita erudicion, suele decir á veces cuando habla, *de buena hora*, *soy toda de Vd. tirar la cortina*, *vivir en Sardanápalo*, endormecerse, hacer vergüenza, y otras cosas que si escritas pudieran parecer afectadas, en la conversacion suponen un grande ingenio y son otros tantos destellos de la antorcha que la ilumina.

Con todo, á pesar de sus aventajadas dotes y de la gloria que le prometen cuantos tienen la dicha de tratarla, no se sacia ya su ambicion con tan frívolos aplausos; necesita otra esfera mas elevada y anchurosa para desplegar el vuelo. Los recientes lauros merecidos en la escena española por una de sus mas invencibles émulas con quien (de paso sea dicho) quisieran poder compararse muchos hombres, han turbado su sosiego, y dádole á entender cuánto dista todavía del verdadero punto adonde sus miras hubieran debido encaminarse

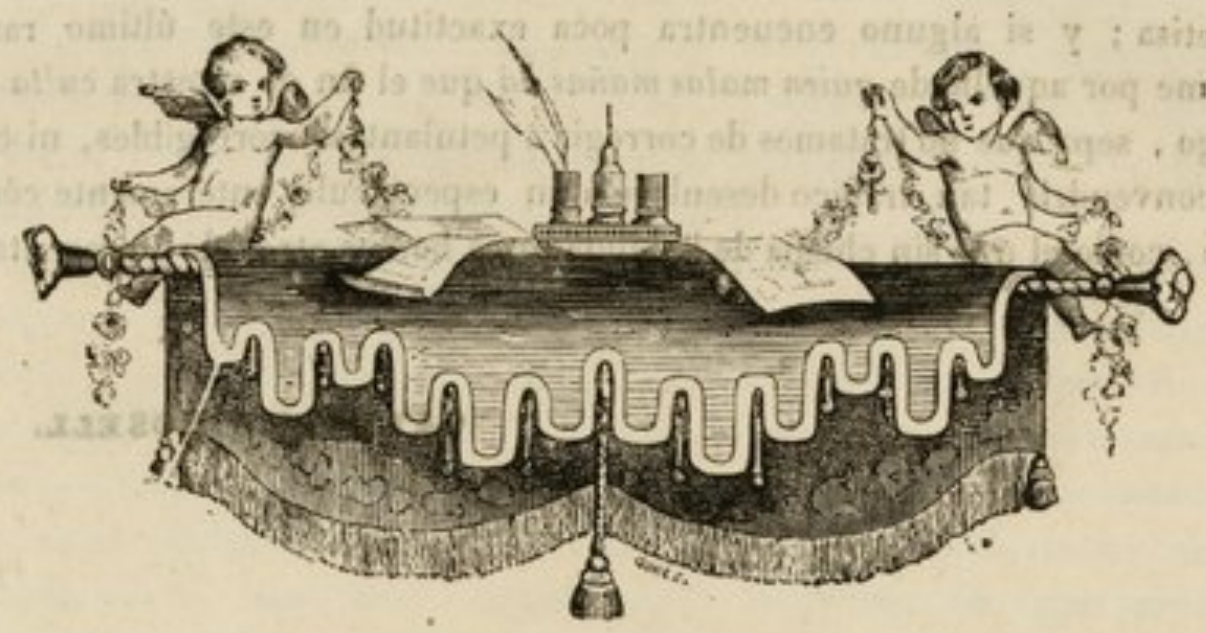
desde luego; aspira al noble coturno; y bullen ya en su mente infinidad de asuntos de la revolucion francesa, todos á cual mas dramáticos, espantosos y sangrientos todos. Dejémosla disponer su accion y desarrollarla con el tino que sabrá hacerlo, y aventuremos algunas conjeturas respecto á su futura suerte; para terminar deseando le sea próspera y duradera.

Con una organizacion tan delicada como la suya, en que el predominio nervioso ejerce los efectos mas destructores, ya esponiéndola á vértigos y convulsiones, ya á paroxismos poco menos que mortales (y es de advertir que solo estos accesos ocasionan la interrupcion de sus tareas con saber no mas que padece muy á menudo de síncopes é hipocondrías, debe suponerse dotada, y realmente es así, de una sensibilidad eléctrica. Por regla general, no hay mujer cuando habla de sí, que no se compare á la sensitiva; de aquí proviene indudablemente que todas, casi sin escepcion, viven enamoradas, cuál de un sugeto real y palpable, cuál de un Adonis presunto que se ha creado en su fantasía. Unicamente la *Marisabidilla vulgar* no está sujeta como hemos visto á semejantes debilidades; en la *culta* sucede lo contrario, si bien se inclina al segundo estremo, es decir, *al idealismo*: aquel cerebro henchido de imágenes grandiosas y acostumbrado á embellecer todos los objetos de la naturaleza, halla en el hombre un sér muy imperfecto para hacerle dueño de su albedrío. Tiene adoradores sin cuento, es verdad, y á todos admite, y á ninguno desaira; prerogativa del mérito, que es de suyo indulgente y bondadoso; mas no otorga preferencias, ni prodiga jamas favores, ni cede á la seduccion, ni se ablanda á la porfía. ¡Ay de aquel que la elija por su númen y queme una vez incienso en el ara de sus rigores! Si algo tiene que espiar en esta vida, á purgatorio bien cruel le ha condenado su triste suerte, porque ni tendrá fuerzas para proseguir su empresa, ni alientos para retroceder, ni paciencia para tolerar su angustia. En vano apelará á los ruegos, y mas en vano á las amenazas; el desvío será infructuoso é inútiles las promesas y las mercedes: en una palabra, su castigo será el de Tántalo en los infiernos.

Los años producen al cabo una mudanza notable en la vida y carácter de nuestra heroina. La perpetua tension, por decirlo así, en que están sus facultades intelectuales comienza á fatigarla, y acaba por último con su constancia. Vuelve entonces sus ojos al mundo, se pára á reflexionar delante de un espejo, y observa el estrago que con la edad, y con las vigilias principalmente, han esperimentado sus facciones. Por primera vez se le ocurre la idea terrible de su aislamiento y desamparo, y aunque con repugnancia, tartamudea el nombre de esposa, que poco á poco va dejando en sus oidos cadencia mas agradable. Seis meses despues pronuncia un solemne juramento que para siempre la liga á un hombre; y no pensamos indagar hasta qué punto se le hace este vínculo llevadero, y hasta qué grado irreflexiva su promesa, porque entonces se ha emancipado ya de nuestra jurisdiccion, dejando de ser *Marisabidilla*, y renunciando á todo lo que en otro tiempo formaba sus esperanzas y delicias. Los cuidados de madre la han hecho en efecto desistir de sus pretensiones de literata

y poetisa; y si alguno encuentra poca exactitud en este último rasgo, y presume por aquello de *quien malas mañas há* que el fin de nuestra *culta* es mas amargo, sepa que no tratamos de corregir á petulantes incorregibles, ni creemos que convendria tan trágico desenlace á un espectáculo enteramente cómico y risible, como el que sin chispa de habilidad nos hemos atrevido á presentarle.

CAYETANO ROSELL.



EL COVACHUELISTA.

En una época, como dicen, de transicion; cuando se realiza en nuestra sociedad un cambio, no solo de instituciones políticas, sino, lo que es consiguiente, de ciertas costumbres y hasta de ciertos caractéres mas ó menos enlazados con aquellas, es preciso, para que sea completo el cuadro que me propongo bosquejar, para que el retrato sea exactamente parecido, que tenga dos partes ó dos términos, ó que se refiera á dos épocas, aunque próximas, bien diversas, representándonos dos figuras, aunque algo semejantes en el fondo, bastante diferentes en los accidentes y accesorios. Esto es general en cuanto se refiere á nuestras costumbres políticas, no ya por la razon que acabamos de apuntar, sino tambien por el influjo poderoso de la moda, de esta tirana, que estiende su dominio á las opiniones, á las costumbres, á los caractéres y á todo. Por eso no hay ya nadie que no conozca que nuestros usos y costumbres políticas, que nuestros caractéres en esta misma esfera varian y degeneran de un modo pasmoso. ¿En qué se parece un togado de nuestros dias, magistrado de 25 años, á uno de aquellos graves pelucones que componian nuestras chancillerías y el Consejo de Castilla? ¿Dónde se encuentran ya

aquellos contadores capaces de poner reparos á cuentas ajustadas por el mismisimo demonio? ¿Dónde aquellos archiveros, que despues de haber tenido la singular vocacion de pasar 40 años entre el polvo y la monotonia de su oficiua, impávidos desde su silla daban razon circunstanciada hasta del apunte mas insignificante de aquella inmensidad de papeles?

Muchos caractéres han variado hasta tal punto, que han perdido el sello de originalidad que los distinguia, sin haber adquirido otro nuevo; porque el tiempo no ha permitido todavía que lo reciban de las ideas y hábitos especiales de cada profesion ó clase: han ido á perderse en el vasto mar de las costumbres generales de donde aparecerán un dia con su traje particular y propio. Otros, aunque bien pocos, conservan algo de lo antiguo combinado con algo de lo moderno, formando una mezcla, que aunque en sí sea singular y estraña, no por eso deja de ofrecer al observador las señales marcadas de su primitivo orígen, que por una parte el tiempo ha borrado ú oscurecido algun tanto, y que por otra están cubiertas con el barniz que le han dado las opiniones y otras circunstancias de la época revuelta que hemos alcanzado.

En este número entra nuestro *Covachuelista*, y por eso para darlo á conocer tendremos que describir, aunque ligeramente, lo que ha sido y lo que es; ó como hoy se escribe, su pasado y su presente: aquel fué su siglo de oro, en que todo era vida y dulzura; este es siglo de hierro, en que á todas horas amenaza, aunque no se sepa cuándo ni por dónde ha de venir, una cesantía sin sueldo, y en que solo se recibe una gran leccion moral, que consiste en conocer las vicisitudes de la fortuna y la vanidad de las cosas humanas. Estas dos épocas corresponden á las dos partes de que constará nuestro retrato; en cada una de ellas se representará el mismo sugeto bajo diversa forma, quedando siempre unos mismos el fondo y la sustancia, y las cualidades esenciales que lo constituyen.

Es tan marcada la diferencia, que dos épocas que se tocan han producido en un mismo carácter, que hasta el nombre ha variado; ya no se llama *Covachuelista*; ó *covachuelo* (esta última voz era demasiado vulgar y aun baja, y se usaba como invectiva de las manolas), sino oficial de secretaria ó del ministerio. Si algun crítico me censurase de no dar á mi artículo un título oficial y bastante genérico para abrazar ambas partes, le diré, que debo darlos á conocer bajo el mismo nombre con que el público los conocia, y con el cual los distinguia de cualquier otro oficial de cualquiera secretaría; que con este nombre adquirieron celebridad y eran la envidia de todos los pretendientes y empleados; y que la denominacion de *Covachuelista*, aunque parezca que ya no es de esta época, espresa y espresará siempre á un oficial de secretaría por escelencia, en su época de mayor boga y popularidad.

¿Quién podrá alzar una punta del velo que oculta los orígenes de las cosas en la mas remota antigüedad? Valiéndonos, á falta de datos auténticos, de conjeturas, diremos que deben ser contemporáneos de los espedientes, es decir, de la invencion del papel y de la tinta. En buen hora que los príncipes y los jefes de las repúblicas pudiesen comunicar órdenes por medio de caractéres trazados

en tabletas con un punzon; en buen hora que los fueros y privilegios, asi como los códices y libros antiguos, que aun se conservan en rollos de pergamino, supongan, respecto de los primeros, que en las cortes de los reyes, y cerca de sus secretarios, habria personas que escribiesen con correccion y esmero aquellos documentos diplomáticos; pero ni lo primero, ni mucho menos lo segundo acreditan otra cosa, sino que los encargados de aquellos trabajos debian ser con muy corta diferencia unos meros pendolistas. Las funciones del *Covachuelista* son muy diversas, y es preciso confesar que revelan un gran adelanto administrativo. Sin papel y tinta no podemos concebir un espediente instructivo, un espediente general, y lo que á eso es consiguiente, los estractos y las minutas, que son las obras mas delicadas del *Covachuelo*, despues de las notas, que es donde suelen, y donde dan á conocer toda su sindéresis. Sin el papel los trabajos de Cancillería habrian de ser muy limitados, y los negocios no darian lugar á los trámites y curso que hoy siguen, y en que están comprendidas las tareas de un oficial de secretaria, que consisten en la instruccion de espedientes en que se supone, por una ficcion de derecho, que debe recaer la resolucion superior del rey.

Si hemos de dar crédito á tradiciones antiguas, el cargo de que tratamos no era una elevada categoría, cuando nuestra corte andaba ambulante; pues entonces parece, segun voz vulgar, que nuestros *Covachuelistas* seguian á la corte á todas partes, y que al rededor del palacio, donde el rey residia, se colocaban en unos cajones de madera, á manera de los que usan hoy los memorialistas prácticos: de estos cajones ó *covachas* se cree que tomaron los que los ocupaban la denominacion con que encabezamos este artículo. En estos cajones ó covachas daban razon á los interesados de las solicitudes que habian presentado al rey, ó de los negocios que estaban pendientes; pues todavía no se conocian por aquel tiempo ni las audiencias ni el parte. Cada cual en su breve recinto, sin tener á los lados compañeros con quien hablar ó intrigar, se ocupaba desde bien temprano, despues de haber tajado su pluma, en escribir de su puño y letra las cartas-órdenes y demas que les hubiesen encomendado los diversos secretarios de Estado.

Pero dejando á un lado las investigaciones históricas, que no son el objeto principal de nuestro escrito, vengamos á trazar el retrato de nuestro héroe ideal en los tiempos de su mayor apogéo, en el feliz reinado del señor D. Cárlos IV.

¡Feliz el pretendiente, dichoso el litigante que al entrar por las puertas de esta coronada villa venia bien provisto de una buena carta de recomendacion para algun oficial de la covachuela! La sombra de su proteccion no se limitaba á Madrid, sino que se estendia á las provincias del reino; y en estas el que tenia un tio Covachuelista, ó se habia andado á la escuela con alguno de ellos, merecia consideracion y aun respeto; nadie se atrevia á tener ninguna contienda con él, porque se decia que *tenia brazos* en Madrid, y en cualquier negocio empeñado le era muy fácil que viniese á la chancillería ó á la intendencia una real orden á *raja tabla*, ú obtener *por alto* cualquier gracia de la corte. Sus amigos podian contar ya seguramente con un favorecedor constante, que cada vez podria serles de

mas valimiento: su familia entera tenia un apoyo poderoso y un instrumento de su fortuna. Si sus hermanos habian seguido la carrera de las leyes, mas tarde ó mas temprano obtenian togas, aunque fuese, si no podia ser en la Península, en Caracas ó en el Perú: si no habian seguido carrera ninguna, se les daba la mejor administracion de Salinas ó un buen destino en tabacos. Porque en primer lugar los secretarios del despacho en aquellos tiempos solian deferir al dictámen ó nota de la mesa, cuando se trataba de hacer alguna provision, y no estaban influidos por algun favorito ó criado de palacio. En segundo lugar, que generalmente merecian atenciones y deferencia de los mismos ministros, que no debia esperarse que los desairasen al hablarles en favor de una persona de su familia: y en tercer lugar, que las jornadas á los sitios reales, donde residia la corte la mayor parte del año, estrechaban forzosamente las relaciones entre el ministro y los Covachuelistas, tratándose con mas frecuencia é inmediacion, asistiendo juntos á las mesas de Estado, y llegando por estos medios, ademas de su capacidad y espedicion, á adquirir aquellos un verdadero favor con su jefe y demas prohombres y favoritos de la corte.

Ya se deja conocer que estas plazas habian de ser envidiables. Lo eran en efecto, y mucho: por eso estaban reservadas para personas de gran favor, ya en la casa grande, ya con los ministros, como hijo, sobrino, ó persona de su mayor obligacion y cariño. Con ellas fueron agraciados no pocos novios de camaristas, que las preferian, por no salir de Madrid, á una intendencia, ó que no siendo abogados, carecian de este requisito indespensable para vestir la toga. El favorito de entonces tambien premió con algunas de ellas el celo de varias damas de la servidumbre de su ilustre esposa, dándolas como en dote á los que á aquellas habian de dar la mano. Ningun mal habia en esto, y antes bien se hacia un matrimonio feliz. Entre muchos ejemplos se nos ocurre en este instante el del bueno de Calomarde, que segun fama muy estendida y autorizada, entró en la secretaría de Gracia y Justicia en calidad de novio y esposo futuro de la hija del médico del Príncipe de la Paz. Pero en obsequio de la justicia debemos decir que tanto por la proteccion de este personaje, hoy anciano venerable por las vicisitudes de su fortuna, cuanto por el favor de los ministros, obtuvieron estas plazas no pocas personas de distinguido mérito y de alta reputacion literaria. Muchas pudiéramos citar de justo renombre y fama, si no temiéramos alejarnos demasiado de nuestro principal propósito.

Las secretarías del Despacho se hallaban situadas entonces en el Palacio real; y tanto esta circunstancia, que no es pequeña, cuanto las muestras de atencion y respeto que recibian los Covachuelistas á su entrada y salida, daban á aquellas sombrías y lujosas habitaciones un aspecto imponente, que las hacia mirar como un recinto sagrado, á donde no le era dado penetrar al vulgo profano, y sí solo á un número muy corto de altos personajes, que contribuian á hacer mas envidiable aquel privilegio. Esta era una de las pocas preferencias que disfrutaban los secretarios honorarios del rey.

La entrada y salida en la secretaría, asi como las audiencias y el despacho

con el ministro, eran los actos mas lisonjeros para el amor propio de un Covachuelo, y en que mas ocasiones se le ofrecian de desplegar sus recursos naturales y su coquetería cortesana. Entraba de prisa, pero sin descomponerse y con dignidad. Como los porteros que se hallaban siempre en traje de ceremonia, corrian á abrir la mampara, las personas que ocupaban impacientes los bancos de la portería ó primera antesala, se levantaban tambien por un movimiento simpático, en que tenian parte el respeto y la cortesía. Si le salia al paso algun pretendiente, contestaba de prisa y sin poderse detener, y lo hacia casi por monosílabos: «bien, bien; está en curso: lo pondré al despacho; se hará lo que se pueda:» á esto se reducian sus razones; y el pretendiente se volvia tan tranquilo y descansado á su posada, con la confianza de que no habia perdido el viaje. Entre tanto la esposa de un comandante de inválidos se lamentaba desconsolada, porque despues de un poste de dos horas, y no conociendo por su fisonomía al oficial que tenia el espediente de su marido, formado por no sé qué trabacuentas con los fondos de la caja, se habia entrado, sin poder ya hablarle hasta la salida. Como entonces no se conocian los gabanes ni paletós, y era un dolor que se malograse un Covachuelista, hijo de un consejero de Castilla y sobrino de un obispo, tenian todos buen cuidado de no desembozarse al entrar ni quitarse el sombrero de tres picos, puesto de facha. Pero debemos confesar que esto no era mas que buen tono, pues cuando llegaba á hablarle alguna dama ó caballero, se desembozaba inmediatamente, y tenia el sombrero en la mano mientras le hablaba. Cortesía y buenas palabras no le faltaba: para esto á lo menos servia una carta de recomendacion.

De lo dicho podemos inferir, que en vista de las consideraciones y respetos que rodeaban al *Covachuelista*, en vista de la carrera brillante que se le abria, debe disculparse hasta cierto punto el engreimiento é hinchazon de muchos, el quijotismo de algunos, y el aire de superioridad y proteccion de no pocos. El oficial que entraba en la secretaría de la Guerra solia desdeñar las insignias militares por el uniforme de secretaría; y para dar á conocer que no era subalterno ni aun de un capitan general de ejército, no lo saludaba diciéndole: «mi general!» con muestras de respeto: sino «señor general» con buena dósis de llaneza y apretándole la mano como á un antiguo compañero. En ausencia era mayor la franqueza; y los mas altos personajes eran designados por solo el apellido, diciendo á algun pretendiente: «¿quiere Vd. una carta para Morla? Dé Vd. un recado mio á Urrutia:» á los grandes y títulos los nombraban por el título; Oreylli, Montemar, etc.

El interior de las secretarías estaba preparado con todo género de comodidades y aun adornado con lujo: mesas, papeleras y púlpitres de caoba, escribanías de plata; tirador de campanilla para atronar los oidos de un campanillazo; estufas y cuanto pudiera exigir el regalo y decoro de las personas; pero habia buen cuidado de que cada cual no tuviese mas que el taburete forrado de damasco que ocupaba; y de esta manera se recibia á todo el mundo en pie, y nadie por elevada que fuese su categoría usaba de la franqueza de tomar un asiento. Pero

nunca era mayor la fruicion del Covachuelo, que cuando en pres encia de sus amigos y de los pretendientes que le hacian la corte, decia con tono satisfecho: «Hoy he dado órden al Intendente de los cuatro reinos de Andalucía..... Por el correo de mañana echo una peluca al capitan general del Principado....»

Un antiguo consejero de Castilla, sugeto de mucha despreocupacion, me decia: «á los 33 años, y despues de haber sido catedrático de leyes en la universidad de Valencia, vine á Madrid, y entré en el cuerpo de Guardias de Corps, en donde esperaba con el apoyo de amigos poderosos tener salida para un destino que asegurase mi carrera y mi fortuna. No tan pronto como yo quisiera obtuve una plaza de oficial de la secretaria de Gracia y Justicia; y dejando la vida de guardia, las molestias del cuartel, las fatigas del servicio, y la subordinacion de un soldado de caballería, hágase Vd. cargo la impresion que me causaria verme de la noche á la mañana hecho *Covachuelista*. Confieso á Vd.. amigo, que la primera noche no pude dormir, y que las primeras veces que me oí tratar de *usía*, me causaba un placer que no puedo esplicar, y que hasta embarazaba mis movimientos.» Con diferencia de mas ó de menos, estos son los primeros momentos y las primeras impresiones que agitaban al Covachuelista que acababa de ser agraciado. Tan dulces ilusiones eran interrumpidas por la necesidad urgente de ir al momento á dar las gracias al ministro y á sus favorecedores. El ministro, despues de recibirlo con bondad, y de darle buenos consejos respecto del celo y aplicacion con que debia corresponder á la merced que acababa de recibir de S. M., le añadia: «preséntese Vd. mañana en secretaría. Vea Vd. al señor mayor para que al momento preste juramento, y se encargue de su mesa, en la que nada se despacha desde que faltó el que la servia hace cinco meses.... Ah! y es menester que apenas le borden á Vd. un *peti* vaya á besar la mano á S. M.» Tan lisonjeros, tan gratos, de tanta ilusion eran los primeros dias del agraciado *Covachuelo*. Asi continuaban, y cada vez mas placenteros, y con mas satisfacciones, sino venia un soplo de desgracia, ó al fin, por término de una afortunada carrera, la segura é inevitable *caida*. Esta era muchas veces en colchon de plumas.

Ya con motivo de los dias ó cumpleaños de los reyes, ya con ocasion de algun otro acontecimiento fausto, se formaba en cada secretaría un espediente general de gracias, en el cual se repartian á cada uno de aquellos media docena de cruces de Cárlos III, tres ó cuatro nombramientos de secretarios del rey con ejercicio de decretos, una ó dos encomiendas para los mas favoritos, y algun beneficio simple, ó alguna charretera, ó alguna pension sobre una mitra para el hijo del que ya habia obtenido otras gracias y se veia cargado de familia. De esta manera se iban sucesivamente cargando de honores y condecoraciones, que no eran vanas y estériles. La pension de Cárlos III se pagaba puntualmente, las de secretario del rey solian percibirse de las cajas de la Habana, sin el menor quebranto por razon de cambio; los beneficios simples se cobraban por tercios religiosamente y lo mismo las encomiendas, consistiendo estas rentas en 20, 30, ó 40 mil reales anuales, las que menos valian. Las pensiones sobre mitras eran

pagadas á gusto del interesado; pues el Ilustrísimo señor obispo tenia mucho interés en tener obligado á un *Covachuelista* de Gracia y Justicia.

De esta manera subian como una espuma, ganando honra y provecho á un mismo tiempo. El trabajo no era capaz de abrumar á nadie, y se tomaba con despacio. Lo que no se hacia hoy, ni mañana tampoco; esta era la máxima de un Covachuelista. Cuando convenia, ó el espediente era voluminoso y complicado, habia el escelente recurso de darle *carpetazo*; que era condenarlo á muerte; y esto debia dar alguna especie de fama, porque un poeta de nuestros dias cantaba:

Repítase veloz de gente en gente
el nombre del celoso oficinista
que sabe eternizar un espediente.

Tenia cada cual su escribiente, ademas de los de la secretaría, que en verdad entonces no eran muchos; y este escribiente, que pagaba de su bolsillo y con la esperanza de merecer su proteccion, le ayudaba en hacer cuanto tenia que hacer; aunque en obsequio de la imparcialidad habremos de decir, que estendian en limpio de su puño y letra muchas de las reales órdenes que firmaba el ministro; y que esto era costumbre general en la secretaría de Estado, donde no habia escribientes, y todo lo escribian los oficiales. A pesar del descanso que gozaban, era costumbre admitida ponderar mucho el trabajo, y en prueba de ello se les veia sacar de la secretaría y llevar á su casa su criado grandes legajos de espedientes, para que el escribiente los estractase. Madrugando para trabajar, y no habiendo interrumpido su tarea sino para tomar una jícara de chocolate, como se decia y repetia, era natural que á eso de las once sintiesen necesidad de tomar algun alimento. La secretaría daba un vaso de vino y un poco de pan, pero á los que adaptaban mejor una taza de caldo suculento y odorífero, se le llevaba de las cocinas de Palacio, ó bien alguna otra friolerilla de peso y sustancia.

Con tanta tarea y ocupaciones no tenian tiempo para cumplir con nadie, ni hacer una visita, como no fuese á personas de altos é importantes puestos, ó de favor y valimiento en Palacio. Como estaban dentro de la casa, eran muy puntuales á los besamanos y dias de corte, lo mismo á la de los reyes, que á la del Príncipe de la Paz y al cuarto del Príncipe de Asturias, en lo cual era preciso mucho tiento, porque era fácil verse en un compromiso, y era ese entonces uno de los negocios mas delicados para un cortesano novel. Aunque la asistencia á la secretaría era muy puntual, y ordinariamente cada cual sentado en su silla guardaba silencio, ocupándose en sus negocios, esto no quitaba para que á la entrada ó salida, ó mientras se tomaban las once, se reuniesen en corrillo y hablasen, porque al cabo no habian de estar como cartujos, de chismografía palaciega y de intriguillas cortesanas, en que la ambicion no ocupaba todo el tiempo; que algo quedaba para escenas galantes y aventuras amorosas, materia que ocupaba en aquel tiempo feliz á la sociedad madrileña mas que la política. La conversacion despues de un besamanos ó de la corte solia recaer sobre lo concurrida y brillante que habia estado, habiendo la singular

curiosidad de contar el número de personas que asistian, que se comparaba con otros dias, años y reinados, para obtener resultados importantes. «Me ha parecido el rey, decia uno, de mejor semblante que nunca... ¿Sabe Vd. quién era aquel con quien se paró la reina?... Es preciso confesar que no se presentan en palacio brazos mejor torneados, ni ojos mas hermosos que los de S. M.!» Otro decia: «Pero han visto Vds. qué de largo pasó el rey por delante de Escoiquiz, y aun me parece que lo saludó con mas seriedad que otros dias... Poca gente me parece que ha habido en el cuarto del Príncipe de Asturias... ¡Qué buen mozo está!... ¿Ya sabrán Vds. que anteayer estuvo á visitar el Hospicio, sorprendiendo al administrador y empleados, y enterándose menudamente de la distribucion y órden del establecimiento. Las atinadas observaciones que hacia, y el conócimiento que demostraba en las preguntas que dirigia relativamente á la administracion de la casa, admiraban á todos los concurrentes..» Mas hubiera dicho, si en aquel momento nó entrase en la secretaría, y se dirigiese hácia el corro un oficial nuevo, criatura del Príncipe de la Paz, y con quien todavía no habian adquirido los demas mucha confianza é intimidad.

Como puede conocerse fácilmente, el oficio de Covachuelista no era tampoco muy dificil. Los estractos y reestractos se iban haciendo cada vez mejor con el auxilio de la práctica, y examinando los de otros compañeros ú antecesores. El mérito de los segundos consistia en que fuesen una quinta esencia del negocio ú pretension, ó bien esta reducida á su mas simple espresion, como que los *reestractos* eran lo que al rey leia el ministro en el despacho; y no era justo entretener muchos minutos á S. M., ni que los jabalíes del Pardo esperasen largo tiempo al augusto cazador. Las minutas eran cosa mas dificil, porque al fin en esto no habia unas reglas tan seguras y precisas, que llevasen á uno, como suele decirse, de la mano; ni la imitacion podia llegar hasta el punto de que no fuese necesario mas que meramente copiar. Pero á pesar de esto, no faltaban para el caso algunos modelos ó si se quiere fórmulas, hijas del uso, y aconsejadas por una buena esperiencia, que facilitaban en estremo la operacion y daban al hombre mucho alivio y espedicion. Hay obras en que el principio es el todo; y teniendo esto, está todo hecho. Asi sucedia con los decretos y reales órdenes. El principio estaba en el tintero; no habia mas que principiar escribiendo desde la orilla misma del papel: (1) «Enterado (2) el rey nuestro señor del espediente instruido con motivo de... y en vista del informe de... se ha servido resolver, etc.,» ó mas breve. «Es voluntad de S. M. que inmediatamente que reciba V. S. esta...»

---

(1) No sabemos el origen de este uso ni su significacion: pero es cosa muy de covachuela, que se conserva en nuestros dias.

(2) Siendo ministro de Estado D. Manuel Gonzalez Salmon en vida del rey padre de nuestra augusta reina, se equivocó el principio de una real órden que se publicó en la *Gaceta* que comenzaba en estos términos: «Distraido el rey nuestro señor, etc.» El ministro de Estado se constituyó en la casa de correos, donde se examinaron varias personas con el objeto de averiguar quién habia incurrido en semejante dislate y distraccion. No sabemos si llegó á averiguarse el autor de tal error, ni si fué casual ó malicioso. Tampoco hemos visto en la *Gaceta* la real órden que lo contenia; pero si hemos visto y examinado el espediente que en su virtud se formó. Véase como hasta las fórmulas se yerran. ¿Qué sucederia sin ellas?

(haga ó torne, ó lo que sea). Para los decretos estaban en uso comun los gerundios ó participios, pasados ó de pretérito: «Deseando por cuantos medios están al alcance de mi paternal solicitud proporcionar todo género de alivios á los pueblos que la Divina Providencia ha puesto á mi cuidado... en vista de lo informado por el Consejo real en el pleno celebrado en tal dia con audiencia de mis fiscales, y de lo espuesto unánimemente por la junta de ministros, he venido en mandar lo siguiente: Artículo 1.°, etc.»

Estas fórmulas sin embargo no eran cosa despreciable, ni que merece tratarse con desden, por los que ni esto saben, y que ignoran la razon de ellas y su conveniencia. ¿No tienen sus formas propias de locucion un discurso académico, una memoria, una arenga dirigida á un príncipe, ó una epístola familiar? pues, ¿por qué no la han de tener los documentos oficiales y de cancilleria? La claridad, la sencillez, la precision son caractéres especiales de este género de escritos; y si á esto se agrega que la analogía, la semejanza ó la identidad de los actos, debe producir naturalmente analogía, semejanza ó identidad en su verdadera y propia espresion, vendremos á parar á lo que constituye las *fórmulas*. El lenguaje oficial, que en otro tiempo sabian usar muy bien nuestros antiguos oficinistas y diplomáticos, lo han solido ignorar los literatos; y uno de los mas eminentes que hoy viven, nos ha confesado candorosamente que lo desconocia hasta que lo aprendió manejando espedientes antiguos, y escribiendo á las órdenes de un hábil ministro, de cuya boca oyó sobre esto observaciones que le parecieron justas y muy estimables.

Volviendo á nuestro *Covachuelo*, de que por un momento nos hemos distraido, diremos que lo mas singular en él era que á pocos dias de ocupar su silla aprendia, así como quien no dice nada, lo que parece imposible penetrar á nuestra flaca inteligencia, el destino futuro que la suerte le tenia preparado. ¿Cuál era este? En esto habia alguna variedad: si el Covachuelista era de Estado, esperaba tranquilo, como salida, una plaza de ministro plenipotenciario ó encargado de negocios, ó bien si no queria salir de Madrid, la secretaría del consejo de Estado, ó la de la órden de Cárlos III, ó la contaduría de la misma: si era de Gracia y Justicia, le estaba aguardando la secretaría del consejo de las Ordenes militares, la de la cámara de Castilla ó de la corona de Aragon, ó cualquiera otra cosa que le daba la gana de pedir: si era de Hacienda, le estaban reservadas la intendencia de Barcelona, es decir de todo el Principado de Cataluña, ó la Intendencia-Asistencia de Sevilla, ó una plaza de capa y espada en el Consejo de Hacienda: si era de Guerra, contaba como cosa propia la secretaría del Consejo, ó una plaza de ministro en aquel tribunal, ó la intendencia militar de Aragon; y por último los de Marina iban á descansar á la secretaría del Almirantazgo, plazas de este Consejo, ó intendencias del ramo. Por manera que del Covachuelista no podia decirse, como de todos los hombres, que sabia donde habia nacido, pero no donde habia de morir. El Covachuelista hasta esto sabia.

Si una desgracia, imposible de preveer, y que salia del órden natural de las

cosas, ó bien alguna diablura ó fechoría (porque al fin todos somos frágiles y el enemigo es sutil) interrumpia esta série continua de goces y de esperanzas satisfechas, entonces se interponia la paz y caridad, esto es, los compañeros y amigos, que por espíritu de cuerpo, y por honor de este, conseguian templar la cólera ministerial, y hacer que se le diese al caido una de las salidas que hemos apuntado, ó bien alguna cosa mejor y mas descansada lejos de esta Babilonia de la corte. Porque en aquellos tiempos, en que hay mucho que celebrar respecto de costumbres privadas y públicas, era verdadero y eficaz el espíritu de cuerpo, y este, y la amistad, que tampoco era un vano cumplimiento, estendian su tierna solicitud mas allá del sepulcro, para no dejar desamparada á la viuda, ni desvalidos á los huérfanos de un compañero de secretaría.

Como hemos dicho que estas plazas eran honra y provecho, y demostrado lo primero, solo nos falta hacer ver lo segundo, á fin de que resulte que para el Covachuelo honra y provecho cabia en un costal. En esta parte seremos breves, tanto por evitar escándalos cuanto porque no se crea que convertimos un retrato fiel en una caricatura. Como un Covachuelista no era un juez ni un magistrado, que debia dar á cada uno lo que era suyo, con arreglo á la ley, y castigar ó absolver á los acusados, segun la misma regla, y conforme á lo que prescribe la justicia conmutativa; como era el conducto por donde se distribuian gracias, honores y mercedes, en que las reglas de la justicia distributiva no son tan precisas, tan exactas, tan fijas, ni tan reconocidas; y como por último su favor se limitaba en muchas ocasiones á presentar el asunto bajo su verdadero punto de vista, haciéndolo claro y perceptible á S. E. y activando su despacho y la comunicacion de las órdenes; parece que la conciencia mas escrupulosa, podia, sin tomar siquiera agua bendita, recibir cualquier friolera que la amistad ó el agradecimiento enviase. Y como aun despues que el agraciado iba á su ínsula no olvidaba las atenciones y el favor recibidos, y le acomodaba tener consecuente y siempre propicio al Covachuelo protector, no olvidaba enviar algun recuerdo en diversas épocas del año; y así la despensa de aquel, para cuyo uso necesitaban algunos un cuarto entero, contenia lo mas estimado y regalado de cada provincia. Allí en una hilera de pipotes, se leian sucesivamente los nombres de moscatel, Jerez, Peralta, Málaga y malvasía: allí se veian en abundancia estraordinaria, los garbanzos de Fuentesauco, los jamones de Galicia, los chorizos y demas embutidos de Extremadura, el queso de Tronchon, y numerosos botes de toda clase de almíbares; en fin allí se encontraba de cuanto Dios crió, como tributos ofrecidos por todas las provincias del reino. Esto era lo general y ordinario: con la sola diferencia de que los que tenian negociados de Ultramar, recibian cocos frescos en abundancia; y en la misma botes bien acondicionados de piña, guayabo, tamarindos, etc., asi como estimables galápagos de plata, cajones de esquisitos habanos, con chales de la India para la señora, y juguetes de la China para los niños.

Pero estas buenas prácticas, que ya casi han desaparecido, son sin embargo las que mas se han mantenido, y puede decirse que han durado hasta que el

trasiego continuo de empleados y la instabilidad permanente de todo, no han dejado que se forme empeño en asegurar el favor y cultivar la amistad de quien quizá no podrá nada el dia de mañana. Esto ha ido aflojando las relaciones cortesanas con perjuicio de muchos, y ha escusado aquellos provechos autorizados. Mas ya que naturalmente hemos venido á tocar en los tiempos modernos, que son los del actual reinado y de nuestra revolucion, estamos en el caso, para terminar este mal trazado bosquejo, de indicar ligeramente aquellos perfiles y el matiz propio, que constituyen al moderno y flamante oficial de secretaría, ó con mas propiedad, *chef de boureau au departement de...*

Este tiene mucho de francés, aunque haya algunos casos de anglomanía: Esto es muy disculpable y bien natural. Como desde la última enfermedad del rey padre entraron sucesivamente sugetos de mucho mérito, que habian pasado largos años de emígracion en Francia é Inglaterra, en cuyos paises habian perfeccionado sus estudios, forzoso era que hubiesen contraido otros hábitos y otras costumbres, y que hubiesen modificado notablemente sus ideas. Como desde aquella época se inauguró una era de fomento y de mejoras, forzoso era tambien, que para todos los ramos de la administracion se buscasen, como auxiliares del Gobierno, é instrumentos de sus sabias y benéficas resoluciones, aquellos sugetos que por sus estudios ó escritos habian adquirido una merecida reputacion; y como estos estudios, particularmente en administracion propiamente dicha, en economía pública, en ciencias naturales, y en las varias aplicaciones de las exactas, los habian adquirido en libros franceses los mas, natural era que sus ideas siguiesen la misma tendencia que en el reino vecino, y que por consiguiente tambien los mas anhelasen trasplantar á nuestro suelo los gérmenes de prosperidad, que son el mas rico producto de la civilizacion estranjera. Abierta asi la puerta á la instruccion y al talento, recayó el favor (cosa siempre indispensable en una corte) en oficiales que cultivaban ó profesaban los diversos conocimientos que exigia la realizacion de los pensamientos del Gobierno.

Sentado esto como preliminar, y dejando á un lado las numerosas escepciones que ha tenido por circunstancias de todos conocidas, solo observaremos, que reemplazados los meros oficinistas por facultativos y gente letrada, ha habido ocasiones en que, para que nada faltase, se ha llegado hasta el estremo de llamar tambien botánicos, químicos, matasanos, y farmacopolis, y sobre todo meros poetas. Si los primeros, despues de tomar un oficio contrario á su vocacion y á sus hábitos, han demostrado que se puede saber muy bien una ciencia, y al mismo tiempo ignorar las relaciones de esta con la sociedad y la administracion, como igualmente la organizacion de los estudios públicos que la han de difundir y propagar; los poetas han probado mal, y lo que es mas triste para quien ama la gloria, han menoscabado mucho su reputacion y su crédito. Ya se vé, gente que (no todos ni los mas dignos) desdeña hasta las reglas de su arte, considerándolas como un yugo: gente que aplicando todos sus esfuerzos al desarrollo de la imaginacion y de la sensibilidad, se acostumbra á mirar los hechos y los acontecimientos bajo el aspecto, no de la verdad que revelan, sino

de la belleza que descubren; y gente en fin que, vehemente y apasionada, no puede habituarse á los cálculos complicadisimos, y profundos que supone cualquier importante resolucion del gobierno, no era muy á propósito para servirle ni para ayudarle, sino á caer. Se les mandaba poner un manifiesto á la nacion, y levantaban una gazapera de quince mil demonios: si ponian una circular, no era comprendida, y á vuelta de correo venian un sinnúmero de consultas: se les encargaba estender una nota para los gabinetes estranjeros, y era necesario que el jefe se tomase el trabajo de ir borrando las frases y retóricos conceptos, las espresiones inconvenientes, y los epítetos de mero lujo, con el fin de evitar una interpretacion siniestra, y de que se pidiese oficialmente una esplicacion. No es lo menos atendible la nativa pereza y falta de asiduidad, y que como acostumbrados á esperar sagradas inspiraciones, y momentos favorables para el genio, no estan siempre de humor de trabajar, que al cabo es cosa prosaica y de borricos.

Si el moderno oficial de secretaría compurado con el antigno cobachuelo, parece género de estranjía, tiene sobre este la ventaja de no ser tan vano, pues antes bien se muestra mas humano y tratable: como por ser generalmente muy moderno en los negocios, no ha contraido el hábito de pensar y retener en su memoria muchas cosas á un tiempo, parece en muchas ocasiones como distraido, y que ni comprende ni oye lo que se le dice. Su memoria es fatal por lo dicho antes, y no será muy fácil que la mejore, y tenga presente en su mesa lo que le han dicho en la sala de audiencias, porque tiene la debilidad de creer de buen tono su mala memoria, y sus olvidos perennes y sus distracciones, como cosa propia de grandes hombres de estado, En esta parte no cabe ya curacion; pero si puede tenerla la agitacion continua que lo aqueja, y que no le permite reposo ni sosiego: ya lee el *Eco*, ya habla con este, ya se acerca á un corro de compañeros que hablan y discuten acerca de las noticias del dia, y de la sesion anterior en el congreso, y del magnífico discurso de Galiano, y de aquella violenta é intempestiva interpelacion dirigida al gobierno; ya sale á la portería, porque le han pasado una tarjeta por contraseña; ya va á la subsecretaría, ya baja al archivo, ya sale á Guerra ó Estado, á saber de una instancia de su primo, que tiene recomendada; porque al fin es menester matar el tiempo hasta las 5 ó las 6, que sale precipitado, cansado y con la cabeza tan caliente. Vuela á su casa; y los que en ella le esperan, y los que por el camino le encuentran, se admiran de su mucho trabajo, y no estrañan de que no tenga tiempo ni para rascarse la cabeza.

Segun el negociado que tiene, el ministro lo llama mas ó menos veces. Si tiene el negociado de convenidos de Vergara, ó el de seguridad pública, ó el personal en Hacienda, ya tiene bastante para que no le dejen Sentado cinco minutos, y para que le vuelvan loco. Cada vez que entra en el despacho de S. E. hay que perder una hora por lo menos, porque hablan de los proyectos de ley que se están preparando, de la votacion que se ha perdido en el senado, de los muchos y respetables compromisos que hay para un solo y mismo destino, del lenguaje

furibundo de los diarios de la oposicion, y de las calumnias que contienen tal y cual, que es forzoso desmentir inmediatamente por medio de los periódicos ministeriales.

Por cálculo y por ambicion este oficial de secretaria, que se muestra afable con sus inferiores, consecuente con sus amigos, accesible con el público, que ni se ha hecho su gran uniforme, ni tiene una cruz, ni ha concurrido á un besamanos, está dominado por una pasion noble, la de obtener las palmas electorales en las próximas elecciones; y para conseguirlo ¡cuánto hace! ¡cuánto escribe! ¡cuánto discurre! ¡qué cartas pone tan finas y tan bien estudiadas para los caciques, ó como ahora se dice, influyentes de su pueblo ó partido! ¡Qué esperanzas tan delicadamente fomentadas! «Muchas cosas, dice, al buen mozo; creo que pronto pensará Vd. en darle carrera, y si quiere ser artillero, puede Vd. contar con su amigo.» «Seria muy útil promover la carretera de ese pueblo al punto inmediato, y declarar á esa capital de partido. Para ello seria conveniente activar el espediente tanto en las Córtes como en el Gobierno. Si yo mañana pudiese, tendria mucho gusto en trabajar en este asunto: Vds. pueden contar con que tendrán en mí un agente eficaz.» Cuando ya aparece su nombre en uno de los primeros lugares de una candidatura, se siente animado y satisfecho, y su alegria se aumenta y sus esperanzas se acrecientan, á medida que vé reproducida aquella candidatura en todos los periódicos ministeriales. El resultado de escrutinio general se águarda con impaciencia, sin embargo de que en los correos anteriores se le escribe por sus amigos C por B cuanto ocurre en la votacion y las probabilidades que vá ofreciendo. Si la noticia de su eleccion es el ministro su jefe, el primero que la sabe; ¡con qué prisa lo llama á su despacho, y con qué íntima satisfaccion, que rebosa hasta los ojos, le dá con muda sonrisa la carta que acaba de recibir! Apenas se la devuelve y se han comunicado recíprocamente algunas felices nuevas, porque las infaustas no se hallan en aquellas regiones, le dá el jefe la mano muy apretada en señal de enhorabuena y de confianza. No ha pasado un mes, cuando llega corriendo un portero hasta la mesa de nuestro oficial, y le dice: «S. E. que es la una, y que espera á V. S. para ir al congreso.» A los cinco minutos van desempedrando las calles en un simon, departiendo sobre los votos de que consta fijamente la mayoría, y discurriendo acerca de los medios de producir algunas deserciones en el campo enemigo.

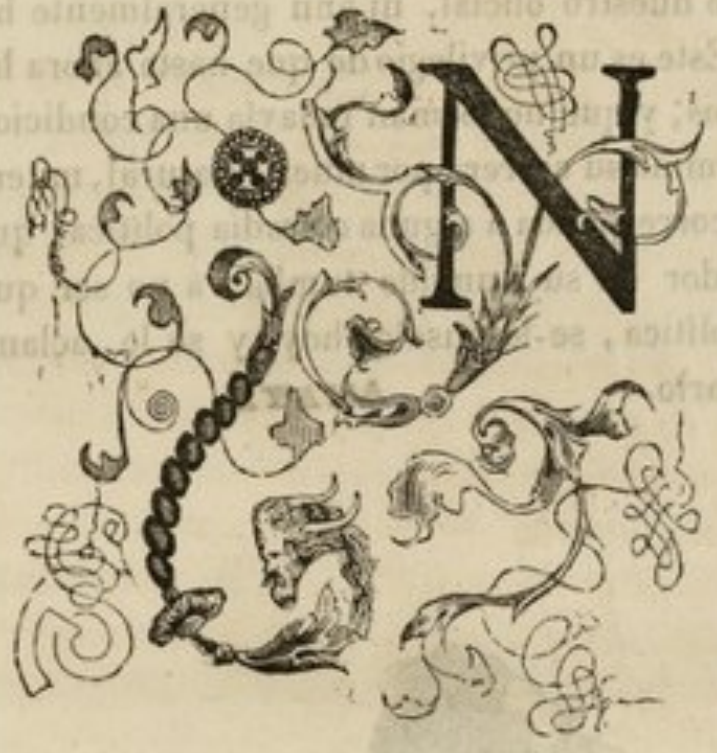
Este mismo oficial es casi invisible para el público mientras dura la sesion. Llega el dia de audiencia, y no dá audiencia. En su casa no recibe á nadie ni aun á las persona recomendadas: en la secretaría entra por una puerta escusada: á los numerosos amigos que con él se interesan para que despache tal espediente, no puede absolutamente servirlos, porque no tiene tiempo para nada, ocupado con los trabajos de la comision de gobierno interior, ó de plan de Hacienda; pero á todos contesta con muy buenas palabras, como hombre político y cortesano, dando á este la mano, pidiendo á aquel un cigarro, dando una bromita á fulano y una cita á zutano; siempre y á todas horas elegante, marcial, introducido, de buen tono, todo francés, todo inglés. Si se trata de ópera ó de baile, se extasía al recordar á la Taglioni y á Tamburini; si lo veis muy de prisa á las seis de la tarde

es porque tiene que ir á comer á casa del duque de Frias, ó del embajador francés: á la hora de concluirse la funcion del *Liceo*, se presenta un momento, para saludar á cuatro amigos, y que lo vean al lado de una bella elegantísima, decirle al oido.... ¿qué?.... nada de particular. Si entra á fumar un cigarro en el Ateneo, ó se pasea solo, como preocupado de graves meditaciones, ó dá con señales de mucha importancia alguna noticia ya pública, ó afecta una reserva mal llamada diplomática, porque los diplomáticos tienen que hacer forzosamente un cambio recíproco de confianzas y revelaciones. O escribe de muy mala letra, que dicen es de grandes hombres, ó á la inglesa, por ser la mas bella escritura. Si un antiguo amigo ó compañero de colegio se le acerca diciéndole: «hombre, ahora pudieras tú hacer algo por mí,» le contesta: «¿qué te acomoda? echa la vista á una cosa buena, buena, y veámosnos.» Aunque este encuentro no tenga para el amigo otro resultado que el de hacerle dar algunos pasos inútiles, y fomentar en su cabeza por un par de semanas esperanzas que se disipan, con todo, como dió la grandísima casualidad de que oyeran otros amigos aquel breve diálogo, uno de estos se separó despues diciendo: «¡qué buen muchacho es fulano! ¡qué consecuente es con sus antiguos amigos! ¡qué escelentes sentimientos tiene!»

Como nuestro oficial de secretaría no tiene de vida mas que desde 1834, y es por consiguiente moderno, todavía no hemos observadó bastante acerca de su suerte futura y de su fin. Sin embargo podemos asegurar que en este decenio, por cierto bien azaroso, no ha envejecido nuestro oficial, ni aun generalmente ha muerto de otra muerte que de la civil. Este es un privilegio de que hasta ahora ha gozado. De algunos casos pocos y aislados, y que no forman todavía una condicion propia y general, resulta que cuando termina su carrera por muerte natural, muere en soledad y desamparo, á no ser que corresponda á alguna cofradía política, que desee ostentarse y hacerse oir al rededor de su humilde tumba; á no ser que muriendo por alguna causa tambien política, se le ensalce hoy y se le aclame por héroe y mártir para mañana olvidarlo.

ANAYA.

EL ESPAÑOL FUERA DE ESPAÑA.



o han observado Vds., lectores mios amadísimos, los diferentes aspectos que suelen tomar todos los objetos cuando se los saca del elemento para que los destinó la naturaleza, y se los coloca en otro? Precisamente lo habrán observado, y si no, pongan en ello alguna atencion, y lo observarán de cierto. Metan en agua una rama de un árbol, y les parecerá ó mas chica, ó mas grande, ó tal vez quebrada, aunque no lo esté; saquen del agua un pez, y verán como á los pocos instantes desaparecen aquella nítida tersura de sus colores, aquel brillo metálico de sus escamas, aquella satinada limpieza de su superficie. Hasta el infinito podríamos multiplicar los ejemplos, pero mas importará para el caso completar aquella primera observacion, que ya suponemos hecha por el lector, con otra no menos profunda, y que viene á ser en efecto el complemento de aquella; y es que aquellos susodichos cambios de aspecto son unos *en bien*, otros *en mal*. A este género pertenece el antes citado del pez fuera del agua; ejemplo insigne del cambio en bien es el del mineral sacado del centro

de la tierra y despojado de la corteza que le rodea, al que vemos convertirse como por encanto, de vil pedrusco, en preciosa barra de oro ó plata. Pues, señores, lo mismo mismísimo que con los brutos y los objetos inanimados sucede con las personas, en esto como en otras muchas cosas.

Escusado es decir que no tomamos aquí la palabra *elemento* en su acepcion rigorosa, sino en la figurada en que tanto se usa; y que hablando, como vamos á hablar, de hombres y mujeres, entendemos por su elemento, no la tierra en general, sino aquella porcion de territorio en que á cada uno colocó la Providencia: admitida esta metáfora, nuestro elemento es España, y descendiendo así de mas á menos, el del Castellano, es Castilla, el del Madrileño, Madrid, etc., etc. A los cambios de esta especie de elemento es aplicable todo lo dicho anteriormente; no es mas diferente la fruta puesta en el plato de la misma fruta pendiente del árbol, de lo que lo es un Español en Francia, de un Español en España. Esta diferencia es, por su naturaleza, de aquellas que no todos pueden haber observado, pero los que hayan tenido ocasion de observarla, probablemente tendrán gusto en verla aquí consignada en algunos de sus principales matices.

He dicho que no todos habrán tenido ocasion de observarla, pero la verdad es que entre los lectores de esta obra, á quienes supongo personas de alguna importancia, habrá muchísimos que la hayan observado, ya por haberse visto inclusos en alguna de las grandes emigraciones que han afligido á nuestra pobre patria en lo que va de siglo, ya porque su aficion al estudio los haya llevado á completar su educacion en pais estranjero, ya en fin por satisfacer la moda de viajar que tan general se ha hecho de veinte años á esta parte. Esto de viajar por recreo puede considerarse como usanza esencialmente moderna, á lo menos en España, si hemos de creer lo que nos cuentan nuestros padres, y mas aun nuestros abuelos. Todavía á principios de este siglo, un hombre que habia pasado la raya de Francia y penetrado hasta las murallas de Bayona, era ya una especie de fenómeno; se le llamaba *cosmopolita*: al que habia llegado á Burdeos, se le consideraba como un intrépido viajero, un capitan Cook; llegar á Paris era cosa escesivamente inverosimil, temeridad en que rarísima vez se creia por mas señas que se diesen de las orillas del *Sena*, del *Louvre*, del *Palais Royal* y de las revistas del campo de Marte. Aquella incredulidad era muy natural; las dificultades, los peligros de la mas insignificante escursion eran tales, que se necesitaba en efecto un ánimo no vulgar para arrostrar unas y otros. El primer cuidado del que emprendia entonces un viaje era hacer testamento y reconciliarse con el Señor; luego habia que proveerse, como para una navegacion, de todas las cosas necesarias á la vida para los dias que durase el viaje, que calculados á razon de 7 ú 8 leguas diarias, formaban al pie de medio mes para llegar de Madrid á Irun: distancia que hoy recorre el correo en 56 horas, *perdiendo voluntariamente* y en virtud de una de esas anomalías que solo se ven entre nosotros, *de ocho á diez horas*, largas de talle. Y no era esto todo; tambien habia que buscar y ajustar un coche de colleras, y contratar los correspondientes mayoral, zagal y escopeteros, todo por cuenta y á espensas del viajante. Figúrese el

lector el coste enorme que suponen todas esas necesidades. Hasta aquí, lo que hemos llamado las dificultades de viajar en aquellos benditos tiempos de los señores Carlos III y Carlos IV tan decantados; pasemos ahora á los peligros del viaje. Sabido es que el salteador de caminos ha sido siempre una de las plantas que mas han prosperado en nuestro fecundo suelo; el encuentro con el salteador de caminos aislado ó en cuadrilla era, no ya una probabilidad, sino una seguridad para el pobre viajero. Las dulzuras de esta perspectiva no necesitan casi encarecerse; si el viajero hacia resistencia, solo se esponia ¡friolera! á recibir un balazo ó una cuchillada en la accion; si se resignaba á su suerte ¿quién le libertaba de una rapiña general de todos sus efectos, incluso el dinero? Ahora bien, para un hombre acomodado, como debemos suponer al viajero de aquellos tiempos, acostumbrado á los recursos de la vida social, hallarse con dinero ó sin él en un lugar de Castilla, distante de alguna gran poblacion, sujeto á lo que da de sí el pais, equivalia á verse en inminente riesgo de morir de hambre ó de asco: en el dia ya no es así, pero cuenta que esto último no se entiende mas que de los pueblos de la carretera, pues en los demas continúa la misma inmundicia, la misma falta de todo manjar no repugnante que en los tiempos del rey don Rodrigo. Nunca se me olvidará la sorpresa que causó á los vecinos de un lugarejo estraviado del bajo Aragon mi resistencia á apagar la sed que me devoraba con un jarro de agua que me presentaron todo lleno de moscas: mi repugnancia pasó por el mas exagerado de los dengues; al fin un alma caritativa y amiga de la limpieza, simpatizó con mi situacion y tuvo la cortesía de ir estrayendo una á una aquellas aves con las puntas de dos dedos que parecian pegados uno á otro con pez ó brea. Estos eran algunos de los peligros que corria el viajero; luego hay que tomar en cuenta los que se originaban de la falta ó pésimo estado de los caminos reales; cuales eran los vuelcos, los atrancos y algunos otros...

¡Qué diferencia entre esto y lo que sucede en el dia! Asi es que ahora, por el contrario de lo que pasaba hace un siglo, lo estraño, lo increible es, en ciertas clases de la sociedad, un hombre que no ha salido de España: para que ahora empiece á llamar un poco la atencion por sus viajes un Madrileño, es preciso que haya residido en Arcángel, penetrado en el estrecho de Behring ó cuando menos doblado el cabo de Buena Esperanza. *Cuando menos* he dicho, porque es de observar que los viajes al Sud y al Occidente llaman mucho menos la atencion y acreditan mucho menos á un hombre de *viajero* que los viajes al Norte ó al Oriente. Yo creo haber hallado la razon de esto: con los primeros estamos muy de antiguo familiarizados en España; ademas va unida á ellos cierta idea mercantil que les quita toda su poesía: el hombre que va á Filipinas ó á América, aunque sea todo un *touriste*, nos recuerda involuntariamente el hijo ó el sobrino del comerciante A ó B, de Santander, de Cádiz y de otros mil puertos, que emprendieron el mismo viaje en busca, no de románticas ruinas ó pintorescas perspectivas, sino de cargamentos de cacao y azúcar y de productos de la industria china: el hombre que se encamina al Norte ó al Oriente, pasa desde luego ó por un

caprichoso que va á sembrar alegremente sus caudales en las magníficas tiendas de *Regent-Street* y de la *Rue de la Paix*, ó por un artista que aspira á empaparse en las inspiraciones clásicas de la deliciosa Italia, ó en fin por un piadoso peregrino sediento de beber la fé cristiana en las sagradas fuentes de donde se derramó el cristianismo sobre todo el mundo, y que esclama, con el tierno Lamartine, en la anhelosa angustia de su corazon:

Y no he seguido las divinas huellas
donde bajo el olivo lloró Cristo;
la impresion de sus lágrimas no he visto
que aun conserva su eterno resplandor:
En éstasis sublime sumergido
no he llorado una noche en aquel huerto,
donde de sangre y de sudor cubierto
bebió el amargo cáliz del dolor.

Y en el polvo mi frente no he inclinado
donde impresa al partir quedó su planta;
y no he besado con fervor la santa
tumba donde su madre le lloró;
y no he doblado la rodilla en donde,
de su vida mortal rotos los lazos,
para ceñir al mundo abrió los brazos,
y para bendecirle se inclinó!

El *Español fuera de España* forma pues ya un tipo aparte en nuestra sociedad moderna, tipo bastante comun para que salga de las condiciones de una mera escepcion y para que puedan y aun deban consignarse en esta obra los principales rasgos de su fisonomía. Eso es lo que voy á procurar hacer ahora, aprovechando la circunstancia feliz para el caso que me permite dibujar este tipo, copiándole del natural.

Muchísimas son las variedades de este tipo; cualquiera conocerá á primera vista que asi debe ser en efecto. Un sin número de circunstancias le modifican en cada uno de los mil aspectos que presenta al observador. Uno de ellos, es decir, una de estas variedades, es el *emigrado*, tipo que ya hemos procurado bosquejar, y en el que por consiguiente no volveremos á ocuparnos, tanto mas cuanto, como ya manifestamos en aquel artículo, este es en rigor un tipo aparte, que ya tiene su fisonomía peculiar y sus rasgos característicos que le constituyen en ente *sui generis*, aunque, considerado en globo, entra completamente en el asunto de este nuevo artículo. Descartemos pues al emigrado; sin recurrir á esta, no nos faltarán curiosas variedades del mismo tipo en que ocuparnos.

La primera que naturalmente se ofrece á la observacion, como la mas

frecuente, es la del *Español fuera de España* con el tiempo contado para volver á ella, ó sea el Madrileño, por ejemplo, que está pasando una temporada de tres meses en Paris, verbi gracia. Observémosle en todas las fases de su viaje, tomando la cosa *ab oro*. Un mes antes de meterse en la diligencia ó en el correo, ya empieza nuestro Madrileño á presentar los caractéres del tipo que nos proponemos delinear: hasta entonces ha sido un hombre como otro cualquiera: desde entonces entra ya en condiciones distintas, propias, sintomáticas de la situacion escepcional en que va á encontrarse,—condiciones que, por una natural reaccion, se prolongan hasta otro mes despues de terminado el viaje y efectuado el regreso:—pasado dicho mes, vuelve igualmente nuestro hombre á confundirse con los demas de su esfera: ya le falta el barniz, digámoslo asi, ó mas bien el reflejo, el crepúsculo—(ahora de la tarde, antes de la mañana)—de la situacion por donde ha pasado. La pintura del *Español fuera de España* empieza y acaba dentro de España; sino, no es completa: le falta el antecedente y el consiguiente, la causa y el efecto, el principio y el fin.

Un mes antes de emprender su viaje, el Madrileño ha ido cacareando por todo Madrid que se vá á París. ¡Insensato! el vano placer de escitar tal cual envidia, de *darse tono*, le hace arrostrar no el peligro, sino la certeza de recibir de cada persona á quien anuncia el noticion de su partida, uno, dos, diez, veinte, tal vez mas encargos,— y muy cómodos y fáciles de cumplir por cierto; — ya dos sombreros para dos hermanas, un vestido de baile para la Señora de ***, un traje negro completo para D. Fulano, seis pares de botas para D. Zutano, — todo esto sin dar las medidas, ó, lo que es peor, dando por medida un par de botas viejas, un frac raido y cosas asi, con que tiene el viajero que llenar su baul, — y por de contado, sin pagar jamás de antemano, y rara vez con posterioridad, el importe de las susodichas impertinentisimas comisiones. Gracias cuando estas no son de objetos rigorosamente prohibidos, que obliguen al comisionado á discurrir mil tretas para pasarlos en la aduana, como suele ser, por ejemplo, meterlos entre la camisa y la carne, ó colocarlos de suerte que le hagan parecer muy panzon ó muy jorobado, cosas todas deliciosísimas: no lo es menos tener por culpa ajena y mera complacencia propia que andar en dimes y diretes con el gobierno representado por los vistas, todo á espensas del bolsillo, que es en suma adonde asestan sus miras todos los gobiernos conocidos. Lo primero es pagar, y luego se entra en esplicaciones, muy en hora buena. Saturado ya suficientemente de encargos, de los cuales hará los que pueda, llega para el viajero el momento de las despedidas, momento de abrazos, de repartimiento de tarjetas á los menos íntimos, con las consabidas iniciales S.D.P.P. (se despide para París), todo esto muchos dias antes de tener el pasaporte y el billete de la diligencia, —pero ya sin vivir como hasta entonces, es decir, sin ir á la oficina, si el viajante es empleado, sin comer á las horas acostumbradas: escusa ó motivo de esta inversion de hábitos son los *preparativos del viaje*. Si este es para París ó Londres, es de rigor que el viajero, en los últimos dias de su residencia en Madrid, vaya por esas calles y esas tertulias, muy desastrado y casi roto: esto

da pie para decir á todo vicho viviente :—No quiero hacerme ropa , porque como voy á París.... allí me vestiré... aquí no hay sastres, ni zapateros.... Si tiene ropa decente, la vende ó la regala. Pues señor, acaban todos los preparativos; ya está sacado el pasaporte , enviado el equipaje á la diligencia , dado el último abrazo , y:—Adios Madrid , que te quedas sin gente , dice todo jubiloso nuestro viajero: ya va andando al son de los latigazos del mayoral y de las eternas escitaciones *Coronelaaaa* ! *Capitanaaaa* ! *Puliaaaa*!.... camino de Somosierra. Si conocen Vds. este camino, nada tengo que decirles de él ; sino le conocen , debo en conciencia darles la enhorabuena de no conocerle , pues territorio mas abominable no le ha creado el Supremo Hacedor en toda la superficie de este mundo sublunar. En ese miserable hacinamiento de chozas indecentes que llaman Somosierra, hace noche el viajero con la diligencia.... á las cuatro de la tarde : come y se acuesta al instante por no ver aquel pueblo y aquellos pobladores de ambos sexos, que humillan profundamente su orgullo nacional. Al dia siguiente echa un rápido vistazo á la catedral de Burgos ; ya esto merece la pena de haber hecho un viaje; ya , si el viajero está en los trotes de la moda , puede empezar á tomar apuntes , á escribir su diario y sus *impresiones*. De Burgos en adelante el pais es generalmente hermoso y pintoresco; en la provincia de Alava, es como una digna antesala de la deliciosa Guipúzcoa , que verdaderamente le parece un paraiso terrenal al Madrileño, acostumbrado á las increcibles cercanias de Madrid y al árido terreno que ha atravesado durante los dos primeros dias de su viaje. Al cuarto pasa la raya de Francia : pocas horas despues se apea todo molido y empolvado—(supongamos que la escena es en verano—) en la Plaza de armas de Bayona , á la puerta del *Hotel du Commerce*.

Ya tenemos á nuestro Español fuera de España ; apelo á qualquier tratado de geografía , que no me dejará mentir , pues por lo demas, nadie sospecharia, hallándose en Bayona , que no está en España , — y prueba de ello es que en nada se diferencia nuestro Madrileño de cualquiera de las personas que allí le rodean. Si , dotado de un loable espíritu de prevision , se ha provisto del suficiente número de frases francesas para hacerse entender en Francia , puede considerar en Bayona su trabajo como enteramente inútil ; á sus frases francesas le contestarán con frases castellanas, algo chapurradas, es verdad , pero no mucho mas que las que oyó en Vitoria ó en Astigarraga. Si pide de comer , le darán un buen puchero; si no lleva moneda francesa , que será muy raro yendo de España, no importa ; la española es allí recibida con palio , como que su valor intrinseco es muy superior al que nosotros discretamente le damos : hasta el realillo de ventaja que reconocemos en el peso duro sobre el napoleon, le reconocerán los bondadosos Bayoneses , aunque el peso duro no es en Francia moneda nacional, como lo es el napoleon en España.

En general , el pueblo de Bayona le gusta mucho al Español *á la ida*: á la vuelta le parece muy mal. Lo mismo le viene á suceder en Burdeos : el que ve esta hermosa ciudad antes de haber visto á París , se queda estupefacto ; solo la comparacion con París puede hacer que decaiga esta bellísima poblacion del

alto concepto que de ella se forma siempre á primera vista. Poco mas de veinticuatro horas tarda la diligencia desde Bayona á Burdeos: la distancia material entre ambos pueblos no es, pues, muy grande; en civilizacion, en cultura, en belleza, la distancia que los separa es grandísima. El terreno intermedio se compone en su mayor parte de lo que los franceses llaman *les landes*, que pudiéramos traducir los arenales; la aridez y miseria de este terreno es proverbial en Francia y en España:—yo conozco ese terreno á palmos, y puedo decir que los susodichos *arenales* son un verdadero jardin, un vergel delicioso, comparados con todo lo que se ve desde Burgos hasta Madrid, y digan lo que quieran los que se dejan llevar de un patriotismo mal entendido.

El Español que lleva su tiempo tasado, como arriba dijimos, no se detiene en Burdeos arriba de tres ó cuatro dias cuando mas, con lo cual tiene el gusto de irse sin haber visto el pueblo; quince dias bien empleados son apenas bastante para conocerle medianamente. Entretanto, nuestro viajero continúa, como en los últimos dias de su residencia en Madrid, desastrado y casi roto; se ha propuesto no vestirse hasta que llegue á París! lleva en su cartera, al lado del pasaporte y de varias cartas de recomendacion, las señas, (*l' adresse*,) de un sastre de la *Rue Vivienne*! ¿Qué importa que en los pueblos del tránsito le tomen por un pelafustan? Para eso á la vuelta le mirarán como un figurin ambulante. Este es uno de los mas graciosos errores con que se está en Madrid, — creer que las gentes se visten en París como espresa el figurin;—en algunos pueblos de provincia, sí, y aun se exagera si viene á cuento lo que prescribe el órgano oficial de la moda, aunque nunca tanto ni con mucho como en nuestra capital; ¡pero en París! No tendrian bastantes caricaturas Daumier y Gavarni para ridiculizar á la Parisiense que saliese á la calle como van por el Prado algunas de nuestras *leonas*, esclavas del último figurin, ó para el mal aconsejado *dandy* que se pusiese un frac por el estilo de los que aquí se nos figura que allá son muy bien *portés*. De estos desengaños recibirá no pocos nuestro viajero.

Ya ha atravesado éste, á pie como todos sus compañeros de diligencia, el bellísimo puente de Cubzac que se cimbrea como un inmenso columpio bajo el mas leve peso; obra colosal y aérea, y al mismo tiempo tan sútil, que parece hecha por las hadas, tan grandiosa, que semeja un trabajo de gigantes. Ya ha pasado dos dias y dos noches en el carruaje sin descansar mas que para almorzar y comer en abreviatura; ya le tenemos en Orleans, donde en un momento le traslada con la diligencia, y con otras diez ó doce, como á otras tantas leves plumas, una máquina sencillísima al camino de hierro, y en él recorre con una rapidez fantástica, en poco mas de tres horas, las treinta leguas que dista de París aquel último pueblo. Ya ha llegado por fin al anhelado término de sus deseos. Ya está en París!

Las variedades del *Español fuera de España* son innumerables, como que las constituyen las diferencias de carácter, de condicion y de crianza. Sin embargo, en este gran tipo multiforme, cualquiera distinguirá á primera vista tres

entidades, como se dice ahora, muy marcadas, y á las cuales pueden referirse todas las otras variedades: aquellas son:

1.ª El *Español fuera de España* que decididamente detesta, injuria y maldice todo lo que no es España. Para evitar circunloquios, denominarémos á este Español el *patriota*, sin que sea ni aun remotamente nuestro ánimo aplicar la menor intencion satírica á este dictado hermoso, respetable, pero desacreditado lastimosamente por un necio abuso.

2.ª El *Español fuera de España* que decididamente tambien detesta, injuria y maldice á España. ¿Qué nombre podremos discurrir bastante enérgico y espresivo para designar á este majadero sin entrañas, porque de seguro no las tiene y es un ente inepto el que no siente latir nada en su pecho al nombre de *patria*? En prueba de que no tomamos en su acepcion rigorosa estas denominaciones convencionales, llamarémos á este tipo el *cosmopolita*.

3.ª El *Español fuera de España* que sin incurrir en ninguno de estos estremos, ridículo el uno, odioso el otro, conoce y juzga desapasionadamente lo bueno y lo malo que hay en España, lo bueno y lo malo que hay en otras partes. Aquí ya no necesitamos recurrir al estilo figurado: á este tipo le designarémos con el nombre del *sensato*.

La manía característica del *patriota* es que, en Francia, por ejemplo, *todo es mentira*, todo es diferente de lo que parece, y por consiguiente, que todo es malo, porque es de advertir que los Franceses tienen el arte, que nosotros desconocemos, de dar á todo buena apariencia. Las mas sorprendentes y *sólidas* bellezas de Paris no escitan en el *patriota* mas que una sonrisita de desden ó de incredulidad. De este y de sus semejantes es de quienes dice la Escritura: «Y tendrán ojos y no verán, y tendrán orejas y no oirán, etc.» Hombre de estos he conocido yo que nunca pudo persuadirse de que las columnas del Palacio Real eran verdaderas columnas de piedra:—á pesar del testimonio de la vista y del tacto, persuadidísimo se volvió á España de que aquellas columnas eran de carton ó de madera, ó *de alguna otra invencion de esos trapalones de gabachos*, como él decia. Otra de las ideas fijas del *patriota* es que fuera de España *todos* roban.—«Mire uzté,» me decia un dia un Andaluz parándome en una de las calles mas concurridas de Paris: «¿ve uzté eze zeñó que va tan arrellanao en zu coche? Puez eze roba. ¿Ve uzté eza zeñora que yeva detraz ezoz doz lacayoz? Puez eza tambien roba. Porque aquí, dezengáñeze uzté, aquí toiticoz roban.» Y por mas que le dije que aquel señor era cabalmente el respetabilísimo arzobispo de Paris; que aquella señora, á quien una feliz casualidad me habia hecho conocer recientemente en una ocasion muy honrosa para ella, era una verdadera perla de la mas alta aristocracia francesa, uno de esos ángeles á quienes desde las mas encumbradas esferas sociales conduce diariamente la caridad á las mas humildes guaridas de los indigentes para llevarles *ellas mismas*, con sus propias manos y sus propios labios, pan y consuelos (junto al lecho de la esposa moribunda de un infeliz emigrado español, conocí á aquella señora) por mas que le dije, repito, esto que acabo de referir, añadiendo

que son numerosos, muy numerosos en Paris, en todas las clases y en ambos sexos, esos ángeles consoladores de todas las miserias, no pude sacar á mi compatriota *patriota* de su eterna cantinela:—«Dezengáñeze uzté; aquí toiticoz roban.» ¿Qué se le responde á una preocupacion tan estúpida? A otros les da, no por despreciar ó desconocer la realidad de lo que ven, sino por no querer ver: esta nueva estravagancia es rara, pero no tanto como debe parecer á primera vista, y yo he hallado, entre otros, un ejemplo insigne de ella. Una vez me fué recomendado un sugeto que no debia detenerse en Paris mas que dos dias, lo necesario para hacer ciertas compras, y que llegaba, no ya de Madrid ó de otra ciudad principal, sino de un pueblo muy secundario de una provincia. Le acompañé en todas sus correrías, y naturalmente, aunque era imposible enseñarle en tan poco tiempo la capital, para que á lo menos pudiese decir que habia visto algo, siempre que pasábamos por delante de alguna curiosidad, le llamaba la atencion para que reparase en ella. Pues ¿podrán Vds. creer que no conseguí recaudar de aquel alcorneque que levantase una vez siquiera la cabeza para mirar cosa alguna de las que yo procuraba enseñarle?—«Deje Vd. eso, hombre, me decia: deje Vd. eso: vamos al grano.» Y con su gorra de gran visera encasquetada hasta las cejas, y parapetado contra toda *emocion* con su gran capa de paño recio como tabla, proseguia su marcha á paso redoblado, tirándome del brazo, como si le incomodase que viese yo lo que á él no le daba la gana de ver. — Este es el *patriota* superlativo, lo sublime del género. De esta casta de *Españoles fuera de España* salen los que de vuelta en su patria dicen muy ufanos estas y otras sándias fanfarronadas: «He estado ocho años en Londres y tengo el gusto de haber vuelto sin saber una palabra de inglés»—y se lo celebran ellos á sí mismos como si hubieran hecho una gran cosa. Escusado es añadir que lo mismo que en punto á lengua, han aprendido en todo lo demas; burros salieron de España y archiburros vuelven á ella. La especie es muy numerosa. Si esta clase de hombres supiese de versos y fuese capaz de comprender la poesía de su situacion, deberia adoptar por divisa y tener siempre en los labios este bellísimo pensamiento de D. Alberto Lista:

¡Feliz el que nunca ha visto
mas rio que el de su patria,
y duerme anciano á la sombra
do pequeñuelo jugaba!

Tan cierto es que no hay cosa que no pueda poetizar un claro ingenio, y que toda medalla tiene dos caras, diametralmente opuestas, fisicamente siempre, moralmente muchas veces, como en este caso. Por un lado vemos un tonto, por otro un filósofo.

No son tan opuestos á estos los caractéres distintivos del *cosmopolita* como pudiera inferir un observador superficial: una profunda incapacidad de parte del sugeto es la base esencial de estas dos *entidades*. El cosmopolita no admira lo bueno

de los estranjeros porque es bueno, sino porque es de los estranjeros, y prueba de ello es que igualmente admira lo malo. Sin embargo, en no llegando á las exageraciones de este carácter, alguna vez se encuentran en el tipo cosmopolita individuos de talento, aunque verdaderos monomanos: en algunos la aversion á su pais llega á ser una especie de enfermedad,—lo opuesto á la proverbial *murriña* de los gallegos. Los ha habido que se han ahorcado al llegar á Irun, entrando en España. Para estos, ya se sabe, hay frases consagradas que les repetirán á Vds. siempre que venga á cuento:— *Madrid es un corral de vacas*:— *En España no se puede vivir.* — *La Europa llega hasta los Pirineos.* — *En España tres y dos no son cinco:*—y otras *barbaridades* de este jaez. Lo peor, lo realmente imperdonable, es que suelen repetirlas, por un efecto de la costumbre ó por echarla de despreocupados, delante de los estranjeros. Asi consiguen dos cosas; hacerse despreciables á los ojos de estos y odiosos á los de sus paisanos. La Bolsa es el recurso de la mayor parte de estos cosmopolitas.

Este tipo suministra el fondo no despreciable (por su número, se entiende) de los Españoles decidida y perdurablemente establecidos fuera de España. De estos, unos se naturalizan en el pais que mas les agrada y no vuelven á acordarse del suyo mas que para renegar de él; otros, sin llegar á este estremo, emplean todos los ardides imaginables para no volver á España: nuestras revueltas políticas. la funesta instabilidad de todas nuestras instituciones son la causa ó el pretesto de esa invencible aversion que manifiestan á vivir en su pais. La verdad es que en ellos predomina un grosero egoismo, y que no quieren pagar el tributo de amor y de servicios que todo ciudadano debe á su patria. Los hay que se quejan de la *instabilidad* de nuestras cosas, y que todavía en este momento estan cobrando à la sordina en tal ó cual capital estranjera, que pudiéramos nombrar, el sueldo que les señaló hace diez ó mas años un ministro amigo para ir á desempeñar una comision que jamás desempeñaron y que maldita de Dios la falta hacia que se desempeñase: estos viven solapadísimamente, como tristes *abusos* vergonzantes, no salen à las calles mas que al anochecer; siempre van con ademan cauteloso; sombrío:— su idea fija es hacerse olvidar, — que nadie pieuse en que existen, — mas que el banquero pagador de las comisiones inútiles.

Del tipo *sensato* es muy poco lo que hay que decir: su carácter distintivo es un constante anhelo de ver introducidas en España todas las cosas buenas que ve y francamente admira en los paises estranjeros. Entre sus paisanos, lamenta con calor, alguna vez con exageracion, el atraso y las miserias de España; ente franceses é ingleses, habla de su patria con decoro y con cierto respeto filial, sin consentir que nadie la insulte: su máxima favorita es este aforismo de Napoleon: *Il faut laver son linge sale en famille.* Literalmente: «La ropa puerca debe lavarse en casa.»—En su sentido figurado, no es fácil traducir en toda su patriótica energía esta espresion proverbial. Mis lectores deben conocer muy bien este tipo, pues los supongo pertenecientes á él, como cree serlo el que tiene el honor de suscribirse su muy atento y S. S. Q. B. S. M.

EUGENIO DE OCHOA.

EL RETIRADO.

Era una tarde de febrero, en que la anticipada primavera de los campos de Estremadura baja preludiaba en las márgenes del Guadiana el suave concierto de sus embalsamadas brisas. Declinaba el dia en las fronteras portuguesas, y comenzaba á percibirse el misterioso ruido de la alegre ciudad vecina, que abandonaba sus tareas cuotidianas, mientras en la campiña parecian responderle en coro el metálico son de las esquilas y campanillos de mulas y bueyes que iban á soltar su acostumbrado yugo, y el monótono balido del ganado, que tornaba á sus rediles, junto con la robusta voz de los labradores, que saludaban al crepúsculo con sus rústicas melodías.—Yo depositaba en mi corazon este armonioso ruido, como otros tantos manantiales de mis futuros cantos, tal vez uniendo á los ecos de la tarde mis amantes suspiros, tal vez intercalando en ellos alguna meditacion filosófica, albergando por este medio en mi hospitalaria lira las encontradas huestes de las milicias clásica y romántica.—Cosas todas, que probablemente importarán bien poco al lector, pero que yo necesito decirle, si quiere reunirse amistosamente conmigo en el sitio y á la hora de presenciar

una escena, que en cierto modo vino á interrumpir mi poético arrobamiento: y no porque el objeto de aquella deje de ser bastante poético en sí mismo, sino porque precisamente entonces me dió á mi la tentacion de mirarlo por su lado prosáico, presumiendo quizás habia de llegar un dia, en que varias poderosas razones me obligáran á describirlo en prosa tan desaliñada y soporífera, como ya se habrá echado de ver.

Figuraos, lector, que lees, y editor que pagas; figuraos, repito, que se trata de un buen hombre seguramente no tan mozo que pudiera llevar con el debido donaire una faja de general de los ejércitos españoles, si bien no precisamente tan viejo que pudiera ser un digno colaborador de los padres conscriptos del año 12; con un pie, como si dijéramos, en el término del octubre, y otro en el principio del noviembre de su vida.—El brillo de sus ojos era demasiado vivo para dudar que animaba su luz un cúmulo de recuerdos tan religiosa como ardientemente conservados en su memoria, á la par que la agitada ondulacion de su pecho revelaria conservarse aun lozano en su hueco el gérmen de fogosas pasiones, sino se supiera que el frio de las vigilias pasadas y la ruda inclemencia del hambre presente le habian producido un asma tenaz, que era lo que ocasionaba aquel penoso esfuerzo en su respiracion acompañada de cierto murmullo sordo, semejante al del hervir de una caldera.—Al mirar su cabello espeso y entrecano, su frente á trechos rugosa, sus mejillas casi angulares, sus manos nerviosas y descarnadas, si bien en cambio guarnecidas por una sobrepiel de vello cerdoso; al oir el bronco metal de su voz trémula y entrecortada unas veces, como la de ministro interpelado, segura y enérgica otras, como la de un sargento de granaderos; al contemplar en fin aquella incongruencia de facciones y de modales, que tan pronto revelaban una virilidad prematuramente desgastada por fuertes sensaciones, como una vejez en lucha con la agonía de la virilidad, diriais que era el Judio Errante.

Pero apartad la vista por un momento de estos caractéres problemáticos: fijadla en su cumplida talla ligeramente modificada por una escasa curvatura, que pone en completo divorcio con su descarnado espinazo el talle de un enorme casacon azul turquí en otros tiempos, de escaso cuello en conversacion con el hombro, bocamanga de paño carmesí al parecer, como el del cuello, prolongada desde las yemas de los dedos hasta muy cerca del codo, de cintura perfectamente circular con su ribetito carmesí tambien, y formando dos ángulos obtusos con el faldon largo y estrecho á manera de bacalao, por cuyas orillas se estiende el susodicho ribete, si bien con un ensanche progresivo desde la pelvis á las corvas ó mas abajo, que es su centro natural de gravedad. A este cuerpo así ataviado añadid ahora unas piernas, donde predominan el sistema huesoso y zancudo, cubiertas, como palo de manga parroquial, con unos pantalones (*calzones* le llama siempre el interesado) de holgada pretina, cuyos puntos diametrales arrancan en mitad de la espina dorsal por detrás y en la punta del esternon por delante, y cuyas dos secciones perfectamente cilíndricas apoyan sus bases respectivas en otros dos botines, que en invierno son de paño negro

con botones de hueso blanco, y vice versa, en verano, que suelen ser de lienzo blanco con botones de hueso negro.—Examinad luego esta individualidad por sus estremos, por su cenit y nadir—hallareis en sus pies zapato de robusto becerro con un tacon igual á la cuarta parte de la profundidad geométrica de su triple suela, y rematado por su delantera en una mal llamada punta, que con razon pudiéramos llamar semicírculo.—Esto en cuanto á su estremo inferior: seguid ahora vuestro exámen en escala ascendente, si quereis encontrar el signo verdaderamente característico de nuestro personaje. No os pareis en el ancha trampa de sus ya descritos pantalones: no os detengais en la trabajosa tarea de descifrar el roido letrero de los ya cobrizos botones de su casaca: mirad siquiera de paso la única charretera, no ya pendiente, sino amarrada en su hombro izquierdo, como la uña de un galápago en la arena, y de color ya de calabaza ahumada: dejad en paz su inflexible corbatin de baqueta..... Id mas arriba, mas arriba.

Allí se ostenta como en el trono de Marte una fórmula sagrada de mejores tiempos, un geroglífico, que vale toda una historia, un verdadero lábaro recien profanado en nuestros dias por un capricho de la moda, una escarapela en fin, que asi se parece á un tomate escachado, por seguir la frase vulgar, como á una moña de bolero, por seguir la frase mia. Esa escarapela, que miró con espanto mas de un enemigo, esa escarapela, compañera amorosa y eterna amante de su dueño, que bajará con él al sepulcro, esa escarapela es el inapreciable ornato, es la diadema que brilla, no en la corona, pero si en el mugriento y alimosquino sombrero apuntado (en el lenguaje de su dueño se llama de *tres vientos*) verdadero monumento arqueológico, y que, si ya la pintura no se hubiera apoderado de él para revelarlo á las futuras edades, podríamos determinar, comparándolo á una piragua empavesada.

Figuraos, pues, este armonioso conjunto de sustancia y accidentes, que son tal vez la sustancia misma, y hallaréis la verdadera efigie de nuestro ambiguo personaje.—Si las señas dadas no os bastasen para conocerlo, tampoco me cogerá de susto—y prueba de ello el cuidado que he tenido de anunciaros ¿quién es? en el epígrafe del artículo presente, siguiendo en órden inverso el ejemplo de aquel pintor de brocha gorda, que escribia por bajo de su mamarracho: «este es un gallo, señores.....—»

Volvamos á nuestro hombre y á nuestra escena.—Hallábase aquel en el lugar y á la hora, que ya hemos dicho, pacífica y muellemente sentado á la orilla misma del rio.—De hablaros poéticamente, diriaos yo que buscaba tal vez en el espejo de las ondas la imágen amiga de sus bellos recuerdos juveniles; pero esto nunca pasaria de ser una conjetura tanto mas inverosímil cuanto que recae sobre un hombre, que pesca con caña, ocupacion á mi ver la mas prosáica del mundo, y ciertamente no la mas favorecida por el vulgar adagio.—Con caña pescaba, pues, nuestro hombre, sujetando entre sus rodillas el estremo citerior de aquella inocente máquina, mientras ocupaba sus manos en la para él complicada y entretenida obra de hacer su acostumbrado cigarro vespertino.

Sorprendiéronle mis curiosas investigaciones, cuando comenzaba á picar su trozo, gordo como un cable, de tabaco negro con el mellado filo de una navajita de hoja corva y cabos blancos, que hacia treinta años conservaba, como recuerdo, sabe Dios de qué y de quién: y apenas dió cima al laberinto de vueltas y revueltas con que agitaba el tabaco, el papel, la navaja, las manos y los ojos para confeccionar con la debida perfeccion lo que él llama *su tranca*, cuando le ví sacar de una bolsita de badana hecha á manera de alforjas, el minucioso aparato de piedra, yesca y eslabon, que necesitaba para poner en ejercicio su ambulante chimenea.

Parecióme aquel el momento crítico de entablar con él un diálogo, que yo deseaba, y para darle comienzo en algun modo, me ocurrió preguntarle por qué en vez de aquella lenta y embarazosa operacion de *echar yescas*, no usaba de la breve y sencillísima de encender un fósforo?—Miróme con vista escudriñadora y un si es, no es mezclada de reconvencion; pero reponiéndose inmediatamente, y adoptando aquel esterior medio áspero, medio jovial que le hace tan misterioso, me contestó con cierta risita desdeñosa: «Hem! yo siempre he gastado esta táctica, amigo: moro viejo no aprende lenguas.»—Esta respuesta significativa y compendiosa debió haberme hecho entender que toda réplica mia, por suave que fuera, habia de llevar envuelto algo, que ofendiese el amor-propio de mi interlocutor; pero precisamente yo tenia toda esa petulancia de la adolescencia tan intolerante quizá con las viejas prácticas, como la vejez lo es con las nuevas, y á trueque de echarla de hombre, que podia habérselas con el mas pintado en materia de reformas, hice todo lo posible por empeñar una polémica, para cuya decision escaso ya de razones que oponer á mis argumentos un tanto escolásticos, me dió mi contrincante las dos poderosas siguientes: 1.ª que sus abuelos habian encendido sus cigarros con yescas, y que el fósforo era una invencion venida *de estranjis*: 2.ª que aquellas yesquitas le habian servido *en tiempos que allá van* para encender candela en muchos campamentos, y que con yescas en fin habia dado *jumazo á muchas zorreras*.

«Poder de Dios!—dije yo entonces para mi chaleco, siguiendo los humillos de filósofo que tenia—hé aquí la generacion que nace, en lucha con la que muere; la civilizacion presente en lucha con la pasada; las ideas en guerra con los recuerdos; la fuerza de las preocupaciones con la ley de las conveniencias.»—Ahí está un hombre, que prefiere una yesca á un fósforo, porque entre otras cosas le ha servido tal vez la primera para sepultar entre las llamas algunos soldados franceses.—Decidle que hizo mal: decidle que fué cruel ó cobarde; y á ambas recriminaciones os contestará satisfecho, primero, enseñándoos cien cicatrices ganadas en mil combates, y añadiéndoos despues: «En paz estábamos en nuestra casa y sin meternos con nadie, cuando vinieron á tentarnos la paciencia: nos atacaron como viles; y nosotros los rechazamos como pudimos—todos los medios de defensa eran legítimos contra tan injustos invasores.....» ¡Oh! dice bien ¡vive Dios! el hombre de la casaca vieja y el sombrero mugriento.

Al menos yo entonces nada pude contestarle: mirélo, no sé ahora si con

respeto ó repugnancia; sé que no fué con odio.—Despedíme de él, proponiéndome recoger noticias de su vida, que son las que te doy, lector amigo.—Aunque creas leer la historia de un individuo, tómate tú el trabajo de diversificar cuando te plazca, algunos matices de su pintura: añádeles, si te parece, uno: quítales otro, y con poco que subordines tus modificaciones á un pensamiento fijo, te hallarás en la historia de un individuo la de una clase, y el bosquejo de una época entera.

Si en el año de 1801 hubiérais pasado por un pequeño lugar de Andalucía, quizá hubiérais visto jugando con aire bullicioso á la puerta de la humilde casa que habitaba el párroco de la aldea, un chicuelo como de diez á doce años, que pasaba sin oposicion por el único sobrino del buen cura, que lo habia recibido como esclusiva herencia de un bravo militar.—Crecia el pobre huérfano bajo la tutela paternal del bondadoso sacerdote y el yugo madrastril de la señora Teodora, que á fuer de ama de cura no podia en paciencia ver compartidas con el intruso muchacho las atenciones que antes ella monopolizaba, y los escasos bienes, de que no sin fundamento se habia juzgado siempre única y universal heredera.

En esta situacion vió venir el pobrecito huérfano su pubertad entre las lecciones de latin, los sermones en idem de su tio y los sopapos de la señora Teodora, que tan pronta estaba siempre á regañarle por la menor travesura, como á denunciarla á la autoridad de *su señor*, no sin una gratuita y considerable exageracion de su cantidad y calidad.—Verdaderamente el chicuelo no daba señas de haber nacido para podrirse entre las bayetas escolásticas ó en la celda de un convento; y harto claramente veia con dolor su buen tio la razon con que podia aplicarse á las tendencias de su rebelde neófito aquello de

Estudiante de dia
galan de noche?...
Malas trazas te veo
de sacerdote.—

No habia efectivamente muchacha linda en el lugar, á quien no hiciese un guiño el picaruelo, ni vieja á quien no quebrase el cántaro cuando iba á la fuente, ni mancebo de sus años, á quien no sacudiese el polvo en los egidos y callejuelas.—Reprendíale su indulgente tio con esa mezcla de dulzura y severidad, que en vano buscaríamos en el clero de nuestros tiempos, si bien el maldito muchacho le hacia soltar la risa á lo mejor del sermon con las gracias que ocurrian á su natural despejo, acabando por desarmarlo enteramente por la precision con que daba sus lecciones del Nebrija, y la exactitud con que repetia de coro el catecismo entero de Ripalda.—Especialmente, el dia que le *habia ayudado la misa* sin equivocar una coma, ya podia el sobrinillo desafiar la ojeriza sin treguas de la señora Teodora, y sus chismes y sus refunfuños.

Tan pacífica, dulce é inocentemente corrian las horas en el hogar del virtuoso

párroco, cuando un suceso tan inesperado allí, como en la España toda, vino á turbar aciagamente su quietud y su alegría.—Pálido y temblando de coraje y espanto entró un dia el alcalde del pueblo, agitando convulsivamente sus desencajadas facciones; y sin aguardar pregunta alguna, refirió con el enérgico lenguaje del mas violento encono la heróica hazaña de nuestros caros vecinos en la memorable jornada del *Dos de Mayo*.—Por la primera vez de su vida asomó la cólera en los turbados ojos del ministro de paz, y levantándose bruscamente despues de una breve pausa producida por el terror y la sorpresa, dijo con voz segura y profunda decision: «alcalde, es menester matarlos.»—El alcalde hizo con su cabeza un signo inefable de afirmacion: la señora Teodora hasta entonces callada, limpiándose una gruesa lágrima que cayó en su delantal, prorumpió con toda la estension de su gangoso acento en una interjeccion de anatema; y el ya adulto huérfano, que habia parecido estraño á aquella sublime escena, y no estaba sino absorto de ver tan inopinadamente exaltada la evangélica mansedumbre de su tio, pega un golpe repentino en la rodilla con su sombrerillo redondo, aprieta los puños en guisa de amenaza, y esclama con un énfasis indefinible de entusiasmo y de cólera: «tio, dice Vd. bien, es menester matarlos, hacerlos añicos.....»

Cuarenta dias despues salian armados con fusil y canana por los egidos de este lugar todos los mancebos que en él habian tenido su cuna.—Distinguíase entre ellos por su ingénita marcialidad y su traje, que parecia pedir licencia á los sastres de la aldea para llegar á ser el de un señorito de capital de provincia, un jóven de agradable fisonomía, en cuyo brazo se apoyaba, dando visibles muestras de dolor un anciano sacerdote, y en cuyos ojos claramente se veian señales de haber llorado.—Era el sobrino del cura, que respondiendo á la voz de su patria, iba á coger laureles en los campos de Bailen.... Bailen!! nombre tres veces santo, que pronunciaba desde su sólio, como un canto de victoria, el eterno defensor de los buenos, y el padre comun de los oprimidos..... Pero no estoy escribiendo una epopeya, sino la historia de un veterano.

Escusado me parece decir que el escolar recluta se batió con bizarría en aquella memorable jornada, porque en ella hubo todo, menos cobardes:—lejos de eso, mereció particulares atenciones de sus jefes inmediatos, que no solo le anunciaron desde luego rápidos adelantos en su comenzada carrera, sino que para justificar inmediatamente sus pronósticos, le dieron sobre el campo de batalla la *vara* de cabo segundo.—Y hé aquí dentro de breve tiempo al sobrino del cura trocando su modesta chaquetilla negra por la casaca de dos colores, su *chapeo de la tierra* por la *gorra de chimenea*, y en vez del báculo pastoral que su tio le predestinaba, ostentando con toda la inocente vanidad del recluta su *chafarote* de granadero y su cigarrazo de *hombre crudo*; tan dispuesto á llevarse por delante *los ojos de una morena* como las barbas de un *perro gabacho*.—Al cabo de un mes de servicio estaba ya tan enterado en las *mecánicas*, tan diestro en el manejo de su *chopo*, tan estimado por su exactitud, y tan celebrado por sus inofensivos chistes, que no habia cabo de su regimiento, que no quisiera *echárselo*

por su camarada, ni camorra en que no terciase con éxito para *poner en paz á la gente*, ni cantinera, que no le guardára lo mejor de sus repuestos.—Siempre alegre, siempre animoso, en la fortuna próspera y en la adversa eran verdaderamente ejemplares su paciencia y su alegría.—Cuentan sin embargo que despues de leer alguna que otra carta, que de higos á brevas recibia de su hogar adoptivo, anublaba su frente alguna que otra sombra de tristeza; pero se le veia volver de pronto, y cerrando su carta con calma, decir con humos de escéptico: «Pobre Dolorillas! Dios te provea.» El pobre recluta habia amado, amaba quizás todavía; pero este amor estaba en suspenso, porque necesitaba de todo su corazon para odiar á los franceses.....

Nos hemos detenido con complacencia en describir estos detalles que tenemos (con perdon del lector) por característicos del hombre de las yescas y de la caña de pescar, porque esta pintura de entonces es bello bosquejo del triste cuadro de ahora, y queremos, apurando la hiel del segundo y gozando en las imágenes del primero, ensayar un canto de gratitud en medio de nuestros dias de miseria.

Si el biógrafo simple ó el simple biógrafo pudiera impunemente invadir el terreno del historiador, yo os contaria ahora todos los encuentros y batallas, retiradas y escaramuzas, marchas y contramarchas, en cuyo vario suceso fué ascendiendo nuestro héroe de cabo á sargento, y de sargento á oficial; pero hay una peripecia en el drama de su vida, mas importante que el drama mismo, y que puede contárseos en dos palabras, diciéndoos, que de oficial pasó á marido de la linda lugareña su paisana, cuyas cartas frecuentes no le habian dejado olvidar una deuda de honor, que habia para con ella contraido antes de comenzar sus campañas, y que se apresuró á satisfacer cuando arrojados ya los enemigos de su patria del lado allá de los Pirineos, sintió su brazo inerme y su corazon sin odio. —Prematuro fruto de su amor habia sido una preciosa niña, que creciendo en belleza y en virtudes durante su ausencia, tenia ya bastante edad cuando la boda de sus padres, para ver claro el remiendo que se echaba al honor destrozado de su madre vindicada.—Ligado ya con tan dulces vínculos, mil veces estuvo á punto de pedir su retiro aquel soldado de la Independencia y de la Monarquía, creyendo que para nada necesitaba ya su brazo la España constitucional; pero el recuerdo de sus recientes hábitos, *el amor al servicio*, que no le habia pagado mal sus nobles afanes, y la esperanza tal vez de su futuro medro lo arrastraron de nuevo á aquellas filas, que *Fernando el Deseado* habia visto combatir por su libertad desde las ventanas de Valencey, y que poco despues estuvo á pique de saludar con el nombre de *traidoras* porque habian jurado *aquella cosa*, que por lo visto no era muy del agrado de S. M.

Seis años pasó nuestro veterano en la sedentaria ocupacion de guarnecer las plazas que habian presenciado en otro tiempo su bizarría, sin otro pasto á la doble actividad de su cuerpo y su espíritu mas que instruir reclutas por el dia y contar batallas por la noche.—Esta inaccion tormentosa para él, junta con el temor de estancar su carrera en el estrecho círculo de un pobre alferez, lo decidió á solicitar

bandera para embarcarse á América en busca de trancazos y de ascensos que constituyesen el futuro patrimonio de su hija, ya entonces huérfana de madre.—Pero desgraciadamente su ejército espedicionario dió en decir, que no se le antojaba sulcar *el pérfido elemento*, y se decidió por meterse á restaurador de *las libertades patrias*.—El pobre alferez dió tambien en decir á su vez que aquello era una insurreccion, un negocio que no estaba arreglado á la ordenanza, y yo no sé cuántas cosas mas.... en fin; le dieron su licencia absoluta, y lo condenáron á morirse de hambre en nombre de la libertad, y lo que es mas chistoso, de la disciplina.

Cuando tornado á su lugar, se oyó llamar *servil* en los brazos mismos de su hija, apenas comprendió la significacion de una palabra, que no habia oido en Bailen, ni en Arapiles, ni en Zaragoza, ni en la Albuera, ni en ninguno de los hospitales donde habia pasado dias de dolor y noches de insomnio.—Chocábale no menos que se llamase *pueblo* aquella coleccion de individualidades, que él habia designado siempre con el pacífico epíteto de *paisanos*, y de ningun modo alcanzaba á esplicarse cómo podia pasar á su lado sin saludarlo siquiera el alcalde de su pueblo, ni mucho menos podia comprender por qué vestian uniforme y se juntaban á manera de soldados aquellos buenos de sus vecinos, á quienes nadie habia tomado la filiacion, y que ni recibian prest ni vestuario, ni comian rancho, ni oian leer las leyes penales, ni etc., etc., etc. Reíase el pobre hombre, como lo hubiera yo tambien hecho en su caso, de ver aquellos arranques de soldado y paradas de tonto, que sus compatricios tenian en aquellas evoluciones, que, á manera de academias escolásticas dominicales ensayaban los dias de fiesta en las plazas y en los egidos, si bien no podia mirar tan pacientemente las patrióticas borracheras, con que á fuer de *liberales netos remojaban la primera guardia* que hacian para no *guardar* maldita de Dios la cosa, y que ordinariamente acababan por ir á cantar á la puerta del *pícaro servil* aquel melodioso y filantrópico trágala, hijo natural del *Zurriago*, y primo hermano de las arengas y los motines.

Natural era que el soldado de la independencia desease con todo su corazon el término de aquella barahunda, que ni comer, ni dormir le dejaba con descanso; y lo que aun era para él mas tormentoso, ni contar el ingénuo relato de aquellos grandes hechos, que producian y eran á su vez producidos por el Código de Alcalá Galiano y de Argüelles, pero cuya memoria debia estar sin duda muy gastada á la reaparicion del Código de Argüelles y de Alcalá Galiano. —Afortunadamente para el vizconde de Chateaubriand, y desgraciadamente para nuestros tribunos de café y nuestros periodistas de bohardilla, se encargó Fernando el Deseado de decir que todo habia sido broma, y que aquello de *marchemos por la senda* no se entendia con su real Magestad: y volvió á nuestro retirado aquella paz sabrosa, que en el oscuro hogar de su pobre casa debia ser ya el único reposo de sus fatigas y el único precio tambien de sus victorias.—Pero estaba decidido que la suerte habia de maltratarlo, y hé aquí que sus buenos paisanos de la noche á la mañana se truecan de *voluntarios nacionales*, en *voluntarios realistas*; y conforme los habia de dar la borrachera

por no acordarse para nada del retirado, les dá por ir á su casa, cogerlo en andas y volandas y magullarle los huesos de puro entusiasmo en nombre de la religion y del trono.—Estas fatales simpatias lo designaron desde luego por capitan de una compañía de la nueva milicia farsante; y él, que no toleraba farsas en asunto de milicia, cometió la imprudencia de decir que *aquello era tan barullo como lo otro, y que redondamente* no le daba la gana de conducir á la victoria (es decir, á la taberna) á aquella guardia pretoriana del *amigo Tadeo*. No era menester mas para hacerse reo del epíteto de *negro*, y para que en lugar del *trágala* oyese zumbar á su alrededor constantemente aquella *pitita*, sublime parto del ingenio musical, cuyas notas cadenciosas pasaban ahora por las mismas gargantas y casi, casi con el mismo tono del susodicho *trágala*. Pero como el reinado de este no duró mas que tres años, no tuvo lugar para gastarse, y asi lo mortificó hasta la segunda venida de nuestros caros aliados; y como esta venida era para el soldado de la independencia una infamia como otra cualquiera, y una invasion, que tenia con la pasada un parentesco, lo menos de afinidad, estuvo á punto de bendecir el trágala que le cantaban *los españ'es*, y maldijo con todos los votos é interjecciones, que habia ya casi olvidado, la *pitita*, que se cantaba á la sombra y bajo la proteccion de los franceses, jefes por otra parte de la civilizacion Europea, segun su modestísimo lenguage.—Pero los franceses se fueron, y los españoles, que no se fueron, creyeron que era mas oportuno ahorcar que cantar, y la *pitita* fué hundiéndose poco á poco en el insondable abismo del tiempo.—Los realistas descansaron en el seno tutelar del altar y del trono, dejando á los dos el piadoso encargo de *limpiar á la monarquía de pícaros revoltosos* y de Jacobinos herejotes.—Entonces nuestro retirado libre ya de canciones, de soldados de papel, y de acriminaciones diversas pudo organizar el plan de su vida, que siguió constantemente, y que verdaderamente constituye en toda su subsistencia y accidentes el personaje de la caña y de las yescas.

Empezó por meter á su hija en un convento, fiel á la estraña vocacion, que habia visto despertarse en ella, y contento tambien hasta cierto punto por librarse de los cuidados, que en un padre celoso y bien nacido produce la vigilancia de una hija linda y moza, huérfana de madre.—Como este acontecimiento le robaba todo el auditorio de aquellas relaciones, que formaban su encanto, y cuyo asunto identificado con su vida conservaba íntegros sus hábitos militares, pensó en procurarse un círculo de curiosos, que le prestasen atencion y avivasen sus recuerdos.—Ninguno se le ofreció tan halagüeño y verdaderamente simpático como la pequeña tertulia cuotidiana de la única botica de su lugar, cuyo regente á la circunstancia doble de boticario, y de único, juntaba un humor alegrete, y un genio arriscadillo y picante—habia sido practicante de cirujía en la campaña de la independencia, y ya conocerá el lector que semejante título era una gran recomendacion para el pobre Alferez retirado.—Proveyóse este para la asistencia de su estrecho cuarto y mesa escasa de una cantinera de aquellos mismos tiempos, la cual, *moza de rumbo* cuando Dios queria, habia llegado á ser vieja, prueba fatal é inevitable del femenil orgullo, que tiene para mí ahora la ventaja de abonar

desde luego la castidad de nuestro héroe.—Pero como esta compañera de sus glorias y fatigas no estendia sus funciones mas allá del umbral doméstico, quedó bajo el dominio del retirado la compra de sus frugales alimentos, que, cenacho en brazo, y embozado en su capa heredada por derecho de abolengo, iba á rebuscar todas las mañanas en el mercado, no sin haber oido antes su misa de alba, evidente prueba en nuestro juicio de que por él no habia entrado un solo resquicio de luz de ninguna de esas luces que los hijos de los Españoles de 1808 comenzamos á difundir en 1820.—Una visita á su hija la monja, su comida á las doce en punto, un paseo solitario por los olivares de su pueblo, su rosario vespertino, y su tertulia nocturna hasta las nueve ó diez de la noche en que se retiraba á descansar... hé aquí el cuadro completo de la vida del Retirado, tal como era, tal como se complacia él de que fuese, cuando lo conocimos por vez primera pescando y echando sus yescas.—Vida uniforme, metódica y tranquila, que solo turba mensualmente el aciago dia en que yendo á la capital de su provincia á recoger alguna paga, tropieza con un escribiente que le dá en los hocicos con la puerta de su oficina, ó topa luciendo galones y acaso fajas de general á alguno de sus antiguos camaradas, que mas feliz ó menos honrado que el triste alferez, ha comprendido cuánto vale emanciparse á tiempo de una disciplina asaz rutinaria y monótona, ó esgrimir la vencedora espada en uno de estos arranques de heroismo y ensayos de grandeza que nos han traido las respectivas muertes y resurrecciones del Código de Argüelles y Alcalá Galiano, conocidos con el nombre de *pronunciamientos*.

APÉNDICE A ESTA NOVELA HISTORICA.

Pasaba yo un dia del año de 1840 junto á una casa de humilde apariencia, sita en un barrio oscuro del primer pueblo que al lector venga en mientes.—Al llegar á la puerta, vi bajar dificilmente por una estrecha escalera dos hombres, que parecian dependientes del hospital de Caridad, conduciendo un mugriento y desentablillado ataud, el cual nadie creeria ciertamente que llevaba en su hueco el cadáver de un hombre y los restos de un cristiano.—Mientras veia yo alejarse tan triste espectáculo sin mas accesorios ni otro cortejo, que los que llevo dichos, oí lamentarse con el mas profundo acento de desesperacion dentro de la casa mortuoria á dos mujeres.—Por un movimiento involuntario de compasion mezclada con algo de filosófica curiosidad, subí yo á mi vez por la escalerilla que acababa de dar paso al féretro; y llegado que hube á un cuartucho desmantelado y sombrío, hallé abrazadas á una vieja casi llena de harapos y á una jóven miserablemente vestida, que eran las que formaban el fúnebre concierto de gritos y esclamaciones que me habian llamado la atencion.—Trabajo me costó hacer que llegase á fijar la suya en mi la jóven doliente para que recibiese el escaso don, que yo podia hacer á la mendicidad y al infortunio.—«Gracias, señor, me dijo la infeliz recibiendo sonrojada mis auxilios; al menos podré consagrar un piadoso sufragio al eterno reposo de un viejo desgraciado, que

baja al sepulcro sin mas compañía que sus cicatrices ganadas en el campo del honor, y las lágrimas de una esposa de Jesucristo, que de la miseria de su clausura ha venido á compartir la miseria del lecho funeral, que una patria ingrata ha reservado á mi desgraciado padre!—Consolé, cómo pude, á esta pobre huérfana que Dios eligió por suya, y á quien el progreso de nuestras luces habia robado el escaso sustento, que la mantenia en su retiro.—Salí de allí: salí llorando.

GAVINO TEJADO.

EL PORTERO.

¡Dichosa *edad* y *siglos dichosos aquellos* en que cumpliendo el hombre con el fin que el cielo le ha señalado, no conocia ley que menguase su libertad, ni respeto que enfrenase su albedrío, ni pretensiones que le trajesen desasosegado, ni otros deberes para con los demas que los que la naturaleza ha prescrito á cada cual, mostrándole la razon por guia y por consejero la conciencia! No se habian inventado aun las palabras de *sociedad* y *civilizacion* para denotar el martirio de la tirania y el hipócrita disfraz del vicio; no se encubria el fraude con la generosidad, la lisonja con la franqueza, la envidia con la alabanza: el poderoso no abusaba entonces de la credulidad del desdichado, ni le hacia servir á los caprichos de su orgullo; todos se creian iguales, y por esto eran todos venturosos.

Quizá del olvido de este principio provengan nuestras presentes calamidades; aunque si por las dichas de la especie humana se ha de conjeturar, la igualdad que reinaba entre sus individuos, bien se puede decir desde hoy que esta jamás ha existido: á no colocarla en la edad famosa de oro, que tan bien pintó don Quijote, inspirado por la contemplacion de unas bellotas, y que tan mal he escrito yo, queriendo recordar su razonamiento. Con todo, el proyecto de degenerar el mundo y hacer venturoso al hombre no debe ser caso desesperado, cuando hay filósofos que en dos paletas nos devuelven todas las dulzuras perdidas

en la manzana del paraiso. En Francia, sin ir mas lejos, tenemos un nuevo apóstol que trata de redimirnos de la vergonzosa esclavitud en que nos hallamos; no es menester citar el nombre de Lammennais, porque seria entrar en personalidades; tampoco es del caso esponer los fundamentos de su doctrina; baste saber que el dia en que se realice su pensamiento (y no debe ya estar lejano) será de juicio para la tierra. El magnate y el mendigo verán igualadas sus fortunas en la balanza de la justicia; quedarán proscritas para siempre las calificaciones de pobre y rico; todos nos mirarémos como hermanos, y los bienes acumulados ahora en las manos del avariento, serán patrimonio comun de cien familias y propiedad de otros tantos menesterosos.

¿Qué será entonces de esta civilizacion que tanto decantamos, de esta ilustracion moderna á que seguramente no llegaron jamás ni el Egipto, ni Grecia, ni Roma en sus mejores tiempos? Diránme, y no se podrá negar, que en semejante estado el progreso de la civilizacion tocará ya á su apogeo; que no es dable mayor *perfectibilidad*; que desaparecerán para siempre la esclavitud y la servidumbre, los privilegios y la tiranía. Yo acepto desde luego el sistema y sus *consecuencias*; pero hablemos claro: ¿cómo nos vamos á componer entonces? ¿andarémos todos á pié, ó serémos todos gente de carruaje? En el primer caso, si el zapatero es igual á mí, ¿con qué derecho le mandaré que me haga calzado? ¿y quién será mi cochero, si el asturiano mas záfio ha de ser persona tan acomodada como yo mismo? Por otra parte, ¿de qué servirán estas casas que diariamente y con tanta priesa edificamos? ¿Quién ha de ocupar la *aérea* guardilla y los pisos inferiores, si todos habrán nacido y tendrán para habitar en los principales? La respuesta que puede darse á estas objeciones, yo me la sé, y la callo, porque lo mejor es dejarse de desvarios, y hablar del asunto que me he propuesto con la gravedad que requiere el caso.

Un sér hay entre los racionales que prueba mas que ninguno lo civilizada que se encuentra la generacion presente, no porque él haya hecho progresos intelectuales ó mejorado su condicion bajo ningun aspecto, sino porque lleva en sí un indicio de civilizacion, y por haberse multiplicado hasta el infinito. De él se pudieran decir estupendas cosas, tratándose de negar la importancia que le da la sociedad; seria fácil, por ejemplo, demostrar hasta la evidencia que es el representante de todo sistema negativo, porque está colocado en el mundo para ser el intérprete de innumerables prohibiciones; que es la personificacion de la paradoja, porque se le cree útil para algo, y realmente lo es para nada, dado que su ocupacion es no hacer nada; en suma que su organizacion pudiera reducirse á un ojo para ver, y á un dedo para negar, ó cuando mas para indicar una direccion; todos los demas miembros y órganos de que se compone están en él de sobra, ó como si dijéramos, para ornato.

Este sér, señores mios, si ya no lo han Vds. adivinado, es el *Portero*. San Pedro dicen que lo es de las moradas celestiales, mas yo siempre lo he puesto en duda; al fiel servidor de Cristo, al pontifice mas insigne de nuestra iglesia ¿habia Dios de haber dado un cargo tan miserable? Los gentiles dejaron abierto

el acceso de su Olimpo, y solo en el Averno pusieron esa especie de vigilante; mas lo reputaron tan vil oficio, que emplearon en él á un perro, como para significar que no era digno ni aun de los condenados. Verdad es que en el gremio porteril hay diferentes categorías, pero todas se dan la mano, diferenciándose únicamente en la esterioridad mas ó menos lucida con que la fortuna las ha marcado: este signo adoptarémos pues para conocerle bajo cualquiera máscara que se encubra ó metamórfosis que haya esperimentado; y para proceder al mismo tiempo con órden y claridad en este exámen, comprenderé todas sus diferencias en dos especies distintas, tomadas, como queda dicho, de las ideas de rusticidad ó finura que sugieren á primera vista. Entra pues desde luego en lid

EL PORTERO DE ESCALERA ABAJO.

Especie de insecto ó golondrina, que anida en los zaguanes, al pie de las escaleras casi siempre, y por lo comun en un zaquizamí, donde ó no penetra la luz del dia, ó solo logra colarse por algun resquicio. Es hombre de larga historia. Pasó su juventud en la campaña del Rosellon y en la guerra de la Independencia, sirviendo al rey de soldado; tomó la licencia absoluta cuando le comenzaban á flaquear las piernas, y se retiró al pueblo de su naturaleza para devorar los 3 rs. escasos de pension diaria que sacó por recompensa de sus hazañas y servicios. Casóse con una paisana por quien habia penado en otros tiempos, de la que tuvo sucesion presta y numerosa; y viniendo la revolucion del 20, y empezando á escasear las pagas, y creciendo los chiquillos en años y en necesidades, echó sus cuentas consigo, y resolvió trasladarse á Madrid, remedio de todas las cuitas y mina de todas las ambiciones. La mujer con un cantarillo de agua y él con un puesto de piedras de chispa y yesca, fueron bandeándose como Dios les dió á entender, sin tomar parte en el entusiasmo de la época, aunque sí en la caida de la lápida, de la que recogieron algunos restos para dar con ellos testimonio de su *acrisolada lealtad* á los triunfadores. Estos sin embargo se mostraron insensibles á sus votos y solicitudes, y andando el tiempo, y no acrecentándose por medio alguno los recursos del desventurado, hubo de apechugar con una vacante de mozo de cofradía que le vino sin saber por donde. Contrajo de resultas muchas y poderosas relaciones que al fin le facilitaron el logro de una portería, blanco de todas sus ilusiones, en la cual permanece ahora y permanecerá probablemente los dias de vida que le restan.

No siempre tiene el *Portero de escalera abajo* tan aventurero orígen. El cargo que desempeña puede considerarse á veces como la jubilacion del sastre remendon, del mozo de café, del criado de servicio, del lacayo, y otras profesiones *ejusdem furfuris*. ¿En qué vienen á parar sino los cocheros y lacayos de alquiler cuando el peso de los años no les permite ya guardar el equilibrio sobre la trasera ó el pescante? ¿Qué de males no sobrevendrian á la sociedad si

no tuviese en las porterías una especie de desaguadero por donde descargarse de los humores de aquellas gentes? Y por otra parte ¿á quiénes encomendar mejor la inspeccion de entrantes y salientes que á los que han pasado las tres cuartas partes de su vida zurciendo embustes, ó clavados en un asiento, ó fiscalizando hasta la menor accion de sus amos y protectores?

La vida que trae nuestro personaje es en un todo análoga á los principios que le han elevado á tanta altura. Asoma el alba por los balcones del Oriente, y dejando apresuradamente el lecho, empuña una escoba en la siniestra mano, y en la derecha una regadera; deja el portal lo menos limpio que puede; se desayuna y asea á su modo, y sentándose en un sillon rehenchido de cerda, da principio á las verdaderas funciones de su ejercicio. Saluda familiarmente á las criadas y fámulos de la vecindad que salen para la compra, y recibe los periódicos que le van entregando los repartidores; porque si bien él no sabe lo que es leer, ó sabe lo bastante para poder decir que nada saca en sustancia de lo que lee, ha hecho de modo que los repartidores se ahorren el trabajo de subir la escalera, y obliga á uno de sus hijos, si los tiene, y si no al del carpintero inmediato, á que le entere de todo lo mas notable que contiene cada uno de aquellos: primera utilidad que, sin apercibirse de ello, le prestan los benéficos inquilinos.

Vuelven de la compra las muchachas, y todas hacen escala en la portería, cuál para advertir que á tal hora vendrá fulanito á dar un recado, y es menester que se la avise con precaucion; cuál para encargar casa por estar aburrida de la miseria de sus amos; cuál en fin para dejar guardadas ciertas prendas de una prima suya, cuya procedencia ella solo sabe con alguna otra persona, y su dueño, que las anda buscando en balde. En retribucion de estos favores y corretaje de sus agencias hacen participante al buen Portero de las menudencias que en las cestas traen; y ¿creerán Vds. que de aquel tributo saca cuanto há menester para la pitanza de cada dia? Esta es otra utilidad que, sin saberlo tampoco, le dejan los inquilinos.

Si es casado, como lo son los mas, abdica en su mujer las funciones mas mecánicas y las relaciones con los sirvientes. Del farol de la escalera y de la luz que suelen pasarle, distrae una parte del aceite, la precisa no mas, para el consumo de su cocina; de los criados y nodrizas que acomoda, tanto en la casa como en otras de la circunferencia, percibe un tanto proporcional al salario porque se ajustan. Dotado de cierta perspicacia, y convencido de lo severo que por lo comun se muestra el escesivo celo, es complaciente con los domésticos é inexorable con los estraños. Vive eternamente pegado á la parte interior de la trampilla que sirve de antemural á su reducto, cosiendo ropa vieja, tejiendo zapatillas de orillo, ó labrando petacas de paja, que en todas estas manufacturas es un portento, y saca de ellas despues un jornal de algunos maravedises. A menor ruido que percibe, á la menor sombra que distingue, levanta la cabeza, y si el que pasa es desconocido—¿á dónde vá Vd.?—le pregunta.—Al cuarto segundo—replica el otro, y sigue subiendo el primer tramo.—Oiga: ¿sabe Vd. leer?—Sí señor.—Y ¿qué dice este letrero?—señalando al que tiene sobre la

puerta.—Que es Vd. un mentecato,—contesta aquel cansado de su impertinencia, y sigue escalera arriba; mientras el Portero, que no tolera se huellen sus prerogativas, sale como un venablo, comienza á voces, y arma en la casa universal escándalo. Por esto yo prefiriria que en vez de Portero, se generalizase la costumbre de tener un mastin atado, como en cierta parte que yo conozco, y en lugar del *nadie pase sin licencia del Portero*, se pusiese otro rótulo como el que allí se lee, que dice: *nadie pase, que muerde el perro* El perro no llega á morder, sino que ladra; y nuestro hombre ahulla y cocea, si uno se le pone á tiro.

¿Qué dirémos de la influencia que ejerce no solamente en su vecindad, sino en las casas limítrofes y en el barrio todo? Él es el vínculo de union entre corazones que la suerte divide y su destreza aproxima y traba; la estafeta de las doncellas y el espía de las casadas. ¿Quiere un antiguo amante ó un nuevo adorador de la señora intendenta hacer llegar sus suspiros hasta las rejas de su triste cárcel? Encamínese al Portero, que él hará de modo que se le abran. ¿Busca la señora del cuarto principal una habitacion reducida, pero decente, en que colocar á una viuda desdichada, por supuesto con el sigilo que requieren las verdaderas obras de caridad? El Portero se la proporcionará cual apetece, y aun si es menester la alquilará en su nombre. Las horas en que come y duerme cada cual, adonde va cuando sale de casa, y de donde viene cuando entra en ella; los recursos con que cuenta para vivir; sus opiniones y esperanzas, en una palabra, su vida pasada, actual y venidera, todo lo sabe aquel hombre, como si fuese su ángel custodio, y no solo lo sabe él, sino todo el que se lo pregunta.

Esta inevitable publicidad suele ser efecto de aquellas confianzas; el Portero es á veces dueño de ellas á causa de ofrecer menos inconvenientes, lo uno por su humilde condicion y lo otro por su carácter generalmente inamovible, que parece á primera vista la garantía mas segura del secreto. Contribuyen ademas á la predileccion con que se le mira, los favores de otro género que presta espontáneamente. Llega el sastre, el zapatero, un acreedor cualquiera, preguntando por don Fulano, y el taimado, que á la legua conoce lo que pretenden, les asegura que acaba de salir, ó que se halla enfermo, ó ausente; nunca deja de oponer algun obstáculo: y si ellos porfian ó le desmienten, se reviste de autoridad, hace mil protestas enérgicas, y logra conjurar la nube. Cuando baja el interesado, le da á entender lo que ha ocurrido, y recibe gracias una vez y otra por haber tenido la prevision de alejar al importuno; lo cual le sirve de coyuntura para hablar de sí y de sus necesidades, que al punto ve socorridas. ya con ropa de deshecho, ya con cualquier agasajo que redobla su celo en lo sucesivo.

En estos y otros cuidados semejantes consume el dia para emprender al siguiente igual tarea; mas como en el mundo no hay dicha cumplida ni alegria durable, suelen turbar tambien las de nuestro héroe repetidos sinsabores. El lacayo recomendado por él, que ha desaparecido con dos pares de cubiertos; la cocinera amiga suya, que ha puesto las manos en el rostro de su ama; la doncella,

su paisana, que ha contagiado con su humor herpético al señorito del marqués, tan sano y tan gallardo mozo; la señora baronesa que está gravemente constipada, porque habiendo venido algo tarde la noche antes, la tuvo esperando á la puerta, segun él cinco minutos, segun ella lo menos media hora; el falderito de la niña del vizconde, que escapándose un dia inadvertidamente, tomó el camino de la calle sin que él lo viese; el ruido que meten sus chiquillos; el humo que levanta en el portal para encender el brasero; lo sucia que está la acera delante de la casa; el haber dejado subir á dar las pascuas á los serenos; mil y mil acaecimientos que al pronto parecen insignificantes, son otros tantos motivos de reconvencion para el infeliz Portero. ¡Qué de prudencia no necesita para llevarse bien con todos! ¡de docilidad para acomodarse á las exigencias de cada uno! ¡de constancia para no aburrirse de la monotonía de sus ocupaciones! ¡Qué espíritu tan conciliador por una parte, y por otra tan intolerante! ¡Qué sumision para con los grandes y qué altivez para los pequeños! Confesemos que en medio de sus imperfecciones (y ¡qué hombre no las tiene!) es acreedor á un sin número de alabanzas. Pongámonos en su caso, medio que dicen ser el mejor para juzgar á los hombres, ocupemos su puesto por un momento, y nos convenceremos de que es muy árduo, si no imposible, superarle en honradez, en vigilancia, en desinterés y celo, habilidad y cortesía.

Quede pues en el lugar que le corresponde la benemérita clase del *Portero de escalera abajo*, en la cual van implícitamente consignadas otras varias ramificaciones, como por ejemplo la del *Portero de casa de grande*, que es, por decirlo así, el aristócrata de la especie, y que aunque difiere del tipo genérico en muchos conceptos, por ser menos curiosa é interesante, no le he dado la preferencia. Por una razon análoga, al tratar de la segunda especie que me he propuesto, esto es, del *Portero de oficina*, prescindo de los que en segunda, tercera y aun cuarta escala pueblan las antesalas de los innumerables establecimientos, ya del gobierno, ya particulares, y me limito desde luego á presentar en escena al mas grave y distinguido de todos ellos.

EL PORTERO MAYOR.

Este es el hombre mas dichoso del universo, y para convencerse de esta verdad no hay mas que mirarle detenidamente. Anda despacio siempre, como si el esceso de su importancia gravitase sobre su cuerpo, y esto aunque sea delgado; pero por regla general es grueso. Nadie puede compararse á él en lo severo, pues jamás se rie, y si alguna vez lo hace, estremece el recinto donde se encuentra: siempre á los grandes fenómenos acompañan circunstancias estraordinarias. Consecuente en todo á este principio, habla pausado y recio; tose á compás; estornuda como un mortero; se sienta con magestad, echando atrás la cabeza; se levanta poco á poco, y antes de dar el primer paso, se arregla la corbata y lanza un profundo resoplido. Es, propiamente hablando, el canónigo del mundo. Su traje participa tambien de este sistema; holgado, pero

bien hecho, del dia, mas sin afectacion.—¿De dónde ha salido, preguntará alguno, y qué papel representa tan magnífico caballero?—Voy á satisfacer su curiosidad.

Respecto á su procedencia están discordes las opiniones, pero todos convienen en que para él hubiera sido inútil cualquiera cuna, pues en unas pajas se halló al nacer, y en las mismas estaba aun cuando ya le apuntaba el bozo. Tomóle un señor á su servicio; supo agradarle; encaramóse aquel á la altura ministerial, y cátate, como suele decirse, á nuestro mozo con el padre alcalde. En efecto le colocó en una portería, que fué para él como trasladarse al paraiso; fueron muriendo los que estaban delante, y ascendió por órden de rigorosa escala hasta la envidiada eminencia en que hoy le vemos; porque este sér privilegiado no solo ha conservado el empleo en medio de los mayores vaivenes políticos, presenciando la reproduccion de un centenar de generaciones oficinescas, sino que ni aun la injusticia tiene que lamentar de haber sido postergado en ningun ascenso. Hé aquí el orígen de esta curiosa notabilidad, que sino es idéntico en todos los que llevan su nombre, tampoco ofrece notable desemejanza; sin embargo debemos hacer la escepcion honrosa de aquellos beneméritos militares que habiendo consagrado sus mejores años á la defensa de la patria, prefieren el sosiego de este oscuro cargo á la bulliciosa ambicion de otros mayores.

El carácter que representa es muy fácil de comprender. Vive á las órdenes inmediatas del jefe de su departamento, sea ministro ó director, sirviéndole, como si dijéramos, de ordenanza. Atento siempre el oido al llamamiento de la campanilla, es su deber, asi que suena la señal, presentarse respetuosamente ante *su señoría* ó *su escelencia*, escuchar con atencion lo que manda, retirarse haciendo un saludo, y cumplir sus órdenes sin demora. Unas veces anuncia al oficial mayor, al subsecretario, al jefe de seccion, que S. E. le aguarda, y esto de ser el órgano, el paraninfo de aquel á quien acatan todos, es honor que al mas modesto envaneceria; otras trasmite sus despachos á manos de los conductores, ó atiza su chimenea, ó repone los elementos de su escritorio, ó le sirve un vaso de agua, y en caso necesario, algun otro refrigerio. Ya se ve: estas mútuas relaciones, y mas si duran por mucho tiempo, llegan á establecer entre ambos cierta especie de confianza, que tarde ó temprano esplota al fin nuestro personaje en favor del hermano, del pariente ó del amigo: y yo sé de ministro que no hacia caso de recomendacion alguna como no la recibiese por conducto de su portero, que era al propio tiempo su asesor é intérprete.

Pero no está esclusivamente destinada á estos quehaceres su existencia. Corren tambien á su cuidado todos los gastos, por decirlo así, domésticos, papel, plumas, tinta y demás adminículos cancillerescos, el surtido de leña, carbon y luces, el esterado de la casa, la compostura de puertas, ventanas y mesas, y otros muchos que seria prolijo enumerar: es una especie de administrador de aquel palacio en que no se conoce lo que es miseria, ni órden, ni economía. Sin embargo, tampoco se crea que le es penoso este trabajo; todo lo contrario; de él saca lo que se llama *manos puercas* ó gajes del oficio, pues ademas de tener frecuentemente á su disposicion y en abundancia todo lo

necesario para escribir, combustible para su cocina, alumbrado para su sala, y alfombra de esparto ó paja para su habitacion, vende las esteras viejas para los baños del rio, la ceniza de los braseros para la colada de las lavanderas, los cabos de vela y las cortinas viejas, y reune al fin del año un respetable sobresueldo. Item mas: el carpintero, el vidriero, el cerrajero, el espartero, el almacenista de papel y todos cuantos perciben alguna utilidad del establecimiento se apresuran á mostrársele agradecidos, éste por medio un enorme jamon, aquel de un pavo que parece un buitre, el otro de un barril de esquisito Málaga, que tienen por largo tiempo abundantemente provista su despensa, y su estómago dulcemente entretenido. No sé hasta qué punto habrán caducado en el dia estas añejas costumbres; pero lo cierto es que no há mucho superaban sus productos en ciertas dependencias á los que por via de asignacion se chupaban del erario público.

No es por lo tanto miserable vanagloria el aire de satisfaccion que ostenta el Portero mayor repantigado en su despacho. Él tambien es jefe de su dependencia, y por cierto no muy risueño ni tolerante, bien que le es forzoso estar luchando continuamente con la desidia y torpeza de sus subordinados y compañeros. Vedle allí, cual otro piloto de la nave del Estado, rodeado de papeles, mojando la pluma con frecuencia; ajustándose á menudo los anteojos, de una convexidad poco menos que microscópica, y con un aire meditabundo que hace mas respetable y austera su fisonomía. No es necesario ser muy lince para comprender lo que en aquel momento le tiene tan enajenado: está ajustando una cuenta de 87 varas de tafetan verde que dice haber comprado para cortinillas de los balcones á 15 3|4 rs. la vara; y como no es gran matemático ni muy fuerte en esto de fracciones, suda la gota, tamaña como una nuez, sin obtener resultado alguno: hasta que por fin recuerda que debe tener guardado un libro de contadores; le consulta, estudia la regla de multiplicar quebrados por enteros, y al cabo de dos horas agrega una partida mas á las 320 de que consta ya la cuenta de aquel mes. Otras veces incluye gastos que se le abonaron en la data del anterior, y tiene que eliminarlos; otras en fin advierte que la serie de sumas van formando una diagonal, de suerte que las decenas caen debajo de las centenas y estas de los millares, y ha armado un laberinto, que ni el de Creta que se le compare.

No dejan de ser fastidiosas estas ocupaciones, pero aun hay otra que suele acabar muy á menudo con la calma de nuestro cerbero. Hablo de las audiencias, asi llamadas por licencia poética sin duda, puesto que ordinariamente las concede un sordo. Los infelices pretendientes que están aguardando una, dos semanas, y á veces mas tiempo, estos instantes de desahogo, acuden con tres horas de anticipacion al vestíbulo del oráculo, que quiero suponer en el ministerio. Cada pisada de gente que llega, le oprime al Portero en el corazon, no por esceso de sensibilidad, sino porque calcula que cada persona nueva le cuesta cinco ú ocho minutos mas de plantón; sin embargo ¡qué remedio! S. E. previene de antemano si está ó no en ánimo de recibir: en el primer caso, llegada la hora de costumbre, que suele retardarse como unos 120 minutos de la que está

prescrita, abre el héroe de la presente historia el templo de la Esperanza, á cuyas puertas se agolpan en inquieta confusion aquellas almas que buscan cuerpo. Al lado de un elegante, pugna por ganar la delantera una viudita almibarada, que lleva por intercesores los flechazos de sus ojos; detrás un cesante ya de edad, consumido mas por el hambre que por la desesperacion; un patriota verdinegro, porque con los esfuerzos que hace para ganar lugar, toda la bílis se le ha exaltado; un jóven, imberbe aun, que ha escrito ya seis tratados de filosofía, y otra multitud de personas llenas de méritos, de miseria, de historias y de rencores.—¡Orden, señores!—dice el Portero; y metiéndose entre aquel motin, lo apacigua al punto, dando á cada uno el puesto que le corresponde, ó el que en sus profundos designios sabe él que debe ocupar. Aquel drama dura algunos momentos, y se acaba antes que los personajes que quieren representar en él, porque es de advertir que siempre hay mas pretendientes que audiencia, ó menos audiencia que pretendientes. El grito de «*S. E. no puede proseguir*,» dado por el Portero, produce las peripecias mas tremendas que pudo inventar jamás trágico alguno: los unos se retiran vomitando denuestos, los otros, mas pusilánimes, quejándose de su acerba suerte.

Seria empeño tan enojoso como pesado seguir á nuestro héroe en todas las circunstancias de su vida; verle con cuánta tibieza y aun desden recibe á unos, con cuánto respeto por el contrario á otros; cómo brinda proteccion en ciertos casos, y cómo exagera su inutilidad en otros muchos. Sobre todo es admirable su tino para colocarse á la altura de las circunstancias: hoy defiende al que mañana acusa; ahora es partidario de tales opiniones ó de tales hombres, y despues conoce su error y se declara por los contrarios. Esto consiste en que como tan próximo á la fuente, sabe cuándo corre el agua mansa, y cuándo turbia. Cala muchos secretos, oye algunas conferencias, es consumado fisonomista, y tiene un tímpano tan delicado, que nadie oye primero que él el ruido de la tormenta. No habia previsto ciertamente la que por mi parte le amenazaba; con todo, á fuer de imparcial y generoso, debo consagrarle un sincero elogio en este lugar, declarando que es fiel á los secretos que oye, leal mientras debe serlo, celoso de su deber mas que ninguno, y tan afecto á los intereses y objetos que se le confian, que nunca deja de considerarlos como cosa propia.

VICENTE LOPEZ.

EL CIEGO.

Como te ponderen ¡oh lector benévolo! un cuadro de Zurbarán ó de Murillo has de ser poco aficionado á las artes para no dirigirte al Museo que posee tan rico tesoro. No es lo probable se ofrezca á tus ojos desde que pisas el umbral de los salones, ni has de mostrarte tan tibio que no lances una ojeada en torno tuyo, impelido por la variedad de figuras y de asuntos representados en otros lienzos, con doble motivo si tienen algun punto de contacto con el que aguija tu curiosidad, y asi te lo advierte tu guia. Cabalmente nos encontramos en este caso tú y yo al comenzar mi artículo: pongo en las nubes al Ciego, ansias verle, te conduzco como por la mano á una vasta galería en que se muestra al público, miras y no le ves; culpa de otros personajes que le circundan y guardan con él relacion no pequeña. Forzoso es pasarles revista para desembarazarnos de ellos cuanto antes.

No todos los casos de ceguera se hallan al alcance del mas famoso oculista,

por mucho que sobrepuje en ciencia al Albinus del Campanero de San Pablo. Mientras encienden luz en su casa ve suficiente la cándida jóven para marcar con una hebra de su rubio y sutil cabello la delicada batista del pañuelo del amante, y no ve su corrupcion de que son testigos lupanares y orgías. Ostenta su asombrosa puntería el buen marido que sále á caza y tumba de un balazo al mas volátil vencejo, y no descubre las liviandades de su esposa, sobre las que se hace lenguas todo el barrio. Desde el fondo de una alameda distingue el sencillo labrador á la hormiga, que toma provisiones de sus mieses; á la oruga, pegada al tronco de sus manzanos; á la mosca, solazándose con el dulcísimo fruto de sus colmenas, y se le oculta lo caro que le cuesta no pagar diezmos y cangear su título de súbdito leal por el de ciudadano libre. Sácase de aquí en limpio como nadie ve lo que mas le importa; y en tal sentido todo viviente tiene mas de ciego que de loco, aunque le pese al adagio. Te enredaria y me enredára en laberinto mas intrincado que el de Creta enumerando uno por uno á cuantos prójimos padecen de ese achaque.

Existe otra clase de Ciegos que lo son á sabiendas. Imposible es, lector amigo, que no tropieces cada dia con alguno de ellos; y sino recuerda al cesante, á quien acosan acreedores, cuando se topa por sus culpas con el mas implacable de todos y se escurre á la deshilada, motivando el repentino giro de su cabeza con un respetuoso saludo dirigido al balcon de un cuarto piso, donde solo se ven tiestos. Figúrate despues al padre de familias que va á la oficina y columbra á su primogénito jugando á la pelota en la plaza de Oriente: por no armar bulla no interrumpe tan lícito recreo, antes bien se reserva sus paternales prerogativas para ocasion en que no cuente el chico con molestos intercesores. No olvides al dependiente del resguardo, protector nato de las barcas contrabandistas y patrono especial de sus patrones, que permite frecuentes alijos en el mismo punto de la costa que se le confió para estorbarlos. Aun cuando sea de refilon observa á gentes de la propia calaña y formarás cabal idea de lo que se llama en castellano *hacer la vista gorda*. Tampoco aqui encuentro tintas para mis pinceles, ni dibujo para mi pintura.

A mi propósito solo cumple bosquejar lo mejor que me sea dado á los que son Ciegos por faltarles la vista, y todavía me descarto de los que la pierden en fuerza de años como Homero y Milton, de los que la rinden en manos del verdugo como Belisario y el conde de Saldaña, y de los que se la arrancan á sí propios como Edipo y Santa Lucía. Me concreto al que sale del vientre de su madre no á la luz sino á las tinieblas del mundo, legándole aquella á su muerte perpetua noche, y el inapreciable recurso de buscarse la vida á tientas. Y pues dimos ya de codo á cuantos estorbaban nuestras pesquisas, y te puse, lector, delante de mi tipo, abre ojos, cierra boca y aguza oido, mientras procuro salir airoso de mi tarea con ayuda de Dios y de tu genial indulgente.

Ofrécese en lontananza el ciego niño: aprendiz de música, nos obsequia con aguitarrados rasguños y violinescos chirridos: imita cual puede el canto del jilguero, el de la codorniz, los ayes del lloron recien nacido; y se ocupa en la

espendicion de géneros de escaso consumo; como programas ministeriales y profesiones de fé republicanas. Aparece en segundo término el ciego mozo, todavía poco ducho en su oficio y vacilante en su educacion práctica: sírvenos con todo para destacar la principal figura del cuadro. Es la del Ciego á quien cubren canas, por mas que no las peine; camastron de por vida, bachiller en embustes, licenciado en malicia y doctor en charla sin haber asistido á seminario, universidad ni colegio: chalan de noticias, mercader de jácaras y baratillero de fenómenos sin que se le incluya en las listas del subsidio, saludémosle con la afabilidad y cortesanía de que seamos capaces, por advertirse en él toda la perfeccion, toda la belleza, toda la bizarría del modelo.

Ignoro si mi héroe es ó no descreido, mas observo que sin vista representan á una de las virtudes teologales: no averiguo si es vehemente en sus pasiones, si atropella imposibles, ni si dá flechazo á hermosas y feas; bástame saber como carece del propio sentido que el hijo de Venus: ni falta quien le conceptue mas semejanza con la justicia, á quien pintan tambien venda en los ojos; y es á mi ver por lo de blandir su espada como palo de Ciego.

A la rapidez con que cunden las luces en nuestro fosfórico siglo debe de cierto la circunstancia de bandearse sin el mueble mas imprescindible, sin el atributo mas añejo de sus predecesores: á mengua tendria el Ciego contemporáneo salir á la calle con el enjuto perro, ó el frívolo lazarillo: acaso caduque el refran de que si un Ciego guia á otro Ciego ambos caen en el hoyo, pues ahora no cae ninguno aun siendo tres los que caminen uno en pos de otro. Por supuesto es rarísimo el Ciego que pide limosna de casa en casa, salvo los que han perdido su vista en la última fratricida guerra.

Depositan sus votos en las urnas electorales muchos de peor pelaje que mi tipo, y ya quisieran contar en el mes de diciembre con sus zapatos de la valentía, sus medias azules, sus pantalones negros con rodilleras pardas, su raida chaqueta, su sombrero de hule y su capa guarnecida de barro, infinitos que han figurado en la *penúltima* ominosa década como oficiales de secretaría, coroneles de tropa y generales de convento.

Tales son las señas que se toman del Ciego apenas se le mira, aplicables en un todo á la Ciega con solo vestir su cuerpo de faldas, poner á su cabeza pañuelo de yerbas, y sembrar su faz de diseminado bozo en vez de cerdosa barba, pues hasta su voz tiene algo de hombruno y mucho de varonil sus arranques. Y ahora, lector, conviene variar de rumbo para engolfarnos con el Ciego en el ejercicio de sus funciones, en la práctica de sus costumbres, y en la diversidad de sus recreos. Adáptase por fortuna el método periodístico á nuestro asunto, y así podemos dividirlo, si no te enoja, en *seccion política*, *seccion religiosa*, *seccion literaria* y *miscelánea* ó *parte indiferente*, con lo que tu quedarás servido, yo pagado y ambos contentos.

SECCION POLITICA.

Aquí se nos presenta el Ciego tornasolado de matices: en materia de opiniones

baila al son que le tocan, y hace como un santo á juicio de unos, y al de otros como can de mala especie que acaricia al vencedor y ladra al vencido. No percibe un real de tesorería; pero medra á la capa de los trastornos como pescador que á rio revuelto ganancia logra. Muchas y repetidas veces ha cambiado de librea, ya ostentando en su sombrero la cinta blanca con lo de *viva el rey y la religion* como acérrimo defensor del altar y del trono, ya la cinta morada con lo de *Constitucion ó muerte* como buen hijo de Padilla: ora desgañitándose por esas calles del diablo con el *trágala y el himno de Riego*, ora deplorando en lúgubres armonías la *muerte de Elio ó jaleándose con el julepe*, para ensayar poco despues las groseras notas del *maquirandel y el maquirandelo*, y hacerse en contrarias alternativas *moderado* ó *progresista*, *conservador* ó *ayacucho*, y crearse un ente moral ó fantasma con quien lucha lanzándole al rostro el apodo de *feota* ó de *negro*, de *pasfelero* ó *retrógrado*, de *servil* ó *carlino*. Y les apoda, tilda y asaetea con el mismo fervoroso entusiasmo: y se amolda á las circunstancias como un diplomático de primera tijera, y con todos come y de todos saca hastilla porque halaga las pasiones del momento, y mientras fermentan las pasiones su popularidad crece, y cuando se apaciguan diera *un ojo de la cara* porque en las provincias se alzaran y formaran juntas y dieran un grito cualquiera que fuese con tal de que produjera una mudanza é hiciera oportuna la entonacion de nuevos himnos de victoria, de nuevas canciones burlescas que acibarasen el infortunio del vencido.

Aparte lunarcillos de tan poca monta, dado que para adquirir el renombre de camaleon político no se necesita ser Ciego, es mi tipo elemento necesario, rueda muy principal de la máquina gubernativa española. De nada le serviria á un invicto jefe seguir la pista al enemigo por espacio de tres semanas, alcanzarle al fin y dejar dos hombres fuera de combate, debiendo su salvacion los dos mil restantes á lo *escabroso de la noche* y á la *oscuridad del terreno*: poco se adelantaria con que el parte saliera del ministerio de la guerra pulido y lozano de palabrería y de la Imprenta Nacional flamante y limpio de toda errata, sino hubiera un Ciego pronto á darle la última mano con sus pomposos pregones que anuncian el *total esterminio de los rebeldes*. Para que la noticia cunda como su importancia lo exije, se transforma en telégrafo ambulante de Madrid, lluevan chuzos ó soplen huracanes, ásense los pájaros ó hiélense las aguas. En los tiempos de antaño si ocurria vender á deshora papeles de tal calibre equivalian los gritos del Ciego al voleo de las campanas, y toda la poblacion se iluminaba como por encanto; mas secos ya los vecinos de la coronada villa con tantas felices nuevas que infaustas desventuras se tornan, han resuelto casi por unanimidad destinar su aceite á usos mas provechosos, y no iluminan ni por un ojo de la cara. Hubo épocas en que caminaba el Ciego á orillas del rio de la opinion pública para hacerse eco de su murmullo: asi señalaba á los gobernantes el puente ó el vado de ese rio, y desde su centro contemplaban su recto y apacible curso: mas desde que ese rio se ha transformado en innumerables arroyos, que no han menester de vado ni puente, ha perdido el Ciego la brújula, se ha estraviado en

su marcha antes regular é inalterable, y anda á tientas bajo dos conceptos entre sí bien distintos. Por desgracia hasta en esa clase, tan uniforme de muy antiguo en ideas y sentimientos, ha penetrado el desórden, la confusion y la anarquía: si ocurria *un cambio de frente*, diez años hace, todos los Ciegos lo ejecutaban á una: no habia tránsfugas, rezagados ni desertores, y de consiguiente el sistema de discusion no podia establecerse ni desarrollarse entre individuos acordes en todo; mas el periodismo latente y fulminante ha alterado tan buenos usos, ha envuelto en doble caos á esas pobres gentes, escitando su codicia con el cebo de la ganancia, y haciéndoles sacudir el miedo é impulsándoles á la osadía con lo pingüe del salario. Ocupados los Ciegos, como despues veremos en diversas faenas, solia suceder que llegase á Madrid un correo gabinete con pliegos para la secretaria de la Guerra; como por ensalmo cundia entre aquellos la noticia, y paso á paso iban agrupándose en torno de la *Imprenta Real* ó *Nacional*, segun los tiempos, y alli aguardaban una, dos, tres ó mas horas hasta que se abria el despacho; se avalanzaban frenéticos á la reja y adquirian unas cuantas docenas de gacetas estraordinarias: desde allí se dividia la numerosa falanje con rumbo á los cuatro vientos, y diseminados los Ciegos corrian como energúmenos, aturdiendo los oidos del pacífico ciudadano, y perdiendo de vender su género en fuerza de andar de prisa y de los gritos de sus colegas, que tan poco querian hacer alto hasta que se apoderáran de una calle, donde campeasen solos. Perspectiva por de mas animada presentaba entonces la Puerta del Sol con todas sus avenidas: todo era ir y venir Ciegos y arrebatarles las noticias á puñados, y formarse grupos, donde se recogian con avidez las palabras del que leia, procurando todos esmerarse en interpretaciones y comentarios que hicieran subir de punto la importancia del parte oficial de la secretaría del despacho. Muchas veces habreis visto repetida esta escena sin que hayais advertido en los Ciegos la misma unidad de opiniones: por ejemplo mientras la mayoria de ellos ensalzaba, poco ha, las victorias de Prim en San Andres de la Barca, en Mataró, en Gerona y al pié del castillo de Figueras, oiriais á algunos anunciar con tímidos y vergonzantes pregones la venta del *Moscardon* y de la *Tarántula*; asi como mientras la guerra civil tocaba en su postrera agonía y la toma de Morella ensanchaba el círculo de sus operaciones mercantiles, veriais á algun Ciego, no asociado al regocijo de sus camaradas, que mustio y cabizbajo se escondia entre la muchedumbre, que suele poblar las esquinas de la calle de la Montera, para vender *huracanes* á cuatro cuartos, bajo las apariencias de *cortes de chaleco*; pues conviene decir de paso que nadie como el Ciego está versado en la táctica de no rebelarse contra las leyes, contentándose con eludirlas hasta que se cumple un mes desde el dia en que fueron promulgadas: entonces las infringe abiertamente porque entre nosotros no hay una sola que á ese tiempo no caiga en desuso; y consiste en que las autoridades se cansan de velar por su cumplimiento, y los súbditos son propensos á la desobediencia. De suerte que entre los españoles no tiene grande aplicacion aquello de *hecha la ley hecha la trampa*, por tres razones: 1.ª porque en España no hay leyes ó si las hay cada

una de las muchas fracciones en que se divide la monarquia tiene las suyas opuestas entre sí como los polos: 2.ª porque una vez publicadas son como aristas que arrebata el viento, como flores arrancadas de sus tiestos para que se marchiten en el arroyo de una calle, como naves que vagan á la merced de las olas sin timon ni vela; y 3.ª porque en España, la trampa se hace antes que la ley, y la ley es trampa.

Escusado es que yo te diga que nuestro héroe tiene en su archivo, cuantas gacetas extraordinarias, periódicos y hojas volantes no ha podido vender, y fuera manantial fecundo para un historiador á no encontrarse, por ejemplo, en sus investigaciones, con que Zumalacárregui habia muerto tres veces, que á Cabrera le habian fusilado los suyos, y que á Cárlos V lo habia envenenado un fraile; que estas y otras especiotas ha publicado el pobrecillo, con tanta fé y entusiasmo, como si cobrando de repente la vista, las hubiera presenciado: ¡cuántas veces, al terminar su pregon, habrá oido decir de sí *soñaba el Ciego que veia*! Ni fuera este solo el obstáculo en que el historiador pudiera tropezar, que á guiarse por las carpetas que deben ordenar sus papeles si puede haber órden en los papeles de un Ciego, se encontraria con una porcion de novedades, de hechos ignorados y de sucesos á los que viene de molde al hablar de nuestro tipo aquello de *aqui está quien lo dice y allí está el que lo vió*, ¿quién no recuerda haberle oido pregonar el año de 36 *la muerte de Fernando VII*, cuando de lo que hablaba el papelito nuevo, era de las honras á la muerte del rey? ¿quién no le ha visto vender por dos cuartos la muerte de Riego y los suyos por el año 40 en que se exhumaban los restos del mártir de la libertad? Y es que el pobre *Ciego* atento á la ganancia, despues que un muchacho le ha leido el papel, lo glosa procurando conciliar las circunstancias con su propio interés. Se hablaba de muerte de Fernando VII y esto en el año de 36; noticia que mas llamára la atencion, no se podia vender. ¡Váyase Vd. á fiar de esta manera en el archivo del Ciego para escribir una historia! Verdad es que puede que no faltára historiador que dejára de sacar partido de semejantes patrañas, ni extranjero que pagase á buen precio tan estupendos papelotes como preciosos documentos para escribir nuestra historia, que historias he visto yo que asi parece que las escribieron sus autores. Pasemos ahora á la

SECCION RELIGIOSA.

Como la seta al pie de la encina, encontrarás, lector amigo, al Ciego á la puerta de la iglesia, y tuviérasle por adorno del pórtico, si con voz lastimera, no hiriese tus oidos esclamando:—¡A este pobrecico, que no vé! Y cuenta que aun en este caso, no pide limosna, lo que hace si, es tener la mano abierta, y tomarla si se la dan, y sus palabras no son mas que un recuerdo á los fieles de la obligacion que tienen de *alumbrar* al que no ve. Él sabe al dedillo todas las fiestas solemnes, jubileos, cuarenta horas, y las iglesias en que tienen lugar; y digo al dedillo, porque no lie como el que carece de ojos, se fia de los dedos Y

ve con ellos, lo que muchos de vista hermosa no alcanzan á distinguir. Monedas recibe nuestro héroe á la puerta de la iglesia y en el tacto sabe lo que son, cuando el que se las da, lo hace precisamente porque con ellas puede asegurar que no conoce al rey. Colocado á la puerta, el Ciego que parece no hacer nada, bebe sin cansarse en el hermoso manantial de la religion, aunque no sea muy conforme con los santos preceptos de esta, sacar una fuerte tos en el instante en que una mano benéfica se pone en contacto con la suya, á fin de que no se oiga el *para todos* que pronuncian los caritativos fieles cuando es mas de un ochavo lo que aflojan. Alli reza y reza en latin, lo cual equivale á rezar en *Ciego*, echa responsos, con tal que le responseen tambien, y en esto observa fielmente la conducta de los padres de la iglesia, y deja el templo del Señor en ciertas temporadas, para convertirse en apóstol, y predicar por las calles y plazuelas, la fé de Jesucristo y los misterios de la religion.

A estos actos de doctrina cristiana acude el *Ciego* en compañía de otros que no ven, ó ven muy poco; que un par de ojos aunque estén nublados, bien pueden pasar por soles, cuando en la tierra de Ciegos al tuerto se cuenta rey; y no hay para que decir, que quien asi mira con ojos remedo de borrasca, es el que en tales casos hace oficios de cobrador. Lleva nuestro *Ciego* una guitarra, ó mejor dicho la guitarra le conduce á él, que ocupándole las dos manos y no pudiendo hacer uso de su palo, especie de péndola ondulatoria, las armoniosas cuerdas que pulsan sus delicados dedos son un aviso significativo y le salvan las dificultades que á su lento y sereno paso se le oponen. Y nada importa que en vez de guitarra lleve violin, que aquel que nada vé, la naturaleza nos dice que habrá de *tocar* bien. Mira, lector, á nuestro hombre en la calle de Toledo á la puerta de San Isidro el Real, cercado de una porcion de curiosos que así tienen la boca abierta, como el *Ciego* la vista tapada, el palo colgado de un boton, el recado de las coplas al cuello, la capa sujeta al mismo, aunque echada atrás, el instrumento en actitud de obrar, y boca y manos, y cabeza y pies, diciendo y haciendo sin pies ni cabeza, aunque con tanta gesticulacion y dificultosas caras, como quien quiere marcar, con el rostro, lo que los ojos no pueden, pero quisieran decir.

La muerte y pasion de nuestro Señor Jesucristo canta el *Ciego* en la cuaresma, y las siete palabras el jueves y viernes santo al compás de los bordones de su guitarra, si ya no se ocupa en enseñar á los fieles el modo de visitar el Santo Sagrario. Hace algunos años solian dos Ciegos esplicar por medio de preguntas y respuestas el sacrificio de la misa: colocados uno en frente de otro y ostentando en sus semblantes una gravedad muy parecida á la estupidez empezaban por decir la significacion de cada una de las vestiduras del sacerdote. —*¿Qué segnefica el cíngulo?* preguntaba uno, y el otro respondia con meláncolico acento.—*Segnefica la soga con que ataron á Nuestro Señor Jesucristo.* Con la boca abierta asistia mucho auditorio á aquella leccion de doctrina cristiana tenida al raso y al viento libre hasta que uno de los preceptores postrándose de hinojos, decia:—*¿Qué segnefica cuando alzan?* Imitando este ejemplo su camarada,

respondia:—*Segnefica cuando levantaron á Jesucristo en el santo madero sobre el monte Calvario.* Y proseguian de este modo hasta el último evangelio, edificando con su afectada devocion á los doctores de las *Maravillas* y á las matronas del *Rastro*. Nos alegramos de que ya no se pongan títeres á lo divino, hablando del santo sacrificio de la misa dos ciegos en las calles y plazas públicas entre las sombras de la noche: es probable que si se aventuraran á restablecer semejante abuso, viniera á perturbarles alguna peladilla de arroyo, disparada por uno de esos *espíritus fuertes* que, creyendo ver un acto de fervorosa devocion en tan ridícula farsa, quisiera hacer alarde de que, en su sentir, la reverencia al culto es la mayor de las preocupaciones.

Practica el Ciego la moral como íntimamente unida á la religion cristiana, sin apartarse de la senda que le trazan sus especulaciones mercantiles.—¿No oís sus pregones? «Atended: En dos cuartos el papel que ha salido nuevo, donde se dá cuenta y razon de la prision de unos criminales.» Dentro de pocos dias venderá la *declaracion de un hombre preso en la carcel de esta corte con la relacion de las atrocidades y hechos voraces que ha cometido en el resto de su vida.*—¿Deseais saber el curso de este proceso? Tened un poco de paciencia: el dia menos pensado os dispertará el Ciego vendiendo á gritos: «*La causa y sentencia del reo que está en capilla con su nombre y apellido y como se llama.* Hasta aquí ha dado nuestro héroe inequívocas muestras de que *odia el delito.* Mientras los hermanos de la filantrópica é insigne cofradía de la Paz y Caridad piden *para hacer bien y decir misas por el alma del reo que van á sacar á ajusticiar, á quien pueda por el amor de Dios*, prepara el Ciego un paquete de impresos: son la *salve que cantan los presos* cuando el que fué su amigo y camarada en la mansion de los criminales, vá á precederles en el patíbulo afrentoso. Muchos ejemplares venderá de esa *salve*, caminando á algunos pasos de distancia en pos del infeliz reo, para llegar al sitio del cadalso apenas exhale el último suspiro. Su objeto es dar vuelta en torno del *garrote* y pedir que le *manden rezar la devota oracion ó rogativa por nuestros hermanos reos difuntos*, la cual no es otra cosa que una relacion, escrita en malísimos versos, de las penalidades y angustios que sufre el reo desde la *vista de la causa* hasta que le ponen en capilla donde, *cuarenta y ocho horas dan, sobre poco mas ó menos*, para que salve su alma, y desde que

ya lo sacan de la carcel
lo llevan por la carrera
hasta llegar á la plaza
donde turbado se queda.

Con perdon del Ciego, nos parece que mas agradeceria el difunto un responso ó la oracion del Santo Sudario que el relato de sus tormentos, el cual solo sirve para entretener á los vivos. De todos modos la fé es lo que salva, y si el Ciego cree que de esa manera hace bien por el alma de los que han *sido*, nadie puede tachar la pureza de sus intenciones; y si al cometerse un crímen dió muestras

de que *odia el delito*, satisfecha ya la vindicta pública, hace ostentacion de que *compadece al delincuente* con lo cual cumple en todas sus partes esa sabia máxima que sirve de inscripcion sobre las férreas puertas de las cárceles públicas.

SECCION LITERARIA.

Si el Ciego no es hombre *leido ni escribido*, nadie podrá negar que es hombre de letras y que una de sus principales misiones en este mundo en que nadie ve y todos caminan á tientas, es dar luces y quitar telarañas á muchos ojos, y que este privilegio lo tiene el *Ciego* es tan indudable como la verde mora posee el suyo de quitar la mancha de su sazonado fruto. Desde luego y aunque no sea mas que un pregonar: «*Libritos para escribir y notar cartas, memoriales y esquelas al uso moderno*, » que siempre es moderno desde que hay *ciegos*, difunde la ilustracion, y gana la voluntad de tanto mocito, que al oir lo mucho que contiene un libro tan pequeño, lo compra, diciendo: «Quien por tampoco dinero no se hace sabio.» Los niños acuden presurosos á comprarle cartillas, catones y gramáticas; los mozos de cordel, la historia de los doce Pares de Francia, las coplas de Calainos, los sietes infantes de Lara, Pedro Cadenas y Rosaura la de Trugillo; y de este modo notarás, lector, que el *Ciego* consigue establecer en cada esquina de las calles de la capital, una cátedra de historia y poesía, é infundir un amor á las bellas letras, que no hay momento del dia en que no se encuentre un mozo que lea y muchos que con la boca abierta le escuchen. Por supuesto que todos estos libritos, historias y coplas, con otra porcion de cosas raras y nunca vistas, las sabe el *Ciego* de memoria, con sus puntos y comas, prueba inequívoca de lo mucho que las ha oido leer y de lo mucho que gustan en nuestra tierra las cosas de *Ciego* ¡y habrá aun quien nos calumnie diciendo que no somos aficionados á la lectura! Tambien pregona su arte poética, y de que no debe tener tan mala venta y lograr famosos resultados en la ilustracion, responda el inmenso número de poetas que cada dia se dan al público, con una composicioncita *á un ahorcado*; *la Calavrea Fantástica* y el *Suicidio atroz*. Conoce á fondo las reglas de la poesía, y con la guitarra en la mano es fuerte en la improvisacion. Pero como el que no vé las grandezas del orbe, no puede elevar mucho su inspiracion, cuando quiere *echar una copla* á la jóven que se encuentra en el balcon, toma puntos del lazarillo, de si es blanca, de si es rubia y si posible fuese de cómo se llama; y en conociendo algo de esto, por sabido se tiene la copla en que la llamará hermosa y buena moza, siquiera su cara sea una criba y su cuerpo el de un tonel. Esta facilidad de improvisar, no solo le vale dinero, sino que le granjea el aplauso y la admiracion de todas las fregonas, que no viendo mas allá de sus narices, y nariz de fregona siempre es chata, no comprenden cómo un *Ciego* vea y sepa tanto.

Todo lo dicho hasta aqui, vale muy poco comparado con la *gramática parda* de nuestro héroe, que aplica á su modo de vivir y de obrar, y que constituye la última seccion,

MISCELANEA Ó PARTE INDIFERENTE.

Nacido entre tinieblas el desgraciado sér que nos ocupa, dotóle el supremo Hacedor de entendimiento claro y de una fuerza de lógica irresistible en los dedos de las manos. Le privó de contemplar con la vista todas las grandezas que le rodean, pero dióle en cambio un oido fino y delicado, que comprendiera todas las bellezas de la música y un tacto esquisito, para conocer los objetos á su modo é ir á cada toque aclarando sus ideas y sacando deduciones. Es claro que desde su infancia la educacion del *Ciego* tiene que ser enteramente diversa de la de los que no lo son, y que desde el momento en que usa una especie de *gramática parda* que le saque de los apuros en que encontrarse pueda, y le prevenga contra los engaños, que la humanidad que vé, quiera dirigirle. Con su palo en la mano, especie de timon, navega por el piélago inmenso en que se encuentra, sin dar el menor tropiezo, aunque los chicos ó los grandes quieran que tropiece; con las manos atrae los objetos y los encamina directamente hácia ellos, como si la naturaleza las hubiera dotado de vista; si conoce por su oido, que escucha hasta las intenciones, que en la mesa tratan de pegarle un chasco, se aguanta y con la mayor masedumbre, recorren sus dedos los bordes del plato en que ha de comer ó del vaso de la bebida; nótase sin embargo en su fisonomia cierta severidad, capaz de infundir respeto, ya que no miedo, al mas osado, y en sus gestos se leen las palabras de: « *Miserables, cómo abusais de la desgracia.*»

Es el Ciego, empleando para todo su gramática parda, el mejor buscavidas que pudieras idear. Cuando no hay guerra civil, ni política militante, y por consiguiente ni gacetas extraordinarias, ni hojas volantes, nuestro héroe saca del archivo un mazo de coplas, inventa sucesos horrorosos, hace que se ahorquen media docena de personas ó se envenene una familia, degüellen dos amantes desgraciados, ó devore un lobo rabioso media poblacion; y cualquiera de estos hechos que por supuesto *acaba de ocurrir*, sale de madrugada pregonándolo por los barrios bajos y plazuelas de la capital: en tales casos llega su astucia hasta el punto de imaginarse, que ni á un hombre solo y Ciego le han de creer por lo que diga, ni habiendo tantos como él, habria de ser privilegio suyo la venta de noticia tan garrafal. Para que esto no suceda, se ponen de acuerdo tres ó cuatro de la hermandad, se reparten las coplas, marcan el itinerario que han de llevar, en la seguridad de no perderse, y como si fuera fresca la noticia la predican desesperados y á escape, atrapando en red tan bien tendida algun incauto pececillo, que ansioso la devora y se encuentra con un suceso raro acaecido el año del hambre. Otras veces, hace su tráfico con mujeres, y puedes calcular qué gentecita será, cuando por dos cuartos dá 4,007, siendo de advertir que para llamar la atencion recorre las calles, gritando los vicios y defectos que cada una tiene, sin que haya una virtud que las adorne,

Tiene bajo su dominio la venta de nuevos calendarios, y de viejos tambien, los motes nuevos para damas y galanes; los fósforos finos y el papel para

fumar, de hilo por supuesto. Despacha carretillas de pega, garbanzos de pega, papel de cigarros de pega, cartas de chasco y se divierte en pegarla tambien, no sin prevenirlo al grito de *todo pega*, ya sisando la pólvora á las carretillas, que no dan mas que un trueno, ya vendiendo á dos cuartos cada garbanzo natural.

Con la guitarra ó el violin en la mano, dá los dias á cierta parroquia que tiene, improvisando una coplita; y por navidades canta y vende los villancicos á la puerta de cada tienda ó puesto y desgarra los oidos del tendero para precisarlo á que cansándole otorgue el aguinaldo. Y finalmente, cuando otro recurso no le queda, contémplale, lector, hecho un Hércules, que lleva á *Madrid en la mano*, con sus calles y plazuelas, iglesias y conventos, hospicios y hospitales, y cuantos establecimientos públicos quiera recorrer en un momento el curioso viajero.

Este es nuestro *Ciego*, amables lectores, no le mireis con malos ojos, la guerra que le hagais, no será con armas del todo desiguales, que al fin y al cabo, entre uno que vé mal y otro que no vé, la lucha habrá de ser á tientas. Miradle, pues, con buenos ojos, siquiera hagamos nosotros el papel de ciegos y llevemos lo peor en la demanda.

ANTONIO FERRER DEL RIO.—JUAN PEREZ CALVO.

Ha sonado la hora de concluir nuestra tarea, y en el momento supremo de cerrar los ojos y decir el último *adios* á *Los Españoles pintados por si mismos*, llamado el que suscribe á derramar algunas flores sobre su tumba, no le parece fuera del caso el evocar las sombras de los que fueron, al mismo tiempo que intente horrajear algunos rasgos de los que á ser empiezan; dirigir una mirada retrospectiva hácia nuestra antigua España, con su original organizacion y sus tipos originales, para luego tornarla dulcemente hácia la España actual con sus flamantes imitaciones; considerar lo que fuimos en la antigüedad (la antigüedad en el lenguaje corriente, no va mas allá de dos lustros) para saborearnos luego á nuestro placer en lo que hoy somos; poner frente á frente la civilizacion antigua con la moderna; la cortesanía con la popularidad; la unidad con la democracia; el sigilo con la imprenta; la rutina con la mania de innovar: la hipocresia con el escepticismo, y la opinion privada con la pública opinion.

Esto supuesto, y por via de codicilo final, intentaremos presentar á nuestros ectores algunos de los tipos rezagados de la vieja sociedad, que por no existir ya

no han podido tener cabida en esta obra; y oponerlos luego otros de los modernos, que por no bien caracterizados todavía, no dieron motivo á especial retrato. Baraja estrambótica, y risueña mezcla de figuras antiguas y modernas, de chocheces y niñerías, de pretéritos y futuros, en que salgan á relucir en su traje respectivo los abuelos y los nietos, los muertos y los vivos, las momias acartonadas y los fetos en embrion.

Alto allá, la hora llegó; la trompeta suena... *Surgite omnes et venite ad judicium.*

TIPOS PERDIDOS.

El Religioso.
El Consejero de Castilla.
El Lechuguino.
El Cofrade.
El Alcalde de barrio.
El Poeta bucólico.

TIPOS HALLADOS.

El Periodista.
El Contratista.
El Juntero.
Los Artistas.
El Elector.
El Autor de bucólica.

EL RELIGIOSO.

El representante mas genuino de nuestra antigua sociedad era el Fraile. Salido de todas las clases del pueblo, elevado á una altura superior por la religion y por el estudio, constituido por los cuantiosos bienes de la iglesia en una verdadera independencia, abiertas á su virtud, á su saber ó á su intriga todas las puertas de la grandeza humana, dominando, en fin, por su carácter religioso y por su esperiencia todos los corazones, todas las conciencias privadas,

venia á ser el núcleo de nuestra vitalidad, el punto donde corrian á reflejarse nuestras necesidades y nuestros deseos.—Un infeliz artesano, un misero labrador á quien la Providencia habia regalado dilatada prole, destinaba al claustro una parte de ella, confiando en que desde allí el hijo ú hijos religiosos servirian de amparo á sus hermanos y parientes; un jóven estudioso, un anciano desengañado del mundo, hallaban siempre abiertas aquellas puertas providenciales que les brindaban el reposo y la independencia necesarios para entregarse á sus profundos estudios, ó á la práctica tranquila de la virtud; y desgraciadamente tambien, un ambicioso, un intrigante, ó un haragan, aprovechaban esta como todas las instituciones humanas, para escalar á su sombra las distinciones sociales, para engañar con una falsa virtud, ó para vejetar en la indolencia y el descuido.

De estas escepciones se aprovechó la malicia humana para socavar y combatir con sus tiros el edificio claustral; de estas flaquezas hicieron causa comun el siglo pasado y el presente, para echar por tierra la sociedad monástica; y hasta para negar los méritos relevantes que en todos tiempos puede alegar en su abono.

Con efecto, y sin salir de nuestra España ¿qué clase, por distinguida que sea, puede contar en sus filas un Jimenez de Cisneros y un Mendoza? ¿Un Luis de Leon y un Domingo de Guzman? un Mariana y un Tirso de Molina? ¿Un Granada, un Isla, un Sarmiento y un Feijóo? ¿Dónde, mas que en los claustros, supo elevarse la virtud á la altura de los ángeles, la política y el consejo á la esfera del trono, el estudio y la ciencia á un término sobre humano?—Piadosos anacoretas separados del comercio social, habitaban muchos en los yermos impracticables, para entregarse allí silenciosamente á la contemplacion y á la penitencia. Colocados otros en las ciudades, y en el centro bullicioso de la sociedad, estudiaban y acogian sus necesidades, brillaban en el consejo por la prudencia, en el púlpito por la palabra, en la república literaria por obras inmortales que son todavía nuestro mas preciado blason.

Ademas de la influencia pública que les daba su alto ministerio y su representacion en la sociedad, y que llegaba á veces á elevar á un humilde franciscano á la grandeza de España, á la púrpura cardenalicia ó á la tiara pontifical, habian sabido granjear con su talento (no siempre, es verdad, bien dirigido) la confianza de la familia, la conciencia privada, el respeto universal. Un pobre fraile, sin mas atavios que su hábito modesto y uniforme, sin mas recomendaciones que su carácter, sin mas riquezas que su independencia, entraba en los palacios de los príncipes; era escuchado con deferencia por los superiores, con amor por sus iguales, con veneracion por el pueblo infeliz. Asistiendo á las glorias y á las desdichas íntimas de la familia, le veia desde su cuna el reciennacido, recibian su bendicion nupcial los jóvenes esposos, le contemplaba el moribundo á su lado en el lecho del dolor. El mendigo recibia de sus manos alimento, el infante enseñanza, y el desgraciado y el poderoso consejos y oracion.

El abuso, tal vez, de esta confianza, de esta intimidad, solia empañar

el brillo de tan hermoso cuadro, y llegó en ocasiones á ser causa de discordias entre las familias, de intrigas palaciegas, y de cálculos reprobados de un mísero interés. Pero ¿de qué no abusa la humana flaqueza? y en cambio de estos desdichados episodios, no pudieran oponerse tantas reconciliaciones familiares, tantos pleitos cortados, tantas relaciones nacidas ó dirigidas por la influencia monacal?

El religioso, en fin, tiempo es de repetirlo, tiempo es de hacer justicia á una clase benemérita que la marcha del siglo borró de nuestra sociedad; no era, como se ha repetido, un sér egoista é indolente entregado á sus goces materiales y á su estúpida inaccion. Para uno que se encontraba de este temple, habia por lo menos otro dedicado al estudio, á la virtud y á la penitencia. No todos pretendian los favores cortesanos; muchísimos, los mas, se hallaban contentos en su independiente mediania y prestaban desde el silencio del claustro el apoyo de sus luces á la sociedad. No penetraban todos en el seno de las familias para corromper sus costumbres, sino mas generalmente para dirigirlas ó moderarlas. Creer lo demas es dar asenso á los cuentos ridículos del siglo pasado, ó á los dramas venenosos del actual. Si pasaron los frailes, débese á la fatalidad perecedera de todas las cosas humanas, á las nuevas ideas politicas ó á los cálculos económicos, mas bien que á sus faltas y estravios.

EL PERIODISTA.

La civilizacion moderna nos ha regalado en cambio este nuevo tipo que oponer por su influencia al trazado en las líneas anteriores. El actual, no presenta

para su recomendacion títulos añejos, glorias históricas, timbres ni blasones. Su existencia data solo entre nosotros, de una docena escasa de años; su investidura es voluntaria; sus armas no son otras que una resma de papel y una pluma bien cortada. Y sin embargo, en tan escaso tiempo, con tan modesto carácter, y con armas de tan dudoso temple, el Periodista es una potencia social, que quita y pone leyes, que levanta los pueblos á su antojo, que varia en un punto la organizacion social. ¿Qué enigma es este de la moderna sociedad que se deja conducir por el primer advenedizo, que tiembla y se conmueve hasta los cimientos á la simple opinion de un hombre osado, que confia sus poderes á un imberbe mancebo para representarla, dirigirla, trastornarla y tornarla á levantar?

Aparece en cualquiera de nuestras provincias un muchacho despierto y lenguaraz, que disputa con sus camaradas por cualquier motivo; que habla con desenfado de cualquier asunto; que emprende todas las carreras y ninguna concluye; que critica todos los libros, sin abrir uno jamás.—Este muchacho, por supuesto, es un grande hombre, un genio no comprendido, colosal, piramidal, hiperbólico.—Su padre, que no sabe á qué dedicarle, le dice que trata de ponerle á ministro, y que luego luego parta á la corte, donde no podrá menos de hacer fortuna con su desenfado y su carácter marcial. El muchacho, que asi lo comprende, monta en la diligencia peninsular; arriba felizmente orillas del Manzanares; se hace presentar en los cafés de la calle del Príncipe y en las tiendas de la de la Montera, en el Ateneo, y en el Casino; lee cuatro coplas sombrias en el Liceo; comunica sus planes á los camaradas, y logra entrar de redactor supernumerario de un deriódico. A los pocos dias tiende el paño y esplica allá á su modo la *teologia política*: trata y decide las *cuestiones palpitantes*; anatomiza á *los hombres del poder*; conmueve *las masas*; forma *la opinion*; es representante *del pueblo*, hace su *profesion de fé*, y profesa al fin en una intendencia ó una embajada, en un gobierno político ó un sillon ministerial.—Llegado á este último término, hace lo que todos: recibe la autorizacion de la media firma; cobra su sueldo; presenta nueva planta de la secretaría; coloca en ella á sus parientes y paniaguados; espide circulares; firma destituciones; da audiencias; asiste á la ópera con aire preocupado; toma posiciones académicas; se hace retratar de grande uniforme por Lopez ó Madrazo; y se coloca naturalmente en la galería pintoresca de los personajes célebres de siglo.—A los seis meses ó menos de representacion, cae entre los silbidos del patio, y queda reducido á su antigua luneta. Vuelve á enristrar la pluma; vuelve á oponerse al poder; vuelve á hablar de la «atmósfera mefítica de los palacios, de la filantropia de sus sentimientos, de sus ideas humanitarias y seráficas;» hasta que otra oleada de la tempestad política, torna á colocarle en las nubes. Truena de nuevo allí; vuelven á silbarle, y tórnase á escribir... ¡Oh almas grandes para quienes los silbidos son conciertos y las maldiciones cánticos de gloria!

EL CONSEJERO DE CASTILLA.

En los tiempos añejos y mal sonantes en que no se habia inventado el periodista magnate ni las reputaciones fosfóricas, necesitábanse largos años para sentarse un hombre en sillon aterciopelado, dilatada carrera para regir la vara de la justicia, y un pulso tembloroso para llegar á firmar con Don.—El jóven estudiante que salia pertrechado de fórmulas y argumentos de las célebres aulas Complutenses ó Salmantinas, tomaba el camino de la corte, modestamente atravesado en un macho, y daba fondo en una de las posadas de la Gallega ó del Dragon. Desde allí flechaba su anteojo hácia la sociedad en que aspiraba á brillar: hacia uso de sus recomendaciones y de sus prendas personales; frecuentaba antesalas; asistia á conferencias; escuchaba sermones; hacia la partida de tresillo á la señora esposa del camarista, á la vieja azafata, ó al vetusto covachuelo; y á dos por tres entablaba una controversia lógica sobre los pases de Pepe-Hillo ó las entradas del Mediator.

Por premio de todos estos servicios, y en galardon de sus reconocidos méritos (impresos por Sancha en ampulosa Relacion) acertaba á pillar un primer lugar en la consulta para la vara de Móstoles ó de Alarcon; y si por dicha habia acertado á captarse la benevolencia de alguna sobrina pasada del camarista ó de una hermana fiambre del covachuelo, entonces la vara que le ponian era mejor. Servia sus seis años, y con otros dos ó tres de pretension, ascendia á segundas; luego á terceras, de corregidor de Málaga ó alcalde mayor de Alcaráz. Aquí ya tenia la edad competente para pasado por agua, y acababa de encanecer en la audiencia del Cuzco ó en el gobierno de Mechoacan. Regresado luego á la Península, entraba por premio de sus dilatados servicios en el Consejo

de las Indias ó en el de las Ordenes, y de alli ascendia por último al Supremo de Castilla, á la Cámara, y al favor real.

Esto nunca llegaba hasta bien sonados los setenta; pero como la vida entonces era mas bonancible, aunque no tan dramática, el Consejero conservaba aun en sus altos años su modesta capacidad, su semblante sonrosado, su prosopopeya y coram-vobis.—Habitaba por lo regular un antiguo casaron de las calles del Sacramento ó de Segovia, en cuyos interminables salones yacian arrumbados los sitiales de terciopelo, los armarios chinescos, los cuadros de cacerías, los altares y relicarios de cristal. Las señoras y las niñas hacian novenas y vestian imágenes en las monjas del Sacramento; los hijos andaban de colegiales en la Escuela Pía; los pajes y las criadas se hablaban á hurtadillas hasta llegar á matrimoniar.

El anciano magistrado madrugaba al alba, y hacia llamar al paje de bolsa para estender las consultas ó estractar los apuntamientos; á las ocho recibia las esquelas y visitas de los pretendientes y litigantes; tomaba su chocolate, subia en el coche verdinegro, y á placer de sus provectas mulas se llegaba á misa á Santa María. Entraba luego al Consejo, y escuchaba en *sala de Gobierno* los privilegios de feria, los permisos de caza, las emancipaciones de menores, las censuras de obras literarias, el precio, calidad y peso del pan. Pasaba despues á la de *Justicia*, á escuchar pleitos de tenutas, despojos y moratorias. Asistia luego *en pleno* á los árduos negocios en que se interesaba la tranquilidad del estado; pasaba los viernes á palacio á *consulta personal* con S. M.; y regresaba, en fin, *á la Cámara* á proponer obispos y magistrados, espedir cédulas y dirimir las contiendas del patrimonio real.

De vuelta á su casa, comia á las dos en punto; y levantados los manteles, echaba su siesta hasta las cinco, en que era de cajon el ir á San Felipe ó á la Merced á buscar al maestro Prudencio ó al Excmo. P. general, para llevarlos consigo á paseo la vuelta del Retiro ó á las alturas de Chamartin. Allí se dejaba el coche, que les seguia á distancia respetuosa, y se hacia un ratito de ejercicio, amenizado con sendos polvos de esquisito sevillano. Hablábase allí del rey y del presidente, del ministro y del provincial; se comentaba la última consulta ó la próxima promocion: se leian recomendaciones de pretendientes; y hasta se entablaban los primeros tratos para la boda de la hija del camarista con el sobrino del general.—

Al anochecer era natural regresar al convento, donde en armonioso triunvirato se consumia el jicaron de rico chocolate de Torrova, con sendos bollos de los Padres de Jesus; y vuelto á casa el magistrado, despues de otra horita de audiencia ó de despacho, se rezaba el rosario en familia y se entablaba un tresillo á ochavo el tanto con el secretario de la cámara y la viuda del relator, hasta que dadas las diez, cada cual tomaba el sombero y dejaban á su Ilustrísima descansar.

EL CONTRATISTA.

—Háganse Vds. á un lado y dejen pasar á ese brillante cabriolé.— ¿Quién viene dentro? ¿Es agente de cambios ó médico homeopático? ¿La bolsa ó la vida? —«Eh..! ¡A un lado, hombre!»—¡Dios le perdone! que nos ha llenado de lodo hasta el sombrero.

El reluciente carruaje sigue su rápida carrera, sin dársele un ardite de los pedestres, y llegando delante de una suntuosa casa de moderna construccion, el *jockey* se apea y va á dar el brazo para descender á un personaje de mediana edad, elegantemente vestido de negro, bota charolada, guante pajizo y condecoracion de brillantes en el pecho. Sube apresuradamente la escalera sin reparar en las varias personas que esperan su llegada; atraviesa las salas donde al resguardo de verjas de madera cubiertas con cortinillas verdes, están trabajando los numerosos dependientes; no hace alto en el ruido armonioso de las talegas de pesos, vaciadas de golpe por el cajero, y se encierra en su gabinete á calcular á sus solas cuánto le producirá el último corte de cuentas ministerial.

El agente de bolsa entra á la sazon á proponerle la venta de algunos millones de créditos: el oficial del ministerio le viene á pedir á nombre de S. E. otros millones en metálico: contesta al ministro con el dinero, al agente con las libranzas; realiza el papel; el gobierno no le cumplirá el trato; pero él ganará un millon.

El dependiente le trae á firmar una contrata; el habilitado viene á cobrar la anterior; el cosechero coloca en depósito sus frutos; el provisionista carga con ellos; el escribano le lee una escritura de adquisicion de una propiedad; el comisario la hipoteca que hace de ella para la contrata; el cajero le dá cuenta del arqueo; y el *groom* le entrega un billete perfumado de la *prima donna* ó el cartel de los toros que le remite el primer espada.—A todos contesta y en todo está. Recibe con franqueza á los amigos que le pagaban el café antes de ser contratista; con galantería á la cómica que le pide una recomendacion para el director, y

con altivez al ministro que viene á proponerle otro negocio y á comer con él. Pasa luego á dirigir personalmente el arreglo del jardin ó las colgaduras del salon; sale al Prado á dar en ojos á la rancia nobleza con su magnífico landó: va luego al teatro á decidir magistralmente sobre el mérito de las piezas, y despues al Casino á trazar nuevas combinaciones ministeriales en que suele figurar él.

Todavía no se ha decidido á abrir sus salones á la sociedad; pero ya se decidirá. Y la sociedad, ansiosa, acudirá á festejar al dichoso del dia; y la *pluto-cracia* triunfará de la *aristo-cracia*, y de los rancios pergaminos los talegos de arpillera. «Dineros son calidad.»

EL LECHUGUINO.

Este era un tipo *inocente* del antiguo, que existió siempre, aunque con distintos nombres, de *pisaverdes*, *currutacos*, *petimetres*, *elegantes* y *tónicos*. Su edad frisaba en el quinto lustro; su diosa era la moda, su teatro el Prado y la sociedad. Su cuerpo estaba á las órdenes del sastre; su alma en la forma del talle ó en el lazo del corbatin. ¡Qué le importaban á él las intrigas palaciegas, los lauros populares, la gloria literaria, cuando acertaba á poner la moda de los *carriks* á la inglesa ó de las botas á la *bombé*! ¡Cuando se veia interpelado por sus amigos sobre las faldas del frac ó sobre los pliegues del pantalon!

¡Existencia llena de beatitud y de goces inefables, risueña, florida, primaveril! Y no como ahora nuestros amargos é imberbes mancebos, abortos de ambicion y desnudos de ilusiones, marchitos en agraz, carcomidos por la duda, ó dominados por la dorada realidad! ¡Dichosos aquellos, que mas filósofos ó mas naturales, se dejaban mecer blandamente por las auras bonancibles de su edad primera: estudiaban los aforismos del sastre Ortet; adoraban la sombra de

una beldad, ó seguian los pasos de una modista; danzaban al compás de los de Veluci, y tomaban á pechos las glorias de la Cortesi, ó los triunfos de Montresor!

¡Qué tiempos aquellos para las muchachas pizpiretas en que el Lechuguino bailaba la gabota de Vestris y no se sentaba hasta haber rendido seis parejas en las vueltas rápidas del wals! ¡Qué tiempos aquellos, en que se contentaba con una mirada furtiva, y contestaba á ella con cien paseos nocturnos y mil billetes con orlas de flechas y corazones!... ¿Qué te has hecho, Cupido rapazuelo (que tanto un dia nos diste que hacer) y no aciertas hoy al pecho de nuestros jóvenes mancebos, los escépticos, los amargos, los displicentes, á quien nadie seduce, que en nada creen, que de nada forman ilusion?

¡Oh *Lechuguino*! ¡Oh tipo fresco y lleno de verdor! ¿Dónde te escondes? ¡Oh muchachas disponibles! Rogad á Dios que vuelva; con sus botas de campana y sus enormes corbatas, sus pecheras rizadas y sus guantes de algodon. Rogad que vuelva, con sus floridas ilusiones y su escasa ilustracion; con sus ¡dilios y sus ovillejos; y sin barbas, sin periódicos, y sin *instinto gubernamental*.

EL JUNTERO.

Este tipo es provincial, moderno, popular y socorrido. Abraza indistintamente todas las clases, comprende todas las edades; pero lo regular es hallarle entre la juventud y la edad provecta, entre la escasez y la ausencia completa de fortuna. Militares retirados, periodistas sin suscritores, médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, proyectistas, y cesantes del pronunciamiento anterior: hé aquí los miembros disponibles de toda junta futura, los representantes natos de toda bullanga ulterior.

Su residencia ordinaria es el café mas desastrado de la ciudad, y allí irá á buscarlos la masa popular cuando sienta su levadura; de ahí los arrancará, cual á otro Cincinato del arado, para sentarlos en la silla curul y confiarles las riendas de aquella sociedad que se desboca.

El Juntero, que asi lo habia previsto, ó por decir mejor, que asi lo habia preparado, luego que llega á entrar con aquella investidura en la casa consistorial, saca del bolsillo la proclama estereotípica, en que habla de los *derechos del hombre* y del *carro del despotismo*, de la *espada de la ley* y de las *cadenas de la opresion*; á cuya eufónica algarabía responde el gutural clamoreo de los que hacen de pueblo, con los usados *vivas* y el consabido entusiasmo *imposible de describir*. Y nuestro Juntero, padre de la patria, lo primero que hace es suprimir las autoridades, y declararse él y sus compañeros autoridad omnímoda, independiente, irresponsable, heróica y liberal. Se repican las campanas, se interceptan los correos, se arma á los pobres, se encarcela á los ricos, se persigue á estos, se despacha á aquellos (todo con el mayor órden) se canta el *Te Deum*, y se pasea la junta en coche simon.

A los cuatro dias empiezan á venir felicitaciones de las otras juntas comarcanas, subsidios voluntario de los que van recogiendo por fuerza las partidas volantes; adhesiones espontáneas bajo pena de la vida de los concejos y hombres buenos del distrito, y por último, reconocimiento y apoteosis del nuevo gobierno en la capital.

El Juntero entonces, hombre de órden, cambia su plaza de vocal por la de intendente ó jefe politico, y se resigna á ser gobierno el que tanto chilló contra aquella calamidad.

EL COFRADE.

Las cofradías religiosas eran en lo antiguo lo que las sociedades políticas y literarias en lo moderno. Reuníanse en ellas los hombres bajo los auspicios de un

santo, como en las políticas suelen reunirse hoy bajo las banderas de un santon; discutian allí sobre las fiestas religiosas ó indulgencias, y se disputaban los cargos sacramentales con el mismo fervor con que en las de hoy se crean las reputaciones, se entablan los certámenes y se hace la oposicion; y finalmente hasta en muchas de ellas y con reglamentos sabios y filantrópicos se atendia al socorro de los cofrades necesitados, como en los mutuos auxilios trazados hoy por las sociedades aseguradoras. El estudio, pues, de aquellos religiosos institutos, no es por lo tanto una cosa indiferente, y los grandes servicios que prestaron á la civilizacion, no merecen por cierto el desden del filósofo; y si el tiempo y la relajacion de las costumbres causaron en ellos, como en toda cosa humana, ciertos abusos, no por eso hemos de negar su grande y benéfica influencia para estender el espíritu de asociacion y el instinto de caridad.

Pero dejando á un lado (por no ser hoy de nuestro propósito) la parte filosófica y sublime de estas asociaciones, y limitados á trazar el tipo especial del individuo cofrade, (que por ampliacion abusiva se apellida generalmente el *Sacramental*) hallarémosle en el cancel de la iglesia, donde se celebra la funcion del Santo patrono, sentado tras una mesa cubierta de damasco encarnado, sobre la cual se ven varios atadillos de ordenanzas, sumarios, cartas de hermandad y listas, estampas del Santo y escapularios benditos, y una bandeja de plata para recibir las limosnas de cobre.

El Sacramental es hombre como de medio siglo, pequeño, rollizo y sonrosado: su traje es serio, ó como él dice, *de militar negro*; zapato de oreja, pantalon holgado y sin trabas, y en los dias de solemnidad calzon corto con charreteras, casaca de moda en 1812, chaleco de paño de seda, y corbata blanca con lazo de roseton. Su profesion en el siglo es la de escribano ó alguacil, comadron ó menestral. El celo que le anima por la hermandad, le hace muchas veces descuidar sus lucrativas ocupaciones por entregarse á la asistencia á juntas, preparativos de la fiesta, procesiones y sufragios. En aquellas el Cofrade autorizado lleva el pendon ó el estandarte, no con escaso trabajo para sostenerle contra el ímpetu del viento, que al paso que le sacude y bambolea, levanta tambien y encrespa los cuatro mechones de pelo traidos con sumo cuidado desde la nuca para encubrir la falta superior. En las juntas su voz es decisiva para todos los negocios árduos, y muy luego se vé condecorado con las sucesivas investiduras de vice-secretario, secretario, contador, tesorero, consiliario y vice-hermano mayor. (El hermano mayor suele ser un príncipe ó magnate que no sabe que existe tal cofradía.) No satisfecho nuestro cofrade-modelo con todos estos trabajos, con traer la bolsa de la demanda, con repartir las velas ó adornar con flores el altar, se entrega con ardor á la propaganda, y trata de catequizar, para entrar en la hermandad, á todo prójimo que encuentra al paso, haciéndole una pintura bíblica de la beatitud que le espera en cuanto se asiente en los libros matrices y pague la limosna de costumbre. Y como esto de irse un hombre al cielo por tan poco dinero no es cosa de echar en saco roto, no hay necesidad de decir que el Sacramental hace próvida cosecha.

Ni es (por desgracia) solo el ardor espiritual el que suele andar en ello; tambien el pícaro interés mundano acierta á veces á salir al paso, que tal es y puede llamarse el deseo de buscar relaciones y figurar, aunque en los humildes bancos de una cofradia, y el instinto provincial para auxiliarse mutuamente; porque conviene á saber que muchas de aquellas son formadas esclusivamente por gallegos ó castellanos, aragoneses ó navarros, los cuales á la sombra de Santiago ó Santo Toribio, Nuestra Señora ó San Fermin, tratan de buscar entre los cofrades, litigios si son abogados, enfermos, si son médicos, y obras de su oficio si honrados menestrales. Ademas de esto, la cofradía suele tener algunos fondillos de que disponer; algunos créditos que percibir; algunas casas que administrar; y sin perjuicio de entrar á la parte en las indulgencias, no hay tampoco inconveniente en cobrar el tanto por ciento de comision, ó vivir de balde en la casa sacramental.

Por último, el bello ideal del cofrade es pensar que cuando fallezca, asistirán á su entierro quince ó veinte estandartes, le vestirán diez ó doce mortajas, y rellenarán su caja con una resma de bulas y ordenanzas, con cuyo seguro pasaporte confia que pasarán allá arriba sus travesurillas mundanas y su mistica especulacion.

LOS ARTISTAS.

La palabra *Artista* es el tirano del siglo actual. En lo antiguo habia pintores, escultores, arquitectos, comediantes y aficionados. Hoy solo hay *Artistas*; y en

esta calificacion entran indiferentemente desde el pincel de Apeles hasta el puchero en cinto; desde el cincel de Fidias, hasta las alcarrazas de Andujar; desde el compás de Vitrubio, hasta el cuezo del albañil.

El que enciende las candilejas en el teatro, *Artista*; el motilon que echa tinta en los moldes, *Artista* tambien; el que inventó las cerillas fosfóricas, *distinguido Artista*; el que toca la gaita ó el que vende aleluyas, *Artistas populares*; el herrero de mi calle, *Artista veterinario*; el barbero de la esquina, *Artista didascálico*; el que saluda á Esquivel ó quita el tiempo á Villaamil, *Artista de entusiasmo*; el que lee el Laberinto ó el Semanario, los sócios del Liceo ó del Instituto, los que asisten á los toros ó al teatro, los que forman corro al rededor de la murga, *Artistas de aficion*; el perro que baila, el caballo que caracolea, el asno que entona su romanza... *Artistas*, *Artistas de escuela*.

Entretanto, como todo el mundo es artista, los Artistas no tienen que comer, ó se comen unos á otros. El clero y la nobleza que antes les sostenian, están ahora muy ocupados en buscar donde sostenerse.—La grandeza metálica de los Fúcares modernos, está por las artes de movimiento, protegen la *polka* y la tauromáquia, las diligencias y los barcos de vapor. En sus flamantes salones no quiere estatuas, sino buenas mozas; sus libros son el *Libro mayor* y el *Libro diario*; sus conciertos el ruido del aurífero metal. Cuando mas, y para satisfacer su amor propio, se hacen retratar por el pintor, como se hacen vestir por el sastre, de cuerpo entero, y todo lo mas elegante posible, cuidando de que el marco sea magnífico y de relumbron. Para amenizar los salones, basta con las estampas del Telémaco, ó las vistas de la Suiza.

El Artista entretanto, desdeñado por la fortuna, camina á la inmortalidad por la via del hospital; y se sube á una buhardilla con pretesto de buscar luces; allí se encierra mano á mano con su independencia, y se declara hombre superior y genio elevado: descuida los atavíos de su persona por hacer frente á las preocupaciones vulgares; y ostentando su escentricidad y porte exótico é inverosimil, se deja crecer indiscretamente barbas y melenas, únicos bienes raices de que puede disponer. Desdeña la crítica periodística por incompetente; la autoridad del maestro por añeja; los consejos de los inteligentes por parciales y enemigos; y con una filosofía estóica, responde á la adversidad con el sarcasmo, á la fortuna con el mas altivo desden. Por último, cuando se permite una invasion en el campo de la política, adopta las ideas mas exageradas, y es partidario de las instituciones democráticas, que han acabado con las clases que antes le sostenian, y sustituido las artes liberales por otras, tambien *artes*, y *liberales* tambien.

EL ALCALDE DE BARRIO.

Todavía humean las cenizas de este tipo recientemente sepultado por la novísima ley de ayuntamientos; todavía resuenan sus glorias en nuestros oidos; todavía aparece á nuestra memoria con su presencia clásica y dictatorial.

Parécenos aun estar viendo al honrado vidriero ó al diligente comadron, que revestido por obra y gracia (no sabremos decir de quién) con aquella autoridad local, inmediata, tangible que iba aneja al baston de caña con las armas de la Villa, se recogia en los primeros momentos en el retrete de su imaginacion, para ver el modo de corresponder dignamente al reclamo de sus comitentes, y no defraudar las esperanzas del pais que le confiaba los destinos de un barrio entero.

Su primera diligencia era desdeñar por humildes é incongruentes sus antiguas mecánicas faenas; habilitar para despacho la trastienda ó el entresuelo; tomar respecto á los mancebos y oficiales una actitud de estatua ecuestre; y ver de improvisar una alocucion en que diese á conocer á la familia todo el peso de su autoridad. Recogíase en seguida en un rincon de la trastienda para recordar á sus solas algunos rasgos medio olvidados de pluma, y satisfecho de su idoneidad para la firma, abria luego la audiencia y escuchaba á las partes, cuyas causas solian reducirse á tales cuales bofetadas ó puntapiés recibidos y adaptados en cuenta corriente; á tal indiscreta incursion en el bolsillo del prójimo, ó á cual permuta del marido por el amante, de la mujer ajena por la propia mujer.

El Alcalde severo y cejijunto y con cara de juez, les echaba una seria reprimenda, recordando su deber á ellos que se disculpaban con no tener con que pagar, y recomendando los buenos principios á quien no conocia otros que pepitoria de Leganés ó pimientos en vinagre. Ultimamente les apercibia con otra amonestacion en caso de reincidencia, amen de dos ducados de multa impuestos

á nombre de la ley, y que cuidaba de exigirles el alguacil que hacia de ley.

No solo era la trastienda el tribunal de esta benéfica autoridad. Por las noches y ratos desocupados, se entregaba á la justicia ambulante; rondaba callejuelas y encrucijadas: detenia al ratero en su rápida carrera: protegia al bello sexo contra un inhumano garrote: echaba su baston en la balanza del tocino: conducia á su manso la oveja perdidiza, y si era acabada la pendencia la hacia volver á empezar por tener el consuelo de interponer y hacer brillar su autoridad en todos aquellos episodios que bajo el título de *ocurrencias* amenizan la última página del Diario de Madrid.

Otro de los cuidados, y el mas importante acaso de su cometido, era el formar los padrones del vecindario de su distrito, y aquí era donde habia que admirar la inteligencia y exactitud del Alcalde vidriero ó comadron aplicados á la estadística. Armado con sus antiparras circulares, su baston de caña y su tintero de cuerno, y seguido siempre del inseparable ministril, iba tocando casa por casa y preguntando en cada una. «¿Hay novedad desde el año pasado?» y respondiéndole que no, continuaba copiando en las casillas los nombres del padron anterior, sin alteracion de edades ni de estados. Los apellidos recibian en su pluma terminaciones bárbaras que harian sudar al etimologista mas perspicaz: las profesiones siempre eran las mismas: v. g. Fulano, herrador; Zutana, su mujer, idem; Mengano, su abuela, idem, etc. Preguntaba luego en la parroquia (queriéndola echar de culto), si habia habido defunciones, y el sacristan le contestaba que de funciones solo habia en todo el año la de San Roque, con lo cual el Alcalde le borraba por muerto de la matrícula. En el cuarto bajo afiliaba á madre Claudia y sus educandas, bajo el genérico nombre de *artistas*; para él todos los vecinos de las boardillas, eran *agentes* de negocios; todos los escribientes, escritores públicos; todos propietarios, los que tenian 24 horas diarias de que disponer.

Llegaban luego las elecciones, y aparecian en las listas los difuntos y los no-nacidos, los niños de pecho y los mozos de cordel. Un año daba el padron del barrio 3,000 almas, y al año siguiente 16,000; en aquel todos eran varones, y en este llevaban las hembras la mayoría; en cuanto á la material colocacion de los nombres, ocurria muchas veces que el elector que encontraba el suyo en una lista, tenia que ir á buscar su apellido al otro barrio.

No era menos de admirar el celo é inteligencia del Alcalde en la espedicion de pasaportes, cuando á primera hora de la mañana, sentado en su silla de Vitoria tras de la mesilla cubierta de bayeta verde, calados los anteojos, el gorro de algodon ó la gorrilla de cuartel, el cigarro en la boca y la pluma tras la oreja, aparecia ocupado en atar y desatar (muchas veces del revés) padrones y registros, mientras iban entrando los postulantes desde la criada que mudaba de amo, hasta el elegante que salia á viajar.

—«Buenos dias, señor Alcalde.» (El Alcalde no daba respuesta.)

—Yo soy Engracia de Dios, que he servido de doncella á D. Crisanto, el droguero de la esquina, y paso á casa de doña Paula la Corredora, viuda del corredor,

(El Alcalde echa una mirada indiscreta á la doncella y no le parece del todo mal.)

—¿Y cómo es que ha abandonado Vd. al señor don Crisanto, niña? (La muchacha se pone colorada y se arregla el brial).—Ya vé Vd., porque..... (El Alcalde interrumpe su respuesta y dicta el padron.) «Engracia de... tal; que deja al amo que servia, por... razon de estado, etc.

El elegante que espera el pasaporte hace largo rato, busca donde sentarse; pero el Alcalde previendo este desacato, ha suprimido las sillas. Llégale en fin su turno, y el Alcalde le pide un fiador con casa abierta.

—¡Un fiador, un fiador! (responde el caballero) á mi, don Magnífico Pabon, conde del Empíreo, que paso de intendente á Filipinas...

—Mas que sea Vd., (replica el Alcalde) el mismísimo Preste Juan. Aquí no hay mas que la ley; la ley...

Por fortuna acierta entrar á la sazon el zapatero de viejo que trabaja en e portal de don Magnífico tras de un biombo, (que no puede ser casa mas abierta) y aquel, conociendo lo árduo del caso, le propone si quiere ser su fiador. El zapatero contesta que sí; pero que no sabe como él, que viene á responder de un duro tomado al fiado, puede.....

—No importa, (replica el Alcalde); la ley es ley, y Vd. tiene casa abierta, con que puede Vd. ser fiador. Estienda Vd. el documento; secretario, yo dictaré. «*Pasaporte para el interior. Concedo pasaporte, etc.* (lo impreso) *á don Fulano de tal, baron de Illescas, que pasa á las Islas Filipinas en la Habana; va de intendente á negocios propios: sale en posta, via recta, y con obligacion de presentarse diariamente á las autoridades de los pueblos donde pernocte... Señas personales, Cara redonda; ojos idem; boca idem; pelo idem. Va sin enmienda. Valga por un mes.*

EL ELECTOR.

El interminable y desatentado giro de nuestra máquina política, ha privado de la vara (ó sea baston) de barrio á nuestros tenderos y hombres buenos; pero en cambio quedan aun á todo honrado ciudadano una porcion de derechos imprescriptibles, con los cuales puede en caso necesario engalanarse y darse á luz.

En primer lugar tiene el derecho de pagar las contribuciones ordinarias de frutos civiles, paja y utensilios, culto, puertas, alcabalas, etc., amen de las estraordinarias que juzguen conveniente imponer los que de ellas hayan de vivir. Tiene la libertad de pensar que le gobiernan mal, siempre que no se propase á decirlo, y mucho menos á quererlo remediar. Puede, si gusta, hacer uso de su soberanía, llevando á la urna electoral una papeleta impresa que le circulan de órden superior. Está en el lleno de sus prerogativas, cuando hace centinela á la puerta de un ministerio, ó acompaña á una procesion uniformado á su costa con el traje nacional. Da muestras de su aptitud legal y representa la opinion del pais, cuando abandonando su taller ó su mostrador, va á escuchar la acusacion y defensa de un artículo de periódico, que para el fiscal es subversivo, y para él es griego. Y ejerce, en fin, una envidiable magistratura, cuando emplea su influjo y diligencia para que el uno sea alcalde, el otro regidor, este oficial de su compañía, aquel jefe de su escuadron.

Por último, el bello ideal del Elector, es cuando á fuerza de su valimiento y conexiones llega á trepar hasta el rango de Electo; cuando á impulsos de la popularidad que disfruta en su casa ó en su calle, consigue trocar un año la vara de Burgos por el baston concejil; el peso de los garbanzos por la balanza de Astrea; el banquillo de su trastienda por el banco municipal. Entonces es cuando reconoce lo bueno de un órden de cosas en donde uno es cosa; lo escelente de una administracion en que uno propio administra; lo admirable de un teatro en que uno hace de galan. Guiado por el celo hácia el servicio público (hablamos del público de su bando, pues el otro no es prójimo) trabaja dia y noche con asiduidad: asiste á comisiones; registra espedientes; presenta proyectos; sostiene polémicas; dirige obras públicas y comidas patrióticas: y en uso de su derecho, descuida sus propios negocios y se arruina por dirigir los de los demas. Verdad es que llegado aquel caso se toma tambien la libertad de no pagar, por la sencilla razon de no tener con qué; y á la demanda de sus acreedores, responde heróicamente cual el otro ilustre romano. «Hoy hace un año que *me pronuncié* y salvé á la patria; vamos al Capitolio á dar gracias á los dioses.»—Y cogen y se van á la taberna á echar medio chico.

EL POETA BUCÓLICO.

Hé aquí otra raza antidiluviana que los futuros geólogos hallarán en el estado fosil bajo las capas ó superposiciones de nuestra tierra vegetal. Hé aquí otro de los tipos inocentes y de buen comer que la marcha corretona del siglo ha hecho desaparecer de la escena, con sus dulces caramillos, sus florestas y arroyuelos, sus zagalas retozonas y sus pastores peripatéticos, sus fieles Melampos, y su cayado patriarcal.

Hoy dia, si uno se echa á discurrir por esos prados adelante, en vez de tiernos coloquios y flautiles conciertos, está á pique de asistir á un entierro de algun poeta suicida, á un desafio á pistola entre dos filósofos; ó á una imprecacion al diablo hecha por una mujer fea y superior. El olor del tomillo se ha cambiado por el de la pólvora; las églogas coreadas por los responsos y nocturnos; y el amor cieguezuelo por el ojo anatómico del doctor Gall.

Ya no hay ovejas que asistan al cantar sabroso

«de pacer olvidadas escuchando.»

hoy solo figuran buhos agoreros que en cavernoso lamento y profundo alharido interrogan á la muerte sobre su fatidico porvenir. Ya no hay chozas pajizas, quesos sabrosos, ni leche regalada: solo se ven *en el campo del dolor* espinas y abrojos, sepulcros entreabiertos, gusanos y podredumbre. Los mansos arroyuelos, trocáronse en profundos torrentes; las floridas vegas en riscos escarpados; las sombrias florestas en desiertos arenales.

Yo, si va á decir la verdad, (y con el permiso del auditorio) no veo esto ni aquello por mas que me echo á mirar; lo cual me convence mas y mas de

mi prosáica, material y nimia inteligencia. Y hé aquí sin duda la razon por qué no he tropezado aun con zagalas ni con ángeles; los Salicios y Nemorosos he tenido siempre la desgracia de verlos bajo la forma de Blases y Toribios, y su dulce lamentar mas me ha parecido graznido de pato que música celestial; asi como tampoco veo la sociedad de maldicion que los modernos vates, sino un mundo muy divertido, como que no conozco otro mejor: ni en la mujer hermosa, me echo á adivinar su mísero esqueleto; antes bien me complazco en contemplar su belleza, muy propia para lo que el Señor la crió. Los arroyos ni torrentes no me murmuran ni me lamentan, antes bien me refrescan y me hacen dormir la siesta: el cementerio me parece cosa muy buena, pero no pienso entrar en él hasta que me lleven; y en cuanto á los puñales y venenos los dejo á los herreros y boticarios.

Mas si por alguno de aquellos estremos me hubiese tomado el diablo (dado caso de que yo fuera un génio) escogia á no dudarlo el de la zamarra pastoril, y desde ahora para entonces renunciaba á los goces de la sanguinosa daga ó del buido puñal. Porque aquellos (los zamarros) eran hombres de buen humor, que asi entonaban un epitalamio como bailaban un zapateado; que asi disertaban en una academia como improvisaban una *bomba* en un regalado festin. ¡Ni se tenian por hombres providenciales, enormes; ni pretendian á lo que creo ser la única espresion de la sociedad; y lo eran sin embargo, con su poesía rosada, sus honrados conceptos, y su mantecosa moral. Para ellos el ser poeta era lo mismo que hacer coplas, y de ningun modo pensaban que esto era una mision, sino un intringulis; y el que tenia vena, (que asi se decia) ó le soplaba la musa (que asi se pensaba), tenia carta blanca para salir por esas calles echando redondillas y ovillejos, epígramas y acertijos á todo trapo, viniesen ó no á pelo, los cuales, corriendo luego de boca en boca, acababan por dar al coplero repentista una fama colosal.

Esta reputacion, en verdad, á nada conducia, ó le conducia cuando mas derechito al hospital de Toledo; pero mientras andaba suelto, era el hombre mas feliz de la tierra, viendo impresas en el Diario sus improvisaciones y ensueños; oyendo cantar sus gozos á las colegialas de Loreto ó á los niños de la doctrina; y guiando él mismo el coro báquico en el banquete de un grande de España. Una plaza en la contaduría de este, una boardilla en las nubes, un banquillo en la librería, ó un tablero de damas en el café, bastaban á llenar sus deseos y á amenizar su existencia: el término de aquellos era un beneficio simple ó la administracion de un hospital. Hasta que ya en edad avanzada, se retiraba del mundo, renegaba de su lira, y se abrazaba con el hábito franciscano ó la sotanilla del hermano Obregon.

EL AUTOR DE BUCÓLICA.

Ahora, en los tiempos positivos que alcanzamos, el ingenio está sujeto á tarifa, Apolo y las musas se rigen por un arancel. No hay eruditos que consuman su vida en averiguar fechas ó en interpretar viejos cronicones; pero en cambio tenemos ámplia cosecha de *genios* improvisados, desde la edad de diez á la de veinte abriles; amen de algunos genios *de pecho* que hacen concebir las mas lisonjeras esperanzas. En los principios de su carrera, el ingenio espontáneo derrama á manos llenas y sin el mas mínimo interés los torrentes de su sabiduría, pero andando mas los tiempos y luego que reconoce la necesidad práctica de ganar su vida, la razon corta los vuelos al albedrío, la materia sube á las ancas del espíritu, y el cálculo matemático entra á disputar el campo á la noble inspiracion.

Nuestro autor entonces abre tienda de talento ó pone bufete de ingenio; y abraza la carrera de las bellas letras como el comerciante la de las buenas y el abogado la de las malas. Echa el ojo en el vasto campo de la literatura á aquella especialidad que mas le conviene ó de que espera tener mayor despacho, y ya se dedica á vender á la menuda trozos líricos y composiciones fugitivas, al sol, á la luna, á las estrellas y demas novedades, ya se declara filósofo contemplativo y pintor de las costumbres sociales; ora se emplea en trazar la historia que puede pasar por novela, ora se complace en escribir novelas que pican en historia;

los unos se encargan del surtido por mayor de narraciones, episodios, cuentos y traducciones para los periódicos, los otros (y son los mas) disparan al teatro su erizada bateria de dramas venenosos, tragedias liricas, comedias, loas y entremeses.

La literatura mercantil se desarrolla, en fin, entre nosotros, y estamos ya muy lejos de aquellos tiempos en que se decia que

«solo la poesía es buena
hecha á moco de candil.»

Hoy nuestros vates necesitan para sus doradas inspiraciones tintero de plata y bujías de esperma, papel satinado y mullido sofá.

Hasta ahora, es verdad, la importancia metálica de esta profesion no ha llegado en España al alto grado que alcanza en los mercados estranjeros, y solamente el ramo teatral es el que ofrece ventajas á los que se dedican á cultivarle. Hé aquí la causa porque abundan los poetas dramáticos y escasean los historiadores y prosistas: la solucion del enigma en que para las comedias hay empresarios y para los libros no; que aquellas se cotizan al contado como papel de nueva creacion, y estos entran en la categoría de deuda diferida y sin interés.

Todo lo que no sea, por lo tanto, hacer comedias, es lo mismo que no hacer nada; para la gloria, porque nadie lo lee; para el bolsillo, porque nadie lo compra. El autor dramatico recibe á lo menos su contingente mitad en laureles y mitad en pesos duros; el escritor de libros tiene que consolarse con apelar al juicio y aplauso de la posteridad. Verdad es que los libros que hoy corren no llegarán á ella, ó solo llegarán bajo la forma de cucuruchos.

Por lo demas, siempre es un consuelo tener una puerta abierta por donde entrar á lucir el ingenio; y cuando esta puerta es ancha y espaciosa como la Puerta Otomana, tanto mejor; porque conviene á saber que para ser hoy dia escritor dramático no se necesita gran dósis de invencion ni de filosofía, de observacion ni de estilo. Se agarra una historia, y cuando en ella no se encuentra cuadro dramático, se suple lo que falta, se cuelga un crímen al mas pintado, y que chille el muerto. Se dialoga un folletin ó se disuelve en coplas un fragmento, y que rabien y bostecen los vivos; se cuentan en quintillas y romances una conversacion de paseo, unos amores de entresuelo, y hágote comedia de costumbres; se pilla un carácter á Moreto, una situacion á Rojas y un enredo á Tirso, se rellena el hueco con el competente ripio, cosecha de caza, y allá va un drama filosófico ó caballeresco. Últimamente (y es lo mas socorrido) se traduce un drama de Buchardi, ó una piececita de Scribe, se la esquila, trastrueca y muda el nombre como hacen los gitanos con las caballerías hurtadas, y hágote, acomodo y arreglo á la escena española. Por lo demas, objeto ni intencion moral ó política Dios los dé.—¿Qué ha querido probar el autor con esta comedia? (preguntaba yo á un amigo al salir del teatro).—Yo le diré á Vd. (me contestó)

ha querido probar que se pueden ganar cien doblones con una sandez, y lo peor es que lo ha conseguido.

Por fortuna, entre el destemplado clamoreo de este *ttuti* dramático, descuellan hasta una media docena de voces verdaderamente sonoras y apacibles que hacen olvidar el dicho coro infernal.

EPILOGO.

No concluiríamos nunca si hubiéramos de trazar uno por uno todos los tipos antiguos de nuestra sociedad, contraponiéndolos á los nacidos nuevamente por las alteraciones del siglo. El hombre en el fondo siempre es el mismo, aunque con distintos disfraces en la forma; el *palaciego* que antes adulaba á los reyes sirve hoy y adula á la plebe bajo el nombre de *tribuno*; el *devoto* se ha convertido en *humanitario*; el *vago* y *calavera* en *faccioso* y *patriota*; el *historiador* en *hombre de historia*; el *mayorazgo* en *pretendiente*; y el *chispero* y la *manola* en *ciudadanos libres* y *pueblo soberano*. Andarán los tiempos, mudaránse las horas, y todos estos tipos, hoy flamantes, pasarán como los otros á ser añejos y retrógrados, y nuestros nietos nos pagarán con sendas carcajadas las pullas y chanzonetas que hoy regalamos á nuestros abuelos. ¿Quién reirá el último?

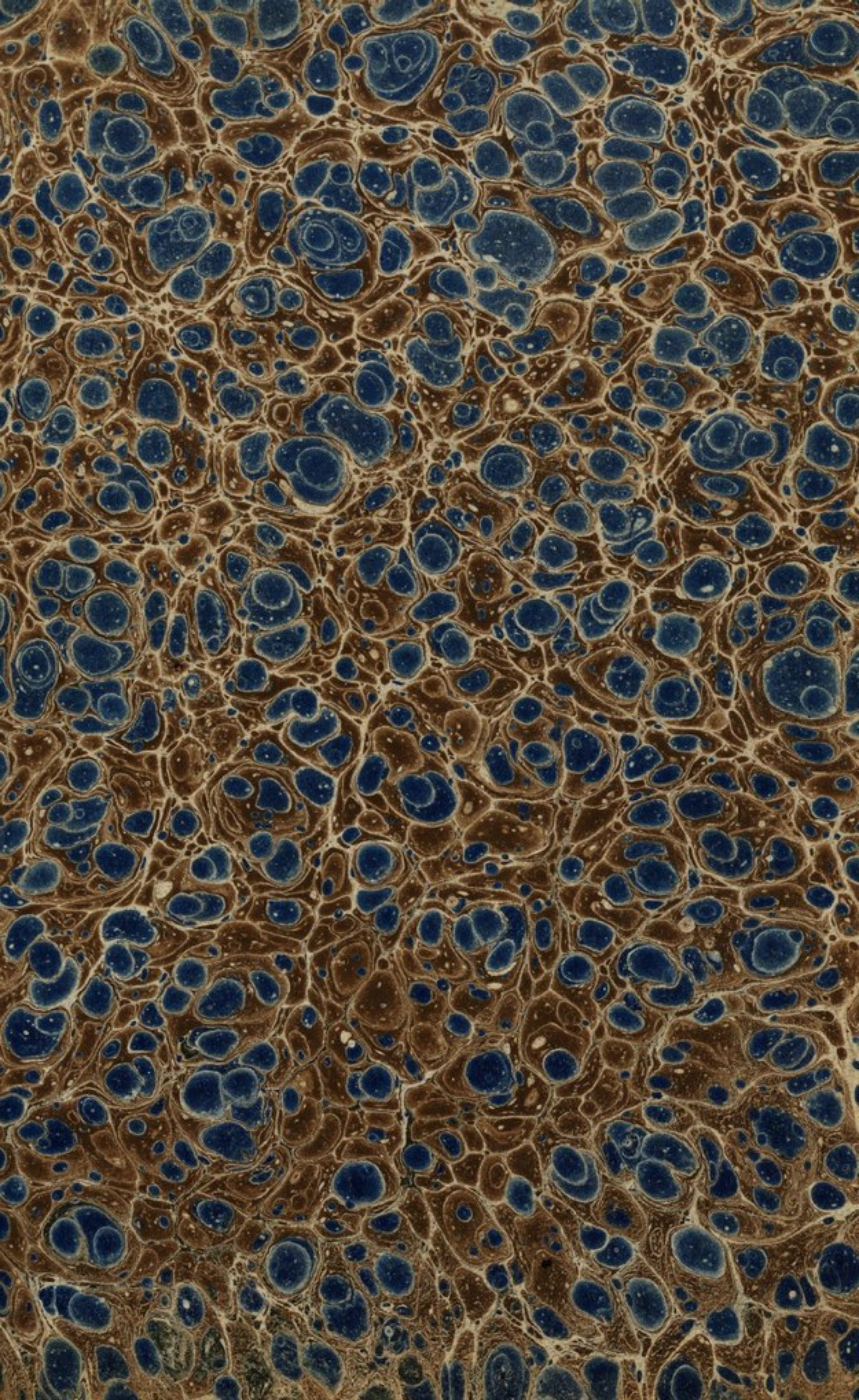
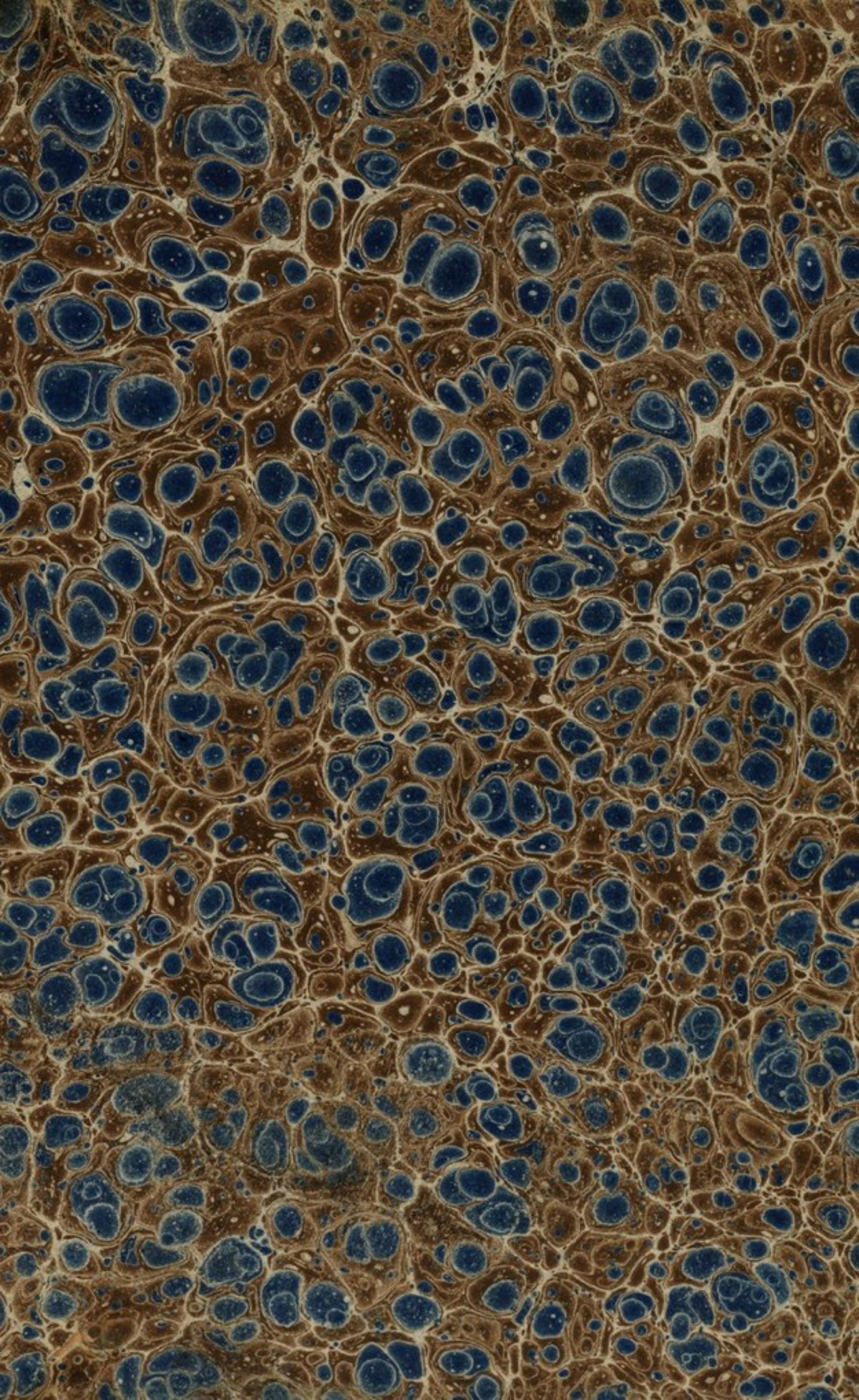
EL CURIOSO PARLANTE.

BIBLIOTECA
NACIONAL

ÍNDICE

De los tipos contenidos en este tomo.

	Páginas.
La Celestina: *por el Solitario.*	1
El Senador: *por D. J. M. Diaz.*	13
La Casera de un corral: *por D. José María Tenorio.*	21
El Avisador: *por D. Manuel Breton de los Herreros.*	30
La Político-mana: *por D. Gabriel García Tassara.*	39
El Canónigo: *por D. Francisco Navarro Villoslada.*	48
La Maja: *por D. Manuel de Santa Ana.*	58
El Grumete: *por D. A. Ribot y Fontseré.*	65
El Segador: *por D. Enrique Gil.*	75
El Jugador: *por D. Leopoldo Augusto de Cueto.*	81
El Bandolero: *por D. Bonifacio Gomez.*	90
El Colegial: *por D. Vicente de la Fuente.*	103
El Baratero: *por D. Antonio Auset.*	126
El Patriota: *por D. Ignacio de Castilla.*	134
La Doncella de labor: *por D. Manuel M. de Santa Ana.*	142
El Poeta: *por D. José Zorrilla.*	150
El Ventero: *por el duque de Rivas.*	159
La Comadre: *por el Dr. Pedro Recio.*	168
El Gaitero gallego: *por D. Antonio de Neira.*	176
El Mayoral de diligencias: *por D. A. Auset.*	190
El Diplomático: *por D. Jacinto de Salas y Quiroga.*	198
El Sereno: *por D. José María de Albuerne.*	207
La Actriz: *por D. Jacinto de Salas y Quiroga.*	215
El Maragato: *por D. Enrique Gil.*	225
La Posadera: *por D. Vicente de la Fuente.*	231
El Cómico: *por D. Juan Perez Calvo.*	839
La Viuda del militar: *por D. J. de Salas y Quiroga.*	249
El Seise de la catedral de Sevilla: *por D. Juan José Bueno.*	257
La Monja: *por D. Vicente de la Fuente.*	267
El Ratero: *por D. Juan Perez Calvo.*	276

	Páginas.
La Colegiala : *por D. Cárlos García Doncel.*	283
El Usurero : *por D. Juan de Capua.*	295
El Ministro : *por D. Ignacio de Castillla.*	305
El Emigrado : *por D. Eugenio de Ochoa.*	314
La Cigarrera : *por D. Antonio Flores.*	327
El Accionista de minas : *por D. Pedro Madrazo.*	338
La Señora mayor : *por el mismo.*	349
El Agente de bolsa : *por D. Ramon de Castañeira.*	359
La Prendera : *por D. Juan Perez Calvo.*	369
El Celador de barrio : *por D. Pedro Madrazo.*	375
El Boticario : *por D. Antonio Flores.*	383
Los Buhoneros : *por D. J. M.*	392
El Diputado á cortes : *por D. A. F. del Rio.*	402
La Marisabidilla : *por D. Cayetano Rossell.*	413
El Covachuelista : *por D. N. Anaya.*	428
El Español fuera de España : *por D. Eugenio de Ochoa.*	442
El Retirado : *por D. Gavino Tejado.*	452
El Portero *por D. Vicente Lopez.*	463
El Ciego : *por D. A. F. del Rio, y D. Juan Perez Calvo.*	472
Tipos hallados, Tipos perdidos : *por el Curioso Parlante.*	483

FIN.